779

9824

25779

D-25.901

SAMUEL SMILES

VIDA Y TRABAJO

Ó

CARACTERES PECULIARES DE LOS HOMBRES

SEGÚN SU LABORIOSIDAD, CULTURA Y SU GENIO

TRADUCCIÓN DE

G. NÚÑEZ DE PRADO

BARCELONA
CASA EDITORIAL SOPENA
PROVENZA, 95

7C V/172

VIDA Y TRABAJO

LIBRERÍA Y ENCUADERNACIÓN
MATEO RODRÍGUEZ
BILBAO

VIDA Y TRABAJO

ó

CARACTERES PECULIARES DE LOS HOMBRES

SEGÚN SU LABORIOSIDAD, CULTURA Y SU GENIO

POR

SAMUEL SMILES

TRADUCCIÓN DE

G. Núñez de Prado

Labor omnia vincit.

VIRGILO.

Las biografías, por su naturaleza, constituyen la lectura más provechosa y más universalmente grata de todas; especialmente las biografías de los hombres ilustres.

CARLYLE.

B.P. BURGOS
N.R.
N.T. 99109
C.
25779

CASA EDITORIAL SOPENA
BARCELONA
BIBLIOTECA PÚBLICA
BURGOS

BARCELONA
CASA EDITORIAL SOPENA
PROVENZA, 95

Imp. de la casa editorial Sopena, Provenza, 95.—BARCELONA.

INDICE

CAPITULO PRIMERO

EL HOMBRE Y EL CABALLERO

Páginas.

Vida y trabajo. — Puntualidad. — Voluntad. — Dificultades. — Ratos de ocio. — Variedad en las ocupaciones. — Pesca. — Paseos. — Equitación. — Jardinería. — Invenciones. — Astronomía. — Historia natural. — Laboriosidad de los caballeros. — El verdadero caballero. — Origen humilde. — Cortesía y buen humor. — Simpatía. — Honor y valor. — Las señoras. — Ley de pureza. 9

CAPITULO II

GRANDES HOMBRES. — GRANDES TRABAJADORES

Trabajadores intelectuales. — Trabajadores artísticos. — Fastidio. — Fracasos y éxitos. — Literatos. — Soldados. — Hombres científicos. — Astrónomos. — Viajeros. — Observadores. — Reformadores y predicadores. — Autores. — Lingüistas. — Autores dramáticos. — Novelistas. — Poetas. — Historiadores. — Músicos. — Genios. — Doctores y cirujanos. — Grandes hombres, producto de su época. 45

CAPITULO III

JÓVENES ILUSTRES

El mundo siempre joven. — Educación. — Precocidad. — Músicos jóvenes. — Precocidad musical. — Pintores y escultores jóvenes. — Poetas. — Escritores dramáticos. — Autores. — Novelistas. — Hombres científicos. — Astrónomos. — Matemáticos. — Naturalistas. — Anatómicos. — Lingüistas. — Periodistas.— Discípulos de las grandes escuelas que han conseguido premios y figurado entre los más distinguidos de sus clases. — Jóvenes famosos. — Generales jóvenes. — Caracteres de la juventud.... 82

CAPITULO IV

ANCIANOS ILUSTRES

Plantas que florecen tarde. — Listos y tontos. — El juego y el estudio.—Muchachos negados. — Aplicación y perseverancia. — Enamoramientos. — Individuos que fueron soldados en su juventud. — Grandes músicos ancianos. — Pintores, escultores y poetas. — La meseta de la vida. — Talento dramático. — Predicadores y teólogos. — Generales y marinos ancianos. — Autores ancianos. — La disciplina y los soldados. — Hombres científicos.—Astrónomos. — Políticos y legistas. 139

CAPITULO V

HERENCIA DEL TALENTO Y DEL GENIO

Razas antiguas. — Herencia del carácter. — Parecido heredado. — Parecido de familia. — Las familias reales de Inglaterra, Francia y Prusia. — Antepasados sin importancia. — El genio no se hereda. — Nobleza, clase media y clase trabajadora. — Origen de la clase media. — Enfermedades hereditarias.—Pauperismo. — Hijos ilegítimos. — Influencia de las madres. — Antepasados de los poetas, legistas y generales. — Hombres doblemente bien nacidos. — Herencia del talento y de las cualidades artísticas, heroicas, poéticas y literarias. — Solución de continuidad en la descendencia. — Hombres improvisados... 179

Páginas.

CAPITULO VI

ENFERMEDADES LITERARIAS. — EXCESO DE TRABAJO CEREBRAL

Presión del cerebro. — La máquina nerviosa. — Enfermedades misteriosas. — Acción del cerebro. — Irritabilidad nerviosa. — El estómago y el hígado. — El gusto. — El estómago y el cerebro. — El ejercicio físico. — Sueño sano. — Ensueños. — Medios para procurar el sueño. — Café y te. — Alcohol. — Opio. — *Morbus eruditorum*. — Exceso de trabajo en las escuelas. — Preparación de exámenes. — Educación de las jóvenes. 223

CAPITULO VII

SALUD

Diferentes clases de recreo. — Dilatación de los pulmones. — Ejercicio físico. — Cambios. — Descanso. — Estudio. — Reposo del domingo. — Consuelos de la literatura. — Retiro de los hombres de Estado. — Jardinería y Horticultura. — Agricultura. — Equitación. — Paseo. — Pesca. — Caza. — Cambio de trabajo. — Afición á los animales. — Niños. — Mamás. — Templanza. — Hábitos. — Longevidad. — Viejos niños. — Hombres de estado y legistas. 238

CAPITULO VIII

LA VIDA EN LA CIUDAD Y EN EL CAMPO

Niños del campo y de la ciudad. — Hombres criados en el campo. — Vida de la ciudad. — Soledad. — Los ingenieros. — Historia natural. — Pastores que llegaron á ser hombres distinguidos. — Novelistas ingleses. — Los romanos y la vida de la ciudad, los poetas y la vida del campo. — Del campo á la ciudad. — Estatura y corpulencia de los hombres. — Placeres de la vida de la ciudad. — Londinenses. — Influencia de la vida del campo. 334

CAPITULO IX

SOLTEROS Y CASADOS. — COMPAÑEROS

El cristianismo y la mujer. — Célibes ilustres. — Mujeres solteras. — ¿Qué gente se casa? — Primeros amores. — Belleza. — Forma y facciones. — *Confort*. — La imaginación en el matrimonio. — El amor y la inspiración. — Poetas solteros. — Poetas casados. — Teólogos y hombres de ciencia. — Pintores y músicos. — Literatos. — Matrimonio de conveniencia. — Matrimonios felices. 358

CAPITULO X

LA TARDE DE LA VIDA. — ÚLTIMOS PENSAMIENTOS DE LOS GRANDES HOMBRES

Compensaciones de la edad. — Gran período climatérico. — Paraíso de la ancianidad. — Recuerdos de la juventud. — Ceguera y sordera. — Vigor de la ancianidad. — Ancianos felices. — Muertes tranquilas. — Muertes repentinas. — Enterrados vivos. — Los reyes de España y los funerales. — Muertes en el campo de batalla. — Deseo de la muerte. — Mártires de la ciencia. — Bromas al morir. — Como un sueño. — Últimos pensamientos de los grandes hombres. — Últimas palabras. — Finis. 403

PRÓLOGO

Esta obra ha sido escrita con arreglo al plan de *Ayúdate* y del *Carácter*, y contiene muchos ejemplos nuevos de lo que puede llevarse á cabo mediante la honrada fuerza de voluntad y la firme perseverancia.

La preparación de este libro ha constituido la grata ocupación de muchas horas perdidas; pero mientras los primeros fueron escritos hace algunos años, los últimos se han agregado recientemente, y la obra entera ha sido revisada con esmero y en gran parte escrita de nuevo en los comienzos del año actual.

Los capítulos que tratan del excesivo trabajo cerebral y las condiciones de la salud, pueden ser útiles á los que trabajan demasiado con el cerebro y muy poco con el cuerpo. Esta parte de la obra ha sido, en cierto modo, el resultado de la propia experiencia personal.

Algunas personas que han leído las pruebas han objetado que ciertos nombres se hallan repetidos, aunque bajo diferentes aspectos y en distintos capítulos. Esto ha sido preciso hasta cierto punto, á fin de insistir en las lecciones que de los mismos se deducen. El autor confía en que la presente obra será leída, no obstante, con interés y provecho para el lector.

S. S.

Londres. — Noviembre de 1887.

VIDA Y TRABAJO

CAPÍTULO I

EL HOMBRE Y EL CABALLERO

Sembrad un acto, y tendréis una costumbre; sembrad una costumbre, y tendréis un carácter; sembrad un carácter, y tendréis todo el porvenir de un individuo.—***

Ya vengan la riqueza ó la necesidad, el bien ó el mal, acójanlo de buen grado jóvenes y ancianos. Inclinen su frente ante la Soberana Voluntad, acomodándose á ella con ánimo alegre. El que desee ganar el premio, vaya en buena hora á perder ó á conquistar según pueda. Mas, ya triunféis ó caigáis vencidos, sed, por Dios, siempre caballeros.—THACKERAY.

La vida del hombre en este mundo es, por lo general, una vida de trabajo. Por lo que respecta á la generalidad de los hombres, el trabajo puede ser considerado como su condición normal. Todo hombre digno de llamarse tal, debe querer trabajar y ser capaz de hacerlo. El labrador honrado encuentra que el trabajo es preciso para su sustento; pero lo es asimismo para los hombres de todas las condiciones y cualquiera que sea su clase de vida.

¿Cómo puede uno ser perezoso cuando los demás trabajan? ¿cómo mantener el respeto social, el honor y la responsabilidad? El trabajo es el mejor de todos los educadores, porque obliga al hombre á estar en contacto con los demás y con las cosas tales como realmente son. Si consultamos la biografía, hallaremos que los hombres más notables han sido los más industriosos en su profesión, los más aplicados en sus investigaciones, los más heroicos en sus empresas. Cierto es,

al trabajo de la mano y del cerebro es á quien debe principalmente el mundo su inteligencia, su ciencia, sus adelantos y su civilización. El trabajo es, verdaderamente, el precio que se atribuye á todas las cosas que pueden tener valor. Nada puede hacerse sin él. La mayor parte de los hombres han llegado á distinguirse por su trabajo infatigable y su aplicación constante. Pueden haber tenido talento natural, puede haber sido su naturaleza viva y ágil, pero no pueden evitar la pena del trabajo perseverante. Sin embargo, el trabajo no es un castigo; el trabajo, con esperanza de fruto ó recompensa, es un placer. «No hay nada tan fatigoso—dice »San Agustín,—como *no* trabajar. Bendito el que consa»gra su vida á grandes y nobles fines, y plantea madura»mente sus bien meditados planes. Sin embargo, no es »en los más nobles planes de vida, sino en los más »humildes, donde es más útil el trabajo. La pereza de»rrocha una fortuna en la mitad del tiempo que necesita »el trabajo para ganarla.» «La fortuna—dice el proverbio »sánscrito—ayuda á los hombres valerosos que hacen »esfuerzos: solamente los débiles declaran á la Suerte »como sola causa de todo.»

El abandonarse al *dolce far niente* origina la mitad de las dificultades de la vida. Sabido es que la pereza es uno de los peligros que asaltan á la juventud en este país. Jóvenes hay que rehuyen el trabajo y todo cuanto exige algún esfuerzo ó laboriosidad. Pocas personas pueden habituarse á la idea de que no sirven de nada en el mundo, ó de que están arruinándose con su pereza. Por otra parte, la persona perezosa que no trabaja, pierde hasta la facultad de divertirse. Su vida es un descanso contínuo y sin ningún intervalo de ocio y distracción. Los dormilones no han hecho nunca nada en el mundo. Los sucesos pasan, y los dejan adormecidos y sin fuerzas. «Lo que llaman á menudo indolencia—dice »Crabb Robinsón—es, en verdad, la consecuencia in»consciente de su incapacidad.»

«La pereza—ha dicho Jeremías Taylor,—es la muer»te de un hombre vivo; pues una persona perezosa es »tan inútil para los designios de Dios y de los hombres, »que está como muerta, y vive tan sólo para pasar el

»tiempo, y comer los frutos de la tierra como un pa»rásito ó un lobo. Cuando llega su hora, muere, y hasta »entonces no ha hecho nada bueno; no trabaja, ni so»porta cargas; todo cuanto hace es inútil ó perjudicial. »La pereza es la mayor prodigalidad del mundo.»

Los antiguos griegos insistían sobre la necesidad del trabajo como fin social. Solón decía: «El que no trabaja debe ser juzgado por los tribunales.» Otro decía: «El que no trabaja es un ladrón. El trabajo es uno de los mejores antídotos del crimen.» Un antiguo proverbio dice: «Un cerebro desocupado es el taller del demonio,» porque cuando no hacemos nada, aprendemos á hacer lo malo. El hombre que no trabaja y que se juzga superior al trabajo, debe ser compadecido y condenado al mismo tiempo. No hay nada tan terrible como la ignorancia activa y la lujuria indulgente. La indulgencia consigo mismo socava la base de la moral, destruye el vigor de la virilidad y causa enfermedades de que sólo puede librar la muerte.

Los sabios saben muy bien que el diablo se presenta á menudo bajo la apariencia de un ángel de luz, y que el pecado, en sus formas más seductoras, se viste con los atavíos del placer. El proverbio turco dice: «El demonio tienta al perezoso, pero el perezoso tienta, á su vez, al demonio.» El que sigue la pálida luz del demonio, encuentra pronto que la ruina sigue inmediatamente á la indulgencia consigo mismo, y que el fantasma de la dicha no produce sino hastío. Madox Brown, pintor y poeta, ha cantado el valor y los beneficios del trabajo en el duro, pero verdadero soneto que sigue:

¡Oh, trabajo! ¡Tú inclinas la frente y curtes la carne de la humanidad robusta, arrojando lejos de ella á los demonios! Transformando con tu arte mágico los males de los pobres, sus lechos les parecen de pluma, su única comida la encuentran siempre nueva.

¡Ay de mí! Por falta de trabajo, ¡cuántos males nos atormentan y cuántos pálidos obreros van á parar á los asilos, mientras el pródigo derrocha en banquetes! Y á éste, como no trabaja, pronto lo cogerán los demonios en sus redes.

¡Ah, bella y vaporosa dama, adornada con buenos trajes, preocupada con tu perro, vestido de escarlata! ¿No encuentras, por ventura, en tu camino, niños andrajosos, y dignos también de ser amados?

Ellos compararán su estado con el tuyo, y crecerán para aumentar el número de los mendigos ó de los ladrones temibles, para los que nada hay digno de respeto.

Aristóteles hace notar, muy oportunamente, que la felicidad es una especie de energía; y las observaciones diarias muestran que la felicidad y la salud son incompatibles con la pereza, y más aún con la frivolidad que sigue el viento de la moda y se divierte con el juguete del instante. La mayor parte de los hombres tienen infinitas ocasiones para procurar y asegurar su propia felicidad. El tiempo es la principal de todas. Momentos libres, aprovechados de manera fecunda, pueden producir brillantes resultados. Es asombroso cuánto puede hacerse empleando los ratos perdidos en las horas de ocio. Debemos hallarnos dispuestos á coger los minutos al vuelo y arrancarles los tesoros que contienen antes de que se escapen para siempre. En la juventud, las horas son de oro, en la virilidad de plata, y en la vejez de plomo. El que no sabe nada á los veinte años, y no hace nada á los treinta, á los cuarenta no tendrá nada; y el proverbio italiano agrega: «Al que no sabe nada, no se le confía nada.»

Ruskin ha dicho: «Tenemos, entre la humanidad en »general, los tres órdenes de existencia: el más bajo, »sórdido y egoísta, que no ve ni siente nada; el segundo, »noble y simpático, que ni ve ni siente nada sin sacar »una conclusión y obrar; y el tercero y más elevado, que »pierde la vista en la resolución y el sentimiento en el trabajo.» La prontitud y la puntualidad figuran entre las felicidades y ventajas de la vida. Por falta de estos dones, han fracasado no pocos de los más grandes hombres. Curran decía una vez á Grattan: «Sería usted el »más grande hombre del día, si comprara usted unas »cuantas varas de balduque y atara sus documentos y »papeles.» Mackintosh fracasó por falta de método y de puntualidad, aunque se hallaba dotado de la más poderosa inteligencia. Cavour fué uno de los hombres más exactos y realizó grandes cosas sin necesidad de balduque.

En las cosas más ordinarias, en los negocios ó profesión de que vivimos, en casa ó fuera, debemos darnos cuenta del valor del tiempo, no desatenderlo, y ser puntuales con los demás lo mismo que con nosotros mismos. Los hombres que no tienen exactitud, viven en

un estado de continuo martirio, turbación y fastidio. Dicen que la puntualidad es la urbanidad de los reyes. También lo es de los súbditos.

Habiendo llegado tarde cierto noble que se había citado con Su Majestad Jorge III, el rey le hizo notar su falta de exactitud, á lo cual repuso él: «Más vale tarde que nunca.» «No—dijo el rey,—es un error; yo digo, más vale nunca que tarde.»

«Por lo general, siempre es demasiado tarde en la »vida; demasiado tarde para la obediencia; demasiado »tarde para el amor; demasiado tarde para el respeto; »demasiado tarde para la reverencia; demasiado tarde »para reformar; demasiado tarde para el éxito; pero »no demasiado tarde para la ruina.»

No hay vida inútil, si su dueño no se empeña en ello. Podemos engrandecernos y elevarnos, y engrandecer y elevar á los otros. Podemos hacernos mejores, y mejorar á los demás. Pero esto no es posible sino merced al uso paciente de nuestras facultades morales é intelectuales. Miss Julia Wedgwood dice: «De todos »los dones intelectuales, el más raro es la paciencia in»telectual; y la última lección de educación es creer »en las dificultades que son invisibles para nosotros.» Muchos han nacido con nobles dones y talentos; pero hace falta el trabajo paciente para hacerlos valer. Bacón, Newton y Watt-Pitt, Wéllington y Pálmerston, Scott, Byron y Thackeray trabajaron durante su vida como simples obreros. En verdad, ningún hombre importante en ciencia, política ó literatura puede mantener y mejorar su posición sin una paciencia infatigable y un trabajo prolongado. (1)

Buffón no estaba, probablemente, muy lejos de la verdad, cuando aseguraba que el genio de los grandes

(1) Víctor Hugo dice: «Los tenaces son los sublimes. Quien no es más que bravo, no tiene más que una acometida; el que no es sino valiente, no tiene más que un temperamento; el que no es más que esforzado, no tiene sino una virtud: el que se obstina en la verdad, tiene la grandeza. Casi todo el secreto de los grandes corazones reside en la palabra *perseverando*. La perseverancia es, con respecto al valor, lo que la rueda respecto á la palanca, es decir, la renovación perpetua del punto de apoyo.»

Quetelet dice: «El hombre que tiende siempre al mismo fin, acaba por adquirir una gran fuerza moral.»

hombres consistía en la superioridad de su paciencia. Nada los cansa ni los retrae; vuelven á cada momento á sus cálculos. «Ningún día sin una línea», tal era la máxima de Apeles. La observación constante é inteligente fué la práctica de Newton. «Debemos convencer»nos de lo que debemos hacer para descubrir lo que no »debemos hacer», era la máxima de Watt.

El hombre que observa con inteligencia y pacientemente, y que comprueba sus observaciones con informes cuidadosos, llega á ser un descubridor y un inventor. Juzga verdadera y exactamente todos los objetos que investiga, cualquiera que sea su naturaleza: ciencia, arte, literatura, ley, política, fisiología ó invención. Las teorías son humanas, mas los hechos son divinos. La costumbre de la atención paciente en la práctica, es una de las principales facultades que deben cultivarse. Una de las máximas predilectas de Newton era que la única facultad en que sobrepujaba á los demás hombres, era la de poder plantearse un problema á sí mismo, pensar constantemente en él, y proceder á repetidas investigaciones hasta hallar su solución.

Yago da una lección de sabiduría en su discurso á Rodrigo. «En nosotros consiste el ser de un modo ó de »otro. Nuestros cuerpos son huertos en que hacen de »hortelanos nuestras voluntades; de manera que si que»remos plantar ortigas ó sembrar lechugas; plantar hi»sopo y arrancar el tomillo; abastecerlo con un solo »género de hierbas ó repartirlo en varias; tenerlo esté»ril por pereza ó cultivarlo con el trabajo, todo ello de»pende de nuestra voluntad.» Aunque odiamos á Yago, le damos las gracias por enseñarnos lección tan provechosa.

¡Querer, esto es todo! Pero esto exige valor paciente. Exige la fuerza que pueda resistir y sostenerse á pesar de las dificultades. Necesita el esfuerzo resuelto de la voluntad, que llamamos perseverancia. La perseverancia es la energía habitual; y la perseverancia en el trabajo, juiciosa y constantemente aplicado, se convierte en genio. El éxito en la remoción de los obstáculos consiste en la siguiente ley de mecánica: la mayor fuerza disponible concentrada en un punto dado. Si vuestra

fuerza de constitución es menor que la de otro hombre, podéis igualarle si perseveráis más tiempo y si la concentráis más. Un hombre de genio es siempre, en los comienzos de su vida, desconocido para sí mismo como para los demás. Sólo después de ensayos repetidos, se atreve á creerse capaz de llevar á cabo empresas en que los que aciertan conquistan la admiración de la humanidad. La fuente que nace de la roca de la montaña como un arroyo, con la acumulación de riachuelos, se transforma en río, y después en río caudal, y, probablemente, en una parte del océano sin fondo, simplemente por caminar hacia adelante de manera regular y persistente.

Muchos desmayan por las dificultades que en la mayor parte de los casos nos sirven, en realidad, de auxilio. Nos enseñan la experiencia y nos excitan á la perseverancia. «La cabeza de Hércules—dice Ruskín,—se re»presentaba en otro tiempo cubierta con una piel de »león cuyas garras se juntaban bajo la barba para mos»trar que, una vez que conseguimos contrarrestar nues»tras desgracias, éstas nos sirven de auxilio.» Los acontecimientos no son nunca absolutos en sí mismos. Sus resultados dependen de la cualidad y del carácter del individuo. La desgracia puede ser una escala para el genio, un tesoro para el hombre hábil, aunque sea un abismo para el hombre débil.

Muchos hombres de distinción y de bondad nativas se han perdido para el mundo simplemente porque nada interrumpía el curso de su prosperidad. Todo depende de la voluntad y de la resolución. Cuando está pronta la voluntad no escasean los caminos.

La vida es progreso; para triunfar mejor, esperamos y luchamos; y con frecuencia la adversidad es mejor maestra que la verdad: estimula á vivir á las otras facultades dormidas, y excita nuestra fe, resignación y resistencia.

No se puede permanecer estacionario en la vida. Todo cuanto es humano tiene que caminar hacia adelante ó hacia atrás. Cuando se presentan los obstáculos, debemos marchar contra ellos á pesar de las dificultades.

¡Qué hermosa era la divisa de sir Philip Sidney!

Viam aut inveniam aut faciam. Hallaré ó me abriré camino. La facilidad hace á los niños y la dificultad á los hombres. Muchas personas deben su buena suerte á alguna desventaja con que han tropezado; combatiendo contra ella han entrado en juego sus mejores facultades. La fuerza ó la debilidad de carácter no se prueban nunca más claramente que cuando un individuo experimenta un cambio repentino en su posición; y esto se observa especialmente cuando el cambio es perjudicial. Se ve entregado súbitamente á sus propios recursos y despliega enteramente cualidades de carácter inesperadas que á menudo le conducen á una situación distinguida y eminente.

El sufrimiento es un arado pesado guiado por una mano de hierro; se hunde profundamente en la tierra rebelde, mas la abre á las influencias fertilizadoras de la Naturaleza y acaba, frecuentemente, por procurarle las más ricas cosechas. Hasta el antagonismo más activo constituye uno de los mayores beneficios del hombre, pues despierta la fuerza, la perseverancia y la energía de carácter. Así nuestro rival se convierte en auxiliar nuestro. Los hombres pueden ser valientes, pero el valor sin la perseverancia vale muy poco. Las emociones que viven y mueren como tales ayudan muy poco á la regeneración humana. Unicamente, merced al esfuerzo constante, aun en medio de los fracasos, se llevan á cabo las empresas más gigantescas. «Los fraca»sos — dice un proverbio galo — son los cimientos del »éxito.»

Ya hemos hablado de la ley del trabajo; hablemos ahora de la ley del descanso.

«Sin trabajo no hay descanso»—dice el proverbio. No obstante, puede uno trabajar y estar tan acostumbrado á trabajar y sólo á trabajar, que sea incapaz de disfrutar el descanso. Los hombres no pueden llegar á los mejores atributos de su naturaleza cuando su vida está enteramente ocupada por el trabajo. Algunos se consagran tan exclusivamente á los negocios, con objeto de descansar más adelante, que, cuando han acumulado lo suficiente para llevar á cabo este propósito, son ya enteramente incapaces de encontrar placer ó alegría en

la cesación del trabajo. Su castillo en el aire se ha desvanecido. Es «demasiado tarde». Su espíritu ha llegado á atrofiarse y empequeñecerse con tan exclusiva ocupación. No pueden variar de trabajo. La libertad de su pensamiento se ha desvanecido, su espíritu se ha ejercitado sólo en el fondo de una caverna, y aun, tal vez, demasiado pequeña; ya no hay, para ellos, día de descanso. El bienestar que han conseguido les sirve de muy poco. Como el cerero retirado, necesitan volver á su antigua ocupación en ciertos días.

El trabajo no es del todo un beneficio cuando degenera en carga pesada, pues el trabajo desagradable no produce felicidad ni bondad de carácter. Por el contrario, tiende á empequeñecerlo y á degradarlo. El trabajo no es el objeto y el fin único de la humanidad. No es un fin en sí mismo, y mucho menos el mayor bien de la tierra. Es una gran cosa, no obstante, el ser independientes, mantenernos y satisfacer nuestras deudas con nuestro honrado trabajo. El trabajo no deshonra, lo que es deshonroso es ganar un chelín y vivir perezosamente con treinta céntimos al día hasta que se terminen. «Bien——dice Balzac,—con los millares de »toneladas de placer que podemos recolectar en los cam»pos de la sociedad, no pagaremos nuestras deudas al »fin del mes; en consecuencia, debemos trabajar, tra»bajar y trabajar.» Debemos ganar nuestro sustento con el sudor de nuestra frente ó de nuestro cerebro. Si bien es cierto que las riquezas pueden corromper la moralidad y endurecer el corazón, también la pobreza abate el espíritu y el valor del hombre, llena de espinas su almohada y le hace difícil ser honrado, virtuoso y respetable.

Así, pues, todas las cosas deben tomarse moderadamente. El trabajo es bueno y respetable, no tanto por sí mismo, como por sus objetos más elevados, á saber: el cultivo del espíritu, el desarrollo de las potencias superiores y el honrado placer de la vida. En efecto, como veremos, algunos de los mejores trabajos en las esferas de la literatura y de la ciencia han sido hechos por hombres ocupados habitualmente en los ne-

gocios. El exceso de negocios, llevados á cabo con extremada intensidad, es muy fatal á la calma y felicidad de la vida. «El sabio—dice lord Bacón,—debe propo»nerse algún objeto, porque el que no tiene particular »empeño por algo, todo lo encuentra fastidioso é insí»pido.» Y en otro pasaje: «El hombre más activo que »haya habido ó pueda haber, no se ocupa en ningún otro »asunto, durante los pocos instantes de ocio que le dejan »los negocios, á no ser que esté aburrido y no sea activo, »ó que tenga la inconsiderada é indigna ambición de »meterse en cosas que otros pueden hacer mejor.»

Constituye un punto de capital importancia el saber variar nuestras ocupaciones. Debemos hacer una cosa bien en particular y luego descansar adoptando variedad de ocupaciones. Este es el verdadero modo de disfrutar los instantes de ocio y de conservar la flor y la gracia de la vida. Los días de fiesta pueden ser aprovechados; deben ponerse en ejercicio las facultades del espíritu ocultas ú ociosas, y la variedad de trabajo restaurará las fuentes del placer y comunicará nuevo vigor, de modo que haga de la vida una fiesta perpetua. ¡Hay tantas maneras de disfrutar inocente y provechosamente de los momentos de ocio! La Naturaleza nos abre su inagotable depósito de encantos. Podemos observar y estudiar su rica variedad, examinar sus procedimientos y penetrar sus arcanos. Su extensión es infinita: animales, plantas, minerales y el ancho campo de las investigaciones científicas. El amigo de los libros encuentra en la literatura dilatados horizontes. En ella figura la historia antigua y moderna de los hombres, que enseña los mejores métodos de gobernarlos, educarlos y darles leyes, para su propio beneficio y para el progreso de la civilización del mundo. En ella está el depósito sin límites de la literatura: biografía, poesía y teatro, llenos todos de fascinador interés.

El mayor pintor y el mayor poeta italianos variaban de mil modos sus ocupaciones. Miguel Angel pasaba de la pintura á la composición de un soneto, y Dante cambiaba su pluma por el lápiz del pintor; de esta suerte procuraban reposo á su espíritu. Leonardo de Vinci y Miguel Angel eran, puede decirse, artistas uni-

versales. Eran igualmente grandes en pintura, escultura, arquitectura é ingeniería. De igual modo, Roselli era tan grande en poesía como en pintura.

Otros trabajadores de la inteligencia necesitan ejercicio físico, y se dan á la caza de pelo ó de volatería, no tanto por las piezas que cobran, como por la salud que les proporciona. Míster Ashworth, el cuáquero, aunque poco acostumbrado á la caza, decía que la caza de gallos monteses, en medio de los bosques, le había salvado la vida. La pesca de caña es la más tranquila de las diversiones campestres: era la pasión del analítico y filósofo Paley. Ensartaba un gusano como hubiera ensartado á un adversario. Sir Humphry Davy y Wollaston pescaban con moscas. Davy nos relata sus experimentos en *Salmonia;* inspiró á Wollaston su afición á la pesca y al mismo tiempo le adiestraba; esto le permitía, cuando estaba fuera de la ciudad, aprovechar la oportunidad para consagrarse al estudio de la geología. Davy consideraba que la estrecha comunión en que nos pone la pesca de caña con la Naturaleza es uno de sus más grandes atractivos. Ejerce, también, una influencia importante en el desarrollo del carácter.

«Es una escuela de disciplina moral—decía,—que »exige paciencia, perseverancia y dominio de sí mismo. »Como se relaciona con la ciencia natural, puede vana»gloriarse de requerir el conocimiento de las costumbres »de una tribu considerable de criaturas—los peces y los »animales de que éstos hacen su presa—así como igual»mente el de los signos é indicios del tiempo y de sus »cambios, y de la naturaleza de las aguas y de la at»mósfera.»

Respecto á sus relaciones poéticas, nos hace asistir á las escenas más idílicas y bellas de la Naturaleza, entre los lagos de las montañas y los claros y amables arroyos que surgen de las más altas cordilleras ó que se abren camino por entre las cavidades de los estratos calcáreos. ¡Cuán delicioso es, en los comienzos del invierno, cuando desaparece el hielo y la luz del sol calienta la tierra y las aguas, ir vagando á orillas de algún claro riachuelo, viendo brotar las hojas de los purpúreos capullos, aspirando los aromas de la orilla

perfumada por la violeta y esmaltada de primaveras, paseando acá y acullá sobre la fresca hierba, bajo la sombra de los árboles cuyas brillantes flores están llenas de la música de las abejas... y, continuando vuestro paseo en la tranquila y embalsamada noche, oir la serenata del alegre tordo y del melodioso ruiseñor, que cumplen los deberes del amor paternal en los matorrales engalanados de rosas y madreselvas!

Daltón, otro filósofo, se complacía en el ejercicio, al aire libre, paseando por sus montañas nativas y realizando ascensiones al Helvellyn y al Skiddan. Pero su mayor placer era jugar á los bolos. Pasaba todos los jueves, cuando hacía buen tiempo, en un juego de bolos en las cercanías de Manchester, donde se reunía con algunos compañeros para hacer una partida del antiguo juego de bolos inglés. Cuando llegaba á su casa algún distinguido profesor de química, Daltón se hallaba fuera, pero enviaban al profesor á preguntar por él en el juego de bolos vecino. Daltón se excusaba tranquilamente por hallarse fuera de su laboratorio, pero añadía que le agradaba tomarse un sábado en medio de la semana.

Existen otras maneras de hacer agradable la vida campestre. Scott plantaba árboles en Abbotsford, paseándose por los campos con su favorito Tom Purdy. Daniel Wébster tenía rebaños, que acrecentaba, y cultivaba sus tierras incultas. Scott era aficionado á los caballos y á los perros, y Wébster á los carneros y á los cerdos. Al almirante Nelson le agradaba criar pájaros, y el almirante Collingwood era aficionado á jardinear. El poeta Shelley se divertía mucho en hacer navegar barcos de papel, hechos, algunas veces, con billetes del Banco de Inglaterra, sobre el Támesis ó el Serpentina. Dickens era excelente andador. Se había acostumbrado á ir á pie desde su oficina de Londres, en la calle de Southampton, hasta su casa en Gad's Hill Place, cerca de Rochester. Southey y Wordsworth eran andadores infatigables. Solíase verlos deambulando por las calles de Wertmoreland.

Wordsworth paseábase con su gabán gris y sus zuecos rústicos; algunas veces se aparecía entre la niebla

como un espectro. Estudiaba, casi siempre, en el campo, y sus poemas ponen de manifiesto su grande y creciente amor á la Naturaleza. Un extranjero que había ido á visitar las tierras de Wordsworth, pidió permiso para ver su estudio. El sirviente lo llevó á la biblioteca y dijo: «Esta es la biblioteca de mi amo, pero él estudia en el campo.»

William Hutton, el librero é historiador de Birmingham, paseaba muy á menudo. Recorrió, á pie, á los setenta y nueve años, la Muralla Romana, desde Walsend, en Northumberland, hasta Bownes, en Cumberland, y luego escribió el relato de su excursión. A los ochenta y nueve años visitó á Coatham, en Yorkshire, é hizo una relación del viaje. No fué á pie hasta allí, sino en coche; pero á los noventa años anduvo, dentro y fuera de Birmingham, cerca de cinco millas; su hija decía: «Creo que sus paseos y su vida se acabarán casi al mismo tiempo.» Anduvo casi hasta el fin, y vivió noventa y dos años. «No es digno del contento, en la »ancianidad—dice Turganief,—sino aquel que no ha per»dido la fe en lo bueno, la fuerza perseverante de volun»tad y el deseo de emplearse activamente.»

Son muchos los que se complacen en montar á caballo. Los hombres de ocupaciones sedentarias prefieren cabalgar á andar. Esto excita el hígado y promueve la circulación y la digestión. Liston, el cirujano, era un gran cazador. Voltaire, cuando estaba en Cirey, cazaba para despertar el apetito. Abrahán Tucker, autor de *La Luz de la Naturaleza*, acostumbraba á ir á caballo hasta Banssead Downs para abrir las ganas de comer. Paley intentó montar á caballo y hasta galopar; cayó varias veces; mas estaba lleno de buena voluntad é insistió en sus pruebas hasta que se vió recompensado por el éxito. Un antiguo escritor ha dicho: «El estómago es todo, y todas las cosas son estómago.» Los que no se pueden permitir el caballo andan á pie; de todas maneras se respira aire fresco y se ejercitan los músculos de casi todas las partes del cuerpo.

La distracción favorita del cirujano Cheselden era presenciar luchas pugilísticas. De míster Procter (Barry Cornwall), dice Hawthorne el Americano, que en su

juventud había sido aficionado al pugilato científico, y había hecho, en cierta ocasión, un viaje para luchar con el Game Chicken. Dos primeros ministros, Malón, de Bélgica, y Gladstone, de Inglaterra, se dedicaron á la corta de árboles. Thalberg, el pianista, cuando dejó la carrera musical, compró una viña, la cultivó, é hizo vino. En la Exposición de París de 1867 obtuvo del jurado una mención honorífica por su vino de Pausilippo.

Por otra parte, Rossini se dedicó á la cocina. Se deleitaba en vivir bien, y se vanagloriaba de su mesa; inventó salsas, ensaladas y nuevas preparaciones de trufas. Escribía á una gran cantante: «Lo que os interesa de distinto modo que la música, querida Angélica, »es el descubrimiento que acabo de hacer de una nueva »ensalada; por lo cual me apresuro á mandaros la re»ceta... Las trufas forman, en este plato, una especie de »nimbo, capaz de sumir en éxtasis á un goloso.» Dícese que muchas recetas culinarias que se han hecho célebres, han sido inventadas por Rossini.

Shenstone distraía sus horas de ocio en medir sus tierras en Leasowes, y en adornarlas á gusto suyo. Aun se enseñan en Vaucluse los jardines, contiguos á la gruta natural, que formó Petrarca con tanto cuidado, y que menciona en sus cartas. Allí fué donde compuso algunos de sus más bellos sonetos. Crebillón, llamado el Esquilo de Francia, después de haber producido su *Idomeneo* y su *Radamisto*, se retiró del mundo, descontento de la poca atención que le otorgó la corte, y pasó una vida llena de abstinencia, en medio de un gran número de perros y de gatos, cuyo afecto—decía—le consolaba de la ingratitud de los hombres. Maquiavelo, cuando se hallaba en el campo, pasaba gran parte del tiempo cazando tordos. Escribiendo á un amigo, le decía: «Hasta ahora he estado cazando tordos. Salgo an»tes del alba, preparo mis trampas, y marcho con un »montón de jaulas al hombro. Cojo, cuando menos, dos, »y cuando más, siete tordos. De esta manera he pasado »todo el mes de septiembre; y aunque esta distracción »sea extraña y vulgar, me disgustaba mucho cuando »me faltaba.»

Más inocentes eran las tentativas de Dugald Stewart para mantener una pluma de pavo real en las narices. Cuando algún filósofo visitaba á Woodhouselee, hallaba á Stewart entregado á este ejercicio. El historiador Patrick Fráser Tytler era su competidor en esta distracción. El recreo de John Húnter era el estudio de las abejas; así como el de sir John Lubbock era el de las hormigas, abejas y avispas. Los dos hacían sus distracciones científicas. Húnter se interesaba por todo; y cuando decía: «Voy á distraerme con mis abejas,» no era esto sino el principio de una serie de investigaciones, cuyo resultado, reunido en una obra, es, según dice sir James Paget, casi irreprochable en nuestros días. Cuando se rompió el tendón de Aquiles, esto le llevó á estudiar aquella materia, y á inventar un nuevo método de tratamiento de la ruptura. Sir John Lubbock es igualmente incansable. Su colección de observaciones acerca de los himenópteros que viven en sociedad, es casi fascinadora; y no se sabe qué es más digno de admiración, si la paciencia é industria de las hormigas, abejas y avispas, ó las de su observador.

Algunos reverendos, en las horas que les dejaban libres los deberes de su ministerio, entreteníanse en inventar máquinas. El reverendo doctor Cartwright, beneficiado de Brampton, cerca de Chesterfield, fué el más extraordinario de estos inventores. No sólo inventó la máquina de tejer, que tan grande influencia ha ejercido en la supremacía manufacturera de Inglaterra, sino también la máquina de peinar la lana, y la de hacer ladrillos, é introdujo otros muchos perfeccionamientos en la máquina de vapor. El reverendo Patrick Bell, ministro de Carmylie, en Forfarshire, perteneció, igualmente, al número de esos clérigos inventores. La máquina de segar fué el fruto de sus horas perdidas. Tuvo gran éxito su invención, mas no se adoptó, porque la labranza manual era entonces barata. Fué recibida con entusiasmo en América, donde era cara la mano de obra, y al cabo de cerca de medio siglo, volvió de América á Inglaterra y Escocia, donde ahora es usada generalmente.

Los inventores de profesión, como míster Nasmyth,

el inventor del martillo de vapor, y míster Siemens, el inventor de la locomotora eléctrica, se dedicaron, para dar variedad á sus estudios, á otros objetos. Míster Nasmyth se aplicó á la astronomía: fabricó, él mismo, sus telescopios, y estudió el sol y la luna, haciéndose célebre en la ciencia astronómica. Otro tanto hicieron míster Lasell y míster de la Rue; cervecero el uno en Liverpool, y el otro librero en Londres. Míster Bessemer, el inventor del acero Bessemer, ha aplicado al mismo fin su extraordinario talento.

Debo la siguiente anécdota á míster Nasmyth, que no es sólo un gran inventor y un sabio, sino también un extraordinario repertorio de anécdotas. Se refiere al doctor Adam, el último rector de la Escuela Superior de Edimburgo, autor de las *Antigüedades Romanas* y de otras varias obras. El doctor Adam, en el intervalo de sus trabajos de profesor, acostumbraba ir á pasar algunas horas en la tienda de su amigo Booge, el famoso fabricante de cuchillos, afilando algunas veces cuchillos y tijeras, y otras veces dando vueltas á la rueda. Un día, dos caballeros ingleses que concurrían á la Universidad, fueron á buscar á Booge (que era un excelente erudito en griego y en latín) para que les tradujese cierto pasaje griego que no podían comprender. Al leerlo, Booge halló que el pasaje era ambiguo; pero como era muy gracioso, dijo á los estudiantes: «Oh, esto es »muy sencillo; mi oficial, que está ahí dando á la rue»da, se lo traducirá á ustedes. Juan—gritó el anciano;— »haga el favor de venir aquí un momento.» Aproximóse el que parecía obrero, y Booge le enseñó el pasaje griego que los estudiantes querían traducir. El anciano se puso las gafas, examinó el pasaje, y dió principio á una sabia exposición, en el curso de la cual citó á varios autores escolásticos en apoyo de sus ideas acerca de la traducción exacta. Esto hecho, volvió á la rueda de amolar. Los estudiantes quedaron asombrados de la sabiduría del obrero. Dijeron que habían oído hablar mucho de la erudición de los comerciantes de Edimburgo; pero que lo que acababan de oir dejaba atrás cuanto habían imaginado. Los que han tenido la buena suerte de ver la admirable colección de retratos de Ræburn, en

la Exposición de invierno de la Real Academia de Londres hace pocos años, habrán parado su atención en un excelente retrato del doctor Adam, y en la inteligente, bondadosa y humorística expresión de su venerable fisonomía. El doctor Adam murió en su puesto, en su clase de la Universidad, á los ochenta años. Precedió á su muerte una obscuridad imaginaria, durante la cual dijo á sus discípulos: «¡Hijos míos, ya se va poniendo obscuro; deberíais volver á casa!» Acto seguido cayó hacia atrás en su silla, y exhaló el último suspiro. Así murió el hombre más sabio y amable de su tiempo.

La Historia Natural ha despertado, igualmente, la afición de muchos estudiantes, de la clase especialmente instruida, y hasta de la clase obrera. ¿Hay alguien que no haya leído la *Historia Natural de Selborne*, por White? El libro adquiere mayor encanto con los años. Nos lleva al campo, y nos hace vivir en él. «Desde »que lo leí por primera vez—dice James Russell Lo»well,—me he paseado á menudo por algunos de sus »retiros favoritos; pero los veo todavía más bien con »sus ojos que con el recuerdo de una visión actual y »personal. El libro constituye una verdadera delicia, á »causa de su perfecta facilidad.» Parece que míster White no ha tenido nunca que hacer ningún trabajo más difícil que el de estudiar las costumbres de sus conciudadanos de pluma, ó de observar cómo maduran los melocotones en la espaldera. Sus volúmenes son el diario de Adán en el Paraíso:

«Reduciendo todo lo existente á una idea verde en una sombra verde.»

Observadores, estudiantes é investigadores de las más humildes categorías han encontrado el placer más tranquilo en la Historia Natural. Edward, el zapatero, y Dick, el panadero, á pesar de su carencia de medios, fueron hombres excepcionales. Cerca de Manchester y de Londres, sobre todo al Este, hay sociedades de obreros que dedican sus horas de ocio á la botánica, á los pájaros, insectos, abejas, hormigas y otros diversos ramos de la Historia Natural. En el país de Gales se hallan muy adelantados en la geología. Uno de los mejores botánicos contemporáneos fué en sus comien-

zos simple labrador en una granja. Southey profesaba gran admiración hacia los estudios de Historia Natural, y sentía no haberles consagrado, en un principio, toda su atención, en vez de escribir libros. «Yo no sé nada »de botánica—decía;—y cada día siento más no saber»la. Tengo el propósito firme de que si viven mis hijos »lleguen á ser buenos naturalistas.»

El prestar alguna atención á los trabajos de la Naturaleza proporcionará empleo provechoso á nuestras horas desocupadas, y nos proporcionará una instrucción agradable y á veces útil. Nunca sabemos adónde puede llegar la aplicación práctica de los conocimientos cuidadosamente obtenidos. El botánico Sowerby comenzó su vida como pintor de miniaturas y paisajes. Para ser correcto en los primeros bosquejos de sus paisajes, se dedicó al dibujo de las plantas. Hizo estudios acerca de su naturaleza, que le condujeron al estudio de la botánica, y muy pronto se sintió tan fascinado, que consagró el resto de su vida al estudio mencionado. «No »hay nada que me choque tanto—dice Abrahán Cow»ley,—como el oir decir, á menudo, que un hombre no »sabe cómo pasar el tiempo. Esto hubiese estado mal »en boca de Matusalén á los novecientos sesenta y nue»ve años; pero nosotros, que no tenemos tiempo de »llegar á la perfección más elevada en ningún ramo de »la ciencia, estamos muy lejos de ello, y no podemos »tener motivo para lamentarnos de vernos obligados á »estar ociosos por falta de trabajo. El presidente del »consejo de ministros no tiene tantos negocios públicos »como un hombre prudente tiene en su vida privada; »si el primero dispone de poco tiempo para estar solo, »el segundo tiene menos aún para estar acompañado: »aquél tiene sólo una parte de los asuntos de una na»ción; éste todos los trabajos de Dios y de la Naturale»za que se relacionan con él.» (1)

El doctor Isaac Barrow, uno de los hombres más enérgicos de su tiempo y al mismo tiempo uno de los más concienzudos, predicó un sermón acerca de la Laboriosidad de los Caballeros, que ha sido, más tarde

(1) *Prose Works*, 1826, p. 132, en «Essay on Solitude.»

publicado en la colección de sus obras. Nada podría ilustrar este asunto mejor que su vida y experiencia personal. Aunque era, en un principio, un niño muy torpe, tan cerrado que se dice que su padre pedía á Dios que si tenía á bien de llevarse á uno de sus hijos, se llevase á Isaac, no obstante, cuando hubo pasado por la escuela de Charterhouse, lo que le costó gran trabajo, y cuando pasó, después, á Petersham, y, finalmente, al colegio de la Trinidad de Cambridge, no tardó en cobrar fama de perseverante y aplicado. Barrow intentó, primero, practicar la medicina, y para ello estudió la anatomía y la filosofía; pero, habiendo obtenido una beca, principió á estudiar teología, como lo exigían los estatutos del colegio. Su deseo de investigar la historia eclesiástica le condujo á estudiar astronomía y, por afinidad, las partes más elevadas de las matemáticas, en las que alcanzó no poco provecho. Continuó el estudio de los clásicos con tanto éxito, que el «niño torpe», al presentar la dimisión el profesor de griego, fué recomendado para ocupar su cátedra. Mas como ocupaban el poder republicanos, con Cromwell, Barrow, que era un verdadero realista y hasta sospechoso de «armenianismo», no fué nombrado, y decidió abandonar el colegio y viajar algún tiempo por Francia é Italia, llegando hasta Constantinopla y Esmirna. Al afirmar que el valor era la cualidad característica de los caballeros, Barrow dió el más vivo testimonio de la excelencia de esta virtud, lo mismo con sus hechos que con sus palabras. En la travesía que hizo de Leghorn á Constantinopla, en 1657, el barco en que iba fué atacado por un pirata argelino. Barrow no quiso bajar al entrepuente, aconsejó la resistencia y tomó una gran parte en la defensa del barco. Permaneció sobre cubierta hasta que huyó el pirata. Cuando le preguntaron por qué no había bajado y dejado la defensa del barco á aquellos á quienes correspondía, contestó: «A »nadie le correspondía más que á mí; preferiría haber »perdido la vida antes que caer entre las manos de esos »infieles despiadados.»

Poco después del regreso de Barrow á Inglaterra tuvo lugar la restauración. Entonces fué nombrado profesor de griego en Cambridge y, más tarde, profesor

de geometría en Gresham. Renunció este último nombramiento al aceptar el cargo de profesor de matemáticas en Cambridge, y renunció, igualmente, esta cátedra, después de desempeñarla durante seis años, en favor de su discípulo el famoso Isaac Newton, destinado á unir su nombre á uno de los más grandes descubrimientos en la ciencia astronómica. Ciertamente, la historia de Isaac Barrow es una historia de continuas renuncias. Cuando fué nombrado para una prebenda de la catedral de Salísbury, aplicó toda su renta á obras caritativas, y cuando fué nombrado catedrático del colegio de la Trinidad, en Cambridge, renunció las rentas de todas las dignidades eclesiásticas que tenía. Murió relativamente joven, pues sólo contaba cuarenta y siete años. Aunque su vida fué relativamente corta, el número de sus obras, especialmente de matemáticas, fué muy grande. Sus sermones están, igualmente, llenos de ideas, de madura experiencia y de sabia observación de la vida práctica. Enseñaba, excitando á practicarlas, las más saludables lecciones de piedad, devoción, probidad y franqueza.

Su propia vida suministraba los mejores ejemplos, pues era igualmente celoso y aplicado como maestro, como cristiano y como caballero. Dedicó cinco tratados importantes al tema de la laboriosidad.

«El adquirir conocimiento—ha dicho,—y el desple»gar las más altas virtudes de la vida, esperanza, tem»planza, paciencia y satisfacción interior, requiere tra»bajo y esfuerzo. Viajar por un camino pedregoso, subir »una colina escarpada, luchar contra los enemigos te»naces y librar combates encarnizados, contrariar las »inclinaciones de nuestra naturaleza y de nuestros de»seos, mantener continuamente un régimen estricto en»tre todas nuestras partes y facultades, son cosas que »exigen trabajo y fatiga; sólo así es noble y elevada la »práctica de la virtud...» La laboriosidad revela un alma generosa y sincera. Implica un espíritu descontento con las cosas medianas y vulgares, pero que aspira á cosas de gran valor y las persigue con valor y resolución, con sus propias energías y á través de las dificultades y obstáculos.

Es indicio, en el hombre, de un corazón que no quiere deber la subsistencia ó las comodidades de la vida al trabajo ó á la generosidad de otros; que no quiere andar merodeando por el mundo los medios de vivir ni recoger el provecho del cuidado y de las fatigas de los demás hombres, sin compensarles plenamente ó pagar con creces sus obligaciones privadas con servicios y beneficios considerables al público. Un corazón noble desdeña vivir como un zángano de la miel recogida por el trabajo de los demás, robar su alimento como un gusano en el granero público ó cebarse como un tiburón en los peces más pequeños; desea, por el contrario, ganar de un modo ú otro, su propio sustento. Es cierto que la laboriosidad dulcifica todos nuestros placeres y les presta un gusto agradable, porque ningún hombre puede distraerse á gusto ó hallar verdadero placer en nada mientras no haya concluido su trabajo ó cumplido con su deber; así, cuando ha hecho lo posible para despachar su trabajo, puede descansar tranquilo y consagrarse al recreo; entonces encuentra sabrosa su comida, sus diversiones y recreo le deleitan verdaderamente y su sueño es profundo y agradable, según dice el Profeta: «El sueño del trabajador es agradable.»

Una de las cualidades de la laboriosidad es que nos aleja del mal. Cuando un hombre está ocupado, el demonio puede, difícilmente, hallar ocasión de tentarle. «Un »monje que trabaja—dice Casiano,—es asaltado por un »solo demonio, en tanto que uno ocioso es corrompido »por innumerables espíritus malos.» La pereza y la ociosidad figuran entre las más bajas cualidades. El perezoso es un cero en la sociedad; más aún, es una verruga y una carga, pues consume y no produce; algo que trastorna y desorganiza en vez de servir de adorno. «El camino del perezoso es un seto de espinas»—ha dicho Salomón. «Por mucha pereza se cae el edificio, y gracias »á la pereza de las manos se irá arruinando la casa poco »á poco.» La laboriosidad es, verdaderamente, la mejor defensa de la inocencia y de la virtud. Es una barrera que guarda los caminos del corazón contra toda clase de pecados y faltas y que aleja las ocasiones y tentaciones del vicio.

¿Somos ricos? Necesitamos ser laboriosos para manejar nuestra fortuna con sabiduría, no sólo para nuestro bien y el de nuestra familia, sino también para beneficio de los demás. ¿Somos considerados y bien quistos entre los hombres? Pues nos es indispensable la laboriosidad para mantener y mejorar nuestra posición y poder dar un ejemplo más saludable aún á los demás. La más noble cuna y la más alta alcurnia no pueden sustraerse al deber y al privilegio de la laboriosidad. Si hay quien conciba el privilegio de vivir ocioso, es éste, evidentemente, el privilegio de ser lo más desgraciado posible; porque no siendo útil á nadie ni bueno para nada y no cumpliendo ningún deber con Dios ni con el mundo, no tendría título alguno á la felicidad. «Tiene »que cumplir fielmente—ha dicho el doctor Barrow— »todos los deberes comunes de piedad, de caridad, de »sobriedad; porque el ser caballero no le exime de ser »cristiano, sino que, por el contrario, le obliga á serlo »en más alto grado que los demás. Es el intendente »particular de Dios, que le ha confiado elementos para »la subsistencia y asistencia de la familia de Dios. Si »le han dado más talentos, por consiguiente se le pedirá »mayor interés: si un labrador ó un obrero tiene un ta»lento, un caballero tiene diez; tiene un vigor innato »de ánimo y un valor de muchos quilates fortificado por »el uso; tiene la perfección y refinamiento de sus facul»tades gracias á una educación liberal; tiene los recur»sos del parentesco, las alianzas y la amistad; tiene ri»quezas, honor, poder y autoridad; finalmente, puede » disponer del tiempo: tan preciosos y útiles talentos »no le han sido confiados para envolverlos en un pedazo »de lienzo y ocultarlos bajo tierra, ni para disiparlos »en satisfacciones personales, sino para negociarlos, para »ponerlos en juego, para acrecentarlos de la manera más »ventajosa en el servicio de Dios... En fin, sólo debe pa»recer verdaderamente caballero el que tiene corazón »para soportar pesados deberes en beneficio del bien pú»blico y trabaja voluntariamente para servir á sus veci»nos y amigos. El trabajo de los caballeros no es, en rea»lidad, tan pesado, mas puede ser tan útil é interesante »como cualquier otro. Porque no todo trabajo difícil es

»manual; hay otros instrumentos de acción al lado del »arado, la azada, el martillo y la lanzadera, y no todos los »trabajos producen fatiga y provecho visible para el cuer»po; la cabeza puede trabajar mucho en imaginar bue»nos proyectos; la lengua puede manifestarse muy ac»tiva en dispensar consejos, persuasión, consuelo y edi»ficación en la virtud; un hombre puede moverse mucho »con sólo practicar el bien: son éstas obras que requie»ren la laboriosidad delicada de un caballero.»

Hay, sin embargo, diversas nociones acerca del «verdadero caballero», entre las clases humildes. Cuando Walter Scott visitaba á Irlanda y fué á ver la tumba de San Kevin, cerca de Glendalough, míster Plunkett, que le acompañaba, dijo al guía que el visitante era un poeta. «¿Poeta?—dijo,—¡qué poeta ni qué diantre! Lo que es, »verdaderamente, es un caballero respetable; me ha da»do media corona.» De igual manera, cuando el cochero de Londres recibe doble paga, dice para sí: «Este es un verdadero caballero.» Hasta los de clase más encumbrada asocian la cualidad de caballero con la generosidad en dar dinero, lo cual no es, en muchos casos, sino *snobismo*. ¿Qué es ser caballero? Thackeray dice: «Es ser »honrado, cortés, generoso, bravo y prudente y poner »en práctica todas estas cualidades del modo más ama»ble exteriormente.» San Pelayo nombra doce virtudes, que son las compañeras indispensables del verdadero caballero: fe, caridad, justicia, buen sentido, prudencia, templanza, firmeza, sinceridad, liberalidad, diligencia, esperanza y valor. Deben agregarse, á éstas, la tolerancia y consideración con los sentimientos y opiniones de los demás.

El verdadero caballero no tiene categoría ni clase; puede ser un campesino ó un noble. Cualquier hombre puede ser amable, cortés, tolerante é indulgente. Puede hallarse la cortesía en la tienda del árabe ó en la choza del labrador. La cortesía no es sino la deferencia natural, ingénita y humana para con los demás sin adulación ni hipocresía. La alcurnia y las riquezas no están relacionadas precisamente con las cualidades propias de un caballero. El hombre más humilde puede ser un caballero en sus palabras y pensamientos. Puede ser honrado,

franco, recto, templado, valiente, respetarse á sí mismo y observar una conducta arreglada. El pobre, que tiene un alma elevada es, por muchos conceptos, superior al rico dotado de alma ruin. Valiéndonos de las palabras de San Pablo, diremos: el primero «no tiene nada aun»que posea muchas cosas, mientras que el segundo po»see todas las cosas aunque, en realidad, no tiene nin»guna.» Sólo los pobres de espíritu son realmente pobres. Para el hombre de espíritu elevado, el mundo es lo que debería ser para todos, como un fideicomiso, y libre de los cuidados más penosos de la vida, él solo tiene derecho á llamarse verdadero caballero.

Existen una nobleza y cortesía naturales, en la generosidad y la excelencia de alma, y ésta puede encontrarse en las más bajas clases de la sociedad. Una demostración de esto es el campesino de Chaucer, que vivía en paz y en perfecta caridad, amando á Dios con todo su corazón en la prosperidad como en la desgracia y á su prójimo como á sí mismo.

La urbanidad en los modales puede ser considerada como el último toque en el retrato de un noble carácter. «Una conducta hermosa—dice Emerson,—es prefe»rible á una forma hermosa; causa más placer que las »estatuas y los cuadros, y es la más hermosa de las be»llas artes. Los que se hallan dotados de esta cualidad »son los restauradores y creadores de la simpatía y del »socialismo cristiano.»

El severo doctor Johnson insistía sobre la necesidad de la urbanidad en el trato social, aunque parezca difícil. «A ella está encomendado el evitar todo lo que puede desagradar á unos ú otros.» Aunque medio ciego, él mismo se ofreció generosamente en una circunstancia á una señora asustada en medio de Fleet Street, para librarla de los peligros del tránsito. Alabábase de ser muy cortés con las señoras, y siempre ayudábalas á subir al coche en su casa de Bolt Court.

Míster Quiney, presidente de los Estados Unidos, era un caballero por sus palabras, sus maneras y su conducta. Agradecía los servicios de los demás, y era cortés hasta con los más humildes. Decía á su secretario, al que halló, en cierta ocasión, atrasado en su trabajo:

«Cuando tengáis cierto número de cosas que hacer empezad siempre por las más desagradables.» Era cortés hasta con los negros. Un día que iba al colegio de Cambridge en un ómnibus lleno, entró una mujer de color y no pudo hallar asiento. El presidente le dió el suyo inmediatamente y permaneció de pie durante el resto del viaje; era esto una condenación silenciosa de la grosería general. La cortesía no era en él tan sólo un instinto, sino un principio.

Podemos citar un contraste á la urbanidad de Johnson y de Quiney. En la época en que era general el uso de la barba, Felipe II de España envió al joven condestable de Castilla á felicitar á Sixto VI por su elección á la cátedra pontificia. Mas el joven condestable era todavía imberbe. El Papa le dijo: «¿Hay, acaso, tan po»cos hombres en España que vuestro rey me envía uno »sin barba?» «¡Señor—contestó el altivo español;—si »Su Majestad hubiese tenido la menor idea de que Su »Santidad creía que reside el mérito en la barba, le hu»biera enviado un macho cabrío, y no un caballero!»

La urbanidad puede ser considerada como una especie de cubierta que oculta las ásperas aristas de nuestra naturaleza y les impide que hieran á los demás. Cierto caballero decía: «Pongo el mismo cuidado en no decirle »á un hombre una mala palabra que el que pondría en »no darle una moneda falsa.» Una alcurnia antigua ó ilustre, si no va unida á un carácter noble, no tiene nada que ver con la verdadera nobleza. La marca del nacimiento no es una marca indeleble, porque puede ir unida á la bajeza, la cobardía y la pereza. Evidentemente, el nacimiento ejerce cierta influencia, pues incita á los hombres á realizar hechos llenos de grandeza y de bondad en recuerdo de los nobles antepasados, y con la idea de sostener y acrecentar la honra heredada. «Recordad—de»cía sir Henry Sidney á su hijo Felipe—la noble sangre »de que descendéis por parte de vuestra madre, y refle»xionad que sólo con una vida virtuosa y con buenas »acciones podéis ser un ornamento para tan ilustre fami»lia; de otro modo, el vicio y la pereza harán que os ten»gan por *labes generis* (mancha de vuestro linaje), que

»es una de las mayores maldiciones que pueden caer so»bre el hombre.»

El noble sir Felipe Sidney no desmintió la sangre que heredó de su padre. El modo caritativo con que dió una copa de agua al soldado herido en el campo de Zutphen, es digno de eterno recuerdo. Después de su muerte, su amigo Fulke Greville habló de él con sentimiento muy natural. «En verdad—dijo,—era un ver»dadero modelo de valor, un hombre capaz de hacer »conquistas, plantaciones, reformas, ó de llevar á cabo »cualquier acción que sea considerada como más grande »entre los hombres. Al mismo tiempo tenía tanto amor »á la humanidad, y era tan bondadoso, que cualquiera »que fuese digno de ello hallaba en él consuelo, pro»tección y cuanto dependiese de su poder. No existía »en él afecto privado sino público; su principal cuidado »no era su esposa, sus hijos y su persona, sino, en primer »término, la honra de su Creador y el servicio del prín»cipe y del país.»

Los nobles no siempre descienden de los nobles. Muchos de los más grandes hombres de la antigüedad salieron de las filas más humildes. Platón no era noble, si bien le ennobleció la filosofía. Cleanto, el filósofo estoico, fué, primero, un luchador y más tarde se ganó la vida regando los jardines de los ciudadanos de Atenas. Pitágoras era hijo de un platero, Eurípides de un jardinero, Demóstenes de un cuchillero y Virgilio de un alfarero. Los más bajos pueden colocarse entre los más altos, de igual modo que los más altos, por falta de honra y de conducta, pueden ponerse entre los más bajos. Los primeros se elevan por la emulación y la virtud, y los últimos se rebajan por el vicio y la pereza.

«Vengamos á nuestros tiempos. ¿Quién no conoce el »humilde origen de Shakespeare, el hijo de un vendedor »de lana del país? Ben Jonson, aunque era alfarero, ha»cíase más caballero en cada una de sus acciones.» ¿No conoce todo el mundo á caballeros que se han elevado de la esfera del trabajo, desde Iñigo Jones, el mercader de paños; Quintín Matsys, el herrero; Josías Wedgwood, el alfarero; Jaime Watt, el fabricante de instru-

mentos de matemáticas; Juan Húnter, el carpintero; Isaac Mílner, el tejedor; José Lankáster, el canastero, hasta Roberto Burns, el labrador, y Juan Kass, el boticario?

El padre de Tomás Carlyle era albañil. «La del al»bañil es una noble profesión—ha dicho el autor de *La »Revolución Francesa;*—un buen edificio dura más que »la mayor parte de los libros, más que un libro que valga »un millón... ¡Ojalá aprenda yo de él á escribir mis li»bros como él edificó sus casas, y á caminar tan irre»prochablemente como él por este mundo de sombra (si »Dios quiere) para reunirme con él al fin!... Tal vez fué »entre los campesinos escoceses lo que era Samuel John»son entre los autores ingleses. Me inspira sagrado or»gullo mi padre campesino, y no quisiera cambiarlo por »ningún rey célebre. ¡Una cosa es el oro y otra el cuño »de las guineas, una cosa el hombre y otra sus vestidos! »Doy gracias á Dios por tan gran beneficio y trabajo para »ser digno de él.»

Cuando Hugh Miller, que fué primero albañil, fué consultado por el doctor M'Cosh, respecto á si aceptaba ó no la cátedra de Lógica y Metafísica en Belfort, Miller contestó: «Si un hombre ha sido dotado de grandes fa»cultades por el Cielo, aunque sea en clase de albañil »ú obrero, debe ejercitarlas para gloria de Dios. Vos »habéis recibido estas facultades; empleadlas, pues, y »Dios os abrirá camino para sacar provecho de ellas.» Después de alcanzar la más alta reputación por sus lecturas y la publicación de sus obras, el doctor M'Cosh se vió llamado á una posición más elevada, siendo elegido para desempeñar el cargo de presidente del colegio de Princeton, en los Estados Unidos.

No es posible describir mejor el carácter del caballero cristiano que con estas palabras de San Pablo, en su Epístola á los Corintios: «La Caridad (ó Amor) sufre »mucho y es buena; la Caridad no envidia; la Caridad »no se vanagloria, no se enorgullece, no se conduce con »indecencia, no busca su propio provecho, no se deja »provocar fácilmente, no piensa mal, no se regocija en »la iniquidad sino en la verdad; lo soporta todo, lo cree

»todo, espera en todo y lo sobrelleva todo; la Caridad »nunca se equivoca.» (1)

El hombre que obra en conformidad con estas palabras, observa, necesariamente, la conducta más elevada: «El único verdadero refinamiento, el que se arraiga »hondamente en el carácter, proviene de la Caridad ó »Amor cristiano. Si este espíritu fuese universal, no po»dría hallarse un hombre rudo, ni un campesino grosero, »ni un obrero de espíritu bajo.» (2)

El tercer conde de Balcarres tenía particular devoción á Santiago y deleitábase en su Epístola Católica, llena de energía caballeresca, término que implica en toda su acepción la excelencia y perfección cristianas. Decía Gett, del cuarto conde, de un modo característico: «Balcarres, nos deja cuando estamos en la pros»peridad, mas nos permanece fiel en el peligro; éste es »su rasgo distintivo.»

El cardenal Manning, cuando aludía á los peligros posibles de Inglaterra, mencionaba los cuatro mares y las cuatro virtudes. Decía que no pondría su confianza en los cuatro mares ni en la faja de plata, sino que se confiaría en las cuatro grandes virtudes nacionales: la prudencia, que perfecciona el entendimiento; la justicia, que perfecciona la voluntad; la templanza, que enseña á los hombres á dominarse ante los halagos del placer, y la fortaleza, que los fortalece en el sufrimiento y en las dificultades.

La verdadera urbanidad cristiana es la alegría. Sienta bien á los viejos y á los jóvenes, y siempre es grata. Es la mejor compañera, pues adorna al que la posee más que los rubíes y diamantes engastados en oro. No cuesta nada, y su valor es, sin embargo, incalculable, porque hace dichoso á su poseedor, y derrama abundante felicidad en el seno de los demás. Aspira á ser el lado más brillante de la naturaleza humana. Evita las acu-

(1) I Corintios XIII. 4-8. Una señora conocida nuestra, nos ha indicado el salmo XIV, en que se describe asimismo al verdadero caballero.

El que sigue la línea recta y trabaja con probidad, y habla la verdad en su corazón. El que no murmura por detrás con su lengua, ni perjudica á su vecino, ni le dirige reproches. A sus ojos es digna de desprecio toda persona vil. El que jura á su prójimo y no le engaña.

(2) El reverendo Federico Robertson.

saciones y es clemente en sus juicios sobre los demás. En la conversación elige, habitualmente, motivos interesantes, en vez de faltas y pequeñeces. Difunde las buenas palabras, se complace en los buenos pensamientos, y suaviza por todos los medios el trato social. La alegría constituye la belleza del espíritu y, como la belleza personal, lo conquista todo. Sin embargo, nunca envejece, porque no hay nada tan hermoso como la alegría en el rostro de un anciano.

«Un corazón alegre—ha dicho Salomón,—comunica alegría al semblante;» y en otro lugar: «Un corazón alegre hace tanto provecho como una medicina.» La satisfacción interior es indispensable para la vida humana, y es, por muchos conceptos, el origen del éxito. El espíritu debe conservarse flexible para poder imponerse á los caprichos, y vencer las dificultades que se presentan en las grandes empresas. En realidad, la felicidad significa la satisfacción del espíritu, la pureza del corazón y una disposición buena y amable. También significa humildad y caridad, una apreciación generosa de los otros y una modesta apreciación de sí mismo. No hacen tanto bien las grandes acciones, como las ligeras pruebas de consideración en el trato cotidiano, las tranquilas virtudes de todos los días, la simpatía y moderación cristianas y las buenas cualidades de los parientes y amigos. Los riachuelos son de mayor provecho que las tumultuosas cataratas; los primeros recrean, con su curso tranquilo y agradable; las últimas llevan consigo la ruina y la destrucción. Lo mismo acontece con los actos de nuestra vida diaria.

La simpatía es el disolvente universal. Nada se comprende sin ella. No es posible ser tolerante con los demás, sin el auxilio de la simpatía. La capacidad que pueden adquirir los hombres, varía según el grado de simpatía que despiertan. Cuando ésta falta, los esfuerzos hechos para mejorar ó formar el carácter cristiano, fracasan casi indefectiblemente. Muchas personas se pasean por la estrecha tabla de su propia satisfacción, meditando sobre su propio mérito, sin pensar, un momento, en los que tienen derecho á su ayuda. El miedo de abandonar su estrecha tabla, les ha encadenado á una

mediocridad rastrera. Así tenemos grandes fanáticos y grandes censores, y todo esto se origina en la falta de simpatía. Sin embargo, la simpatía es la esencia del cristianismo. El «amaos unos á otros,» es una frase sencilla, mas encierra una enseñanza capaz de renovar el mundo. Las últimas palabras que el juez Talfourd pronunció desde el banco inmediatamente antes de morir, fueron éstas: «Si me preguntasen cuál es la mayor ne»cesidad de la sociedad inglesa en todas sus clases, lo »diría en una palabra. Esta necesidad es *la simpatía.*» Y con la palabra simpatía vibrando todavía en sus labios, abandonó el mundo el espíritu de Talfourd.

El carácter del caballero implica una elevación de conducta por lo que respecta á las leyes morales y á los preceptos de la religión. No debe contraer deudas si no tiene medios de pagarlas. Debe desdeñar el ser deudor de otros, que son, no obstante, más pobres que él, por lo que toca al vestido y al sustento. Sólo el elegante ó presumido (caricatura del caballero) se adorna con trajes vistosos y falsa joyería. No es más que un hipócrita, aunque se ha dicho que la hipocresía es un tributo que el vicio paga á la virtud; y, sin embargo, su pretensión de hacer pasar lo falso por lo real se comprende comúnmente.

Los caballeros se reconocen entre sí. Se miran mutuamente y se estrechan la mano. Se conocen por instinto. Aprecian los méritos respectivos. Este era uno de los rasgos característicos del doctor Chalmer, su exquisita y amable apreciación de la superioridad de las personas. Reconocen mutuamente su bondad y su compasión. Un caballero será compasivo con su perro; el vanidoso no lo es ni aun con su esposa. El caballero es tan agradable como benévolo. Es generoso, no precisamente por dar dinero, pues el dinero, dado sin reflexión, hace, con frecuencia más daño que provecho. Mas procura ser discreto y cuidadoso en sus actos de generosidad.

La verdadera grandeza de un hombre consiste en un honrado y consciente método de vida. Este estriba en la propia estimación, en el frecuente examen de sí mismo, y en la obediencia constante á la regla que se

sabe hay que seguir. La experiencia prueba á cada momento que llegamos á ser lo que nos hacemos nosotros mismos. Cada hombre graba en sí mismo el sello de su verdadero valor, pues somos grandes ó pequeños según nuestra voluntad. Trabajemos por ser honrados, buenos y francos, y poco á poco llegaremos á ser lo que anhelamos; y lo que era antes difícil, lo irá siendo cada vez menos. La actividad, la bondad, la benevolencia y la templanza crecen con el uso, y lo que se realizaba antes con esfuerzo, se vuelve fácil y natural. Así puede un hombre hacerse generoso, justo, simpático y magnánimo, cortés, político, tolerante y caballeresco.

El verdadero caballero se da á conocer por la idea estricta que tiene del honor, por su simpatía, su nobleza, su clemencia y generosidad. Es esencialmente un hombre veraz, que habla y obra rectamente, no sólo en público sino en su conducta secreta y privada. La franqueza es una especie de transparencia moral. Por esto el caballero no promete nada que no esté en circunstancias de cumplir. El duque de Wéllington declaraba con orgullo que la verdad constituía el carácter del oficial inglés, y que cuando estaba ligado por una palabra, no era capaz de faltar á ella; porque el caballero desdeña altamente faltar á la verdad, en sus palabras ó acciones, y está dispuesto á afrontar todas las consecuencias, antes que rebajarse con la mentira. «*Le bon sang ne peut mentir*»—dice el viejo proverbio francés.

El uso tolerante del poder es uno de los más valiosos atributos del verdadero caballero. No quiere usar de su autoridad de una manera culpable, y libra de la opresión á los que están sujetos á él. ¿Cómo se porta con los que son sus iguales ó están bajo su autoridad, su esposa, sus hijos ó sus sirvientes? ¿Cómo se conduce el oficial con sus soldados, el maestro con sus discípulos, el patrón con sus dependientes y el rico con los que son más pobres que él? El empleo tolerante del poder, en estos casos, proporciona la piedra de toque más legítima del carácter en los hombres y en los caballeros.

El caballero, en su apreciación de los demás, necesita mantenerse bajo una estricta fiscalización. Los ro-

manos empleaban la palabra *virtus* para designar la virilidad, el valor y la virtud. No es posible que haya *virtus* sin dominio de sí mismo. Los deseos egoístas deben ser restringidos, y dominados los instintos ruines. Por esta razón, debe contarse la templanza entre las virtudes de un caballero. Porque esta virtud propende á mantener la inteligencia clara, la moral pura, y el cuerpo saludable. Se ha dicho que la virtud de la prosperidad es la templanza, y la virtud de la adversidad, la fortaleza.

Es un verdadero caballero, sea cual fuere su situación en la vida, el que posee y practica las cualidades más amables, lo soporta todo pacientemente, trata á los demás con respeto, muestra simpatía á los que se hallan tristes y á los que sufren, y hace con todos lo que quisiera que hicieran con él. «En el honor, debe uno preferirse á los demás;» es una regla sagrada, y es, igualmente, la ley de la buena educación. «Honra á todos los hombres.» «Sé cortés.» La cortesía, no es sino el pago de la deuda del respeto propio. No digáis sino buenas palabras, y no oiréis sino buenos ecos. San Francisco de Asís decía muy justamente: «¿No sabes que la cor»tesía es una de las cualidades de Dios, que vierte la »lluvia y el sol sobre el justo y el injusto en virtud de »su gran cortesía? En verdad, la cortesía es la hermana »de la Caridad, que destierra el odio y ama el Amor.»

El caballero es tan justo como firme. Hace bien lo que debe hacerse bien. Perdona ó se resiente, según conviene, mas nunca es vengativo. Está dispuesto á imitar á Sócrates respecto á este punto. Dijo uno al sabio: «¿Puedo morir sin haberme vengado de ti?» A lo que aquél repuso: «¿Puedo morir sin haberme hecho tu amigo?»

El caballero es amable, pero no miedoso. Es valiente, y ayudará á su vecino en el mayor peligro. La raza de los héroes no se ha extinguido. Hay muchos en todas las clases sociales, que arriesgarían su vida para ayudar á un hombre ó á una mujer que se ahogan, que se arrojarían en medio de las llamas ardientes para salvar al que carece de ayuda. La historia de las sociedades modernas prueba ampliamente esto. Aun hay fundadores

de instituciones caritativas para los enfermos y los abandonados. Aun hay hombres prontos á sacrificarse en paz ó en guerra para la ayuda de los demás.

Cuando el venerable mariscal de Mouchy fué llevado á la guillotina, por haber protegido á sacerdotes y á otras víctimas devotas durante la primera Revolución francesa, se oyó una voz en la muchedumbre que decía: «¡Valor, Mouchy! ¡Valor, Mouchy!» El héroe se volvió hacia los que estaban á su lado, y dijo: «Cuando con»taba sesenta años subía á la brecha por mi rey, y ahora »que tengo ochenta y cuatro, no me faltará valor para »subir al cadalso por mi Dios.»

Mas todavía podemos citar un ejemplo no menos honroso de la vida y muerte de un hombre de nuestros tiempos. No de un soldado habituado á desafiar peligros diarios, sino de un literato, de un profesor de árabe de Cambridge. Eduardo Enrique Palmer fué un hombre extraordinario. Era un gran erudito y filólogo. Sabía la mayor parte de las lenguas orientales, y podía hablar la germanía ó caló, como cualquier gitano. A todas estas perfecciones reunía la de ser un hombre esforzado, bravo y lleno de buen humor. Todos los que le conocían le amaban y respetaban. Cuando se proyectó, en 1882, la expedición inglesa á Egipto, el profesor Palmer fué nombrado por el Gobierno, en unión del capitán Gill y del teniente Carrington, para ir á dicho país con el propósito de comprar camellos y de decidir á los beduínos á unirse á la causa de los ingleses. Habiéndose internado en el país, en las cercanías de Agún Musa, la comitiva fué atacada por una cuadrilla de bandoleros, y al cabo de pocos días los condenaron á ser asesinados, y todos murieron valerosamente. «Es un honroso recuerdo—dice »el biógrafo de su vida,—que deben amar los eruditos; »pues cuando hubo que llevar á cabo una obra difícil y »peligrosa, el único que la pudo realizar, no fué un sol»dado sino un literato, no un hombre de fuertes brazos, »sino de cerebro vivo y de lengua elocuente. En la di»rección de la misión y en su animosa muerte, mostró »Palmer que un sabio puede ser, también, un héroe, y »que el hombre que estudió bien, enseñó bien, escribió

»bien é hizo bien todo lo que emprendió, supo asimismo »morir bien.» (1)

Aun en las cosas más pequeñas es útil el valor. Aunque uno no pueda ser un héroe, puede ser siempre un hombre. El valor arrostra y á menudo vence las dificultades de la vida. El valor nos permite aferrarnos á las buenas resoluciones, y evitar las malas; pagar nuestras deudas y no vivir á expensas de los otros; hablar francamente ó guardar silencio sobre lo que puede hacer daño á los demás; examinarnos á nosotros mismos y confesar nuestra ignorancia; admitir que nos hemos engañado; descubrir nuestras faltas y mejorar nuestra conducta en cuanto sea posible. El valor moral puede hacer todas estas cosas, aunque á primera vista parecen llenas de dificultades. Sólo el cobarde ha nacido esclavo. El hombre valeroso vive para aprender y aprende para vivir. Cuando hace lo que es recto y bueno, se capta el respeto de la humanidad; y aun cuando así no fuese, el hombre que cumple lealmente con su deber, puede dispensarse de los elogios del mundo.

La señora constituye el complemento del caballero. Es el rayo de sol de vida en el hogar de todo hombre honrado. Es amable, tierna y caritativa. La palabra lady (en anglosajón, *hlæfhige*) significaba, en un principio, *dadora de pan*. Ella es la que da el pan diario á los que hay á su alrededor y la que dispensa la caridad á los que la imploran. El amor es el origen de su poder y caridad, que, según el apóstol, «nunca desfallece.» Este es el verdadero elemento de su noble vida, y hace reinar un estío perpetuo en su alma. «El amor—dice Gœ»the,—tiene el poder de dar en un instante lo que el »trabajo puede alcanzar, difícilmente, en un siglo.» «El »amor en sí mismo es una sabiduría—dice San Grego»rio;—es la fuente de todo amor verdadero, y, por lo »tanto, de toda prudencia.» La cortesía del corazón procede del amor y se manifiesta en la conducta exterior.

«Si deseas saber á ciencia cierta qué son buenos modales, aprende lo que enseñan las mujeres nobles.»

(1) *Athenæum*, 9 de julio de 1883.

Tayllerand decía de una mujer amable, que «la belleza constituía su menor encanto.» Es la ternura, la sinceridad, la veracidad, el honor en su trato, la deferencia hacia los demás, el sentimiento de la responsabilidad y las costumbres personales refinadas, lo que le presta sus mayores encantos. La belleza no es necesaria; el sentimiento de los rasgos y de las formas desaparece en la rutina ordinaria de la vida doméstica. Pero el amor, la dulzura, la alegría, son los eslabones que unen entre sí la familia y la sociedad.

Aun la mujer que trabaja puede practicar dignamente el señorío. No necesita, indispensablemente, estar con desahogo, ni menos aún ociosa y bien vestida, porque éstos no son atributos del señorío. Mas la mujer ordenada, cortés y pacientemente trabajadora, que se ocupa en el conveniente empleo de los medios de que dispone, y que, al mismo tiempo, ofrece á su familia un inteligente y digno ejemplo, tiene, en la práctica, más que hacer y facultades más agradables que ejercitar que su marido, que gana el pan cotidiano. Las madres, más que los padres, tienen que atender á la formación de una infancia dichosa y de una humanidad heroica; son, también, las encargadas de modelar y cultivar esas cualidades, que han de hacer de sus hijas esposas dignas de hombres dignos. ¡Dichosos los hombres que tienen tales esposas! y ¡felices los hijos nacidos de tales madres!

La ley de la pureza constituye una obligación universal lo mismo para los hombres que para las mujeres; pero debemos á las mujeres, más que á los hombres, el mantener el estandarte de la pureza. Las mujeres están, en su mayoría, alejadas de las influencias de la vida exterior; no se ven acosadas por la lucha, el aburrimiento y las rivalidades del mundo; y los hombres vuelven junto á ellas para buscar paz, comodidad y consuelo.

Así como las mujeres tienen en su mano el elevar y nivelar la sociedad, de igual modo pueden degradarla y rebajarla. Teodota se vanagloriaba, ante Sócrates, de que era capaz de quitarle todos sus discípulos. «Es po»sible—dijo el sabio;—porque los haces bajar por una »pendiente fácil, en tanto que yo los obligo á subir á

»la virtud, pendiente ardua y desconocida de la mayor »parte de los hombres.» Unos dos mil años después, como la naturaleza humana no ha cambiado, Tomás Carlyle, el moderno Sócrates, hizo una observación semejante: «Evidentemente — dijo, — llegará un día en que »se conozca lo que es la virtud en la pureza y conti»nencia de la vida.»

II

GRANDES HOMBRES.—GRANDES TRABAJADORES

Tanto más sabe un hombre, cuanto más trabaja.—SAN FRANCISCO DE ASIS.

El día es excesivamente largo para quien no lo sabe apreciar y emplear. —GŒTHE.

Nada grande empezó por grandes comienzos.—JOSÉ DE MAISTRE.

Las palabras del Cristo hacen valientes á sus caballeros.—WYCLIFFE.

La fama, debilidad postrera de las grandes almas, es la espuela que excita á los espíritus elevados, para despreciar el deleite y vivir días laboriosos.—MILTON.

Yo sé que un noble espíritu puede, sin avergonzarse ni cometer delito, sacar de su trabajo un provecho legítimo.—BOILEAU.

El estado de civilización en que vivimos es, en una gran parte, el resultado de los trabajos pasados. Todo lo que es grande en moral, en inteligencia, en arte y en ciencia, ha sido impulsado hacia la perfección por los trabajadores que nos precedieron. Cada generación añade su contribución á los productos de las generaciones que pasaron; y la acumulación de los conocimientos y ciencias se transmiten, con intereses, á las generaciones sucesivas.

Los trabajadores intelectuales, que «son los primeros por el valor como por la autoridad,» constituyen la verdadera aristocracia del trabajo. Son los capitalistas de la sociedad, los hombres de inteligencia (*caput*); por-

que no son el dinero ni la posición, sino el dinero y el trabajo los que hacen alcanzar la más alta jerarquía y constituyen la fuerza motriz de la humanidad. Los mayores trabajadores han estado á la cabeza de la sociedad en todas las épocas. Pueden haber tropezado con dificultades y obstáculos, haber sido perseguidos, condenados y, al parecer, vencidos y aniquilados; sin embargo, los grandes espíritus de esos muertos nos gobiernan actualmente. Sócrates, Platón, Descartes y Locke viven aún en la filosofía; Homero, Virgilio, el Dante y Shakespeare en la poesía; Aristóteles, Galileo, Newton y Lavoisier en la ciencia: en tanto que sus legisladores contemporáneos, tiranos, cónsules, presidentes, reyes ó emperadores, yacen, casi todos, en el olvido.

Los grandes hombres de la antigüedad, acrecentando las conquistas ya realizadas del espíritu, ensancharon la herencia de nuestra raza. Por haber agregado su trabajo personal al trabajo colectivo de las generaciones precedentes, ocupan su puesto entre los mayores bienhechores de la humanidad. En algunos hombres, la afición al trabajo llega á constituir una pasión, casi una furia. Encuentran tan vasto el campo del trabajo y la vida tan corta, que aprovechan cada instante para hacerle dar el debido fruto. El trabajo es indispensable á su felicidad, ya que no á su vida, y acapara todo su ser.

Se ha dicho de Broussón que parecía ser hecho á la par para la acción y para el estudio. Hombre de actividad infatigable, no podía jamás estar ocioso. Bacón hallaba en su ciencia un campo adecuado de trabajo para «el reloj de arena de su vida fugaz.» Miguel Angel tenía un hambre verdadera de trabajo. Decía que el trabajar era absolutamente preciso para su salud. Interrumpía su descanso por intervalos, y se levantaba en medio de la noche para resumir el trabajo del día. Atribuía lo largo de su vida de trabajo á su mucha templanza. Cuando ya no podía andar, mandaba que le llevasen en coche al Belvedere, para admirar las estatuas; y hasta cuando se quedó ciego, complacíase en examinar sus proporciones con las manos.

Leonardo de Vinci no fué menos laborioso y trabajador. Era dibujante, pintor, químico, mecánico, autor,

arquitecto é ingeniero; el hombre de la más vasta inteligencia, y hasta, probablemente, el genio más universal que haya habido nunca en el mundo. (1) El Ticiano continuó también trabajando hasta una edad muy avanzada. Vasari visitó al pintor cuando éste tenía ochenta y nueve años, le encontró con el lápiz en la mano, y continuó trabajando diez años más. La mayor pena de Canova, cuando se hallaba á la puerta de la muerte, gastado por el trabajo y los años, era que no podía hacer más estatuas de Venus.—*Dunque non faro più Venere.*

Vandik era incansable en su aplicación: á veces terminaba un retrato completo en un día. Jackson, el artista inglés, pintó, en cierta ocasión, cinco retratos acabados en un largo día de verano, pero hizo esto por una apuesta. Teniers el Joven, trabajaba con tanto ahinco, que acostumbraba á decir alegremente que para contener todas sus pinturas, aunque fuesen de pequeño tamaño, sería preciso construir una galería de dos leguas de largo. Continuó trabajando hasta pasados los ochenta años, conservando incólumes sus facultades hasta el fin.

Sir Joshua Reynolds tenía la pasión del trabajo del verdadero artista. Hasta que abandonó el lápiz por enfermedad, á la edad de sesenta y seis años, estuvo siempre en su taller desde las diez hasta las cuatro cada día, «trabajando—como decía,—tanto como un obrero para ganar el pan.» Cuando, en ocasiones, tenía que visitar á un amigo en el campo, volvía al trabajo ávidamente, pareciéndole que había estado «privado de su alimento natural.»

Nicolás Poussin decía que á medida que envejecía sentíase «cada vez más inflamado en el deseo de excederse y de alcanzar el más alto grado de perfección.» El verdadero hombre de genio no está nunca satisfecho, en absoluto, de sus propias obras. Se ve, frecuentemen-

(1) Si pudiera surgir alguna duda, dice míster Hallam, respecto al derecho que tiene Leonardo de Vinci á ser considerado como el primer hombre del siglo XV, lo que es indiscutible, así como respecto á su originalidad en tantos descubrimientos, que ningún hombre, sobre todo en circunstancias idénticas, hubiera hecho nunca, sólo podría fundarse en la hipótesis, no muy sostenible, de que algunas partes de la ciencia física habían alcanzado ya una altura que no menciona ningún libro. *Introducción á la Literatura de Europa.*

te, atormentado por el sentimiento de la imposibilidad de dar, al trabajo de sus manos, la perfección que concebían su espíritu y su imaginación. En cierta ocasión en que un espectador admiraba una estatua que el escultor flamenco acababa de terminar, exclamó el artista tocándose la frente: «¡Ah! ¡si pudieseis ver la estatua que tengo aquí!»

Otro tanto les sucede á los artistas literarios. Aunque Virgilio empleó once años en componer su *Eneida*, estaba tan descontento cuando la hubo acabado, que quería arrojarla á las llamas. Voltaire declaraba que no había escrito una sola palabra que satisficiese su gusto. En el acto de confiar una idea al papel piérdese la parte más sutil de ella. Oudet dice: «El Dios hecho hombre »es el Verbo. El pensamiento ha perdido cuanto tiene »de divino cuando se ha visto aprisionado en el cañón »de una pluma y ahogado en un tintero.» De igual suerte, el pintor de retratos tropieza, á menudo, en el rasgo más notable de una fisonomía, y no puede sorprenderle y trasladarle al lienzo.

Un célebre escritor ha observado que, si sólo se publicasen las obras que complacen á sus autores, la mayor parte permanecerían inéditas; pues el resultado actual está, generalmente, muy lejos de la concepción ideal. El espíritu se mueve más velozmente que la pluma, y ve, frecuentemente, mucho más allá. En el tiempo que la pluma necesita para apoderarse de una idea y expresarla, la esencia, el perfume de la misma se hallan lejos de todo alcance. La idea concebida puede haber sido brillante y clara como la luz del sol; no obstante, el pasaje escrito puede estar envuelto en la niebla. Es lo que observa Plinio acerca del poeta Timanto, que sentía que sus ideas eran mucho más grandes que las palabras que las encerraban; y que, hasta cuando llevaba su arte al último límite, su genio llegaba más lejos aún. (1) Esto puede afirmarse, sin duda, en mayor ó menor grado, de todos los artistas ilustres.

De aquí nacen los esfuerzos asiduos é incansables

(1) «In omnibus ejus operibus, intelligitur plus semper quam pingitur et cum sit ars summa, ingenium tamem ultra artem est.» *Hist. Nat.*, lib. 35, cap. 10.

dé los artistas literatos para dar la mejor forma posible de expresión á las concepciones de su fantasía. Ariosto escribió sus célebres estancias, que describen una tempestad, de dieciséis maneras distintas. Petrarca hizo cuarenta y cinco correcciones en un solo verso. Los manuscritos de Tasso son casi ilegibles, debido á las repetidas tachas y correcciones. Buffón escribió sus *Epocas de la Naturaleza* onces veces antes de quedar satisfecho de ellas. Gibbón escribió siete veces sus *Memorias*, y las dejó sin acabar. Pascal no estaba satisfecho de una de sus *Cartas Provinciales*, y no la dejó hasta que la hubo escrito dieciséis veces de nuevo.

Felipe Wouvermans era descontentadizo en igual grado. Estaba tan poco satisfecho de su éxito como pintor, que poco antes de morir, á los cuarenta y ocho años, quemó todos los estudios que había hecho durante su vida, por temor de que su hijo, que tenía disposiciones para el arte, fuese inducido, por las facilidades que pudieran ofrecerle, á seguir la misma profesión. No obstante, las pinturas de Wouvermans son, ahora, de las más apreciadas de la escuela holandesa, y se venden muy caras. En su estilo particular, es uno de los pintores más grandes que han existido.

Gran número de hombres han abandonado las ocupaciones á que los habían sometido, y han abrazado otras para las que se sentían con mayores aptitudes. Lanzados por sus padres en una senda especial, sentíanse fuera de su marco, descontentos, forzados y aburridos. Existe un viejo cuento de un rey y de una reina que tuvieron un hermoso hijo. Acudieron doce hadas al bautismo, cada cual con un don. Noble apostura, sabiduría, fuerza, belleza, todo le fué concedido: hasta parecía que debía ser superior á todos los mortales. Llegó la duodécima hada á ofrecer como don el Descontento; pero el rey, encolerizado, los echó de allí á ella y á su don. El niño creció rápidamente; era un prodigio de perfectas facultades; pero, contento con su suerte, no se cuidó de emplearlas en nada bueno ni malo. Carecía de toda actividad. Dotado de buen natural y de carácter tranquilo, dejó correr el tiempo sin hacer nada. Y, por

último, conoció el rey que el don que había rechazado era el coronamiento de los demás.

Entre los que han abandonado su primitiva senda, ya por descontento, ó ya por sentirse con mayores aptitudes para emprender otro camino, ha habido muchos hombres distinguidos. Algunos abandonaron la profesión jurídica para dedicarse á la ciencia, al arte, ó las letras. Voltaire halló intolerable el estudio de las leyes, y se entregó á la literatura. Petrarca abandonó las leyes por la poesía. Molière pasó cinco años estudiando para abogado, y más tarde escribió para el teatro. Goldoni abandonó las leyes por el drama. William Pitt era abogado, y asistió dos veces al Western Circuit. (1) El doctor Warburton, el célebre prelado, trabajó muchos años como abogado rural. Lord Armstrong hizo otro tanto en Newcastle; y, finalmente, abrazó la carrera de ingeniero. Sir William Beechy y J. B.Pyne dejaron la abogacía por la pintura. Por el contrario, el canciller Erskine fué primero marino, luego soldado, y, finalmente, ocupó un puesto en la barra y en la Corte de Justicia.

Blackstone empezó su carrera con la poesía, pero la abandonó, y escribió su *Adiós á las Musas*, cuando principió á ejercer como principiante en el Colegio de Abogados, que frecuentaba. Talfourd continuó escribiendo poesías mientras ejercía de abogado, y escribió su drama de *Ion*, hallándose en pleno ejercicio. Cormenín, el parlamentario y periodista francés, empezó sus estudios con la poesía, y luego escribió la mejor obra técnica de Derecho Administrativo Francés. Nos extraña, en los *Recuerdos* de Macready, que míster Cobden, el mantenedor de la reforma de la ley sobre los cereales, era un escritor dramático. En cierta ocasión escribió una pieza llamada el *Frenólogo*, y la presentó á un director de teatro, pero éste no la aceptó.

Existen otras profesiones que los hombres han abandonado para seguir el impulso de su genio. El conde Tilly fué sacerdote jesuíta, y dejó la Iglesia por el ejército. Cromwell era ganadero y cervecero antes de distinguirse como soldado. El general Jomini, el historia-

(1) Circunscripción judicial del Oeste.

dor militar predilecto de Napoleón, fué, durante la primera parte de su vida, agente de cambio; y el mariscal Jordán fué mercero algún tiempo. Pizarro fué, en su juventud, porquero, y el capitán Cook un aprendiz de mercero en su pueblo. El pintor Stanfiel y el autor Douglas Jerrold fueron marineros durante sus primeros años. Servían en el mismo barco. En una ocasión, debiendo representarse á bordo una pieza, Stanfiel pintó la decoración y Douglas se encargó de la dirección de la escena. Y, cosa singular, la próxima vez que se encontraron fué en el escenario del teatro de Drury Lane, con motivo del estreno de una obra de Douglas Ferrold, *Black-eyed Susan*, cuyas decoraciones habían sido pintadas por Stanfiel.

Las letras atraen á los extraviados de todas las profesiones. Voudel, el poeta nacional de Holanda, era bonetero. Bernardín de Saint-Pierre, autor de *Pablo y Virginia*, fué, primero, ingeniero civil, más tarde ingeniero militar en Francia y en Rusia, destituido por haber tenido disputas con sus superiores, y se consagró á la literatura. El novelista Scott, y Lockhart, el periodista de la *Quarterly Review*, eran ambos abogados de Edimburgo. Hazlitt y Thackeray fueron primero artistas y después literatos. Pablo de Kock era escribiente en una casa de banca de París cuando empezó á escribir, como dice él mismo, «sin saber por qué». Zechokke, el historiador, hombre de Estado y novelista, comenzó su vida como autor de una compañía de cómicos de la legua. El reverendo John Brand, el anticuario, y William Gifford, el redactor de la *Quarterly Review*, fueron aprendices de zapatero. José Amós, otro anticuario, fué primero un fabricante de cepillos de carpintería, y más adelante tendero de comestibles. Speed, el croniquista, el general sir John Hawkshaw, el matemático Lambert y Enrique Young Stilling, el pietista y oculista, fueron todos sastres.

El doctor Brown, el fundador de la filosofía browniana, fué aprendiz de tejedor, y «Capabilety Brow,» el arquitecto, un hortelano. Sir Robert Strange, el grabador, dedicábase á la navegación antes de tomar el buril. El naturalista Aldrovando y el pintor Rubens fueron

pajes en su juventud. Swedenborg, uno de los más laboriosos autores, fué en un principio obrero metalúrgico, luego profesor de mecánica, y por último ingeniero de minas. El astrónomo Picard empezó á cimentar su fama siendo jardinero del duque de Crequi. El naturalista Bowerbank fué, en la mayor parte de su vida, destilador, y el químico Herapath fué, en sus comienzos, maltero y cervecero. Estos hombres fueron abriéndose camino desde las cosas pequeñas hasta las grandes: llegaron á la cumbre, no tanto por la influencia de su genio como por la fuerza de su voluntad.

Son muchos los que han abandonado la profesión de las armas para entregarse á las ciencias, artes y letras. Dante, Chaucer, Ben Jonson, Sidney Bunyan, Ignacio de Loyola, Descartes, Cervantes, Lope de Vega, Camoens, Niepce, Lamark y otros muchos fueron militares. La práctica asidua de la obediencia, su paciencia, valor, y el cumplimiento del deber los ayudaron á vencer los obstáculos de su vida: gracias á esto llegaron á ser célebres. Como Cervantes decía: «La lanza no daña á la pluma.» Unos se dedicaron á la literatura, otros á la poesía, y otros á la ciencia.

El hombre de ciencia, como el literato, se olvida á sí mismo en la realización del objeto que se propone, en el que cifra todo su cuidado, observación y placer. La máxima favorita del conde de Lacépède era: «Vivir es velar.» Y, verdaderamente, ni su nacimiento aristocrático, ni su educación militar parecían á propósito para inflamarle en el ardor científico. La lectura de la *Historia Natural* de Buffón, que casi llegó á saber de memoria, atrajo su atención hacia la historia natural. De este estudio pasó al de la música, y después al de la botánica, química y filosofía natural. Era un hombre de múltiples talentos, y lleno siempre de intensa vitalidad. Compuso una ópera, que obtuvo buena acogida. Hizo experimentos de electricidad, y publicó una Memoria acerca de este punto, así como también respecto á física general. Después de la Revolución tomó parte activa en los negocios públicos, y fué, sucesivamente, alcalde de París, comandante de la Guardia Nacional y diputado extraordinario de Agen en la Asamblea Na-

cional, de la que fué elegido presidente en 1791. A duras penas logró escapar con vida durante el reinado del Terror, y al salir de su escondite fué nombrado profesor de zoología en el Jardín de Plantas, donde pasó el resto de su existencia en laboriosas investigaciones científicas. Publicó gran número de libros de gran valor, resultado de sus observaciones y estudios; y aunque muy pocas veces se permitía dormir más de dos horas de una vez, vivió hasta cerca de los setenta años.

Entre los más laboriosos y afortunados investigadores de las leyes de la economía animal, debe mencionarse á Háller y á Húnter. La devoción de Háller á la ciencia rayaba casi en fanatismo. Aunque muy delicado desde su infancia y de complexión raquítica, estudiaba constantemente. La maravilla es que, con su salud débil y su arduo trabajo mental, llegó á vivir hasta cerca de setenta años. Comenzó por publicar el resultado de sus investigaciones cuando sólo contaba veinte años, y en los cincuenta siguientes publicó más de doscientos tratados, sobre todo acerca de las leyes de la sensación y la irritabilidad, que casi puede decirse que fueron descubiertas por él.

Juan Húnter tuvo que luchar con muchas dificultades nacidas de su descuidada educación; sin embargo, fué tan laborioso como feliz. Ocupa un puesto entre los nombres más famosos de la ciencia; su museo solo, que contiene más de 10.000 preparaciones de anatomía humana y comparada, fisiología, patología y de historia natural, constituye uno de los monumentos más espléndidos erigidos á la laboriosidad é investigación asiduas.

Monsieur Luis Pasteur es otro modelo de perseverancia científica extraordinaria. A los diecisiete años era pasante en el Liceo de Besançon. Sus ocupaciones eran monótonas. No enseñaba á los discípulos, mas cuidaba de que estudiasen sus lecciones, y además vigilaba el dormitorio. Los domingos los llevaba á misa y los jueves á paseo. ¿Cómo llegó á ser un hombre de ciencia? Aprovechando simplemente las ocasiones. Le permitían asistir á las lecciones de los profesores en las clases superiores, y las lecciones de filosofía natural atraían su

atención. No obstante, tenía que limitar sus estudios á las horas de recreo y á los días de fiesta. Mas aconteció que un discípulo del Liceo tenía un microscopio pequeño, y permitió á Pasteur que lo examinara y usara. Los jueves, cuando salía con los discípulos, llevaba el microscopio á las fortificaciones para examinar los insectos. Este hecho, sin valor aparente, determinó su carrera futura. Llegó á ser un entusiasta del examen microscópico. Todo lo demás lo adquirió poco á poco por medio de su aplicación constante y del estudio. Puso el ángel de la muerte bajo su microscopio, y descubrió las leyes por medio de las cuales pueden preservarse de su influencia fatal los animales y los seres humanos. Investigó las causas de la enfermedad de los gusanos de seda y de la vid, y en la actualidad trabaja por arrancar la fiebre tifoidea de su secreto y por investigar la naturaleza de la hidrofobia.

El mayor número de estos hombres de ciencia han sido varones llenos de abnegación. Han trabajado, más que por la fortuna, por el progreso científico. Spinoza rehusó la pensión que le ofrecía Luis XIV bajo la condición de dedicar una obra á Su Majestad. Spinoza prefirió conservar su independencia y mantenerse de su propio trabajo, aunque su diaria ocupación era la de pulir cristales para los ópticos. Spinoza hallábase tan sumido en sus libros y estudios, que á veces no salía de su cuarto durante varios días seguidos. Roberto Hooke se acostaba rara vez antes de las dos ó las tres de la mañana, y, en ocasiones, proseguía sus estudios durante la noche entera. El matemático húngaro Pater dormía sólo dos horas en verano y cuatro en invierno, consagrando la mayor parte de sus vigilias al estudio. Bayle trabajó catorce horas diariamente por espacio de cuarenta años.

Los astrónomos han sido, de igual modo, trabajadores infatigables. Galileo y Copérnico eran diligentes observadores nocturnos al fin de su larga vida. Tycho Brahe abandonó pocas veces su observatorio de Hvën durante un período de veintiún años. Hevelio continuó observando la luna y las estrellas hasta los sesenta y seis años. Flamsteed, un humilde cura de aldea, luchando

siempre con las enfermedades, emprendió el formidable trabajo de corregir los numerosos errores que existían en las tablas astronómicas de su época y de catalogar las estrellas fijas, obra que le ocupó juntamente con otros trabajos, hasta los setenta y tres años. Debido á esto Flamsteed ha sido llamado el fundador de la astronomía práctica en Inglaterra. Bradley, hombre de gran sagacidad, del que dijo Newton que era el mejor astrónomo de Europa, prosiguió cuidadosamente observando los cuerpos celestes en Greenwich hasta los setenta años, escribiendo nada menos que treinta volúmenes en folio. Maskelyne, que ayudó á Bradley en la preparación de sus tablas de refracción, continuó sus observaciones hasta que falleció á los ochenta años.

De estos ejemplos resulta que el trabajo de noche no es tan dañoso á la salud como se cree generalmente, y que la vida pacífica y tranquila, aunque laboriosa, de los astrónomos, no es en manera alguna desfavorable á la longevidad. Así William Hérschel y su hermana Carolina Lucrecia desplegaron actividad incansable en las observaciones y cálculos astronómicos durante toda su larga vida, pues el primero murió á los ochenta y cuatro años y la segunda á los noventa y ocho. Fácil es darse cuenta de cuán absorbente y exclusivo es el estudio por el caso de Delambre, de quien se cuenta que durante el terrible bombardeo de París por los aliados, en 1814, continuó tranquilamente sus observaciones astronómicas á pesar de que su casa estaba en el centro de la lucha. Trabajaba, durante aquellos días, dieciséis horas, desde las ocho de la mañana hasta muy avanzada la noche, desplegando tal dominio de sí mismo, tan asidua aplicación al estudio y tanta indiferencia ante el peligro personal, que ha habido pocos ó ninguno que le hayan igualado.

Los últimos diecisiete años de la vida de Euler se vieron obscurecidos por la ceguera, que, no obstante, tan sólo contribuyó á endulzar su carácter y á iluminar su inteligencia. La vida de trabajo de Euler comprende más de cincuenta y siete años. Su primer tratado acerca de la dirección de los barcos en el mar lo escribió á los diecinueve años, y fué acogido con aplauso por la Aca-

demia de Ciencias de Francia. Continuó escribiendo y publicando Memorias sobre la mecánica, la aritmética, la astronomía, la teoría de la música y todos los ramos conocidos de las matemáticas teóricas y prácticas, hasta los setenta y seis años. Quedó sin vista de un ojo á los veintiocho años y sin la del otro á los cincuenta y nueve. A pesar de su ceguera total, continuó sus trabajos, pues su memoria fué aumentando maravillosamente, hasta en la vejez. A los sesenta y cuatro años hubiera perecido en el incendio de su casa, sin el auxilio de uno de sus conciudadanos, que lo cogió y lo salvó en sus brazos. Vivió, todavía, veinte años, trabajando hasta el fin, y murió de repente, sin dolor, mientras jugaba con sus nietos. El número de las obras de matemáticas que dejó Euler es casi increíble. Se ha calculado que á cada quince días, en los cuarenta y siete años de su vida laboriosa, corresponde un trabajo de investigación matemática, clasificado metódicamente, arreglado y amplificado con corolarios y escolios. Posible es que no haya ejemplo de semejante laboriosidad en la historia del progreso científico.

Alejandro de Humboldt fué un hombre de fecundidad inagotable. Era prodigioso en sus trabajos y de vastísimos conocimientos. Sus ocupaciones diarias eran tan absorbentes, que necesitaba continuar sus trabajos científicos durante la noche ó de madrugar mucho levantándose cuando todos los demás dormían. Treinta años antes de su muerte levantábase, generalmente, á las cuatro durante el verano, y aunque, á edad ya avanzada, reclamaba la Naturaleza sus derechos y no se levantaba hasta las ocho, continuó velando por la noche hasta casi el fin de su vida, es decir, hasta los noventa años.

La ciencia de Humboldt tenía un carácter enciclopédico; comprendía, especialmente, todos los ramos de la ciencia relativos á la naturaleza física. En una de sus máximas prescribía como requisitos para un viaje inteligente los tres que siguen: la serenidad de espíritu, la afición á toda clase de trabajo científico y un sentimiento puro de la felicidad que la libre Naturaleza está siempre dispuesta á dispensar. Verdaderamente, su vida

y sus trabajos fueron una prueba de la eficacia de su máxima.

Humboldt, en su juventud, siguió un curso de estudios de minería y metalurgia, después de lo cual desempeñó, durante algún tiempo, el empleo de superintendente de minas de Bayreuth. Ocupó entonces sus horas perdidas en escribir artículos científicos sobre varios objetos para los periódicos alemanes, y á la vez preparaba una obra importante de botánica sobre la flora de Friedburgo. Por la misma época escribió y dió á luz sus *Investigaciones acerca de los músculos y fibras nerviosas*, así como su tratado sobre los gases subterráneos. Sintiendo «un vehemente deseo de viajar por países lejanos, aún no explorados por los europeos,» hizo dimisión de su empleo, y acompañado de Bonpland, partió para la América del Sud. Allí viajaron ambos naturalistas durante cerca de cinco años, á través de inmensas regiones que jamás habían sido observadas ni descritas científicamente.

Cuando Humboldt regresó á Europa, se estableció en París, donde se ocupó, doce años, en redactar y sistematizar los hechos que con tanta laboriosidad había recogido. El resultado de esto fué la preparación y publicación de varias obras de vastas dimensiones. Después viajó por Italia, Inglaterra, Rusia y Siberia, publicando el resultado de sus observaciones en varias obras de gran valor. Por último, á los setenta y seis años de edad, empezó su *Cosmos*, en el que condensó, como en poética unidad, la esencia de los conocimientos acumulados durante toda su vida.

Guillermo de Humboldt, el hermano mayor del viajero, era más estimado en Alemania que Alejandro. Era hombre de Estado y filólogo, é igualmente laborioso en sus diversos trabajos de investigación. Por espacio de cuarenta años fué considerado como uno de los más grandes filósofos y lingüistas de Europa. «El trabajo— »decía,—es, según mi opinión, tan necesario al hombre »como el comer y el dormir. Hasta los que no hacen »nada de lo que puede llamar trabajo un hombre de »buen sentido creen que hacen algo. En el mundo no »existe ni un solo hombre que sea perezoso á sus propios

»ojos.» Decía á uno de sus corresponsales: «Hay una »expresión muy hermosa en vuestra última carta; es »aquella en que decís que juzgáis la vida como un co»frecillo ó joyero en que podemos guardar todos los te»soros espirituales que poseemos. Es, verdaderamente, »una idea notable. En efecto, el hombre puede hacer »con su vida lo que quiera y darle todo el valor posible »para sí y para los otros.»

Unos trabajan por ocupación, otros por su gusto, otros por la fortuna, otros por la fama, y algunos porque no pueden dejar de hacerlo. El trabajo y la ocupación son absolutamente necesarios para su existencia. Cuando se hacen famosos es sin pretenderlo, y, á veces, contra su voluntad. Hay hombres que llegan á distinguirse sólo por la fuerza de laboriosidad, economizando cada momento, y empleándolo en algo útil. Cuando Plinio el Viejo estaba en el campo, no dejaba nunca de leer ó de oir leer, excepto cuando se hallaba en el baño. La mayor parte de los grandes químicos, naturalistas y filósofos de la Naturaleza, han sabido aprovechar cuidadosamente el tiempo, observando y escribiendo asiduamente.

Juan Dalton era un hombre de esta condición. Como Newton, no quería admitir que hubiese descubierto nada, á no ser merced al poder de laboriosidad paciente que había aplicado al objeto. Como le cumplimentasen por sus descubrimientos en una reunión cuyo objeto era conmemorar la fundación de la Escuela de Medicina de Manchester, respondió: «Por lo que á mí toca, sólo »sé decir, al ver á tantos como hay aquí presentes, y »que seguían sus estudios, que si he tenido más éxito »que muchos de los que me rodean, en los distintos ca»minos de la vida, ha sido, principalmente, ó mejor »dicho, solamente, merced á una asiduidad infatigable. »Algunos hombres llegan á ocupar un puesto más emi»nente que los demás, no solamente por tener un genio »superior á sus semejantes, sino, sobre todo, por su »atención en el estudio y la perseverancia en escudriñar »los objetos que tienen á la vista. Es esto, según mi »opinión, lo que hace que un hombre tenga más éxito

»que otro. Esto es todo lo que debo decir respecto »de mí.»

Dalton se hallaba siempre observando y comparando. Aun después de sufrir un ataque de parálisis, á los setenta y un años, y cuando ya estuvo suficientemente restablecido, prosiguió sus observaciones tan infatigablemente como antes. En la última noche de su vida consignó, como de costumbre, en un libro, sus observaciones meteorológicas, de las cuales había hecho más de doscientas mil durante cincuenta años próximamente.

Si bien Dalton no era de ningún modo una medianía, y aunque su modestia le inducía á no estimar el valor de sus trabajos, es indiscutible, no obstante, que hay hombres de facultades ordinarias que han sido capaces de obtener resultados maravillosos, simplemente merced á la aplicación y laboriosidad asiduas. Entre todos los personajes que han influido más poderosamente en el mundo, no ha habido tantos hombres de genio como de gran fuerza de voluntad y de inmensa aptitud para el trabajo. Entre ellos pueden mencionarse Martín Lutero, Calvino, San Ignacio de Loyola, San Francisco Javier, (1) Juan Knox y Juan Wesley.

Lutero era un hombre de extraordinaria capacidad, energía y perseverancia. Puede afirmarse que su vida contiene la historia de la Reforma en Europa. Fué, á la vez, lingüista, escolástico, predicador y político. Todos los grandes movimientos de su siglo están relacionados con él. Tradujo primero el Nuevo Testamento, y luego el Antiguo. Inundó la prensa, que estaba aún en la infancia, con opúsculos, tratados y disertaciones defendiendo la libertad de investigar y examinar el primero de los grandes derechos, según él decía, del entendimiento humano. Mas su aptitud para el trabajo no había nacido súbitamente, pues la laboriosidad había sido un hábito constante de su vida. Hablando de sí mismo en Witemberg, cuando todavía era religioso, decía: «He necesitado dos secretarios para llevar mi correspon»dencia; soy predicador conventual, encargado de las

(1) En lo que se refiere á San Ignacio de Loyola y San Francisco Javier, véase *Self-Help*, pp. 238, 322, 373; y *Duty*, 198, 325.

»pláticas durante la comida, director de estudios; soy »vicario, ó, en otra forma, soy once priores en uno; »conservador de los estanques de Litzkau, abogado y »asesor en Torgau, lector de las epístolas de San Pa»blo, y colector de salmos: y á todo esto hay que agre»gar los asaltos del mundo, de la carne y del demonio.» El trabajo, la energía y la resolución eran las condiciones habituales de su vida. Nada podía hacerle retroceder cuando hallaba ante sí claramente el camino del deber. Quiso ir á Worms, aunque había allí más demonios que tejas en los tejados.

Hasta los treinta y cinco años, Lutero publicó muy poco; pero, después, no fué sólo el más fecundo, sino el más popular de los escritores de Alemania. Su primera publicación tenía el título característico de *Resoluciones*, expresión de la enérgica determinación del hombre cuya existencia era en realidad una continua lucha con los obstáculos y los peligros. Por la energía de su estilo y el fuego y vehemencia de sus convicciones arrebataba á su auditorio. Su lenguaje se adaptaba á todas las voces y á todos los tonos; en ocasiones, era breve, elegante, y agudo como el acero; otras veces era como un torrente de palabras. Al mismo tiempo mostrábase lleno de alegría y buen humor, complaciéndose mucho en compañía de su esposa y su familia, y encantando sus corazones con la música, pues sabía tocar la flauta y la guitarra. «La música—decía,—es el arte »de los profetas; es el solo arte que, con la teología, »puede calmar las agitaciones del alma y ahuyentar al »demonio.» Pero no era esto suficiente; empleaba algunos de sus ratos perdidos en tornear y en hacer relojes. No podía nunca estar ocioso. «Cuando me veo asal»tado por graves tribulaciones—decía,—salgo á pasear »entre mis cerdos, antes que permanecer solo.» Su incansable ansia de trabajo era extraordinaria. En tres años escribió y dió á luz cuatrocientas cuarenta y seis obras, muchas ilustradas con grabados en madera, hechos conforme á sus dibujos; y durante el mismo tiempo mantenía correspondencia con muchos de los hombres más cultos de Europa. Lutero grabó el sello de su espíritu sobre su raza y nación; consagróse á la causa de la edu-

cación popular, y lo que ha llegado á ser Alemania debe atribuirse, en no escasa parte, á sus previsores cálculos y á su propia influencia.

Calvino no era menos infatigable y laborioso. Era el teólogo y el dialéctico, así como Lutero fué el orador y el libelista de la Reforma. Calvino había estado sometido á una severa y larga disciplina mental en su juventud, y se había perfeccionado en los estudios de las escuelas. Tenía sólo veinticinco años cuando aparecieron sus *Instituciones Cristianas*, obra que ejerció una gran influencia en el siglo en que vivió, lo mismo que en las generaciones sucesivas. Después de la aparición de esta obra no cesaron sus trabajos. Predicaba diariamente, enseñaba teología á los estudiantes tres días por semana, mantenía una correspondencia considerable, sostenía controversias con los teólogos de todos los países, y dedicaba el resto de su tiempo á las obras literarias. Fué, desde Ginebra, á Francia y Alemania, pero siempre con aumento de trabajo. Escribió, desde Estrasburgo, á un amigo: «No recuerdo día en que haya »estado tan asediado por negocios de todas clases. Ha»bía un mensajero esperando la primera parte de mi li»bro, y tenía que revisar aún cerca de veinte páginas; »agregue usted á esto que tenía que enseñar, predicar, »escribir cuatro cartas, resolver algunas controversias »y responder á más de diez llamamientos.» Siempre se queja de interrupciones incesantes, y desea lleguen «las »largas noches, en que tendrá alguna libertad,» aunque esta libertad sólo le servía para hacer algún trabajo selecto. Porque trabajaba noche y día «en todo tiempo,» hasta en las más dolorosas crisis de sus enfermedades. Su extremada templanza y la sencillez de su vida le permitieron llegar á los cincuenta y cinco años, á cuya edad falleció. Durante su última enfermedad, mientras ya no podía casi respirar, tradujo su *Harmonía de Moisés*, del latín en francés, revisó su traducción del *Génesis*, y escribió su *Comentario de Josué*. Ocupábase, á la vez, en los negocios de las numerosas iglesias, y respondía á sus peticiones de palabra, ó por escrito, según lo requerían los diversos casos. Sus amigos le dirigían reproches, y le suplicaban que descansase; pero su res-

puesta habitual era que lo que había hecho era como nada, y que debían permitirle trabajar en la obra que Dios le había confiado, hasta su último suspiro.

Knox era, igualmente, hombre de inquebrantable energía y de incansable laboriosidad. Siempre estaba en acción, enseñando, predicando, aconsejando y organizando; en ocasiones, huyendo de sus perseguidores y otras á la luz del día, arrostrando todos los peligros. Dos años estuvo como esclavo en una galera francesa, donde arrastraba sus cadenas y remaba bajo el tormento del látigo, con los hugonotes, como si fuesen criminales. Al fin fué libertado; aunque su salud se hallaba muy quebrantada por la crueldad con que era tratado, su vigor mental permaneció tan grande como antes. Anduvo, animosamente, de un lado á otro, despertando la inteligencia de sus compatriotas. A pesar de hallarse pregonado como fuera de la ley y rebelde, le formaban sus partidarios como un muro vivo de defensa á su alrededor. Su energía, su perseverancia, su talento y su valor, su gran ardor y su celo abnegado le sostuvieron en el «buen combate» hasta la victoria final. Aunque vivió hasta la edad relativamente avanzada de sesenta y siete años, dice su biográfo que «no estaba muy decaído, y »eso, más que por los años, por sus trabajos corporales »extraordinarios y las zozobras de su espíritu.» Cuando lo depositaron en la tumba, detrás de la catedral de San Gil, en Edimburgo, lord Morton, mirando al féretro, dijo: «aquí yace uno que jamás temió mirar al hombre cara á cara.» (1)

No menos incansable era Juan Wesley, el fundador de la Junta metodista wesleyana. Su vida ha sido citada

(1) La hija de Juan Knox, Isabel, contrajo matrimonio con Juan Welsh (del que descendía la difunta misstres Carlyle, Jane Welsh). Esto era un ministro presbiteriano, y fué desterrado por su oposición al Episcopado. Como su esposo se hallaba enfermo y quería volver á Escocia, pidió una entrevista al rey Jacobo, que le preguntó de quién era hija. Ella contestó: «Mi padre era Juan Knox.» — «Knox y Welsh, dijo el Rey, nunca hizo el diablo un casamiento como éste.» — «Es posible, repuso misstres Welsh, por más que nunca hemos solicitado su permiso.» Entonces le suplicó que permitiese volver á Escocia á su marido; y le dijo el Rey: «Podrá hacerlo, si se somete á los obispos.» A esto contestó misstres Welsh, extendiendo su delantal: «Antes que hacer eso, quisiera envolver su cabeza aquí.»

como un ejemplo de lo que puede un hombre de mediana inteligencia, impulsado por el celo é inspirado por la abnegación. Wesley era un hombre de los más abnegados y un trabajador constante. No perdía un instante. Se levantaba á las cuatro de la mañana en verano é invierno, durante cincuenta años, y predicaba á las cinco, cuando tenía auditorio. Viajaba de cuatro á cinco mil millas por año, enseñando, predicando y organizando. En los intervalos de su trabajo, tenía tiempo para leer mucho y para escribir obras voluminosas, siendo, al mismo tiempo, su propio impresor y librero. Puede deducirse, no no obstante, que le impulsaba más que el cuidado de los libros el vivo deseo de trabajar, de esta observación que hizo á uno de sus discípulos: «Cuidado con que los libros »no os absorban demasiado. Una onza de amor vale tanto »como una libra de ciencia.» Su habilidad en organizar y administrar los negocios era muy grande, como lo demuestra suficientemente la vigorosa comunidad que fundó durante su vida, y que tanto incremento ha tomado después de su muerte.

Su conocimiento de los caracteres era penetrante, su voluntad decidida y su inteligencia clara y neta. Mas todos estos rasgos característicos son poca cosa en comparación con su laboriosidad, que comunicaba á todo lo que caía bajo el alcance de su influencia y ejemplo. A los ochenta y siete años escribía: «¡Bendito sea Dios! »no tengo necesidad de aflojar en mis trabajos; aun »puedo predicar y escribir.» Todavía predicaba á los ochenta y ocho años, edad en que murió. Atribuía él mismo su longevidad y su vida laboriosa á su templanza acostumbrada, pues había sido, desde su juventud, uno de los hombres más sobrios. Pero poseía una cosa que es de importancia inmensa para los trabajadores mentales: la facultad, que pocas personas tienen, relativamente, de dormir á voluntad, y reconocía que no había perdido una sola noche de sueño desde que fué niño.

La simple cantidad de trabajo hecho por algunos hombres, aparte de la cuestión de la calidad, ha sido extraordinaria. Ricardo Baxter escribió ciento cuarenta y cinco obras diversas, como decía él mismo «en medio de todas mis demás ocupaciones.» De Foe estaba ince-

santemente escribiendo folletos y libros. Chalmers da una lista de ciento setenta y cuatro obras diferentes, aunque varias de ellas son folletos poco conocidos hoy día. Los nueve volúmenes en cuarto de la *Revista de Foe* fueron todos escritos de su propia mano. Ciertamente, muchos de sus libros yacen en el olvido, como debe suceder, necesariamente, con las obras de todo escritor muy fecundo. En su mayoría mueren apenas desaparece ó se olvida la causa que las ha inspirado. Sólo algunas, y éstas son, á veces, las menos apreciadas en la época de su publicación, se hallan destinadas á llegar á la posteridad. *Robinsón Crusoe* fué ofrecido á varios libreros, que lo rechazaron, y justamente á este libro, más que á ningún otro, debe de Foe su fama.

Existen otros muchos autores cuyas obras están casi olvidadas. Prynne, el autor de *Histriomastix*, es uno de ellos. Se ha calculado que desde que llegó á la edad viril hasta el día de su muerte, escribió, compiló é imprimió, por término medio, ocho páginas en cuarto por día. Y lo que es más, sus obras gozaron de popularidad extraordinaria en su época, y hubo editores que arriesgaron varios cientos de libras esterlinas por un solo volumen. No obstante, casi nadie las conoce hoy, excepto los bibliófilos.

Las obras de algunos autores fecundísimos han sido casi ignoradas hasta en su propia época. Un caballero dijo casualmente al doctor Campbell, autor de *Una ojeada política sobre la Gran Bretaña*, que desearía tener una edición de sus obras, y vió, en extremo asombrado, á la mañana siguiente, un carro cargado de las obras del doctor Campbell, que aguardaba á su puerta. La factura se elevaba á más de setenta libras esterlinas. El padre de Swedenborg, Bishop Suidberg, trabajaba constantemente en su prensa de imprimir. «Creo—decía,—»que no cabrían en diez carros los libros que he escrito »ó impreso á mi propia costa.» Su hijo Manuel fué un autor fecundísimo, pues publicó, durante su vida, más de setenta libros, algunos de ellos muy eruditos. El abate Prévost escribió más de ciento setenta volúmenes, si bien el único que hoy se lee es *Manon Lescaut*. Hans Sachs, el zapatero y autor alemán, era uno de los hom-

bres más laboriosos; porque además de los zapatos que hacía y remendaba, escribió y dió á luz cerca de doscientas comedias, tragedias y farsas, alegorías en verso y poemas sagrados y profanos. Moser, un compilador alemán del siglo pasado, dejó cuatrocientas ochenta obras, diecisiete de las cuales están todavía sin publicar. Otro alemán, Kruntz, compuso, él solo, una enciclopedia, la cual constaba, en la época de su muerte, en 1796, de setenta y dos grandes volúmenes en octavo.

Todos reconocen la excelencia de las obras de Buffón. Cuando se publicaron, en edición completa, después de su muerte, formaban treinta y seis tomos en cuarto; mas, según sus propias palabras, «había empleado cincuenta años en escribirlas.» A Gibbon le costó quince años de trabajo y estudio asiduos el escribir su *Decadencia y ruina del Imperio Romano*. El doctor Robertson, de Edimburgo, era otro trabajador activo, tan notable por la calidad como por la cantidad de sus obras. Su *Historia de Escocia* y su *Historia del reinado de Carlos V*, son, tal vez, sus mejores obras históricas. Su palabra favorita era: *Vita sine litteris mors est*, sentimiento que abrigó durante toda su vida. Sir John Sinclair fué un trabajador extraordinario. Cuando se hallaba en el colegio, hizo la siguiente distribución del tiempo: sueño, siete horas; vestirse y desnudarse, media hora; comida y reposo, dos horas y media; ejercicio, dos horas; estudio, doce horas: lo cual sumaba las veinticuatro horas. Trabajó constantemente hasta que tuvo ochenta y un años; su inteligencia permaneció clara y firme hasta el fin. Durante su vida publicó diez grandes obras, en dieciocho volúmenes, y dirigió la publicación de otras cuatro obras en ciento seis volúmenes, sin contar nada menos que trescientos sesenta y siete folletos sobre asuntos diversos. (1)

Los hábitos de estudio de Monsieur Littré eran algo diferentes de los de sir John Sinclair. Littré fué primero doctor, luego publicista y, por último, filólogo. A

(1) Para tener una idea de la vida y carrera de sir John, véase *Self-Help*, pp. 376-381.

la edad de sesenta y dos años empezó la gran obra por la que es más generalmente conocido, su *Diccionario de la Lengua Francesa*. Hizo, él solo, casi sin ayuda, lo que exigió los conocimientos y actividad combinados de todos los miembros de la Academia Francesa en la generación precedente. La obra de Littré no es solamente un Diccionario de la Lengua Francesa, sino una historia de cada palabra con su nomenclatura, significado, pronunciación, etimología, definiciones y sinónimos, juntamente con ejemplos de estilo y de lenguaje, sacados de los mejores autores. No es fácil que un trabajo igual haya sido llevado á cabo por un solo hombre en tan poco tiempo, pues la obra le ocupó tan sólo unos catorce años. Empezó en 1863, á la edad de sesenta y dos años, y terminó los cuatro tomos originales, de tres mil páginas próximamente, cada una de tres columnas de letra pequeña, hacia el año 1878. Mas quedaba que hacer otro tomo para completar su obra, el suplemento, que contenía más de cuatrocientas páginas llenas de notas adicionales. (1)

El mismo nos dice cómo economizaba el tiempo, mientras trabajaba en su *Diccionario*. Levantábase á las ocho, y bajaba con algún trabajo mientras arreglaban su cuarto. A las nueve subía, y corregía pruebas hasta la hora del almuerzo. De la una á las tres, trabajaba en el *Jour-*

(1) En el último volumen, que es el suplemento (el quinto de su grande obra), dice Littre: «Casi había llegado á la impresión de la mitad de este suplemento, cuando una grave dolencia, obligándome á interrumpir mi trabajo, me hizo recordar el verso que Virgilio pone en boca de Eneas, cuando al cabo de varios inútiles intentos de resistencia en la última noche de Troya, exclamó: *Hen nihil invitis fas quemquam fidere divis.* ¿No era, en efecto, ir contra la voluntad de los dioses, comenzar á los setenta y seis años un trabajo de alguna duración? Pero, según mi teoría moral, respecto de la actividad (teoría que he expuesto varias veces), es preciso trabajar y emprender nuevas obras hasta el fin, dejando al destino el cuidado de decidir si se ha de acabar lo empezado. Después del verso de Virgilio, presentóse á mi mente, también, en medio del ocio forzado de la enfermedad, la imagen de La Fontaine y de su anciano centenario disputando con la muerte que le insta y le asegura que no importa á la República que haga testamento, ni que atienda al porvenir de su sobrino ó agregue un pabellón á la casa. No soy centenario, aunque bastante viejo, y también hallé qué objetar á la muerte. Tampoco creía ella que importase mucho á la República el que yo terminase mi suplemento; pero en fin no insistió, me vi libre de la amenaza, y se me concedió un plazo.»

nal des Savants, y de las tres á las seis en su *Diccionario*. A las seis bajaba para cenar, lo que le ocupaba cerca de una hora. A pesar del precepto de los médicos, que dicen que no se debe volver á trabajar inmediatamente después de comer, Littré lo violaba á cada paso, y no le iba peor por ello. Desde las siete hasta las tres de la mañana siguiente, trabajaba tranquilamente en su *Diccionario*, y después se acostaba. Dormía tan profundamente como Wesley, y se levantaba á la mañana siguiente á las ocho, para empezar su trabajo diario como de costumbre. Littré falleció á los ochenta años.

«Trabajar» formaba parte de la religión de Southey. Siempre estaba leyendo, escribiendo ó anotando. Su espíritu abrigaba siempre grandes propósitos, aunque no vivió lo suficiente para realizarlos. Escribió, durante su vida, más de cien volúmenes sobre diversos asuntos, sin contar más de ciento treinta artículos para la *Quarterly Review*. Schiller, aunque su carrera fué más breve que la de Southey, y aunque el número de su obras fué mucho más reducido, creó, también, más de un personaje lleno de vida. Escribió sus mejores obras durante los quince últimos años de su existencia, aunque, durante aquel tiempo, no pasaba un día libre de padecimientos corporales.

Es cierto que una gran cantidad de trabajo intelectual no es sino egoísmo; no aspira á un objeto útil, como el progreso de la ciencia; ni siquiera se propone divertir ni instruir á los demás, sino simplemente la propia satisfacción. Así, Mezzofanti, poseía casi todas las lenguas conocidas, mas no dejó escrita ni una sola palabra para ayudar en su camino al estudiante que lucha. También Magliabecchi, el devorador de libros, que no vivía, comía y dormía sino entre ellos, y que tan sólo salió de Florencia dos veces en su vida, era otro trabajador intelectual inútil, que vivía exclusivamente para sí mismo, y que no llevó á cabo nada para que el mundo tuviese que agradecer el que hubiese existido semejante devorador de libros.

Calderón y Lope de Vega fueron autores de los más fecundos: uno agregó lo menos cuatrocientos dramas y el otro más de dos mil á la literatura dramática de

España. Lope de Vega escribió tan fácilmente como conversan los hombres de gran facundia, sin preparación y sin esfuerzo. Era un improvisador. Produjo, porque no podía dejar de producir. Pocas veces pasaba un mes ni aun una semana, sin que saliese de su pluma un soneto, ó romance, ó comedia, ó drama. El mismo hace constar, en su égloga á *Claudio*, una de sus obras postreras, que cerca de ciento de sus comedias fueron compuestas en otros tantos días. Durante los cincuenta años de su vida de trabajo produjo más de veinte millones de versos que se imprimieron, así como veintiún volúmenes en cuarto de distintas obras.

El solo escritor de los tiempos modernos que puede compararse con Lope de Vega, en lo que se refiere á la rapidez de la producción, es sir Walter Scott, que, sin embargo, aflojó en el trabajo con más frecuencia. Cuando estaba más alta la marea de su popularidad, produjo las novelas de Waverley, á doce volúmenes por año. Así *Ivanhoe*, *El Monasterio*, *el Abad* y *Kenilworth*, fueron escritos en poco más de doce meses. Aparte de esto, Scott componía más de prisa que escribía, y cuando no pudo, por la enfermedad y los sufrimientos corporales, continuar *La Desposada de Lamermoor*, llamó en su auxilio á Laidlaw y á John Ballantyne para servirle de escribientes. Tenían que decirle, frecuentemente, que dictara más despacio para permitirles seguir la narración. Laidlaw le suplicaba que parase de dictar; sus grandes sufrimientos le obligaban á hacer una corta pausa. «No, Willie—decía Scott;—mirad sólo si están las »puertas bien cerradas; en cuanto á dejar de trabajar, »eso no podrá suceder sino cuando yo esté sin vida.» John Ballantyne tenía, generalmente, una docena de plumas dispuestas antes de sentarse á trabajar enfrente del sofá en que yacía Scott. Como Scott movíase á menudo en su lecho con un lamento de dolor, continuaba, algunas veces, la frase sin tomar nuevo aliento. Mas cuando esto ocurría en medio de un diálogo muy animado, el espíritu parecía vencer la materia, y Scott se levantaba de su lecho y se paseaba por la habitación, alzando y bajando la voz, como si representase la acción.

De esta manera compuso Scott la mayor parte de

La Desposada de Lamermoor. Hay una circunstancia notable que se relaciona con la producción de esta novela, que tal vez sea la más dramática y trágica de las de Scott; y es que cuando pusieron la obra en sus manos, después de su curación, no recordó ni un solo incidente, ni un carácter, ni un diálogo de los que contenía. La historia se hallaba arraigada en su espíritu desde la niñez, pero todo el trabajo del drama, en sus maravillosos detalles, lo había hecho como si hubiese estado dormido, y cuando, más tarde, lo leyó, le pareció como el despertar de un sueño. Hay que decir, también, que Scott, durante todo el tiempo que empleó en su composición, permaneció bajo la influencia del beleño y del opio, de los que tomó grandes cantidades, con el propósito de aliviar los dolorosos calambres de su estómago, y se encontraba, entonces, en un estado completamente anormal de nerviosidad y exaltación.

Scott tenía prisa en acabar la *Vida de Napoleón*. Esta obra voluminosa, pero insoportable, fué escrita con el objeto especial de pagar sus deudas. Fué compuesta en medio del dolor, del tedio y la ruina. Los nueve tomos fueron escritos rápidamente, en menos de doce meses. Ocupábase, á la vez, en la novela de *Woodstoch*, sirviéndole la composición de esta última como consuelo y alivio de un trabajo más penoso. Scott produjo, en total, setenta y cuatro volúmenes de novelas, veintiuno de poesías y treinta volúmenes, próximamente, de historia y de biografía, así como gran número de artículos para la *Quarterly Review* y otros periódicos.

De estos volúmenes, ciento cuatro fueron escritos de 1814 á 1831, que son los principales años de trabajo de su vida, ó sea seis volúmenes por año. Solamente el trabajo mecánico de escribirlos era inmenso. Pero hay que tener en cuenta que Scott no era tan sólo un escritor. Era alcalde de su condado, escribano de los tribunales, socio de una imprenta y librería, tenía correspondencia, casi universal, con amigos de todas las partes del mundo, y era un señor de pueblo que ejercía hospitalidad con magnificencia. Era un caballero de los más laboriosos, excelentes y nobles.

Como hemos dicho, no es la cantidad sino la cali-

dad del trabajo lo que más se aprecia. Algunos hombres han trabajado en obras que una vez terminadas podían contenerse en muy pequeño espacio. Así la *Analogía*, de Bútler, ocupó á su autor durante veinte años, y se reduce á un pequeño volumen. Rehizo varias partes de dicha obra, y estudió cada palabra y cada frase, hasta lograr que expresase precisamente su pensamiento, y no otro. Es, sencillamente, un epítome condensado de pensamientos y argumentos.

Montesquieu empleó veinticinco años en componer su *Sprit des Lois*, aunque puede leerse en una hora. El autor dijo á un amigo: «Su preparación ha encanecido mis cabellos.» El tratado de Harvey, *Exercitatio de Motu Cordis et Sanguinis*, en el que demuestra la circulación de la sangre, le costó veintiséis años de trabajo. El naturalista Swammerdan invirtió ocho años en preparar su última obra, *Anatomía de las efémeras*. Ariosto empleó diez años en componer su *Orlando Furioso*, de cuya primera edición sólo se imprimieron unos cien ejemplares, vendidos á un librero, á seis reales cada uno.

Abrahán Túcker hizo numerosos esbozos de su *Luz de la Naturaleza* antes de decidir el plan y los detalles de la obra, hecho lo cual la escribió y copió entera dos veces de su propia mano. La obra, que constaba de siete tomos en octavo, le ocupó durante dieciocho años. Aunque poco leído en la actualidad, *La Luz de la Naturaleza*, era un libro favorito del doctor Paley y de sir James Mackintosch. Túcker ha sido llamado el «Montaigne Metafísico.» Sir James Mackintosch ha dicho de él, que escribía para su propio deleite más bien que para el del público, y que tenía demasiado poca consideración á sus lectores, para sacrificarles su sinceridad ó modificar su prolijidad, repetición y egoísmo, temiendo cansarlos. Por eso el libro permanece ahora en los estantes de las bibliotecas como tantos libros muertos y medio olvidados.

Interin algunos autores, como Lope de Vega y Scott, componían sus obras con facilidad y rapidez, otros, como Virgilio, Tasso, Petrarca, Pascal y Buffón, escribían y volvían á escribir, y jamás se hallaban satisfechos de la forma en que estaban expuestas sus ideas. Los libros,

no obstante, y especialmente los libros en prosa, viven más bien por lo que contienen, que por la forma en que están presentados. El estilo solo no ha salvado ni salvará, probablemente, nunca un libro. Y, sin embargo, el estilo debe ser estimado en gran manera. Los autores que han cuidado demasiado el estilo, rara vez han sobrevivido á su época, mientras que los que se han fijado más en la materia sobreviven en mayor número.

Es indudable que muchas obras escritas rápida y fácilmente, revelan escaso mérito y mueren, pero otro tanto acontece con otras obras escritas con trabajo y cuidado. Del enorme número de las obras de Lope de Vega, pocas se recuerdan ahora, y sólo dos ó tres se mantienen en la escena. Otro tanto sucede con las obras del poeta italiano Leonida, que escribía sus poemas diez veces, para darles la perfección que anhelaba; lo mismo sucedió con Pedro Maffei, que se consagraba á la cuidadosa composición de sólo quince líneas diarias, y de Claudio Vaugelas, que empleó treinta años en traducir á Quinto Curcio, y que jamás acababa de retocar y corregir. Mas ¿quién lee ahora estos libros?

Rogers tardó catorce años en componer su *Italia*.

Mas, ¡cuántos lectores no querrían poseer el libro á no ser por las exquisitas ilustraciones de Túrner! Se ha dicho de Rogers que «sus obras debían haber sido hechas para las ilustraciones.» Ha dicho Babbage, que Rogers no escribió nunca más que cuatro ó, cuando más, seis versos al día, durante su vida. No obstante, Babbage, en su *Vida de un filósofo*, menciona un caso en el que puso de manifiesto Rogers que poseía una imaginación muy viva. Comiendo un día con un amigo, estaba sentado vuelto de espaldas á una ventana que tenía solamente un cristal grande. Mirando hacia atrás creyó que estaba abierta, é inmediatamente se constipó.

Los hombres inspirados componen, ciertamente, con una rapidez y un ardor desconocidos de los trabajadores ordinarios. Alfieri nos dice que compuso el primer acto de *Alcestes* con verdadera furia y derramando raudales de llanto. Las grandes obras de los genios rara vez son producidas lentamente. Cuando el poeta se detiene para pulir y sobrecargar su idea con adornos, el perfume

de la concepción se disipa. La inspiración huye, y se pierde la ilación de las ideas.

Shakespeare, Petrarca, Dante, Scott, Gœthe, Shelley, escribían todos rápidamente, por más que á Petrarca le gustaba mucho pulir el estilo. Gœthe no quería que se le escapase ninguna idea, y para ello la confiaba acto seguido al papel. Un día que se vió honrado con la visita de un gran monarca, Gœthe salió corriendo en medio de una conversación interesante, y fué á otro aposento á escribir una idea que le acababa de ocurrir para su *Fausto*. Pope no hubiera permitido que se le fuese una idea, ni aun durante la noche. Levantábase, encendía una vela, y la anotaba. Southey, escribiendo á Walter Scott, le decía: «Créame, Walter Scott, nin»gún hombre de verdadero genio ha sido jamás un pu»rista partidario de la corrección ó intransigente con to»das las faltas, excepto con las suyas. Los mejores artis»tas, lo mismo en poesía que en pintura, son los que »más han producido.»

¡No es preciso, tampoco, tentar el *tour de force* del autor mencionado por Horacio, que componía doscientos versos mientras se mantenía en un solo pie! Huelga añadir, que ninguno de aquellos versos cojos sobrevivió. Sin embargo, la composición fácil de lo que es digno de leerse, puede obtenerse mediante la preparación y el estudio. Aunque pueda parecer espontáneo, no será sino el resultado de un trabajo previo. Habiendo pedido un plutócrata á Horacio Vernet que hiciese un dibujo al lápiz en su álbum, Vernet lo hizo, y pidió mil francos por él. «Pero si sólo ha empleado unos cinco minutos en dibujarlo,» dijo el rico. «Sí—replicó Vernet,—pero he »empleado treinta años de estudio para aprender á ha»cerlo en cinco minutos.»

Erasmo compuso su *Elogio de la Locura* (*Encomium Moriæ*) en siete días, mas en él condensó el resultado de los estudios de su vida entera. «Y en esto »consiste realmente—dice Carlyle hablando de Scott,— »todo el secreto; semejante rapidez para escribir, des»pués de la debida preparación, es, sin duda, el verda»dero método; el ardiente horno, luego de haber emplea-

»do en caldearse poco á poco largo tiempo, deja salir el »oro puro de un solo chorro.»

Aunque Chapman alabábase de haber traducido los doce libros de Homero en sólo quince semanas, la traducción no hubiera pérdido nada si hubiese invertido más tiempo en ella. Los últimos toques, que dan gracia y encanto á los pensamientos poéticos, sólo pueden obtenerse con paciencia y tiempo. La forma feliz de la idea viene después de larga meditación que le permite tomar posesión del espíritu y de la memoria humana y vivir perdurablemente en ella.

Smollet apostó con Hume en su *Historia de Inglaterra;* escribió cuatro volúmenes en cuarto en catorce meses. De igual manera que Johnson leía «sacándole las entrañas á un libro,» así también escribió con inmensa rapidez. Una de sus mejores producciones: *The Life of Savage* (*La vida de Savage*), fué escrita, como él mismo ha dicho, en treinta y seis horas, y su *Vanity of Human Wishes* (*Vanidad de los deseos humanos*), que contenía cerca de veintiséis páginas en verso, la escribió en un día. *Rasselas* fué compuesto durante las noches de una semana para pagar los gastos de los funerales de su madre; y se imprimió apenas estuvo escrito. Dumas, padre, fué uno de los más fáciles escritores modernos. Escribió los cuatro primeros tomos de *Monte Cristo* en dieciséis días, en una choza de pescadores, en Trouville, en compañía de su colega monsieur Magnet, sentado enfrente de él en la misma mesa: y ésta es, quizás, la más popular de sus obras.

Los grandes compositores de música han sido, en su mayor parte, trabajadores incansables. Scarlatti, el mayor, no produjo menos de doscientas misas, cien óperas y trescientas cantatas. Haydn, además de sus seis oratorios, dos de los cuales eran *La Creación* y *Las Estaciones*, compuso ciento seis sinfonías, doscientos conciertos, ochenta y tres cuartetos de violín, sesenta sonatas para piano forte, quince misas, catorce óperas, sesenta y dos canciones, un *Te-Deum* y un *Stabat Mater*. Y puede asegurarse que algunas de sus mejores obras fueron de las escritas más de prisa. Hændel fué un trabajador perseverante y rápido, hasta cuando se vió ata-

cado de parálisis. Tenía un clavicordio favorito, cuyas teclas estaban gastadas, como el hueco de una cuchara, debido al trabajo incesante. Cuando se sentía inspirado, escribía con singular vehemencia. *El Mesías* fué compuesto en veintitrés días, é *Israel en Egipto*, en veintisiete. En un año compuso *Saulo*, *Israel*, *Oda de Dryden*, *Júpiter en Argos* y sus veinte *Grandes Sonatas*, todas ellas trabajos muy notables.

Pero Mozart tenía aún más facilidad. Su *Matrimonio de Fígaro* fué compuesto en un mes; el gran final del segundo acto le ocupó durante dos noches y un día, trabajando incesantemente. *Don Juan* fué compuesto en seis semanas, aunque su asunto había sido ya meditado enteramente por Mozart. La *overtura* no la comenzó hasta la noche anterior á la fijada para la primera representación de la ópera. La empezó hacia la media noche, y estaba ya lista por la mañana. Las hojas fueron entregadas á los copistas; pero su trabajo era tan lento y prolongado, que por la noche, cuando llegó la hora de empezar la representación, el auditorio tuvo que aguardar la *overtura* tres cuartos de hora. Al fin entregaron apresuradamente los papeles, cubiertos aún de arenilla, á la orquesta, y la música fué ejecutada sin previo estudio, con inmenso aplauso. La ópera *Zauberflote*, fué escrita, igualmente, con extraordinaria rapidez, aunque la salud de Mozart iba debilitándose más y más con las irregularidades y excesos de trabajo. Trabajó día y noche y acabó la ópera en pocas semanas. Compuso, después, su *Clemencia de Tito*, con igual rapidez, empezándola durante un viaje y empleando en ella dieciocho días. Su última obra fué el *Requiem*, que escribió en su lecho de muerte, trabajando hasta exhalar el último suspiro. (1)

Es, también, digno de notarse, que las obras maestras de Mozart fueron, en su mayor parte, compuestas en medio de una multitud de paradas, exigencias de los acreedores y cuidados é impertinencias. Las grandes obras de Hændel fueron escritas en medio de arrebatos de ira, vejaciones y mortificaciones, porque tenía un

(1) Holmes, *Life of Mozart* (Vida de Mozart).

carácter muy irritable, y su salud no era muy fuerte desde su primer ataque de parálisis. Las más lindas romanzas de Wéber fueron concebidas y ejecutadas en medio de impertinencias é innumerables cuidados; y las más luminosas ideas de *Oberon*, como las de Scott en *La Desposada de Lamermoor*, las tuvo cuando se encontraba postrado por el dolor y los padecimientos. En aquellas circunstancias, el espíritu dominaba al cuerpo y desafiaba los tormentos de que era víctima.

Tales obras no son, sin embargo, debidas á los esfuerzos preparatorios del trabajo y talento, aunque sean perseverantes, sino á la influencia de lo que llamamos genio. Difícilmente podemos definir esta palabra. Puede ser el talento con mayor intensidad ó la energía de la imaginación; sin embargo es algo más. El genio da la vida á las cosas muertas. Hazlitt ha dicho que el primer impulso del genio es crear lo que antes no existía. Ruskín lo llama el poder de penetrar hasta «las más profundas raíces del objeto.» Mill lo define como «la facul»tad de ver las verdades con mayor grado de profundidad »que los demás.» Coleridge dice que es «la facultad de producción.» John Fóster cree que es «el poder de encender nuestro propio fuego;» y Flourens lo define: «el desarrollo más vasto de la razón en un hombre.» Se ha dicho del genio de Molière, que era el sentido común aguzado hasta hacerse radiante.

Pero el genio es más que todo esto. Es energía intensa, es la personalidad de un hombre, algo distintivo y que le es peculiar. El genio es más que la inteligencia; es el instinto inspirado. (1)

(1) Véase lo que un distinguido fisiólogo, el doctor John Fletcher, de Edimburgo, dice de la relación del instinto con el genio: «Cuanto más se deja guiar el hombre, al procurar la perfección en sus obras por el instinto, más grande es su genio; y cuanto más se deja llevar por la razón y la voluntad, más grande es su talento.»

La conciencia de que existe en nosotros un poder superior á todo lo que podemos fiscalizar, es lo que ha guiado á los poetas de todas las edades á invocar á Apolo y á las musas para que inspirasen sus versos, ó dicho en otra forma, á invocar á la pasión ó al instinto para sobreponerlos á la razón. Este poder instintivo que absorbe el espíritu y dirige la poderosa mano de un Miguel Angel y de un Rafael, y que excita no sólo las concepciones, sino hasta los movimientos físicos destinados á hacer obras que los siglos ponderan con admiración y encanto, es evidente.

Cierto es que el instinto, corriendo así libremente contra la razón,

Han existido generales, músicos, artistas y poetas predestinados. *Poeta nascitur, non fit*, es una máxima muy conocida. Los hombres ordinarios son imitadores; los de genio son creadores. El genio principia donde acaba la regla. La paciencia y el trabajo buscan un camino, el genio lo encuentra. La inteligencia es, simplemente, una herramienta, el genio es una inspiración, un don, un soplo. Por esta razón los hombres, en los siglos pasados, lo juzgaban como una cosa sobrenatural y divina. El hombre de genio era el profeta, el sacerdote, el héroe.

Miguel Angel veía con los ojos de su espíritu, sin ayuda de ningún modelo ni dibujo, la estatua encerrada en el bloque de mármol; tomaba su cincel, rasgaba los velos y sacaba el dios, para maravilla y admiración de todas las épocas. Dícese que Paisiello, en los momentos de composición, se ocultaba bajo las sábanas, esforzándose por alejar de su memoria todas las reglas y preceptos de su arte, y expresando sus sentimientos con esta invocación: «¡Madre mía, otorgadme la gracia de hacerme olvidar que soy músico!» Y Palestrina, en el manuscrito de su hermosa *Misa del Papa Marcelo*, tenida como una prueba de la verdadera perfección del arte, escribió estas palabras: *Domine, illumine oculos meos.*

Según Avicena, todas las cosas obedecen al alma humana elevada en éxtasis. La atención concentrada da mayor intensidad al poder del espíritu, así como los rayos caloríricos que caen en un espejo cóncavo se concentran en un solo foco de calor. La fuerza de la inteligencia de un hombre iguala á la fuerza de su con-

---

es muy capaz de hacerse mórbido en el hombre y hasta de acabar en idiotismo ó locura incurables, y esta subordinación de muchas de las grandes acciones de un gran genio y de una persona maniática ó vanidosa al mismo impulso ciego, es la que produce esa alianza estrecha entre lo sublime y lo ridículo, lo elevado y lo hinchado, lo mismo en sus obras que en sus pensamientos y palabras, y lo que ha proporcionado en todos los siglos tema fecundo de discusión...

Es una preponderancia mórbida semejante del instinto sobre la razón la que lleva al hombre á toda clase de intemperancias, aunque ésta resulte más frecuentemente de la debilidad de la razón, como sucede en los hombres de genio que se ven á menudo caracterizados por este defecto.—*Rudimentos de Fisiología*. Edimburgo, 1836.

centración. Y la concentración significa exaltación, éxtasis, inspiración. Esto es lo que, sobre todo, constituye la diferencia entre los hombres y los resultados que los mismos obtienen en poesía, elocuencia, ciencias, invención ó arte. Este es el punto culminante del genio, el punto al que llegó Arquímedes cuando corría, á medio vestir, por las calles de Siracusa, durante el sitio, gritando: «¡Lo he encontrado! ¡Lo he encontrado!» creyendo, los transeuntes, que estaba loco. Así es como Newton realizó su gran descubrimiento, «pensando siempre en él;» es decir, por medio de su intensa facultad de concentración de ánimo en el objeto de sus investigaciones.

Cuando los hombres se han visto obligados á abrazar un oficio particular, se encuentran metidos en un callejón sin salida. Su espíritu y sus costumbres se adaptan á su estado; su situación parece ya resuelta, y se hallan atados con redes de las que parece casi imposible poder librarse. Pero la tendencia del genio consiste en no ser reprimido. Se abre paso entre la multitud de las circunstancias, triunfando de los obstáculos y dificultades del trabajo y de la pobreza. Así, Hans Sachs consiguió librarse de su oficio de zapatero, Juan Stowe del de sastre, Arkuright del de barbero, Claudio de Lorena del de pastelero, Bunyan del de calderero, Molière del de tapicero, Keats del de droguista, é innumerables grandes hombres de mil obstáculos que parecían, á primera vista, hacer imposible el que se distinguiesen.

Rabelais era médico y Locke cirujano; mas el primero llegó á ser un gran talento y un escritor satírico, y el otro un filósofo distinguido. Galvani era un médico de mucha clientela cuando hizo el descubrimiento que lleva su nombre, y á cuya continuación dedicó luego su vida. Schiller y Smollet eran cirujanos, uno del regimiento de granaderos del duque de Wurtemberg, el otro (como segundo cirujano) de un navío de línea, cuya existencia á bordo describe en *Roderick Random*. El viajero Mungo Park, el poeta Crabbe, Goldsmith el autor del *Vicario de Wakefield*, el estadista italiano Farini, el arquitecto inglés Rickman, sir Thomas Browne, sir

Richard Blackmore, Wollcott, Akenside y Keats, tenían todos la misma profesión. Míster Haden, al paso que hacía sus más hermosas obras de grabado, cuidaba, en Londres, de una gran clientela, y Sainte-Beuve era tan hábil disector como fué, más tarde, crítico eminente.

Nuestro mayor fisiólogo ha dicho: «Ningún hombre que haya querido ser gran hombre lo ha sido.» Y, verdaderamente, los hombres de mayor genio lo son, frecuentemente, sin darse cuenta de ello. Este parece haber sido el caso de Shakespeare, que satisfacíase con desempeñar un papel secundario en el Teatro del Globo, en la tragedia de Ben Jonson, *Seyano*, y con aprender de memoria los pesados versos de su amigo. Pope ha dicho de Shakespeare que «fué inmortal á pesar suyo.» En los comienzos de su vida, particularmente, el poseedor del genio es tan poco consciente de ello como los demás. Aquél surge por casualidad después de repetidos ensayos y, á veces, de repetidos fracasos. Así Newton fué llevado por sus fracasos en la astrología judicial al estudio de la filosofía natural y de la astronomía, en cuyo estudio se hizo, justamente, célebre. Newton era, como Shakespeare, enteramente indiferente á la fama. Y, sin embargo, un escéptico como Voltaire, ha dicho de Newton, que si toda la raza humana se pudiera reunir desde la creación hasta ahora, en la graduación de los genios, Isaac Newton estaría á la cabeza.

Aunque el genio es, en ocasiones, una ley para sí mismo, realiza más á menudo su objeto por medio del trabajo, que lo conquista todo. Y la capacidad misma de trabajo muy perseverante y excesivo tiene mucho de la naturaleza del genio. Hasta se ha dicho que la gran diferencia entre los hombres estriba, más que en sus cualidades originales, en su capacidad de trabajo continuo y perseverante. Debe haber, no obstante, la chispa del poder creador; pues de otro modo, el trabajo por sí solo produce poco. Los hombres de genio no son, únicamente, laboriosos y perseverantes, sino, en su mayor parte, entusiastas. En el caso de descubrimientos é inventos no se puede hacer nada sin entusiasmo. El hombre de genio se adelanta, generalmente, á su siglo. No

tan sólo le desconocen sus contemporáneos, sino que, á veces, hasta le hostilizan y se mofan de él. Esto es lo que ocurrió con el descubrimiento de la ley de la gravitación universal, de la teoría ondulatoria de la luz, de la aplicación del vapor á la industria y á la locomoción, y del principio de la evolución y de las nuevas leyes de evolución y desarrollo en el mundo que nos rodea.

No obstante, el genio no es, siempre, tan inconsciente como en el caso de Shakespeare y Newton. Algunos, no sólo han reconocido, sino hasta proclamado su genio antes que el mundo lo reconociese. «Cuando »yo haya muerto—decía el gran fisiólogo,—no encontra»réis, tan fácilmente, otro Juan Húnter.» El Dante aspiraba al primer puesto entre los poetas, y profetizaba, confiadamente, su propia fama. Kepler creía que el país en que había nacido se glorificaría con su nombre, y que sus descubrimientos serían confirmados por los siglos futuros. Decía de uno de sus libros: «Poco importa que »sea leído por la posteridad ó por mis contemporáneos; »bien puede aguardar lectores durante un siglo, cuando »Dios mismo, durante seis mil años, no ha enviado al »mundo un observador como yo.» Una vez, estando en compañía de Condé y Vendôme, Voltaire exclamó: «Somos todos reyes, príncipes ó poetas.» Mirabeau pretendía ser pariente de todos los genios. Cuando hablaba del almirante de Coligny, siempre cuidaba de añadir: «quien (entre paréntesis) era primo mío.»

Gœthe declaraba francamente que no aceptaba nunca ninguna alabanza que él mismo no se hubiese ya atribuido. Wordsworth se anticipaba, con confianza, al juicio de la posteridad sobre sus poemas, y aseguraba que se reconocería que había ejercitado su facultad de imaginación en los objetos más estimables. Y á no verse estimulado por el anhelo de la apreciación simpática de los venideros, ya que no de la de sus contemporáneos, hay hombres de imaginación que no hubieran tenido la energía precisa para traducir sus sentimientos en verso.

Los grandes hombres, en cierto modo, no son sino el producto y el fruto de su época. Están hechos y amoldados por los tiempos en que viven. A la vez que ellos

influyen sobre sus contemporáneos, también reciben, á su vez, la influencia de los mismos. La familia que los rodea, su educación é instrucción, la opinión política y religiosa de su tiempo obran más y más sobre su naturaleza, dán dirección á su carácter y despiertan sus mejores facultades. Debido á esto, los grandes hombres, bajo la influencia de tales causas, aparecen tan frecuentemente en grupos ó constelaciones. Uno de estos grupos surgió en Grecia, en tiempo de Pericles; en Roma, en el tiempo de Augusto; en España, durante el reinado de Felipe II, y en Francia, en los comienzos del de Luis XIV. El reinado de Isabel fué, por antonomasía, la época de los ingleses, de Shakespeare, Spencer, Bacón, Jonson, Howker, Sidney, Raleig, Hawkins, Drake y Cecil. Durante el reinado de Carlos I surgió otro grupo de grandes hombres: Jeremías Taylor, Clarendon, Falkland, Harvey, Milton, Hampden, Pyn, Vane, Cromwell, Blake y muchos otros.

En Italia existió una pléyade de grandes artistas que aparecieron casi simultáneamente: Leonardo de Vinci, Miguel Angel, Perugino, Rafael, Sebastián del Piombo, Ticiano, Corregio, Luini y otros; en tanto que en la moderna Alemania surgió una brillante constelación de grandes poetas y críticos. Klopstock, Gœthe, Lessing, Wieland, Schiller, Schlegel, Fichte, Schelling, Richter, Herder y los Humboldt. Debe mencionarse que Alejandro Humboldt vió la luz en 1769. El mismo año vinieron al mundo Napoleón I, Wéllington, Mehemet-Alí, Cuvier, Castlereagh, Brunel el Mayor; y en el mismo año inventó el primer coche de vapor el francés Cugnox; obtuvo privilegio para la máquina de hacer medias el inglés Arkwright, y para el condensador de vapor el escocés Jocobo Watt.

En Escocia hubo, asimismo, un grupo importante que, además de Jacobo Watt, comprendía á Adam Smith, José Black, Robisón, Hume, Fráser-Tytler y Dugald Stewart. Watt era, simplemente, un individuo de un grupo de grandes inventores contemporáneos que en tan gran número hicieron surgir las necesidades de su siglo. No eran estos inventores profesionales, ni aun ingenieros. Watt era fabricante de instrumentos mate-

máticos; Arkwright, barbero; Cartwright, el inventor del telar mecánico, sacerdote; Bell, que inventó, más adelante, la segadora, un ministro escocés; Armstrong, el inventor de la máquina hidráulica, abogado; y Wheatstone, el inventor del telégrafo eléctrico, fabricante de instrumentos músicos. Estos grandes hombres encontraron, por acaso, su verdadera vocación, y se abrieron camino á través de todas las dificultades y obstáculos.

La paciencia y la perseverancia son tan precisas en la dirección de los negocios públicos y filantrópicos, como en la preparación de libros ó la invención de máquinas. La paciencia no es pasiva, sino al contrario, activa; en ocasiones, es fuerza concentrada en sí misma. Los grandes hombres de Estado han sido, en su mayor parte, pacientes y perseverantes. Wáshington, Adams, Jéfferson, Wébster, Lincoln y otros políticos americanos, se distinguieron por su laboriosidad. Wébster confesaba que no podía decir á qué sabía el pan de la ociosidad. «He trabajado, por término medio— »decía á un amigo,—más de veinte horas diarias, por »espacio de cincuenta años.»

Otro tanto ha sucedido con nuestros hombres de Estado, en la época de Isabel, de Jorge III y en los tiempos actuales, y con los eminentes estadistas de otros países, especialmente de Alemania é Italia; mas nos falta espacio para extendernos acerca de su laboriosidad extraordinaria.

III

JÓVENES ILUSTRES

No os envanezcáis con los títulos de vuestros antepasados, ¡valientes jóvenes! pues les pertenecen á ellos, y no á vosotros; cuando vuestras virtudes hayan igualado á su fama, podréis legítimamente apoyaros en la misma, porque podrán fácilmente soportar el peso; pero hasta entonces los más grandes no son sino caballeros en ciernes.—BEN JONSON.

La juventud de un pueblo es la depositaria de la posteridad. La historia de los héroes es la historia de la juventud.—LORD BEACONSFIELD.

Un hombre joven puede tener experiencia de viejo, si no ha perdido tiempo. Mas esto ocurre pocas veces. Generalmente la juventud es como las primeras reflexiones, que no son tan sensatas como las siguientes. Por que hay una juventud para los pensamientos, así como para las edades. Pero, sin embargo, la inventiva de los jóvenes es más viva que la de los ancianos. Y las ideas fluyen mejor de su espíritu y más maravillosamente. —BACÓN.

El mundo es joven en su mayor parte. Niños, muchachos y muchachas, mancebos y doncellas, forman la mayoría de la sociedad. De aquí proviene la importancia que damos á la educación. La juventud es la época del crecimiento y desarrollo, de la actividad y de la vehemencia, de la imaginación y del impulso. Las semillas de la virtud sembradas en la juventud crecen, produciendo buenas palabras y actos, y, en ocasiones, se convierten en hábitos. Cuando el espíritu y el corazón

no han sido debidamente cultivados en la juventud, puede uno darse cuenta de la llegada de la virilidad con desaliento, si no con desesperación. Southey dice: «Vi»vid todo lo que queráis; los primeros veinte años cons»tituyen la mitad más larga de nuestra vida. Parécenlo »así mientras pasan; parece que lo han sido cuando los »vemos alejarse, y ocupan más sitio en nuestra memo»ria que todos los años que les suceden.»

Todo ser humano contiene en sí el tipo de un hombre perfecto, conforme al cual lo ha formado el Criador; así como el fragmento de mármol contiene la imagen de un Apolo, con arreglo al cual un escultor hará una estatua perfecta. El fin de la educación es desarrollar los gérmenes más nobles de la naturaleza del hombre, como el del escultor es sacar la estatua del pedazo de mármol.

La educación comienza y acaba con la vida. Desde este punto de vista, difiere del trabajo del escultor. No hay solsticio en el desarrollo del hombre. El cuerpo puede permanecer el mismo en su forma y en sus rasgos, pero el espíritu cambia incesantemente. Los pensamientos, los deseos y los gustos se modifican por gradaciones insensibles de año en año, y el objeto de la educación es, ó debe ser, desarrollar las mejores formas ó maneras de ser. Pero conocemos poco las circunstancias que determinan el desarrollo de la inteligencia, y menos todavía las que influyen en el corazón. No obstante, las tendencias del carácter se dibujan, generalmente, temprano. Un acto de la voluntad, una expresión del gusto, hasta una mirada viva, levantan, en ocasiones, una punta del velo que cubre el espíritu juvenil, y dan una vislumbre del hombre futuro. Al mismo tiempo, la sabiduría y el amor de la sabiduría no van, precisamente, acompañados de un gusto puro, de buenas costumbres ó de las virtudes sociales que son esenciales á la formación de un carácter elevado.

A pesar de lo dicho, no hay ley precisa y absoluta en esta materia. Un obispo muy conocido ha dicho que «los pequeños corazones y los grandes cerebros son producidos por diversas maneras de educación.» Al mismo tiempo, el cultivo concienzudo de la inteligencia es un

deber que todos tienen para consigo mismos y para con la sociedad. En ocasiones, aguardando largo tiempo y trabajando diligentemente con paciente perseverancia en el cumplimiento del deber, es como podemos esperar obtener alguna ventaja durable. La cabeza debe estar siempre cerca del corazón, para permitir á las más elevadas facultades intelectuales que produzcan efecto saludable. «Realmente—dice Emerson,—la vida »del hombre es una verdadera novela, que cuando se la »dirige con valentía proporciona á la imaginación mayor »goce que una ficción cualquiera.»

La diferencia de la edad en que el hombre despliega la facultad de pensar y alcanza madurez de juicio y hasta de imaginación, es muy grande. «Hay algunos— »dice Bacón,—que tienen una madurez muy precoz, que »pronto se agota;» lo que viene á ser la traducción de las palabras de Quintiliano: «*Inanibus aristis ante messem flavessunt.*» Esto es cierto cuando se trata de niños precoces que manifiestan maravillosa ciencia en la más tierna juventud, pero de los que no se oye nada cuando llegan á su madurez. La precocidad constituye, en ocasiones, si no una enfermedad, la excitación de un organismo débil y nervioso ó la actividad excesiva de un cerebro delicado. El niño Heinecken de Lubeck aprendió la mayor parte del Antiguo y Nuevo Testamento á los dos años, hablaba latín y francés á los tres, estudió religión é Historia de la Iglesia á los cuatro; y, finalmente, siendo muy excitable y enfermizo, cayó enfermo, y murió á los cinco años. Podrían aplicarse á este niño las palabras de Bacón, que «el carro de Faetón no anduvo sino un día.»

Los padres y los maestros olvidan, en ocasiones, que la función propia del niño es *crecer*, que el cerebro no puede, en sus tiernos años, ser sobrecargado, sin grave riesgo de la salud física; que el cuerpo, músculos, pulmones y estómago deben consolidar primero su salud, y que el cerebro es uno de los últimos órganos que llegan á la madurez. Por consiguiente, en la juventud, la digestión es de mayor importancia que el pensamiento; el ejercicio es necesario para la cultura mental, y la disciplina vale más que la sabiduría. Muchos son los casos

de niños precoces que sólo florecen para secarse, y que acaban su jornada en cortos años. El esfuerzo de su sistema nervioso es mayor de lo que su constitución física puede soportar, y perecen casi tan pronto como empezaron á vivir. Niños y niñas permanecen hoy día demasiado tiempo sentados, leyendo, estudiando y recitando; su cerebro se halla sobrecargado, y su cuerpo lo está muy poco. De aquí vienen dolores de cabeza, insomnios, irritabilidad, y, á veces, debilidad y enfermedades.

No solamente están privados los jóvenes del uso propio de sus manos y dedos, sino hasta del de sus ojos, y la generación que se prepara va creciendo con las manos torpes y la vista miope. La educación no consiste en introducir determinada cantidad de materia en el cerebro, sino en hacer que se manifiesten la inteligencia y el carácter. La mejor manera de formar el espíritu es enseñar á los niños y niñas á emplear sus facultades, la cual incluye, necesariamente, el ejercicio de su sistema físico. Si se tuviese á éste más en cuenta, habría menos quejas de exceso del trabajo para el cerebro de los niños.

Existen, no obstante, algunos niños menos débiles, especialmente niños que resisten á la peligrosa influencia de la sobreexcitación, y que viven para llevar á cabo las promesas de la juventud. Esto se observa, especialmente, en los grandes músicos. Mas, en este caso, no hay violencia, pues el arte viene naturalmente, y solamente causa una excitación agradable.

Este fué, particularmente, el caso del gran maestro Hændel, que compuso una colección de sonatas cuando sólo tenía diez años. Su padre, que era médico, lo destinaba al estudio de las leyes, y le prohibió tocar un instrumento músico Hasta evitaba el enviar al niño á una escuela pública, á fin de que no le enseñasen solfeo. Pero la pasión del joven por la música no podía ser destruida. Halló medio de procurarse un clavicordio mudo, que escondió en un zaquizamí, é iba á ejercitarse en el mudo instrumento mientras todos dormían. El duque de Sajonia-Weissenfels se enteró, por último, de la pasión del muchachuelo, é intercedió con su padre.

Sólo entonces se le permitió seguir la inclinación de su genio. A los catorce años, Hændel tocaba en público; contaba dieciséis cuando puso en música el drama de Almería, y en el siguiente año produjo *Florinda y Nerón*. Estando en Florencia, compuso, á los veintiún años, su primera ópera, *Rodrigo*, y en Londres, á los veintiséis, escribió su célebre ópera *Rinaldo*. Siguió produciendo sus obras, óperas y oratorios, y en 1741, á los cincuenta y siete años, compuso su gran obra *El Mesías*, tardando en ella veintitrés días. En el caso de Hændel, la precocidad del niño no perjudicó á las composiciones del hombre, pues sus mejores obras fueron producidas tarde, entre los cincuenta y cuatro y los sesenta y siete años.

Haydn fué un músico casi tan precoz como Hændel, pues había compuesto una misa á los trece años; sin embargo, los frutos más frescos de su genio fueron sus últimas composiciones, pasados ya los sesenta años. *La Creación*, que es, tal vez, su mejor obra, la compuso á los sesenta y cinco años. Juan Sebastián Bach tuvo casi tantos obstáculos que vencer como Hændel para adquirir conocimientos en la música. Su hermano mayor, el organista Juan Cristóbal, tenía envidia de él, y escondió un libro que contenía una colección de piezas de los mejores compositores de clavicordio. Pero Sebastián descubrió el libro en un armario, donde estaba encerrado, se lo llevó á su aposento, y lo copiaba de noche, á obscuras, con sólo la luz de las noches de verano, y, á veces, con la de la luna. Su hermano descubrió, al fin, la obra secreta, y se llevó el libro y la copia. Mas, ni los obstáculos, ni las dificultades, podían contrarrestar la fuerza del genio del muchacho. A los dieciocho años lo encontramos de músico de la corte en Weimar; y desde aquel instante fueron rápidos sus progresos. No tenía más que un rival como organista, y éste era Hændel.

Mas, de todos los prodigios musicales, el mayor fué Mozart. Parece haber tocado por intuición. A los cuatro años componía arias, cuando aun no sabía escribir. Dos años después escribió un concierto para piano. A los doce años compuso su primera ópera, *La Finta Sem-*

plice. A pesar de su corta edad no podía hallar rival en el piano. Los profesores de Europa se quedaban asombrados al ver á un niño que improvisaba fugas sobre un tema dado, y luego corría alrededor de la habitación en el bastón de su padre. Mozart fué un niño prodigio, que su padre exhibió en las principales ciudades de Europa, donde fué admirado de todos con su casaquita de color de pulga, su calzón de terciopelo, sus zapatos de hebillas y su larga y flotante cabellera rizada y atada á la espalda. Su padre sacó gran cantidad de dinero con el genio del niño. Sin consideración á su salud, que era extremadamente delicada, le hacía tomar alimentos excitantes. Sin embargo, el niño manifestaba una alegría ruidosa cuando se sentía bueno y fuerte. Aunque era un maestro en música, era un niño en todo lo demás. Su ópera de *Mitridates*, compuesta á los catorce años, fué representada veinte veces; y tres años más tarde, su *Luco Sila* tuvo veintiséis representaciones sucesivas. Estas óperas fueron seguidas de otras grandes obras, *Idomeneo*, escrita á los veinticinco años; *Figaro*, á los treinta; *Don Juan*, á los treinta y uno; la *Clemencia de Tito* y *Zauberflote*, á los treinta y cinco, y el *Requiem*, á los treinta y seis. Esta última obra la escribió en su lecho de muerte. Murió en 1792, agotado por un trabajo duro, ó mejor dicho, sin método, y por una excitación excesiva. El compositor del *Requiem* dejó apenas para su entierro.

Beethoven no fué tan precoz como Hœndel ni Mozart. Su música fué, hasta cierto punto, inculcada por su padre, que deseaba hacer de él un prodigio. El joven Beethoven tocaba en público, y compuso tres sonatas á los trece años; mas, solamente después de los veintiún años, empezó á producir las grandes obras en que estriba su fama.

Otros muchos compositores alemanes dieron temprano señales de su genio musical. Wínter tocó en la capilla de la reina de Baviera á los diez años, y compuso su primera ópera, *Belerofonte*, á los veintiuno.

Wéber, á pesar de ser un niño muy travieso, tenía maravillosa capacidad para la música. Sus seis primeras fugas fueron publicadas en Salzburgo cuando contaba

tan sólo doce años. Su primera ópera, *Das Waldmädchen* (*La joven de la selva*), representóse en Viena, Praga y San Petersburgo cuando tenía catorce años, y compuso misas, sonatas, tríos para violín, canciones y otras obras, desde este tiempo, hasta los treinta y seis años, en que produjo su ópera *Der Freischütz*, que elevó su fama á la mayor altura. Mendelssohn aprendía á tocar casi antes de aprender á hablar. Escribió tres cuartetos para piano, violín y violonchelo, antes de cumplir once años. Su primera ópera, *Las bodas de Camacho*, la escribió á los dieciséis años; su sonata en *si bemol*, á los dieciocho; su *Sueño de una noche de verano*, antes de los veinte; su *Sinfonía de la Reforma*, á los veintidós; y todo el resto de sus obras desde esta edad hasta los treinta y ocho años, en que murió.

Meyerbeer fué otro prodigio musical. Era excelente pianista á los nueve años. Comenzó á componer á los diez años, y á los dieciocho se representó públicamente, en Munich, su primera obra dramática, *La hija de Jefté;* mas, solamente á los treinta y siete años, produjo su gran obra *Roberto el Diablo*, que le conquistó reputación universal.

La *Vida de Schiller*, de Carlyle, nos ofrece una curiosa nota acerca de Daniel Schubart, músico, poeta y predicador: «lo emprendía todo, pero todo lo abandonaba al poco tiempo.» Su vida fué una serie de violentos accesos de estudio, pereza y desenfreno. No obstante, fué un hombre de extraordinarias facultades: excelente músico, gran predicador y buen editor de periódicos. Fué, sucesivamente, festejado, encarcelado y desterrado. Luego de revolotear por la vida como un fuego fatuo, murió á los cincuenta y dos años, dejando á su viuda y á su familia en la miseria. Muy distinto fué Franz Schubert, el prodigio musical de Viena, aunque su vida no fué más afortunada que la de Schubart. Siendo niño tocaba el violín, el órgano y el pianoforte. A los dieciocho años escribió su popular *Rey de los Olmos*, cuyas notas escribió rápidamente, después de leer las palabras dos veces. Su genio producía las más gratas fantasías musicales, como lo prueban, abundantemente, sus obras publicadas. Créese que produjo más de quinientas canciones,

aparte de las óperas, misas, sonatas, sinfonías y cuartetos. Murió cuando sólo tenía treinta y un años, casi arruinado.

Los compositores musicales de Italia han mostrado los mismos signos precoces de genio. Spontini compuso su primera ópera, *I Puntigli delle Done*, á los diecisiete años, y su éxito completo divulgó su fama por Italia. Cherubini compuso á los trece años una misa y un motete que causó gran sensación en Florencia, su ciudad natal. Paisiello compuso un entremés cómico á los catorce años, y á los veintidós una ópera para el teatro principal de Bolonia. Cimarosa, el hijo de un zapatero, escribió la *Baronesa Stramba*, su primera obra musical, á los diecinueve años. Paganini tocaba el violín á los ocho años, y compuso una sonata á esta misma edad. El padre de Rossini tocaba el corno en una compañía de cómicos de la legua, en la que era su madre actriz y cantante de segundo orden. A la edad de diez años Rossini tocaba el corno con su padre. Más adelante cantó en los coros para que se educase y formase su voz; á los dieciocho años compuso *Cambiale di Matrimonio*, su primera ópera, y tres años más tarde su *Tancredo*, que extendió su fama por Europa.

Los compositores franceses Boïeldieu, Grétry y Halévy dieron indicios de genio musical en edad temprana. Boïeldieu compuso su primera ópera en un acto á los dieciocho años. Las canciones de Grétry eran cantadas por todas partes cuando su autor tenía veinte años. A la misma edad obtuvo Halévy el primer premio por su cantata de *Hermione*. Aunque los ingleses no se han distinguido aún en la composición musical, Purcell compuso algunas de sus mejores antífonas cuando se hallaba en Wéstminster. Crotch tuvo una precocidad que no tardó en agostarse. Aunque tocaba el órgano á los cuatro años, puede decirse que no existe una sola nota de sus composiciones musicales que no la deba á sus predecesores ó contemporáneos. Los dos Wesleys fueron precoces. Carlos tocaba el piano á los tres años, y su madre solía atarlo á la silla para que no se cayese. Balfe compuso su *Lover's Mistake* (*La equivocación del amante*),

cuando contaba solamente nueve años, y madame Vestris cantó dicha obra con gran aplauso en *Paul Pry*.

Digno es de tenerse en cuenta, que no hay ejemplos de precocidad musical, ni aun de genio musical, entre las niñas. Puede haber habido prodigios, pero han pasado desapercibidos. No ha habido una Bach, ni una Hændel, ni una Mozart. Y, sin embargo, hay centenares de niñas por cada niño que estudia música, y no tienen tantos obstáculos que vencer, como los han tenido, á veces, los niños. Se ha observado, asimismo, que el genio musical es un genio que consume. Aunque Hændel y Rossini llegaron á viejos, Schubert falleció á los treinta y un años, Mozart á los treinta y seis, Purcell á los treinta y siete, Mendelssohn á los treinta y ocho, y Wéber á los cuarenta; parece que estos grandes músicos fueron consumidos por su propio fuego. Rossini compuso su *Guillermo Tell* á los treinta y siete años, y después escribió poco. Su *Stabat Mater* fué escrita á los cincuenta años. Fué un hombre prudente, pues supo pararse á tiempo.

La vida de los pintores y escultores presenta muchos ejemplos de precocidad. El mayor de todos los ejemplos, la vida de Miguel Angel, puso de manifiesto la tendencia de su genio. Lo enviaron al campo cuando era niño, para ser criado por la esposa de un albañil; lo cual le hizo decir, andando el tiempo, que había mamado la afición al martillo y al cincel con la leche de su nodriza. Desde sus primeros años manifestó una intensa afición al dibujo. Tan pronto como pudo hacer uso de sus manos y dedos, cubrió las paredes de la casa del albañil con sus dibujos, y cuando regresó á Florencia, continuó su costumbre en los suelos de la casa de su padre. Cuando fué á la escuela, hizo pocos progresos en las letras, mas prosiguió infatigable en el uso de su lápiz, pasando gran parte del tiempo en frecuentar los talleres de los pintores. Estando entonces desacreditada la profesión de artista, su padre, que pertenecía á una antigua é ilustre familia, hizo uso primero de la persuasión moral con su hijo Miguel, y, no obteniendo éxito, el castigo corporal. Declaró, encolerizado, que ningún hijo suyo

sería nunca un miserable picapedrero. Pero todo fué en vano; el niño quería ser artista, y nada más.

Al fin, el padre fué vencido, y consintió, de mala gana, en ponerle de aprendiz con Ghirlandaio. Es indudable que mientras tanto habría hecho progresos considerables, pues su maestro estipuló en el contrato (impreso en las *Vidas* de Vasari) que abonaría una remuneración mensual á su padre por los servicios de su hijo. Los adelantos del joven Buonarroti fueron tan rápidos, que no solamente sobrepujó á los otros discípulos de su maestro, sino al maestro mismo. Pero la vista de las estatuas en los jardines de Lorenzo de Médicis inflamó su ánimo hasta el punto de que, en vez de ser pintor, resolvió consagrarse á la escultura. Sus progresos en este ramo del arte fueron tales, que á los dieciocho años ejecutó su bajo relieve *La batalla de los Centauros*, á los veinte años su célebre estatua *El Cupido dormido*, y poco después su gigantesca estatua de mármol, *David*. Volviendo al arte de la pintura, empleó poco tiempo en producir algunas de sus mejores obras. Antes de cumplir los veintinueve años había ya pintado un cartón, cuyo asunto era un incidente de las guerras de Pisa, donde un cuerpo de soldados, sorprendidos en el baño, salen á rechazar al enemigo. Benvenuto Cellini dijo que ninguna de sus siguientes producciones llegó, nunca, á igualar el mérito de esta obra.

Rafael fué otro joven de una precocidad prodigiosa, aunque su padre, al revés del de Miguel Angel, le alentaba á cultivar su genio. Era ya eminente en su arte á los diecisiete años. Dícese que sintió la inspiración al contemplar las grandes obras de Miguel Angel que adornaban la Capilla Sixtina en Roma. Con el candor peculiar en un espíritu elevado, dió gracias á Dios por haber nacido en la misma época que tan gran artista. Rafael pintó su *Escuela de Atenas* á los veinticinco años, y su *Transfiguración* á los treinta y siete, edad en que falleció. Su cuadro fué llevado en el cortejo fúnebre á su tumba en el Panteón, y aunque lo dejó sin terminar, es considerado como la más hermosa pintura del mundo.

Leonardo de Vinci dió temprano pruebas de su notable genio. Tenía gran habilidad en aritmética, música

y dibujo. Siendo discípulo de Verrocchio pintó un ángel en un cuadro de su maestro, *El bautismo de Cristo*. Hizo con tal perfección esta pintura, que Verrocchio se juzgó tan inferior á su discípulo, que desde entonces abandonó la pintura desesperado. Cuando Leonardo llegó á la edad madura, fué juzgado como un genio casi universal. Era tan gran matemático, como arquitecto, ingeniero, músico y pintor.

Cuando Guercino contaba sólo diez años pintó una figura de una Virgen en la fachada de la casa de su padre, pintura que fué muy admirada y que demostraba el genio de que dió, más tarde, tantas pruebas. El Tintoretto era tan hábil con su lápiz y su pincel, que envidioso de él, su maestro Ticiano, lo echó de su taller. Mas esta conducta, lejos de desanimarle, le inspiró tal energía, y trabajó con tanta rapidez, que solían darle el apodo del *Furioso*, hasta que llegó á ser reconocido como uno de los mayores y más prolíficos pintores de Italia.

Dicen que Canova dió pruebas de su genio á los cuatro años, modelando un león con un rollo de manteca. Principió á esculpir en mármol á los catorce años, y desde entonces caminó de triunfo en triunfo. Thorwaldsen esculpía figuras para los barcos cuando contaba trece años, trabajando en el taller de su padre, que era escultor en madera. A los quince años obtuvo la medalla de plata en la Academia de Artes de Copenhague por su bajo relieve de *Cupido descansando*, y á los veinte ganó la medalla de oro por su dibujo *Heliodoro echado del templo*.

Claudio José Vernet dibujaba hábilmente á los cinco años, y antes de cumplir los veinte eran célebres sus pinturas. Pablo Pótter pintó en la Hague su mejor cuadro, el famoso *Toro*, á los veintidós años, y dejó el pincel antes de los veintinueve. Wilkie dibujaba antes de saber leer y pintaba antes de deletrear correctamente. Pintó su *Feria de Pitlessie*, en la que hay más de ciento cuarenta figuras, á los diecinueve años. Sir Edwin Landseer, pintó, á los dieciséis años, unos *Dogos riñendo*, cuadro que fué muy admirado y hasta comprado y grabado.

Los poetas, de igual modo que los músicos y los artis-

tas, han dado, en muchos casos, indicios prematuros de su genio, especialmente los poetas de carácter sensible, ardiente y apasionado. Los grandes poetas italianos Dante, Tasso y Alfieri, fueron singularmente precoces. Dante lo demostró cuando sólo tenía nueve años, enamorándose apasionadamente de Beatriz, niña de ocho años, y esta pasión precoz decidió de su vida y fué el manantial de las más sublimes concepciones de su musa. Tasso poseía el mismo temperamento de genio, delicado y tierno; era poeta siendo todavía niño. Cuando tenía diez años, al ir á reunirse en Roma con su padre, compuso una canción al separarse, en Nápoles, de su madre y su hermana.

Comparábase con Ascanio huyendo de Troya con su padre Eneas. A los diecisiete años compuso su *Rinaldo*, en veinte cantos, y á los treinta y uno acabó su gran poema de la *Jerusalén Libertada*, que empezó á los veintiuno.

Metastasio, siendo aún niño de diez años, improvisaba por las calles de Roma; y Goldoni, el poeta cómico, cuando sólo tenía ocho años, hizo un bosquejo de su primera comedia. Goldoni fué un verdadero pilluelo. Frecuentemente se marchó de la escuela y del colegio para seguir á una compañía de cómicos ambulantes. Sus parientes, de cuando en cuando, le hacían volver y le aconsejaron que estudiase la carrera de leyes, que practicó más tarde en Pisa, con gran éxito; pero la afición á las tablas fué demasiado fuerte para él, y se contrató casualmente después como poeta de una compañía, y siguió escribiendo comedias la mayor parte de su vida.

Por el contrario, Alfieri, á quien algunos han llamado el Byron de Italia, fué uno de los jóvenes más extraordinarios de su tiempo. Como muchos poetas precoces, fué delicado en su niñez. Era pensativo y sensible hasta un grado extraordinario. Cuando sólo tenía ocho años intentó envenenarse en un ataque de melancolía, comiendo hierbas que suponía que tenían cicuta. Pero lo único que logró fué caer enfermo. Fué encerrado en su cuarto, después de lo cual fué conducido con su gorro de dormir á una iglesia vecina. «¿Quién sabe—decía más adelante,—»si no tengo que agradecer á aquel bendito gorro de dor-

»mir, el haber hecho de mí uno de los hombres que más »sienten la verdad?» Cuando vió Alfieri por vez primera el Océano en Génova, á los dieciséis años, se quedó asombrado. Mientras lo contemplaba, se iba llenando de indefinibles deseos, y por primera vez se sintió poeta. Pero, aunque rico, no había recibido buena educación, y no podía expresar correctamente los pensamientos que brotaban en su espíritu. Volvió á sus libros y luego al colegio; después viajó, y corrió de ciudad en ciudad; visitó á Londres, ahogó el tedio y la melancolía en la disipación, y á los diecinueve años se enamoró locamente. Desesperado por no verse correspondido, y casi descorazonado, resolvió morir, pero su criado le salvó la vida. Tranquilo ya, resucitó su pasión y fué rechazado de nuevo; entonces se encerró en su casa, se cortó el cabello, y en la soledad á la que se condenó, empezó á escribir versos, lo cual llegó á ser la ocupación de su vida. Su primera tragedia, *Cleopatra*, la escribió é hizo representar en Turín, cuando tenía veintiséis años, y en los siete siguientes compuso catorce de sus mejores tragedias.

El genio de Cervantes se mostró, por vez primera, en la composición poética. Antes de llegar á los veinte años había ya compuesto varios romances y baladas además de una poesía pastoril titulada *Filena*. Wieland fué uno de los poetas alemanes más precoces. Leía á los tres años; traducía correctamente á Cornelio Nepote á los siete, y á los trece meditaba la composición de un poema épico. Como á otros poetas, su primera pasión amorosa le estimuló á versificar; pues á los dieciséis años escribió su primer poema sobre *De Vollkommenste Welt*. El genio de Klopstock también se manifestó desde muy temprano. Fué, primero, un niño revoltoso, después un estudiante impetuoso, un joven enamorado y un brillante poeta. Concibió y ejecutó, en parte, su *Mesiada*, antes de los veinte años, si bien los tres primeros cantos no fueron publicados hasta cuatro años más tarde. La *Mesiada* despertó extraordinario interés y dió un inmenso vuelo á la literatura germánica.

El espíritu apasionado de Schiller se vió inclinado á la poesía desde sus primeros años. Dice la historia que lo encontraron un día, durante una tormenta, subido en

las ramas de un árbol «para ver de dónde venían los relámpagos, porque eran muy hermosos.» Esto caracterizaba perfectamente el temperamento ardiente y curioso del niño. Schiller se sintió inspirado en la composición poética, leyendo un poema de Klopstock; su espíritu tomó la dirección de la poesía sagrada, y al cumplir catorce años, había concluido un poema épico titulado *Moisés*. Gœthe fué un niño precoz; hasta tal punto, que se cuenta que escribía en alemán, francés, latín y griego cuando aun no había cumplido ocho años. En tan corta edad tenía pensamientos llenos de ansiedad acerca de la religión. Imaginó una especie de culto al Dios de la Naturaleza, y hasta le ofrecía sacrificios. Música, dibujo, ciencias naturales y estudio de las lenguas, todo tenía un encanto extraordinario para el maravilloso niño. También el fogoso y valiente Körner halló la muerte que deseaba en el campo de batalla, combatiendo por las libertades de su país, á la temprana edad de veintidós años. Cuando niño, era enfermizo y delicado, pero ya se hallaba poseído por el fuego poético. A los diecinueve años publicó su primer libro de poemas, y escribió su última pieza, *La canción de la espada*, sólo dos horas antes de la batalla en que perdió la vida. Novalis fué, igualmente, otro alemán de grandes esperanzas, que las realizó en todo lo que hizo hasta los veintinueve años, á cuya edad falleció.

Varios ejemplos semejantes pueden citarse de precocidad coronada luego por el éxito, entre los poetas franceses é ingleses. Verdaderamente, como el genio poético depende de una organización y temperamento especiales, es el que se desarrolla más temprano, y si no aparece antes de la edad de veinte años, tal vez no aparecerá nunca. Montaigne ha expresado la idea de que nuestras almas son adultas á esa edad. «Un alma—dice—que por »esa época, no ha dado evidentes pruebas de su fuerza y »su virtud, jamás dará pruebas de ellas. Las facultades »naturales producen frutos vigorosos y bellos antes de »ese tiempo ó nunca.» (1) Esta opinión, aunque, en apariencia, está expresada con excesivo rigor, suele ser ver-

(1) Montaigne. *Ensayos*, libro I, cap. LVII. «De la edad».

dadera en su mayor parte. El espíritu y el alma hacen concebir esperanzas en cuanto á sus cualidades naturales, en la juventud, y aunque algunas plantas florecen tarde, la mayor parte de ellas florecen en la primavera y estío de la juventud, mejor que en el otoño é invierno de la vida.

El poeta irlandés Moore hace notar que casi todas las buenas comedias y hasta algunas tragedias de primer orden, fueron obra de jóvenes. Lope de Vega y Calderón, dos de los más fecundos dramaturgos, empezaron á escribir muy temprano, el uno á los doce años y el otro á los trece. El primero recitaba versos de su composición propia, que escribía y cambiaba con sus compañeros de juego por estampas y juguetes. A los doce años, según refiere él mismo, no sólo había escrito piezas cortas, sino hasta había compuesto dramas. Su pastoral heroica, *Arcadia*, fué publicada cuando tenía dieciocho años. Iba en la armada española en su ataque contra Inglaterra en 1588. Tenía entonces veintiséis años, y durante el curso de aquel peligroso y estéril viaje, escribió varios de sus poemas. Pero cuando volvió á España y entró en el sacerdocio, fué cuando compuso los centenares de piezas con que su nombre adquirió tanta fama. Calderón fué, asimismo, fecundo escritor en su juventud, pues añadió unos cuatrocientos dramas al teatro nacional. Su primera obra, *El carro del cielo*, fué escrita á los treinta años. Se ordenó de sacerdote á los cincuenta años, y después de su entrada en la Iglesia escribió solamente piezas sagradas.

Estos jóvenes dramaturgos españoles alcanzaron temprano su madurez. Como las niñas del Sud que llegan en breve á la pubertad, maduradas por el sol, llevaron á cabo todas sus grandes obras antes de haber recorrido la mitad de su carrera. En los climas del Norte, las facultades mentales maduran con más lentitud. No obstante, Racine escribió su primera tragedia de éxito á los veinticinco años y su obra maestra, *Fedra*, que él mismo reconocía como el supremo esfuerzo de su musa dramática, á los treinta y ocho. La educación de Molière no fué de lo más escogido, mas venció los defectos de su primera instrucción con una aplicación diligente, y á

los treinta y un años escribió su primera obra, *L'Etourdi*. La mayor parte de sus obras fueron producidas entre esta edad y los cincuenta y cinco años, en que murió. Voltaire comenzó por satirizar, á los doce años, á los Padres del Colegio de Jesuítas en que fué educado, y dicen que, desde entonces, el padre Le Jay auguró de él «que sería, en Francia, el corifeo del deísmo.» Su padre le quería dedicar al estudio de las leyes, y le juzgó perdido cuando supo que escribía versos y frecuentaba los alegres círculos de París. A los veinte años fué encarcelado Voltaire en la Bastilla, por haber escrito sátiras contra el voluptuoso que gobernaba á Francia por aquel tiempo. Durante su prisión, corrigió su tragedia de *Edipo*, que había escrito á los diecinueve años, y empezó su *Enriqueida*. Fué representada su tragedia cuando Voltaire tenía veintidós años.

Kotzebue constituye, también, un ejemplo de genio dramático precoz. Hizo ensayos de composición poética hacia los seis años de edad, y á los siete escribió una comedia de una página. Acostumbraba entrar, á escondidas, en el teatro de Weimar, cuando no podía entrar por los medios regulares. Para ello se escondía detrás de la tambora antes de empezar la representación. Su principal diversión consistía en hacer teatros y mover muñequitos en la escena. Su primera tragedia se representó privadamente en Sena, donde estaba estudiando, á los dieciocho años. Pocos años después, viviendo en Reval, produjo, entre otras cosas, el drama tan conocido *El extranjero*. Schiller comenzó á escribir *Los bandidos*, á los diecinueve años, y los publicó á los veintiuno. Su *Fiesco* y su *Intriga y amor de Corte* fueron escritos á los veintitrés.

Víctor Hugo fué también un precoz dramaturgo. Escribió su primera tragedia, *Irtamene*, á los quince años. Ganó tres premios sucesivos en la Academia de los Juegos Florales, y entonces conquistó el título de Maestro en la gaya ciencia. A los veinte escribió *Bug Jargal*, y el año siguiente *Hans d'Islande* y su primer tomo de *Odas y Baladas*. Los escritores contemporáneos eran, casi todos, muy jóvenes. «Ningún escritor—ha dicho el

»sarcástico crítico Moreau,—es ahora respetado si tiene »más de dieciocho años de edad.» Casimiro Delavigne empezó también á escribir poesías á los catorce años, y dió á luz su primer tomo á los veinte. Lammenais escribió sus *Palabras de un creyente*, á los dieciséis años. Las *Meditaciones poéticas* de Lamartine aparecieron cuando el autor tenía veintiocho años, y en cuatro años fueron vendidos 40.000 ejemplares de la obra.

Entre los escritores ingleses, se ha observado, á veces, la misma precocidad dramática y poética. Congreve escribió su novela *Incógnita*, á los diecinueve años, y *The Double Dealer* (*Las dos caras*), á los veinte. Escribió todas sus piezas antes de los veinticinco años. Wycherley ha dicho de sí mismo que escribió *El amor en un bosque*, á los diecinueve años, y el *Plain Dealer* (*El hombre leal*), á los veinte; pero Macaulay pone en duda este detalle. La primera de las obras mencionadas no fué, ciertamente, representada antes de que Wycherley cumpliese los treinta años. Farquhar compuso su *Love and a Bottle* (*Amor y una botella*), á los veinte, y su *Constant Couple* (*Pareja constante*), á los veintidós. Falleció á la edad temprana de veintinueve años, y el último año de su vida escribió su célebre *Beaux Stratagem* (*Estratagemas galantes*). Vanbrugh era muy joven cuando trazó el bosquejo de su *Relapse* (*Relapso*) y *The Provoked Wife* (*La esposa provocada*). Otway dió al público su primera tragedia á los veinticuatro años, y su última y principal, *Venice Preserved* (*Venecia preservada*), á los treinta y uno. Savage escribió su primera comedia, *Woman's a Riddle* (*La mujer es un enigma*), á los dieciocho, y su segunda, *Love in a Veil* (*El amor vendado*), á los veinte. Carlos Dibdin hizo representar su *Shepherd's Artifice* (*El artificio del pastor*), en Covent-Garden, á los dieciséis, á la vez que Sheridan ponía el sello á su reputación, como genio dramático, dando á luz su siempre interesante obra *School for Scandal* (*Escuela del escándalo*), á los veintiséis.

Entre los poetas ingleses, quizás los más grandes no fueron precoces, aunque muchos dieron tempranas muestras de ingenio. Tenemos pocas noticias de la juventud de Chaucer, de Shakespeare y de Spencer, y casi nada

de su misma edad madura. Todo lo que se sabe es que Shakespeare escribió su primer poema, *Venus y Adonis*, del que habla como «del primer heredero de su genio,» á la edad de veintiocho años; empezó á escribir sus piezas por la misma época, y, probablemente, continuó escribiendo hasta muy cerca de su muerte, que tuvo lugar cuando contaba cincuenta y dos años. Spencer, su primer poema, *The Shepherd's Calendar* (*El calendario del pastor*), á los veintiséis años, y Milton compuso su farsa de *Comus* próximamente á la misma edad, aunque ya había dado muestras de ingenio. Pero Cowley fué más precoz que Milton, aunque nunca llegó á la elevación del *Paraíso Perdido*. En la temprana edad de quince años, Cowley dió á luz un volumen titulado *Poetic Blosoms* (*Flores poéticas*), que contenía, entre otras piezas, *La trágica historia de Píramo y Tisbe*, escrita cuando sólo contaba doce años.

Pope, asimismo, fué muy precoz en la poesía. Cuando era aún niño se propuso ser poeta, y se formó un plan de estudios. A pesar de su perpetua jaqueca y de su deformidad, originadas de su mala salud, se ejercitaba en escribir versos ingeniosos. El niño fué padre del hombre; el autor de la *Dunciada* comenzó por la sátira, y á los doce años fué echado del colegio por haber satirizado á su maestro. Mas tenía en reserva cosas mejores que la sátira. Johnson dice que Pope escribió su *Ode on Solitude* (*Oda á la soledad*), á los doce años, su *Ode on Silence* (*Oda al silencio*), á los catorce años, sus *Pastorales* á los dieciséis, aunque no las publicó hasta los veintiún años. Hizo su traducción de la *Iliada* entre los veinticinco y treinta años. José Addison, no obstante sus travesuras de muchacho y haber sido jefe de grupo en los juegos de la escuela, se convirtió en estudiante aplicado, y obtuvo un gran premio en Oxford, por sus versos latinos.

El extraordinario niño Chatterton, «que pereció víctima de su orgullo,» recorrió su corta, aunque brillante carrera, en diecisiete años y nueve meses. El poeta Campbell dijo de él: «Ningún poeta inglés igualó jamás á Chatterton á los dieciséis años.» Su famosa *Oda á la Libertad* y su exquisita pieza *La canción del juglar* dan, tal vez,

la mejor idea de la fuerza y del alcance de su ingenio. Pero su espíritu huraño y desconfiado, su orgullo despreciativo, su defectuoso carácter moral, y su absoluta falsa concepción de las verdaderas condiciones de la vida, le arruinaron, como hubieran arruinado á otro hombre más enérgico, y se envenenó, por decirlo así, antes de haber empezado á vivir.

He aquí varios ejemplos más de poetas precoces. Bihsop Heber tradujo á *Fedro*, en versos ingleses, cuando sólo contaba siete años de edad; y en su primer año de estudios en Oxford, obtuvo el premio de versos latinos. Burns, aunque era más bien un muchacho de cortos alcances, empezó á rimar á los dieciséis años. James Montgomery hizo versos á los trece; escribió un poema jocoserio, de unos mil versos, á los catorce años, y comenzó un poema serio titulado *El mundo*. Rogers solía señalar como su primera determinación á cultivar la poesía, el haber leído, siendo muchacho, el *Juglar*, de Beattie. Siendo pasante en el bufete de su padre, preparó una petición al doctor Johnson, mas al llegar á su casa de Bolt Court, le abandonó el valor cuando fué á dejar caer el aldabón. A los dos años de la muerte de Johnson, en 1786, Rogers, que tenía á la sazón veintitrés años, publicó su primer volumen, *Una oda á la superstición*, y *Otros poemas*. Roberto Burns dió á luz su primera obra el mismo año.

Thomas Moore fué otro poeta precoz. Era un hermoso niño; José Atkinson, uno de sus primeros amigos, mencionaba un lindo niño que jugaba en el seno de Venus. Escribía versos amorosos á Zelia á los trece años, y empezó su traducción de *Anacreonte*, á los catorce. A la misma edad compuso una oda que comienza: «Bebiendo vasos llenos», y «bailando con ninfas en alegre »compás, conducido por una procesión alada de amorci»llos», que hubiera podido desconcertar algo á su virtuosa madre, esposa de un tendero de ultramarinos. Pero Moore prosiguió su camino, dejando á un lado la poesía lírica, y el *Anacreonte* de Dublín se hizo, finalmente, famoso como autor de las *Melodías Irlandesas*, *Lalla Rookh*, *El Epicúreo* y la *Vida de Byron*.

Varios poetas precoces han muerto de consunción en temprana edad. Enrique Kirke White escribió todos sus poemas entre los trece y los veintiún años, edad en que falleció. Miguel Bruce murió también, á los veintiún años, dejando varios poemas cortos que prometían mucho, y que fueron publicados póstumamente. Roberto Pollok, autor de *El curso del tiempo*, murió á los veintiocho; y John Keats, ingenio más grande y más brillante que todos, publicó su primer volumen de poesías á los veintiún años y el último á los veinticuatro, poco antes de morir. No obstante, Keats, no tuvo nada de precoz en sus primeros años. Cuando estudiaba en la escuela, se distinguía, principalmente, por su afición á pelear, y esto constituía su diversión favorita. Aunque era lector universal é incansable, su espíritu no manifestó inclinación particular hasta que llegó á los dieciséis años, época en que la lectura de *Faëry Queen* (*Reina de las Hadas*), de Spencer, inflamó su espíritu, siendo, desde entonces, el leer y escribir poesías, la principal ocupación de su córta vida.

Shelley fué otra «estrella extraordinaria y brillante» de la misma época. Fué excesivamente precoz. Cuando estudiaba en Eton, contando sólo quince años, compuso y publicó una novela completa, y con el dinero que de ella obtuvo, convidó á sus amigos. Temprano fué conocido como «el malo Shelley» ó «el ateo». A los dieciocho años publicó su *Queen Mab* (*Reina Mab*), á la que Leigh Hunt agregó sus notas ateas; á los diecinueve fué expulsado de la Universidad de Oxford por su defensa del ateísmo; y entre aquella época y los treinta años, en que pereció ahogado accidentalmente, produjo su maravillosa serie de poemas. Pero Shelley no estuvo nunca completamente sano de espíritu. Era un haz palpitante de nervios, mejor que un hombre vigoroso y saludable. Era propenso á las más extrañas ilusiones y estaba lleno de excentricidades. En el colegio le consideraban como algo tocado. No obstante, era su inteligencia viva y sutil; cada fibra de su débil complexión vibraba con especial sensibilidad; y las producciones de su fecundo ingenio estaban llenas de musical energía é imaginación,

en mayor grado, tal vez, que en cualquiera de los poemas que se han escrito antes ó después de su época.

Byron fué otro genio bohemio y extraordinario; perteneció al mismo grupo que Keats y Shelley. De carácter turbulento y violento, no se cuidaba de estudiar cuando estaba en la escuela, y además se enamoró locamente cuando no tenía aún ocho años. Era zopo: sin embargo, se esforzó por distinguirse en los deportes de la juventud, y, como Keats, luchó por obtener la supremacía sobre sus compañeros, «perdiendo—según dice él mismo,—sólo una batalla de siete.» Mientras estuvo en Trinity College, en Cambridge, tuvo un oso y varios perros, y llevó á cabo muchas excentricidades. Extraña preparación, se dirá, para un poeta. Sin embargo, cuando tenía solamente doce años, empezó á escribir en verso, inspirado por su infantil pasión hacia una prima, que tenía, próximamente, su edad. Con toda su obstinación, era Byron un voraz lector de toda clase de literatura, y en breve intentó dar á sus pensamientos forma poética. Cuando tenía dieciocho años, y estando aún en el colegio, imprimió un tomito en cuarto de poemas, para que circulara entre sus amigos, y al año siguiente dió á luz sus *Horas de pereza*. Excitado á vengarse de la despreciativa apreciación de su obra por Henry Brougham en la *Revista de Edimburgo*, publicó, á los veintiún años, sus *Bardos ingleses y Revisteros escoceses*. Tres años más tarde, dió al público el primer canto de *Childe Harold*. «A los veinticinco años—dice Macaulay,—se encontró en »el más alto pináculo de la fama literaria, con Scott, »Wordsworth, Southey y una multitud de escritores no»tables á sus pies. Difícilmente se hallará, en la historia, »un ejemplo de tan súbita ascensión á tan vertiginosa »eminencia.» (1) Falleció á los treinta y siete años, edad que ha sido tan fatal para los hombres de genio.

Con relación á otros modernos poetas, puede decirse, someramente, que Campbell escribió sus *Placeres de la Esperanza*, á los veintidós años; Shoutey, su *Juana de Arco*, á los diecinueve, y *Wat Tyler*, en el año siguiente; Coleridge escribió su primer poema á los veintidós

(1) Macaulay. *Ensayos*, 8.ª edición, pág. 139.

años, (1) y á los veinticinco su *Himno á la Aurora*, en el que se admira la unión más perfecta de sublimidad y energía que puede ofrecer la moderna literatura poética. Bulwer Lytton escribió su *Ismael*, á los quince años, y un volumen de poemas, *Weeds and Wildflowers* (*Malas hierbas y flores silvestres*). Isabel Barret Browning escribía, en prosa y en verso, á los diez años, y dió á luz su primer volumen de poemas á los diecisiete; mientras que Roberto Browning, su esposo, publicaba su *Paracelso*, á los veintitrés. Alfredo Tennyson escribió su primer volumen de poemas á los dieciocho años, mientras que á los diecinueve obtenía la medalla del Canciller, por su poema *Timbuctú*, y á los veinte años publicaba sus *Poemas Líricos*, que contienen varias de sus obras más aplaudidas.

Se ve, pues, que la cabeza tumultuosa de la juventud ha producido gran parte de las más bellas creaciones que existen en música, pintura y poesía. La imaginación poética puede, no obstante, decaer con la edad avanzada. Akenside, en sus postreros años, no manifestó el brillante ingenio que desplegó en sus primeras obras.

No obstante, en muchos casos, las más bellas producciones han sido fruto de la edad madura. Gœthe era de opinión que el poeta más maduro era el más anciano. Verdad es que Milton había escrito su *Comus* á los veintiséis años, pero tenía más de cincuenta cuando empezó su principal obra. Aunque los ingenios jóvenes antes mencionados llevaron á cabo grandes cosas en edad temprana, si hubiesen vivido más tiempo, las hubieran hecho, tal vez, mejor. La fuerza del ingenio no se pierde con la juventud.

No obstante, las cualidades especiales, que aseguran la futura eminencia, se dan á conocer, generalmente,

(1) Coleridge, en su *Lamy Sermon*, alude en la forma que sigue á la significación de los escritos de los jóvenes: «Examínense los escritos de carácter pasajero que quedan aún de la época de Lutero; léanse los folletos y hojas volantes que se publicaron durante el reinado de Carlos I y bajo la República, y se hallará en ellos un continuado comentario del aforismo del lord Canciller Bacón (hombre que seguramente conocía á fondo la extensión de la influencia secreta y personal), que el conocimiento de los principios especulativos de los hombres en general, entre los veinte y los treinta años, constituye una verdadera mina para formar profecías políticas.»

en edad temprana, entre los diecisiete y los veintidós ó veintitrés años. Aunque el desarrollo de las facultades poéticas puede ser lento, si los gérmenes existen, pueden entrar en actividad en ocasión favorable. Crabbe y Wordsworth, que tardaron en madurar, fueron precoces poetastros. Siendo Crabbe practicante de cirujano en Suffolk, llenó un cajón de versos, y ganó un premio con un poema acerca de Hope, ofrecido por los propietarios de una revista de señoras. Wordsworth, aunque muy abandonado á sí mismo cuando muchacho, y de carácter más bien melancólico y perezoso, comenzó, no obstante, á escribir versos por el estilo de los de Pope, á los catorce ó quince años. Aunque Shelley dice, sarcásticamente, de él, que «no tenía más inteligencia que un jarro», fué, sin embargo, como Shakespeare, un poeta de todas las épocas. No mostró nada de la precocidad que distinguió á Shelley, pero creció lenta y sólidamente, como una encina, hasta alcanzar su pleno desarrollo. Scott no tuvo nada de precoz. Su profesor decía de él que era imbécil. Ya en edad avanzada, decía que había sido un incorregible diablillo, y perezoso en la escuela. Pero estaba lleno de salud, y era diestro en todos los juegos de muchachos. Su verdadero genio manifestóse en su afición á las viejas baladas, y su extraordinario don para contar cuentos. Cuando el padre de Walter Scott llegó á saber que el joven había ido, en cierta ocasión, vagando por el campo con su amigo Clark, descansando, por intervalos, en las granjas y recogiendo toda clase de datos originales acerca de la vida, díjole: «Dudo mucho, caballero, que us»ted haya nacido solamente para no hacer otra cosa que »rascarse la barriga.»

De su facilidad para contar cuentos, cuando muchacho, dice el mismo Scott lo siguiente: «En las horas »de recreo, en invierno, cuando no era posible entregarse »á ejercicios rudos, mis cuentos reunían un auditorio ad»mirador en torno del hogar de Lucky Brown, y se consi»deraba dichoso el que podía sentarse junto al narrador.» Así, pues, el niño fué el precursor del hombre, y sus novelas fueron recibidas por el mundo con tanta delicia, como lo habían sido sus narraciones por sus condiscípulos de Lucky Brown. «Había, una vez, dos muchachos

—»escribe Carlyle,—en una clase de la Escuela de Gra»mática, de Edimburgo: John, siempre bien puesto, »exacto y aplicado, y Walter, siempre sucio, desarregla»do y torpe. Con el tiempo, John fué el Bailío John de »Winter Square, y Walter fué el Walter Scott del Uni»verso.» Carlyle añade, en tono compasivo, que la más precoz y completa de todas las legumbres es la col.

El desarrollo de las facultades de Scott fué relativamente lento. Llegó á los treinta años sin haber hecho nada decisivo respecto á la literatura. Tenía sólo treinta y un años cuando se publicó el primer tomo de sus *Cantos de la frontera escocesa*, y tenía cuarenta y tres cuando dió á luz su primer tomo de *Waberly*, aunque lo había escrito, en parte, nueve años antes.

No fué Burns, aunque tan aficionado como Scott á las viejas baladas, más precoz que él; pero poseía también salud robusta y vigorosa naturaleza física. No obstante, á los dieciocho ó diecinueve años, como nos lo ha dicho él mismo, el maravilloso artista había ya trazado las principales líneas de una tragedia.

Existen ejemplos casi igualmente numerosos de que hombres eminentes, científicos y literarios, hayan dado muestras de sus facultades innatas en edad relativamente temprana. Son muchos los casos en que se ha manifestado su ingenio espontáneamente, á veces en presencia de varias dificultades y obstáculos, y en otros casos, cuando se han presentado ocasiones favorables para su desarrollo. Tasso y Galileo tuvieron las mismas dificultades que vencer, en un principio. El padre de Tasso, Bernardo, era poeta; mas, como sus producciones sólo le habían ocasionado la pobreza y la miseria, decidió suprimir toda tendencia poética en su hijo, y le consagró severamente á las leyes. De igual modo, el padre de Galileo, pobre noble de Pisa, que era matemático, evitó cuidadosamente dar á su hijo la menor enseñanza matemática, dedicándole á la medicina. Mas la Naturaleza fué, en ambos casos, demasiado fuerte para ser anulada. Tasso fué poeta y Galileo matemático é inventor.

Mientras este último aparentaba estudiar á Galeno ó Celso, tenía á Euclides ó Arquímedes oculto entre los libros. Como Newton, manifestó precoz aptitud para los

inventos mecánicos, dedicando sus ocios á la construcción de toda especie de modelos de máquinas.

Cuando tenía diecisiete años entró como estudiante en la Universidad de Pisa, cursando, simultáneamente, la medicina y la filosofía natural. Pero esta última absorbía la mayor parte de su atención. Cuando sólo tenía dieciocho años hizo su primer descubrimiento de las oscilaciones isócronas del péndulo, que se le ocurrió observando con atención las vibraciones de la lámpara suspendida en la nave de la catedral.

Era lógico que Galileo, entonces estudiante de medicina, aplicase su descubrimiento á determinar los latidos del pulso, que es una operación que se hace diariamente en la práctica de la medicina, y al efecto construyó un péndulo, dándole el nombre de *pulsilogio*. (1)

A los treinta años, Galileo fué encargado por el Gobierno veneciano de la colocación de máquinas para elevar las aguas que necesitaba el abasto de la ciudad. Después le encontramos estudiando las propiedades del imán, continuando sus investigaciones acerca del centro de gravedad y del equilibrio de los cuerpos sumergidos, y estudiando profundamente las leyes del movimiento, gracias á cuyo conocimiento pueden, solamente, ser comprendidos los movimientos de los cuerpos celestes.

A los veinticinco años publicó su ensayo sobre la *Balanza hidrostática*, que acrecentó de tal modo su reputación, que fué nombrado profesor de matemáticas en la Universidad. Viviani asegura rotundamente que Galileo inventó el termómetro entre los treinta y los treinta y seis años. Como dice el mismo Galileo, inventó el telescopio, en Venecia, en 1609, á los cuarenta y cinco años, presentando su primer instrumento al Dux «en pleno Senado», y al poco tiempo inventó el microscopio.

Pero Galileo fué tan grande en su vejez como en su juventud. No obstante, su fama de sabio ha sido casi eclipsada por la del mártir. Su obra acerca del *Sistema del mundo*, escrita á los sesenta y ocho años, le valió las persecuciones, ya que no el tormento efectivo de la

(1) Parchappe. *Galilée, sa vie, ses découvertes et ses travaux.*

Inquisición. Su última obra, que él mismo consideraba como la mayor, los *Diálogos sobre el movimiento local*, la terminó á los sesenta y dos años. A los sesenta y siete, cuando ya estaba totalmente ciego, se ocupaba en aplicar el péndulo á los relojes para medir el tiempo, confiando á su hijo la ejecución de su plan; y se hallaba ocupado en este trabajo cuando le arrebató la muerte. Se pensó en erigir un monumento á los restos del distinguido filósofo; pero como había perdido el favor de la Iglesia, asegurando que el mundo giraba alrededor de su eje, el Papa no lo concedió, y su cuerpo descansó, durante cerca de un siglo, en un obscuro rincón del convento en que fué enterrado, hasta que, en 1737, sus restos fueron desenterrados y conducidos á la iglesia de Santa Croce, en Florencia, donde descansan ahora, bajo un hermoso monumento.

Así como Galileo, casi á la fuerza, abandonó la carrera á que su padre le destinaba, de igual modo Tycho Brahe abandonó la práctica de las leyes y se consagró al estudio de la astronomía. Era el vástago de una noble familia, y su padre le aconsejaba que se dedicase á la carrera de las armas; pero Tycho tenía más noble ambición: aspiraba al conocimiento del Universo, y, especialmente, de las maravillas del cielo y de la tierra. Fué enviado al colegio de Copenhague, y mientras estudiaba allí, á los catorce años, atrajo su atención hacia la astronomía el eclipse de sol que aconteció en agosto de 1560. Fascinado por dicha ciencia, se dedicó á estudiar la astronomía con ayuda de los libros que pudo procurarse, y que no eran muchos, pues su maestro, hallando que esta ocupación estorbaba gravemente el estudio de las leyes, se vió en la necesidad de prohibirle continuar estudiando los cielos. Tycho Brahe, sin embargo, siguió, en secreto, estudiando las estrellas, por la noche, mientras dormía su maestro. Gastó todo el dinero que pudo reunir, en comprar instrumentos de astronomía, aunque éstos eran pocos y de mala calidad. Estudiaba las constelaciones toda la noche, y usaba, para este objeto, un pequeño globo no más grueso que el puño, y que compró con sus economías.

Tycho Brahe encontró que las tablas de constelacio-

nes que existían entonces eran todas equivocadas, y se ocupó en corregirlas, empleando, para ello, un par de compases comunes que le servían para observar y definir los ángulos entre las estrellas. Más tarde pudo conseguir un instrumento mejor, que fué una regla paraláctica. Con ésta y otros auxilios medianos, calculó la conjunción de Júpiter con Saturno, que tuvo lugar en agosto de 1563, antes de llegar á los diecisiete años. Sus padres y parientes detestaban sus ocupaciones astronómicas, y las juzgaban como indignas de una persona de noble estirpe; pero cierto tío suyo le animó á seguir la inclinación de su ingenio, á consecuencia de lo cual ensalzó, más bien que rebajó, la alcurnia heredada. Fué enviado, desde Copenhague, á la Universidad de Augsburgo; y, durante su permanencia allí, construyó un gran cuadrante, con el que hizo sus observaciones. A los veintiséis años, dejando á un lado la oposición de su familia, dió al público su primer tratado, *De nova stella*, qué fué seguido de una serie de publicaciones astronómicas, durante un período de treinta años, próximamente.

Képler, el colaborador de Tycho, fué, como él, precoz é infatigable estudiante. Era débil y enfermizo cuando niño, y tuvo que vencer muchas dificultades en su juventud. Su padre, aunque de buena familia, se vió reducido, por las circunstancias, á tomar una taberna, donde su hijo, el futuro astrónomo, servía de criado. Cuando tenía doce años fué enviado á una escuela monástica de Maulbronn, donde costeó su educación el duque de Wurtemberg. Los estudios de Képler fueron interrumpidos á menudo, por la mala salud, que causó la ruina de su vida. Sin embargo, hizo rápidos adelantos en ellos. Gracias á los mismos fué admitido en la Universidad de Tübingen, donde se licenció en artes, á la edad de veinte años, y obtuvo el segundo lugar en el examen anual. Unos dos años después fué nombrado profesor de astronomía en Gratz, en Estiria, y á los veintisiete años dió á luz su *Mysterium cosmographicum*, su primera contribución á la literatura científica. Era éste un libro extraordinario para un hombre tan joven, teniendo en cuenta su poca salud y la humilde esfera en que vivió durante sus primeros años. Siguió trabajando infatigablemente,

publicando tratado sobre tratado, acerca del magnetismo y la astronomía, hasta que en 1601, á los treinta años, obtuvo el nombramiento de matemático imperial, mientras ayudaba á Tycho Brahe á calcular las Tablas Astronómicas Rodolfinas. Ocho años más tarde apareció su *Nueva astronomía*, obra de la que se ha dicho que constituye el lazo de unión entre los descubrimientos de Copérnico y de Newton.

Sir Isaac Newton no dió ejemplo tan notable de precoz desarrollo del ingenio matemático. No fué un niño precoz. Era tan pequeño y endeble al nacer, que su madre decía que se le hubiera podido meter en un jarro de media azumbre.

Fué criado con muchos trabajos, y había pocas esperanzas de que viviese. Por esto se le permitió mucha libertad y mucha pereza cuando niño. Es digno de notarse que varios de los hombres más distinguidos han sido, como Newton, débiles y enfermizos en su niñez. Entre los niños más ó menos endebles y delicados hallamos á Bacón, Pascal, Descartes, Newton, Wren, Locke, Adam Smith, Boyle, Pope, Flaxman, Jacobo Watt, Horacio, Nelson y William Pitt.

Cuando Newton fué enviado á la escuela, no se distinguió particularmente; no obstante, en su casa estaba siempre construyendo máquinas. Estaba constantemente ocupado con su sierra, su martillo y sus escoplos. Construyó modelos de molinos de viento, relojes de agua y relojes de sol, uno de los cuales se ve aún en Woolsthorpe, en la pared de la casa en que vivió. Vióse que no servía para las tareas de la granja, para las cuales le destinaba su madre; pero habiéndole descubierto un día su tío Ayscough estudiando un problema de matemáticas debajo de un seto, en vez de ocuparse en las faenas agrícolas, le permitieron seguir su inclinación, y lo enviaron á seguir sus estudios en *Grantham School*. Cuando tenía dieciocho años entró como estudiante en el colegio de la Trinidad, en Cambridge; á los veintiuno descubrió el teorema del binomio; á los veintitrés puede decirse que llegó á su método de cálculo diferencial; á los veinticuatro hizo el descubrimiento de la desigualdad de refrangibilidad en los rayos de luz; á los veinticinco des-

cubrió la ley de gravitación, (1) y el más grande de todos sus descubrimientos; y á los cuarenta y cuatro presentó el manuscrito de *Principia* á la Royal Society. El año siguiente sufrió un ataque pasajero; y aunque vivió hasta la edad de ochenta y cinco años, no dió al mundo, después de su *Principia*, ninguna nueva obra en ningún ramo de la ciencia.

Santiago Bernouilli, el primero de esta extraordinaria familia de filósofos, fué destinado por su padre á la Iglesia; pero habiendo caído, por casualidad, entre sus manos varios libros de geometría, se dedicó con ardor al estudio de la astronomía. La divisa que adoptó más tarde alude á la oposición que encontró por parte de sus padres: Faetón, dirigiendo el carro del sol, con el lema «contra la voluntad de mi padre camino entre las estrellas.» (*Invito patre sidera verso*). Su primera obra, *De los Cometas*, salió á luz cuando tenía veintiséis años; y á los treinta y tres fué nombrado profesor de matemáticas en la Universidad de Basilea.

Blas Pascal, á quien Bayle llama «uno de los ingenios más sublimes del mundo», desplegó sus notables habilidades en edad muy temprana. Su padre había decidido consagrarlo exclusivamente al estudio de las lenguas muertas, y al efecto quitó de su alcance todos los libros relativos á la geometría. Sin embargo, cuando Blas contaba sólo doce años de edad, lo sorprendieron ocupado en resolver problemas de geometría, trazando las figuras con carbón en el pavimento de su habitación. Su padre le permitió entonces seguir su inclinación; y y á los dieciséis años publicó un tratado de las *Secciones cónicas*, libro tan excelente que Descartes se maravilló de que fuese obra de un niño. A los diecinueve inventó su máquina de calcular. Más tarde se ocupó en una serie de experimentos sobre el equilibrio de los líquidos y el peso de la atmósfera, confirmando las previsiones de Torricelli, y cuyos resultados no vieron la luz pública hasta después de su muerte.

(1) Weld, *History of the Royal Society*, págs. 369 y 370. Había descubierto la más universal de las leyes naturales, la ley de la gravitación, antes de los veinticinco años, aunque un error de observación, y del que no era culpable, le impidió presentarlo hasta que tuvo cerca de cuarenta años.

La vida científica de Pascal concluyó cuando llegó á la edad de veinticinco años. Su espíritu se entregó, desde entonces, en absoluto, á las contemplaciones religiosas, cuyo resultado encerró en sus famosos *Pensamientos*, coleccionados y publicados después de su muerte, que aconteció cuando apenas contaba treinta y nueve años. Como otros ingenios precoces, Pascal sufría mucho á causa de sus padecimientos nerviosos, de los que su precocidad no era más que un síntoma.

Descartes era un niño delicado y débil; no obstante, á los diecinueve años había formado ya un plan para reformar el sistema entero de los estudios matemáticos y filosóficos.

Grocio fué el único que sobrevivió á sus doce hermanos, que murieron en la infancia; escribía versos latinos cuando sólo tenía ocho años de edad. Haller era un niño muy delicado y atacado de raquitismo, enfermedad que suele acompañar á la precocidad. Cuando sólo contaba nueve años de edad comenzó á componer cortas memorias sobre grandes hombres; á los diez compuso una gramática caldea; á los doce compuso versos en alemán, y á los quince principió el estudio de la medicina y de la fisiología, en las que obtuvo tanta celebridad.

Entre otros matemáticos que, como Pascal, se distinguieron en su juventud, puede mencionarse á Clairault, que produjo sus célebres *Curvas de doble curvatura* á los dieciséis años, aunque las empezó cuando sólo contaba trece; Lagrange, que fué nombrado profesor de matemáticas en el colegio militar de Turín antes de cumplir los diecinueve años; Colin Maclaurin, que se graduó de licenciado en Artes á los quince años, y fué nombrado, por oposición, profesor de matemáticas en Aberdeen á los diecinueve; Lalande, muchacho de extraordinarias facultades, que comenzó por pronunciar sermones delante de su familia á los diez años, fué encaminado, por la lectura de la *Pluralidad de los mundos*, de Fontenelle, al estudio de la astronomía, y á los dieciséis años hizo una observación telescópica que decidió para siempre la dirección de sus estudios.

Dugald Stewart, otro niño delicado, empezó á los diecinueve años, á substituir á su padre en la clase de ma-

temáticas de la Universidad de Edimburgo, y dos años después fué nombrado profesor titular: Lessing, un gran devorador de libros, mientras estudiaba en Meissen, tradujo los libros tercero y cuarto de Euclides, y compuso una historia de las matemáticas; y cuando dejó la escuela, á los quince años, pronunció un discurso: *De Mathematica Barbarorum*. Más tarde abandonó las matemáticas, y se dedicó á la literatura.

Francisco Bacón fué también precoz. Siendo de salud delicada cuando niño, se tornó poco comunicativo, sedentario y reflexivo. A los doce años, la vista de un titiritero que hacía suertes con cartas, le llevó á estudiar el arte de la prestidigitación. Entró en el Colegio de la Trinidad, en Cambridge, á los trece años, y lo abandonó á los dieciséis para viajar. Dícese que compuso, en Cambridge, el plan de su *Novum Organum*, pero no existen pruebas de ello. A los diecinueve años publicó su obra, *Del estado de Europa*, que indicaba, entre otras prendas, aguda observación y considerable penetración. Mientras estudiaba la abogacía, cuya práctica comenzó á los veintiún años, Bacón esbozó el plan de su *Organum*, en una pieza que en su juvenil orgullo denominaba *El mayor parto de los tiempos* (*Partus Temporis Maximus*), pero la obra principal no la publicó hasta los cincuenta y cinco años.

Durante este intervalo, publicó numerosas obras, entre otras sus *Ensayos y Consejos*, á la edad de treinta y seis años; y su *Adelanto de la Ciencia*, á los cuarenta y cinco, cuando se hallaba engolfado en los negocios, como miembro del Parlamento y abogado en plena práctica.

Otro de los más grandes jóvenes filósofos del siglo XVII fué sir Cristóbal Wren, aunque es, sobre todo, conocido como gran arquitecto. Como Pascal y otros, fué enfermizo y precoz en su niñez, mostrando no tan sólo mucho sentimiento é imaginación poética, sino también una afición notable á las ciencias abstractas y la filosofía. Sólo tenía trece años cuando inventó un instrumento astronómico, que dedicó á su padre en versos latinos, así como una máquina pneumática y otro instrumento.

A los catorce años fué Wren admitido como estu-

diante de segundo grado en el colegio Wadham, de Oxford, y más adelante tomó parte en las primeras reuniones de hombres de ciencia que precedieron á la Sociedad Real. Cuando Evelin visitó á Oxford en 1654, dijo: «He visto á ese prodigio de juventud que se llama Cristóbal Wren.» Y, en efecto, era un milagro, estudiaba y enseñaba anatomía á los veintidós años, era nombrado profesor de astronomía en Gresham, á los veinticinco, y llevó á cabo descubrimientos é inventos, uno tras otro, hasta el número de cincuenta y tres. En medio de sus variados estudios prestó la mayor atención á la arquitectura, así en la teoría como en la práctica. Por esta causa, y debido á la reputación que se había conquistado en este terreno, fué encargado, á los treinta y un años, de examinar la catedral de San Pablo, y redactar un informe proponiendo un proyecto de restauración ó de construcción. Esta circunstancia tuvo por efecto el cambiar por completo la dirección de su vida; y desde aquel momento se dedicó, en cuerpo y alma, á la arquitectura, siendo su obra maestra la reedificación de San Pablo, así como también la de otras iglesias que habían sido destruidas durante el gran incendio de Londres. Por el contrario de Pascal, Wren llegó á una edad avanzada, terminando su carrera á los noventa años; su criado lo encontró un día muerto en su sillón, con el mismo aspecto tranquilo que si se hallara disfrutando de un tranquilo sueño.

Podrían citarse otros muchos ejemplos de jóvenes ilustres en la ciencia, como el del enfermizo y precoz, aunque animoso, Espinosa, que pulía cristales para mantenerse, con objeto de poder seguir sus estudios de filosofía, en los que había sobresalido desde su niñez; se hallan en igual caso: Jacobo Watt, que fué un pensador desde la cuna, y que inventó la máquina de condensar el vapor, antes de cumplir los treinta años, descubrimiento que ha causado una verdadera revolución en la industria del mundo; Gœthe, que consiguió y ejecutó, en parte, sus obras, siendo relativamente joven; debe hacerse notar que fué tan excelente hombre de ciencia como buen poeta; sir William Rowan Hamilton, de Dublín, á quien

un moderno escritor clasifica entre los hombres de genio, «cuyo nombre es digno de figurar entre los más ilus»tres de todas las edades y naciones, tales como los de »Lagrange y Newton.» Sir William conocía, á la edad de treinta años, trece lenguas nada menos.

El célebre geógrafo francés D'Anville era un niño de doce años cuando la vista de un mapa decidió sus futuros estudios. Empezó, sin ayuda de nadie, á trazar los mapas de todas las comarcas mencionadas en sus libros de estudio. Llegó á ser tan hábil en este trabajo, que á la edad de veintidós años fué nombrado geógrafo del rey. En el curso de su afanosa existencia publicó ciento cuatro mapas de geografía antigua y ciento seis de la moderna, sin contar numerosos trabajos geográficos de gran valor. Solía decir de sí mismo que «había »encontrado una geografía hecha de ladrillos, y que de»jaba una de oro.»

Aunque Linneo era calificado por su maestro, á los diecinueve años, como verdadera nulidad, y por lo menos enteramente inútil para la Iglesia, á la que su padre le destinaba, tuvo la buena suerte de nacer en una región encantadora, á orillas de un lago, rodeado de colinas, bosques y campos cultivados. La belleza de la Naturaleza y las maravillas de vegetación de que estaba rodeado, despertaron su genio. El mismo dice, hablando de su infancia, que había pasado de la cuna al huerto, y que las flores llegaron á ser su pasión. Su padre, al ver que el chico no era á propósito para las cosas divinas, lo envió al colegio á estudiar medicina; pero el joven Linneo consagró todo el tiempo á la botánica, y ni la pobreza ni las desgracias consiguieron apartarle de su propósito. Impulsado por su entusiasmo, determinó hacer un viaje á Laponia, durante el cual recorrió cuatro mil millas, la mayor parte de ellas á pie, y á su vuelta trajo consigo unas cien plantas desconocidas ó no descritas antes de él. La publicación de su *Flora Lappónica* le colocó entre los primeros botánicos de su época. Juan Ray, el naturalista, á quien Cuvier considera como el fundador de la moderna zoología, era hijo de un herrero, de las cercanías de Braintree. Recibió excelente educación, y trabajó en el colegio Catherine Hall, de Cambrid-

ge, siendo nombrado profesor de griego á los veintitrés años, y dos años más tarde fué elegido profesor suplente de matemáticas en el mismo colegio. Mas dedicaba la mayor parte del tiempo y del estudio á la historia natural y á la zoología. Viajó por la mayor parte de Inglaterra, del país de Gales y de Escocia, buscando noticias geográficas y zoológicas, siempre observando y trabajando, y siempre incansable en su empresa favorita. Como él mismo dice, empleó diez años en preparar la publicación de su *Catalogus Plantarum Circa Cantabrigiam*. Continuó sus viajes y estudios en el extranjero, y luego recorrió los Países Bajos, Francia, Alemania, Suiza é Italia, observando en todas partes, y recogiendo datos para su futura publicación.

Idénticas tempranas tendencias al estudio y el mismo espíritu de observación han distinguido á los hombres más ilustres en la cirugía y en la medicina. Ambrosio Paré, el ilustre cirujano francés, era mozo de cuadra en una abadía de Laval, cuando hubo necesidad de hacer una operación á un religioso del monasterio. Paré fué llamado para ayudar á ella, y prestó útiles servicios; desde entonces, se sintió tan atraído por aquella profesión, que resolvió consagrarse por completo al estudio de la cirugía, en cuya práctica llegó, después, á ser tan eminente.

Sir Hastley Cooper sintióse impulsado á seguir la misma profesión, según cuentan, por la siguiente circunstancia. Habiendo sido atropellado un joven por un carro, que le pasó por encima, se le rompió la arteria femoral, y el joven se hallaba en peligro de muerte á causa de la gran pérdida de sangre, cuando Cooper tuvo la presencia de ánimo de atar su pañuelo alrededor de la parte herida, con bastante fuerza para contener la hemorragia. El resultado obtenido le alentó y le decidió á seguir la profesión de cirujano, en la que se distinguió bien pronto.

Monsieur Petit, el célebre cirujano francés, llamó, primeramente, la atención de Littré, el gran anatómico, haciendo, cuando aún no era más que un niño, la vivisección de un conejo. Desde la edad de siete años asistía con regularidad á las lecciones de Littré. Transcu-

rridos dos años, había hecho tales progresos en anatomía, que confiaron exclusivamente á su cuidado el anfiteatro en que se daban las lecciones; y era cosa realmente notable el ver á un muchacho entre los nueve y diez años subir á la cátedra y explicar lecciones de anatomía, á las que asistían, con el mayor placer, á menudo, muchos cirujanos de profesión. Consagróse á la cirugía con la misma pasión, y llegó á ser, también, uno de los más distinguidos cirujanos de Francia.

Blumenbach fué otro de los distinguidos investigadores de la historia y constitución del hombre. Puede ser tenido por el padre de la etnología. A los diez años se encerró con un esqueleto que él había fabricado—el primero de su *Golgotha*, nombre que dió, más adelante, á su colección antropológica—para continuar el estudio comparativo de la osteología, en que se hallaba entonces enredado. La ciudad de Gotha posee un esqueleto verdadero, que pertenecía á un médico amigo de la familia de Blumenbach. El joven visitaba, frecuentemente, la casa del médico, á fin de poder estudiar el esqueleto. Al fin, hizo uno artificial con huesos de animales domésticos, á fuerza de trabajo y paciencia, y logró que tuviese algún parecido con el esqueleto humano. Este fué el modesto principio de la colección osteológica que llegó á ser tan célebre en toda Europa. A los diecisiete años pasó Blumenbach á la Universidad de Jena, y á los veinte á la de Gotinga. Cuando cumplió los veintitrés años publicó la primera de su grandes obras: *De las variedades naturales de la especie humana.*

Bichat fué, hasta en su infancia, un trabajador infatigable. Cuanto llevó á cabo lo hizo sólo en el espacio de pocos años, pues murió á los treinta y dos. Buckle ha dicho de su gran obra, *Anatomía general*, publicada el año antes de su muerte, que «constituía, tal vez, la ma»yor suma de trabajo y de conocimientos aportados á la »fisiología por un solo hombre.» Investigó las leyes de la sensación y de la irritabilidad de los tejidos, y desplegó idéntico ardor en la ciencia fisiológica, estudiando, muy especialmente, los tejidos, á fin de fijar las leyes de su desarrollo normal y patológico. Pinel, en su Memoria acerca de Bichat, observa: «que en un solo

»invierno disecó más de doscientos cadáveres... apenas »puede concebir la mente que la existencia de un solo »hombre pueda bastar para tantos trabajos y para tantos »descubrimientos hechos ó indicados: Bichat falleció an»tes de cumplir los treinta y dos años.»

Boerherave, el ilustre físico, traducía el griego y el latín á los once años, y pronunció un elocuente discurso en presencia del profesor de griego á los veinte años, tomando el grado de doctor en filosofía el año siguiente. Sir Humphrey Davy realizó tales progresos en química, siendo niño, aunque completamente falto de ayuda, que á los veinte años obtuvo el nombramiento de director de la *Pneumatic Institution*, de Brístol. El doctor Jenner, antes de cumplir los veinte años, estudiaba la posibilidad de borrar de la lista de las enfermedades una de las más repugnantes y fatales que han podido abrumar á la raza humana, y en su larga carrera obtuvo la victoria más completa.

El doctor Ricardo Owen, el famoso naturalista, estuvo, en dos ocasiones, á punto de errar la vocación que había de hacerle tan célebre. La primera vez fué enviado al mar, y sirvió como alférez de marina á bordo del *Tribune*. Pero habiendo terminado la guerra de América, fué desarmado su barco, y él volvió á su casa, comenzando á estudiar la cirugía en Lancáster. De allí pasó á Edimburgo, donde estudió con el doctor Barclay, adquiriendo gran afición á la anatomía comparada. Trasladóse, más tarde, al hospital de San Bartolomé, en Londres, donde llamó la atención de John Abernety, el célebre cirujano, á quien sirvió de ayudante en su laboratorio de disección. Obtuvo su diploma de cirujano; mas, como no hallaba manera de progresar mucho en su profesión, pensó nuevamente en volver al mar. Obtuvo el nombramiento de ayudante de cirujano, y fué á despedirse de su excéntrico amigo y maestro. «¿Qué significa esto?—dijo Abernety,—¿adónde va usted?—«Voy al mar, señor.»—«¡Ir al mar es lo mismo que ir al demonio!»—«Creo que no, señor.»—«¡Ir al mar! Haría us»ted mejor, se lo aseguro, en irse al demonio de una »vez,»—repitió el ilustre John extendiéndose en enumerar las tentaciones, las dificultades, la pérdida de tiem-

po y de fama que habrían de ser el resultado obligado de un paso tan inconsiderado, é insistiendo en celebrar otra entrevista con el joven al cabo de una semana. Owen volvió á visitar á su rudo, mas sincero amigo, al expirar el plazo fijado, y entonces Abernety le propuso un nombramiento en el Colegio de Cirujanos. Aceptólo el joven anatómico, y allí se asoció, por fortuna, con otros hombres de sus mismas ideas; y aunque la armada perdió un buen oficial, la ciencia ganó una de sus glorias más ilustres.

En lenguas y en literatura son, igualmente, numerosos, como es fácil comprender, los ejemplos de precocidad y de poderosa inteligencia. Cuando Melancthon contaba sólo veinte años, daba públicas lecciones en Tübingen acerca de Virgilio, Terencio, Cicerón y Tito Livio; y á los veinticinco obtuvo el nombramiento de profesor de griego en la Universidad de Vittemberg. Montesquieu trazó el plan de su *Espíritu de las Leyes* antes de cumplir veinte años. Fenelón realizó tan rápidos progresos en sus estudios, que á los dieciséis años predicó un sermón en París ante escogida concurrencia. Gresset escribió *Vert-Vert*, una de las más ingeniosas producciones de la lengua francesa, cuando tenía apenas veinticuatro años. La reputación de Villemain, á causa de su talento, era tal, que á los diecinueve años fué nombrado profesor de retórica en el Liceo Charlemagne de París, y dos años después premió la Academia Francesa su *Elogio de Montaigne*. Cousin ganó el premio de honor de la misma Academia á los dieciséis años, y Augusto Compte obtuvo, á la misma edad, el primer puesto como matemático en la Escuela Politécnica.

Beckford escribió *Vathek* á los veintidós. «Lo es»cribí—dice,—de una sola tirada y en francés. El *Casti»llo del diablo* es invención mía. Todas las mujeres men»cionadas en *Vathek* son retratos de las que viven en »Old Fontal, habiendo yo exagerado sus buenas ó malas »cualidades imaginarias para llevar á cabo mi propósi»to.» El doctor Guillermo Wotton mostró extraordinarias facultades, en su infancia, para el estudio de las lenguas. A los cinco años sabía leer y producir latín, griego y hebreo. A los diez conocía el caldeo, siríaco y árabe.

Habiendo resuelto vivir en el país de Gales, aprendió el dialecto de dicha comarca; pero, á semejanza de Magliabechi, que también tenía muy extensos conocimientos filológicos, no hizo otra cosa que adquirirlos. No abandonó nunca su singular propósito en beneficio de los demás. La precocidad de ambos resultó estéril. Muy diferente fué sir Guillermo Jones que, aun en la escuela, era ya tenido por un niño notable. Su padre era un matemático eminente, pero murió cuando el niño sólo tenía tres años. En Harron, el joven Jones aventajó á todos sus compañeros en el estudio. El doctor Thackeray, director del colegio, decía de él: «Si Jones se »hallara desnudo y sin amigos en la llanura de Salísbury, »no dejaría de abrirse, sin embargo, camino para llegar »á la fama y á la fortuna.» Nuestros lectores conocen hasta la saciedad el éxito alcanzado por sir Guillermo Jones.

Sir Jacobo Mackintosh, de quien se esperaba mucho desde su juventud, dejó defraudadas tales esperanzas. Su nombre era conocido en las cercanías de Frotrose, á cuya comarca pertenecía, como un prodigio de ciencia. Pero, en adelante, nunca tuvo tiempo ni perseverancia para hacerse grande. Pasaba el tiempo en resolverse y en descansar luego de las fatigas de haber tomado una resolución. Cuando era niño leía y meditaba la mitad de la noche, y cuando llegó á ser hombre leía y meditaba constantemente. Pero nunca realizó las grandes esperanzas que había hecho concebir acerca de su brillante porvenir.

Tomás Brown, el metafísico, tenía sólo dieciocho años cuando estudió y dió al público sus *Observaciones acerca de la Zoonomia de Darwin*, cuyo prefacio contiene, en gérmen, su doctrina de las causas. El doctor Brown fué nombrado, más adelante, profesor de filosofía moral en la Universidad de Edimburgo, y sus lecciones, que fueron publicadas después de su muerte, son juzgadas como el mejor tratado acerca de este asunto. El doctor Brown era colaborador de la *Edimburgh Review*, á los veinticuatro años. Este semanario fué fundado y dirigido solamente por jóvenes, tales como Enrique Brougham, de veintitrés años; Francisco Horner, de veinti-

cuatro; Francisco Jeffrey, de veintinueve, y Sidney Smith, de treinta y uno, el cual era el principal de todos, lo mismo en conocimiento que en travesura.

El doctor Alejandro Murray, hallándose consagrado al oficio de pastor en su infancia, era considerado por su padre como estúpido y perezoso. Constantemente incurría en errores ó equivocaciones, cuando le enviaban á recoger el rebaño ó á traer las bestias á casa. El motivo de esto consistía en que el muchacho se ocupaba más en aprender que en guardar el ganado. A los dieciséis años intentó aprender, por sí mismo, el latín y el francés, y lo logró de tal modo, que pudo leer á César, Ovidio y Tito Livio. Abandonó la guarda de rebaños y se hizo preceptor; en sus horas de ocio aprendió el alemán, el anglosajón y la lengua visigótica, después de lo cual dedicóse á estudiar el dialecto del país de Gales. En pocos años llegó á dominar todas las lenguas de Europa, y principió sus investigaciones acerca de los más recónditos dialectos orientales. Al llegar á los treinta años era conocido como uno de los más grandes lingüistas de su época; y habiendo ocurrido una vacante en la cátedra de lenguas orientales de Edimburgo, obtuvo el nombramiento de profesor á los treinta y seis años. Pero el trabajo intelectual á que se había sometido hacía tantos años, fué mayor de lo que podía soportar su débil constitución, y solamente disfrutó este honor un solo año, muriendo á la temprana edad de treinta y siete.

Hay quien pretende que los jóvenes que se distinguen en la escuela y en el colegio, no suelen distinguirse en la vida corriente. «¡Cuán pocos—dice sir Egerton Brid»ges,—de los que se distinguen en las Universidades, »hacen luego hablar de sí!» (1) Esto, sin embargo, no puede aceptarse como principio general. Aquellas cualidades especiales que hacen presumir la futura eminencia, empiezan, verdaderamente, á manifestar su existencia y vitalidad, entre los diecisiete ó dieciocho, y los veintidós ó veintitrés años. La facultad del raciocinio comienza entonces á ocupar el puesto que le corresponde en el organismo mental y el don de comprender las cosas, así

(1) *Autobiography*, I, págs. 65 y 66.

como el de conocerlas, da nueva forma y color á todo lo que pasa por la mente. De aquí el que los jóvenes que obtienen el primer puesto en la escuela y en el colegio, se coloquen, generalmente, también á la cabeza en la escuela de la vida. Tómense, por ejemplo, la vida é historia de algunos de nuestros más ilustres hombres de Estado.

Lord Chatam, Carlos Jacobo Fox, Windham, Granviell y Wellesley, se distinguieron como alumnos del colegio de Eton. Chatham no se distinguió de un modo especial en Oxford. A los veinte años lo encontramos de abanderado en los *Azules*. A los veintiséis entró en el Parlamento, y dos años después pronunció su primer discurso, que llamó en seguida la atención. Se asegura que «este terrible abanderado de caballería» hacía pasar un mal rato á sir Roberto Walpole cuando se levantaba á hablar, porque era uno de los más apasionados é inspirados oradores. Muy distinto era Guillermo Pitt, el «predestinado ministro», aunque el haber sido hijo de un padre como el suyo era un hecho de gran valor para su porvenir. El joven Pitt era débil y delicado, pero estaba dotado de una vivacidad precoz. Había sido criado en su casa y educado, sobre todo, por su padre. Lady Holland dice del «pequeño Guillermo Pitt» que era «realmente el niño más vivo que había visto nunca.» (1)

A los doce años adelantó, en mucho, á su hermano, que tenía tres años más que él. Su padre acostumbraba á hacerle declamar en una cátedra, ante numerosa compañía, en la que despertaba la mayor sorpresa y admiración. A los catorce años escribió una tragedia en cinco actos. Antes de cumplir los dieciséis años entró como estudiante en el colegio Pembroke de Cambridge. Allí

(1) Lord Juan Russel, en sus *Recuerdos de Carlos Jacobo Fox* (que contaba diez años más que Pitt), trae la siguiente anécdota: «La duquesa de Leinster me refirió una conversación, á la que asistió, entre su hermana lady Carolina y míster Fox (lord Holland). Lady Carolina, quejándose con su esposo de la excesiva indulgencia de éste para con sus hijos, y en particular con Carlos, añadió: Esta mañana he estado con lady Ester Pitt, y estaba allí el pequeño Guillermo Pitt, *que no tiene aún ocho años*, y es en realidad el niño más vivo que he visto nunca, *educado con tanto rigor y tan correcto en su conducta*, que, *fijaos en mis palabras*, ese niñito será una espina en el costado de Carlos durante toda su vida.»

estuvo seis años, siendo un estudiante asiduo y adquiriendo entonces conocimientos en literatura inglesa. Macaulay dice que sus conocimientos, lo mismo en lenguas antiguas que en matemáticas, eran tales, que muy pocos hombres de más edad que él podían llegar á adquirirlos en el colegio. El libro con que más se deleitaba era los *Principios de Newton;* y la facilidad con que resolvía problemas intrincados de matemáticas no tenía rival en la Universidad, según aseguraba uno de sus examinadores. Pitt entró en el Parlamento apenas tuvo la edad necesaria. A los veintidós años pronunció su primer discurso en defensa del plan de reformas económicas de Burke, y causó tanta complacencia como admiración en la Cámara por el dominio de sí mismo, por su elocuencia fácil y por su noble porte. Hazlitt dice de él «que siem»pre se mostró en completo desarrollo y que jamás mani»festó la indecisión y la torpeza de un entendimiento »que se está desarrollando.» A los veintitrés años fué nombrado Pitt ministro de Hacienda, y á los veinticuatro primer ministro, «el hombre más grande—como dice »Macaulay,—que ha visto Inglaterra durante muchas »generaciones.»

Si bien Edmundo Burke no fué tan precoz como Pitt, obtuvo premios en el colegio de la Trinidad, de Dublin, sobre todo en los estudios clásicos. Consagró la mayor parte de sus ratos de ocio á la lectura general, especialmente á los libros de historia —futuro instrumento de su grandeza.—A los veintiséis años dió á luz su *Ensayo sobre lo Sublime y lo Bello,* empezado á los diecinueve años, que le aseguró, inmediatamente, un puesto entre los autores clásicos de su país.

Canning, uno de los más brillantes alumnos de Eton, se distinguió en breve por la elegancia de sus versos latinos é ingleses. A la edad de diecisiete años publicó su periódico *Microscosmos,* cuyos principales colaboradores eran Frere y los hermanos Smith, que eran, poco más ó menos, de su edad. Canning entró en el *Christ Church College* de Oxford, á los dieciocho años, y se distinguió por sus conocimientos clásicos. Su *Iter ad Meccam,* que fué recitado en el teatro con motivo de la fiesta onomástica de lord Crewe, excedió á toda compe-

tencia y fué juzgado como el mejor poema latino que Oxford había producido jamás. Canning entró en el Parlamento á los veintitrés años, hizo su primer discurso en el año siguiente, obtuvo el nombramiento de subsecretario de Estado á los veintiséis y fué ascendiendo á cargos cada vez más importantes, hasta los cincuenta y siete años en que llegó á ser primer ministro, y falleció desempeñando este cargo.

De los últimos hombres de Estado, Peel y Gladstone conquistaron los mayores lauros en el colegio de Oxford. Peel se graduó de bachiller en artes á los dieciocho años, distinguiéndose de un modo que no había tenido precedente, pues fué el primero que obtuvo el premio de honor en las dos clases de estudios clásicos y de matemáticas. El mismo triunfo alcanzaron, por otra parte, después, míster Gladstone, lord Cardwell y lord Wéstbury.

La carrera de lord Macaulay en Cambridge fué de las más brillantes. En dos años consecutivos, á los diecinueve y á los veinte, respectivamente, obtuvo la medalla del Canciller por sus poesías inglesas, y á los veintiséis obtuvo el gran premio de honor. Aunque los premios universitarios de poesía no tienen especial reputación, los que han conseguido ganarlos han llegado á ser, frecuentemente, hombres ilustres.

Mackmorth ganó la medalla del Canciller, después de Macaulay, en dos años sucesivos, consiguiendo, además, la medalla de Browne, por las odas y epigramas griegos. Búlwer Lytton ganó, más tarde, la misma medalla, por su poema sobre la *Escultura*. Entre los que obtuvieron premios de poesía en Oxford y Cambridge, figuran el reverendo W. L. Bowles, el obispo Héver, el profesor Whewell, el deán Milman y lord Tennyson.

Ha llegado á notarse que no siempre ocupan los primeros puestos en la vida corriente los que figuran á la cabeza en las Universidades; á menudo suelen ocupar puestos de segunda y hasta de tercera fila. Tomemos, como ejemplo, la lista de premios de matemáticas en Cambridge, y hallaremos que mientras muchos de los que figuran en ella con los primeros números, ocuparon elevadas posiciones como profesores, traductores, y, en

ocasiones, llegaron á elevadas dignidades en la Iglesia, no todos, por regla general, figuraron á la cabeza en el mundo profesional y científico. Muchos de ellos desaparecieron de la vista del público. Fijémonos en el período desde 1739 hasta nuestros días y encontraremos los siguientes alumnos distinguidos: sir Juan Wilson, juez del tribunal de Derecho consuetudinario en 1761; el doctor Paley, en 1763; el doctor Milner, deán de Carlisle, en 1774; sir José Littledale, juez del Banco de la Reina, en 1787.

En la centuria actual encontramos una gran pléyade de señores ó jóvenes que figuran con el número uno en la citada lista. En 1806 hallamos el nombre de Pollok, más tarde barón lord Chief; en 1808, Bickersteth, lord Langdale; en 1809, Alderson, barón del Echiquier; en 1810, Maule, juez del Common Pleas; mientras que Platt, barón del Echiquier, figuraba con el número cinco en la promoción del mismo año. Entre otros jueces de inferior graduación figuran sir R. Graham, barón del Echiquier, que obtuvo el número uno en su promoción; lord Alvanley, presidente del Common Pleas, que tuvo el número doce. Lord Ellemborough, sir S. Lawrence, lord Lyndhurst (que era el segundo), sir Juan Williams, sir N. C. Tindal, sir L. Shadwell, lord Wensleydale, sir T. Coltman, lord Cranworth, sir Cresswell, los cuales, aunque tuvieron premios, no figuraron entre los primeros de sus respectivos años. Lord Hatherby, lord Selborne y lord Colbridge alcanzaron los primeros premios en sus respectivas Universidades. El profesor Whewell obtuvo el segundo premio de matemáticas, y el profesor Sedgwick el quinto.

En el corto número de hombres de ciencia que figuran con el primer premio de matemáticas, recordamos á sir Juan Herschell, al profesor Airey, al profesor Stokes y al profesor Adams, que descubrió, más adelante, simultáneamente con mister Leverrier, el planeta Neptuno. El conde de Rosse, el gran mecánico de la Cámara de los Pares, ganó el diploma de la primera clase de matemáticas en el colegio Magdalena de Oxford; pero el honorable J. W. Strut, hijo mayor de lord Raleigh, que alcanzó el número uno como matemático, en Cam-

bridge, en 1865, fué, según parece, el primer hijo de un noble que obtuvo distinción semejante. (1)

Para terminar, diremos pocas palabras acerca de los jóvenes que llegaron á ser grandes hombres en la historia. Aunque no sucede á menudo que los hombres lleguen á ocupar el mando hasta que han adquirido la experiencia que generalmente viene con la edad, ha ocurrido, no obstante, que algunos de los más grandes jefes y directores, en los tiempos antiguos y modernos, hayan sido relativamente jóvenes. El genio para el mando parece haberse manifestado en ellos instintivamente, y puede decirse que el genio para cualquier objeto es el que inspira solamente la pasión para conseguirlo.

Temístocles era un joven inflamado por el amor de la gloria y anhelaba ardientemente distinguirse en servicio de su país. Tenía sólo unos treinta años cuando mandó la armada griega en la batalla naval con los persas, mandados por Jerjes, en Salamina. La completa victoria que alcanzó fué debida al valor de todos, pero, principalmente, á la sagacidad y á la tenaz bravura de Temístocles. Fué el primero en la acción y en el mando, y sus compatriotas reconocieron, durante algún tiempo, su grandeza y supremacía.

Alejandro Magno fué todavía mucho más precoz como gobernante y como general. Apenas llamado á ocupar el trono de Macedonia, á los veinte años, cuando se vió obligado á reprimir una formidable insurrección. Obtuvo el más completo éxito, y después se dirigió hacia el Sur y sometió los principales Estados de Grecia. A los veintidós años reunió un ejército para invadir la Persia, cruzó el Helesponto y desembarcó en Abidos. Encontró el ejército de Darío á orillas del Gránico y lo derrotó por completo. El año siguiente avanzó por el Asia Menor, dió y ganó la batalla de Iso, y dos años más tarde la batalla de Arbelas, cuando sólo tenía veinticuatro años. El poder de Darío quedó enteramente anonadado; el Oriente se abrió por completo á los ejércitos de Alejandro, y durante un reinado de doce años y ocho meses, extendió su imperio desde las costas del Mediterráneo hasta los

(1) *Times*, 1.° de febrero de 1865.

países tributarios del Indo. Murió á los treinta y un años.

Escipión y Pompeyo fueron, asimismo, grandes desde su juventud. Escipión ganó la batalla de Zama á los veintinueve años; pero Pompeyo se distinguió en edad más temprana. A los veintitrés organizó y mandó el ejército con que derrotó á Marco Bruto. El año siguiente, á pesar de su «imberbe juventud», según le describen sus enemigos, llevó á cabo una feliz campaña en Africa y volvió triunfante á Roma.

Aníbal fué uno de los generales jóvenes más ilustres de la antigüedad, habiendo aprendido el arte de la guerra en los campamentos de Amílcar y de Asdrúbal. A la muerte de este último, cuando Aníbal contaba solamente veintiséis años, se encargó del mando en jefe del ejército cartaginés. Después de conquistar las tribus españolas que permanecían todavía independientes, volvió sus armas contra Roma. A los veintiocho años tomó á Sagunto, al cabo de ocho meses de sitio; entonces pasó los Pirineos, avanzó hacia el Ródano, penetró en Italia por los Alpes, y después de varios encuentros favorables, dió y ganó la gran batalla de Canas, cuando tenía solamente treinta y un años.

En la Edad Media, Carlomagno y Carlos Martel fueron ambos grandes guerreros en edad temprana. Martel «el martillo», como le denominaban, derrotó á los sarracenos en Tours siendo, relativamente, muy joven, y de esta manera cambió la faz de la Europa. Carlomagno, á los treinta años, era dueño de Francia y de Alemania. Después de Alejandro Magno y César, ha sido el nombre más ilustre que registra la historia de Europa en sus primeros tiempos. Guillermo el Conquistador, cuando contaba solamente veinte años, derrotó á sus nobles rebelados en la batalla de Val des Dunes; y á los treinta y ocho alcanzó la victoria de Hastings, que le hizo dueño de Inglaterra. Eduardo, el príncipe Negro, cuando sólo tenía dieciséis años, mandó la división principal del ejército inglés en la batalla de Crecy. Cuando su padre le vió lanzarse en lo más recio de la batalla, dijo: «Que gane el muchacho las espuelas, y que el día sea suyo.» Al fin del combate le abrazó diciendo: «Querido hijo,

»Dios te ha concedido firmeza y perseverancia; eres mi »verdadero hijo, has cumplido, en este día, con entera »lealtad y has merecido una corona.» Diez años más tarde, á los veintiséis, el príncipe Negro ganó la batalla de Poitiers. Enrique V ganó, á los veintisiete, la victoria de Azincourt.

Varios de los más distinguidos gobernantes y generales franceses se han dado á conocer, igualmente, desde muy jóvenes. Enrique de Navarra era, desde los dieciséis años, el jefe reconocido de los hugonotes. A esta edad los mandó en las batallas de Jarnac y Moncontour. Después de la matanza de San Bartolomé, que aconteció cuando él tenía veintiún años, se puso, en persona, al frente de los calvinistas franceses y los mandó en una serie de arriesgados y empeñados combates.

A los veinticuatro ganó la batalla de Coutras, y poco después las de Arques é Ivry. La batalla de Arques la ganó Enrique con cinco mil hombres, contra el duque de Mayenne, que tenía veinticinco mil. Venció á su antagonista, sobre todo, por su energía y actividad juveniles. Decíase de él que empleaba poco paño fino, pero mucho cuero de botas, y que gastaba menos tiempo en dormir que el duque de Mayenne en comer. En cierta ocasión, como alguien ensalzase, en su presencia, la destreza y el valor de su rival, Enrique respondió: «Tie»ne usted razón; es un gran capitán, mas yo le llevo »siempre cinco horas de adelanto.» Enrique se levantaba á las cuatro de la mañana y Mayenne cerca de las diez.

Condé fué otro general francés joven muy notable. Fué tan hábil y tan afortunado, que mereció el sobrenombre de «el Grande». Ganó la batalla de Rocroi á los veintidós años, contra un ejército superior de españoles, y más tarde derrotó, sucesivamente, las tropas del emperador de Austria en Friburgo y Nordlingen; y nuevamente, al año siguiente, en Lens, en el Artois, todo ello antes de cumplir veintisiete años. Turena fué otro gran general, aunque no fué precoz en modo alguno. Verdaderamente, fué considerado, al principio, como un niño de cortos alcances, y aprendió lentamente y con dificultad. Pero, tenaz y perseverante, cuanto aprendía quedaba profundamente grabado en su ánimo. Cuan-

do se despertó en él la ambición hizo rápidos progresos. Turena fué llevado al ejército por su tío, el príncipe Mauricio de Holanda, que le hizo comenzar su aprendizaje militar llevando el mosquete como un soldado raso. Después de pasar por todos los grados subalternos, obtuvo una compañía que tardó poco tiempo en hacerse notar como una de las mejor amaestradas y disciplinadas del ejército. A los veintitrés años fué nombrado mariscal de campo, grado inmediato al de mariscal de Francia. El primer servicio importante que llevó á cabo fué el de dirigir la desastrosa retirada de Maguncia, en 1635. Protegió la retaguardia y mantuvo la disciplina con la mayor habilidad, valor y dominio de sí mismo. A los veintiséis años dirigió la ardua campaña de 1637, durante la cual tomó á Landrecies y Lure, y, por último, echó á los españoles al otro lado del Sambre. Durante el resto de su vida, Turena fué siempre reconocido como el más grande general de su tiempo, así en la edad madura como en la juventud. Fué muerto en la batalla de Salzbach, á los sesenta y cuatro años.

El mariscal de Sajonia fué criado en el ejército; á los doce años figuraba en el ejército de los aliados, delante de Lille. En el siguiente año le mataron un caballo en el sitio de Tournai, y tomó parte en la batalla de Malplaquet. A los veinticuatro años era mariscal de campo bajo el duque de Orleans. No llegó á ser mariscal de Francia hasta que cumplió cuarenta y siete años. Era sólo un hombre de guerra, pues respecto á su educación literaria no podía ser más limitada. Cuando la Academia Francesa propuso admitirle como miembro de la misma, lo que él rehusó con muy buen sentido, escribió á un amigo suyo: «Ils veule me fere de la Cademie; sela miret como une bage à un chas.»

Vaubán fué, naturalmente, inclinado al estudio de la fortificación, cuando seguía su carrera de soldado. Entró en el ejército, bajo el mando de Condé, á los diecisiete años, y estuvo con él en Clermont, en Lorena, mientras adelantaban las fortificaciones. Esta circunstancia dió dirección á sus estudios, que siguió con gran asiduidad. Durante su servicio activo en el campo, en el que desplegó gran bravura y llevó á cabo repetidos actos de

osadía á la vista del enemigo, preparó y compuso su gran obra sobre fortificación. Acabó el último de sus libros pocos días antes de su muerte, que aconteció cuando tenía setenta y cuatro años, cuando estaba encargado de la formación de un campo atrincherado que se extendía desde Dunkerque hasta Bergues. Además de sus notables trabajos sobre fortificación, dejó Vaubán nada menos que doce volúmenes en folio de manuscritos titulados *Oisiveté*. Era un hombre que no perdía un minuto y que aprovechaba todos los momentos.

Los dos grandes hombres de guerra suecos—Gustavo Adolfo y Carlos XII—eran ambos muy jóvenes cuando dieron las primeras pruebas de su talento militar. Gustavo subió al trono de Suecia á los diecisiete años. Apenas había empuñado las riendas del Gobierno cuando su nación fué invadida por Segismundo, rey de Polonia, que también aspiraba al trono. Al mismo tiempo fué atacada otra parte de sus dominios por el zar de Rusia. Pero Gustavo, al cabo de una guerra que duró nueve años, logró el triunfo sobre ambos, y además se anexionó á Riga y una parte de Livonia. Cuando la guerra se hallaba en su apogeo violaron los austriacos el territorio sueco. Esto dió lugar á una declaración de hostilidades y se siguió una guerra sangrienta. El ejército de Gustavo fué como el centro de reunión de los protestantes de Alemania oprimidos. El ejército sueco derrotó por completo á los austriacos, en las llanuras de Leipzig; y al cabo de una serie extraordinaria de batallas, murió Gustavo Adolfo en los campos de Lutzen, en el momento de la victoria, á los treinta y ocho años.

La carrera de Carlos XII fué todavía más notable, aunque su valor y sus dotes de mando viéronse deslucidos por su obstinación y su temeridad. Carlos subió al trono de Suecia á los quince años. Cuando cumplió dieciocho formaron contra él una liga el zar de Rusia, el rey de Polonia, el elector de Sajonia y el rey de Dinamarca, con el propósito de desmembrar á Suecia. Carlos embarcó inmediatamente su ejército, se hizo á la vela con dirección á Copenhague, sitió la ciudad y, en pocas semanas, obligó al rey de Dinamarca á pedir la paz.

Acto seguido volvió sus miras hacia Rusia, organizó y desembarcó su ejército de ocho mil hombres, marchó contra los rusos, que estaban sitiando á Narva, con un ejército diez veces más numeroso, y después de una sangrienta batalla, los derrotó por completo. Carlos tenía entonces sólo dieciocho años. Inmediatamente dirigió sus armas contra Augusto, rey de Polonia, y después de derrotar, repetidas veces, el ejército polaco, depuso á Augusto y puso otro rey en el trono. La ambición de Carlos subió de punto con tan maravilloso éxito. En vez de contentarse con el castigo que había impuesto á sus enemigos, aspiró á destronar al zar Pedro, su gran rival y enemigo. Cruzando el Niemen, venció á los rusos en Grodno y poco después en las orillas del Berezina. Desaparecieron sus enemigos, pero se acercó el invierno y cayó sobre él y sobre su ejército el mismo desastre de que fué víctima, más tarde, Napoleón. Sus tropas sufrieron frío, hambre, enfermedades y privaciones de todo género; y en tan miserable estado cayó sobre los suecos el zar, con doble número de excelentes tropas, en Pultawa, y los derrotó enteramente. El resto de la vida de Carlos fué una novela. Se refugió en Turquía, de donde se escapó al cabo de cuatro años; llegó, en dieciséis días, á Stralsund, en Pomerania; realizó una campaña contra Prusia, Dinamarca, Sajonia y Rusia, ligadas todas contra él; entonces huyó de Stralsund y llegó á Suecia después de una ausencia de quince años, próximamente. Levantó un ejército de veinte mil hombres, invadió á Noruega, unida entonces á Dinamarca, y después de varios triunfos, se vió cortada su carrera; pues mientras se hallaba inspeccionando las trincheras, en las cercanías de Frederichchall, á la que había puesto sitio, fué herido en la cabeza por una bala, y murió instantáneamente, á los cuarenta y siete años.

Federico el Grande de Prusia fué otro de los jóvenes ilustres en la historia. En su juventud era tratado con tal grosería y brutalidad por su padre, que asombra el que pudiese hacer, después, nada bueno. La falta de inclinación que mostró, desde muy joven, á los ejercicios militares y su afición á la literatura francesa, la música y las bellas artes, contrariaron, especialmente, á su pa-

dre, que lo puso en prisión, y hasta se dice que en sus últimos tiempos pensó en hacerle ejecutar. Pero la muerte del viejo salvaje, en 1740, colocó al joven Federico en el trono á los veintiocho años; en el año siguiente llevó á cabo una campaña contra Austria, y ganó la batalla de Mollwitz, que decidió del destino de Silesia. Dos años más tarde lo hallamos de nuevo en guerra con Austria, y victorioso en las batallas de Hohenfriedburg y Sorr, después de las cuales acabó, triunfalmente, la segunda guerra de Silesia, al cumplir los treinta y tres años. Pero la guerra de siete años, durante la cual dió las más relevantes pruebas de su genio militar, no comenzó hasta que él hubo cumplido cuarenta y cuatro años. Ganó la batalla de Rosbach, á los cuarenta y cinco; sus últimas grandes batallas fueron Zorndoff, cuando contaba cuarenta y seis, y Torgau á los cuarenta y ocho; después de lo cual su carrera militar fué relativamente nula. El fruto de sus campañas fué el engrandecimiento de su reino y el establecimiento de Prusia como potencia de primera clase en Europa.

Casi todos los generales de la Revolución francesa fueron jóvenes. Napoleón contaba solamente veinticuatro años cuando mandaba la artillería en el sitio de Tolón, cuya toma fué, sobre todo, debida á la habilidad con que dirigió las operaciones. A los veintiséis años dió y ganó la batalla de las Secciones, en las calles de París. En el año siguiente mandó, con gran fortuna, el ejército francés en su primera campaña de Italia, apoderándose de Milán y ganando la batalla de Lodi, que hizo á los franceses dueños de Lombardía. Entonces avanzó hacia el Sud de Italia, y volvió al Norte para oponerse al encuentro del viejo Wurmser, que se adelantaba desde el Tirol con un gran ejército. Mas el joven y activo general francés probó que era muy superior á su veterano contrincante, y le aventajó y derrotó en varias ocasiones. Como en el caso de Enrique de Navarra y del duque de Mayenne, Napoleón llevaba siempre cinco horas de adelanto á su viejo rival, y más tarde declaró que había vencido á los austriacos porque no conocían el valor del tiempo. Los viejos generales alabábanse de su gran experiencia profesional; pero esta experiencia se hallaba

como osificada en medio de máximas pedantes, y mientras ellos razonaban acerca del método más propio para dirigir la guerra, su brillante y enérgico contrincante los derrotaba repentinamente. Sólo podían deducir, en medio de sus argumentos, que no habían sido batidos conforme á las reglas.

Después de su corta campaña en Egipto, Bonaparte regresó á Francia, fué nombrado primer cónsul y cruzó de nuevo los Alpes para combatir con los austriacos, que invadían la Italia. A los treinta años ganó la batalla de Marengo; y el «hijo de la victoria» fué, tras una y otra victoria, reconquistando la Italia é invadiendo á Austria, Prusia y las provincias del antiguo imperio germánico. Al fin, vióse obligado á detenerse, por las nieves de Rusia. Mientras duró su juventud fué grande, mas cuando la edad fué avanzando, fueron disipándose su actividad y energía. Después de una larga carrera militar de cerca de veintitrés años, Napoleón fué, por último, completamente derrotado en los campos de Waterlóo, á los cuarenta y seis años. Los escritores franceses alegan que por esta época había tenido, en contra suya, la edad y la gordura, y que si no hubiera estado en el lecho cuando tenía que mostrarse activo y diligente, en la mañana del 17 de julio de 1815, inmediatamente después de la batalla de Ligny, hubiera derrotado á Wéllington, no auxiliado por Blúcher, y hubiera ganado la campaña de Bélgica. Por lo demás, fué batido, no por generales más jóvenes, sino por generales que habían madrugado más que él.

Los mejores generales de Napoleón fueron, en su mayor parte, jóvenes. Verdaderamente, las guerras de la Revolución francesa fueron una serie de derrotas de los generales viejos por los jóvenes. El brillante Hoche fué nombrado general en jefe del ejército del Mosela á la edad de veinticuatro años. Humbert era general de brigada á los veintiséis, Kleber y Lefèvre eran ambos generales á los veintinueve. Lannes era general de brigada á los veintiocho, y Víctor jefe de batallón á los veinticinco. Soult mandaba una brigada á los veintinueve. Saint-Cyr era general de división á los treinta. Murat obtuvo el mando de la caballería de Napoleón á los vein-

tinueve. Ney, «el infatigable», era ayudante general á los veinticinco y general de brigada á los veintisiete. Verdaderamente, uno de nuestros escritores militares insistía, recientemente, en que ningún general que no fuese joven y activo mandase en campaña, y en que no se entregase el mando de un gran ejército en los tiempos actuales á un hombre que tuviese más de cincuenta años. La historia moderna de Inglaterra presenta varios ejemplos de generales jóvenes. Al principio de muchas de nuestras guerras, nos han representado, por mar y por tierra, generales sin dientes y almirantes paralíticos; en cambio hemos sido derrotados empleando hombres en plena posesión de sus facultades físicas y mentales. Los dos generales más jóvenes, en los tiempos modernos, fueron el general Wolf y sir Juan Moore. Wolf obtuvo el grado de mayor de regimiento á los veintidós años, y fué encargado del mando de la expedición de Quebec á los treinta y uno. No obstante, Pitt, que lo había escogido para este puesto, no dejaba de experimentar una gran desconfianza acerca de su habilidad. (1) Por otra parte, Wolf concluyó su carrera con gloria, por la brillante toma de Quebec, á la temprana edad de treinta y tres años. Los progresos de sir Jorge Moore en su carrera, fueron más lentos que los de Wolf,

(1) Refiere el conde Stanhope una curiosa anécdota acerca del general Wolf, que, según él observa, «da una prueba evidente de lo mucho que se puede obscurecer y aminorar un espíritu elevado con modales torpes... Después del nombramiento de Wolf, y en el día que precedió á su embarque para América, Pitt, deseoso de darle verbalmente sus últimas instrucciones, le invitó á comer, siendo lord Temple el único convidado. A medida que avanzaba la noche, Wolf, exaltado por sus ambiciosos pensamientos y no acostumbrado á la compañía de los hombres de Estado, se condujo como un fanfarrón. Desenvainó su espada, dió con ella en la mesa, la blandió recorriendo la estancia, y habló de las grades hazañas que aquella espada había de llevar á cabo. Los dos ministros estaban asustados ante aquella exhibición tan extraña de un hombre de verdadero talento; y cuando, por último, Wolf se despidió de ellos y oyeron el ruido de su carruaje fuera, Pitt pareció por el momento vacilar mucho en la alta opinión que tenía formada acerca de Wolf. Alzó al Cielo sus ojos y sus brazos, y exclamó dirigiéndose á lord Temple: ¡Gran Dios! ¡en qué manos he entregado el destino de la nación y del gobierno! Lord Stanhope hace notar, en verdad, que la conducta extraordinaria de Wolf, en aquella circunstancia, confirma la propia declaración de Wolf, que no se mostraba bajo aspecto ventajoso en las circunstancias comunes de la vida, y prueba que en ocasiones la timidez puede lanzarse, como á un verdadero refugio, al extremo opuesto.»

aunque, como él, distinguióse por el celo con que se consagró al estudio de su profesión y el concienzudo trabajo mediante el cual intentó dominar sus varios detalles. Obtuvo el grado de general de brigada á los treinta y tres años, dirigió el desembarco, en Abukir, á los cuarenta y uno, y mandó la heroica mas desastrosa retirada de la Coruña, á los cuarenta y siete. Los oficiales franceses demostraron su admiración por este hecho, erigiendo un monumento sobre su tumba.

En la India ha sido, sobre todo, donde nuestros jóvenes soldados han tenido mayores oportunidades para distinguirse. Roberto Clive, estudiante desaplicado é incorregible, fué enviado á la India, como empleado en el servicio civil, á la edad de diecinueve años. No se distinguió como empleado, y luego de haberse atormentado y desesperado en Madras durante dos años, dejó el servicio civil por el militar, que fué, para él, mucho más ventajoso. Obtuvo el grado de alférez y entró en la carrera militar á los veintiún años, distinguiéndose en el sitio de Pondichery. El valor y la habilidad que puso de manifiesto llamaron la admiración de sus jefes, y fué propuesto para el ascenso. Cuando surgió la guerra en el Carnatic, Clive propuso un plan de operaciones que fué adoptado y él mismo fué encargado de sus ejecución. A los veinticinco años entró en campaña con un ejército relativamente insignificante, compuesto solamente de unos quinientos ingleses y cipayos, pero mandados por un genio joven é intrépido. Se apoderó de Arcot, batió á los franceses, mandados por un general veterano, y al cabo de una serie de batallas y victorias, puso feliz término á la guerra. Volvió á Inglaterra á los treinta años, trató de entrar en el Parlamento, pero fracasó en su intento y volvió á la India con objeto de continuar su carrera militar. Su primer servicio fué conquistar la fortaleza de Gheriah, nido de piratas; luego recobró á Calcuta, donde Sujah-u-Dowlah había encerrado á sus prisioneros en el «Agujero Negro», y su última proeza fué la toma de Chandernagor y la supresión del poder de los bárbaros nababs. Con un ejército de tres mil hombres, de los que tan sólo mil eran ingleses, dió y ganó la memorable batalla de Plassy, contra un ejército de cua-

renta mil infantes y quince mil caballos. Tenía sólo treinta y dos años cuando realizó esta última hazaña, digno coronamiento de su vida y que echó virtualmente los cimientos del poderío británico en la India.

Wéllington conquistó sus primeros laureles en el mismo campo. Este gran general no fué, en manera alguna, un niño precoz, pues su madre le miraba como un desaplicado, y le trataba con marcado desdén. (1) Hizo escasos progresos en Eton, donde era juzgado como soñador, perezoso y tímido. Sin embargo, tuvo que abrirse camino luchando. Uno de sus primeros combates fué con «Bobus», hermano de Sidney Smith, al cual dió una paliza. Mas no siempre consiguió el mismo éxito. Míster Gleig dice que fué vencido en toda regla por un joven herrero, aunque ambos fueron severamente castigados al poco tiempo. El herrero llegó á edad muy avanzada, y estaba altamente orgulloso de haber vencido al hombre ante quien había bajado la cabeza Napoleón y sus mejores generales. Wéllington no poseía ninguna habilidad especial; sin embargo, era aficionado á tocar el violín. No mostró grandes deseos de ingresar en el ejército, sino más bien parecía inclinado á la vida civil. Obtuviéronle un nombramiento en el 41 de infantería, é ingresó en el ejército, como alférez, á los dieciocho años. Diez años más tarde lo encontramos en la India como coronel del 33 de infantería. Su regularidad, laboriosidad, aplicación y cualidades de administrador, despertaron la admiración general por aquel tiempo. Habiéndose declarado la guerra en Maharatta, tuvo, al fin, ocasión oportuna de manifestar su capacidad militar. A los treinta y cuatro años dió y ganó la batalla de Assaye, con 8.000 hombres, de los que solamente 1.500 eran europeos, contra el ejército maharatta, compuesto de 50.000 hombres. Esta hazaña tuvo mucha más importancia que la llevada á cabo por Clive en Plassy. Según el mismo Wéllington, «había sido el más terrible hecho de armas que había tenido lugar en la India.» A los cuarenta años fué nombrado Wéllington jefe del ejército de Portugal, y dirigió esta campaña por espacio de cuatro

(1) *Vida de Wéllington*, por Gleig (ed. 1864), pág. 3.

años. A los cuarenta y seis venció en Waterlóo; la parte principal de su carrera militar, por lo que se refiere á su capacidad para el mando, se halla comprendida solamente en un período de unos doce años.

De los demás jefes ingleses jóvenes en la India, los más notables fueron Nicholson, Hadson y Edwardes. El último dió pruebas de la actividad y del valor de Clive, como igualmente de una pureza y una nobleza de carácter á que el otro tenía muy escasos derechos. Edwardes servía, como teniente, en la frontera de Sikh, á la edad de veintinueve años, cuando tuvo lugar la rebelión en Multán. Merced á la rápida concentración de las tropas que tenía á su disposición, Edwardes encontró y derrotó al Mulrajah, con enormes ventajas, en dos batallas campales, y le obligó á refugiarse en su ciudadela, á la que puso sitio, asaltó y tomó con gran rapidez y valor.

Aunque, como veremos más adelante, varios generales de fama florecieron al final de su vida, porque sólo entonces se les había presentado oportunidad para distinguirse, los generales jóvenes han mostrado, generalmente, en mayor grado, esas cualidades de prontitud, decisión, acción vigorosa y esfuerzo—ese completo é instantáneo dominio de los recursos físicos é intelectuales —que son naturales en un joven, y tan necesarios para el éxito de la guerra. La vista del joven tiene más agudeza para descubrir los puntos flacos del enemigo, y su brazo es mucho más pronto para herir. Un general viejo es más apto para esperar el ataque, confiando en la rutina y las reglas; su experiencia, osificándose en medio de la pedantería, que desprecia un hombre más joven, prevee que puede ganar batallas. Wurmser peleó conforme á las reglas, y fué vencido; Napoleón atropelló todas las reglas, y triunfó. Un general joven se forma por sí mismo sus reglas conforme á las circunstancias, que llega á dominar gracias al vivo instinto de la inteligencia y el genio. Napoleón mismo se vió, á veces, derrotado, á despecho de sus propias reglas—la constantemente repetida abrumadora fuerza de los batallones—alegando que los ingleses debieron haber sido vencidos

en Waterlóo, mas que no se dieron cuenta del momento en que habían estado derrotados.

Puede acontecer que un hombre no tenga oportunidad para distinguirse en la vida sino muy tarde; pero eso no impide que posea, en estado latente, las cualidades que ha de emplear para ello cuando la ocasión se presente. Lo que el hombre es capaz de hacer en edad madura es, en su mayor parte, el resultado de su preparación durante la juventud. No obstante, muchos de los más grandes genios no han llegado á los cuarenta años: en realidad, Gœthe ha expuesto la opinión de que pocas veces ó nunca adoptan los hombres una vida nueva y original después de haber llegado á dicha edad. Rafael, Mozart, Schubert, Rossini, Tasso, Keats, Shelley, Byron y otros, han llevado á cabo sus inmortales creaciones mucho antes de los cuarenta años. Shakespeare escribió el *Hamlet* hacia los treinta y seis años, y es dudoso que después haya hecho nada superior á esta obra. Muchos grandes hombres, no obstante haber llegado á edad avanzada, no hicieron en ella más que ejecutar las concepciones de la juventud. El descubrimiento de Colón tuvo su origen en las preocupaciones y estudios de la juventud. Newton descubrió la ley de la gravitación á los veintinueve años, y no realizó una nueva obra hasta los cuarenta y cuatro. Watt llevó á cabo su descubrimiento de la caldera de vapor á los treinta y dos, y consagró su edad madura á perfeccionar su invento.

La juventud es la primavera de la inspiración, de la invención, de los descubrimientos, de la labor y de la energía, y la edad viene á ordenarlo y armonizarlo todo. Todas las ideas nuevas son jóvenes, y nacidas, en su mayor número, en la juventud, cuando el alma está todavía despierta y llena de vida, pronta á descubrir nuevas verdades; y aunque pueden llevarse á cabo grandes cosas después de los cuarenta años, realizarse nuevos descubrimientos, escribirse nuevos libros, elaborarse nuevos planes, es dudoso, sin embargo, que el espíritu extienda y agrande sus dominios después de esa edad. Es, verdaderamente, muy cierto, lo que dice Montaigne, que: «Nuestras almas son adultas á los veinte años. El alma

»que á esa edad no ha dado pruebas evidentes de su po»der y energía, no las dará después.» Y añade: «En to»das las grandes acciones de la humanidad, que he oído »ó leído, cualesquiera que sean, he observado, así en los »tiempos antiguos como en los nuestros, que muchas »más se han realizado antes de los treinta años que des»pués; nuestras almas son, á los veinte años, lo que han »de ser después, y ya hacen esperar lo que han de poder »realizar: alma que á semejante edad no ha dado prue»bas evidentes de su energía, no las ha dado después.» Y más adelante añade: «De todas las hermosas acciones »humanas de que tengo conocimiento, de cualquiera »suerte que sean, creo que la mayor parte se han reali»zado, así en los siglos antiguos como en el nuestro, »antes de los treinta años; y esto se verifica con fre»cuencia hasta en la vida de un mismo hombre... La »mejor mitad de su vida la han pasado, ciertos grandes »hombres, disfrutando la gloria conquistada en su juven»tud; y fueron grandes en lo sucesivo, no con respecto »á sí mismos, sino comparados con los demás hombres. »Tocante á mí, estoy seguro de que, á partir de esa edad, »mi espíritu y mi cuerpo han disminuido, más bien que »adelantado. Es posible que los que emplean bien el »tiempo acrecienten la ciencia y la experiencia con la »edad; pero la vivacidad, la prontitud y otras cualida»des nuestras más importantes y esenciales, se agostan »y marchitan.» (1)

(1) *Ensayos de Montaigne*, lib. I, cap. LVII.

IV

ANCIANOS ILUSTRES

No debe llamarse viejos á aquellos cuyos cerebros soñadores mantienen sobre el pasado su imperio indivisible; en balde transcurren las envidiosas estaciones para el que lleva en su alma un estío eterno. — Dr. Oliverio Wendel Holmes

¡Oh horas más benéficas que el oro, merced á cuyo empleo benéfico prolongamos la vida, y libres de la espantosa decadencia de los años, sobrevivimos á la vejez!—Ana Seward.

No dejéis que se enfríe vuestro corazón, y lograréis que os acompañen la alegría y el amor en los sinsabores de la segunda centuria, si es que llegáis á vivir tan largo tiempo.—Dr. O. W. Holmes.

La alegría en la vejez la alcanzan sólo los que no han perdido la fe en todo lo bueno, la fuerza perseverante de la voluntad y del deseo activo de obrar. —Tourganief.

La paciencia todo lo alcanza. — Beaconsfield.

Después de la muerte de Goldsmith, dijo de él Jonhson, que «fué una planta que floreció tarde, y que cuando era joven no se observaba en él nada notable.» Los hombres son como las plantas; muchas florecen tarde. Las plantas que florecen más temprano son, á menudo, las que más pronto se marchitan. Las que más temprano se abren en el año son las anémonas, las ircóleas y las margaritas de las nieves. Después vienen los asfódeos, «que vienen antes que las audaces golondrinas, y cuya belleza acarician los vientos de marzo.» Las sua-

ves violetas los acompañan; la «violeta medio oculta á la vista por la piedra musgosa.» La cardamina, la campanilla y el lirio de los prados los siguen muy pronto. Se abren, en la juguetona primavera, llena de fuentes, yemas, pájaros, rosas silvestres y rayos de sol. La primavera comienza el 21 de marzo. Luego llega el verano, vigoroso y espléndido, en el que abundan las plantas y las flores. Las rosas principian en junio, se hallan en todo su esplendor en julio, y florecen hasta fines del otoño. Los crisantemos, las dalias y los girasoles cierran gloriosamente la estación. Sobrevienen los fríos del invierno, y con ellos el fin de las flores; aun entonces tenemos la rosa de Navidad.

Si bien los grandes hombres son, con frecuencia, anunciados por las promesas de su juventud, no siempre sucede así, pues muchos, como Goldsmith, florecen tarde. El vigor del cerebro humano varía con arreglo á los temperamentos. Unos son precoces y otros tardíos; unos sanguíneos y otros linfáticos. Algunos muchachos dotados de excelente naturaleza no hacen progresos en la escuela, ínterin otros que crecen con más precocidad los aventajan por completo. No obstante, los primeros pueden ser más fuertes y durables en su completo desarrollo, de la misma manera que la encina que tarda en crecer es mucho más fuerte y duradera que el alerce que crece rápidamente.

Aun hay quien afirma que los niños y las niñas que se distinguen por su vivacidad prematura, fracasan en la vida corriente, y sólo consiguen tener mala salud, y no salir de la medianía. Hazlitt juzga como una desventaja para los niños el distinguirse en la escuela. Asegura que «el que ha pasado por las gradaciones regulares »de la educación clásica sin hacer locuras, puede decir »que se ha salvado en una tabla.» (1) El grave y austero Crebillón, aunque dotado de excelentes cualidades, fué juzgado, en la escuela, como un «pícaro perezoso», y después de su salida del colegio pusieron en el registro, al lado de su nombre, esta nota: *Puer ingeniosus, sed insignis nebulo.*

(1) *Table Talk.* «Sobre la ignorancia de los sabios.»

Lord Cockburn, el célebre juez escocés, autor de la *Vida de Lord Jeffrey*, dice de sí mismo que jamás consiguió un solo premio, y una vez se quedó como alelado en el examen público anual de la Escuela Superior de Edimburgo. Su señoría tiene, en consecuencia, una buena palabra que dirigir á los malos estudiantes. «Las mis»mas facultades—dice,—que hacen á un niño ponerse »á la cabeza en una buena escuela, hacen, probable»mente, que ocupe un puesto elevado en la vida; pero »en las malas escuelas sucede, poco más ó menos, lo »contrario. Y hasta en las más racionalmente dirigidas, »la superioridad ofrece únicamente un destello de espe»ranzas para lo futuro. Los hombres cambian, y más »todavía los niños. Las distinciones de la Escuela Su»perior se desvanecen muy pronto y completamente en »la vida corriente, lo mismo por el ocaso de los lumina»res que han brillado en el cenit, que por la altura de »los que habían permanecido en el horizonte. Desde »entonces he desconfiado siempre de los que figuran á la »cabeza, y pienso que los que pasan por tontos ofrecen »mayores esperanzas.» (1)

Lord Cockburn demuestra que el interés del niño por las lecciones y sus progresos en la escuela dependen, en mucha parte, del carácter del maestro, y, principalmente, del carácter del niño mismo. Dice que él fué «embrutecido por un mal maestro», y lo mismo su amigo Jacobo Nasmyth, el ingeniero, como lo relata en su autobiografía. Estos malos maestros parecen desconocer por completo la naturaleza de la juventud y el carácter de los niños, sin otra concepción del arte de animarlos á aprender que el echar mano al látigo. Lord Cockburn dice que durante cuatro años que permaneció bajo el poder de su despiadado gigante «no pasaron, quizás, »diez días, en que no fuese azotado, por lo menos una »vez.»

Muchos niños de constitución robusta son, naturalmente, más inclinados á jugar que á aprender. Permanecer sentados y aprender las lecciones en el libro, es una cosa que repugna á su naturaleza. De aquí que

(1) Lord Cockburn. *Memorias de su tiempo*, págs. 11 y 12.

un muchacho enfermizo, dotado de gran memoria, y sin ninguna afición á los deportes, figurará, comúnmente, á la cabeza de su clase. Aunque puede conquistar premios, el otro conquistará lo que es aún más importante, una provisión de salud física; y de aquí se deduce claramente que la situación de ambos niños en la escuela resulta completamente cambiada en la vida corriente. Sir Guillermo Hamilton declaraba que los primeros premios se aplicaban tan asiduamente á las matemáticas, que llegaban á ser, poco menos que idiotas en los negocios de la vida; pero, como hemos visto en otro lugar, esto no ocurre siempre, y aun, á decir verdad, rara vez.

No se puede decir á qué grado puede llegar un niño poco despierto. Ha de dársele tiempo para desarrollarse. Sólo la experiencia puede llegar á revelar sus verdaderos gustos y simpatías. Puede suceder que sus padres le hayan puesto en un camino errado. Guido fué enviado á casa de un maestro de música, para ser músico; Benvenuto Cellini tocaba la segunda trompa, con su padre, en una banda de músicos; Guerchino fué aprendiz de albañil; Claudio de Lorena aprendiz de cocinero, y Molière de tapicero. Pero como tenían energías de carácter y una vocación decidida, abandonaron las profesiones á que sus padres los destinaban, y cada uno siguió su propia carrera. Claro es que tuvieron ayuda ajena. Así, el Giotto, el zagal de pastor, fué hallado por Cimabue dibujando una oveja con una piedra puntiaguda en un trozo de pizarra. Le sacó de su humilde condición, y le ayudó á consagrarse al arte. De igual modo, Canova reveló, por primera vez, su genio, modelando un león con un rollo de manteca, para el senador Falieri, de Venecia, y mediante la recomendación de este último fué admitido en el estudio de Bernardo Toretti, á quien no tardó en aventajar por completo.

Si bien los rasgos y disposiciones del niño presentan, á menudo, indicaciones de su futuro carácter, es imposible predecir lo que ha de ser el hombre futuro. El niño no siempre es el padre del hombre. No siempre se realizan las promesas que hace concebir, ni las predicciones de fracaso.

Un niño precoz puede llegar á ser un hombre me-

diocre, y una niña precoz una mujer vulgar; hasta el muchacho más torpe, de quien nada se puede esperar, puede llegar á ser un brillante explorador, guerrero, investigador ú hombre de ciencia. Aplíquese la vista al caleidoscopio de la biografía, y se observarán las más singulares transformaciones. Apenas creería uno encontrar en ese pobre hijo de minero, que va cantando por las calles de Erfurt, á Martín Lutero, el reformador alemán; ó en ese chico enfermizo y maltratado, que sirve cerveza en una taberna alemana, al filósofo y astrónomo Kepler, uno de los hombres más grandes de su época; ó en ese joven soldado, que emplea su juventud en batallas y sitios, al gran Descartes, uno de los pensadores más originales, que durante su existencia de guarnición concebía el proyecto de reformar el sistema completo de la filosofía humana. ¿Quién reconocerá en ese gitano de aspecto sombrío—calderero, soldado y racimo de horca—á Juan Bunyan, el autor del *Pilgrim's Progress?* En ese gentil, modesto y taciturno paje, puede verse al brillante pintor Pedro Pablo Rubens. Mas, ¿quién es ese jefe de granujas, ladrón de huertos, escalador de campanarios? ¡No es otro que el heroico y sagaz Clive, fundador del poderío británico en la India! Y, junto á él, ¿á quién vemos en ese dulce y pacífico huérfano, cuyo cuerpecito estrecha entre sus brazos el abate Prozart, besando la suave frente del niño? ¡Nada menos que á Maximiliano Robespierre!

El niño vivo y diligente realiza, á menudo, las promesas de su juventud, aunque por falta de aplicación puede llegar á ser un hombre enteramente nulo; mientras que el muchacho que no hace concebir ninguna esperanza, puede llegar al mayor grado de distinción y eminencia, sobre todo si posee aplicación paciente y perseverancia. Los muchachos fuertes y sanos son, naturalmente, más inclinados á los deportes al aire libre que á estar encerrados aprendiendo, y encuentran realmente aburrido el tener los ojos pegados á los libros y confiar á la memoria difíciles lecciones, mientras que su naturaleza aspira al aire libre y á la vida exterior. No obstante, como hemos visto, los niños se convierten, con frecuencia, en el reverso de lo que habían prometido

ser. ¿Quién esperaría hallar á San Agustín, «el doctor de la gracia», como ha sido llamado, en el joven voluptuoso de sus primeros años; ó á Teodoro de Beza, el elegante traductor del Nuevo Testamento en latín, en el joven conocido principalmente por sus versos libertinos y obscenos? Dos de los más jóvenes jugadores de Francia, llegaron á ser grandes Cardenales y hombres de Estado de su tiempo, Richelieu y Mazarino. (1)

Cuando los tres Boileau eran niños, su padre, Gil, el escribano, los describía del modo siguiente: «Aquí »está Gilito, que es un fanfarrón, y Jaco un calavera; »en cuanto á Colín, es un alma sencilla que no es capaz »de decir una palabra mala de nadie.» No obstante, Gilito el fanfarrón, obtuvo un puesto en la Academia Francesa; Jaco el calavera, llegó á ser canónigo en la Santa Capilla, y Colín fué, andando el tiempo, el gran poeta satírico, amigo de Racine, Molière y La Fontaine.

No se pueden tomar las esperanzas que hacen concebir los jóvenes en el colegio, como una prueba de lo que son capaces de realizar, cuando sus facultades hayan llegado á su completa madurez y desarrollo.

Las inteligencias exigen, lo mismo que los campos, que las den algún descanso; á la verdad, el exceso en las cosechas acaba por empobrecerlas para largo tiempo. Eduardo Hide, lord Clarendon, no era, en modo alguno, laborioso en su juventud. Aprendió muy poco en el colegio, empleando el tiempo especialmente en compañía de jóvenes alegres y disipados. Sólo después de casarse, y cuando se vió afligido por la pena que le produjo la muerte de su esposa, se aplicó, con mucha asiduidad, al estudio de las leyes y de la literatura, llegando á conquistar una gran reputación.

---

(1) Los que conocieron después la calma de Mazarino durante los críticos trances de su carrera, recuerdan la igualdad de ánimo con que soportó en la juventud una época prolongada de mala suerte en la mesa de juego. Acostumbraba á decir que, para el hombre espléndido, el Cielo es un tesoro; y ciertamente él solía sacar de él todo el partido posible. En cierta ocasión perdió cuanto poseía, excepto un par de medias de seda; las empeñó para conseguir algunas monedas, á fin de buscar su desquite. Su confianza se vió recompensada, y acto seguido logró recuperar el resto de su guardarropa.—*Revista de Edimburgo.* Enero, 1866.

El obispo Warburton, fué considerado como un muchacho completamente imbécil; uno de sus maestros decía de él: «Es el más negado de todos los escolares negados.» Warburton, no obstante, tenía fe en sí mismo. «Conozco perfectamente—decía á un amigo que le »tachaba de indolente y falto de inventiva,—lo que us»ted y otros piensan acerca de mí; pero creo que, más »tarde ó más temprano, llegaré á convencer al mundo »de que no soy tan ignorante ni tan falto de seso como »se cree.» Cuando escribió y publicó su *Legación Divina*, su primer maestro apenas podía creer que obra tan importante procediese de un discípulo tan cerrado de cascos.

El mismo reverendo míster Maltus, hombre de talento original, cuando estaba en Cambridge, se distinguía, sobre todo, por su afición á pelear por el simple gusto de pelear. El doctor Paley era aún un ejemplo mucho más notable de la contradicción que puede haber entre las obras del hombre en su edad viril y los desfavorables augurios á que suele dar lugar en su juventud. Aunque sus padres se hallaban en circunstancias no muy ventajosas, y él tenía que trabajar para abrirse un camino en el mundo, Paley era uno de los jóvenes más perezosos y disipados durante los primeros años de su permanencia en Cambridge. Se quedaba en la cama hasta el mediodía, y empleaba la mayor parte del tiempo en las ferias, visitando á los cómicos ambulantes y los teatros de títeres. Fué repentinamente sacado de aquella especie de embotamiento y frívola vida, por uno de sus compañeros, rico y disipado estudiante, que, llegándose á su cama una mañana á las cuatro, le despertó con violencia, increpándole en esta forma: «¡Qué loco eres! »Yo tengo medios para ser disipador y no logro ser pe»rezoso. Tú eres pobre y tus medios no te lo permiten. »Yo no podría hacerlo aun cuando me empeñase en ello. »Tú eres capaz de hacerlo todo y de llegar al grado más »eminente. Toda la noche me ha tenido en vela este »pensamiento, y he venido solemnemente á exponér»telo.» Esta amonestación tan singular como inesperada,

cambió, por completo, la dirección de la vida de Paley. Formó resoluciones que no se le habían ocurrido hasta entonces. En vez de permanecer, como un holgazán, en la cama hasta mediodía, decidió levantarse á las cinco. Puso en práctica estas resoluciones, trabajó de firme, y al fin del año obtuvo el primer premio de matemáticas.

Nicolás Breakspeare fué sacado del colegio por haber sido reprobado en el examen de mitad de curso; pero estaba dotado de gran inteligencia y perseverancia, y aplicándose nuevamente al estudio con gran empeño, subió por grados hasta las más grandes dignidades, y por último fué elegido Papa con el título de Adriano IV, único inglés que ha logrado alcanzar tan alta dignidad. En época mucho más reciente, Nassau Senior, cuando se presentó á examinarse en Oxford, recibió igualmente calabazas; pero se decidió á salir triunfante, se aplicó enérgicamente al estudio, y seis meses después de su derrota obtuvo los mayores premios que podían conferir los examinadores.

Dryden no se distinguió tampoco ni en la escuela ni en el colegio. Mejor dicho, se distinguió notablemente por sus irregularidades. Cuando á eso de los treinta años fué á Londres pobremente vestido, las necesidades, mejor que el natural impulso, le obligaron á lanzarse al mar de la literatura. Durante diecisiete años se mantuvo escribiendo para las tablas, después de lo cual, desde los cincuenta hasta los sesenta y nueve años, produjo las grandes obras que le han hecho célebre. Solamente al declinar de su vida desplegó la energía y el fuego de la imaginación que se consideran generalmente como característicos de la juventud.

Swifs, á semejanza de Goldsmith, «fué una planta tardía en florecer.» No se distinguió absolutamente en nada, mientras estuvo de estudiante en el colegio de la Trinidad, de Dublin, y sólo obtuvo el grado de bachiller en artes, por gracia especial. Excepto algunos ensayos poéticos prematuros, dió pruebas de gran valor intelectual. Su primer folleto sobre *Disensiones en Atenas y Roma*, vió la luz cuando tenía treinta y cuatro años,

y no llamó la atención. Tres años más tarde apareció su *Tale of a Tub*, y al fin llegó á ser famoso.

Goldsmith era un muchacho de los más torpes. Era juzgado como estúpido, indolente y duro de cascos. En francés le hubieran llamado *un ètourdi*. Su aspecto desgarbado hizo de él la cabeza de turco de su escuela, y le pusieron por apodo *Esopo*. Fué enviado al colegio de la Trinidad al cumplir los diecisiete años, pero hizo pocos progresos. Fué graduado á los veintiuno, saliendo *cuchara de palo*, ó sea el último de los que obtuvieron el grado de bachiller en artes, de su promoción. Pasó á Edimburgo y estudió medicina. Después fué á Leyden, la famosa escuela de Medicina, y por último viajó por Europa y se ganó la vida tocando la flauta. A los veintiocho años se estableció en Londres, donde primeramente estuvo empleado en una botica; después entró como pasante en una escuela; á los treinta se presentó en el Colegio de Cirujanos en época en que los exámenes eran muy fáciles, mas fué reprobado. Entonces se hizo autor por fuerza. «Se le cerraron las puertas del Colegio de »Cirujanos, dice Fórster, pero se le franquearon tardía»mente las de la montaña de la belleza.» A los treinta y seis años publicó *The traveller (El viajero)*, que había empezado algunos años antes; escribió también *The Vicar of Wakefield (El vicario de Wakefield)*, que Johnson vendió á Newberry con objeto de salvar á Goldsmith de la prisión y á partir de este momento comenzó su fama. *The deserted village (La aldea desierta)* no lo publicó hasta los cuarenta y dos años. Goldsmith fué más bien objeto de risa durante su vida. Walpole le llamó «un imbécil inspirado». Johnson, que fué siempre su amigo, decía de él: «No he visto hombre más loco »cuando no tiene la pluma en la mano, ni más cuerdo »cuando la tiene.»

Carlos Jacobo Fox, decía á sir Josué Reynolds, que *The traveller* «era uno de los más delicados poemas escritos en inglés.» (1) No obstante, no era un poema de pasión, sino de experiencia y de reflexión. Era en ver-

(1) *Vida de Johnson*, por Boswell, cap. LXIII (editado por Croker)

dad, como el mismo Goldsmith expresó en la primera línea de su poema: «reconcentrado, falto de amigos, triste é indolente.» Los poetas apasionados, en su mayor parte, han escrito temprano y han muerto jóvenes, como Keats, Shelley y Byron; en tanto que los poetas intelectuales, como Milton, Gœthe y Wordsworth han escrito tarde y han llegado á una edad avanzada. Byron, por lo demás, no fué en modo alguno un niño precoz. Cuando, por una buena respuesta casual, fué puesto á la cabeza de su clase, el maestro parece que le dijo: «Vamos, Geordie, veremos cuán poco tardas en estar otra vez á la cola.»

Algunos poetas jóvenes han debido su inspiración á un enamoramiento. Juan Evald, el distinguido poeta dinamarqués, era muy aficionado á la lectura, cuando niño. Sus libros predilectos eran *Robinsón Crusoe* y *Tom Jones*. El primero le hizo enamorarse del mar y de la vida marítima, y abandonó su casa á los trece años para pasar á Holanda, desde donde esperaba embarcarse para Batavia. Pero fué descubierto y fracasó su plan. Volvió á Copenhague y se dedicó á llenar su mente con la mitología y las fábulas del Norte. De pronto, se enamoró locamente de una joven, y describió su pasión con los más brillantes colores; pero la joven se casó con otro y le dejó entregado á su dolor. Entonces decidió hacerse soldado y se incorporó al ejército prusiano. Después de varias aventuras militares, volvió á Dinamarca, hallándose aún su ánimo lleno de tristeza á causa del fracaso de su primer amor. La simpatía nace frecuentemente de la aflicción, y las dificultades y desengaños son con frecuencia precisos para despertar las más elevadas facultades del hombre. Eval se consoló con la poesía. Escribió varias obras llenas de elevación, pero su obra maestra, *Balder's Dód* (*La muerte de Balder*) es juzgada como superior á cuantas se han publicado en lengua dinamarquesa.

Steele y Coleridge fueron ambos soldados en su juventud. Después de estar en el colegio Merton de Oxford, Steele se alistó como soldado raso en los guardias; mas el coronel del regimiento, después de cerciorarse de su mérito, le propuso para alférez. Luego pasó á man-

dar una compañía. Steele se distinguió notablemente en el ataque del castillo de Namur, lo mismo que en el sitio de Venloo. Dejó el ejército á los treinta años y empezó á escribir comedias para el teatro. Más tarde dió á luz *The Tattler (El Hablador)*, y fué el principal colaborador de este periódico lo mismo que de *The Spectator (El Espectador)*.

Coleridge dice que permaneció desde los diez años hasta los dieciocho en una espantosa escuela en Londres. Era ésta el hospital de Cristo, aunque debió ser un gran placer para él el contar entre sus compañeros á Carlos Lamb. «Mi naturaleza, dice él mismo, era con»centrada, inclinada al mal y poco comunicativa. A los »catorce años me sentía constantemente atacado de una »fiebre lenta.» Hizo grandes progresos, no obstante, en los conocimientos clásicos, y antes de los dieciséis años tradujo los himnos de Sinesio en anacreónticos ingleses. A los diecinueve ingresó en el colegio de Jesús de Cambridge, obtuvo el primer premio por una oda griega y se distinguió mucho haciendo oposición al *Craven Scholarship*. Mas no estuvo mucho tiempo en Cambridge. En el curso del segundo año abandonó de repente la Universidad en un acceso de desesperación. Se enamoró locamente y su ardiente pasión no fué correspondida. Después de andar vagando por Londres en la última escasez, se alistó en el 15.° de dragones con el nombre supuesto de Comber-Catch. Uno de los oficiales que accidentalmente descubrió sus conocimientos clásicos, consiguió librarle del servicio de las armas. «Hay ocasiones, »decía Coleridge á un amigo, en que comparo mi vida »á la de Steele (¡cuán diferente es, no obstante!) por »haber escrito también, «soldado raso», después de mi »nombre, ó mejor dicho de otro nombre; por lo cual, »habiéndome preguntado mi nombre de repente, ha»llándome distraído, respondí: Cumberback (que monta »mal á caballo); y verdaderamente mis hábitos eran »tan poco ecuestres, que no dudo que mi caballo opinase »lo mismo.»

Coleridge volvió á Brístol y entró en tratos con el editor Cottle. Dió á luz su primer volumen de poemas á los veinticuatro años; el segundo, *Lyrical Ballads*

(Baladas líricas), en colaboración con Wordsworth, cuando contaba veintiséis y su colaborador veintiocho. El *Ancient Mariner (El Viejo Marinero)* y la primera parte de *Christabel*—que es la más delicada de sus obras de imaginación—fueron escritas un año antes de su publicación, es decir, cuando Coleridge tenía veinticinco. Su tragedia *Remorse (Remordimiento)* fué también escrita por el mismo tiempo. Dejó casi por completo de escribir poesías, y escribió para la prensa—sobre todo para el *Morning Post* y *Courier*—después de lo cual se dedicó á escribir artículos de crítica sobre metafísica, poesía, drama y bellas artes, siendo á la par un gran conversador y monologuista. Wordsworth, el poeta del sentimiento, de la observación y de la inteligencia, escribió su *Excursión*, en la que su genio se eleva á la mayor altura, cuando tenía veinticuatro años; mas prosiguió escribiendo casi hasta su muerte, que ocurrió á los ochenta años.

No acontece, precisamente, como se ha pretendido á veces, que los cerebros precoces se agoten prematuramente y que los niños listos fracasen en la vida ordinaria. Algunos de los jóvenes más precoces han figurado entre los ancianos más ilustres. Wordsworth empezó á escribir versos cuando estaba en la escuela y continuó escribiendo hasta los ochenta años. Metastasio era muy precoz, escribió versos á los diez años, y publicó su tragedia de *Giustino* á los catorce. Vivió hasta los ochenta y cuatro, y escribió poesías y dramas hasta el fin de su vida. Pallisot, tan enfermizo en su niñez, se graduó en artes á los doce años y fué bachiller en teología á los dieciséis. Contrajo matrimonio á los diecinueve, y llegó á ser padre de familia y autor de dos tragedias; á los ochenta, á pesar de su actívisima y agitada vida, estaba aún lleno de salud y de fuerza.

Es verdad que hay precocidades que se malogran como lo prueban los ejemplos que siguen: el hijo de lord Chesterfield podía hacer un tema en tres lenguas cuando era niño, y una vez hombre fué simplemente un cero á la izquierda; Guillermo Croth y Carlos Wesley, músicos precoces, no pasaron jamás de ser una medianía; Schubart, el amigo de Schiller, que hizo concebir

tantas promesas, acabó muy mal; (1) Monk Lewis, que escribió su *East Indian* á los dieciséis años, y su *Monk* (Monje) á los veinte, hizo muy poco en lo sucesivo para mantener su reputación de joven; sir Jacobo Mackintosh, tan brillante cuando niño, fué toda su vida «un hombre que promete»; (2) y el poeta Clough, cuya reputación entre sus compañeros de colegio fué mayor que la que más tarde alcanzó como hombre. Al mismo tiempo debemos observar, que en la mayor parte de los casos de precocidad citados en las páginas precedentes, las promesas de la juventud se vieron en gran manera realizadas en la edad madura y aun en la anciana. Aunque Hændel compuso una serie de sonatas á los diez años, solamente al cumplir los cuarenta y ocho dió todo el fruto que podía esperarse de él. Tenía cincuenta y cuatro años cuando escribió *Israel en Egipto*; cincuenta y siete cuando dió á luz el *Mesías*; sesenta y siete cuando escribió *Jepte*, y setenta y cuatro cuando dió á luz *La adulación de los sabios* y *Sión yace ahora muerta* para la introducción de su *Judas Macabeo*.

---

(1) Daniel Schubart fué un prodigio y un genio en la escuela, pero acabó por ser el más vagabundo, turbulento y loco de los literatos de su tiempo. Carecía de hábitos de aplicación, de principios y de juicio. Estaba llamado á ser un gran poeta, autor, crítico y músico, pero no llegó á ser nada. Prostituyó los dones que había recibido; su genio degeneró en lividandad, y murió en la miseria. Carlyle ha dicho de él: «Schubart tenía un sentido perfecto de la belleza, del movimiento y de la verdad; su naturaleza era susceptible y ardiente; tenía un entendimiento vivo, una imaginación fogosa, y su memoria de hierro conservaba inalterables los productos de sus múltiples dones; mas no era asiduo, y carecía de abnegación. Sus conocimientos yacían en torno suyo como el botín de una ciudad saqueada. Al mismo tiempo se prodigaba en la prosecución de la primera idea que se le ocurría. Escribía á saltos; el *labor limæ et mora* era cosa desconocida para él. No obstante, sus escritos tienen gran mérito. Sus ensayos periodísticos abundan en felices y brillantes rasgos poco meditados. Sus canciones, exceptuando las que pertenecen al género devoto y teosófico, están con frecuencia llenas de naturalidad, de sinceridad y de verdad sencilla. De aquí la popularidad que muchas conservan todavía.» (*Life of Schiller*. Nota A. Edición de 1825).

(2) Las causas de este fracaso se hallan compendiadas por lady Holand en la Memoria dedicada á su padre el reverendo Sidney Smith. «Sir Jacobo Mackintosh, dice, vino hace pocos días, dejando olvidados aquí no solamente sus recuerdos, sino también su sombrero, libros, guantes, papeles y parte de su ropa, con su abandono característico. ¡Qué hombre hubiera sido éste, dijo mi padre, si hubiera tenido alguna bilis ó el más ligero conocimiento del valor del balduque! Como Curran dice de Grattan, hubiera podido gobernar el mundo.»

Casi todos los músicos ilustres han sido más ó menos precoces — Back, Hændel, Mozart, Beethoven, Wéber, Mendelssohn, Méyerbeer y Rossini—siendo muy escasos los ejemplos en que el genio músico no se ha manifestado temprano. Acaso la única excepción, y aun esa sólo en parte, es la de Spohr, cuyas obras han sido consideradas como las matemáticas de la música. Y, no obstante, debió consagrarse mucho al estudio del violín cuando joven, pues dió conciertos en este instrumento á los veintiún años. No empezó á componer hasta los treinta y un años, y á partir de esta época publicó varias obras importantes. Las más delicadas producciones del genio de Haydn, las produjo después de los sesenta años. Escribió su *Creación* cuando tenía sesenta y cinco, y sus *Estaciones* dos años después. Su última composición, el cuarteto (Op. 80), es tal vez la más original y más exquisitamente perfecta de las obras que salieron de su pluma. Rossini principió temprano tocando la segunda trompa á la edad de diez años en compañía de su padre. Compuso el *Tancredo* á los veintiún años, y más tarde dió á luz una larga serie de obras hasta que llegó á la última y más notable de todas, su *Guillermo Tell*, á la edad de treinta y siete años. Con ella creía haber terminado su carrera musical, pues escribió á un amigo: «Un éxito más no aumentaría gran cosa á mi fama, »mientras que un fracaso le perjudicaría en alto grado; »no tengo necesidad de lo primero y no quiero exponer»nerme á lo segundo.» No obstante, luego de haber descansado largamente, y á sus anchas desde los treinta y ocho, compuso su *Misa Solemne*, que algunos músicos consideran como su obra maestra, á los setenta y dos años.

En las dos artes hermanas, ó sea la pintura y la escultura, tenemos á Miguel Angel, á Leonardo de Vinci y al Ticiano, que fueron igualmente grandes en la juventud y en la vejez. Miguel Angel empezó su *Juicio final* á los cincuenta y ocho años y lo terminó á los sesenta y seis. Tenía ochenta y siete cuando construyó la cúpula de San Pedro. Aunque el Ticiano era un pintor célebre á los veinte años, siguió pintando hasta los noventa y nueve años, época en que murió víctima de la

peste. Cuando tenía setenta y siete concluyó su *Ultima cena*, en la que empleó siete años. Jacobo Francia figura entre los pocos artistas que sólo dieron pruebas de su genio en la edad madura. Contaba cerca de cuarenta años cuando la vista de una pintura del Perugino inflamó su ánimo é hizo que se decidiera á hacerse pintor.

Hobbes y Bentham, parecidos en el carácter, fueron igualmente grandes en la juventud y en la vejez. Siendo todavía muy joven tradujo Hobbes la *Medea*, de Eurípides, en versos latinos. Aprendió mucho y fácilmente, y antes de los veintiocho años era considerado como uno de los hombres más notables de su tiempo. A los cuarenta años publicó una traducción de Tucídides. A los cincuenta y cuatro escribió su obra *De Cive*, publicada primero en París en latín; y nueve años después desarrolló los principios que había expuesto anteriormente en dicho libro, en su célebre oda *Leviatán*, que apareció en inglés cuando el autor tenía sesenta y tres años. Tradujo la *Iliada* y la *Odisea* de Homero entre los setenta y los ochenta. Pope confiesa que su traducción «no resiste á la crítica.» No obstante, sir Guillermo Molesworth, que editó sus obras, piensa que «algunos lec»tores hallarán tal vez que el lenguaje descuidado y sin »pretensiones de Hobbes está más conforme con el ori»ginal que los encantadores y brillantes versos de Pope »y de sus colaboradores.» Vivió hasta los noventa y dos años, y casi hasta el fin de su vida no descansó un instante su pluma. El año antes de su muerte publicó *Behemoth*, ó sea la historia de las guerras civiles desde 1640 á 1660, obra verdaderamente notable.

Bentham fué probablemente un prodigio mayor, más grande todavía. Era enano de cuerpo (1) en la niñez y muy precoz en cuanto al entendimiento. Su padre estaba orgulloso de sus adelantos, y de tal manera fatigó su inteligencia con prematuros estudios, que es un milagro que sobreviviese á tal esfuerzo. Fué enviado á la escuela de Wéstminster á la edad de ocho años, á Ox-

(1) En aquel tiempo tenía yo unos dieciséis años; mas era todavía un verdadero enano. No tenía pantorrillas, y un tal míster Harris, cuáquero, me ofendió no poco preguntándome «adónde habían ido á pacer mis pantorrillas.»—Bowring, *Memoirs of Bentham*, pág. 47.

ford á los doce, é ingresó en el colegio de Derecho de Lincoln á los dieciséis. Presentado en todas partes por su padre como un prodigio, el joven acabó por aburrirse de la sociedad, y habiendo tomado aversión á las leyes, su padre (por fortuna para Jeremías) le dejó en libertad, desesperando de que pudiese llegar á ser nada jamás en la profesión de abogado. Entonces el joven Bentham se refugió en los libros. Despertó su atención la siguiente sentencia de uno de los folletos del doctor Priestley: «La mayor felicidad del mayor número», é hizo de ella el objeto exclusivo de su vida y de sus trabajos. A los veintiocho años publicó anónimo su *Fragment on government (Fragmento acerca del gobierno)*, que fué atribuido á alguno de los más grandes juristas de su época. Después escribió sobre religión, moral, jurisprudencia y sistema penitenciario hasta los ochenta y seis años; y sus libros han ejercido notable influencia en la legislación vigente, lo mismo en Inglaterra que en Francia.

Varios de los poetas más ilustres, no de los de pasión sino de los de imaginación é inteligencia, han producido sus mejores obras en el ocaso de la vida. Milton, que escribió su *Comus* á los veintiséis años, terminó su *Paraíso perdido* á los cincuenta y siete, y su *Paraíso recobrado* y *Sansón luchador* á los sesenta y tres. El precoz Pope, que compuso sus *Pastorales* á los dieciséis, escribió su sátira mordaz, *The Dunciade (La Dunciada)* á los cuarenta, y su *Essay on man (Ensayo sobre el hombre)* á los cuarenta y cinco. Pero Pope, mejor que un creador ó poeta en el verdadero sentido de la palabra, era un artista dotado de extensa cultura literaria, que poseía el talento de vestir los pensamientos ingeniosos de los demás con un lenguaje más enérgico y elegante. Crabbe, que también empezó á escribir versos en edad temprana, siguió mejorando, hasta que compuso su *Village* á los veintiséis, su *Borough* á los cincuenta y seis y sus *Tales of the Hall (Cuentos del Castillo)* entre los sesenta y los sesenta y cinco. Cowper no se dió cuenta de sus facultades hasta que hubo pasado en mucho de los treinta, y su *Task* no lo escribió hasta cerca de los sesenta. Sir Walter Scott tenía mucho más

de treinta años cuando publicó su *Minstrelsy*, (1) y toda su fama estaba aún por venir. Walter Savage Landor escribió y publicó su primer volumen de poemas á los dieciocho, y el último, *The Last fruit from an old tree* (*Ultimo fruto de un viejo árbol*), á los ochenta. También Gœthe proporciona otro ejemplo del prematuro desarrollo del genio y de su persistente conservación hasta la vejez; pues compuso comedias fantásticas en verso siendo muchacho; *Gœtz von Berlnchingen* lo dió á luz á los veintidós, y entonces, llegadas sus facultades á su pleno desarrollo, produjo su *Wilhem Meister* á los cuarenta y siete, la segunda parte de *Fausto* á los cincuenta y ocho, la segunda de *Wilhem Meister* entre los setenta y dos y los ochenta, y la tercera y última de *Fausto* á los ochenta y dos. Puede agregarse á estos nombres ilustres los de Cervantes y Voltaire; el primero de ellos empezó á escribir baladas y romances antes de los veinte años, pero había cumplido cincuenta y siete antes de dar al público la primera parte de su inmortal *Don Quijote*; el seguído escribió *Edipo* á los diecinueve y la *Enriqueida* á los veintidós, y después de haber publicado numerosas obras, escribía artículos para la *Enciclopedia*, entre los setenta y los ochenta. A los ochenta y ocho concurrió á la sexta representación de su tragedia *Irene*, y murió tres meses más tarde, luego de su regreso á Ferney.

Han existido poetas, aunque no de los de primera fila, cuyas facultades tardaron en desarrollarse, y que sólo lograron distinguirse en edad madura. Entre ellos figura La Fontaine. A los cuarenta y cuatro años no era casi conocido. Su educación no había sido muy esmerada; mas habiendo leído una oda de Malherbe, exclamó: «Yo también soy poeta.» Escribió, en consecuencia, poemas, pero con poco éxito. Fué Mariana Mancini, la sobrina del cardenal Mazarino, la que persuadió al poeta á que pusiese de manifiesto, en la composición de las fábulas, su gracia y su vigor poético. Siguió el parecer de esta señorita, y precisamente se ha hecho célebre á causa de sus fábulas. A los sesenta y tres años

(1) Arte de los juglares.

ingresó en la Academia como sucesor de Colbert, triunfando de Boileau, el candidato rival. Murió á los setenta y cuatro.

Krilov, que ha sido llamado el La Fontaine ruso, después de escribir sin éxito algunas óperas y tragedias, solamente se dió cuenta cerca de los cuarenta años del verdadero carácter de su genio; sus fábulas, semejantes á las de La Fontaine, le conquistaron extraordinaria popularidad. Luego de escribir unas doscientas de ellas, consiguió una pensión del emperador, y cayó entonces en una especie de indolencia y letargo. De este estado salió merced á la apuesta que hizo con uno de que era capaz de aprender el griego. A la edad de sesenta y ocho años se aplicó á aprender dicha lengua, que llegó á dominar después de dos años; y hasta el fin de su vida, ó sea hasta los setenta y seis, se complació en leer los poetas griegos en su lengua original.

Holberg, uno de los más grandes poetas dinamarqueses, no dió muestras de talento poético hasta después de los cuarenta años, y entonces asombró y deleitó á sus compatriotas con su sátira de *Peder Paars*, obra maestra del género heroico-cómico. Wóndel, el poeta nacional de Holanda, era bonetero. Aprendió latín á los treinta años, y esto tuvo por efecto mejorar su estilo poético. Su obra maestra, *Gijsbrecht*, fué escrita á la edad de cincuenta años. Su *Lucifer* ha sido comparado con el *Paraiso perdido* de Milton.

No obstante, todos estos casos pueden considerarse como excepcionales; pues casi todos los grandes poetas han dado claras señales de su genio en edad temprana. «En general—ha dicho Macaulay,—el desarrollo »de la imaginación guarda la misma relación con el de»sarrollo del juicio, que el desarrollo de una muchacha »con el de un muchacho. La imaginación alcanza en »un período más temprano la perfección de su belleza, »de sus facultades y de su fecundidad; y así como ma»dura más pronto, se marchita también más rápidamen»te. Rara vez ocurre que la imaginación y el raciocinio »se desarrollen al mismo tiempo. Más rara vez aún su»cede que el raciocinio se desarrolle antes de la imagi»nación.»

Cuando la constitución física llega á su pleno desarrollo no permanece largo tiempo en dicho estado, sino que empieza á declinar gradualmente. Verdaderamente, desde el día en que empezamos á vivir puede decirse que empezamos á morir, ahondando nuestra sepultura con nuestros dientes. En la juventud hay cambio y crecimiento; en la edad madura hay cambio y decadencia. Cuando hemos llegado por completo al punto más alto comienza el descenso. Gradualmente van disminuyendo la energía y ardor de los anhelos, sentimientos, pasiones y fantasía. Pero el entendimiento sigue creciendo constantemente á medida que se acumulan los conocimientos. El poder de los sentidos disminuye, y el que resta se emplea con mayor economía y, generalmente, para objetos más nobles. Los brillantes sueños de la juventud han desaparecido, y con ellos el entusiasmo y la energía. El hombre se ha enfriado; razona más sobriamente y le sirve de guía la experiencia mucho más que en los primeros años. Sus órganos, así corporales como intelectuales, participan de la decadencia. Son menos ágiles, impresionables y vigorosos. El cerebro, lo mismo que el cuerpo, se va agotando y endureciéndose. El hombre no ve ya el lado brillante de las cosas, y soporta con menos alegría la adversidad. Según las palabras del poeta persa: «La edad tiende á aguzar las espinas y á marchitar las flores de la vida.»

Durante el período de la madurez, ó como la denomina míster Nasmyth en su autobiografía «la meseta de la vida», esto es, entre los treinta y los cincuenta años, las funciones del cuerpo se hallan en pleno desarrollo y el entendimiento se halla en el más alto grado de actividad y de energía. Durante este período se producen las creaciones más grandes y más llenas de madurez del genio. Ha dicho Macaulay que «de todos los buenos libros que existen en el mundo, más del noventa y cinco por ciento han sido publicados después que sus autores llegaron á los cuarenta años.» Esto tal vez sea demasiado aventurado, como veremos después. A juzgar por lo que llevamos dicho, la aptitud para el trabajo varía según la constitución y el temperamento. La poesía y el arte alcanzan sus mayores triunfos en la juven-

tud, y la historia y la filosofía en la edad madura. Los libros más inspirados son, generalmente, los que han sido concebidos en edad temprana. Pero en las ramas mucho más sólidas de la literatura y de la filosofía ocurre lo contrario. El hombre no puede acumular la enorme masa de hechos necesarios para una gran historia hasta que se halla relativamente muy avanzado en el camino de la vida. De aquí que la mayor parte de los grandes historiadores han sido hombres que habían pasado la cumbre de la vida.

Míster Quetelet, el gran estadista, ha formado un cuadro que muestra el desarrollo del talento dramático, el cual crece y declina en relación á la edad. Por término medio, comienza á desarrollarse á los veintiún años. Entre los veinticinco y treinta se desarrolla y crece en vigor. Sigue creciendo hasta los cincuenta ó cincuenta y cinco, y entonces declina sensible y rápidamente, á juzgar por las obras de los autores más célebres. Se ha observado, también, que el talento trágico se desarrolla más rápidamente que el cómico. (1)

Por otra parte, esta regla estadística tiene numerosas excepciones. Abundan los ejemplos de personas, aun de débil cuerpo y delicada salud, que han conservado hasta en la vejez el genio de la juventud. Parece que vuelve á ellos la inspiración, brilla de nuevo la luz en sus ojos y el fuego del alma arde bajo su arrugada frente: «Hasta en sus cenizas arde su fuego peculiar.»

Varios de los frutos de la edad avanzada han sido mucho más sabrosos que los de la juventud. La *Odisea* fué producida por un anciano ciego, pero este anciano era Homero. Bossuet contaba, próximamente, sesenta años cuando compuso y pronunció sus más brillantes oraciones. Milton estaba casi «helado por los años» cuando describió los amores de Adán y Eva en el Paraíso. Locke encontrábase activamente empleado en trabajos literarios hasta pocos días antes de su muerte, ocurrida á los setenta y tres. Poussin, el pintor, contaba setenta cuando pintó su gran cuadro de *El diluvio*. West pintó

(1) Reveillé-Parise: *Physiologie des hommens livrés aux travaux de esprit*. I, págs. 232 y 233.

su última obra, que pasa por la mejor, *La muerte en el caballo pálido*, á los setenta y nueve.

Si no se tienen en cuenta las facultades imaginativas, hallamos casos muy numerosos de torpeza en la juventud y de tardío desarrollo en la edad viril. ¿Qué hubiera podido augurarse acerca de la juventud estéril de Bunyan, mal hablado, calderero, perverso, y racimo de horca, el autor de la maravillosa alegoría *The Pilgrim's Progress*, tan pródiga en vigor, pasión y belleza? Pero el viento del genio sopla donde le agrada. En el caso de Bunyan, las dificultades mejor que los auxilios, y la obstrucción mejor que el aliento, parecen haber sido sus más enérgicos auxiliares. Macaulay, uno de los jueces más competentes, asegura que «aunque hubo muchos »hombres inteligentes en Inglaterra durante la última »mitad del siglo XVII, sólo dos poseyeron en grado realmente eminente una imaginación creadora. Uno de ellos produjo el *Paraíso perdido* y otro *The Pilgrim's Progress* (*El viaje del peregrino*).

El caso de Whitfield es quizás más notable. Un joven ladrón, enemigo de la instrucción y rematadamente perverso como él mismo lo confiesa, sin tener á la vista más que los malos ejemplos de la taberna de su madre, llegó, no obstante, á ser uno de los predicadores de más poder y éxito. No hacía concebir mejores promesas la primera edad del reverendo John Newton, el amigo de Cowper. A los diecinueve años fué alistado por un reclutador de la marina y embarcado en un buque de guerra. Fué azotado y degradado por su mala conducta. Después se hizo labrador en una hacienda en el Africa Occidental, donde casi le mataron á fuerza de malos tratos. Pero sus sufrimientos, auxiliados por el recuerdo de las primeras enseñanzas y del ejemplo de su madre, ablandaron su corazón y le hicieron llegar á ser otro hombre. Habiéndose librado de la esclavitud, consagró sus ratos de ocio á ennoblecer y cultivar su inteligencia, aunque durante cuatro años fué patrón de un barco negrero. El tedio frecuente que le inspiraba esta ocupación atormentaba su ánimo, y le hizo decidirse á dejarla. Cuando volvió á Inglaterra, se aplicó al estudio con la mayor diligencia, adquirió el conocimiento del

latín y del francés, y á la par realizó grandes progresos en griego, hebreo y siriaco. Al fin obtuvo la ordenación episcopal, y fué nombrado para el curato de Olney. Allí trabajó con éxito cerca de dieciséis años, durante los cuales se hizo amigo íntimo del poeta Cowper, en colaboración con el cual compuso y dió á luz los célebres *Olney Hymns* (*Himnos de Olney*). A los ya citados puede agregarse el notable caso de Ricardo Baxter, sobrino del célebre ministro no conformista, que no sabía leer á los dieciocho años, y sólo hablaba el dialecto del país de Gales. Pero habiéndose despertado su inteligencia, se dedicó, con diligencia, á aprender, y en pocos años llegó á adquirir gran renombre como estudiante. Fué nombrado, posteriormente, maestro de la *Mercer's School*, en Londres, y desempeñó este importante cargo con gran brillo, durante cerca de veinte años. Fué un gran autor, especialmente en latín, en antigüedades. Su edición de *Horacio* fué juzgada, durante mucho tiempo, como la mejor, y adquirió tal renombre en el extranjero que fué reimpresa por Gésner, en Leipzig, con notas adicionales.

Alejandro Humboldt no adelantó gran cosa en la escuela; era irresoluto y atrasado, y sólo en los últimos años, cuando empezó á desarrollarse su inteligencia, adquirió grandes conocimientos por pura fuerza de voluntad y de aplicación. Cuando Diderot era niño, le consideraba su familia como un perdido; sin embargo, llegó á ser la gloria de la misma. Buffón no fué, tampoco, un prodigio en su juventud. Su inteligencia se iba formando lentamente y era igualmente lento en reproducir lo que había adquirido. Madama Necker atribuye el desarrollo del talento de Buffón á la curiosidad y al orgullo. Dice de él: «No quería que ningún hombre hi»ciese comprender lo que él mismo no comprendía, ni »ignorar nada de lo que podía saber, fuera en el género »que fuese.» Pero, sea cualquiera el motivo, no cabe duda de que sólo adquirió su fama merced á una labor extraordinaria y perseverante. También Fresnel, el filósofo naturalista, fué en la escuela muchacho de muy pocos alcances. Pasaba «por ser *cualquier cosa*.» Con gran dificultad aprendió á leer; y sólo después de haber

cumplido los veinticinco años, dió algunas pruebas de habilidad; á partir de sus descubrimientos sobre la luz y sus leyes, progresó como el primero, con rapidez sin igual. Estos descubrimientos los llevó á cabo entre los veintinueve y treinta y ocho años.

Pestalozzi era muy torpe en su juventud. Adelantó muy poco en la escuela. Era tan poco hábil que sus compañeros le llamaban «Enrique el simple.» Era duro de cascos é incapaz, y fué, largo tiempo, menos que mediano. En la ortografía y en la escritura fué declarado completamente nulo. No obstante, andando el tiempo llegó á ser predicador. Perseguido por su torpeza nativa, se quedó cortado en su primer sermón, y, esforzándose inútilmente por remediar su confusión, prorrumpió en una carcajada. Esto, naturalmente, no debería hacerse nunca. Y, no obstante, cuando entró en su verdadero camino demostró que era uno de los más ilustres y sabios profesores, y fundó el sistema de educación pestalozziano.

El último historiador de la Revolución francesa, y presidente de la República, Thiers, distinguióse como *calavera* en el Liceo de Marsella. Su pasión eran, principalmente, los confites y las manzanas verdes. Vendía sus libros para satisfacer sus caprichos. Constantemente estaba haciendo diabluras que le constituyeron en el héroe de sus camaradas y en el terror de sus maestros. Cierto día untó con cerote de zapateros una de las sillas, á la que quedó adherido fuertemente el maestro y produjo un escándalo en la clase. Fué encerrado en el calabozo, y al fin le amenazaron con expulsarle. Como sus padres eran muy pobres, la amenaza le hizo enmendarse. Tornóse obediente y aplicado, y durante el resto de su vida escolar figuró, generalmente, á la cabeza de su clase, logrando alcanzar los primeros premios. Todo el mundo conoce la carrera que hizo más adelante.

Honorato de Balzac, cuando le pusieron en la escuela, se mostró tan perezoso y desobediente, que tuvieron que trasladarle á un colegio particular, donde adelantó muy poco. Fué colocado en casa de un notario en

París; aunque Michelet dice que empezó á trabajar como tipógrafo y librero. Sea como quiera, comenzó á escribir para los periódicos, y entonces se dedicó á escribir novelas. Pero pasaron bastantes años antes de que *Piel de zapa* llamase la atención del público hacia su especial talento, y poco después llegó á ser el novelista predilecto del público.

Dumas, como Balzac, era un perezoso, un estudiante que no servía para nada, distinguiéndose, principalmente, por su afición á los deportes al aire libre. Era un buen tirador de esgrima, muy hábil en el tiro, y un ardiente *sportsman*. Pero estas habilidades no hubieran podido hacerle ganar la vida. A los dieciséis años fué colocado de escribiente en casa de un notario y aun así no manifestó predilección por la literatura. Su resolución de dedicarse á la carrera de autor fué accidental. Un amigo suyo que escribía para el teatro le propuso unirse á él, diciéndole que «el escribir para el teatro era »un oficio como cualquier otro y que sólo exigía prác»tica.» Los primeros pasos de Dumas en esta senda fueron fracasos, pero no se desalentó, y triunfó, por último, con su *Enrique III*. A partir de este punto su carrera fué una continuada serie de triunfos. Escribió unos ochenta dramas y más de cuarenta novelas.

También el brillante Sheridan, cuando fué presentado por su madre al maestro de escuela, oyó, de labios de la misma, que era una de las cabezas más duras que había visto en su vida. Era travieso, impetuoso y aficionado á burlas y á travesuras. La muerte de su madre, que fué su primer dolor, amansó su corazón. Desde aquel momento se aplicó con la mayor diligencia, y, andando el tiempo, conquistó un puesto entre los grandes hombres de su nación. Juan Howard, el filántropo, no hizo progresos en la escuela; era juzgado como nulo, y fué puesto de aprendiz en casa de un tendero. Fowell Buxton era también un muchacho torpe, más aficionado á tirar y á cazar que á aprender. Pero hasta en la práctica de estos deportes ganó bastante, pues adquirió salud y fuerza. El conocimiento de los libros de la escuela puede hacer que un muchacho figure á la cabeza de su clase; mas para colocarse en primera fila en la vida

corriente, le hacen falta actividad, aplicación y paciencia. Verdaderamente, una aplicación exclusiva á toda clase de estudios, cuando el joven se acerca á la edad viril, y cuando sus hábitos están en vías de formación, puede, hasta cierto punto, perjudicarle para la vida práctica. De aquí la estupidez de los escolares, y la ignorancia de los sabios, que Hazlitt ha descrito tan aguda y enérgicamente. (1)

La educación del capitán Marryat fué muy limitada en su niñez, y se embarcó cuando sólo contaba doce años. El mismo cuenta la siguiente anécdota acerca de su vida escolar y de la de míster Carlos Babbage: «La »primera escuela donde estuve, dirigíala una anciana. «Los demás niños eran todos buenos, pero Carlos Bab»bage y yo éramos siempre los diablos de la escuela. »El y yo estábamos siempre haciendo travesuras, y la »buena anciana acostumbraba á colocarnos uno junto á »otro, de pie encima de los bancos, en medio de la cla»se, y señalándonos como ejemplo á los demás, les de»cía:—¡Mirad á estos dos niños! Son malos muchachos »y nunca harán carrera en el mundo. Seguramente am»bos tendrán mal fin. Lo más chistoso es—agrega,—que »Babbage y yo hemos sido los únicos de la escuela que »hemos hecho hablar de nosotros.»

Muchos grandes guerreros han sido muy tardos para aprender, en la infancia. Beltrán du Guesclin no pudo aprender ni á leer ni á escribir. «Jamás ha habido mu»chacho más travieso en el mundo—decía su madre;— »está siempre herido, con la cara desfigurada, pegan»do ó recibiendo golpes; su padre y yo desearíamos que »estuviese tranquilamente bajo tierra.» No obstante, du Guesclin aprendió rápidamente la táctica militar y llegó á ser un general victorioso.

El duque de Malbourough, aunque su educación fué descuidada, dió, desde muy temprano, indicios de genio militar; de tal modo, que el mariscal Turena, que guerreaba contra él, predijo que aquel «buen mozo inglés» llegaría á ser, un día, maestro en el arte de la guerra. Sin embargo, llegó á la edad de cincuenta años antes de

(1) Hazlitt, *Table-Talk:* «Ignorance of the Learned.» (V. pág. 172).

tener ocasión de desplegar su talento. Después de una serie de brillantes triunfos, obligó á los ejércitos franceses á repasar la frontera. El duque tenía cincuenta y cuatro años cuando ganó la batalla de Blenheim, cincuenta y seis cuando ganó la de Ramillies, y cincuenta y nueve cuando la de Malplaquet, donde puso de manifiesto la mayor osadía militar. Tenía, nada menos que sesenta y un años, cuando atacó y tomó la inexpugnable fortaleza de Bouchain.

Turena mismo, como hemos visto, aprendió tarde y á duras penas, mostrándose rebelde á todo castigo y sujeción; pero cuando se despertó su ambición, su encarnizada perseverancia reemplazó grandemente su pereza para aprender. Clive era un muchacho torpe y travieso, un gran camorrista, el jefe de todos los muchachos perezosos de Marquet-Drayton, y el terror de la vecindad. No obstante, uno de sus maestros tuvo la perspicacia de predecir que aquel muchacho perezoso, aunque intrépido, daría mucho que hablar en el mundo.

Wéllington, que llegó á ser uno de los más grandes generales y uno de los más prudentes hombres de Estado, acabó sus estudios militares, en Angers, sin mostrar gran afición. Incorporado al ejército, pasó de la infantería á la caballería dos veces, y viceversa; después de lo cual pidió á lord Camden, virrey de Irlanda, que le concediese un empleo en la administración de rentas ó en la del Tesoro. Por fortuna, lord Camden no accedió á esta petición. A consecuencia de su petición, fué incorporado al regimiento 33, en el Cabo de Buena Esperanza, regimiento que pasó de allí á Bengala en 1797. A partir de este tiempo, la historia del general Wéllington forma parte de la historia de Europa. Aunque los Napier estuvieron muy lejos de ser escolares torpes, recibieron muy poca instrucción en la escuela. Guillermo, el historiador de la guerra de la Península, tuvo por maestro á «un raro y viejo pedagogo, director de la Es»cuela de Gramática en Cellbridge, el cual no le enseñó »nada.» Fué educado, en parte, por una parienta, en su casa, pero, principalmente, por sí mismo. Tenía buena memoria, y sabía de memoria toda la *Iliada* y la *Odisea*, de Pope; mas su educación elemental dejaba mucho que

desear, y no sabía deletrear correctamente á los veinte años. Siendo teniente de artillería, escribía: «Sam extreemely miserable at having made my father imneassy.» (Deploro en el alma el haber molestado á mi padre). «Charles is a lazy theif. I wrote to him á weck ago to »send or come myself with my ten guineas, and has »neither sent it nor answered me, the unatural villain.» (Carlos es un ladrón perezoso; le escribí hace una semana, que me mandara mis diez guineas, ó que viniera él mismo á traérmelas, y no me ha enviado nada, ni me ha contestado; es un villano desnaturalizado). Uno ó dos años más tarde, sus cartas se hacen más correctas en cuanto á la ortografía y á la gramática. Fueron acrecentando en vigor, estilo y expresión, y él llegó á ser, andando el tiempo, el primer historiador militar de su tiempo, sin excepción. Carlos, «el desnaturalizado villano», fué el paladín de la familia. Era, naturalmente, tímido cuando niño; mas logró modificar su carácter, merced á una extraordinaria fuerza de voluntad. Fué un héroe durante toda su vida, y hasta el fin de ella permaneció justo, intachable, digno, puro y compasivo.

Algunos niños, como lord Cockburn, se ven, por decirlo así, reducidos á un estado de imbecilidad, y no hacen progresos hasta que se ven libres de sus maestros de escuela, y en libertad para descubrir su natural inclinación. Jorge Cabanis, cuando muchacho, dió tempranos indicios de inteligencia; pero la severa disciplina de la escuela en que su padre le había puesto tuvo por único efecto volverle perezoso y obstinado, y, por último, se vió expulsado de ella. Habiendo observado su padre que cuando no le violentaban era siempre un estudiante lleno de buena voluntad, y que se sometía rígidamente á las reglas que se imponía él mismo, resolvió intentar el aventurado experimento de dejar al joven Cabanis continuar sus estudios á su antojo, á la edad de catorce años. El experimento se vió coronado por el éxito. En dos años el joven corrigió los defectos de su educación en la escuela; se puso al corriente de la literatura de su país, y estudió griego, latín, filosofía y metafísica, sucesivamente, y con el mismo entusiasmo. Al cabo de algún tiempo se vió reducido á la impoten-

cia, por su mala salud. Llamaron al famoso Dutreuil para asistirle, y éste impulsó al joven á seguir los estudios de medicina bajo su dirección. Por espacio de seis años estudió con Dutreuil, y el grado eminente que alcanzó más tarde Cabanis como médico y como fisiólogo justifica ampliamente los pronósticos de su amigo y maestro.

En ocasiones, un muchacho dotado de verdadero genio inventivo es considerado como estúpido y aturdido, simplemente porque su habilidad especial no ha tenido ocasión de ponerse de manifiesto. Cuando Klaproth, el célebre orientalista, estaba estudiando en la Universidad de Berlín, era considerado como singularmente torpe. Un día le dijo su examinador: «No sabe usted una pa»labra de nada.»—«Dispense usted—repuso Klaproth,— »conozco el chino.» La respuesta excitó la sorpresa y la desconfianza. Mas luego de informarse convenientemente, resultó que el joven, sin ayuda alguna, y en secreto, había llegado á dominar realmente una de las lenguas más difíciles de Oriente. Esta circunstancia decidió la dirección de sus estudios y de su futura carrera. Lo mismo sucedió con Linneo, hasta que reveló su verdadero genio. En la escuela era muy torpe, mas en la huerta y en el bosque era un prodigio. También ocurría lo mismo á sir José Banks, que era tan aficionado á jugar cuando niño, que casi no aprendió nada en la escuela; pero la belleza de las flores silvestres en los llanos próximos á Eton le llenaron de asombro y de admiración, y desde aquel tiempo se consagró con todo el ardor de su naturaleza al estudio de la botánica y de la historia natural.

El genio del general Menabrea, que no hace muchos años fué presidente del Consejo de ministros de Italia, mostróse en edad temprana de un modo notable.

A causa de una travesura, fué condenado á encierro en una habitación retirada en el castillo de su padre. Por último consiguió abrir una brecha en la pared, y no paró hasta que volvió adonde estaba su madre, lleno de pies á cabeza de cal y de polvo. Cuando lo enviaron al colegio de Turín, su afición á las matemáticas era tal que, para procurarse algunos libros científicos costosos,

que deseaba ardientemente, vendió una gran parte de sus vestidos, y fué sorprendido por su cuñado, el conde Brunet, en el rigor del invierno, entregado á sus cálculos, y vestido con un ligero traje de verano, que le quedaba de su guardarropa. Tales fueron las primeras indicaciones del genio que desarrolló más tarde en la dirección de las operaciones de los sitios de Ancona y Gaeta, que dieron por resultado la toma de estas importantes fortificaciones.

Se dan, asimismo, casos en que los hombres parecen haber estado como de barbecho en su juventud, y haber dado sólo pruebas de su talento al llegar á la mitad de su vida ó á la ancianidad. La naturaleza de ciertas inteligencias, lo mismo que la de ciertas plantas, consiste en llegar á la madurez en diversos estados de la existencia; algunas en la primavera, otras en pleno verano y otras en el otoño. Al mismo tiempo hay que advertir que los hombres no dan, frecuentemente, indicios de lo que pueden realizar con éxito, porque no se les presenta ocasión para ello. César, si bien no llegó al poder supremo hasta una edad relativamente tardía, se había distinguido en su juventud por su valor personal. Fué edil á los treinta y cinco años y cónsul á los cuarenta y uno; más adelante, á los cuarenta y dos, tomó el mando de las fuerzas romanas en Elvecia y en la Galia. A los cincuenta y dos dió y ganó la batalla de Farsalia, contra Pompeyo, que contaba, entonces, cincuenta y ocho. No obstante, César, tan gran hombre de Estado como general, merced á su capacidad como dictador, y más tarde como emperador, marcó, más que ningún otro, la huella de su inteligencia en la política y en la historia de la Roma imperial.

Oliverio Cromwell era ya de edad madura antes de que hubiera podido poner de manifiesto su gran talento militar. No tuvo experiencia ninguna de la vida militar antes de los cuarenta años. Obtuvo primero el nombramiento de capitán, á la edad de cuarenta y tres, y de coronel á los cuarenta y cuatro. El año siguiente, mandando la caballería del ejército parlamentario, fué el principal instrumento de la victoria de Marston-More; y á los cuarenta y seis ganó la batalla de Naseby. Real-

mente, como soldado no perdió una sola batalla. A la edad de cincuenta y cuatro años fué elegido lord protector de Inglaterra.

Uno de sus más hábiles auxiliares fué el coronel y más adelante almirante Blake. Había llegado á la mitad de su vida antes de abandonar la tranquila posición de propietario rural. Luego de haberse distinguido como soldado, fué encargado del mando de la flota parlamentaria, á la edad de cincuenta y cuatro años; y como tal salió al encuentro de Van Tromp, que llevaba un haz de retama en su palo mayor, en señal de haber barrido el mar de barcos ingleses. Blake obligó á Van Tromp á quitar la retama; le halló en el estrecho de Dover, le atacó, le venció y le puso en fuga. Van Tromp fué destituido del mando, siendo nombrados, en lugar suyo, De Ruyter y Cornelio de Witt. Pero no salieron mejor librados de manos de Blake. Se apoderó de unos barcos mercantes holandeses que regresaban cargados, limpió el canal de barcos holandeses, y obligó á la flota enemiga á refugiarse en el puerto. Van Tromp fué de nuevo nombrado almirante y cruzó el canal en busca de los cuarenta barcos de Blake, con ochenta barcos de guerra. Blake fué batido en esta ocasión, y Van Tromp izó de nuevo su haz de retama. Mas no duró mucho tiempo. Blake se hizo á la mar de nuevo con ochenta barcos, y después de un largo combate que duró tres días consecutivos, obligó á la flota á refugiarse en Calais, habiendo perdido once barcos de guerra y treinta mercantes. También asistió á la batalla final entre Van Tromp y los generales Deane y Monk, en la que fué muerto Van Tromp. El almirante Blake prestó otros grandes servicios á la República, y prosiguió manteniendo muy alto el pabellón de la flota inglesa. Murió á bordo de su barco al entrar en el puerto de Plymouth, á su regreso de Cádiz, cuando contaba cincuenta y nueve años.

Dándolo fué elegido dux de Venecia á los ochenta y cuatro años. Teniendo noventa y cuatro, y hallándose ciego, tomó por asalto á Constantinopla, y fué elegido para el trono del imperio de Oriente, que rehusó, falleciendo á los noventa y siete años, en el ejercicio de su cargo de dux. Wáshington había llegado á la edad ma-

dura antes de inaugurar la brillante carrera de su vida. Dumouriez pasaba de los cincuenta cuando tuvo ocasión de poner de manifiesto su talento militar, teniendo por espectadores á toda Europa. El viejo Radetzky, el general austriaco, alcanzó su gran victoria de Novara cuando había cumplido los ochenta y tres años. Antes había servido largo tiempo, mas no había tenido oportunidad para distinguirse. Bombardeó y tomó á Venecia, después de tres meses de heroica resistencia; entonces obtuvo el nombramiento de gobernador general de las provincias austriacas en Italia, y no se retiró de la vida activa hasta que cumplió los noventa años. Lord Clyde, aunque se unió al ejército en 1808, y asistió á las batallas de Vivero y la Coruña, aguardó largo tiempo antes de llegar al empleo de coronel. Tenía, próximamente, cincuenta años cuando se embarcó para China, mandando el regimiento 78. Tenía sesenta y dos cuando se encargó del mando de la brigada escocesa en Crimea, y sesenta y cinco cuando realizó su gran hazaña de librar á Lucknow y sofocar la rebelión de la India. Von Moltke, á la avanzada edad de sesenta y seis años era apenas conocido. Había escrito mucho tiempo antes la historia de la guerra turco-rusa en 1828 y 1829; y en la traducción inglesa de dicho libro, publicada en 1854, decía el editor, refiriéndose á Moltke, que había sido «capitán en el ejército prusiano, en vida.» No obstante, el gran estratégico vivió lo suficiente para ganar la batalla de Sedán, á los setenta años. Los soldados que no han tenido oportunidad para distinguirse, pueden cobrar ánimo con este ejemplo.

Son varios los hombres que han fracasado en unas cosas y tenido éxito en otras. Addison fracasó como orador y autor dramático; la primera representación de *Rosamund* fué silbada por el público; mas sus artículos en *The Talter* y en *The Spectator* fueron los más encantadores ensayos del mundo. Otway fracasó como actor, mas su drama *Venice Preserved* (*Venecia defendida*), tuvo un éxito inmenso. Sothern, el célebre autor, dijo una vez en público que la primera parte de su carrera dramática se había limitado á hacerse despedir de todas partes por su incapacidad. Muchos literatos eminen-

tes podríamos mencionar que de la obscuridad han llegado á la fama en el ocaso de su vida. Stern, desconocido antes, publicó su primera obra, *Tristam Shandy*, á los cuarenta y siete años, y su *Viaje sentimental* á los cincuenta y cinco. De Foe dió á luz la primera parte de su popularísima obra *Robinsón Crusoe*, á los cincuenta y ocho años. Richardson no empezó á publicar las novelas que principalmente le hicieron célebre, hasta los cincuenta. No acabó su célebre *Clarisa Harlowe* hasta cerca de los sesenta. Es verdad que, cuando era niño, se había distinguido por su facilidad de invención para contar cuentos á sus compañeros, «sacados por completo de su cabeza». Al mismo tiempo era el favorito de los chicos, en su vecindad, lo cual le obligaba á escribirles cartas amorosas para sus novias.

Fielding escribió su libro *Tom Jones* y Rousseau la *Nueva Heloisa*, á la misma edad, poco más ó menos, en que Richardson escribió *Pamela*. *Lives of the poets* (*Vida de poetas*), del doctor Johnson, acaso su mejor libro, fué escrito tres años antes de su muerte, ocurrida á los setenta y seis años. Ben Jonson falleció á los setenta y tres, y en su lecho de muerte escribió su exquisito fragmento pastoral *Sad Shepherd* (*El pastor triste*). Longfellow compuso su ingenioso y delicado poema *De Senectute*, que recitó en el colegio Bowdoin, en su septuagésimo aniversario. La reina de Rumanía ha dicho: «¡La »bondad de los niños es angélica, mas la de los ancianos »es divina!»

Juan Speed, el historiador, dió á luz su primera obra á los sesenta y seis años, habiendo ejercido, hasta entonces, para mantenerse, el oficio de sastre. Scalígero, el mayor, que fué en su juventud paje y después soldado, no se aplicó al estudio hasta muy tarde; y el primero de sus numerosos libros no se publicó hasta que había cumplido los cuarenta y siete años. Lamarck, el célebre botánico y zoológico, ingresó en el ejército francés á los diecisiete años. Sirvió como soldado por espacio de dieciséis, tomó parte en muchas batallas y se distinguió por su bravura. Por último fué gravemente herido, y tuvo que retirarse del servicio militar. Tenía cerca de cuarenta años cuando publicó su primera obra de

botánica, siendo empleado, bajo las órdenes de Jussieu, en el Jardín de Plantas. Comenzó á explicar cursos á los cincuenta años y continuó por espacio de veinticinco. Aunque se puso ciego é inválido, continuó tan aplicado y laborioso como siempre. Su última obra acerca de las *Conchas*, la preparó con la ayuda de su hija, y murió á la avanzada edad de ochenta y seis años.

Scalígero y Lamarck fueron ambos soldados en su juventud. Digno es de hacerse notar cuán gran número de hombres eminentes han debido sus hábitos de disciplina, obediencia y laboriosidad, al servicio militar. La carrera de las armas, en vez de ser un obstáculo, puede hoy ser de gran ayuda en la vida corriente. El ejercicio, la disciplina y el valor son útiles en todas las profesiones y ejercen gran influencia en la formación del carácter. En todo caso desarrolla la facultad de concentración disciplinada, que es esencial para el desarrollo del verdadero genio. Véase, por ejemplo, la siguiente lista de soldados distinguidos: en Grecia, Sócrates, Esquilo, Sófocles y Jenofonte; en Italia: Julio César, Horacio, Dante y otros; en España y Portugal: Cervantes, Calderón, Camoens, Lope de Vega, Ignacio de Loyola; en Francia: Descartes, Maupertuis, de la Rochefoucauld, Lacépède, Lamarck, Paul Louis Courier; en Inglaterra: Chaucer, Ben Jonson, Felipe Sidney, Algernon Sidney, Jorge Buchanan, Davenant, Farquhar, Lovelace, Withers, Otway, Bunyan, Steele, Sotheby, Cobbett y Murchison. Tal era el propósito del célebre Juan Húnter, al alistarse como soldado, cuando su hermano Guillermo le invitó á ir á Londres para que le ayudara con sus preparaciones anatómicas. Hizo tales progresos, que á la edad de veintisiete años fué admitido á compartir con él su curso. Sin embargo, no dió á luz su primera obra: Introducción al *Treatise on the Teeth* (*Tratado de los dientes*), hasta los cuarenta y cuatro años. Después de este período publicó muchos escritos originales y de gran valor acerca de la medicina, cirugía y fisiología. El museo de Juan Húnter es, después de todo, su mejor monumento.

Entre los autores tardíos puede hacerse mención de Bonald que, según Sainte-Beuve, tenía más de cuarenta

años antes de pensar en escribir ú ocurrírsele hacerse autor. Guillermo Hutton, de Birmingham, no se dió á conocer como autor hasta los cincuenta y seis años; á partir de esta época escribió catorce obras, la última á los ochenta y cinco años. El reverendo Guillermo Kirby, escribió su *Bridge-Water treatise on the habits and Instincts of Animals* (*Tratado acerca de los hábitos y costumbres de los animales*), cuando tenía setenta años. Pocos años después publicó su *Fauna Borealis Americana*, y falleció á los noventa, mostrando las pacíficas tendencias propias de los investigadores naturalistas.

Podemos citar varios ejemplos de ancianos maravillosamente dotados, que parecen haber estado al abrigo de la decadencia de la edad y hasta de los estragos de las enfermedades. Disraeli dice que la vejez ha sido una cosa desconocida para muchos hombres de genio, pues han conservado sus facultades sensitivas é intelectuales hasta el último día de su existencia. Platón murió, con la pluma en la mano, á la edad de ochenta y un años. Catón aprendió el griego luego de haber cumplido los sesenta años, algunos dicen á los ochenta, á fin de leer los dramas griegos en lengua original. (1) Cicerón escribió su hermoso tratado de la *Ancianidad*, á los sesenta y tres años, uno antes de su muerte violenta. Galileo acabó sus diálogos acerca del *Movimiento*, á los setenta y dos años. Hallábase entregado, en compañía de su discípulo Torricelli, á la ejecución de algunos trabajos, cuando murió, á los setenta y ocho. La inteligencia de estos hombres creció, agrandó sus límites y

(1) Montaigne, que desaprueba las obras producidas en la ancianidad, dice de esto: «Lo que, entre otras cosas, se refiere de Catón, á saber: de que en la ancianidad se puso á aprender la lengua griega con gran ardor, como para saciar una sed de larga fecha, me parece que no le honra mucho. Es lo que nosotros llamamos propiamente chochear.» (*Ensayos*, lib. II, cap. XXVIII). Y en otro lugar dice: «Tan pronto es el cuerpo el que envejece primero, tan pronto es el alma; y he conocido muchos en quienes ha flaqueado primero el cerebro que el estómago y las piernas.» (*Ensayos*, lib. I, cap. LVII). Y agrega: «La madurez tiene sus defectos lo mismo que la juventud, y mucho peores; y la ancianidad es tan incapaz para esta clase de trabajos (el escribir libros), como cualquiera otra edad; el que entrega el fruto de su decrepitud á la prensa, hace una locura si cree producir algo que no huela á chochez y á tontería. Nuestros caprichos se hacen costosos y más molestos con la edad.» (*Ensayos*, lib. III, cap. XII).

ganó en profundidad con los años: «Vale bien poco— »dice lord Jeffrey, — el vino que se avinagra con los »años.» Entre otros célebres ancianos que han aprendido nuevas lenguas como elemento de su progreso, ó simplemente por entretenimiento, figuran el doctor Johnson y Jacobo Watt. Desearon probar si sus facultades mentales se habían alterado con la edad. Johnson aprendió el holandés á los setenta y uno, y Watt, alemán, á los setenta y cinco. Ambos consiguieron dominar dichas lenguas, y vieron que sus facultades no se habían alterado. Tomás Scott empezó á estudiar el hebreo á los cincuenta y seis años, y Gœthe tenía sesenta y cuatro, cuando se consagró al estudio de la literatura oriental. Falleció á los ochenta y tres, en pleno dominio de su inteligencia y de su imaginación. (1)

En el ocaso de su vida, lord Camden, luego de haber sido primer lord canciller, aprendió el español, á fin de poder leer novelas en dicha lengua, después de devorar las escritas en inglés, francés é italiano. Alejandro Humboldt escribió la última página de su *Cosmos* á los noventa años, y murió al mes siguiente de haberlo terminado. El veterano Leopoldo Ranke continuó sus trabajos, á razón de ocho horas por día, hasta los noventa y un años, y sus últimos escritos fueron tan excelentes como los primeros.

Algún escritor ha dicho que después de los cuarenta años el cerebro no recibe nuevas impresiones, mas los que estudian en edad avanzada pueden consolarse con el hecho de que el doctor Priestley no conoció una palabra de química hasta llegar á la edad madura. Escribiendo á sir Humphrey Davy, cuando contaba sesenta y ocho años, decía el doctor Priestley: «Aunque soy un »viejo experimentador, había cumplido casi cuarenta »años antes de haber hecho ningún experimento acerca »del aire, y carecía entonces, absolutamente, de previos »conocimientos de química.» Descubrió el gas oxígeno á los cuarenta y un años, y el nitrógeno, el ácido carbóni-

(1) Cuando el doctor Cumberland, el sabio obispo de Peterborough, contaba ochenta y tres años, le presentó el doctor Wilkins un ejemplar de su *Testamento copto*. El obispo, como otro Catón, empezó el estudio de esta lengua, que llegó á dominar en breve.

co, el ácido fluorhídrico, el muriático y otros gases (conocidos hoy con distintos nombres) en los años subsiguientes. El doctor Thomson ha dicho de él: «Nadie »penetró en el estudio de la química en condiciones más »desfavorables, que el doctor Priestley, y, sin embargo, »muy pocos han ocupado un puesto más distinguido en »ella, ó suministrado mayor número de verdades nue»vas y de importancia.»

Los grandes astrónomos han llegado, en su mayor parte, á edad avanzada, en plena posesión de sus facultades. Han hallado en el trabajo un divino consolador de la ancianidad. Tienen tanto vigor para sobrellevar los trabajos como para esperar. Ya hemos citado á Galileo, que dictaba su última obra estando ciego y físicamente impedido. Hevelio observó los cuerpos celestes con gran ardor hasta los setenta y seis años, y Copérnico hasta los setenta. Newton escribió un nuevo prólogo á sus *Principios*, á los ochenta y tres. Flamsteed, Halley, Bradley, Maskelyne y Herschell vivieron hasta una edad avanzada. Y míster Somerville, autor del *Mecanismo de los cielos*, publicó su última obra, *Ciencia molecular y microscópica*, á la avanzada edad de ochenta y nueve años. Cuando se objetaba á Delambre que las partes sucesivas de su *Historia de la Astronomía* estaban llenas de numerosas correcciones que equivalían á disertaciones acerca de la materia de las precedentes, el veterano replicaba: «Mi respuesta es muy breve: empecé »esta obra á la edad de sesenta y tres años; ahora tengo »setenta y dos; y si hubiese aguardado á empezar la »impresión cuando no hubiera tenido nada que añadir »ó nada que quitar, la obra se hubiera perdido.»

Los grandes hombres de Estado y los magistrados han vivido, en su mayor parte, largo tiempo. Lo cierto es que nada preserva tanto la vida como el estar vivamente interesado en ella. Los hombres perezosos desaparecen, ínterin los activos viven. El ejercicio de todas las facultades es necesario para la salud; y esto es tan cierto respecto de los ancianos como de los jóvenes. La pereza engendra la degeneración de los músculos, del corazón y del cerebro, y el rápido agotamiento de las facultades intelectuales. El doctor Lordat, el fa-

moso fisiólogo de Montpellier, afirma que es el principio vital y no el intelectual el que parece declinar á medida que la vejez colora con sus tintes otoñales el verde follaje de la vida. No es verdad que el entendimiento pierda su fuerza después que la energía ha llegado á su punto culminante. Los conocimientos adquieren mucho más vigor durante la primera mitad del período que se designa con el nombre de ancianidad. Es, por lo tanto, imposible determinar un período de la existencia en que las facultades del raciocinio sufran deterioro.

Lord Eldon, lord Brougham, lord Lyndhurst y lord Pálmerston fueron eminentes lo mismo en la juventud que en la vejez. Eldon murió á los ochenta y seis años, y disfrutó del pleno goce de su maravilloso entendimiento hasta poco antes de su muerte. Brougham pareció desafiar, durante muchos años, al tiempo y á la muerte, hasta que á los noventa años, sucumbió víctima del gran nivelador. Lyndhurst, la noche en que cumplió los noventa años pronunció, en la Cámara de los Lores, un discurso de incomparable claridad, lucidez y talento mostrando que su poderoso entendimiento no se veía obscurecido por la más ligera nube. Vivió dos años más, lleno de lucidez y de candor hasta el fin. Pálmerston era uno de los hombres más jóvenes de la Cámara de los Comunes. Fué un niño viejo hasta el fin. Continuó siendo el héroe alegre, animado y siempre joven de los debates, y fué el tipo perfecto del hombre de Estado laborioso. Estaba «siempre triunfando ó combatiendo», y el trabajo parecía estimular, hacer más intensas y prolongar sus energías vitales. Fué primer ministro durante más tiempo que ningún otro en la presente centuria, exceptuando á lord Liverpool, y conservó hasta el fin su maravillosa popularidad. Los hombres confiaron en su constancia, veracidad, honradez y patriotismo: falleció siendo primer ministro, á los ochenta y un años.

Los magistrados se han distinguido tanto, casi, por su longevidad como los legisladores. Sir Eduardo Coke cayó del caballo á los ochenta años. Su cabeza dió contra un «tronco puntiagudo», y el caballo cayó sobre su cuerpo. No obstante, vivió aún más de un año. Sus últimos días los empleó en preparar sus numerosos tra-

bajos legales para publicarlos. Sir Mateo Hale hizo renuncia de su cargo de presidente del Banco de la Reina á los sesenta y siete años. Mansfields murió á los sesenta y siete años. Munsfield murió á los setenta y nueve, manteniéndose su inteligencia brillante y vigorosa hasta el fin. Lord Stowell, lord Hardwicke, lord Camden y lord Campbell llegaron á la mayor ancianidad. Verdaderamente, algunos jueces han permanecido en el cumplimiento de sus deberes tan largo tiempo, que dieron lugar á gran descontento entre los miembros jóvenes del cuerpo de abogados. Lefroy fué lord presidencial del Banco de Irlanda hasta los noventa años. Su prolongada permanencia en el cargo fué causa de grandes discusiones en la prensa de Irlanda, lo mismo que en la Cámara de los Lores. Y, no obstante, como siempre se dijo, su inteligencia no decayó, y su experiencia fué más grande que nunca. El presidente barón Pollock fué, casi, destituido de su posición, por los clamores que se levantaron en toda la prensa inglesa. Se retiró á los ochenta y tres años, y se dedicó, por pasatiempo, á la fotografía, llegando á ser presidente de la Sociedad Fotográfica. Jamás dejó de mostrar la mayor afición por las matemáticas. Su muerte ocurrió cuatro años después de su retiro, á los ochenta y siete años. Debemos, sin embargo, mostrarnos algo cautos, como decía lord Chelmsford en la Cámara de los Comunes, «para medir la capacidad »mental de la ancianidad ; nunca es tarde para comenzar, »y parecería que nunca es tarde para acabar.»

El trabajo y no la pereza es fuente de satisfacción. La pereza consume mucho más á los hombres que el orín al hierro. Lleva á la degeneración y ruina de la energía vital.

Al hombre perezoso se le escapa la existencia por no encontrar nada á que asirse. ¡Qué ruina de vida para el que no tiene libros favoritos, ni reserva de ideas, ni agradables recuerdos de lo que ha hecho, experimentado ó leído! El fabricante de velas de sebo que vuelve á sus calderas en sus postreros años, es mucho mejor que el que se retira rico para no hacer nada. Las horas de la tarde de la vida pueden ser mucho más bellas, de igual

modo que son más lindas las últimas hojas de las flores cuyo capullo se abre más tarde.

Hemos hecho mención del caso de Jacobo Watt. Durante la primera parte de su vida, mientras se ocupaba en sus inventos, se veía, como Carlyle, afligido por la dispepsia, sujeto á dolorosas jaquecas, y, frecuentemente, tenía ganas de verse desembarazado de la vida. Pero en la edad avanzada se vió libre de sus padecimientos, y andando el tiempo disfrutó los placeres de una excelente vejez. Leía los libros que más le agradaban, y variaba sus distracciones ya inventando, ya plantando ó realizando excursiones á Londres y al país de Gales. No continuó sus inventos, sino que revisó de nuevo sus planos antiguos é hizo otros nuevos. «¿Qué es la vida—dice,—sin un caballo de madera?» (1) Cuando, á los ochenta y dos años, encontró en Edimburgo á sir Walter Scott, á lord Jeffrey y á otros señores, «aquel anciano lleno de vivacidad, amable y benévolo,» según le describe Walter Scott, dejó encantado á todo el mundo con su alegría, y no menos los admiró con lo extenso y profundo de sus conocimientos. «Parecía—dice Jef»frey,—como que cada asunto que se presentaba en la »conversación casualmente, había sido el último que ha»bía estudiado con especialidad.» Continuó, hasta el fin, inventando y perfeccionando sus inventos, ofreciendo á sus amigos las primeras copias de los bustos obtenidos con su máquina de reproducir, como «producciones de »un joven artista que acababa de entrar en los ochenta »y tres años.» Al siguiente año falleció tranquilamente, en medio de las lágrimas de sus tristes amigos, que se habían reunido en torno de su lecho de muerte: «Al ver »la magnitud y la universalidad de su genio—dice el »poeta Wordsworth,—le juzgo casi como el hombre más »extraordinario que ha producido jamás este país: nun»ca intentó deslumbrar, sino que se contentó con traba»jar en medio de la paz y humildad del espíritu, y de »las circunstancias exteriores en que se ha realizado »siempre todo lo que es realmente grande y bueno.»

(1) Distracción.

Después de todo, la edad es la sombra de la muerte; aun durante la vida, el deber puede encontrar infinita recompensa. La verdadera preparación para la ancianidad consiste en la pureza de la vida y cumplimiento del deber. Estos son los sólidos resultados de la existencia, que no importa que sea larga ó breve. El invierno de la vida no debe estar formado por el descontento, sino por la esperanza, la alegría y la paz perdurable.

V.

HERENCIA DEL TALENTO Y DEL GENIO

Honremos á los hombres célebres y á los padres que nos han engendrado.—Eclesiástico.

Dichoso el hombre que puede trazar su ascendencia, de abuelo en abuelo, y cubrir la vejez con el verde manto de la juventud.—Juan Pablo Richter.

El sentimiento de la ascendencia no sólo es inherente á la humana Naturaleza, y se observa, sobre todo, en las razas más elevadas de este mundo, sino que contribuye en no corto grado á la estabilidad de los reinos en los períodos turbulentos, así como también se le encuentra más vigoroso en los más bonancibles.—Jacobo Hannay.

No siempre nacen nobles hijos de nobles padres, ni malos hijos de malos padres.—Sófocles.

Nobles y heraldos, con vuestro permiso, aquí yace el que un día llamóse Mateo Prior; era hijo de Adán y Eva. ¿Puede algún Borbón ó Nassau tener más alta alcurnia?

Epitafio de Prior, *hecho por él mismo.*

De igual manera que las razas humanas producen otras semejantes, así también proceden los individuos particulares. Las razas prosiguen preservando su forma y constitución corporales, sus facciones y su carácter general de generación en generación; y lo mismo hacen los individuos. Los chinos, japoneses, indios y orientales, son hoy los mismos que eran hace miles de años. El árabe beduíno de los tiempos de Abrahán es el mismo que el árabe beduíno del siglo XIX. Otro tan-

to acontece en Europa, no obstante la mezcla de razas. La pintura de los germanos, trazada por Tácito, puede pasar por la pintura de los germanos, con la sola diferencia de que los germanos modernos llevan vestidos en vez de pieles, y están armados con fusiles de aguja en lugar de arcos y hachas de armas. Julio César, en sus *Comentarios*, describe á los galos tales como los vemos en la actualidad, lo mismo que Giraldo de Cambridge, en sus libros, describe á los irlandeses y habitantes del país de Gales.

De igual modo se propagan las familias. Hijos é hijas se parecen á los padres y á las madres, y heredan su constitución, facciones, temperamento y carácter. Merced á los matrimonios, es indudable que están sujetos á cambiar. La progenie masculina hereda más particularmente el carácter del padre y las niñas el de la madre. Ciertas particularidades desaparecen, en tanto que otras se manifiestan en el más alto grado; es más, aunque las cualidades de los progenitores puedan disiparse, la sociedad colectiva las retiene y el carácter de la raza se mantiene incólume.

Hasta los rasgos especiales y característicos se conservan en las familias á través de varias generaciones. En ocasiones, desaparecen en el hijo ó en la hija para reaparecer en el nieto ó en la nieta. A causa de un *matrimonio desigual*, efectuado hace unos ciento cuarenta años, la sangre india empezó á infundirse en cierta noble familia, y de tiempo en tiempo aparece algún semblante obscuro, aunque el resto de la familia permanece blanco. Cualquiera que pase por la galería de pinturas de una vieja casa solariega, echará de ver la misma clase de facciones, reproducidas una y otra vez en sujetos que han vivido á cientos de años de distancia.

En ocasiones, la semejanza con un antepasado no aparece hasta que se va acercando la muerte y, á veces, también hasta después de la muerte.

Sir Tomás Browne, con ocasión de escribir á un amigo, describe á un hombre moribundo que «no conservó »su propio aspecto, sino que se asemejaba á su tío, cu»yos rasgos fisonómicos habían permanecido antes invi»sibles en el rostro sano.»

El laureado poeta ha reconocido el mismo hecho en su poesía *In memoriam:*

De igual modo que en la cara de un hombre muerto aparecen vivamente á los ojos del observador atento las facciones de uno de los antepasados del difunto que antes eran difíciles de adivinar. (1)

En una Exposición nacional de retratos, celebrada recientemente, apareció, de un modo verdaderamente notable, la calidad hereditaria de los rasgos de familia en la configuración del cráneo, en la forma de la nariz, en el color y expresión de los ojos, en los matices del pelo, en la forma de las manos y en el aspecto de las personas. (2) El doctor Darwin menciona varios casos interesantes, que ofrecen tanto interés en su género como los que cita en apoyo de la transmisión de costumbres en las palomas. (3)

Existen rasgos especiales que pertenecen á distintas familias. Hay también rasgos morales; algunas familias son muy habladoras y amigas de la representación exterior, en tanto que otras son silenciosas y reservadas.

Los Carlisle Howard presentan el caso de una familia caracterizada por la grosura del labio inferior; los

(1) Southey ha dicho: «¿No han observado ustedes cuán notablemente reproduce exteriormente la ancianidad la semejanza ó aire de familia, que habiendo estado, por decirlo así, latente en tanto las pasiones y los negocios del mundo absorbían á los individuos, salen de nuevo al exterior en la vejez, como en la infancia, recobrando las facciones su carácter primitivo, antes de la disolución? He visto varios ejemplos conmovedores de esto: un hermano y una hermana, que al fin se volvieron tan semejantes como dos gemelos, siendo así, que hacia el medio de su vida no podían ser más desiguales respecto al aspecto y al carácter. Ahora veo los rasgos de mi padre al mirarme en el espejo, donde antes no aparecían ni señales de ello.»

(2) Sir Walter Scott aplica la transmisión de los rasgos de familia en su novela *Redgauntlet*, donde se transmite de padre á hijo una herradura invertida en medio de las cejas.

(3) El doctor Darwin, en su *Origen de las especies*, dice: «No hay duda que sorprende en grado sumo el hecho de que ciertos caracteres podrían reaparecer después de haber estado perdidos durante varias y hasta durante cientos de generaciones... Cuando un carácter perdido ó desaparecido en una familia, reaparece después de muchas generaciones, la hipótesis más probable es, no que el descendiente lo recibe de un antepasado que dista de él algunas generaciones, sino que dicho carácter ha persistido en las sucesivas generaciones con tendencia á reproducirse, y que al fin se ha reproducido cuando se han presentado condiciones favorables que se desconocen.»

Shaftésbury por lo estrecho y largo del semblante; los Dairymples of Stair por la nariz puntiaguda y remangada, que se ha conservado en la familia á través de varias generaciones. Guillermo Pitt heredó la nariz de su madre, que era una mujer de carácter muy enérgico. El rostro de Granville es el de la madre del duque de Bridgewater. El espesor particular de los labios ha sido hereditario en la cara de los Hapsburgos, durante algunas centurias, así como la plenitud de las partes bajas y laterales del rostro han caracterizado á la familia real inglesa desde Jorge I á la reina Victoria. El actual príncipe de Gales se parece en absoluto á su bisabuelo Jorge III, cuando tenía la misma edad.

Mas los rasgos característicos de la real familia se extienden mucho más atrás que Jorge I. Llegan hasta los Estuardos, pasando por Isabel, hija de Jacobo I. Las mejillas redondeadas y la mandíbula inferior de Jacobo I desaparecen en su hijo Carlos I, para reaparecer en sus nietos Carlos II y Jacobo II y luego en el pretendiente y su hijo Carlos Eduardo Estuardo, entre cuyo retrato y el de la reina Victoria se puede notar una gran semejanza. El mismo aspecto ó continente se ha conservado en las familias ducales de Grafton y San Alban, descendientes de Carlos II. El parecido entre el último lord, Federico Beauclerk (ahogado en Scarborough) y este monarca era, según dicen, casi extraordinario. (1)

Los Borbones han conservado, durante siglos, sus cualidades físicas y morales. Han sido constantemente perversos, indóciles y rebeldes á la enseñanza. Desde Luis XIV hasta Carlos X se han distinguido por su estrechez de miras, su ceguedad y su incapacidad para gobernar con justicia. Napoleón Bonaparte habla de ellos como de «asnos hereditarios». Han sido arrojados de casi todos los tronos que ocupaban. La rama austriaca

(1) A. Seymour, en *Notes and Queries (Notas y cuestiones)*, 9 de enero de 1869, dice: «Existe otro rasgo en nuestra familia real que es más notable aún, y es el recuerdo de las facciones en que se perpetúa de año en año, y el signo de reconocimiento de las inclinaciones personales de cada individuo de la familia. Este los ha distinguido durante muchas generaciones.» Sir Arturo Helps alude á esto particularmente en el primer *Diario de la Reina* que publicó.

sobrevive por ser ahora el monarca rey constitucional. El grueso del labio inferior, que caracterizó á esta rama durante cientos de años, dícese que fué introducido en la familia por el príncipe polaco Jagellon, y desde entonces no ha desaparecido. (1)

Idénticas particularidades de rasgos personales y característicos se han perpetuado hereditariamente en la monarquía prusiana en gran extensión. Míster Rossetti pone de manifiesto, en su colección de retratos de la casa de Brandeburgo, la extraordinaria semejanza que ha prevalecido entre sus miembros durante siglos. Se fija, particularmente, en los del Elector Federico I (1420), Federico II (1440), Juan Cícero (1486) y Joaquín I (1499), que guardan extraordinaria semejanza con los difuntos reyes Federico Guillermo IV y Guillermo I, como igualmente con el actual emperador de Alemania. (2)

El carácter hereditario se halla transmitido en las familias nobles de la misma nación. Tomemos, por ejemplo, el caso de Bismarck. El actual conde pertenece á una raza que en todo tiempo fué conocida por su virilidad, su tenacidad y hasta por su obstinación. El primer individuo distinguido de esta familia desafió á su obispo en el año 1338 con tal obstinación, aunque se trataba sencillamente de un asunto de política local, que fué excomulgado y murió impenitente sin recibir los últimos sacramentos. (3)

De igual modo se reproducen las facciones. Los re-

---

(1) Burton, en su *Anatomy of melancholy*, dice en la primera parte del siglo XVII: «El labio austriaco y las narices chatas de los indios se han propagado.»

(2) *Notes and Queries*, 28 de noviembre de 1868, pág. 514. *La Revista de Edimburgo* de octubre de 1866 se expresa de este modo, respecto al carácter moral hereditario de los príncipes de la familia Hohenzollern: «La familia real de Prusia, que es, con mucho, la mejor dotada en cuanto á cualidades de las viejas casas soberanas de Europa, ha desplegado siempre, en el más amplio grado, las dos cualidades contrarias de energía y de debilidad, propias del carácter de los alemanes del Norte. Generación tras generación, la casa de Hohenzollern ha producido hombres de inteligencia poderosa y práctica, y también soñadores; hombres dotados, asimismo, de capacidad intelectual, pero en quienes predomina de un modo notable la tendencia tan eminentemente nacional hacia lo quimérico, lo entusiasta y lo nebuloso.»

(3) Profesor Riedel, «Marskische Forskhemgen.»

tratos de Lodge muestran una gran semejanza de familia que se perpetúa á través de seis generaciones, en la familia ducal de Manchester. Bruce, el viajero africano, vanagloriábase de descender del normando Roberto Bruce, que con tanta bravura ganó el trono de Escocia y se mantuvo en él: era, como su heroico antecesor, de una fuerza y estatura gigantescas, teniendo seis pies y cuatro pulgadas de estatura. Los Bruce de Clackmannaushire, que son sus descendientes directos, muestran, asimismo, como él, esa forma profundamente marcada de los pómulos y de las mandíbulas que aparece en las monedas de Roberto el Bruce, y que ha sido confirmada hace poco por los huesos de dicho monarca, desenterrados hace unos cincuenta años en Dunfermline. Los Wallace de Craigie presentan también singular parecido con el retrato de sir Guillermo Wallace, su ilustre antecesor.

Las cualidades morales é intelectuales son transmisibles; sin embargo, pueden no ocurrir circunstancias que les permitan desarrollarse en sucesivas generaciones. Así hay muchas familias antiguas en las que hemos observado el viejo tipo del carácter que reaparece de tiempo en tiempo. Citaremos á los Percy, á los Douglass, á los Stanley, á los Grahams, á los Neville, á los Howard, cuyas heroicas hazañas se perpetúan á través de la historia de Inglaterra y de Escocia. Las cualidades enérgicas de los normandos, semejantes á los escandinavos de quienes descendían, brillan en toda la historia de Europa, elevándolos á los ducados y á los tronos en Normandía, Inglaterra, Escocia, Sicilia y Jerusalén, y penetrando hasta en la misma Constantinopla.

Los vástagos de la misma raza distinguiéronse, igualmente, en legislación, en patriotismo, en ciencia y en letras. Los nombres de Sidney y de Russell, de Shaftésbury y de Bolingbroke, de Bayle y de Cavendish, de Fox y de Pitt, de Lovelace, Herbert, Hyde y Byron son dignos de eterna memoria. Enrique Beyle, hablando de Byron, á quien encontró en Italia, dice en una de sus cartas: «Los italianos experimentan todos el más pro»fundo asombro á la vista de este gran poeta, que se

»gloría más de ser descendiente de los Byron normandos »que de ser autor de *Parisina* y de *Lara*. (1)

Scott mostrábase igualmente ufano de su antiguo linaje, y se enorgullecía de descender de los escoceses de Harden y de estar emparentado con el «valiente Buccleuch», mucho más que de su fama como poeta y novelista. «La raza—dice míster Hannay,—se manifiesta »mucho más que lo que tal vez admitirían los que nada »conocen acerca de esta materia... Filósofos como Ba»cón, Hume y Berkeley; poetas como Spencer, Cow»per, Shelley, Scott; novelistas como Fielding y Smol»let; historiadores como Gibbon; marinos como Colling»wood, Howe y Jervis; Vanes, Saint Johns, Raleigh, »Herbert y otros muchos hombres de la antigua «gentry» »(clase de hidalgos) lograron justificar las pretensiones »de las antiguas familias, de haber tenido el honor de »producir los hombres más notables que jamás había »visto Inglaterra.» (2) Hasta Jeremías Bentham, el filósofo demócrata, quiso un día adquirir la propiedad de los condes de Bentheim, en Hanóver, de donde descendía. Fielding pertenecía, asimismo, á una de las ramas más jóvenes de los condes de Denvigh, que traen su origen de los condes de Hapsburgo.

Con ocasión en que un historiador local de Somersetshire fué á ver á Sidney Smith, viviendo éste en Combe Florey, para preguntarle cuáles eran sus armas, el sabio rector le contestó: «Los Smith jamás han tenido armas, »sino que han sellado invariablemente sus cartas con el »pulgar.» El mote que adoptó más tarde el ingenioso pastor era: *Faber meæ fortunæ*. Y, no obstante, Sydney Smith estaba orgulloso de su linaje; porque su abuelo fué un hombre dotado de grandes facultades y su madre fué hija de un hugonote francés, de los cuales, según dice, había heredado las más brillantes cualidades de su espíritu, así como también gran parte del natural buen humor de su temperamento. Samuel Wilberforce, obispo de Winchester, constituye uno de tantos ejemplos de la transmisión de cualidades eminentes de padre á hijo. Como el primer Pitt, el primer Fox, el

(1) De Stendhal (Henry Beyle). *Correspondencia Inédita*. París, 1857.
(2) Hamwy. *Essays from the Quarterly*. Londres, 1861.

primer Grenville, el primer Grey y el primer Conning, el famoso primer Wilberforce dejó un hijo que conservó dignamente la distinción de su nombre.

En sentido contrario, otros muchos grandes hombres no han sido precedidos por la menor clase de reputación debida á sus antepasados. Cuando algún descendiente de la antigua nobleza de Francia hacía gala de sus antepasados, el mariscal Junot exclamaba: «A fe mía, yo »no puedo hacer otro tanto; soy mi *único antepasado.*» Otro tanto ha ocurrido con muchos grandes hombres, que han sido sus propios antepasados. Napoleón decía de sus generales, que los había sacado del lodo. Y el mismo Napoleón era el hijo de un abogado corso de antigua alcurnia, pero que no se había distinguido por nada. Guerreros, hombres de Estado, poetas, ingenieros y otros muchos, han sido sus propios antecesores. La luz del genio brilla de súbito en medio de gente desconocida. Nace un hombre cuyo nombre da la vuelta al mundo y vive á través del tiempo; mas es el único de su raza, y cuando muere su familia vuelve á hundirse en la sombra.

El talento es transmisible, pero el genio lo es pocas veces. El talento es el rasgo común de una familia, mientras que el genio pertenece á un individuo solo. (1) Hemos visto una familia, en general de limitados alcances, dar á luz algún grande hombre de genio. El talento lleva el sello de su generación, en tanto que el genio marca su huella en el tiempo. Shakespeare fué el único de su raza. Antes de él no había habido nada en su familia, ni después de él tampoco. Tan sólo vive en sus dramas y poemas; su descendencia se ha extinguido. Lo mismo aconteció con Newton, el hijo del agricultor de Woolsthorpe; antes de él no hubo Newton ni menos después. Los poetas más ilustres han sido únicos

(1) Buffón decía que el genio era la paciencia; pero dijo también que necesita la chispa eléctrica para despertarlo. He aquí sus palabras: «La invención depende de la paciencia; hace falta ver y considerar largo tiempo el asunto que nos proponemos; entonces se desenvuelve y desarrolla poco á poco. Se siente una pequeña descarga eléctrica, que hiere simultáneamente la cabeza y el corazón: *este es el momento del genio.*»

en su generación. Shakespeare, Milton, Dryden, Pope, Burns, (1) Byron, Shelley, Keats y otros muchos.

Verdaderamente, los grandes hombres, no tienen clase, sino que pertenecen á todas las clases sociales. Pueden haber nacido en cabañas y en alquerías, y á menudo en ricas moradas y en palacios; y aunque muchos grandes hombres proceden de la nobleza, hay muchos más nacidos en clase humilde, y hasta de bajo origen. He aquí una lista de nombres ilustres, para demostrar que el talento y el genio no son exclusivos de ninguna clase:

Nobles é hidalgos.	*Plebeyos.*	*Clase media.*
Tycho-Brahe.	Colón.	Newton.
Galileo.	Copérnico.	Cuvier.
Descartes.	Lutero.	Wollaston.
Bacón.	Dollond.	Young.
Boyle.	Franklin.	Képler.
Cavendish.	Faraday.	Dalton.
Dante.	Laplace.	Herschell.
Alfieri.	Ben Jonson.	Shakespeare.
Cowper.	Bunyan.	Milton.
Scott.	Burns.	Petrarca.
Byron.	Beranger.	Dryden.
Shelley	Jasmin.	Schiller.
Burleigh.	Brindley.	Gœthe.
Sully.	Stephenson.	Molière.
Bolingbroke.	Atkwright.	Wordsworth.
Mirabeau.	Telford.	Keats.
Montaigne.	Livingstone.	De Foe.
Smollett.	Iñigo Jones.	Adam Smith.
Fielding.	Canova.	Jacobo Watt.
Hume.	El capitán Cook.	Juan Húnter.
Bulwer Lytton.	Jorge Fox.	Carlyle,
Condé.	Túrner.	Jeremías Taylor.
El conde Tilly.	Sir Juan Hawkswood.	Drake.
Wallenstein.	Sir Cloudesley Shovel.	Cromwell.
El mariscal de Sajonia.	Ney.	Wáshington.
Malborough.	Hoche.	Napoleón.
Wéllington.	Soult.	Nelson.

Con dificultad se podría establecer la línea de separación entre la clase media y la aristocracia. Algunas familias pretenden que sus antepasados vinieron al país

(1) He leído hoy á Burns. ¿Qué habría llegado á ser si hubiera nacido patricio? Hubiéramos tenido un hombre con más cortesía, menos fuerza, precisamente lo que les ocurre á muchos versos, pero no hubiera tenido la inmortalidad; un divorcio y un desafío ó dos, y si hubiera sobrevivido á ellos y hubiese sido más sobrio en beber, hubiera podido vivir tanto como Sheridan, y hacerse tan célebre como el pobre Brinsley. ¡Qué naufragio el de este hombre, y todo por mala dirección! » *Life of Byron*, 8.ª edición, pág. 200.

«con la Conquista»; otras que sus antepasados encontrábanse establecidos en él mucho antes de la Conquista; y otras, finalmente, que descienden de los celtas y kimricos, que vivieron en la Gran Bretaña mucho antes que se estableciesen en ella los jutos, sajones, dinamarqueses, noruegos ó normandos.

Cromwell, aunque era fabricante de cerveza y ganadero, asegúrase que descendía de los Cromwell, caballeros de Tinchinbrook, así como también de Cromwell, conde de Essex, y por parte de su madre de los Stewarts ó reales Eduardos de Escocia. (1) Si bien el tronco de la familia Cromwell fué un herrero de Putney, de esta suerte tenemos reunidos en una misma familia á los reyes, á los aristócratas y á los plebeyos. (2) Juan Knox, nacido también en condición humilde, se dice que pretendía descender de la antigua casa de Ranfurly, en Renfrewshire. (3) La familia de Descartes juzgaba como una mancha en su escudo el que uno de sus descendientes se hubiera degradado haciéndose filósofo. No obstante, tan sólo es famoso el nombre del filósofo, mientras que el resto de la aristocrática familia se ha hundido en el olvido.

El padre de Dryden era beneficiado de Oldwinkle, en Northamptonshire, mas descendía de sir Erasmo Dryden, comisario principal de esta comarca en tiempo de la reina Isabel. El padre de sir Walter Scott era nieto del hijo menor de Scott de Raeburn, rama de la antigua

---

(1) La reina, en el *Journal of our Life in the Highlands* (Diario de nuestra vida en las montañas de Escocia), describiendo su viaje al canal de Forth, dice: «Vimos asimismo el castillo de Dundas, perteneciente á los Dundas de Dundas, y más allá de Hopetoun, el castillo de Blakness, famoso en la historia. En el lado opuesto se ve una torre cuadrada junto al agua, llamada Rosyth, donde se asegura que nació la madre de Oliverio Cromwell.» Esto, por otra parte, debe ser un error, pues la madre de Oliverio Cromwell no estuvo nunca en Escocia. Llamábase Isabel Steward; era hija de Guillermo Steward, señor rural en Ely, y recaudador hereditario de los diezmos de la catedral y de los bienes eclesiásticos sitos en el término de esta ciudad. Los Steward, que estuvieron largo tiempo establecidos en Inglaterra, no tenían, que se sepa, ninguna propiedad en Escocia. Dícese que descendían de los Estuardos de Rosyth, rama de la familia real de Escocia. Esto lo niegan el profesor Gavidner y míster Walter Rye. Véase *Historia de Norfolk*, por Rye, págs. 87 y 91.

(2) *Cromwell*, de Carlyle.

(3) Roberto Chambers: *Vidas de escoceses ilustres.*

casa de los barones de Harden, y su madre era nieta de sir Juan Swinton de Swinton, en Berwickshire, ambas familias de distinción.

El padre de Cowper era rector del Gran Berkhamstead, pero su abuelo fué uno de los jueces del tribunal de *Common Pleas*, y hermano del célebre lord canciller Cowper, mientras que su madre era Ana Donne, que descendía, por los cuatro costados, de Enrique III, rey de Inglaterra. En una carta á míster Bodham, su primo por parte de madre, decía Cowper: «Creo que »hay en mí mucho más de Donne que de Cowper, y »aunque me gustan ambos nombres, y tengo mis razones »para amar á los de mi propio nombre, siento, sin em»bargo, la fuerza de la sangre, que me atrae con vehe»mencia hacia vuestra parte. Dícese que en mi infan»cia me parecía mucho á mi madre; y en mi natural »temperamento, del que supongo que puedo ser juez »competente á la edad de cincuenta y ocho años, me »parece que soy el retrato de ella y de mi difunto tío, »vuestro padre.» Todo el mundo recuerda los tiernos versos de Cowper, escritos después de mirar el retrato de su madre, que empiezan:

¡Oh, qué lenguaje tenían esos labios! La vida ha sido para mí muy penosa desde la última vez que te vi.

Colbert, no obstante ser hijo de un comerciante en paños y en vinos, pretendía descender de una vieja familia escocesa, los Cuthberts de Castle Hill; al paso que Maximiliano de Béthune, duque de Sully, decíase descendiente de los Beatons ó Béthunes, en el condado de Fife.

Los guerreros más ilustres han salido, en su mayor parte, de las clases directoras—reyes, condes y miembros de la aristocracia,—como Alfredo y Carlomagno, Eduardo III de Inglaterra y Carlos V de España, Enrique IV de Francia, Gustavo Adolfo y Carlos XII de Suecia, Federico el Grande de Prusia y Pedro el Grande de Prusia. En la clase aristocrática tenemos, asimismo, á Turena, Condé, Wallenstein, Malborough, el mariscal de Sajonia, Wéllington y los Napiers. Prosiguió este sistema hasta las revoluciones americana y fran-

cesa; entonces el mérito y el valor fueron dignos solamente de consideración, y los generales salieron de las filas, casi por la primera vez en la historia.

La clase media ha producido los más grandes poetas, Shakespeare, Milton, Gœthe, Schiller y Wordsworth; en tanto que en literatura general comparten el honor casi por igual la aristocracia y la clase media. Pero en las ciencias prácticas, en los inventos y en la mecánica, como se supondrá fácilmente, los más ilustres nombres se encuentran en la clase media y en la trabajadora. «El mayor número de los químicos distin»guidos de la Gran Bretaña—dice el doctor J. Wilson,— »han salido de la clase media y del pueblo.» (1)

Hasta el reinado de Isabel no entró la clase media á tomar parte en el poder del Estado. Hasta entonces, sabios y hombres de Estado se reclutaban, casi exclusivamente, en el clero y la aristocracia. La extensión del comercio y el aumento de la riqueza, la invención de la imprenta y la Reforma, propendieron, entre otras cosas, á dar mayor vida á la clase media. A partir de entonces, hallamos no sólo hombres de Estado, como Burleigh, Bacón, Walsingham y Mildmay, sino ilustres marinos, como Hawkins, Raleigh, Drake y Blake; grandes poetas, como Spencer, Shakespeare, Jonson, Milton y otros innumerables, salidos, en su mayoría, de la clase media.

De los grandes hombres que entonces empezaron á aparecer, dice Macaulay: «No eran individuos de la »aristocracia. No habían heredado títulos, ni grandes »dominios, ni un séquito numeroso, ni castillos fortifi»cados. A pesar de ello, no eran hombres vulgares, como »los que los príncipes, celosos del poder de la nobleza, »han elevado, en ocasiones, desde la fragua ó la tienda »del zapatero, hasta los más altos puestos. Eran todos »bien nacidos, y todos habían recibido una educación »liberal. Lo más notable es que todos eran discípulos »de la misma Universidad. Cambridge tuvo el honor »de educar á esos célebres obispos protestantes cuyo »entusiasmo Oxford tuvo el honor de excitar; y en Cam»bridge se formaron las inteligencias de todos esos hom-

(1) *Life of Cavendish.*

»bres de Estado, á quienes se debe, principalmente, »el establecimiento de la Reforma en el norte de Eu»ropa.» (1)

Muchos de los más ilustres hombres de Estado pertenecientes á esta categoría, se hicieron célebres durante las dos últimas centurias, tales como Fox, Pitt y otros; aunque en tiempo reciente algunos de los más famosos han salido de las filas del comercio. Después de la muerte de Ricardo Cobden, míster Disraeli hizo su elogio, diciendo que era el único hombre de la verdadera clase media que en los actuales tiempos se había distinguido como hombre de Estado; si bien debe recordarse que Burke, Canning, Peel, Macaulay, Wilberforce y Gladstone proceden, precisamente, de la misma clase; y son éstos hombres de Estado, cuyos nombres no se olvidará fácilmente.

Pero muchos de los más grandes hombres han salido de baja esfera, y apenas hubieran podido subir, al trazar su ascendencia, hasta sus abuelos. Exceptuando Beaumont y Flechter, los escritores dramáticos del tiempo de Isabel fueron todos hijos del pueblo. Aunque pobres, recibieron educación, y su pobreza contrastaba, de manera extraordinaria con su talento. Ben Jonson era hijo de un alfarero, y alfarero él mismo. Marlowe era hijo de un zapatero, y Shakespeare de un carnicero y negociante en lanas; en tanto que Massinger era hijo de un criado de casa grande. Vivieron lo mejor que pudieron; escribieron para comer, y subieron á las tablas. Muchos de ellos vivieron miserablemente, y algunos otros fallecieron como perros.

Lutero era hijo de un minero; Pizarro fué porquero cuando niño; Haüy, el mineralogista, era hijo de un tejedor, y Hauteville de un panadero. Hans Sachs era zapatero; Alán Ramsay, peluquero; Samuel Pepys — hombre muy hablador, y de costumbres propias de sastre,—era, realmente, hijo de sastre; Keats era el hijo de un alquilador de caballos; Franklín era tipógrafo; Broms, gañán; Tannahill, tejedor; Telford, albañil; Stephenson, taponero; y otros tuvieron el más humilde ori-

(1) *Ensayos de Macaulay* (edición de 1851), pág. 344.

gen. Voltaire, al hablar de sí mismo y de su origen, omite hablar de su padre, y dice que era nieto de su abuelo. Beranger dice lo mismo respecto de sí. Menciona á su abuelo, el viejo sastre, mas no dice nada de su padre. Canta en su famosa canción: «Soy de humilde nacimiento, de muy humilde nacimiento.» Jasmín, el poeta y barbero provenzal, fué casi el primero de su familia que no falleció en el hospital.

Como hemos podido ver, las tendencias de la constitución y el temperamento en hombres y mujeres, son hereditarios. Se heredan la estatura, las facciones, la forma, la fuerza, la energía, lo largo ó corto de la vida. Darwin ha dicho que la longevidad se perpetúa en las familias; dice también que el daltonismo se ha observado en una familia, durante cinco generaciones. El alemán Hofácker sostiene que hasta la forma de letra es hereditaria. Ciertamente, las enfermedades lo son. La lista de las enfermedades hereditarias es larguísima: escrófulas, tisis, cáncer, locura, gota, y otras dolencias. Míster Gay dice que, según sus observaciones en el hospital de tísicos, el padre transmite la tendencia hereditaria á sus hijos, y la madre á sus hijas. Créese que la gota es enfermedad de los hombres ricos. Pasa del padre á la madre, al hijo y á la hija; y, en ocasiones, va acompañada, no de la riqueza, que la dió origen, sino de la pobreza; entonces es más penosa de soportar.

La estadística prueba que hasta el pauperismo se perpetúa en las familias. Los hábitos malos y perezosos de los padres pasan á los hijos hasta «la tercera y cuarta generación»; la cual debería servir para que los hombres vigilaran su conducta, y dieran buen ejemplo, ya que no por consideración á sí, por consideración á los que le son queridos. «Los padres comen la fruta aceda, y los hijos tienen la dentera.» Los capellanes de prisión demuestran que el culpable engendra al culpable, y los directores de casas de corrección prueban que el vagabundo de una generación es el hijo del vagabundo de la precedente. (1) Todo esto puede parecer co-

(1) El doctor Oliverio Wendell Holmes dice: «Existe algo de terrible en el hecho de que no sólo se reproducen de generación en generación

mo una fatalidad cruel; pero, no obstante, es rigurosamente exacto. Hasta los vicios salvajes se propagan, y tan sólo pueden desarraigarse merced al dominio de sí mismo, á la cultura y á la dirección prudente y justa. Es notable el hecho que indica el doctor Ball (2) de que el crimen de asesinato estuvo, durante varios siglos, limitado casi á los mismos distritos, en Irlanda. El poeta Spenser, cuya casa en Irlanda fué robada é incendiada con un niño recién nacido, hace tres siglos, describe el estado del sudoeste de Irlanda en aquella época, y según se ve, permanece en la misma condición ahora. También es de notar—añade dicho doctor,—que en su *Faery Queen* (*Reina de las Hadas*), que Spenser había escogido el valle de Aberlow como especialmente frecuentado por los malos espíritus—sitio que hasta hace muy poco era célebre por la ferocidad de los crímenes que en él se perpetraban.

El mayor resultado hállase en el hecho de que la habilidad técnica y artística se propaga de padres á hijos. El hijo de un mecánico es mucho más apto para trabajar en las artes mecánicas que el hijo del gañán. Su aptitud parece innata en él. Es más factible de educar á causa de su origen. Hay familias de escultores, de taraceadores, de grabadores y de pintores. Hubo catorce Killian de Ausburgo que llegaron á distinguirse como grabadores, durante cuatro generaciones. Hubo tres Vanderveldes, cuatro Vernets, dos Teniers y dos Rafaeles. Los Gaerner, arquitectos alemanes, florecieron por espacio de dos centurias; y los Milnes, mecánicos, arquitectos é ingenieros, florecieron por espacio de trescientos años. En tales casos, el talento del padre engendra el talento del hijo. De aquí la gran fórmula de Pascal: «La sucesión entera de la humanidad durante un dila-

---

las cualidades características, sino hasta las manifestaciones particulares de ellas. Jonatán Edwards, el joven, refiere la historia de un miserable de Newhaven, que estaba maltratando á su padre, en tanto que el viejo gritaba: «No me arrastres más lejos, porque yo no arrastré á mi padre más allá de este árbol.»

(2) Discurso en la Cámara de los Comunes. 21 de marzo de 1870.

»tado transcurso de siglos, puede considerarse como la »de un solo hombre que existe siempre, y que está cons»tantemente aprendiendo algo nuevo.» Los pueblos orientales tienen gran fe en la virtud de la raza. Las Escrituras contienen varias líneas genealógicas. El primer capítulo de San Mateo contiene la descendencia de David hasta el nacimiento de Cristo. (1) Los árabes conservan su creencia en la genealogía, y Abd-el-Kader da el siguiente ejemplo: «Tómese un arbusto espinoso, y échese »agua de rosas sobre él durante todo el año; á pesar de »eso, no producirá sino espinas; mas tómese una pal»mera, y déjesela sin riego en el terreno más estéril, »y, no obstante, producirá abundancia de dulces fru»tos.»

Plutarco es siempre muy minucioso al describir la descendencia de sus héroes. Los hombres más distinguidos pretendían descender de los dioses ó de los gigantes. Se hacía descender á Platón de Solón, y á Alejandro de Hércules. «Existe en toda gran familia—dijo »César,—la santidad de los reyes, que son jefes de los »hombres, y la majestad de los dioses, que son jefes de »los reyes.» (2) Verdaderamente, es tan común la transmisión del carácter, lo mismo que la de la organización, que sir Enrique Holland dice que sería extraordinario, no que se heredase el carácter, sino al contrario, que dejase de heredarse. Pero hay que admitir que el parecido, en cuanto al carácter, no es tan fácil de discernir como en el caso de las facciones y de la forma; ante todo, porque el carácter depende mucho de las circunstancias, de la educación y cultura, y de las dificultades y obstáculos que deben oponerse á la formación del ser inteligente humano.

Sea como fuere, es una gran ventaja el ser bien nacido; lo mismo en lo moral que en lo intelectual, las aptitudes se propagan con la sangre. Una buena educación es propia de ciertas familias, tanto pobres como ricas, y forma una de las más valiosas partes de su herencia. Pascal sostiene que el tener la ventaja de un

(1) Véase el artículo «Genealogía» en el *Diccionario de la Biblia*, del doctor Smith.

(2) Suetonio. *Julio César*, pág. 6.

buen nacimiento da á las personas que la poseen, á los veinte años, una posición en la consideración y respeto de los demás, que no conseguirían, seguramente, antes de los cuarenta años aquellos que no disfrutan de la misma ventaja. La ventaja de ser bien nacido déjase sentir, no tanto en la posición del individuo en la sociedad, como en su propia elevación moral y mental. Sainte-Beuve, hablando de Lacordaire, dice: «No es indi»ferente, en mi opinión, aun para las futuras convic»ciones y creencias, proceder de una raza sólida y sana. »Cuando sobre un fondo de organización hereditaria, tan »firme y tan claramente delineado, brota un talento sin»gular, cuando llega á manifestarse un gran don de glo»ria, cuando, por ejemplo, desciende la elocuencia, la »palabra de fuego, encuentra digno asiento y marco: es »como el incienso que de antemano tiene el altar y como »el holocausto que se ofrece sobre la roca.»

Varios de los hombres más extraordinarios en la historia—por el maravilloso vigor de carácter y poderosa inteligencia—han nacido de padres naturales. Isaac Disraeli dice, en su *Ensayo sobre Toland*, que los hijos ilegítimos tienen un carácter enérgico y determinado, «que »el doctor Flécher explica en virtud de los principios fisio»lógicos.» Sin penetrar en la historia de los personajes míticos, llegamos al nombre ilustre de Carlos Martel, llamado «el Martillo», hijo natural de Pepino el Breve, el cual, en poco tiempo, contuvo á los sarracenos que con rapidez invadían la cristiandad y, por último, los destrozó en la gran batalla de Tours. Esto dió, en verdad, nueva dirección á la historia moderna, y á no ser por el valor de Carlos Martel y de su ejército, una gran parte de Europa hubiera podido ser todavía mahometana en lugar de ser cristiana. Pepino, hijo de Martel, fué proclamado rey de los francos, y su hijo y sucesor Carlomagno fué el hombre más grande de la historia europea en los primeros tiempos, y tal vez de toda la historia, si se exceptúan los de Alejandro Magno y César.

Prescindiendo de otros muchos nombres, hallamos á Guillermo el Conquistador, hijo ilegítimo de Roberto el Diablo de Normandía. Guillermo conquistó la corona de Inglaterra en Hastings y la conservó con maravilloso

vigor. Algunos de los más ilustres de la casa de Steward eran ilegítimos; tales fueron Murray, «el buen regente», hijo de Jacobo V de Escocia y de lady Margarita Erskine; y el duque de Berwick, hijo de Jacobo II de Inglaterra y de Arabela Churchill, hermana del duque de Malborough. Montesquieu juzga al duque de Berwick como la verdadera significación del hombre perfecto. «He »leído en los libros de Plutarco lo que fueron los grandes »hombres; en él veo de cerca lo que son.» No obstante, Berwick era frío en sus maneras y de pocas palabras. Cuando preguntaron á la reina de España por qué no había retenido á su servicio á tan gran general, repuso: «Es un diablo de inglés seco que no se aparta nunca de su camino.» Es, quizás, el mayor cumplimiento que se puede hacer á un inglés, decir que habla poco, pero cumple con su deber. Erasmo, el más ilustre sabio de su época, era hijo ilegítimo; su vida, empezada en la desgracia, fué una continua lucha por la luz, el saber y la libertad. Leonardo de Vinci, igualmente, el genio universal, ilustre como pintor, arquitecto, ingeniero y filósofo, fué hijo natural de una noble florentina, cuyo nombre yace en el olvido hace mucho tiempo, mientras que el nombre de su hijo vivirá eternamente. No fué más encumbrado el origen de Boccacio, autor del *Decameron*, y de Jerónimo Cardán, el físico y el filósofo. El mariscal de Sajonia era hijo ilegítimo de Augusto II, rey de Polonia y elector de Sajonia, y de la condesa Koningsmark, una señorita sueca de alta alcurnia, cuyos vicios heredó su hijo. No es menos de notar que la difunta madama Dudevant, conocida por Jorge Sand, alabábase de descender del gran mariscal. El poeta Prior créese que fué hijo de lord Dorset, (1) del mismo modo que el poeta Savage fué hijo de la unión ilícita de lord Ribers y de la condesa Macclesfield; el primero le abandonó y la segunda le repudió. Juan le Rond d'Alembert fué otro ilustre ilegítimo. Siendo aún muy niño, fué recogido en una fría mañana de noviembre en la escalinata de San Juan le Rond, en París, donde fué abandonado. El comi-

(1) Véase su epitafio á la cabeza de este capítulo.

sario de policía, á quien le llevaron el niño casi moribundo, confió su cuidado á la mujer de un pobre vidriero, quien crió á Juan le Rond. El padre, monsieur Destouches, comisario de artillería, se hizo conocer más tarde y reclamó al niño, y resultó luego que la madre era, nada menos, que la señorita de Tencin, hermana del cardenal Tencin, arzobispo de Lyon. Fué, andando el tiempo, una de las mujeres que más brillaron en París por sus dotes y talento. El padre cuidó de la educación del niño; fué éste colocado en las mejores escuelas y no tardó en mostrar el genio que tanto le distinguió después. Cuando se hizo célebre, su madre, mademoiselle de Tencin, le descubrió el secreto de su nacimiento y le manifestó el deseo de que se fuese á vivir con ella. «¿Qué dice usted, »señora?—exclamó. — ¡Ah! usted es, únicamente, mi »madrastra. ¡Mi verdadera madre es la mujer del vi»driero!» En consecuencia, monsieur d'Alembert volvió á la humilde morada de la pobre mujer que le había criado con tanta ternura y se alegró mucho de poder compartir su hogar por un período de más de cuarenta años. Su buena madre adoptiva apenas pudo, por otra parte, ocultar su desagrado por sus estudios matemáticos mientras se hallaba en el colegio. Cuando d'Alembert le contó lo que había escrito, le dijo: «¡Oh! no seréis nunca más »que un filósofo. ¿Y qué es un filósofo? Un loco que se »atormenta á sí mismo mientras vive para que la gente »pueda hablar de él después de muerto.» Acaso su más elevada noción de una vida feliz era la del vidriero, que come y bebe cuanto quiere. Lord Brougham publicó una admirable reseña de d'Alembert, en su obra *Filósofos en tiempo de Jorge III*, en la cual le pone en primera línea entre los matemáticos, y «el primero entre los filósofos y geómetras que sucedieron á Isaac Newton.»

Si bien algunos hombres han venido al mundo sin verse precedidos ni anunciados por la serie de sus desconocidos antepasados, otros, más favorecidos por el nacimiento, siguieron dando pruebas de la capacidad, talento y carácter que habían heredado. Emilio Deschanel sostiene que es posible definir y descifrar á un hombre, cuando se conoce lo que le rodeó en su juventud y el

modo como ha sido criado. (1) Como es consiguiente, entra por mucho el parentesco. Por lo que toca á los ejemplos individuales, se ha discutido mucho si el niño debe más al padre ó á la madre sus facultades morales é intelectuales. Se ha objetado que el niño debe más á la madre, y puede decirse mucho en favor de esta información. «Los hombres serán siempre lo que las muje»res los hagan—dice Rousseau;—si, por lo tanto, deseáis »tener hombres grandes y virtuosos, imprimid en el áni»mo de las mujeres la grandeza y la virtud.»

Napoleón Bonaparte opinaba que «la buena ó mala »conducta futura de un niño depende enteramente de »la madre.» Una vez, conversando con mademoiselle Campán acerca de la educación pública, observó: «Los »viejos sistemas de enseñanza me parecen faltos de va»lor. ¿Qué piensa usted que se puede todavía desear »para la mejor instrucción del pueblo?»—«Madres—repli»có inmediatamente mademoiselle Campán.» Esta respuesta llamó la atención del Emperador. «Sí—dijo,—ex»pone usted un sistema en una palabra; las madres es»tán naturalmente amaestradas para enseñar convenien»temente á sus hijos.» Napoleón mismo solía atribuir la formación de su carácter á su madre. Era una mujer que se distinguía por su fuerza de voluntad y su vigoroso entendimiento. Uno de los biográfos de Napoleón ha dicho de él: «Nadie ejerció imperio sobre él, excepto su ma»dre, que halló medio, mezclando la ternura, la severi»dad y la estricta justicia, de hacerse amar, respetar y »obedecer de él.»

Esta grandeza de carácter es, en su mayoría, propia del individuo, lo cual se deduce claramente del hecho de que, de una familia numerosa, Napoleón solo llegó á la cumbre de la grandeza, pues los demás miembros la obtuvieron gracias á él. José, el hermano mayor, tuvo la misma madre que Napoleón; sin embargo, el Emperador se quejaba constantemente de la incompetencia y audacia de José. Del mismo modo lord Nelson, que fué uno de los hombres más bravos, nobles y generosos, era hermano de un clérigo que fué ordenado muy joven á causa

(1) *Physiologie des Ecrivains*, pág. 7.

del valor del almirante, y que, á juzgar por su conducta con lady Hamilton y con la hija de Nelson, debió ser uno de los hombres más dignos de desprecio. (1)

En resumen, no hay hecho más comprobado que éste: Las circunstancias que rodean la tierna naturaleza del niño y obran sobre ella, mantienen la más duradera influencia sobre su vida futura, y esas tendencias á dirigir, que están tan profundamente arraigadas y que duran más largo tiempo, nacen cerca de la cuna. No puede ser de otra manera. En la mañana de la vida, cuando la enseñanza se realiza en silencio, el niño se halla por completo en poder de su madre. ¿A quién puede imitar tan naturalmente como á su madre? Al mismo tiempo ésta educa el carácter. El hombre puede dirigir el entendimiento, pero la mujer dirige el corazón. «Sólo la madre—ha dicho Richter,—educa humanamente...» Es verdad que los sacrificios que las mujeres hacen por el mundo son poco conocidos de él. Los hombres gobiernan y conquistan la gloria, y los miles de noches en vela que una madre pasa y los sacrificios que hace para poner en camino á un héroe ó á un poeta, son olvidados, ó más bien, no son tenidos en cuenta; para las mismas madres, casi nada significan: y de este modo, un siglo tras otro, las madres desconocidas y no agradecidas dan al mundo sin cesar guerreros, sabios, reformadores y poetas. Mas, pocas veces encuentra una Cornelia un Plutarco, que una su nombre con el de los Gracos. Pero así como aquellos dos hijos que llevaron á su madre al templo de Delfos fueron recompensados con la muerte, de igual manera el cuidado y la dirección que consagráis á vuestros hijos, encontrará sólo su perfecta recompensa al fin de la vida.

A pesar de la relativa aridez de las biografía acerca de las madres de nuestros grandes hombres, pueden encontrarse casualmente acá y allá detalles que dan luz respecto á la influencia de las mujeres en el desarrollo del carácter. Hemos hablado de la madre de Napoleón; pero la madre de Cromwell no era menos notable por su resolución en los propósitos, su energía en los nego-

(1) Pettigrew. *Memoirs of Nelson*. II, págs. 624 y 625.

cios y su gran sentido común. «Pronta—dice Fórster,—»á responder á las exigencias de la fortuna en los tran»ces más penosos, de espíritu y de energía iguales á su »paciencia y á su dulzura, procurando, con el trabajo de »sus manos á sus cinco hijas, dote bastante para casarias »con hijos de familias tan honradas como la suya, pero »más ricas; poniendo su solo orgullo en la honradez y »su sola pasión en el cariño; conservando, en el soberbio »palacio de Whltehall, los sencillos gustos que la distin»guieron en la vieja cervecería de Huntingdon, y siendo »su único cuidado la salvación de su amado hijo en me»dio de los peligros de su alta posición.» (1)

Hampden, el patriota, se hallaba emparentado con Cromwell por la línea femenina, pues su madre, Isabel Cromwell, era hermana del padre de Oliverio. Una de sus hijas, hermana de Juan Hampden y prima de Oliverio, contrajo matrimonio con el caballero Waller of Agmondesham, y tuvo un solo hijo, Edmundo Waller, el poeta. Sainte-Beuve era de opinión que los grandes poetas heredan más comúnmente el genio y el temperamento de su madre. Por el contrario, Swedenborg sostiene que el hombre hereda el ánimo de su padre y el cuerpo de su madre. El se encontraba en este caso, aunque ha habido muchas excepciones célebres. Sainte-Beuve dice: «Los que buscan en los padres de los grandes »hombres la huella y el origen de su brillante carrera; »los que tratan de hallar en las madres de Walter Scott, »Byron y Lamartine, (2) el secreto del genio de sus »hijos, deben recordar la melancolía y al mismo tiempo »la elevación de carácter de madama de Chateaubriand.» «Al mismo tiempo—añade Sainte-Beuve,—que uno de »los tíos paternos de Chateaubriand, el prior, era poeta »y que otro de sus tíos habíase dedicado á los estudios »é investigaciones históricas.» (3)

La madre de Walter Scott era la hija del profesor Rutherford de Edimburgo; era mujer de mucha perspi-

(1) Fórster. *Life of Oliver Cromwell.*

(2) Sainte-Beuve hace mención también de las hermanas de Lamartine. Royer-Collard, que las conoció personalmente, habla de ellas como de un encantador y melodioso «nido de ruiseñores».

(3) *Portraits contemporains.* I, pág. 22.

cacia. Tenía mucha afición á las letras, y alentó á su hijo en el estudio de las mismas, de las que su padre, —hombre vulgar y severo presbiteriano,—no entendía nada. Escribiendo á Jorge Ellis, dice Scott de su ascendencia: «Mi abuelo era tratante en caballos y en ga»nados, é hizo fortuna: mi bisabuelo era un jacobita y »traidor (como en aquel tiempo eran llamados), y se »arruinó; y después de él encontramos uno ó dos seño»res curiales, medio muertos de hambre, que hacían co»rrerías en caballos flacos, seguidos por lebreles más »flacos aún; recogieron, con grandes trabajos, unas cien »libras entre cien colonos; se batieron en duelo, levan»taron el ala de su sombrero, y se llamaron nobles.» (1)

Catalina Gordon de Gight, la madre de lord Byron, era una mujer de extraordinaria vehemencia de sentimientos, y de un temperamento violento y mal equilibrado. Quizás fué ella la que transmitió á su hijo esa pasión céltica, que dió tanto vigor á su poesía. En *Don Juan*, Byron se vanagloriaba de ser «medio escocés por el nacimiento y escocés completo por la educación». La índole caprichosa y la indudable obstinación de su madre ejercieron una influencia poderosa en su carácter, como se pudo observar en la testarudez mórbida y en la amargura llena de desconfianza de su corta, pero brillante carrera. Corroído por las penas, desventurado, grande, aunque débil, arrastró tras sí, durante su vida, el peso de su herencia materna.

Entre otros poetas, Gray y Cowper heredaron el instinto poético de sus madres, á las que profesaban ardiente cariño. Gray escribía á un amigo, después de la muerte de su madre: «Comprendo, ahora, con todo mi corazón, que no se puede tener más que una madre.» La madre de Cowper, Ana Donne, era descendiente del poeta Donne. También Swift descendía verdaderamente de poetas, pues su madre era una Herrick y su abuela una Dryden.

Thomson había heredado su instinto poético de su madre, que era una mujer de facultades nada vulgares, y dotada de muy fogosa imaginación. Southey habla con

(1) Lockhart. *Life of Scott* (8.ª edición), pág. 231.

gran sentimiento y afecto de su madre. «Nunca—dice »en su autobiografía,—se vió dotado un ser humano de »temperamento más apacible ni de más felices disposi»ciones. Tenía excelente comprensión y una facilidad pa»ra aprender, que rara vez he visto sobrepujada. No he »conocido, tampoco, una igual á ella en rapidez de inte»ligencia, en bondad natural, y en esa especie de mag»netismo moral que conquista el afecto de cuantos ro»dean al que lo posee.»

Fontenelle confesaba que había heredado sus dones intelectuales de su madre, hermana de Corneille; en tanto que Carlota Corday descendía, en línea recta, de otra hermana. La madre de Tocqueville era nieta de Malesherbes. Ballande hace derivar su constitución física de su padre, mas «á semejanza de los hombres más »célebres—dice Sainte-Beuve,—había heredado la ter»nura y sensibilidad de su madre». La madre de Manzoni era hija del marqués de Beccaria, el filósofo político, autor de la célebre obra: *Tratado de los delitos y penas*. Kant, el filósofo alemán, solía declarar que debía á la influencia del carácter de su madre la severa inflexibilidad de sus principios morales. Sir Juan Moore, que falleció en la Coruña, tuvo por padre al doctor Moore, autor de *Zeluco* y de otras muchas obras, y por madre á la hija del profesor Simsón, de la Universidad de Glasgow, mujer de una energía de carácter extraordinaria.

Otros muchos ejemplos podríamos citar, como el de lord presidente Mánsfield, cuya madre, mujer de carácter é inteligencia, descendía de Drummond de Hawthornden, mientras que su padre era un ser inútil, que sólo se cuidaba de las modas. La madre de lord canciller Erskine era una mujer de sólido juicio; gracias á sus consejos abandonó su hijo la carrera naval, dedicándose á la del foro, de la que llegó á ser brillante ornamento. El duque de Wéllington también se parecía mucho á su madre, así en la facciones como en el cuerpo. «Era—dice míster Gleig,—una mujer de gran ta»lento y de carácter enérgico; mientras que su padre, el »conde de Mornington, distinguíase, sobre todo, por su »afición á la música—su composición de *Here in Cool »Grot* (*Aquí en la fresca gruta*), es aún admirada.» Los

Napier fueron, asimismo, hijos de una noble, hermosa y heroica mujer, lady Sarah Lennox, última biznieta superviviente de Carlos II. La madre de lord Brongham, para la que tuvo él constantemente las más tiernas deferencias, era sobrina del profesor Robertson, el historiador. Era mujer de poderosa inteligencia, mientras que su padre era un noble rural vulgarísimo. El barón Cuvier era hijo de un oficial retirado, completamente desconocido; pero su madre era una mujer de carácter superior, que se consagró asiduamente á la educación de su hijo. Aunque no conocía el latín, le hacía repetir las lecciones, le enseñaba á dibujar, le animaba á leer libros de historia y literatura, y contribuyó á desarrollar en él esa pasión por los conocimientos, y esa curiosidad hacia todo lo animado é inanimado, que, según decía el mismo Cuvier, «constituyó el manantial de su vida». Madama de Sevigné se vió también reproducida en sus hijos—en su hijo el caballero lleno de gracia é ingenio, y en su hija, madama de Grignan, en la que, dice Sainte-Beuve, «hallamos la razón suprema en todas sus dignidades y estados».

Antes de pasar á otro asunto, debemos mencionar una notable circunstancia relacionada con el carácter moral de las familias. Cuando la madre es buena y virtuosa—aun cuando el padre sea descuidado, vicioso y envilecido,—ella puede, con la influencia de su ejemplo y con el poder eficaz de su dulzura y cariño, salvar á sus hijos y ponerlos en camino de ser virtuosos. Pero cuando su carácter es malo—á despecho de la bondad y excelencia del padre,—son muy raros los casos en que se puede esperar algo bueno de los hijos. Ni las solas ventajas de la educación, ni el rodear á los hijos de riquezas y comodidades, puede compensar la necesidad que tienen de una buena madre. Es ella la que mantiene principalmente la influencia del hogar. Del hogar, que es la escuela, no solamente de los afectos sociales, sino también de las ideas y máximas que gobiernan el mundo. De él salen los elementos que forman las naciones, y los andadores de los niños se transforman, en manos de las buenas madres, en las riendas del gobierno moral.

Muchos hombres notables han sido, de igual modo,

afortunados por parte de su padre y de su madre, teniendo la suerte de ser así doblemente bien nacidos. Un notable ejemplo de ello lo hallamos en lord Bacón. Su padre, lord Nicolás Bacón, fué primer canciller durante los primeros veinte años del reinado de Isabel. Era un hombre de elevada cultura, de noble carácter, y eminente lo mismo como letrado que como gobernante, pues ocupó un puesto inmediato al de Burleigh, entre los grandes hombres de su época. La madre de Bacón era Ana Cooke, una de las hijas del sabio sir Antonio Cooke. Era mujer de cultura nada común y de grandes méritos, muy versada en el griego y el latín, y al corriente de muchas de las lenguas modernas. Tradujo, del toscano, los sermones de Ochine, y del latín, la *Apología* del obispo Jewel. Sus tres hermanas eran, de igual modo, cultas y educadas. Mildreda, la mayor, casó con el gran lord Burleigh; y Roger Ascham dice de ella que era la mejor helenista entre las mujeres de Inglaterra, exceptuando á lady Juana Grey. Roberto, hijo de lady Burleigh, conde de Salísbury, y primer lord de la Tesorería, era un hombre de gran energía y de perspicacia penetrante; era conocido como uno de los más inteligentes ministros de su tiempo. De las otras dos hermanas, Isabel escribió epístolas y elegías en griego y en latín, é hizo asimismo buenas traducciones del francés; y la tercera hermana, Catalina, fué famosa por su erudición en hebreo, griego y latín, así como por su talento político. La misma reina Isabel era muy versada en lenguas, pues sabía latín y griego, así como también francés, español, italiano y alemán.

Lutero, Tasso, Schiller, Gœthe, Burns y Wesley tuvieron la misma suerte por parte de padre y madre. La madre de Lutero nos la presentan como «una mujer »virtuosa, casta, temerosa de Dios, y el orgullo de Mer»ha.» (1) Su padre Juan era hombre de honradez intachable y de firmeza en sus decisiones; su carácter no estaba mal simbolizado por sus armas—un martillo en

(1) Moore, en su *Life of Byron* (vida de Byron), escribe: «En muchos casos las madres de los poetas ilustres han tenido razón para estar orgullosas, tanto del cariño como de la gloria de sus hijos; y Tasso, Pope, Gray y Cowper, figuran entre los ejemplos célebres de cariño filial. En los

un bloque de granito.—El padre de Tasso, Bernardo, era poeta bastante distinguido, aunque su fama se ha visto obscurecida por la de su hijo; mientras que su madre era una mujer dotada del más tierno y hermoso carácter. Durante el destierro de su esposo desarrolló cuidadosamente el genio de su hijo, que le correspondió ardientemente á su afecto. (1) Schiller heredó el carácter de su madre, pareciéndose por completo á ella en el rostro, en el cuerpo y en el temperamento. Tenía el mismo talle, grande y esbelto, de su madre, la misma cabellera rubia, igual mirada suave, la misma frente despejada, y la misma expresión melancólica. La madre, como el hijo, era piadosa, ferviente y entusiasta; le atraían vivamente las bellezas de la Naturaleza, y se aficionaba apasionadamente á la música y poesía. Por su parte, el padre de Schiller era hombre de singular probidad y excelente carácter, y en medio de grandes dificultades siguió derechamente su camino como diligente cultivador de la filosofía y la ciencia. Gœthe, igualmente, demostró en su carácter la excelente mezcla de las cualidades de sus padres. «He heredado de mi padre—dice, —»una especie de elocuencia á propósito para infundir »mis doctrinas en mis oyentes; y de mi madre la facul»tad de representar con energía y vivacidad todo lo que »puede concebir la imaginación.» Era una mujer de muy buen criterio, llena de cariño; escribía cartas encantadoras, y en todos conceptos era la más estimable de las mujeres. Un entusiasta admirador de su hijo, después de una larga entrevista con ella, dijo: «Ahora me explico por qué Gœthe ha llegado á ser tal como es.»

Burns, el poeta, heredó sus cualidades intelectuales de su padre, hombre excelente, lleno de buen sentido, y de carácter viril. Burns reconoció que le era deudor de todo lo que sabía. «He encontrado—añade,—pocos »hombres capaces de conocer como él á los hombres, »sus costumbres y su conducta.» Burns se parecía, asi-

---

pequeños poemas de Tasso hay pocas cosas tan bellas como la descripción, en la *Canción al Metauro*, de la primera separación de su madre:

«Me dal sen della madre empia fortuna
Pargoletto divelse», etc.

(1) Audin. *Histoire de Martin Luther.*

mismo, á él, en su temperamento irritable y melancólico, que ensombreció de tal modo su vida. Pero también se parecía á su madre, que, según él dice, era «una mujer muy sagaz». Como la madre de Scott, inflamó desde muy temprano el genio de su hijo, recitándole las antiguas baladas de la comarca. Y de este modo, la naturaleza poética del niño fué nutriéndose y desarrollándose, merced á la influencia del ejemplo y cariño de sus padres.

Juan Wesley debió también excelentes dotes á su padre y á su madre. Los Wesley (1) eran buenos, llenos de confianza en sí mismos, y perseverantes educadores de hombres. Por espacio de cuatro generaciones, por lo menos, varios miembros de la familia distinguiéronse, en sumo grado, como ministros y hombres de Iglesia, y tenaces reivindicadores de los derechos de la conciencia. El reverendo Bartolomé Wesley, tatarabuelo de Juan Wesley, fué ministro *no conformista* en Charnmouth, cerca de Lyme, en la época de la República. Siguió aferrado á sus principios, fué expulsado de su carrera en la Restauración, y falleció al poco tiempo. Su hijo, el reverendo Juan Wesley, maestro en artes, era un eminente orientalista. Obtuvo el nombramiento de vicario de Winterborne, Whitechurch y Dorser; y se vió, como su padre, expulsado de su carrera, al llegar la Restauración. Fué también reducido á prisión, y también multado; no obstante, continuó predicando, pero después de su última prisión, murió á la temprana edad de treinta y cuatro años. El reverendo Samuel Wesley, hijo del mártir y de su viuda, sobrina del reverendo Tomás Fuller, historiador de la Iglesia, fué el padre de Juan y de Carlos Wesley, fundadores de la secta de los metodistas. Samuel Wesley era un hombre enérgico y de arraigadas convicciones. Fué á Oxford con poco di-

(1) Se asegura que corre en las venas de los Wesley la sangre de Wellesley. Garret Wellesley de Dungansson, miembro del Parlamento por Meoth, considerando á los Wesley como de su familia, ofreció hacer heredero á Carlos, á condición de que quisiese ir y establecerse en Irlanda, y que renunciase á su propósito de ir á Oxford. Esta oferta no fué admitida, y míster Wellesley dejó sus propiedades y su nombre á su primo Ricardo Colley, creado más tarde barón de Mornington, padre del primer conde de Mornington y abuelo del primer duque de Wellington.

nero en el bolsillo; logró entrar en el *Exeter Colegio* como estudiante criado, obtuvo una beca, y siguió sus estudios con ella. Trabajó hasta llegar á ser bachiller en artes; pasó á Londres, y fué ordenado. Ejerció como ministro en Londres durante un año, más tarde como capellán á bordo de un barco de guerra otro año, y después de más de dos años de servicio como ministro en Londres, fué elegido para un pequeño beneficio en South Ormsby, en Lincolnshire. Cuando Jacobo II publicó su decreto ordenando que la declaración de la libertad de conciencia fuese leída en todas las iglesias, Wesley fué instado á que apoyase las resoluciones de la corte, y cumpliese la orden del rey; mas, no tan sólo se negó á leer la declaración real, sino que predicó contra ella un sermón ante un auditorio compuesto, en parte, de cortesanos, soldados y espías. Sobrevino la revolución de 1688, y entonces habló y escribió en defensa del nuevo orden de cosas. En 1693 fué nombrado para el beneficio de Epworth, en Lincolnshire, y allí fué donde nació Juan Wesley.

La madre de Wesley fué, asimismo, una mujer notable. Era la hija de otro ministro no conformista, que había sido también expulsado por la Restauración, el ilustre doctor Samuel Annesley, próximo pariente del conde irlandés de Anglesey. Como su marido, eligió, también, su carrera en la religión, y después de concienzudas investigaciones, se separó de los disidentes y se unió á la Iglesia. Era mujer de profundas convicciones, así en política como en religión; y como era partidaria de los Estuardos, no consintió en decir Amén en la oración por el rey Guillermo, lo cual originó la separación temporal de su marido, que apoyó la revolución de 1688. Era una madre ejemplar y abnegada, y guió á sus hijos (que eran diecinueve), por la senda de la honradez, de la virtud y de la bondad. Durante las ausencias de su marido para asistir á las asambleas del clero anglicano, como no había servicio de la tarde el domingo, ella oraba con su familia en la casa, leía un sermón, y después entablaba con ellos una conversación religiosa. Los feligreses mostraban gran deseo de que se les permitiese concurrir á dichas reuniones, y al fin

mistress Wesley aceptó. Pero vinieron muchas más personas de las que podía contener la casa. El caso fué referido á su esposo durante su ausencia, con tales colores, que él escribió á su esposa exigiendo que desistiese de tales asambleas, ó, en todo caso, que procurase la ayuda de una persona con carácter canónico que predicase en su lugar. Ella contestó á esta carta vindicando su conducta de una manera tan franca, sincera y sensible, que él no tuvo nada que oponer á sus lecturas y pláticas del domingo. Tal fué la madre de los Wesley; y no cabe la menor duda de que su enseñanza y ejemplos ejercieron poderosa influencia en el carácter de sus hijos. Southey, en su *Life of Wesley*, dice: «Juan y »Carlos se hallaban, por este tiempo, bajo el cuidado de »su madre, la cual consagraba todo el tiempo que po»día á discurrir con cada uno de sus hijos, una no»che de la semana, acerca de los deberes y de las espe»ranzas de los cristianos; y puede creerse con funda»mento que estas circunstancias de su niñez ejercieron »gran influencia en su conducta cuando se hicieron fun»dadores y directores de la nueva comunidad de cris»tianos.» (1)

Mas, si bien pueden citarse éstos y otros muchos ejemplos para demostrar que la capacidad, el talento y el carácter se heredan del padre y de la madre, ó de la madre solamente, hay, no obstante, casos numerosos en que la transmisión se verifica directamente en línea masculina.

Un antiguo proverbio dice: «De tal padre tal hijo.» A veces se reproducen, durante siglos, los mismos rasgos del semblante é idénticas cualidades de talento. El difunto Tomás Taylor publicó un curioso informe al dar cuenta de un retrato de Juan Wycliffe, que estaba en posesión del conde de Denbigh. Dice míster Taylor: «... hallamos una prueba notable del parecido, en el he»cho de que un pastor de Yorkshire, que vive aún, hijo »del último Wycliffe de Gales, encontró en Ginebra »un alemán que se había consagrado al estudio de las »obras é historia de Wycliffe, el cual le preguntó si te-

(1) Southey. *Life of Wesley* (edición de 1864), pág. 13.

»nía algún parentesco con el célebre reformador inglés.» El alemán se alegró en extremo de saber la historia del descendiente del hombre de Yorkshire. La transmisión del aire de familia puede también comprobarse comparando los rasgos del primer lord Shaftésbury, con las del séptimo lord Shaftésbury, el distinguido filántropo.

Pero ya hemos relatado en otro lugar las curiosas semejanzas de rostros y de facciones en las galerías de retratos de las antiguas familias. Expongamos ahora la transmisión del talento y cualidades artísticas, lo mismo en los pintores que en los músicos. El padre de Rafael era pintor distinguido, y fué primer maestro de su célebre hijo. El hermano, hijo y nieto del Ticiano fueron artistas de mérito. Hubo tres Bellini, artistas venecianos, el padre y dos hijos, de los que Juan, el segundo hijo de Jacobo, distinguióse sobremanera entre todos. Los Sangallo eran una familia de artistas y arquitectos italianos, cuatro de los cuales llegaron á conquistar el más alto renombre. Los tres Caraccio parientes figuran entre los más ilustres pintores de Italia. Nicolás Abati, el célebre italiano, pintor de frescos, tenía un hermano que llegó á ser notable como pintor de caballos y de batallas, y su hijo y nieto fueron ambos artistas de talento. Los cinco Bassanos, el padre y cuatro hijos, fueron pintores famosos. El padre de Canova trabajó en mármol y fué también escultor.

En Francia ha ocurrido otro tanto. Tres hijos de Jacobo Sigiberto Adam, de Nancy, á semejanza de su padre, fueron eminentes escultores en la primera mitad del último siglo. Lo mismo sucedió con los cuatro Coustons, Antonio Coisevox y sus dos sobrinos, Nicolás y Guillermo, en tanto que Guillermo, el más joven, hijo del último, obtuvo el primer premio de la Academia. Los Basire fueron una familia de grabadores, que se transmitieron este arte de padres á hijos. Los Picort fueron, también, otra familia de grabadores, de los que Bernardo, el último, sobresalió entre todos. También hubo cuatro Vernet, todos pintores, padre, hijo, nieto y biznieto. El primero floreció á principios del siglo pasado y el último en nuestra época.

Igual descendencia artística puede formarse de los Países Bajos. Así Gyp y Pablo Pótter, los dos eran hijos de pintores. Matsys, el joven, era hijo de Quintín Matsys: su madre era, asimismo, hija de un pintor. Los dos Teniers eran padre é hijo. Los tres Vandervelde eran padre, hijo y nieto. Rafael Mengs era hijo de un pintor mediocre. Entre nosotros ha habido algunos ejemplos semejantes. Nollekens era hijo de un escultor. Los cuatro Stone, padre y tres hijos, eran escultores. Los dos Pickersgills eran tío y sobrino. Los cinco Nasmyth, de Edimburgo, padre, hijo y tres hijas, eran pintores; casi puede añadirse un sexto, el inventor del martillo de vapor, que es también un artista.

Hablemos ahora de los músicos. Los dos Scarlatti, padre é hijo, fueron igualmente distinguidos; hubo también un nieto compositor músico, pero menos famoso que sus predecesores. Toda la familia de Bach parece haber sido música. El fundador fué Veit Bach, el molinero de Presburgo, que vivió en los comienzos del siglo XVI; y durante seis generaciones, se transmitió, sin interrupción, el talento músico en la familia. Hasta la mitad del siglo pasado, había llegado á cincuenta y ocho el número de los descendientes varones de Veit, todos los cuales, según Forkel, habían sido profesores de música. (1) El genio de la familia llega á su grado culminante en Juan Sebastián Bach; cuatro de sus hijos, y cinco de sus hijas, fueron todos ilustres en su arte. El padre y el abuelo de Beethoven fueron músicos de profesión. El padre de Wéber era un músico fanático que tocaba el violín por doquiera, en las calles y en el campo. El padre de Mozart era un músico de talento, segundo maestro de capilla y compositor del arzobispo de Salzburgo; pero luego encontramos que el talento viene á menos en el hijo de Mozart mismo. El padre de Haydn tocaba el arpa, como él decía, «sin saber uno nota de música». El padre de Rossini era tocador de trompa, en la orquesta de una compañía ambulante. Mendelssohn procedía de una familia que se distinguió

(1) *Allgemeine Musikalische Zeitung*, 1823.

mucho más en la ciencia que en la música; su abuelo fué Moisés Mendelssohn, el célebre lingüista y filósofo. (1)

En gran número de familias parece hereditario el talento para la ciencia y la política. Los Escalígeros, padre é hijo, fueron igualmente ilustres como eruditos y críticos. Otro tanto ocurrió con los dos Struve, Jorge Adam y su hijo Burchard Gotthelf, aunque varios miembros de la familia ocuparon altos cargos en el Estado como legistas y gobernantes. Gerardo é Isaac Vossio, padre é hijo, fueron los hombres más eruditos de su tiempo. En el mismo caso están los dos Casaubon, padre é hijo, igualmente distinguidos por su ciencia. Los dos Aldini, Juan y Antonio, uno de los cuales se distinguió como gobernante y el otro como filósofo, eran sobrinos de Galvani, el descubridor del galvanismo. Los dos Strozzi, de Florencia, se hicieron célebres, como eruditos y políticos, durante tres siglos. Otra rama de la misma familia, establecida en Ferrara, fué notable por el número de poetas y críticos que produjo. Los Stephens, oriundos de Francia, fueron grandes impresores y eruditos. Nada menos que diez individuos de la familia llegaron al grado más eminente en literatura escolástica, durante dos centurias. La familia Basnage produjo, asimismo, eminentes predicadores, legistas y eruditos. Los d'Aubigné, de Ginebra, originarios de Francia, produjeron, durante tres siglos, hombres eminentes en erudición, en el sacerdocio y en la historia. Los tres hermanos Schlégel fueron eminentes, casi en el mismo grado, como eruditos y críticos. En los Estados Unidos, encontramos tres miembros de la familia Adams: Juan Adams, presidente; Juan Quincey Adams y Carlos Francisco Adams, todos eminentes por su talento como estadistas. Los tres Matters, Ricardo, Increase y Cotton, padre, hijo y nieto, igualmente eminentes en teología. En la lápida del monumento sepulcral erigido á su me-

---

(1) Debe hacerse notar que Milton heredó el gusto musical de su padre, el cual era excelente músico y compositor, aunque escritor; varias de sus composiciones se hallan insertas en la *History of Music*, de Burney.

moria en el cementerio de la iglesia de Dórchester, en el Massachusets, se lee la siguiente inscripción:

Bajo esta piedra reposa Ricardo Matter, que tuvo un hijo más ilustre que su padre, y un nieto más ilustre que ambos.

La herencia de las facultades heroicas en línea masculina se halla comprobada extraordinariamente por la historia de los Nassau. Empezaron á figurar en la historia á mediados del siglo XI. La rama mayor permaneció en Alemania y ocupó el trono imperial en el siglo XIII, en la persona de Adolfo de Nassau; además dió á la nación gran número de electores, obispos y generales. La rama segunda, que llegó á ser la más ilustre, se puso al frente de Holanda en su lucha por la libertad contra el poder imperial de España y Francia. Guillermo I de Orange, conocido por «Guillermo el Taciturno», fué el primero que se puso á la cabeza de Holanda en su lucha contra la tiranía de Carlos V y de su hijo Felipe II. Vióse obligado á luchar con enemigos tan fuertes como el duque de Alba, don Juan de Austria, Alejandro Farnesio de Parma apoyados por los poderosos ejércitos de España é Italia. Mas combatió contra ellos con éxito, y al fin firmó el célebre tratado de Utrech, que formó la sólida base de la República de Holanda. (1)

Su cabeza fué pregonada, y recibió la muerte de manos de un agente de sus enemigos; pero continuó su obra Mauricio, príncipe de Nassau, que fué elegido estatúder en lugar de su padre, y, con el auxilio de las fuerzas inglesas, logró arrancar á Holanda de la dominación de España. Sucedióle su hermano Federico Enrique, y después vino Guillermo III, príncipe de Orarge, el segundo conquistador de Inglaterra. En realidad, las dos historias de míster Motley, *Rise of the Dutch Republic* (*Principio de la República Holandesa*), é *History of the United Netherlands* (*Historia de los Paises Bajos*), consti-

(1) **Los talentos y virtudes de la familia de Nassau se continuaron en la línea femenina. Carlota, duquesa de la Trémouille, era hija de Guillermo, segundo príncipe de Orange; y fué también hija suya Carlota, casada con lord Strange, más tarde conde de Derby, que dirigió la defensa de Lathom House contra el ejército parlamentario, una de las hazañas más notables de aquella época caballeresca.**

tuyen los más ilustres monumentos del heroico valor de los hombres de la casa de Nassau. También parecen ser hereditarias las cualidades de gobernante. Los Stanley de los reinados de Eduardo II y III, tienen representación en el reinado de Victoria; y los Cecils del reinado de Isabel, están representados por el actual lord Salísbury. Los Russells, del reinado de Carlos II, se hallan representados en la política moderna. La familia escocesa de Beatón, ó Béthune, ha seguido produciendo hombres de Estado, eclesiásticos y diplomáticos por espacio de más de dos siglos. Entre los modernos hombres de Estado, encontramos á los dos Pitt, padre é hijo; á los dos Fox, padre é hijo, lord Holland y Carlos Jacobo Fox, á los que puede añadirse el difunto lord Wassal Holland; á los dos Peels, padre é hijo, y á su sucesor, el presidente de la Cámara de los Comunes; á los dos Canning, padre é hijo, así como al «gran Elchie», lord Strafford Canning (de Redcliffe). Los Temple se han distinguido también por sus dones hereditarios de saber, elocuencia y gobierno, que alcanzaron grado más eminente en el difunto lord Pálmerston, primer ministro.

De igual modo se propaga en las familias la distinción en la magistratura y en las letras. Míster Francis Galton, en su *Hereditary Genius* (*El genio hereditario*), 1869, presenta una enumeración cuidadosa de los jueces de Inglaterra, de 1600 á 1805, de la cual se deduce que gran número de ellos tuvieron uno ó más parientes ilustres, aunque debemos confesar que el mayor número de ellos y los más distinguidos carecieron de tales relaciones que les permitieran abrirse paso en su carrera y en la sociedad.

Además de los citados ejemplos, los Sheridan parecen haber poseído el más extraordinario talento hereditario por espacio de varias generaciones. El primer individuo que logró fama en la familia, fué el doctor Sheridan, amigo íntimo y compañero de elección de Jonatán Swift. Era ingenioso erudito y músico, pero, á la vez, descuidado, pobre y completamente ignorante del valor del dinero. Su hijo, el director Tomás, fué célebre como autor y como director de escena. Asimismo

fué autor de la *Vida del deán Swift* y de un *Diccionario de la lengua inglesa*.

El hijo de Tomás fué el muy honorable Ricardo Brinsley Sheridan, autor ingenioso de algunas comedias muy notables, erudito y orador, que aventajó á su padre y á su abuelo, no solamente en ciencia, sino también en alegre descuido y en imprevisión. Pero la herencia del genio no se detuvo en él; su hijo Tomás fué hombre de gran capacidad, aunque la mala suerte de su padre ejerció funesta influencia sobre su vida; mas sus hijas mistress Norton y mistress Blackwood, ambas mujeres de genio, restauraron la fama intelectual de la familia, que hoy se halla representada por el conde de Dufferin, el noble mantenedor de la reputación de los ingleses en la India.

Los Coleridge han sido, igualmente, una familia de gran talento en la poesía y en la magistratura. Samuel Taylor Coleridge, el poeta y crítico dramático; su hijo Hartley, el poeta, que se asemejaba á su padre en muchos conceptos; otro hijo, el reverendo Derwent Coleridge, que se distinguió mucho como eclesiástico y autor; y Sara Coleridge, su única hija, que alcanzó, asimismo, mucha fama como poetisa y autora. Enrique Nelson Coleridge era sobrino de Samuel Taylor; se distinguió como erudito, escritor y legista. Pero el más famoso legista de la familia fué sir Juan Taylor Coleridge, sobrino también del poeta, el cual, después de una brillante carrera en Oxford, entró en la magistratura, y ascendió, grado por grado, á uno de los más elevados cargos de la misma. Era hombre de grandes conocimientos literarios, y durante algún tiempo hasta llegó á verse abrumado por los negocios, como editor de la *Quarterly Review*. El actual representante legal de la familia es lord Coleridge, primer lord de los tribunales de Inglaterra.

Los Tytler de Woodhouselee, de Edimburgo, han producido, de igual modo, una serie de hombres ilustres en historia y legislación. Guillermo Tytler, autor de *Inquiry into the Evidence against Mary Queen of Scots* (*Investigación hasta la evidencia contra María, reina de Escocia*), tuvo por hijo á lord Woodhouselee, magis-

trado é historiador, y por nieto á Alejandro Fráxer Tytler, que escribió una de las mejores historias de Escocia. Sus dos hijas fueron también muy notables como escritoras de admirables relatos históricos.

Los Taylor de Ongar han sido también una familia esencialmente literaria, entre cuyos individuos figuran Carlos Taylor, el sabio editor de *Calmet;* Isaac Taylor, que además de inventor de una canilla para la cerveza y perfeccionador de una máquina para grabar en cobre (en la que empleó siete años), fué también autor de la *Natural history of enthusiasm* (*Historia natural del entusiasmo*), y de otros libros, con los que conquistó inmensa reputación en su tiempo; Jeffrey Taylor, autor de *Apostolic age in Britain* (*Época apostólica en Bretaña*); Ana y Juana Taylor, autoras de muchas obras muy populares, y el reverendo Isaac Taylor, hijo mayor del autor del ya citado Isaac Taylor, y que á su vez fué autor de *Words and places* (*Palabras y lugares*), y otras obras notables, y que es ahora el representante de la familia.

La familia Kemble presenta casi el más notable grupo de actores y actrices conocidos. Entre ellos encontramos á Rogelio Kemble (algunos dicen que el nombre original era Campbell), director de escena en Prescott, en Lancashire, á mediados del último siglo. De él descendían Juan Felipe Kemble y Sara Kemble (después mistress Siddons), Jorge Esteban Kemble, Francisca Kemble, Carlos Kemble é Isabel Kemble. Fueron todos actores y actrices ilustres. En la tercera generación hallamos á Adelaida Kemble (después Sartoris), y á Francisca Kemble (después Butler); dos de ellas llegaron á ser actrices notables, y la última fué también autora. El anciano actor Macklin, que llegó á los cien años, dirigéndose á Juan Kemble, le dijo: «Señor, he conoci»do á vuestra familia de generación en generación. Os »he visto representar en vuestra juventud; y he visto á »vuestro padre y á vuestro abuelo: era un gran actor.» Puede agregarse también que Juan Miguel Kemble, hijo de Carlos, fué uno de los eruditos anglosajones más ilustres de su tiempo.

Otros casos existen en que el talento hereditario no se

ha extendido por tan larga serie de años, sino que ha pasado simplemente del padre al hijo ó á la hija. Por ejemplo, en este caso se hallan los dos Colman, los dos Kean, los dos Wedgewood, los dos d'Israeli, los dos Mill, los dos Stewart, los dos Allan Ramsay, los dos Macaulay, los dos Carlos Lyell, los dos Stephenson y los dos Brunel. Tenemos, asimismo, á Nécker, el hacendista, y á su célebre hija madame de Staël; al doctor Burney y á su hija madame d'Arblay; á Edgeworth y á su hija la famosa novelista; á Thackeray y á su hija mistress Ritchie, autora de *Isabel* y de otras novelas. Lucas, en su obra acerca de la herencia, dice que el movimiento ascendente de la exaltación de las facultades de la mayor parte de los fundadores de familias, se suele detener en la tercera generación; en ocasiones, llega á la cuarta, y difícilmente á la quinta. Y muy frecuentemente no va más allá de la primera generación, comenzando y deteniéndose en ella.

Para muchas personas puede parecer, á primera vista, absurdo que el talento se propague por medio de la sangre; sin embargo, hay muchos ejemplos notables de esta forma de herencia. Los Cassini, cuyo nombre se halla íntimamente unido á la historia de la astronomía, ocuparon el puesto de astrónomos reales en Francia durante ciento veintidós años. No ha habido menos de ocho miembros de la familia Bernouilli que se hayan distinguido, en grados diferentes, durante cuatro generaciones. A semejanza de los Cassini, distinguiéronse, sobre todo por su genio matemático. Los Gregory de Aberdeen, aunque unidos por parentesco con Rob Roy Machregor, se distinguieron, durante tres generaciones, por su aptitud para las ciencias físicas. Hacia mediados del siglo XVII, Jacobo Gregory, muy docto matemático, inventó el telescopio reflector, en tanto que su hermano David, tambien eminente en la mencionada ciencia, fué la primera persona en Escocia que poseyó y empleó el barómetro. Los descendientes de ambos hermanos extendieron la reputación de su familia, muy especialmente en lo relativo á las ciencias naturales, y Chalmers establece, en su *Biographical Dictionary*, que no hubo menos de dieciséis miembros de esta familia que

ejercieron, en diferentes épocas, el profesorado, principalmente en las Universidades de Escocia.

Los Bell fueron otra familia escocesa que se distinguió también en el foro, en la cirugía y en la fisiología; el último de ellos fué Carlos Bell, aunque no el menos ilustre. Los Monro, de Edimburgo, se distinguieron como anatómicos, durante cuatro generaciones. Los Húnter, Guillermo y Juan, alcanzaron fama europea; su hermana fué la madre del famoso doctor Mateo Baillie y de Juana Baillie, poetisa y autora dramática. Hubo seis Sowerby, todos ellos naturalistas ilustres.

Los Hérschell, padre é hijo, fueron igualmente grandes astrónomos; y Carolina Lucrecia, hermana de Hérschell el viejo, fué una observadora tan asidua y paciente como ambos, habiendo descubierto siete nuevos cometas con auxilio del telescopio que su hermano construyó especialmente para su uso. En 1798 publicó, á expensas de la Sociedad Real, un *Catálogo de estrellas*, sacado de las observaciones de míster Flamsteed, obra astronómica muy importante. A la muerte de su hermano, en 1822, volvió á Hannover, á la edad de setenta y dos años, para acabar allí sus días. Pero no estuvo ociosa; prosiguió su labor astronómica, y en 1828 completó el catálogo de las estrellas observadas por su hermano, por lo cual le concedió la Sociedad Astronómica de Londres la medalla de oro. Falleció en 1848, á los noventa y ocho años. También la familia de Darwin demostró original talento investigador durante cuatro generaciones; Carlos Darwin, el autor del *Origen de las especies*, era nieto del doctor Darwin, poeta y naturalista al mismo tiempo que médico; mientras que Jorge Darwin, hijo de Carlos, obtuvo el segundo premio de matemáticas en Cambridge, y se hizo notable por sus conocimientos en historia natural y fisiología.

Podemos deducir, por éstos y otros ejemplos, que la herencia ha sido universal. En la simple formación física esto prevalece en gran parte. Existen algunas cosas, como las verrugas y el estrabismo, que se propagan en las familias; y no sólo eso, sino también el tener la piel gruesa, fina, escamosa, y seis dedos en los pies y en las manos, igualmente que la ceguera y dalto-

nismo, raquitismo y labios leporinos, brazos largos y piernas largas, cabezas duras y piernas de palo. ¿Cómo piernas de palo? Ha existido una familia de marinos, en las costas del Sud, famosa durante varias generaciones por los jefes y almirantes que dió á la armada. Estos se vieron en gran número de terribles batallas y, á menudo, volvían á su casa mutilados, y tenían que recurrir á la ayuda del carpintero para poder andar. De aquí el dicho vulgar: «En esa familia se heredan las patas de palo.»

Afirma Jeremías Bentham que hasta el roncar se hereda. «Si un Bentham no ronca, no es legítimo. Mi pa»dre roncaba, mi madre roncaba y, si mi sobrino no »ronca, es un impostor.» (1) Pero de mucha más importancia que el roncar es la idiotez hereditaria. «Conoz»co—dice Háller en sus *Elementos de fisiologia*, (2)— »un ejemplo notabilísimo de dos mujeres nobles que se »casaron á causa de su riqueza, aunque eran casi idio»tas, y de ellas se ha extendido este defecto mental á »varias familias durante una centuria; de manera que »algunos de sus descendientes continuaron siendo idio»tas en la cuarta y hasta en la quinta generación.»

El más notable caso es el de un rico comerciante que juntamente con su riqueza introdujo sus modales en una familia aristocrática. Cuando alguno de sus descendientes hacía una grosería más ó menos grande, era común decir: «¡Oh! es solamente la sangre del viejo pellejero que sale á la superficie.» En la novela de Smollett, el *Peregrine Pickle*, el héroe encuentra una joven y bella gitana en el camino, la lleva á casa, la viste como una señorita, la educa, la lleva á los bailes y baila con ella. Por último halla que todo es perfecto. La joven asiste á una reunión en que se juega á las cartas, y allí encuentra una señorita distinguida que le hace una trampa; entonces, la violencia de su naturaleza, se desmuestra bruscamente, insulta á su contrincante, le echa maldiciones y juramentos y sale de la estancia con palabras y gestos abominables, con arreglo á sus

(1) Bowring. *Memoirs of Bentham*, pág. 567.
(2) *Elem. Fisiol.*, lib. XXIV, sec. 2, párrafo 8.

antiguas costumbres de gitana. «No es posible hacer una bolsa de seda con una oreja de cerdo.»

Una cosa existe en que no tiene influencia la herencia, y es el genio, especialmente el genio poético. Aunque el talento es hereditario en muchas familias, el genio es en otras una cosa simplemente vitalicia, á semejanza de la antigua caballería. En el caso de los hombres de genio más grande, nada notable se echa de ver ni por parte del padre ni por parte de la madre. Estos genios aislados permanecen solitarios en medio de las generaciones á que pertenecen. Si bien pueden dejar descendientes, éstos entran en la masa común de los hombres. Antes de ellos nada ha habido en su raza ni nada después. Intelectualmente, parecen no haber tenido padre ni madre. Han sido los creadores de su propio cerebro; y á semejanza del mariscal Junot, han sido sus propios antecesores. Las circunstancias en que nacieron y en medio de las cuales se han formado y educado, pueden haber sido más favorables para el desarrollo de su genio que la condición de su nacimiento. Al mismo tiempo puede decirse que el genio desafía el análisis, y no se puede determinar su origen. Tal ha sido, en particular, el caso de los grandes poetas. Aparecen como cometas, desaparecen siguiendo su trayectoria y nos dejan estupefactos. Chaucer, Spenser, Shakespeare, se presentan y desaparecen. Shakespeare fué el solo hombre de su tiempo; no hubo otro antes ni después. De igual manera no hemos tenido más que un Milton. El padre y la madre de Wordsworth eran personas ordinarias. Byron fué el único hombre de genio en su familia. Shelley tenía origen aristocrático, pero poco distinguido. Este poeta fué una contradicción práctica de la teoría de la herencia. Era el único cerebro de su familia, un ganglio poético, un nervio palpitante, un ser casi etéreo. Si el genio fuese hereditario, ¿qué no podíamos esperar del hijo de Shelley, el poeta? Enrique Crabb Robinson, en su *Diary* (*Diario*), (1) escribe: «Mistress Shelley vino »con su hijo. Si el talento es hereditario, ¿qué no podrá

(1) *Diary Reminiscences and Correspondence.* III, pág. 174.

»ser este niño, por cuyas venas corre la sangre de God-»win, María Woolstonecraft, Shelley y mistress She-»lley? ¡Qué novela constituye la historia de su naci-»miento!» Keats no tuvo ascendencia poética. Su padre era un alquilador de caballos, y su madre distinguióse solamente por su amor á los placeres que, á la verdad, ocasionó el prematuro nacimiento del poeta. (1)

Los casos de hombres de ilustre nacimiento que no han dado muestra alguna del talento ó genio que distinguió á sus progenitores son muy numerosos. Es más, con frecuencia han manifestado un carácter completamente opuesto. Los antiguos, á pesar de sus consideraciones hacia el nacimiento y la nobleza, no eran insensibles á los hechos que contradicen esta teoría. «No siem-»pre nacen hijos nobles de padres nobles—dice Sófo-»cles,—ni hijos malos de padres malos; mas esto no »ha sido dado á ninguna cosa mortal.» Temístocles pudo hacer de su hijo un jinete excelente, pero no logró hacerlo un hombre bueno. Arístides, Pericles y Tucídides fracasaron igualmente respecto de sus hijos. Germánico, uno de los más prudentes y virtuosos entre los generales romanos, y Agripina, su esposa, una de las mujeres más nobles y virtuosas, tuvieron seis hijos, y ni uno solo mostró poseer un átomo de la bondad de sus padres. Dos de ellos—un hijo, Cayo César, más conocido por el nombre de Calígula, y una hija, Agripina,—alcanzaron una infamia excepcional por la bajeza de sus crímenes. Agripina fué madre de Nerón, uno de los mayores monstruos de la antigüedad, y eso que Nerón tuvo por maestro á Séneca. El emperador Marco Aurelio fué modelo de virtud y de saber, en tanto que su hijo el emperador Cómodo fué un monstruo de crueldad. Escipión el joven, hijo del Africano, fué loco y pródigo. Marco, el borracho, era el hijo de Cicerón, que le dedicó su célebre obra *De officiis*. Arcadio y Honorio fueron los débiles é infelices hijos del gran Teodosio.

Tratemos de épocas más recientes. No hubo paladín más famoso por su piedad heroica que el conde Jo-

(1) Lord Houghton, *Life of Keats* (edición de 1867), pág. 3.

celyn de Francia, al cual le sucedió su hijo, célebre por sus borracheras y lujuria; perdió el principado de su padre y murió de hambre. Al virtuoso y batallador Eduardo I de Inglaterra le sucedió su hijo Eduardo II, vicioso y tímido. El cruel Carlos de Anjou era hermano del piadoso San Luis.

Durante algunos años después, del matrimonio de sir Tomás Moore, su esposa sólo tuvo hijas y anhelaba ardientemente tener un hijo. Al fin tuvo un hijo, que al llegar á la edad viril era débil y simple. Sir Tomás le dijo á su mujer: «Has pedido tan largo tiempo un niño, que lo será mientras viva.» Tully, el célebre teólogo, tuvo un hijo que fué, por desgracia, loco, y se mostró por completo lo contrario de su padre. Un hijo puede procurar vivir de la fama de su padre, aunque pierda toda probabilidad de alcanzar nada por sí mismo, á no ser por su arrogante figura.

El hijo de Lutero frustró por completo las esperanzas de su padre; era desarreglado y desobediente. El primogénito de Wáller fué desheredado y enviado á Nueva Jersey, como «falto de sentido común.» Ricardo Cromwell, hijo de Oliverio, no se parecía en nada ni á su padre ni á su madre; era indolente y apático, y se manifestó satisfecho de abandonar el alto cargo del Gobierno á que había sido elevado. El hijo de Guillermo Penn, el cuáquero, era un fanfarrón, ó, según el dicho vulgar, un perdido. El hijo de Juan Howard, el filántropo, era vicioso, desenfrenado, y su vida acabó, prematuramente, con la locura. El único superviviente de Addison fué una hija de cortos alcances. Lord Chesterfield escribió algunas cartas notables á su hijo, aconsejándole la cortesía y buenas maneras y, no obstante, el hijo fué mal educado y grosero. El hijo de Walter Scott era oficial de caballería, se avergonzaba de la reputación literaria de su padre, y alabábase de no haber leído nunca sus novelas. Entre otras anomalías de la descendencia puede mencionarse el que Tomás Paine (autor de *Age of Reason*) tuvo por padre á un digno cuáquero de Thetford; Guillermo Godwin era hijo de un ministro independiente de Lowestoft, y el hijo de

Franklín fué monárquico leal, y disfrutaba una pensión del Gobierno inglés.

Aun en el arte mismo abundan idénticas anomalías. Voltaire ha dicho, en su vida de Molière que, «se ha »observado que casi todos los que se han creado una »reputación en las bellas artes, las han cultivado á des»pecho de sus padres, y que la naturaleza ha sido siem»pre más fuerte que la educación.» Es completamente exacto que en la mayoría de los casos los artistas han tenido que abrirse camino en medio de los mayores obstáculos: Claudio Lorraine era pastelero; Tintoretto, tintorero; Giotto fué, de niño, campesino; Zíngaro, bohemio, y á éstos pueden agregarse varios artistas de nuestro país, tales como Opie y Romney, que eran carpinteros; Northcote, relojero; Jackson, sastre; Esty, impresor, y Lough, albañil. Reynolds asegura que no es el nacimiento lo que hace á los artistas, sino la oportunidad, la aplicación y la laboriosidad. La Naturaleza debe, es cierto, contribuir con sus dones; pero sólo el trabajo continuo puede desarrollarlos. Rembrandt, uno de los artistas más ilustres, tuvo un hijo, Tito, á quien procuró hacer pintor con el mayor esmero; pero todos sus esfuerzos fracasaron, y la única fama que alcanzó Tito fué la de ser hijo de su padre.

Cuando Blanquini, el músico, estuvo en Milán, quiso presentar sus respetos al hijo del célebre Mozart. Le encontró en su despacho, le saludó y le felicitó por su glorioso nacimiento. El joven Mozart era algo huraño, y le respondió sólo con monosílabos. «Pero, ¿realmente— »dijo el visitante,—es cierto que es usted hijo del gran »Mozart?»—«Sí, señor.»—«¿Ha venido usted á este país »de las artes protegido por la sombra de su padre?»— «¡Hum!»—«¿Espero que será usted aficionado al piano »ó al violín?»—«¿Por quién me toma usted? No me »agrada la música.»—«¡Cómo! ¿no es usted músico?»— «No, señor; soy banquero. Esta es la música que á mí »me gusta.» Y cogiendo un puñado de luises los dejó caer, produciendo sobre la mesa el alegre sonido del oro. «Esta,— repitió, — es la música que me agrada.» Blanquini salió de su presencia disgustado.

Es común el fin ignominioso de los grandes linajes. La noble familia de los Hastings, descendientes de reyes, por cuyas venas corría la sangre de los Plantagenet y la de la piadosa condesa de Huntingdon, se extinguió en la persona de un tahur. «El décimo heredero »de una cara estúpida—como dice Byron,—se reduce »á casi nada.» La antigua familia de los Stafford acabó en un zapatero de viejo, que no pudo pasar de *ultra crepidam*. La familia De Vere terminó en el vigésimo conde, que deshonró su noble sangre. Un descendiente de Dudley fué encargado de cobrar un peaje á la vista de las torres que daban nombre á la baronía que había heredado. El último de los Plantagenet fué sacristán en la iglesia de West-End. El *Newgate Calendar* relata la muerte de un noble lord cuyos antepasados vinieron con el Conquistador. El descendiente en línea recta de Dermott Mac Murrough, el último rey traidor de Leinster, fué hallado recientemente trabajando como albañil en Liverpool, bajo el nombre de Doyle. El último representante del conde de Ulster, que floreció en la época de la reina Isabel, era recientemente agente de policía en Liverpool. El nieto de uno de los más ilustres miembros del Parlamento irlandés, que se distinguió no solamente como orador sino también como poeta crítico, era mozo de taberna en un establecimiento cerca de Liverpool Exchange. El último descendiente de Vasco de Gama servía de bodeguero. Hemos elegido algunos de los muchos ejemplos de degradación de los linajes, así como también de los cambios de fortuna.

«El rey—dice Landlord,—puede dispensar toda clase »de títulos y dignidades, á imitación de lo que hizo San»cho Panza en su isla, de manera que lleguen á ser »tan fastidiosos como los moscardones; mas no puede »salvar á aquellos á quienes los dispensa de caer en »la podredumbre y en el olvido.» «El emperador—dice »Gregorio Magno,—puede dar á un mono el nombre de »león, pero no está en su mano convertirlo en dicho »animal.» Un nacimiento ilustre sólo puede ser ennoblecido por la virtud, y éste es un título de nobleza que no puede dispensar el rey. Jacobo I vendió la dignidad de par por dinero, pero decía al mismo tiempo:

«¡Bah! ¡bah! Puedo hacer un lord, mas no puedo hacer un caballero.»

La nobleza de corazón puede poseerse como un privilegio imposible de enajenar, porque constituye un don exclusivo de Dios. De aquí que los mejores entre nuestros grandes hombres son los que se llaman hombres *improvisados*. Personas de humilde prosapia pueden poseer un espíritu noble, y hacerse nobles por su bondad, virtud y trabajo. La gran distinción que sclamente merece el amor y la admiración es completamente independiente de ese esplendor adventicio que, por mucho que adorne ó acompañe á uno, no puede constituir por sí mismo la grandeza. El hijo de un comerciante en lanas es el hombre más ilustre en la historia de Inglaterra, y el hijo de un carnicero es el más distinguido de los poetas ingleses. El genio es como el viento, sopla donde le place. El genio surge á despecho de las circunstancias y se abre camino por sí mismo. La paciencia busca un camino y el genio se lo abre.

Las inteligencias más elevadas han sido creadas más bien que desarrolladas. Hemos visto familias de un nivel intelectual relativamente bajo, engendrar y dar á luz un genio. ¿Cómo es que un genio se ha convertido en hombre, mientras dormía en sus obscuros padres? ¿Es merced á la ley de desarrollo ó á la ley de creación? Ha sido en virtud de la ley de crecimiento, lo mismo que en virtud de la de desarrollo y creación. Respiramos un aliento de vida independiente conforme á las leyes independientes, y cuando la inspiración del genio empieza, la ley de creación obra como si lo hubiera hecho desde el primer instante.

Verdad es que el espíritu de cada hombre sufre más ó menos la influencia de las circunstancias que le rodean. Los hombres son modificados por la época en que viven. Con tal que hereden energía y fuerza de voluntad, sus facultades se desarrollan al choque de las dificultades y la obstrucción y se hacen famosos. Por lo que toca á los hijos, las circunstancias varían. No han sufrido la influencia de la lucha con las dificultades; el camino de la vida ha sido completamente llano para ellos. Se han limitado á gozar de la celebridad de sus

padres, y al fin se han confundido con el rebaño de los hombres vulgares. (1)

¿Cuántos *parvenus* y aventureros ha habido? Entre los más ilustres, Shakespeare, Jonson, Milton, Dryden, Pope, Burns y Wordsworth, poetas; Newton, Davy, Watt y Faraday, filósofos; Temístocles, César, Guillermo el Conquistador, Pizarro, Cortés y Bonaparte, guerreros; Burke, Sheridan, Canning, Peel, Lyndhurstu, Cobden y d'Israeli, políticos; Jeremías Taylor, Bunyan, Tillotso, doctor Johnson, Richardson y Carlyle, literatos y teólogos; Arkwright, Bryndley, Maudsley, los Brunel, los Stephenson, constructores é ingenieros, y casi todos los artistas y escultores.

También América es un país de hombres improvisados. Aunque hay muchos hombres que han llegado á la cúspide de la grandeza, muy pocos de los más notables han heredado fama y fortuna. Wáshington, aunque propietario rural y agrimensor, era casi el único noble por la cuna en aquella admirable reunión de pensadores y hombres de acción. Franklín fué, en un principio, impresor; Sherman, zapatero; Roux, encuadernador; Green, herrero; Juan Adams y Marshall, hijos de pobres colonos; y Hámilton, el genio más sutil, vehemente y eléctrico de todos ellos, empezó por ser dependiente de un tendero. Daniel Wébster, hijo de un colono, fué sacado del oficio de boyero merced á la perspicacia de Cristóbal Gore. Calhoun era el hijo de un curtidor de pieles; y el padre de Enrique Clay pertenecía á la clase más modesta de ministros anabaptistas; Tomás Corwin era carretero; Silas Wright, obrero mecánico; Abraham Lincoln, aserrador de madera y más tarde trabajador en las barcazas que navegan por el Mississipí,

(1) «Haré observar solamente que el hijo de un hombre distinguido en las ciencias ó en las letras se ve rara vez colocado en las circunstancias que han concurrido en la labor de su padre, y que le es generalmente más grato gozar de los resultados ventajosos de esta celebridad, que hacer esfuerzos para conquistar una propia; y que, por último, es más común ver al hijo de un sabio seguir dignamente las huellas de su padre, que al hijo de un poeta hacerse ilustre en el culto de las musas, ¿es por ventura la imaginación menos hereditaria que el raciocinio?» Tissot, *De la santé des gens des lettres*, edité par Boisseau, p. 87.

y Cleveland, expresidente de los Estados Unidos fué, en un principio, maestro de escuela. De Bruyère dice, para terminar respecto á estos personajes ilustres: «Estos »hombres no tuvieron antepasados ni posteridad, ellos »solos constituyen su raza.»

Esto no ofrece duda en cuanto á los hombres improvisados. Son los que han realizado las grandes empresas en el mundo. Dieron á luz los más grandes pensamientos, escribieron las obras más duraderas, llevaron á cabo las más grandes hazañas, pintaron los más bellos cuadros y esculpieron las más nobles estatuas. Porque los hombres improvisados constituyen el pueblo, pertenecen al pueblo y han salido de él. En verdad puede decirse que son el pueblo mismo. Al reconocer el gran número de hombres improvisados de la época presente, reconocemos tan sólo y proclamamos, en otros términos, la dignidad del trabajo, los derechos de la laboriosidad y el poder de la inteligencia. Porque se debe tributar verdadero honor al hombre honrado que saca de sí mismo, merced á su nativa energía, un nombre y una fortuna, ejercitando activamente las facultades que posee como hombre.

Se ha observado á menudo que los hombres de genio, en su mayor parte, no tienen hijos. Muchos se quedan solteros, y hasta cuando se casan tienen muy pocos hijos, y éstos viven poco. Míster Croker, en su edición de la *Vida de Johnson*, dice: «Digno es de tener en cuen»ta que ninguno de nuestros grandes poetas y aun muy »pocos de los de segunda fila, dejan posteridad. Sha»kespeare, Jonson, Otway, Milton, Deyden, Rowe, Ad»dison, Pope, Swift, Gay, Johnson, Goldsmith y Cow»per no han dejado herederos de su nombre. A éstos »podemos añadir lord Byron, que no tuvo herederos »varones. Parece que está escrito que los únicos here»deros de los grandes hombres destinados á sobrevivir»les, sean los hijos de su inteligencia. Sir Isaac Newton »no dejó heredero. La rama masculina de sir Cristóbal »Wren se ha extinguido. También han dejado de existir »las familias de sir Josué Reynolds, del doctor John»son, de Oliverio Goldsmith, de Crindley, de Telford y »de Faraday. El hijo de Jorge Stephenson no dejó he-

»redero directo. Varios de los grandes hombres antes »mencionados permanecieron solteros; de modo que sólo »quedan de ellos los hijos de su inteligencia.» «Segura»mente — dice Bacón, — cualquiera puede ver que los »trabajos y empresas más nobles han procedido de hom»bres sin hijos, que han procurado dejarnos la imagen »de sus almas, en tanto que se han perdido las de sus »cuerpos. Así, pues, el cuidado de la posteridad es ma»yor en aquellos que carecen de ella.» (1)

(1) Essay VII: «Of parents and children.» (De los padres y los hijos).

VI

ENFERMEDADES LITERARIAS.—EXCESO DE TRABAJO CEREBRAL

Es necesario conocernos á nosotros mismos, y no olvidar que tenemos cuerpo y alma.—PASCAL.

«Se lo diré á todo el mundo, dijo Smellfungus.» — «Mejor hubieras hecho en decírselo á tu médico.»—STERNE, *de Smollett*.

Honra al médico, pues Dios lo ha criado; no dejes que se aparte de ti, porque te hace falta.—ECLESIÁSTICO.

La fuerza de la Naturaleza en la juventud se sobrepone á muchos excesos que el hombre tiene que pagar en la ancianidad. Tén en cuenta que pasan los años, y procura no incurrir en las mismas faltas, porque no hay que desafiar á la vejez.—LORD BACÓN.

«Señor enano, dije intrépidamente, tu cabeza es muy grande, y tus pies y miembros algo pequeños proporcionadamente.»—»He llenado mi cabeza, respondió él, de conocimientos, hasta el colmo; y he enflaquecido mis miembros con la falta de ejercicio y la abstención de alimento.» — «¿Podré yo adquirir la sabiduría de tu solitaria biblioteca?» — «Sí, por cierto.» —«¿Bajo qué condiciones?» — «Renuncia á los groseros placeres de la carne, come legumbres y bebe agua; no hables sino con el prudente y el sabio, ya vivo, ya muerto.» — «¡Cómo! ¿Hace falta morir para ser sabio?»—SIR WALTER SCOTT, *Three years before his death* (Tres años antes de su muerte).

Ya hemos visto que los grandes hombres eran grandes trabajadores, que algunos de ellos florecieron temprano y que otros florecieron en edad tardía. Algunos, no obstante, no llegaron á florecer. No llegaron á la ma-

durez, sino que sucumbieron luchando por la grandeza, y murieron en medio de sus esfuerzos.

Southey dice de Kirke White: «Pereció, realmente, »víctima de su aplicación. Cambridge acabó con él. Co»mo sus nervios estaban continuamente sobreexcitados »de tal modo, que pasaba muy malas noches, le daban »medicinas para que pudiese llegar hasta el examen de »los premios. ¡El caballo ganó, pero murió después de »la carrera!»

Un estudiante de Oxford, aludiendo á un amigo suyo, decía: «Estudiaba quince horas al día y llegó á ser »el primero; pero el pobre chico llegó también á tener »una fiebre cerebral.» De otro decía: «Mi amigo trabaja »para alcanzar premios. Una noche oímos un tremendo »ruido en su habitación, y fuimos á ver lo que ocurría; »lo encontramos revolcándose en el suelo víctima de un »accidente epiléptico.» El doctor Garnett, haciendo mención de su dominio de la *Ilíada*, dice: «Llegué á conse»guirlo en un mes, pero estuvo á punto de acabar con»migo.» Vivió, sin embargo, y llegó á tener gran reputación como filólogo.

El bienestar y la comodidad no son, generalmente, patrimonio de los que pretenden escalar las escarpadas alturas de la fama literaria. La corona del poeta es, frecuentemente, una corona de martirio. Hay un antiguo proverbio que dice: «Dios ha marcado los frutos del ár»bol de la ciencia con una señal expresiva: el fruto es »suave y sabroso, pero, á menudo, produce el dolor y la »muerte.» La corona de laurel oculta un círculo de espinas y el aumento de los conocimientos es, frecuentemente, aumento de tristeza.

«El hombre—ha dicho Esquirol, — es una máquina nerviosa dirigida por un temperamento.» «El héroe más »grande—dice Bolingbroke,—no vale nada en determi»nado estado de los nervios.» Balzac describe el genio como una fiebre intermitente. «Almas heroicas—dice un santo,—no tengáis cuerpo.» «Animo, alma mía—decía »un padre de la Iglesia;—desafiemos la flaqueza del cuer»po.» Mas no se debe desafiar al cuerpo, y el espíritu, por muy grande que sea, no puede triunfar de la materia. «Los hombres de imaginación exaltada—dice Pinel

—»perecen víctimas del cerebro, y éste es el fin de mu»chos que se proponen conquistar fama y honores.»

Los poetas y artistas que producen sus obras bajo el dominio de la excitación, tienen gran irritabilidad nerviosa, ya por su naturaleza ó ya por su vocación. Como su cerebro obra sobre su sistema nervioso á semejanza de una máquina eléctrica, ó suministrando incesantemente fuerza nerviosa, ya por medio de corrientes, ya por medio de chispas, su efecto agotador es proporcional á la intensidad y á la duración. Es éste un gasto constante que sólo puede restaurarse con un descanso prolongado. Pero si no hay este reposo, habrá agotamiento, desorganización y destrucción del poder vital. «He escrito—dice Southey,—un corto pero muy intere»sante informe relativo á Lucrecia Davidson, una poe»tisa americana, muerta, como Kirke White, por sobre»excitación, á los diecisiete años. Es el caso más verí»dico.» (1)

Se asegura que Gounod, el gran compositor músico, se veía siempre atacado por una misteriosa enfermedad, cuando se hallaba á punto de dar á luz una de sus obras; pero el misterio queda claramente explicado por la excitación nerviosa y el trabajo cerebral á que se vió sometido durante su preparación. Gœthe dice que la composición de cada una de sus grandes obras fué seguida de una enfermedad. Schiller, según Carlyle, escribió sus obras más notables durante los últimos quince años de su vida; ahora bien, como se ha demostrado, ni un solo día de este período dejó de sufrir dolores. Carlyle mismo decía á los estudiantes de Edimburgo que él juzgaba la salud y la producción literaria como incompatibles, y que tan pronto como empezaba una obra, se veía acometido de un malestar más ó menos grande, que le duraba hasta que la terminaba. Una de sus últimas obras, *Federico el Grande*, le originó gran ansiedad y tormento; y míster Carlyle dijo al autor de estas líneas, que pensó «que le había de costar la vida». El difunto doctor Darwin no podía trabajar más de tres horas diarias. Hasta el hablar le excitaba. Cuando el autor

(1) Southey, *Life and Correspondence*, VI, pág. 73.

le vió en su casa de Down, le dijo: «La conversación »se ha hecho muy excitante; permítame usted que me »retire.»

La excitación del cerebro reacciona sobre los nervios, el estómago, el corazón, el hígado, y, realmente, sobre el organismo entero. Tenemos pocos pensadores robustos y de buen semblante. «*Tristes philosophi et severi*», era la expresión de Varrón; y la observación nos los presenta pálidos, «enfermizos, con ese matiz pálido de los pensadores», si ya no melancólicos y dispépsicos. La palidez de los pensadores y la blancura temprana de sus cabellos, los hace asemejarse al «volcán cubierto de nieve.»

La acción del cerebro es una especie de combustión vital. Engendra fuego y calor, y al engendarlo arde como el carbón en la hornilla. Con tal que las pérdidas sean regularmente suplidas por el alimento, el sueño y el reposo, el trabajo cerebral es saludable; pero cuando el combustible es deficiente á causa de la dispepsia, de la falta de ejercicio ó insomnio, el trabajo cerebral resulta aniquilador más ó menos tarde. El sagaz Jorge Stephenson conoció bien el error en que se incurre abusando de sus fuerzas. Habiendo encontrado á su amigo Lidley agotado y deprimido por su excesiva aplicación á los trabajos de ingeniería, que también requieren gran trabajo cerebral, le dijo: «Lidley, ahora veo lo que te pasa; »pretendes sacar treinta chelines de una libra: mi opi»nión es que debes *renunciar á ello*.»

Cuando las facultades del sistema humano se hallan ejercitadas con la debida proporción, y las funciones vitales caminan al unísono, el resultado es la salud. Galeno dice: «La salud es la simetría; la enfermedad es »la deformidad. (*Sanitas est symetria, morbus autem »ametria*).» Con estudiantes ganosos de adelantar, el cerebro y los nervios se ejercitan fuera de toda medida con respecto á los demás del organismo, y el resultado es falta de simetría y falta de salud. El hombre se transforma en ganglio; todo en él es nervios: el cerebro, el corazón, el estómago, la piel, y hasta los dedos de los pies. El más potente y delicado de los órganos se ve so-

brecargado de trabajo, en tanto que se atrofia la energía muscular.

Es indudable que el resultado del trabajo cerebral vale mucho, puesto que con él se adquieren poder, riqueza y honores; pero ¡á qué costa se obtienen, con frecuencia! Exceso de trabajo y depresión, abuso y quebranto del cerebro son, en ocasiones, el fin de más de un glorioso sueño; y hasta cuando se consigue lo que se desea, sólo se logra á costa de debilidad y mala salud continuas. La observación de Federico el Grande de que el hombre parece más apto por su naturaleza para postillón que para filósofo, no deja de ser cierta en algún modo. El trabajo cerebral moderado es incuestionablemente sano; pero cuando es excesivo resulta todo lo contrario. Todos los que trabajan excesivamente con el cerebro — ya sean matemáticos, filósofos, legistas, predicadores, autores ú hombres de negocios, — lo hacen á expensas de la salud física. Los productos del trabajo mental excesivo, como sucede con la perla en la ostra, van frecuentemente acompañados de enfermedades, si es que no son el resultado de ellas.

Gozando de buena salud, la irritabilidad nerviosa del organismo se halla distribuida equitativamente entre los órganos vitales, así en lo relativo á la digestión, nutrición y circulación, como en lo referente á la reparación de las pérdidas; pero cuando es absorbida principalmente por el cerebro, órgano del pensamiento, sufren, forzosamente, las demás partes del organismo. Las funciones se perturban ó se suspenden en parte. El estómago es el primer órgano que se siente afectado por la emoción y la ansiedad mentales. De aquí la dispepsia, los desórdenes biliosos, la gota y las distintas dolencias de que se ven afligidos los hombres sedentarios que trabajan con el cerebro.

De consiguiente, todos los que trabajan excesivamente con el cerebro lo hacen á expensas de la salud. Si se cultiva casi exclusivamente el sistema nervioso, el organismo completo se ve fuera de quicio; la simetría de los órganos, para emplear la frase de Galeno, se ve interrumpida; no duran más largo tiempo el preciso acuerdo y equilibrio, y cesa la regularidad en la manifestación

de las funciones; de aquí el cansancio del estómago, la *bulimia doctorum*. El hombre puede hacerse rico y célebre, mas ¿de qué le sirve todo esto sin la salud? La preocupación de los trabajadores cerebrales no consiste tanto en ganar los alimentos, como en digerirlos. Para emplear la exacta y hasta jocosa comparación de Vogel: «Sus estómagos se vuelven tan flojos como el papel secante.» Voltaire dice del presidente Henault, tan rico en dones naturales como en bienes de fortuna: «Nada importa, pues *no puede digerir*.» El mismo Voltaire escribía á lord Chesterfield: «Lord Huntingdon me dice »que tiene usted un buen estómago; lo que vale mucho »más que un buen par de oídos. No sé cuál de esos tres »males es peor: ser ciego, ser sordo, ó no poder di»gerir.»

Un médico alemán ha dicho que si se pudiese conocer la causa primitiva de los acontecimientos humanos, se vería con frecuencia que los infortunios de un hombre son producidos por el hígado de otro. «Sin esta maldita »bilis—dice Napoleón—no hubiera yo ganado grandes »batallas.» La estrella del Emperador comenzó, evidentemente, á obscurecerse, cuando su salud empezó á decaer. Un antiguo escritor habla del estómago como de «el padre de la familia». Si este «padre» no se alimenta y descansa como es debido, tórnase turbulento, se disgusta, se encoleriza y, por último, se rebela. Sidney Smith dice de la indigestión: «Algunas viejas amista»des han sido destruidas por el queso tostado: las sen»saciones desagradables del cuerpo originan sentimien»tos correspondientes en el ánimo; á veces un gran in»fortunio es debido á un bocado mal digerido ó mal tra»gado.» El doctor Johnson ha dicho: «Todo hombre es malo cuando está enfermo;» lo que quiere decir que el sentimiento del dolor propio nos hace malévolos; y si esto es verdad tratándose de las grandes enfermedades, lo es también, en menor escala, hablando de las dolencias de menor importancia. De aquí nace que Swift dejase la casa de Pope, donde estaba parando, diciendo que era imposible que dos amigos enfermos pudiesen vivir juntos.

«¡Gran Dios!—decía Pope—¡qué animal tan des»igual es el hombre! ¡cuán inconstante es su ánimo, que

»es su mejor parte, y qué variable es el organismo de »su cuerpo! La firmeza del primero cede al menor sen»timiento, y el temperamento del otro no puede resistir »al menor soplo de viento. ¿Qué es el hombre sino una »gran inconsistencia? La enfermedad y el dolor son el »patrimonio de la mitad de su ser, y la duda y el temor »el de la otra. ¡Cuánto ruido hacemos mientras vivimos, »siendo así que nuestra vida se reduce á un punto! ¡Qué »miras y ambiciones se acumulan en el breve espacio »de nuestra vida que, como dice muy bien Shakespeare, »pasa como un sueño!»

Muy pocos son los grandes pensadores que no hayan sido atormentados por la dispepsia. Calvino fué mártir de ella así como de la jaqueca y del insomnio. Su único remedio era la abstinencia de alimento y de bebida: tomaba sólo una ligera comida cada veinticuatro horas. ¡Cuán diferente de él era el jovial Lutero! No obstante, también sufrió mucho en su cerebro, pues se quejaba de «grandes dolores de cabeza y violentos zumbidos de oídos.» «Cuando quiero trabajar—dice,—mi cabeza »se llena de toda clase de silbidos, zumbidos y ruido de »truenos; y si no dejo de trabajar en el momento, caigo »desvanecido en seguida.» Según él creía, era que le atormentaba el demonio; pero la verdadera causa era el exceso de trabajo cerebral y el desorden del estómago. Si hubiera dejado de trabajar, se hubiera curado; mas no lo hizo, y no se curó. Cuando el profesor Muirhead, de Glasgow, se quejaba de su salud y de su estómago, díjole su médico que si amontonaba todos sus libros en el patio del colegio y les prendía fuego se pondría bueno en seguida.

El poeta Cowper sufría una gran depresión de ánimo. Su melancolía era tan grande, que estuvo más de una vez á punto de suicidarse. La causa de su enfermedad era la mala digestión. Si se hubiera cuidado más de alimentarse y hacer ejercicio, hubiera podido salvarse de los sufrimientos que le atormentaron durante su vida. Como el doctor Johnson, pudo haber adquirido el poder de «gobernar su espíritu», y hasta en gran manera el de dominar sus padecimientos. Pero á causa de su desorden, sus órganos digestivos se debilitaron y se atrofiaron;

para emplear las palabras de su biógrafo, nunca fué regular el curso de su digestión, durante los años que residió en Norfolk; y este último párrafo contiene la esencia de la «historia y misterio de la enfermedad de Cowper

El pintor Haydon, entre otras desgracias, sufrió mucho á causa de la indigestión. Todos los males de su vida se vieron agravados por su habitual abandono en lo relativo á las condiciones de la salud física y por la inmoderada agitación de su vida. En su autobiografía dice: «Veíame forzado á suspender el trabajo, á causa »de mis malas digestiones. Todos los pintores parecen »haber sufrido esta misma dolencia; y, realmente, to»dos los pensadores, fuesen ó no pintores.» Y más adelante añade: «Ahora estoy convencido de que la de»presión del ánimo es consecuencia de la repleción... »Tengo la convicción de que muchos de los dolores y an»gustias que he sufrido en los últimos cuatro días, pro»ceden, únicamente, de malas digestiones.» (1)

Carlyle sufrió también mucho por la misma causa. Desde la época en que comenzó sus estudios en Edimburgo, hasta casi el fin de su vida, fué víctima de la indigestión. Cuando se hallaba en Kirkcaldy, á los veinticuatro años, describía con vigorosos colores la dispepsia «como un ratón que le roía la boca del estómago». Ensayó todos los remedios, sin éxito. Se refugió en la pipa; pero «un asno de largas y peludas orejas», según él describe á un médico de Edimburgo, le ordenó que dejase el tabaco y tomase mercurio. A consecuencia de esto, dejó el tabaco, pero el mercurio no le hizo provecho. Sin embargo, no abandonó el trabajo intelectual. Volvió á fumar, y fumó hasta el fin de su vida. ¿Quién es su médico de usted?—le preguntó un amigo.—«Mi mejor médico—contestó Carlyle,—es un caballo.» Y en Londres corría á más y mejor, teniendo más cuidado de su hígado que del animal. Aludiendo á los siete largos años de sufrimiento que había pasado á causa de la dispepsia, dijo en una ocasión: «Casi ha sido una bendición »disfrazada. Me ha preservado de caer en muchas ten-

(1) Haydon. *Autobiografía*, I, pág. 136; II, págs. 15, 173.

»taciones que podían degradarme; y cuando miro hacia »atrás y considero mi primer estado de ánimo, apenas »puedo darme cuenta de cómo me hubiera podido librar »de ellas en el estado natural de un hombre en este mun»do, no mediando la enfermedad ó una gran desgracia.»

En cierta ocasión, hallándose trastornado por el exceso de trabajo y por el insomnio, bajó á fumar al patio. «La noche pasada—dice (era en junio de 1838),—bajé »á fumar al patio, vestido solamente con la camisa de »dormir. Era una de las noches más hermosas; la luna, »que brillaba como si fuera de plata, vigilaba, desde el »seno de la inmensidad, y la aurora se aproximaba al »Oriente. Sentí un gran remordimiento, una especie de »escalofrío, por lo mucho que me atormentaba á causa »de una noche de insomnio y del tedio que todo me ins»piraba, con una vida destinada á ser tan pronto absor»bida en medio del gran misterio que me rodeaba por »doquiera. ¡Oh, tengamos paciencia! Invoquemos á Dios »en silencio con nuestros corazones, si no podemos in»vocarlo con nuestras lenguas!»

Una de las últimas cartas que escribió Pitt, fué para contestar á la cariñosa y amistosa misiva que había recibido del marqués de Wellesley; en ella decía Pitt que deseaba verle lo más pronto posible, y añadía: «Estoy »reponiéndome lentamente de una serie de enfermeda»des de estómago, seguidas de violentos ataques de gota; »pero creo que estoy ahora en camino de mejorar de »veras.»Sin embargo, Pitt no se volvió á levantar del lecho del dolor. Se dice que la causa de su muerte fueron la batalla de Austerlitz, ganada por Napoleón, y la derrota de la coalición; pero su estómago se hallaba muy quebrantado, y los frecuentes ataques de gota dieron con él en la sepultura.

La gota es enfermedad de las clases elevadas. Generalmente, la mayor parte de los gotosos son hombres ricos, pero también hay «gotosos pobres», que probablemente heredaron esta dolencia de sus antepasados, pues lo mismo puede ser hereditaria que adquirida. Generalmente hablando, es el resultado del exceso de comida y bebida, unida á la falta de ejercicio. Se han visto atacados de ella los hombres más capaces, en to-

das las edades, y es cinco veces más frecuente en los hombres que en las mujeres. Puede ser considerada como una válvula de seguridad del exceso de trabajo cerebral y del exceso de comida. Sydenham, el príncipe de los médicos, fué el primero que la describió minuciosamente; y, no obstante, murió víctima de ella. Sydenham dice de la gota: «A diferencia de otras enfermedades, mata más ricos que pobres, y más sabios que »ignorantes. Entre sus víctimas se cuentan, sobre todo, »grandes reyes, emperadores, generales, almirantes y »filósofos. De este modo, la Naturaleza manifiesta su »imparcialidad, pues aflige por un lado á aquellos á quienes colma de favores por otro.» Además de ser conocida como enfermedad de los ricos, la gota se considera, asimismo, como enfermedad de los estadistas, á causa del gran número de personajes políticos que se han visto atacados de ella. Lord Burleigh, á semejanza de otros primeros ministros, fué víctima de la gota. (1) Debido á esto, la reina Isabel le hacía siempre sentarse en su presencia, diciéndole: «Milord, os estimamos mucho, no »por vuestras malas piernas, sino por vuestra buena cabeza.»

El hombre prudente sabe, por experiencia, que el que emplea mucho más su cerebro y su estómago que sus brazos, piernas y músculos, está más propenso á tener la gota que el que emplea con moderación y economía sus funciones y facultades. No obstante, la gota que se hereda es mucho más difícil de curar. El difunto general T. Perronet Thompson, durante la primera parte de su existencia, fué víctima de la gota, que había here-

(1) Entre los poetas, literatos y filósofos que han padecido la gota, haremos mención de los siguientes: Milton, Dryden, Congreve, La Rochefoucauld, Newton, Sydenham, Leibnitz, Gray, Alfieri, Linneo, Storace, Stillingfleet, doctor J. Gregory, Fielding, Rubens, Le Caille, Horacio Walpole, Franklin, Sydney Smith y otros. Entre los guerreros: Condé, Wallenstein, el mariscal de Sajonia y lord Howe. Entre los políticos: lord Burleigh, Hyde (conde de Clarendon), el conde de Strafford (decapitado), Turgot, el conde Chatham, Pitt, Fox, Wyndham, y á éstos hay que añadir el conde de Granville, el difunto conde de Derby y el conde de Beaconsfield. La anécdota del difunto conde de Derby, aunque muy conocida, merece repetirse. Un negociante en vinos le había enviado una muestra de vino que, según él decía, era un específico para la gota, y le escribió, al poco tiempo, solicitando que lo comprase. El Conde respondió: «He probado el vino que me envió, pero prefiero la gota.»

dado de su padre y su abuelo. Aunque hacía vida activa, pues fué algún tiempo aspirante de la marina real, después teniente de carabineros, y más tarde oficial del 14° de dragones ligeros, se vió siempre atacado de la gota, y á veces muy atormentado por ella. Sin embargo, había sido gobernador de Sierra-Leona, y salió de allí con vida cuando era cosa corriente el decir que Sierra-Leona tenía dos gobernadores, uno que iba con vida y otro que regresaba muerto. Después pasó al 17° de dragones ligeros, que servía en la India. Durante los siete años que permaneció allí, prestó grandes servicios; pero su hazaña más grande consistió en librarse de la gota.

Cuando se vió atacado por primera vez de esta dolencia, llamó al médico, el cual le aconsejó que se privase del vino de Porto. Se privó del vino, pero volvió la gota. Entonces le aconsejó que se abstuviese de vinos ligeros y que tomase, como estimulantes, un poco de brandy ó de alcohol. Usó profusamente el cólquico, la paciencia y la franela, pero no por eso se fué la gota. Prescindió de toda clase de estimulantes y bebió tan sólo agua fresca ó aireada. Sin embargo, la gota volvió, como de costumbre. ¿Qué hizo después? Le mandaron que se privase del buey—por ser, según parece, un fuerte excitante de la gota—y comer solamente carnes blancas, como conejos, aves y caza. Mas no pudo librarse de la gota hasta que no prescindió de toda clase de carnes y se redujo á comer únicamente vegetales. Siguiendo este régimen, llevó á cabo los principales trabajos de su vida. Hízose propietario y editor de la *Westminster Review* en compañía del doctor Bowring; escribió artículos, folletos y el *Corn-Law Catechism* (*Catecismo sobre la ley de los cereales*), inventó el órgano enarmónico, ingresó en el Parlamento, primero como diputado por Hull, y después por Brádford en Yorkshire, y durante el resto de su existencia fué uno de los hombres de espíritu más activo.

En el último año de su vida, cuando tenía ochenta y seis, el autor de este libro, que le había tratado íntimamente en Yorkshire unos veinticinco años antes, escribió al general Thompson preguntándole si había continuado absteniéndose de carnes y de bebidas alcohólicas.

Le contestó: «No he continuado absteniéndome de car»nes, aunque considero dicha abstinencia muy útil y »necesaria en los climas tropicales, mas he seguido abs»teniéndome estrictamente de toda bebida alcohólica; »y en consecuencia, habiendo desaparecido la gota, de»duzco que se debe á esto la ausencia de los síntomas »de gota.»

Esto encierra una advertencia y una deducción moral. Mas, siguiendo las actuales costumbres, mientras los hombres coman y beban mucho, y al mismo tiempo trabaje mucho su cerebro, tendrán dispepsia, desórdenes biliosos, gota, melancolía y otras enfermedades de los órganos digestivos, á las que están, generalmente, sujetos los que trabajan mentalmente. Los antiguos poetas castigaron á Prometeo por haber hurtado el fuego del cielo haciendo que un buitre le royera las entrañas.

Por regla general, el hombre que piensa menos digiere mejor, y el que piensa mucho suele digerir peor. ¡Saludables labradores y filósofos dispépticos! Considerado desde este punto de vista, «es un gran consuelo carecer de entendimiento», como dice Jack Poyntz en *School*. El hombre consagrado á trabajos manuales digiere como un avestruz y apenas sabe dónde tiene el estómago, en tanto que el trabajador intelectual tiene que vigilar cada bocado que come y apenas si puede olvidar que tiene estómago. La dificultad del primero estriba en hallar bastante que comer, y la del segundo en digerir lo que ha comido. «Dame una limosna—dice »el pobre al rico,—tengo hambre.»—«¿Hambre?—dice »el otro,—¡cómo te envidio!»

A pesar de que un escritor alemán ha hecho el elogio de la mala salud, y un profesor francés, Fouquier, ha descrito con mucha elocuencia las ventajas de una constitución delicada, de igual modo que Franklín se extiende acerca de los beneficios de la gota, no cabe duda que el digerir bien es un requisito para pensar bien. «Hubo una época en Alemania—dice Gœthe,—en que »el hombre de genio era representado bajo la forma de »una criaturilla raquítica y casi contrahecha. Por mi »parte, prefiero encontrar el genio en un cuerpo dotado »de una constitución más robusta.» El robusto Gœthe

no podía admitir ninguna conexión entre las escrófulas ó raquitismo y el genio. (1)

El estómago enfermo obra sobre el cerebro y afecta al temperamento y á la inteligencia. La indigestión de Suwift era la principal causa de su cinismo y modificó su espíritu y su carácter. De igual modo la vida de Carlyle fué una continua lamentación originada por la bilis, la dispepsia y los dolores. Hay políticos de carácter tan agrio, que solamente podemos explicarnos su temperamento merced al estado de su digestión. «Dime lo »que comes — dice Brillat-Savarin, — y te diré lo que »eres.» Un médico francés solía decir: «Dime cómo digiere un hombre y te diré cómo piensa.» Los antiguos griegos, aunque hacían la vida de las ciudades, parecen haberse dado cuenta mucho mejor de las condiciones de la salud física. No tenían tantos libros que leer ni tantos exámenes que sufrir y se entregaban mucho más á los ejercicios físicos. Definían al hombre verdaderamente alegre y de buen humor, con la palabra verdaderamente expresiva, mas casi intraducible, de *Eucolos*— hombre de fácil digestión. (2)

Sidney Smith dice: «Estoy convencido de que la

---

(1) Descartes ha dicho: «El espíritu depende en tan gran parte del temperamento y de la disposición de los órganos corporales, que si fuese posible hallar medios de hacer á los hombres mucho más sabios y capaces de lo que son hoy comúnmente, creo que deberíamos buscarlos en la fisiología.»

(2) De *eu*, bueno, y *colon*, intestino; literalmente, hombre de buenos intestinos, pero asimismo de buen humor, amable y alegre. Los antiguos calculaban el temperamento de un hombre por el humor que predominaba en él. Según la patología humoral, había cuatro humores: la sangre, la linfa, la bilis y la atrabilis. De aquí los cuatro temperamentos, según el humor que predominaba: sanguíneo, linfático, bilioso ó colérico y atrabiliario ó melancólico. Esta teoría ha imperado largo tiempo, hasta el punto de dar colorido á nuestro lenguaje, y todavía hablamos de personas dotadas de tal ó cual humor, precisamente como se hablaba en el tiempo de Hipócrates. Horacio habla de su hígado lleno de bilis con motivo de un acceso de envidia *(væ, meum fervens difficili bile tumet jecur)* Shakespeare habla del cobarde, como de un hombre que «no tiene sangre en las venas», y á quien «le falta bilis para defenderse.» Continuamente usamos los términos de sanguíneo, colérico, bilioso, flemático, melancólico y otros semejantes. Hablamos todavía del corazón como asiento de los afectos, del hígado como asiento de las pasiones y de las entrañas como asiento de la compasión, sin darnos cuenta del origen de las frases en el terreno de la antigua patología de los humores, á pesar de que hoy forman parte de nuestro lenguaje ordinario.

»digestión es el gran secreto de la vida, y que el buey, »el carnero, los pasteles de carne y la buena sopa ejer»cen una poderosa influencia sobre el carácter, el talen»to, las virtudes y las cualidades. He pensado, frecuen»temente, que podía dar vida ó matar á los hombres »por medio de las virtudes ó los vicios, y que podría ejer»cer sobre ellos influencia más poderosa con mis instru»mentos de suplicio que Timoteo con su lira.

Muchas son las dolorosas indigestiones que el trabajo cerebral impone á los estudiosos antes de que puedan llegar al grado afortunado de moderación; y algunos, en realidad, nunca llegan á él. «No obstante mi mo»deración—dice un hombre de estudio,—me ha costado »cuatro enfermedades biliosas el llegar á dicho grado.» Porque lo que es moderación en un trabajador al aire libre, constituye un exceso en un hombre de estudios, en un letrado, en un artista, en un negociante, sentados á su mesa de trabajo, pues su ocupación es sedentaria y trabajan con sus cerebros y estómagos y no con sus músculos. Cierto es que algunos hombres están de tal modo constituidos, que se hallan al abrigo de las malas digestiones á pesar de sus trabajos sedentarios. «West me »decía—dice Haydon,—que jamás conoció lo que era »tener cabeza ó estómago; otro tanto pensaría de su »color y expresión; sus trabajos eran todos propios de »un hombre que no había tenido que sufrir cosa alguna »por parte de su cabeza ó de su corazón.» Un hombre puede tener jaqueca y dolor de estómago sin que lo deba al trabajo cerebral. No porque una persona padezca jaqueca, como Pope y Watt, podemos creer que sea capaz de escribir poesías como el primero é inventar máquinas de vapor como el segundo. Como un imbécil autor dramático se quejase á Douglas Jerrold de sus padecimientos y dijese que eran motivados por la fiebre del cerebro, aquél le respondió ingeniosamente: «Animo, amigo mío, la cosa carece de fundamento.»

La base de la dispepsia, hipocondría y melancolía, se halla en el cerebro lo mismo que en el estómago. Cuando el trabajo cerebral es excesivo, todo el sistema se ve invadido por la excitación nerviosa; el corazón se

halla tan afectado como el estómago; el pulso se pone agitado, todas las funciones corporales se realizan de un modo imperfecto y, por último, resulta que el cerebro mismo se halla atacado por la enfermedad en sus formas más graves. Cabanis ha dicho: «Los nervios son el hombre;» y Moreau: «El genio es una enfermedad de los nervios.» Exponiéndose á tales peligros, se han producido las mayores obras del genio.

El cerebro, como hemos dicho, ha sido comparado con una máquina eléctrica que suministra fuerza nerviosa por medio de corrientes ó descargas, cuyo efecto destructor—lo mismo que en el gimnoto eléctrico—se halla en proporción con su intensidad y duración. Si el gasto de estas supuestas descargas eléctricas no fuese interrumpido por el reposo y el sueño, el resultado sería el agotamiento nervioso y la insolvencia mental. Lo que denominamos genio depende, en su mayor parte, de la intensidad de la fuerza nerviosa. Ha sido definido como una repentina explosión de la sensibilidad cerebral, como una centella nerviosa de la potencia cerebral. «Nuestro genio—ha dicho un poeta,—consiste en la sensibilidad excitada.» «Los hombres no son nada—dice Montaigne,—hasta que llegan á estar excitados.» «Todo »cede—dice Avicena,—al alma humana elevada hasta el »éxtasis.» Molière dice de Corneille: «El dios llega á »él repentinamente y le dicta sus más hermosos versos, y »le vuelve á dejar de repente.» «Oigo demasiado, veo con »exceso—dice un artista,—y lo siento todo á una legua »á la redonda.»

Los poetas han hablado de sus momentos de inspiración, en los que su inteligencia se encuentra en estado candente y durante los cuales se desprenden de sus pensamientos en un estado de «delicioso frenesí.» En semejantes momentos, Dryden sentía un temblor en todo su ser; Alfieri experimentaba el obscurecimiento de la visión; Rousseau tenía accesos de fiebre. «Mi organiza»ción—decía Beethoven,—es tan nerviosa, que la cir»cunstancia más insignificante cambia mi alegría en pe»sar.» El capitán Medwin dice que casi todas las más bellas producciones fueron escritas bajo la influencia de un trastorno accidental. Byron dice de la poesía que es «la

expresión de una pasión excitada.» Mistress Shelley dice de su esposo: «Durante su vida fué mártir de la mala »salud; y el dolor constante excitaba sus nervios hasta »tal punto de susceptibilidad, que hacía su concepto de »la vida enteramente distinto del hombre que goza de »completa salud... Experimentaba una gran excitación; »su resistencia para soportar se hallaba, casi siempre, »en tensión; y por eso, durante su corta vida, experi»mentó más sensaciones que muchos otros que disfru»tan de una larga existencia.»

En el templo de las musas hay muchos sacrificios humanos. Los poetas vehementes viven y mueren de prisa. (1) Es preciso confesar también que la vida no se mide simplemente por el número de los años, sino por la suma de las sensaciones. Cuanto más se siente más se goza y más se vive. ¿Qué es lo que un hombre siente, experimenta y realiza? Así vemos que muchos jóvenes brillantes que han muerto gastados antes de los cuarenta años, han llevado á cabo muchas más cosas que muchos octogenarios. Como dice Shelley:

El bueno tiene una muerte prematura — mientras que aquellos cuyos corazones están secos como el polvo del verano, — consumen la lámpara de su vida hasta la última gota.

El deán Swift ha llegado hasta asegurar que ningún grande hombre podía hacerse viejo. Cuando alguien le hablaba de un hermoso anciano, decía: «Si su cabeza »ó su corazón hubiesen valido algo, hace tiempo que es»taría gastado.» De cada hombre solamente se puede sa-

(1) Son muchos los poetas que no han vivido lo suficiente para descansar á la sombra de sus laureles. Chatterton se envenenó á los dieciocho años, Kirke White murió á los veintiuno, Roberto Fergusón á los veinticuatro, Keats á los veinticinco, Pollock á los veintiocho, Shelley á los treinta (muriendo ahogado), Carlos Wolfe á los treinta y dos, Suckling (que se supone se envenenó) á los treinta y cuatro, Otway á los treinta y cuatro, Tannahill (que se suicidó ahogándose) á los treinta y siete, Burns, Byron y Praed á los treinta y siete, Edgardo Poe á los treinta y ocho, Savage y Schiller á los cuarenta y seis, Thomson á los cuarenta y ocho, Cwley á los cuarenta y nueve, Tasso á los cincuenta y uno; Virgilio, Molière y Shakespeare á los cincuenta y dos; Gray, Camoens y Alfieri á los cincuenta y cinco; Dante y Pope á los cincuenta y seis, Ovidio y Oracio á los cincuenta y siete; Ariosto y Racine á los cincuenta y nueve. Por lo demás, poetas de imaginación contemplativa han vivido, relativamente, en su mayor parte, hasta una edad avanzada. Así Milton vivió setenta y seis años, Chaucer setenta y dos, Klopstock setenta y nueve, Wordsworth ochenta, y Gœthe ochenta y tres. Tennyson y Browning todavía viven.

car una cantidad determinada de fuego nervioso, así como de una cantidad determinada de combustible tan sólo se saca determinada cantidad de llama y de calor. Cuanto más rápida es la combustión, tanto más pronto se reduce á polvo y ceniza. Cuando los médicos rodeaban el lecho de van Orbeeck, el pintor holandés, y fundaban algunas esperanzas en la edad del artista, díjoles éste: «Señores, no tengan ustedes en cuenta mis cua»renta y seis años; deben ustedes contar el *doble*, pues »he vivido día y noche.» Por otra parte, se trataba de un hombre agotado por el trabajo, los placeres y los excesos. No era, en consecuencia, un ejemplo normal, sino anormal. Han existido otros hombres de poderoso entendimiento que, merced al cuidado y atención que prestaban á los ejercicios corporales, han llegado á edad avanzada, creciendo en sabiduría conforme avanzaban en edad. Los antiguos escritores los designaban con el nombre de «los elegidos de la Naturaleza», porque unían á un cuerpo atlético un temperamento enérgico y nervioso, y eran aptos para los trabajos físicos y mentales. Así, el gran Platón, era famoso por la anchura de sus hombros, el vigor de su imaginación, la robustez de su cuerpo y el vigor de su entendimiento. En tiempos más recientes, Miguel Angel, Leonardo de Vinci, Buffón, Gluck, Gustavo Adolfo, Juan Sobieski, Gœthe y el duque de Wéllington, mostraron la mayor intensidad en energía física y de sensibilidad nerviosa combinadas en sus personas.

Los males de la excesiva sensibilidad son exagerados por la vida sedentaria que hacen la mayor parte de los trabajadores mentales. Su ocupación en su mesa de trabajo, les obliga á estar en una posición violenta que impide el libre juego de su pecho y la introducción de aire fresco en sus pulmones. (1) Cuando respiran aire impuro ó trabajan durante la noche, como sucede á menudo, los efectos son aún más desastrosos. El orga-

(1) Opina M. Reveillé-Parisé, que algún día los médicos insistirán en el conveniente ejercicio de los pulmones, y en el mejor modo de mantenerse en salud y prolongar la vida. «Tengo la convicción, dice, de que la vejez empieza y aumenta en los pulmones, y que en ese órgano, esencialmente vascular y permeable, que absorbe el aire, lo digiere en cierto modo y lo asimila á nuestra substancia, es donde se halla el punto de partida de la de-

nismo deja de alimentarse de un modo conveniente. El aire y la luz son tan precisos para la nutrición del cuerpo como el alimento; porque mientras que el alimento sólo necesitamos tomarlo á intervalos, el aire hace falta á cada respiración que hacemos. Cuando los pulmones no se llenan de un modo conveniente, la sangre no puede oxigenarse. La sanguificación es imperfecta y, por lo tanto, lo es también la nutrición. La acción del corazón se hace lánguida, la sangre no es impulsada hasta las extremidades del organismo, y se acumula en los órganos internos. De aquí la frialdad de los pies y de la piel: el *Pulchrum sublimium virorum florem*, como ha definido uno de los padres primitivos de la Iglesia, no era otra cosa que indigestión y nerviosidad como resultado del exceso de trabajo mental. El hombre estudioso llega á saturarse de irritabilidad, y adquiere una sensibilidad mórbida. Sus nervios se hallan, por decirlo así, desnudos y en peligro; y su extremada sensibilidad consume una vida que debía embellecer.

La frágil constitución de los trabajadores intelectuales se ve aumentada en sumo grado por el desdén de todo ejercicio físico. El artista que pinta la aurora, que abre con sus rosados dedos las puertas del Oriente, nunca ve salir el sol. Los poetas cantan las bellezas de la Naturaleza á la luz del gas, encerrados en aposentos en que, probablemente, no entra jamás la luz del sol. Tycho Brahe apenas salió nunca de su Observatorio durante veintiún años; y la vida sedentaria que llevaba fué, sin duda, causa de la enfermedad que causó su muerte. (1) Otro astrónomo, el abate de la Caille, in-

---

gradación del organismo; y si fuese posible mantener la *ematosis* ó sanguificación en su estado de perfección, no dudo que se encontraría así el verdadero medio de prolongar la vida humana. Las generaciones futuras decidirán acerca de esta cuestión, si es que el hombre puede llegar á solucionarla algún día.» *Fisiología é Higiene de los hombres dados á los trabajos del espíritu*, I, págs. 237 y 238.

(1) Civiale, en su tratado de *Calculous affections* (mal de piedra), presenta una lista de unos ciento cuarenta y ocho filósofos eminentes, artistas y literatos, que se vieron atacados por esta enfermedad, resultado, en el mayor número de casos, de sus ocupaciones sedentarias. Entre ellos podemos mencionar á Bossuet, Buffon, Miguel Angel, Bacón, d'Alembert, Amyot, Calvino, Casaubon, Desaugiers, Erasmo, Montaigne, Lutero, Linneo, Harvey, Leibnitz, Newton, Garrick, Rousseau, Scarpa, Volney, Voltaire, Franklín, sir Roberto Walpole, Napoleón III etc.

ventó un reclinatorio para la cabeza, con ayuda del cual pasaba las noches observando el cielo. El célebre helenista De Villoison trabajaba en sus obras quince horas diarias. Cuando le preguntaban á la Harpe, que vivía en una de las calles más estrechas del antiguo París, qué hacía para descansar, decía que cuando sentía pesadez de cabeza se asomaba un poco á la ventana. Este era su único ejercicio. Estos voluptuosos de la ciencia y del saber sufren mucho más que la generalidad de los hombres. Lo verdaderamente maravilloso es que la Naturaleza pueda soportar semejante violencia, y que aun todavía pueda realizar sus funciones para sostener la vida.

Mas el hábito del trabajo se arraiga de tal manera en los trabajadores intelectuales, que no pueden dominarse. Cuando Petrarca se quejaba al obispo de Cavaillon, este último se explicó, al fin, la causa, y le pidió que le diese la llave de su estudio. Petrarca consintió en ello, mas solamente por tres días. Antes de que expirase el plazo, el poeta acudió al obispo, y le dijo con tono suplicante: «Dadme de nuevo la llave de mi estudio, ó me caeré muerto á vuestros pies.» Hallaremos, por otra parte, que los que así violan las leyes de la Naturaleza, pagan á la larga, ya con fatiga ya con sufrimientos, las graves penas á que se hacen acreedores.

La primera pena es la pérdida del sueño reparador. Los trabajadores mentales necesitan más sueño que los demás; y, sin embargo, frecuentemente, duermen menos. Cuando los hombres trabajan hasta muy tarde, su exaltación mental se prolonga mucho tiempo, después de haberse retirado á descansar. El cerebro sigue trabajando hasta desterrar el sueño. Le acontece como al molino, que sigue moliendo aún después de acabarse el trigo. La voluntad no tiene poder sobre él, y continúa soñando y pensando de un modo libre é incoherente. El cerebro solamente puede recuperar su energía, y el cansancio corporal sólo puede ser reparado mediante un descanso perfecto y un sueño sano; pero cuando no hay sueño, sino una semivigilia llena de ensueños, el cerebro y el cuerpo no logran descansar y refrescarse.

¡Qué bendición es el sueño! Es uno de los más afortunados beneficios de la juventud, y sólo conocemos su valor cuando lo hemos perdido. «El sueño envuelve á uno como en una manta»—dice Sancho Panza. Sir Felipe Sidney conoció su valor, como lo demuestran sus palabras:

«Vén, sueño, oh sueño, verdadero lazo de la paz, asilo donde se vigoriza el arte, bálsamo de las penas, riqueza del pobre, libertad del cautivo, juez imparcial ante lo elevado y lo ruin.»

Cuando pasa la juventud y avanza la edad, y abruman el ánimo el trabajo, el tedio y la ansiedad, desaparece el sueño. El pensamiento no quiere permanecer mudo, el cuerpo se agita acá y allá, y la almohada de plumas se convierte en nudoso tronco. Esta es la época más penosa en la vida de muchos trabajadores intelectuales. «Os levantáis—dice Haydon,—con la imagina»ción cubierta con un velo negro, á través del cual veis »todas las cosas.»

Lord Clarendon decía de Chillingwort: «Su desgra»cia proviene solamente de dormir poco y pensar mu»cho.» Hay pocos literatos que no se vean más ó menos afligidos por el insomnio. Los hombres de negocios, de igual manera, suelen acostarse con sus cuidados; allí se agitan desvelados, dando vueltas y más vueltas á los sucesos del día, á sus empresas, especulaciones, ganancias y pérdidas. Su cerebro no reposa, porque no pueden dormir.

Pope, cuando se ocupaba en la *Iliada*, deseó una vez ahorcarse, á fin de poderse ver libre de Homero. Se hallaba fuera de sí á causa del insomnio; y, sin embargo, trabajaba por la noche. Un criado de lord Oxford refiere que, en el espantoso invierno del año 40, le llamó cuatro veces desde la cama, una noche, para pedirle papel, temiendo olvidar una idea que se le había ocurrido. (1)

Boerhaave, al cabo de uno de sus profundos estudios, no pudo cerrar los ojos durante seis semanas. Goldoni, luego de haber escrito dieciséis comedias en un

(1) Elwin, *Works of Pope*, VI, pág. 23.

año, pagó la pena de su locura durante el resto de su vida. Byron se vió atormentado por el insomnio, la desesperación y el desaliento en tanto escribía su obra *Marino Faliero*. Una noche sufrió horriblemente, y sólo pudo aliviar su tormento bebiendo una gran cantidad de soda-water. Juan Húnter pocas veces dormía más de cuatro horas durante la noche, pero dormía una hora de siesta después de comer. Las opiniones de los sabios difieren mucho respecto al tiempo que se requiere para que el sueño sea reparador. Jeremías Taylor dice que basta consagrar al sueño tres horas de cada veinticuatro; pero éste es un período excesivamente corto. Báxter fija cuatro horas, Wesley seis y lord Coke siete. Sir Walter Scott necesitaba ocho horas de sueño reparador para que su cerebro se manifestase fuerte para el trabajo. El doctor Fowler, de Salísbury, un veterano muy conocido en el mundo científico, y que hasta el fin frecuentó la *British Association* (*Asociación Británica*), decía que para tener larga vida, es esencial «quedarse »en la cama por la mañana *hasta que uno tenga suficien-»te.*» Vivió noventa y ocho años.

Cuando el sueño es reparador, basta una proporción más pequeña para dar descanso y restaurar la energía del cerebro. Pero cuando no lo es, y se ve agitado, sobre todo por ensueños y excitaciones, la naturaleza no descansa ni se refrescan el cerebro y el cuerpo. La excitación mental continúa obrando aun en sueños. En un estado semejante resolvió sir Isaac Newton un intrincado problema matemático. Condorcet refiere que, habiéndose acostado fatigado por cálculos difíciles que no había podido concluir, los acabó en sueños. Condillac, mientras escribía su *Cours d'Etude*, halló que había continuado y terminado durante la noche el curso de las ideas que había interrumpido al retirarse á descansar. Sir Benjamín Brodie cuenta el caso de un amigo que había completado un invento durante el sueño, y el de otro, que resolvía problemas matemáticos que no había podido resolver antes de acostarse. Coleridge, luego de haber leído un pasaje del *Pilgrimage* (*Peregrinación*), de Purchas, compuso su poético fragmento, *Kubla Khan*, durante el sueño. Se cuenta que Tartini compuso su *De-*

vil's Sonata (*Sonata del Diablo*), merced á una inspiración debida á un sueño durante el cual le desafió el diablo á tocar el violín.

Varios filósofos opinan que los sueños son continuos y se prolongan durante toda la noche; otros, que el ensueño únicamente ocurre en el momento en que uno se va á despertar. Lavalette, cuando estaba prisionero en la Bastilla, sentenciado á muerte, menciona una circunstancia relativa á sí mismo, y que parece confirmar esta última teoría. Oyó que el reloj del Palacio de Justicia daba las doce de la noche, cuando la puerta se abrió para relevar al centinela. Entonces durmióse, y tuvo un sueño extraordinario. Hallábase en la calle de Saint-Honoré cuando sintió un sordo y vago ruido, y divisó en el fondo de la calle, caminando hacia él, una tropa de jinetes, todos desollados, y llevando antorchas en la mano. Aparecían y desaparecían alternativamente de las ventanas mujeres pálidas y con el cabello suelto; llenaban el aire gemidos sordos é inarticulados. La espantosa tropa continuó pasando en rápida cabalgata que duró *cinco horas*. Fueron seguidos por un inmenso número de armones de artillería llenos de cadáveres ensangrentados. Lavalette se despertó de súbito con el ruido de la puerta de hierro de la prisión, que se cerró violentamente. Hizo sonar su reloj de repetición, y vió que no era más de media noche; de suerte que la horrible fantasmagoría había durado solamente *dos ó tres minutos;* es decir, el tiempo necesario para relevar al centinela y cerrar la puerta. Al día siguiente, el carcelero confirmó su cálculo. (1)

Conocemos otro caso en que fué necesario poner sinapismos de mostaza, en la planta de los pies, á un enfermo. Durante el breve tiempo de esta ligera operación el paciente soñó que había sido hecho prisionero por los árabes, y que había hecho una larga jornada por el desierto, durante la cual experimentó las dolorosas punzadas de las ardientes arenas. Parecíale que el tormento duraba años; y, por último, se vió libre de él cuando

(1) Conde de Lavalette. *Mémoires et souvenirs.*

se despertó, tres ó cuatro minutos después, al quitarle los sinapismos. (1)

El hábito ejerce poderosa influencia sobre los sueños. Los marinos y soldados pueden dormir y despertarse cuando quieren. El emperador Napoleón podía dormir cuando le parecía bien. El capitán Barcley, el famoso andador, se quedaba dormido en el momento en que se echaba. El célebre general Elliot (famoso por su defensa de Gibraltar), dormía solamente cuatro horas diarias, pero era sumamente sobrio, y vivía de pan, agua y legumbres. Lord Brougham podía dormir siempre que tenía ocasión, una hora, media ó un cuarto de hora. Esto contribuía á aumentar extraordinariamente su actividad. (2) Como Fenelón, Brougham hallaba descanso y alivio en el cambio de trabajo. «El cambio de »estudios — dice Fenelón, — me sirve siempre de des»canso.»

Los miembros del Parlamento, á causa de sus horas tardías é irregulares, necesitan, en gran manera, de sueños ligeros. Pitt podía dormir cuando quería, aunque durante los debates parlamentarios tenía, casi siempre, un oído abierto. Cuando lord Worth se vió atacado con violencia por un adversario, uno de los miembros exclamó: «¡El presidente del Consejo está dormido!» —«De ningún modo—dijo éste abriendo lánguidamente los ojos; — pero desearía estar en la gloria.» Algunos hombres, como Brougham, poseen el feliz don del sueño. Presiden en absoluto á los cuidados, ansiedades, estudios, ocupaciones profesionales y negocios, de la misma manera que se quitan los vestidos, y duermen á su antojo. Montaigne dice de Escipión que era un dormilón, y que ésta es la única falta que se le puede echar en cara. Hablando de sí mismo, dice: «El sueño »ha consumido una gran parte de mi vida y á la edad

(1) El doctor Flescher refiere esta circunstancia en sus lecciones de fisiología en Edimburgo.

(2) Cuéntase de lord Brougham, que una vez trabajó, leyó, habló en los tribunales, etc., por espacio de cinco días y cinco noches consecutivos; inmediatamente después se fué á su casa de campo, se acostó el sábado por la noche, durmió todo el domingo, y se levantó completamente listo el lunes por la mañana. Tales hazañas verdaderamente sobrehumanas, apenas son posibles á los hombres de la actual generación.

»que tengo (cerca de cincuenta y cinco años), sigo dur»miendo ocho ó nueve horas seguidas.» (1) Más adelante, refiere de Alejandro Magno, que dormía tan profundamente en la mañana de su gran batalla con Darío, que Parmenio se vió obligado á entrar en su tienda y llamarle varias veces por su nombre. (2)

Míster Crooke sostiene, en tono de chanza, que es imposible ser un gran hombre sin ser dormilón; sus ejemplos favoritos eran Napoleón, Pitt y Wéllington. Estos hombres poseían el don del sueño, y podían dormitar casi á su capricho; de esta suerte economizaban y aumentaban su capacidad para el trabajo. El biógrafo de Wéllington dice de él: «Verdaderamente, parecía tener la fa»cultad de dormir cuando quería; y cuando gozaba de »salud, dormía sin interrupción desde que apoyaba la »cabeza en la almohada hasta que se levantaba.» Cuéntase de él que, como una señora amiga suya se mostrase sorprendida de verle hacer uso de su vieja cama de campaña, en la que no había espacio para revolverse, le contestó: «Cuando uno empieza á dar vueltas en la cama, es hora de levantarse.» (3)

Lord Pálmerston poseía, igualmente, la facultad de dar de lado á los cuidados de su cargo, y de quedarse profundamente dormido. Hasta en la Cámara de los Comunes echaba muy buenos sueños; debido á esto le llamaban allí «el gran dormilón». De esta suerte pudo soportar alegremente el peso de su cargo hasta los ochenta y dos años. Jacobo Watt poseía, felizmente para él, la facultad de dormir á su antojo; pero con ella sola no hubiera, probablemente, inventado jamás la máquina de vapor: en ocasiones dormía de nueve á once horas por la noche, sin dejar por eso de echar, durante el día, algún sueñecillo cuando tenía ocasión; y no obstante ser de constitución débil desde su nacimiento, logró llegar á la edad de ochenta y tres años, conservando su facultad inventiva hasta el fin. «Era un gran dormilón — dice Wáshington Irving del Dutchman en *Rip van Winkle*,

(1) *Ensayos*, de Montaigne: «De la experiencia», libro III, cap. XIII.
(2) *Ibid.*: «Del sueño», libro I, cap. XLIV.
(3) Gleig, *Vida de Wéllington* (edición 1864), pág. 427. Véase también *The Croker Papers*, editado por Jennings, II, pág. 312.

y estas palabras fueron grabadas sobre su lápida. El que no duerme se halla en camino para la locura. Mantener á un hombre completamente despierto era uno de los tormentos de la Inquisición, y nunca dejaba de producir efecto.

El modo de conciliar el sueño ha dado motivo á serias investigaciones. Hay quien afirma que levantarse temprano es un remedio soberano:

Acuéstate y levántate temprano,
Siempre vivirás sabio, rico y sano.

Existen individuos que adoptan métodos especiales. Unos procuran dormirse repitiendo la tabla de multiplicar, otros repitiendo pasajes de los mejores poetas. Un misionero, atacado de insomnio, repitió la oración dominical hasta que el diablo le envió el sueño para desembarazarse de él, y dice que nunca falló semejante receta. Otros se fijan en un punto imaginario, y lo siguen sin interrupción durante mucho tiempo, y de esta suerte llegan á producir el hipnotismo de Braid. Algunos, como el doctor Franklín, tienen fe en el baño de aire, y otros en la almohada de lúpulo. (1)

(1) El método que sigue, para conciliar el sueño, lo trae el doctor Binnrs, en su *Anatomy of sleep* (Anatomía del sueño), y asegura que fué descubierto por míster Gardner:

«*Modo de conciliar el sueño.* Vuélvase uno sobre el costado derecho, colóquese cómodamente la cabeza en la almohada de manera que ésta ocupe exactamente el ángulo formado por una línea bajada desde la cabeza á los hombros, y cerrando ligeramente los labios, hágase una aspiración completa, respirando todo lo posible por las narices. Esto, sin embargo, no es absolutamente necesario, pues algunas personas respiran siempre por la boca durante el sueño, y descansan tan bien como las que no lo hacen. Luego de hacer una aspiración completa, los pulmones deben dejarse en libertad, de suerte que no se acelere ni retarde la respiración. Debe fijarse entonces la atención en dicho acto. Debe uno figurarse que ve pasar la respiración á través de su nariz, en una continua corriente: y en el preciso instante en que se obliga á la mente á concebir esto, prescindiendo de todas las demás ideas, dejan de funcionar la conciencia y la memoria, la imaginación y la fantasía se adormecen, y el pensamiento queda subyugado; las facultades sensitivas pierden su susceptibilidad; el sistema vital ó de los ganglios domina en absoluto, y, como hemos observado antes, no permanece uno largo tiempo despierto, sino que se duerme. Esta serie de fenómenos no son más que el esfuerzo de un instante. En el preciso momento en que la mente se ve obligada á fijarse en una sola sensación, el sensorio abdica su trono, y la facultad hipnótica lo lanza en el olvido.»

El doctor Southey adoptó distinto método. Decía á Jacobo White:

«Seguid mi práctica de hacer que vuestra última ocupación del día no tenga mucha conexión con las anteriores, y podréis dormir tan fácilmente como un niño.»

El difunto arzobispo de Whately era un gran trabajador intelectual, y necesitaba dormir lo suficiente para reparar sus fuerzas. Conocía perfectamente que el cerebro se debilita sometido á un continuo y prolongado trabajo, especialmente de noche. En consecuencia, adoptó un método para asegurarse el reposo y el sueño. Cierto día de invierno, un amigo médico acompañó al doctor Field al palacio arzobispal de Redesdale, en Stillorgán. El suelo se hallaba cubierto con dos pies de nieve, y el termómetro estaba casi bajo cero. Al pasar ambos doctores, vieron un anciano labrador derribando un árbol, mientras que la nieve caía, azotando sin piedad su arrugado semblante. Uno de ellos exclamó: «¡Qué cruel debe ser el amo de este hombre!» El otro dijo: «Ese labrador á quien usted supone víctima del »despotismo del prelado, no es otro que el arzobispo, »que se está curando la jaqueca. Cuando su señoría ha »leído y escrito más de lo acostumbrado, y siente dolor »ó confusión en el cerebro, se desembaraza de ellos sa»liendo al campo con un hacha, y derribando algún fuerte »árbol. Tan pronto como se siente sudoroso, se mete »en el lecho, se envuelve en mantas de Limerick, se »duerme profundamente, y luego se levanta completa»mente bueno.»

¡Pero cuánto no podría decirse de los que no solamente no procuran conciliar el sueño, sino que, en su ardor por el trabajo, hacen lo posible por impedirlo! Algunos toman café, otros te, bebidas espirituosas ú opio. Míster J. C. London, en tanto escribía su *Encyclopœdia of Cottage, Farm, and Villa architecture*, tomaba fuertes dosis de café para mantenerse despierto. Su esposa hacíale compañía en estos esfuerzos literarios. «El tra»bajo—dice mistress London,—que exigía esta obra, era »inmenso, y durante varios meses él y yo solíamos velar »la mayor parte de la noche, no durmiendo más que »cuatro horas, y tomando café cargado para mantener»nos despiertos. Sin embargo, un fuerte ataque de fiebre »reumática que le produjo una anquilosis en la rodilla »izquierda, y no poco daño en el brazo derecho, con »pérdida del uso de sus manos y dedos, prosiguió dic-

»tando el resto de su obra, y llegó hasta los sesenta años, »época en que murió de una pulmonía.»

El café ha sido el gran favorito de los escritores, merced á la agradable excitación que produce en la mente. Aunque á las personas linfáticas les es provechoso su uso, es perjudicial para las de temperamento nervioso, principalmente si lo toman con exceso. El café era la bebida favorita de Zimmerman, pero le ponía en un deplorable estado de melancolía. «Para mantenerme »despierto—decía Carlos Pongeus,—tomo diez tazas de »café al día, y echo en la última un poco de sal para »que obre más enérgicamente.» Interrumpió sus estudios un ataque de ceguera, y así terminó la prueba de lo que podía producir su cerebro sobreexcitado.

Michelet se levantaba á las seis de la mañana, bebía café, y comenzaba su trabajo. Trabajaba durante seis horas, bebiendo café de cuando en cuando. Decía que el café le sostenía. «No—dice Deschanel;—el café le »exaltaba. Lo vemos en su estilo, lleno de llamaradas, »pero también de sacudidas febriles.» (1) El mismo Michelet atribuía el espíritu revolucionario del siglo XVIII al consumo del café, y la condición inquieta del espíritu francés en estos últimos años al uso del tabaco, que aumentaba cada día.

Claudio Bordelieu, el célebre joven médico, que debió conocer mejor esta materia, por más que los médicos son tan descuidados como los demás hombres, respecto á la salud, bebía mucho café para mantenerse despierto y poder continuar sus estudios: y cuando se vió atacado de insomnio, tomó opio para procurar descanso á su cerebro. Mas no existe constitución capaz de soportar este régimen, y el brillante médico murió en edad relativamente temprana.

El te es otro excitante, tal vez más estimulante para el cerebro que el café. El doctor Johnson lo usaba en abundancia: á veces bebía unas veinte tazas seguidas, si bien las tazas de entonces eran más pequeñas. Mistress Piozzi refiere que á veces estaba levantada, y haciendo te para él, hasta las cuatro de la mañana. Aun-

(1) Emilio Deschanel, *Physiologie des Ecrivains et des Artistes*, página 172.

que Johnson no se daba cuenta de ello, el beber te con tal exceso fué, quizás, en gran parte, causa de sus insomnios y de su temblor nervioso. (1) En cierta época, Johnson bebió licores espirituosos, y en gran cantidad. Mas, como tuvo la franqueza de confesar, pudo abstenerse, pero no hubiera podido moderarse. Como Hanna More le instase, cierto día, en la mesa del obispo Porteus, á que tomase un poco de vino, le replicó: «No »puedo beber *un poco*, amigo mío: por eso nunca lo »pruebo. La *abstinencia* es mucho más fácil para mí »que lo sería *la templanza*.» De aquí su afición al te, y su defensa de este popular brebaje, cuando fué atacado violentamente por míster Jones Hanway. (2)

Hazlitt se deleitaba con el te, que era su Hipocrene; aunque este brebaje le ponía en estado de fiebre continua. Nunca bebió sino te negro, y era muy cuidadoso en cuanto á su calidad, empleando siempre el más caro que podía encontrar. Mientras vivió, solamente solía gastar una libra por semana. «Una taza de te de Haz»litt—dice míster Patmore,—era una cosa especial; »jamás he probado nada semejante. El mismo lo hacía »siempre; llenaba, á medias, la tetera de te, echaba en»cima agua hirviendo, lo servía casi en seguida, y lo »tomaba con gran cantidad de azúcar y leche. A juz»gar de su efecto por mí mismo, diré que la cantidad »de este te que bebía Hazlitt causó en él, por último,

(1) «Una especie de narcotismo crónico, cuya verdadera existencia se desconoce comúnmente, pero que se halla, en verdad, bien definida y es fácil de identificar, es el producido por el exceso habitual en el te y el café. Existen muchos puntos de diferencia en la acción de ambas substancias tomadas con exceso tóxico, pero tienen un rasgo común y constante, que es la producción del temblor muscular... La influencia paralizadora de las dosis narcóticas del te, desarróllase después, merced á la producción de una especie de dispepsia, particularmente rebelde; mientras que el café trastorna la acción del corazón hasta un punto fatal. Creo que el uso intemperante de estos narcóticos causa mucho mayor número de enfermedades que lo que se supone.»—Doctor Austie. *On stimulants and narcotics (Sobre los estimulantes y narcóticos)*, págs. 249 y 250.

(2) Johnson se describe á sí mismo en su folleto como á «un empedernido y obstinado bebedor de te, que durante muchos años ha diluido sus manjares tan sólo con la infusión de esta planta, cuya tetera apenas tiene tiempo de enfriarse; que con el te distrae la tarde, con el te se solaza á la media noche, y con él saluda á la mañana.» Esta última frase fué entonces parodiada por Tyers: «*Te veniente die, te decedente*».—Cróker, *Johnson*, 8.ª edición, pág. 105.

»los más perniciosos efectos, y es muy probable que »apresuró su muerte, la cual tuvo lugar á consecuencia »de una enfermedad de los órganos digestivos. Mas su »efecto inmediato era agradable, hasta llegar á cierto »grado de fascinación; y no sintiendo ninguna reacción »á consecuencia de él, siguió bebiéndolo hasta el fin, »á pesar de dos ó tres ataques semejantes al que le »causó la muerte.» (1)

No obstante, esto era un abuso del agradable brebaje. Hazlitt pudo, de igual modo, haber abusado de la carne y hasta del agua. Antes de darse á beber te, había abusado de los licores espirituosos, que quizás tuvieron tanta parte en su enfermedad de estómago y de hígado como su abuso del te. Haydon, en su *Autobiografía*, dice de Hazlitt, el 25 de junio de 1815, después, precisamente, de la batalla de Waterlóo: «Por lo que toca »á Hazlitt, no es creíble cuánto le ha afectado la de»rrota de Napoleón. Parecía postrado en el alma y en »el cuerpo; andaba sin lavarse y sin afeitarse, muy so»brio de día, y siempre embriagado por la noche, literal»mente y sin exageración, durante semanas enteras; »hasta que por último, como si despertase de su estupor, »renunció á los licores estimulantes, y no volvió á pro»barlos en adelante.» (2)

No obstante, muchos trabajadores mentales carecen de la fuerza moral suficiente para abstenerse del alcohol en favor del te. Hay suficiente excitabilidad de ordinario en el cerebro de los pensadores, para mantenerse despiertos sin necesidad de que recurran á métodos artificiales. Estos sólo sirven para exagerar el estado de vigilia, que debería mejor ser preservado que provocado por los estimulantes narcóticos. Llevado hasta el exceso, el uso del alcohol, en cualquiera de sus formas, produce, lo mismo moral que físicamente, daños en el trabajador mental. Aunque los bardos han cantado sus alabanzas en todas las edades, los más grandes poetas no han debido sus triunfos á la inspiración artificial: Milton decía que el verdadero poeta épico que cantara á los dioses, para bajar luego entre los hombres, debía

(1) P. G. Patmore, *My Frieds and Acquaintances*, II, págs. 312 y 313.
(2) *Autobiographue de Haydon*, por Taylor, I, pág. 279.

beber agua en una escudilla de madera. Wordswort se declara á sí mismo «un simple bardo bebedor de agua», aunque otra cosa haya sucedido con los poetas de su tiempo y de las anteriores generaciones. (1)

Hessius, poeta alemán del siglo XVI, opinaba que no podía haber mayor deshonra que ser vencido en una orgía; y Drummond dice de Ben Jonson que «beber era su elemento.» «Su rudo semblante—dice Aubrey,—»se hallaba lleno de costurones y cicatrices á causa de »los alegres excesos que ejercían influencia sobre su »temperamento escorbútico.» Luego de tragarse «un mar de vino de Canarias» en el «Mermaid», iba tambaleándose á su casa para acostarse, y tras un abundante sudor se levantaba nuevamente para dedicarse á sus estudios dramáticos. Hasta se dice que Shakespeare murió poco después de una orgía con Ben Jonson y Trayton, en Stratford-ou-Avon, donde «bebió de firme»; aunque Carlos Knight dice que esta tradición, por más que aun subsiste, no merece entero crédito. Sin embargo, Shakespeare, cuando vivía en Londres, era asiduo parroquiano del «Mermaid», con Beaumont, Fletcher, Carew, Donne y Jonson, y sabido es que no era virtud en aquellos tiempos la templanza en el beber. Marlowe fué muerto en una riña de borrachos, á los treinta años. Greene, el autor dramático, llevó una vida tan desordenada como Marlowe. Según confesión del mismo, «la glotonería y la borrachera eran su única delicia.» Luego de caer de degradación en degradación, «murió de un atracón», hallándose en tal estado de pobreza que no podía abandonar el lecho por falta de vestidos.

(1) «Si empleamos algún medio para estimular este instinto (el poético) y lo logramos, nuevas sendas se abren en la Naturaleza por donde corre la mente á través de las cosas, más violenta ó impetuosamente, y se hace posible la metamorfosis. Esta es la razón de que los bardos sean aficionados al vino, al hidromiel, á los narcóticos, al café, al te, al opio, al humo del sándalo y del tabaco ó á cualquiera otra especie de excitantes capaces de despertar la alegría.... Pero jamás se puede obtener ninguna ventaja de la Naturaleza por medio de artificios. El espíritu del mundo, la presencia del Criador que difunde la tranquila calma, no procede de las brujerías del opio ó del vino. La sublime visión se ofrece al alma pura y sencilla que habita en un cuerpo limpio y casto. Lo que debemos á los narcóticos no es inspiración, sino una excitación y arrebato pasajeros.»—Emerson, *Essays*, «El poeta».

Cowley murió de una fiebre que cogió por haber pasado una noche acostado en el campo; había estado cenando con un amigo, y bebió de tal modo, que no pudo dar con el camino de su casa. (1) Lovelace, que cantó en loor del vino, murió, á juzgar por lo que dice Aubrey, en una bodega en Long Acre. Otway murió en una taberna en Tower Hill, unos dicen que de hambre, y otros que de una borrachera. (2) Boyse fué atropellado por un coche simón estando embriagado; y Savage, que durante la última parte de su vida vivió principalmente bebiendo, falleció en la cárcel de Brístol. Entre otros famosos bebedores de aquella época, figuran Róchester, Congreve, Shéffield, Párnell, Chúrchill, Prior y Shadwell. Andrés Marvell bebía vino en abundancia para excitar su musa. Shenstone ha dicho de Sommerville, su hermano en poesía, que «se bebía los dolores del cuerpo para librarse de los del alma.»

Addison, cuando le exasperaba su mujer, la condesa de Warwick, recurría á la taberna y buscaba consuelo en el vino. Hay un aposento en Holland House donde Addison compuso sus últimos escritos; había una botella de Canarias encima de una mesa, en un extremo de la estancia, y Addison la acariciaba con tanta frecuencia, que antes de acabar un pliego de papel la botella estaba vacía. Steele era un borracho, y escribió muchos de sus artículos para *The Tatler* en las tabernas que frecuentaba. Hasta del correcto Pope dícese que apresuró su muerte bebiendo licores espirituosos y comiendo platos condimentados con muchas especias. Cuando Goldsmith fué embargado y preso por la dueña de la casa en que habitaba para que le pagase el alquiler, envió un recado al doctor Johnson para darle cuenta de su desgracia. El doctor le envió una guinea, y prometió ir en seguida, como lo hizo. Pero Goldsmith había cambiado acto seguido la guinea y «tenía una botella de Madera y un vaso delante» cuando llegó su amigo, Johnson tapó la botella, y preguntó á Goldsmith cómo pensaba pagar el alquiler. Este le contestó que tenía el manuscrito de una novela dispuesto ya para la imprenta.

(1) *Anecdotes*, de Spence (edición de 1858), pág. 10.
(2) *Ibid.* pág. 162.

¡Este manuscrito era *El Vicario de Wakefield!* Johnson se lo llevó á un librero y lo vendió por sesenta libras; el alquiler fué pagado, retiróse el alguacil, y Goldsmith, después de regañar á la propietaria, ¡insistió para que ésta le diese un tazón de ponche!

Los excesos del poeta Burns son muy conocidos y frecuentemente se ha hecho uso de ellos para deducir una lección moral. Pero él tenía muchas tentaciones, y caía en ellas como habían caído otros hombres más fuertes. Como le echase en cara una señora amiga íntima suya, reunirse con bebedores, le respondió: «Señora, »no me agradecerían mi compañía si no bebiese con »ellos; por eso tengo que darles una parte de mi salud.» Hasta el reverendo Logan, autor de *The cuckoo* (*El cuclillo*), y de muchos himnos y paráfrasis, buscó remedio á la tristeza en el fatal consuelo del vino. En cierta ocasión se olvidó hasta tal punto de lo que se debía á sí mismo, que se mostró en el púlpito completamente embriagado. Abandonó la iglesia por la prensa, y terminó su agitada vida como un simple literato, en Londres.

Sir Walter Scott era hombre de costumbres sobrias. Mas no por esto hubiera podido realizar tal suma de trabajo intelectual. Lo único que se permitía en materia de alcohol era, á veces, un gran vaso de aguardiente de coco, que prefería al más precioso «rubí líquido» que pudiera correr de la copa de un príncipe. Redujo esta cantidad á medida que envejecía, y fumaba un cigarro ó dos en su lugar. Tuvo cuidado de poner en guardia á su hijo contra las bebidas fuertes. «Hasta el beber lo »que se llama cierta cantidad diaria—le decía,—perju»dica al estómago, y el vuestro, por razón de herencia, »es delicado.»

Byron era intemperante á veces y por capricho. Hubo un tiempo en que casi se dejaba morir de hambre, y fumaba y mascaba tabaco para evitar la gordura, que le horrorizaba; pero en otras épocas bebía con exceso. Muchas de sus poesías se dice que fueron compuestas bajo la influencia de la ginebra. El vino y el láudano le hicieron huraño, desconfiado y pendenciero. «La cosa »que más me inspira—decía,—es una dosis de sal, pero

»no la puedo tomar como el *champagne*.» (1) Dícese que hubo ataques de locura en la vida de Byron, como lo prueban su malhumor, su melancolía y su misantropía. El mismo temió, frecuentemente, ser víctima de tal enfermedad, y morir al fin como Swift. Haydon tenía otro concepto de su carácter. «Estoy seguro—decía,—de que »los excesos de Byron no procedían de amor al vicio, »sino del deseo de experimentar una nueva sensación. »Al final de una escena de desenfreno se marchaba pre»cipitadamente en su góndola y pasaba la noche en el »agua.» A bordo de un barco griego oyéronle decir, tomando un yatagán: «¡Cuánto desearía experimentar la sensación del asesino!»

Keats, para consolarse de la maliciosa crítica con que fué acogido su *Endymion*, cayó en el delirio de la bebida, á la que luego siguióse un desaliento, casi rayano en la desesperación. Haydon, que le conoció íntimamente, dice: «Durante seis semanas se mostró apenas so»brio; y á fin de demostrar lo que un hombre puede ha»cer para satisfacer sus apetitos, cuando éstos se apode»ran de lo mejor de él, en cierta ocasión llenóse la lengua »y la garganta, hasta donde le fué posible, con pimienta »de Cayena, para poder apreciar «la deliciosa frescura »del clarete en toda su gloria», según su expresión.» (2)

Dos cosas éranle indispensables al amable Carlos Lamb, una representación de polichinelas en la ciudad y una taberna en el campo. Durante los largos paseos que daba en los contornos de Hampstead é Highgate, tenía siempre á la vista la perspectiva de alguna taberna á la orilla del camino. «Ya hemos andado una *pinta*», hubiera podido decir. (3) En una ocasión le acompañaba el profesor Wilson, en una excursión, cuando desapare-

(1) Moore, *Life of Byron*, pág. 536. Debido á la misma causa, Dryden, antes de sentarse á estudiar y componer, tomaba una medicina y observaba un cuidadoso régimen en la bebida y comida.

(2) *Autobiografía*, de Haydon, por T. Taylor, II, pág. 9. En una de las cartas de Keats léese este pasaje: «Hablando del placer, en este momento estoy escribiendo con una mano, y con la otra llevo á mi boca un melocotón. ¡Dios mío, qué delicado! Lo encuentro suave, pulposo, jugoso, y toda su deliciosa carne se derrite á través de mi garganta como una grande y deliciosa fresa.» Lord Houghton, *Life and Letters of Keats* (edición 1867), pág. 265.

(3) P. G. Patmore, *My Friends and Acquaintances*, I, pág. 32.

ció Lamb de súbito. Wilson se volvió y entró detrás de él en una taberna, sorprendiéndole en el instante de dar la orden de que le sirviesen «una pinta de porter.» «Haz que traigan un jarro»—dijo Wilson por encima del hombro de Lamb, y recibió por respuesta una mirada de gratitud. Pero hacia el fin de la vida de Lamb, dice míster Proctor que la pipa era la única cosa en que realmente se excedía. Lamb trató de abandonarla, y escribió su *Farewell to tabacco* (*Adiós al tabaco*); pero el tabaco, dice, no se apartó de su imaginación, y volvió á ser su ídolo; y como Roberto Hall, el ministro congregacionista, siguió fumando. (1) El poeta Cowper tenía gran intimidad con el reverendo Guillermo Bull, el ministro disidente en Olney. Describía al reverendo señor como «un »literato y hombre de genio, que puede calificarse de ve»hemente sin ligereza y de pensativo sin tristeza. Pero— »agregaba,—¡fuma! ¡nadie es perfecto! *Nihi est ab om»ni parte beatum.*»

De Quincey y Samuel Taylor Coleridge abusaban del opio. De Quincey dejó, en sus *Confesions of an Eater* (*Confesiones de un fumador de opio*), la más animada descripción que jamás se hizo, de los goces delirantes y de los agonizantes horrores del abuso del opio. Coleridge recurrió primero al opio para alivio de sus dolores; halló el alivio que necesitaba y se dedicó á él por

(1) El reverendo Roberto Hall aprendió á fumar en compañía del doctor Parr, que era tan gran erudito como buen fumador. Un amigo encontró un día al predicador echando una inmensa nube de humo, y mirándole éste sorprendido, le dijo Hall: «Estoy simplemente haciéndome digno de la compañía de un doctor en teología, y ésta, añadió levantando su pipa, es mi testimonio de admisión.» Un miembro de su congregación le echó en cara lo dañino de este habito, y le dejó un ejemplar del folleto del doctor Adam Clarke, *On the Used and Abuse of Tabacco* (Acerca del uso y del abuso del tabaco), rogándole que lo leyese. Transcurridos pocos días, míster Hall se lo devolvió con esta nota: «Le doy las gracias por el folleto de Adam Clarke; no puedo refutar sus argumentos, ni puedo dejar de fumar.» Era más vehemente en su condenación del brandy (aguardiente). Un ministro de su misma comunión, muy aficionado á beberlo, le dijo un día: «Amigo Hall, le agradecería un vaso de brandy.»—«Llamadle por su verdadero nombre, le replicó; pedid un vaso de fuego líquido y condenación destilada, y os serviré un galón.» El hombre palideció, y durante unos instantes pareció luchar con la cólera que sentía. Al fin le tendió la mano, y dijo: «Hermano Hall, le doy las gracias desde el fondo de mi corazón.» A partir de aquel momento dejó de tomar brandy.—*Olinthus Gregory's Memoir.*

completo, hasta que el uso de la droga se convirtió en hábito; con cada dosis fué disminuyendo la fuerza de voluntad para resistir, hasta que, por último, la afición al opio se convirtió en imperiosa necesidad. Llegó á un exceso que rara vez ha tenido igual, pues destruyó sus facultades; le indispuso con su familia, y durante catorce años, próximamente, le tuvo en miserable estado. Su inteligencia enfermó y perdió su solidez; su memoria flaqueó y su voluntad quedó paralizada. En sus momentos de lucidez se daba cuenta de su propia degradación; pero, habiendo perdido todo dominio de sí mismo y la fuerza de carácter, continuó sujeto por las cadenas que él mismo había forjado. Felizmente, merced á grandes esfuerzos, pudo, al fin, romper sus lazos y emplear el resto de sus años con relativa honra y provecho, aunque lleno de dolencias y sufrimientos.

Por desgracia, no obstante, la afición á los narcóticos no muere con la víctima, sino que, como herencia ponzoñosa, se transmite á la sangre y al cerebro de los que han de nacer. Hartley, el hijo de Coleridge, aunque dotado de facultades notables, se vió arrastrado por la afición á la bebida, que destruyó completamente su vida. Era espiritual, y al mismo tiempo sensual; vivía en medio de ensueños y dejábase arrastrar por los impulsos; era incapaz de dominar sus deseos, y su vida llegó á ser un verdadero naufragio. «Canta como un ángel y bebe como un pez.» Perdió su amistad con Oriel á causa de su intemperancia. Dedicóse á la literatura, pero su enfermedad le persiguió siempre. Mientras se hallaba en Leds escribiendo el *Yorkshire Worhties*, desaparecía durante días y semanas enteras; eran enviados, en busca suya, los mozos de la imprenta y, generalmente, encontrábanle en una obscura cervecería. Fué á los Lagos y continuó lo mismo. Uno de sus amigos dejó de frecuentar su trato. «¡Era tan ridículo y digno de compasión »encontrar á la pobre é inocente criatura en medio de »los más deliciosos paisajes del mundo y de las bellezas »del verano, completamente embriagado, á las diez de »la mañana!» Así continuó hasta el fin. Y, sin embargo, Hartley era una de las criaturas más cariñosas y amables. Que se daba perfectamente cuenta de lo mi-

serable de su vida, se deduce claramente de sus numerosas y melancólicas quejas en estancias y sonetos; pero su voluntad estaba paralizada. «Conoció el bien y, no obstante, siguió el mal camino», halló la tentación antes de llegar á la mitad de su existencia, y cayó sometido á sus pies como una víctima resignada en absoluto.

Edgardo Allan Poe, ese genio radiante y caprichoso, fué otra víctima de la falta de voluntad. Es posible que esto fuera debido, en gran parte, á su desgraciado origen y á su perversa educación. El veneno, como aconteció en el caso de Hartley Coleridge, puede haber sido introducido, por herencia, en su sangre y cerebro. Y esto le hace acreedor á nuestra piedad y consideración mejor que á una rigurosa condena. Nosotros jamás podemos indicar las causas próximas y mucho menos las más remotas, que arrastran á un hombre á la perdición. Vemos sus locuras, pero no los principios que le predisponen á ellas. Somos testigos de sus errores, mas no tenemos idea de su fragilidad inherente ni de sus tentaciones. Para emplear las palabras de Burns:

> Nos es dado calcular parcialmente lo hecho, pero no la resistencia que se ha opuesto.

Muchos literatos que trabajan para ganarse la vida, ó por conquistar dinero ó fama, se han visto atacados, á veces, de la enfermedad de los eruditos, del *Morbus Eruditorum*. Esto es completamente independiente de su afición á los narcóticos. Es, sencillamente, el resultado de la sobreexcitación del cerebro; porque cuanto más delicado es un instrumento, tanto más expuesto se halla á desafinarse. Hasta los médicos, que conocen el resultado de un trabajo mental excesivo, se muestran, á veces, tan descuidados en lo relativo á su salud como los que escriben por el pan de cada día. Háller, por ejemplo, trabajó excesivamente con el cerebro. Vivía en su biblioteca, allí comía, allí dormía y, en ocasiones, pasaba meses enteros sin salir de ella. Bichat también acortó su vida con su excesiva aplicación al estudio. Su constitución estaba tan minada por él, que una caída accidental de cabeza le hizo experimentar tal sacudida,

que no volvió á reponerse, y murió á la temprana edad de treinta y un años.

El difunto doctor Todd, el fisiólogo, acortó su vida merced á su afición al estudio y á la ciencia. Acostumbraba á levantarse á las seis. Después de dos ó tres horas de trabajo mental, despachaba rápidamente su desayuno y salía á visitar á sus enfermos, en lo que empleaba la mayor parte del día. A última hora, cuando ya sus fuerzas físicas se hallaban agotadas, comía y después se ponía á trabajar en su *Cyclopædia of anatomy and physiology* (*Enciclopedia de anatomía y fisiología*), ó en su *Phisiological anatomy and physiology of man* (*Anatomía fisiológica y fisiología del hombre*), obras que fueron publicadas simultáneamente. Naturalmente, ninguna constitución humana puede soportar semejante esfuerzo corporal é intelectual. Su cerebro estaba agotado por el trabajo, su cuerpo falto de ejercicio y su estómago se cargaba de alimentos que no podía digerir; y de este modo, este brillante y útil médico, murió á la edad de cincuenta años.

Los trabajadores intelectuales requieren más reposo que todos los demás. Y debe evitarse, principalmente, cualquier tentativa que tienda á estimular el órgano del pensamiento sacándole de su actividad normal. El sueño abandonó al pobre Goldsmith hacia el final de su carrera, hasta que durmió «el sueño de que no se despierta», á los cuarenta y cinco años. Su biógrafo ha dicho de él: «Abandonáronle el sueño y el apetito, y en »el estado de debilidad á que se vió reducido, esta ne»cesidad de sueño pudo serle fatal.» Entonces, ocurrióse le al doctor Turton hacer á su enfermo una pregunta muy sutil: «El pulso de usted acusa un desorden mayor »que el que corresponde al grado de la fiebre. ¿Está bue»no su espíritu?»—«No, no»—contestó melancólicamente Goldsmith. (1) Estas fueron sus últimas palabras.

El insomnio, como hemos dicho, es una de las penalidades que acarrea el exceso de trabajo cerebral, y va, casi siempre, acompañado de una depresión de ánimo que con frecuencia degenera en profunda melanco-

(1) Forste, *Life of Goldsmith* (edición 1863), pág. 461.

lía. Sir Isaac Newton, en una carta á Locke, dice de sí mismo que «no había dormido una hora por noche »durante una quincena, y que por espacio de cinco días »ni aun pudo cerrar los ojos.» Esto era debido, en parte, á su prolongado estudio y, en parte, al disgusto que le produjo la destrucción de su laboratorio y manuscritos por un incendio. La consecuencia fué un trastorno temporal de su entendimiento, del que se repuso al cabo de unos meses de reposo. Pinel, no obstante, asegura que el estudio de las ciencias exactas obra como un preservativo de la inteligencia contra los desórdenes cerebrales, á condición de que uno se someta al estudio con regularidad y moderación. La balanza del entendimiento está expuesta á desequilibrarse con facilidad por el excesivo y continuo estudio—literalmente por el abuso de la prerrogativa de pensar; porque el desenfreno del entendimiento es tan injustificado y dañoso como el del cuerpo.

La falta del necesario descanso conduce, en ciertas constituciones, á la hipocondría y á la melancolía. Los sentimientos y pensamientos tórnanse mórbidos y toda la naturaleza parece envuelta en sombras. Chaucer, en su *Dream* (*El ensueño*), cuya heroína era Blanca, duquesa de Gloucester, se describe á sí mismo como víctima de melancolía nerviosa producida por la necesidad constante de sueño y acompañada por el temor de la muerte. Blas Pascal, el autor de *Los Pensamientos*, caracterizado por Bayle como «una de las inteligencias más sublimes del mundo», perjudicó de tal modo á su cerebro á causa del excesivo estudio, que llegó á ser víctima de una intensa melancolía. Creía ver á su lado un abismo ardiente y que estaba constantemente en peligro de caer en él. Murió de una enfermedad orgánica del cerebro, como lo demostró evidentemente la autopsia, á la temprana edad de treinta y nueve años.

Hasta los hombres de ingenio y los humoristas se hallan sujetos á la melancolía. Hombres que hacían reir á carcajadas á teatros y circos enteros, se han visto víctimas de una profunda depresión de ánimo. El humorista Hoffmam sostiene que el mal se halla siempre oculto detrás de la apariencia del bien y que en todas las co-

sas se halla la punta del rabo del diablo. Cierto día llegó á consultar á Abernety un pobre hombre abatido por la dispepsia. El doctor le miró la lengua, le tomó el pulso y le interrogó acerca de los síntomas. El bueno de Abernety dijo: «Está bien, no creo que el caso sea »grave. Usted necesita ejercicio y estar alegre. Vaya »usted á ver al hábil amigo Grimaldi, reirá usted á sus »anchas y eso le sentará mejor que una medicina.»— «¡Ay de mí! — repuso el paciente, — ¡si yo soy Grimaldi!»

Molière, el autor dramático y humorista, fué víctima de la hipocondría, de igual modo que Tasso, Johnson, Swift, Byron, Beethoven y otros. No es extraño que Johnson fuera melancólico. El mismo dice que no recordaba haber pasado un solo día libre de padecimientos. Swift se marchó disgustado de la casa de Pope al cabo de unos días de conversación melancólica. Tasso figurábase estar rodeado de ardientes dardos, ruidos sobrenaturales, silbidos, tañidos y rumor de campanas. ¡Qué corona de espinas rodea las sienes de los reyes del pensamiento!

Benvenuto Cellini, Cardano, Blake, Rousseau, Gœthe, Swedenborg, Shelley y Napoleón fueron víctimas de extrañas alucinaciones. Hasta Galileo sufrió ataques de hipocondría, motivados, en gran parte, por las noches sin sueño que, sin embargo, pasaba en observaciones astronómicas. «No puedo—decía,—impedir á mi cansado cerebro que siga moliendo.» No obstante esto vivió hasta los setenta y ocho años. El sistema de Napoleón, para librarse de las alucinaciones, era excelente; se reponía del excesivo trabajo mediante el excesivo reposo.

Smollet padecía insomnio y dispepsia. Viajaba para cambiar de aires y de espectáculo. Sufría lo mismo en el cuerpo que en el alma. Adondequiera que iba se veía solo á sí mismo. Todo le desilusionaba; todo era estéril. No hallaba belleza en la Venus de Médicis, de Florencia, mientras que el Panteón de Roma le recordaba solamente «un inmenso circo de gallos, abierto por arriba.» Volvió á Inglaterra y publicó sus viajes. Su aparición le proporcionó una sarcástica noticia de Sterne en su *Sentimental Journey* (*Viaje sentimental*). «El sa-

»bio Smellfungus—dice,—ha viajado de Boulogne á Pa»rís, de París á Roma, y viceversa; mas viajaba con »*spleen* é ictericia, y todos los objetos que pasaban ante »su vista resultaban descoloridos y disformes. Se figuró »que daba cuenta de ellos, pero realmente sólo daba »cuenta de sus desdichados sentimientos... Ha sido de»sollado vivo, le han importunado hasta agotar su pa»ciencia, le han tratado peor que á San Bartolomé, por »dondequiera que ha pasado. Smellfungus dijo: — Se »lo diré á todo el mundo.—Mejor haríais—repuse yo,— »en decírselo á vuestro médico.»

El poeta Cowper sufrió la más profunda melancolía que, como hemos visto, fué causada por las malas digestiones. «Tengo un estómago—decía,—que todo lo »recibe mal, y con frecuencia hasta el pan y la mante»ca.» Sir Jacobo Mackintosh decía de su caso: «Si Cow»per hubiese tenido en cuenta el consejo de Bacón, de »que las inteligencias embotadas no pueden emprender »en seguida una vida activa, y que la sensibilidad de»bería quedar postergada hasta que pase el meridiano de »la existencia, en lugar de ser uno de los hombres más »desdichados, hubiera sido uno de los más felices.» Es una circunstancia digna de hacerse notar, que Cowper compuso su obra maestra de buen humor, *The Divertinh History of John Gilpin* (*Historia entretenida de Juan Gilpin*), en uno de los intervalos que mediaban entre sus ataques de intensa melancolía. La alegría parece haber sido como el reflejo de su tristeza. El mismo dice de su libro: «Aunque parezca extraño, los más divertidos pa»sajes que he descrito, lo han sido en la disposición de »ánimo más triste, y si no hubiera sido por esta disposi»ción, acaso no los hubiera creado jamás.»

Es cierto, pues, según Tomás Hood, que también padecía insomnios, y cuyo espíritu era aguzado en la piedra del dolor, que:

«No hay cuerda que preste sonidos á la alegría como la de la tristeza.»

ó según las palabras de Keats:

«¡Ay! en el verdadero templo del deleite, la melancolía velada tiene su altar soberano.»

Cuando se publicó el *Juan Gilpin*, de Cowper, que apareció la primera vez anónimo, el actor Henderson recorrió Inglaterra haciendo reir á carcajadas al público que llenaba los teatros, con la extraordinaria producción del más melancólico de los hombres, y entre sus oyentes podía verse á la misma gran mistress Siddon, que se desternillaba de risa y aplaudía con sus majestuosas manos, entusiasmada con el espectáculo.

Juan Leech, el artista que tanto nos ha divertido con sus humorísticos dibujos en el *Punch*, fué uno de los que más han padecido por falta de sueño. «La Natura»leza—dice lord Bacón,—se deja conquistar más fácil»mente por los que la obedecen», pero Leech no obedecía á la Naturaleza. Cierto es que alguna vez descansaba; pero su vida ordinaria consistía en el trabajo. Prosiguió trabajando aun cuando la previsora voz de su médico le dijo que su constitución exigía reposo. Llegó á ser tan excesiva su sensibilidad nerviosa, que el más ligero ruido era un tormento para él. Todos recordamos las espantosas caricaturas que lanzó en el *Punch* contra los organillos, como también las furibundas cartas al doctor Babbage en el *Times*, contra semejantes máquinas de tormento. Artista y autor, veíanse igualmente atormentados por los referidos organillos, ya estuviesen destemplados (como sucede generalmente) ó no. Pocos conocen la agonía que estos instrumentos de tormento producen á los hombres cuyo cerebro trabaja con exceso. Una enfermedad del corazón, originada por la excitabilidad nerviosa, atacó al pobre Leech. Todavía siguió trabajando, porque la renta que sacaba de sus trabajos dependía, sobre todo, de su labor semanal. Jamás descansó, y murió trabajando. Su último dibujo en el *Punch*, apareció el día de su entierro. (1)

Los poetas Keats y Shelley sufrieron la enfermedad literaria. Cuando Keats se hallaba escribiendo su *Endymion*, decía á un amigo: «Trabajo, día por día, en

(1) Aunque Leech falleció á los cincuenta y siete años de una angina del pecho, la raíz de su enfermedad se hallaba probablemente en el cerebro, como sucedió con Juan Húnter, sir Carlos Bell, el doctor Arnold, el doctor Croly, Douglas Jerrold, lord Macaulay y el reverendo F. Róbertson, que murieron por la misma causa.

»mi poema, por espacio de un mes, y al fin de este plazo »encuentro mi cerebro tan sobreexcitado, que no hace »nada acertadamente; de suerte que me veo obligado »á dejar el trabajo por unos días... En vez de poesía, »tengo vértigo en la cabeza, y experimento todos los »efectos de un desenfreno mental, depresión de ánimo, y »ansiedad de continuar sin poder hacerlo.» (1) Shelley se hallaba igualmente sujeto á una sensibilidad extremadamente mórbida, agravada por el abuso del te, mientras componía su *Prometheus Unboud* (*Prometeo desencadenado*). Escribiendo á un amigo, dice: «Mis sensaciones »parecían, de vez en cuando, como embotadas y muer»tas; mientras que otras veces llegaban á tal grado de »aguda exaltación que para no citar sino el órgano de la »vista, veía las matas de césped y las ramas de los »árboles lejanos tan distintamente, como si las mirase »con un microscopio. Al anochecer caigo en un estado »de letargia y de desanimación, y á veces permanezco ho»ras enteras en un sofá, medio adormecido, presa de la »más penosa irritabilidad del pensamiento.» (2)

Ferruel, el médico francés, dice: «a capite fluit omne malum. (Toda enfermedad proviene de la cabeza).» Las grandes obras han sido, en su mayor parte, producidas por una especie de congestión sanguínea. Metastasio sentía, en ocasiones, cuando se sentaba á escribir, que la sangre le subía á la cabeza. «Se me pone la cara »colorada como la de un borracho—decía,—y me veo »obligado á interrumpir el trabajo.» Cuando el cerebro se halla en este alto grado de tensión, el más ligero esfuerzo puede tener las más graves consecuencias. Malebranche sintióse atacado de violentas palpitaciones al leer, por primera vez, la obra de Descartes, sobre el *Hombre*. El poeta Santeuil sintió tal regocijo al hallar una frase que había buscado largo tiempo, que su razón quedó trastornada. Shenstone escribía á un amigo: «Creo que habrá usted sabido que mi fiebre es, en gran »parte, hipocondríaca, y comunica á mis nervios tan »extremada sensibilidad, que hasta en asuntos bala-

(1) Lord Hughton, *Life of Keats* (edición 1867), pág. 44.
(2) Mistress Shelly, *Notas acerca de Prometeo desencadenado*, *Poetical Works of Shelley*, 800 (edición 1839), pág. 125.

»días me siento presa inmediatamente del vértigo; po»dría casi decir de un ataque de apoplejía, porque, en ver»dad, no estoy, frecuentemente, muy lejos de él.» Swift fué, la mayor parte de su vida, víctima de la enfermedad literaria, que se manifestaba por desvanecimientos, vértigo, zumbido de oídos, temblor de los miembros y jaquecas, acompañados, constantemente, de indigestión. En sus cartas y diario describe completamente los síntomas; y el doctor Wilde habla de su caso como de uno de los más caracterizados y notables ejemplos de enfermedad cerebral que había encontrado jamás, habiendo durado por espacio de cincuenta y un años. (1)

Tomás Hood hallábase sujeto á los más fuertes ataques de enfermedad, que precedían, inmediatamente, á la publicación de una de sus obras. La duda, la ansiedad y el dolor anulan las más brillantes horas del genio. «Tantas veces va el cántaro á la fuente que al fin se rompe», dice el proverbio. El doctor Heliot, que cuidaba á Hood, describiendo su caso á mistress Hood, decía: «Su enfermedad ha sido considerablemente agravada »estos últimos años, por la naturaleza de sus trabajos, »y por la necesidad que, según creo, había de que con»tinuase, sin interrupción, sus labores literarías, por es»tar comprometido á completar ciertas obras dentro de »un período determinado. La grande y continua excita»ción que acompaña á tales esfuerzos, la privación del »sueño y reposo que con ellos se impuso, y la consiguien»te ansiedad, depresión y agotamiento, ejercieron el más »dañoso efecto en estas enfermedades, ocasionando nue»vos ataques, y le redujeron á tal estado, que quedó »incapaz de todo esfuerzo mental. La convicción de que »el esfuerzo literario es imprescindible y urgente, lo ha»ce productivo. Usted debe haber observado que, gene»ralmente, estos peligrosos ataques empezaban en el pe»ríodo que precedía á la publicación de sus libros; usted »le ha visto agotado por la lucha, y puesto al borde »de la tumba por repetidos ataques de hemorragia de »los pulmones, debidos á las palpitaciones del corazón.»

Beattie, autor del *Essay on Truth* (*Ensayo sobre la*

(1) W. R. Wilde, F. R. C. S., *The closing Years of Dean Swift's Life* (Ultimos años de la vida del deán Swift) (edición 1849), pág. 5.

verdad), nunca se atrevió á leer un libro después de impreso. Uno de sus amigos leía y corregía las pruebas. «Estos trabajos—dice Beattie,—llegaron á causar los »más dolorosos efectos sobre mi sistema nervioso, y no »podía leer lo que había escrito antes, sin sentir una »especie de sufrimiento, pues me recordaba el horror »que había sentido después de pasar una larga noche en »estudios tan arduos.» Pero prescindiendo de otros casos innumerables, (1) basta mencionar el caso de sir Walter Scott, que hacia el fin de su existencia fué víctima del *Morbus Eruditorum*.

Scott era naturalmente de constitución sana, aunque cojo, y de ocupaciones sedentarias debido á su cargo de abogado; fortificó su salud dando muchos paseos por las cercanías de Edimburgo y haciendo algunas excursiones á las montañas. Sus primeros ensayos poéticos fueron, para él, manantial de placer, más que de provecho. Hasta la publicación de *Waverley*, es decir, á los cuarenta y tres años, no pensó en consagrarse más especialmente á la literatura. Si se hubiese dedicado exclusivamente á la literatura, hubiera llegado á edad avanzada y hubiera vivido mucho más feliz. Mas, por desgracia, entró como socio en la imprenta de Ballantyne y Compañía, de Edimburgo, que le produjo toda clase de dificultades.

El éxito de *Waverley* fué tal, que dió lugar á la publicación de sus novelas con rapidez prodigiosa. *Guy Mannering*, *The antiquary* (*El anticuario*) y *Tales of my Landlord* (*Cuentos de mi huésped*), aparecieron en rápida serie; hasta que á los cuarenta y seis años le forzó á detenerse un terrible ataque de calambres en el estómago. Esta enfermedad cedió ante un severo tratamiento, sangrías, ventosas y opio, pero quedó excesivamente débil. No podía «ni moverse por la debilidad »y los vértigos, ni leer por deslumbramiento de la vis»ta, ni oir por los zumbidos que sentía en los oídos, »y ni siquiera pensar por no poder coordinar sus ideas.»

(1) Míster Isaac Disraeli cita gran número de casos en su *Literary Character*, bajo los títulos de «El entusiasmo del genio», «El arrebato del profundo estudio», «Las ilusiones del hombre de genio», etc., en sus *Miscellanies of Literature*.

Apenas estuvo en condiciones de ello, continuó con *Rob Roy*, que escribió en medio de constantes sufrimientos. Había sido empezado el edificio de Abbotsford, y hacía falta dinero para proseguirlo. Salió á luz *The Heart of Midlothian* (*El corazón de Midlothian*), y continuó con *The Bride of Lammermoor* (*La desposada de Lammermoor*), cuando de nuevo fué interrumpido por un ataque de calambres al estómago, que terminó en un ataque de ictericia. No obstante, terminó *La desposada de Lammermoor*, y escribió la mayor parte de esta novela, una de sus mejores obras, así como *The Legend of Montrose* (*La leyenda de Montrose*) é *Ivanhoe*, bajo la influencia del opio y del beleño, las más deprimentes drogas. Prosiguió dando á luz cerca de doce volúmenes por año; pero no hay fuerzas humanas que puedan soportar tal suma de trabajo mental. Cuando el doctor Abercromby le censuró por tan enorme suma de trabajo, le dijo: «Realmente, sir Walter, no debe usted trabajar»—le contestó: «Le aseguro á usted, doctor, que »sí; cuando Molly pone la olla en el fuego, podría decir »igualmente: olla, no hiervas.»

No obstante, Scott continuó tan animado y alegre como nunca, aunque se iba acercando el fin, y él fué el primero en reconocerlo. A la edad de cincuenta y cuatro años escribió en su *Diario*, como si presintiese su fin cercano: «Arregla tus negocios, y buenas noches, sir Wal»ter, que ya se acercan los sesenta. No me preocupo »de si dejo un nombre sin tacha, ni de si mi familia »queda en buena situación. *Sat est vixisse.*» Un poco más tarde sufrió un ataque de la enfermedad literaria, si bien se veía amenazado de ella desde hacía mucho tiempo. La describió así: «Un ataque del *Morbus Eru»ditorum*, al que estoy algo sujeto como muchos otros, »y que ha sido menos fuerte que cuando yo tenía más »energías. Consiste en un temblor de cabeza, cuyas pul»saciones se hacen dolorosamente sensibles, una dispo»sición á alarmarme sin motivo, mucha laxitud y decai»miento del vigor y actividad cerebrales. Las venas es»tán fatigadas y doloridas y la mente se presta á recibir »y á fomentar sombrías aprensiones. Luchar con este »demonio no es el mejor camino para vencerle. Veo que

»el ejercicio y el aire libre son mucho mejor que el ra»ciocinio.»

Transcurridas tres semanas, Scott empieza del modo siguiente su diario: «Estoy muy alarmado; he paseado »hasta las doce con Skene y Russel, y luego me puse »á continuar mi trabajo (*Woodstock*). Con gran horror »y sorpresa, no he podido escribir ni leer nada, sino »que ponía una palabra tras otra, y escribía cosas sin »sentido. Al mismo tiempo sentíame muy abatido, y no »podía concebir el motivo... me veo obligado hoy á de»jar la escritura; en su lugar leo á Pepys.» Scott no se hallaba satisfecho de escribir su *Woodstock*, pero tuvo que escribir un artículo sobre el *Diario de Pepys*, para la *Quarterly*. Y así continuó escribiendo y corrigiendo. Constable y Ballantyne quebraron, y sus billetes llegaron á valer lo que un papel cualquiera; y Scott se esforzó por pagar sus deudas, para lo cual escribió *Life of Napoleon Bonaparte* (*Vida de Napoleón Bonaparte*).

Ni el dolor del hígado, ni las palpitaciones del corazón, ni el insomnio, ni la ictericia, ni la depresión de ánimo, pudieron detenerle. «No sé—dice,—si mi imagina»ción se debilita, es probable que sí; pero, por lo me»nos, mis facultades para el trabajo no han disminuido »durante la última melancólica semana... Estas luchas »han causado la muerte de muchos hombres, y creo »que causarán la mía. Bueno, pero á mal viento buena »cara; hay que seguir trabajando hasta que no se pueda »más... Estoy convencido de que si viviese en un re»tiro solitario, privado del medio de hacer ejercicio ó »de consagrarme al estudio, al cabo de seis meses me »volvería loco ó idiota.»

Al fin Scott se decidió á viajar, pero esto no le hizo provecho, pues su cerebro continuó trabajando. A los cincuenta y nueve años sufrió el primer ataque de parálisis; pero el aviso no fué escuchado, y apenas se repuso, volvió á sus *Lettres on Demonology* (*Cartas sobre la Demonologia*), y á sus *Tales of a Grandfather* (*Cuentos de un Abuelo*). Sus médicos le ordenaron seriamente que cesase todo trabajo cerebral; pero el consejo resultó inútil. Al año siguiente tuvo un segundo ataque de pa-

rálisis más fuerte que el primero; no obstante, apenas se restableció de él, continuó su *Comt Robert of Paris* (*El Conde Roberto de París*), únicamente para mostrar los últimos dolorosos destellos de un genio expirante. Después de la elección de Roxburghshire, cuando le persiguieron y silbaron en Jedburgh porque era «un Tory», sufrió el tercer ataque de parálisis; (1) sin embargo, inmediatamente que recobró la palabra, su primer grito fué: «á trabajar.» «Tengo que volver á casa á trabajar »mientras es de día; pues llegada la noche, me es im»posible hacerlo. He puesto este texto, hace años, en mi »cuadrante solar, pero éste, con frecuencia, me predica »en vano.» A partir de esta época, su inteligencia decayó gradualmente; fué recogido fuera de su casa casi sin movimiento. En Nápoles, «cediendo á la pasión dominante, fuerte contra la muerte», empezó una nueva novela que nunca fué publicada. Al volver á su país, sufrió un nuevo ataque; sin embargo, conservó bastante fuerza para volver á su casa y morir. Su yerno, Lockhart, falleció de la misma enfermedad y debida á la misma causa, el exceso de trabajo cerebral. Mientras editaba la *Quarterly Rewiev*, comenzó la *Vida de Sir Walter Scott*, una de las mejores biografías que se han escrito. Pero el trabajo era superior á sus fuerzas. No obstante, consiguió acabar dicha vida, en siete volúmenes: era para él únicamente cuestión de honra y de cariño, pues no sacó de dicho libro la menor ventaja pecuniaria. Entonces cedió la empresa de la *Quarterly Review*, y fué á Italia. Volvió de Roma á Abbotsford, y murió en una pequeña habitación contigua á la en que había expirado sir Walter Scott.

Southey ha sido otra víctima de la enfermedad cerebral. Fué uno de los más laboriosos y constantes entre los literatos. Como ha dicho su biógrafo: «Ningún arte»sano en su arte, ningún aldeano en el campo, ni ningún

(1) Napoleón, que temía en extremo á la parálisis, preguntó á su médico Corvisart su opinión acerca de la enfermedad. «Sire, contestó Corvisart, la parálisis es siempre peligrosa, pero avisa. Rara vez ataca á su víctima sin avisarle. El primer ataque, casi siempre ligero, es, para emplear un término legal, una *intimación sin costas;* el segundo, una *intimación con costas*, y el tercero es una *toma de posesión* ó auto de prisión.» La »muerte de Corvisart demuestra la verdad de su definición.

»trabajador en su oficio, comenzó tan joven su apren»dizaje, ni trabajó tan sin intermitencia durante su vida, »á causa de la escasez de recursos, como Roberto Sou»they.» Lo mismo que aconteció á Scott, el trabajo llegó á ser para él un hábito, hasta el punto de no poder prescindir de él. El doctor Arnold observó, acerca de él, que hasta trabajaba cuando iba de paseo, por lo cual no se podía llamar á esto ejercicio, pues en tanto paseaba, leía y tomaba notas. Sus poesías y trabajos históricos proporcionáronle pocas ventajas; se mantenía, principalmente, con su colaboración en la *Quarterly*. Hacia los sesenta años era completamente un anciano. Su memoria comenzó á debilitarse, se apoderó de él la melancolía, y cayó en una segunda infancia; perdió completamente la inteligencia y murió loco, á los sesenta y nueve años.

Juan Galt era, al mismo tiempo, ejemplo notable del *Morbus Eruditorum* y de prodigiosa energía vital. Era uno de los más laboriosos escritores en historia, economía política y bella literatura. Cayó enfermo, por primera vez, durante la publicación del *Courrier;* un ataque de parálisis interrumpió, por algún tiempo, sus trabajos. Recobró la salud, y volvió nuevamente á sus tareas periódicas. Su enemigo volvió á la carga una y otra vez; siguió escribiendo mientras pudo tener la pluma, y mucho tiempo después de haber perdido el uso de los brazos y de las piernas, seguía dictando á un amanuense. La observación de Corvisart á Napoleón, de que el tercer ataque de parálisis era una *toma de posesión*, no puede aplicarse á Galt; porque solamente luego de haber sufrido catorce ataques de dicha enfermedad cayó, víctima de la misma, á los setenta años.

El poeta Heine vióse frecuentemente interrumpido en sus trabajos, por la enfermedad de los nervios; sin embargo, tardó ésta ocho años en matarle: durante este tiempo perdió el uso de sus miembros y llegó á verse en la situación de un niño. No obstante, conservó su alegría á pesar de sus sufrimientos, y siguió escribiendo hasta el fin. Mientras se preparaba la Exposición de París de 1855, le preguntó un amigo por el estado de su salud, á lo cual repuso: «Mis nervios se hallan en tan

»notable situación, que estoy seguro de que ganarían »la medalla de honor del dolor y del sufrimiento si »pudiera llevarlos á la Exposición.» Leyó todos los libros de medicina que trataban su enfermedad. «Pero, »¿qué provecho saqué de esta lectura?—dice,—lo igno»ro; sólo sé que me he puesto en condiciones de expli»car una cátedra en el cielo, acerca de la ignorancia de »los doctores de la tierra, respecto de las enfermedades »de la médula espinal.»

El caso del reverendo F. Roberston, de Brighton, fué uno de los más dolorosos, sobre todo hacia el fin de su vida. Tenía temperamento nervioso y era en extremo sensible; estudiaba y predicaba alternativamente; no escribía sus sermones, sino que confiaba en la excitación del momento, para encontrar palabras con que vestir sus ideas, y hasta las ideas mismas. El resultado era una intensa excitación cerebral después de cada sermón improvisado; insomnio, dolor de cabeza, «como si un águila le hincase sus garras», (1) la consiguiente pérdida de memoria y confusión de ideas. Aspiraba á descansar y, sin embargo, continuaba trabajando. En ocasiones, inspirábale remordimientos la sabiduría, por cuya consecución trabajaba. «Voy estando convencido de que »no hay ningún deber que tenga derecho á poner obs»táculos á una existencia humana.» Mas le instaron mucho, y cedió á los ruegos. No solamente predicó, sino que explicó una cátedra. Después de sus lecciones sobre Wordsworth, en el Ateneo de Brighton, escribía á un amigo: «La sala se hallaba enteramente llena, y algunos »centenares de personas tuvieron que irse por falta de »sitio; pero desde entonces he sufrido terribles dolores »de cabeza, sintiendo punzadas tan violentas y pene»trantes, que no puedo menos de lanzar una exclama»ción.» Pocos días después se desmayó en la calle, y fué llevado á una farmacia, mas apenas se había repuesto corrió á cumplir un compromiso. Los dolores de cabeza continuaron. «Cada idea que tengo—decía,—y cada línea »que escribo ó leo, me producen dolor en el cerebro, »unas veces agudo y otras sordo.»

(1) El reverendo S. A. Brooke, *Robertson's life and Letters* (Vida y cartas de Robertson) (edición 1865), II, pág. 161.

Roberston consultó á los médicos de Londres, que le prescribieron diferentes medicinas; pero después de tomarlas no experimentó ninguna mejoría.

Entonces consultó á un homeópata, que le recomendó dosis microscópicas de acónito. El cuarto médico á quien consultó, el más sabio de todos, se negó á prescribirle otra cosa que un entero y total abandono del púlpito, para salvar su vida. (1) Pero el consejo no fué seguido, y Roberston siguió trabajando con más ardor que nunca. Su situación iba empeorando gradualmente. Uno de los individuos de su congregación se propuso curarle, y creyendo que el galvanismo le haría provecho, aplicó á su cabeza la electricidad. «Instantánea»mente—dice,—me sentí atravesado por un dolor agudo »como si mi cráneo fuera un horno y subiesen por todas »partes llamaradas de fuego.» Estuvo, durante algún tiempo, como loco de dolor; lo extraordinario es que no se quedara en el sitio. Sin embargo, se recobró de este choque y aun siguió trabajando. A la larga se quedó paralítico, y al fin pasó á gozar del deseado reposo, á los cuarenta y siete años. Fué una vida corta, pero hermosa, llena de vivos goces, aunque interrumpida tristemente por el dolor y el sufrimiento. Si Roberston, en medio de sus muchos conocimientos, hubiera tenido alguna noción de la salud física y mental, nunca hubiera tenido lugar su suicidio moral.

La vida de los literatos está llena de avisos referentes á los peligros que acarrea el excesivo trabajo mental. Sir Walter Scott solía decir, que consideraba la literatura más como un bastón que como una muleta. Mas llegó un tiempo en que la consideraba como ambas cosas á la vez. «¡Ay de los que tienen que ganarse la »vida con su pluma—dice la señora de Tencín.—El zapa»tero está seguro de su salario; el escritor no está seguro »de nada.» Coleridge, en su *Biografía literaria*, dice: «Nunca debe considerarse la literatura como un oficio; »á excepción de algún hombre extraordinario, jamás he »visto un individuo que haya vivido sano y dichoso sin

(1) Un consejo idéntico dieron al doctor Guthrie, de Edimburgo, que se hallaba en parecidas circunstancias; éste siguió el consejo, y gracias á él pudo conservar una vida tan útil como la suya, durante muchos años.

»una profesión, esto es, sin empleo regular que no de»penda del capricho del momento... El dinero y la repu»tación inmediata constituyen, únicamente, un objetivo »arbitrario y accidental de la labor literaria. La esperan»za de acrecentarlos por cualquier esfuerzo, llega á ser, »con frecuencia, un estimulante para la laboriosidad; »mas, la necesidad de adquirirlos en todas las obras de »genio, puede convertir el estimulante en un narcóti»co... Si necesitamos hechos para probar la posibilidad »de combinar sólidas producciones literarias con un tra»bajo amplio é independiente, hallamos, entre los anti»guos, las obras de Cicerón y Jenofonte; entre los mo»dernos, las de sir Tomás Moore, Bacón y Báxter, y »para citar ejemplos contemporáneos, las de Darwin y »Roscoe: todos son decisivos en esta cuestión... ¡Es ne»cesario no ser simplemente un literato! Sea la litera»tura una honrosa ayuda para vuestros brazos, mas que »no constituya la aspiración suprema, ni llene el escudo »de armas.» (1) Este es un consejo sabio, pero no le siguió el mismo Coleridge. Tal vez el «hombre extraordinario» á quien hacía referencia, era su cuñado Southey, á quien dejó el cuidado de su esposa y familia en Keswick, en tanto que él mismo se entregaba á brillantes monólogos en casa de su amigo míster Gillmam, en Highgate Hill, en Londres. Southey, ciertamente, «cultivó la literatura como una profesión»; pero aunque acortó su vida fué, en verdad, su carrera noble, honrada, laboriosa y virtuosa.

No obstante, Macaulay tiene algo que decir en favor del trabajo literario. Mientras estaba en la India, escribía á su amigo Ellis (en 1835): «Debo á la litera»tura el haber salvado mi vida y mi razón. Hasta ahora, »no me atrevo, en los intervalos de los negocios, á per»manecer un solo minuto sin un libro en la mano. Estoy »más que medianamente decidido á abandonar la polí»tica y á consagrarme por completo á las letras; á em»prender algún trabajo histórico, que pueda ser á la vez »la ocupación y el encanto de mi vida; y á dejar los »placeres de las pestilenciales habitaciones, las noches

(1) Cobridge, *Biografía Literaria*, cap. XI.

»sin sueño, las jaquecas y las gastralgias, á Roebuck y á »Praed.»

De Tocqueville fué avisado del peligro que corría, porque iba perdiendo la memoria; mas, se hallaba tan absorto en sus estudios, que desatendió el aviso y siguió escribiendo hasta el fin. «Me levantaba á las seis—dice, —»y permanecía seis horas sentado ante mis cuartillas, »dejándolas, á menudo, enteramente blancas. A veces »hallaba lo que buscaba, pero lo hallaba penosa é im»perfectamente; otras veces me desesperaba de no en»contrar la menor idea. Dejaba el trabajo, descontento »de mí mismo, y por consiguiente de todo.» (1) Disraeli, el viejo, estaba sujeto á la misma enfermedad literaria, un desfallecimiento de la energía nerviosa producido por el estudio, por su demasiado sedentarias costumbres, una temprana y habitual tendencia á la divagación y anhelos constantes é indefinibles. No obstante, merced á un régimen cuidadoso, á la abstinencia de toda excitación y al ejercicio regular, consiguió vivir y trabajar hasta una edad avanzada. (2) El profesor Wilson, lo mismo que Scott, padeció el *Morbus Eruditorum*, tuvo un ataque de parálisis, que fué el primer aviso. Continuó trabajando como de costumbre, y tuvo un segundo ataque, que puso fin á su vida. El cantarillo fué tanto á la fuente que al fin se rompió. (3)

Los hombres de imaginación exaltada—dice Pinel,—perecen víctimas de su cerebro; tal es el fin de aquellos cuyo genio les procuró la inmortalidad que tan ardientemente anhelaron. En verdad, son duras las penalidades que muchos hombres sufren por la gloria. Nace del trabajo y de la actividad cerebral, y se logra merced

(1) De Tocqueville, *Memorias y Recuerdos*, II, pág. 435.

(2) *Curiosities of Literature* (Curiosidades de la Literatura) (edición 1865). «Memoir by lord Beaconsfield», pág. 21.

(3) La lista de las víctimas de la parálisis y aplopejía producidas por el exceso de trabajo mental sería interminable; mas podemos citar algunos nombres de los más ilustres: Copérnico, Malphigt, Linneo, Cheselden, Spallanzani, Cabanis, Corvisart, Dupuytren, La Bruyère, Daubenton, Marmontel, Monge, Cuvier, Fourcroy, Hændel, Glück, Hobbes, Dugald Stewart, Monboddo, De Foe, Swedenborg, Richardson, Dollan, Dalton, Wollaston, San Francisco de Sales, Petrarca, Beattie, Tomás Moore, Mendelssohn, Heine, Porson, Curran, Garrick, sir H. Davy, sir W. Scott, Lockhart, Wilson, Tegner y sir W. Hamilton. No obstante, varios de estos hombres vivieron hasta una edad avanzada.

al sacrificio de sí mismo, á la privación del descanso y, frecuentemente, al sufrimiento. El genio, aunque llega á poseer la gloria, la posee, á menudo, acompañada de la tristeza. «¡Pobres grandes hombres — dice Sainte-»Beuve;—grandes á causa de lo que constituye su im-»potencia, é impotentes y débiles á causa de su gran-»deza! Filósofos ó poetas, pensadores ó cantantes, no »os sobrepongáis los unos á los otros, no os tengáis por »excepciones, no os vanagloriéis... Ensangrentadas fibras »han sido el origen de las primeras cuerdas de la lira; »también lo serán las últimas... La estatua de Memnon »exhalaba armoniosos sonidos al salir el sol, mas, sola-»mente al ser golpeada.» (1)

Todo, en verdad, vive poco. La vida pasa con rapidez, y la muerte llega segura y prontamente. ¿Y por qué se desea la instrucción literaria? ¿Por la gloria y por la fama? «Un rumor insignificante, en un rincón de la tierra», «un ligero chapoteo en el gran estanque del olvido», «una existencia imaginaria en la vida de los otros.» ¿Qué es la belleza? Una rosa que apenas dura un día. ¿Y la salud? Un bien que podemos perder en un instante. ¿Y la juventud y el vigor? Tesoros que el tiempo devora cada día. Las almas sensibles no pueden menos de mirarse como en un espejo, en la rapidez de todos los placeres humanos. Existe una tristeza intelectual que ensombrece á los mejores y á los más brillantes; el pensamiento de la gran insignificancia del hombre en la inmensidad de la creación en cuyo seno vive; la ínfima fracción de tiempo que su vida representa en la inconmensurable eternidad; y lo extremadamente poco que conoce ó puede conocer, comparado con el vasto dominio de la sabiduría y de la ciencia que deben quedar eternamente inexplorados.

Al mismo tiempo, hombres y mujeres están obligados á cultivar las facultades de que han sido dotados:

«¿Qué es un hombre, si su principal bien y el empleo de su tiempo han de reducirse á dormir y comer? — Tan sólo una bestia. Sin duda, el que nos hizo con tan poderosa inteligencia, previéndolo todo cuidadosamente, nos dió esta capacidad y razón casi divina, para que no quedase en nosotros sin empleo.»

(1) Sainte-Beuve. *Portraits contemporains*, I, pág. 301.

Cada función, así del alma como del cuerpo, debe ejercitarse de un modo cuidadoso y conveniente. Nosotros debemos, en todo caso, conocer algo de las condiciones ordinarias de la vida. Una ligera observación imparcial y algunos conocimientos de fisiología serán muy útiles al pensador, poeta, autor ó filósofo, para trabajar cómodamente y sin peligro. Pinel sostiene que el estudio de las ciencias exactas, hecho moderadamente, fortifica la inteligencia y la preserva del desarreglo. Su opinión está justificada por las estadísticas de la longevidad. En todas las cosas debe observarse la moderación: el *aurea mediocritas*, tan ensalzado por Horacio. El buen humor es casi tan necesario como la moderación. De este modo la vida puede ser útil y prolongarse.

Los magistrados (que por lo general tienen renta segura), los clérigos y filósofos, (1) viven más tiempo; luego vienen los comerciantes y hortelanos y, finalmente, los cirujanos (2) y carniceros. Los que viven menos son los molineros, los panaderos, los picapedreros y los taberneros. El doctor Guy leyó un documento en una reunión de la Sociedad de Estadística, en el cual establece que la vida media de nueve de los más grandes poetas latinos, fué de cincuenta y tres años; y la de nueve de los principales poetas ingleses, de cuarenta y dos. Generalmente, las mujeres (que no tienen que ganarse el pan, ni se hallan perturbadas por el fastidio de los negocios), viven más que los hombres; y los hombres casados más que los solteros. La vida larga está, generalmente, asegurada por la conducta virtuosa; en realidad, la salud física y moral se hallan tan íntimamente relacionadas, como el alma y el cuerpo; y la longevidad guarda íntima relación con la comodidad y la felicidad humanas.

Los perjuicios de la excitación mental y del excesivo

---

(1) En una reunión que celebró recientemente la Sociedad Londinense de Linneo, se dió cuenta de la muerte de dieciséis miembros, cuya vida media había sido de setenta y tres años.

(2) Voltaire hace notar que entre muchos centenarios no había uno sólo de la facultad de medicina. El rey de Francia ha enterrado á cuarenta de sus médicos.

trabajo cerebral han aumentado mucho durante los últimos años, por el exceso de trabajo en las escuelas. «¡Cuántos he visto en mi tiempo—dice Montaigne, — »completamente embrutecidos por una inmoderada sed »de conocimientos!» (1) El grito de la edad presente es «Educación», pero se trata de educación por medio de los libros solamente. ¡Leed, leed, leed! como si Dios no nos hubiese dado cuerpos, al mismo tiempo que cerebros para que cuidásemos de ellos y los cultivásemos. Niños y niñas se ven forzados á trabajar mucho en la escuela. Hay gran competencia entre los maestros, porque sus rentas dependen de los resultados. Los discípulos son atiborrados de conocimientos en la menor cantidad de tiempo posible, y el cerebro, el más delicado de los órganos, trabaja más en un mes que antes trabajaba en un año. Algunos, sin embargo, gracias á la competencia, pueden parecer prodigios y ganar premios. Mas ¿qué es de la salud, que vale más que muchos premios? Si no caen víctimas del exceso de trabajo, los discípulos que ganan premios acaban, frecuentemente, por ser inválidos y, en ocasiones, idiotas.

La teoría de que el éxito en los exámenes es una prueba de lo que el niño será después, es muy falaz. Ya hemos visto que muchos de los hombres más ilustres fueron holgazanes y nada precoces en la escuela. El difunto lord Cockburn se vió casi obligado á ser un mal estudiante por los repetidos azotes. El decía, más adelante, que «desconfiaba de los listos, y pensaba que se podía esperar más de los torpes.» Verdaderamente, el niño torpe ó el niño que ha empezado su educación tarde, y ha tenido, por tanto, más tiempo para crecer y ejercitar sus facultades físicas, aventajan rápidamente en el curso de la vida á aquellos que entraron en la escuela mucho antes que ellos. Es preferible que el cerebro permanezca ocioso, en lugar de verse obligado á trabajar con exceso sacrificando la salud, que nunca puede ser recuperada. El altar de los exámenes es el Moloch en cuyas aras sacrifican á sus hijos los padres moder-

(1) *Ensayos*, de Montaigne. «De la educación de los niños», lib. I, cap. XXV.

nos. Los repartos de premios y los concursos estimulan sus energías; y cuando han «pasado» y obtenido todo lo que anhelaban, ¿cuál es su condición actual? Son, frecuentemente, pobres criaturas aniquiladas. Muy pocos niños y niñas de los que obtienen premios realizan las promesas que habían hecho concebir. Los prodigios son, siempre, lo más inseguro, como dice el proverbio: «Lo que pronto madura, pronto se pierde.»

«Las personas que más éxito han alcanzado en los »exámenes universitarios—dice el reverendo Boyd Car»penter,—y que se han distinguido después, son muy »pocas, comparadas con las que no tuvieron éxito. La »razón de esto—según él,—debe ser el sistema de atibo»rrar las cabezas de los niños. El objeto principal de la »educación consiste en formar hombres para el mundo, »que tengan el mayor dominio posible de sí mismos y »de sus facultades. Es inútil dar al hombre una gran »educación sin desarrollar sus condiciones de energía, »porque una inteligencia cultivada de nada sirve si no »se está en condiciones de usar de ella.»

La inutilidad relativa de los exámenes universitarios, como augurio, ha sido demostrada por los resultados obtenidos en la administración civil de la India. No se tuvieron en cuenta salud, capacidad física y constitución vigorosa para soportar un clima tropical, y fueron nombrados para dicho servicio civil jóvenes que después de prolongados exámenes obtuvieron los primeros números. «En Bombay—según un informe oficial,— »la ruina de este sistema fué completa. De cien infe»lices empleados nombrados para esta presidencia, nue»ve han muerto, dos se han visto obligados á retirarse »por causa de su debilidad física, diez más fueron juz»gados completamente inútiles para su trabajo á causa »de su mala salud, otros dos fueron despedidos por no »saber montar á caballo y por sus modales ridículos, y »ocho se volvieron locos... Estos casos de locura se »refieren casi todos á los últimos años, durante los cua»les se mantuvo enhiesta la bandera de los exámenes »como precisos bajo el sistema de los concursos en el »más alto grado... Imagínese el Gobierno de un país »como la India, dividido en media docena de distritos,

»á cuál más distantes, y administrados por empleados »dementes.» (1)

La pérdida de vida y de salud que representa ese impuesto de los exámenes y concursos sobre la sangre y el cerebro, causa espanto. En vez de una educación que fortifique el alma y el cuerpo para la vida social; que fortifique el carácter mediante el hábito y la disciplina, que llene el cerebro de conocimientos útiles y prácticos; que desarrolle el valor, la paciencia, la tenacidad en los propósitos y la resistencia física, como fundamento del ejercicio práctico de estas grandes cualidades morales; la educación, tal como hoy está dirigida, parece más bien servir para rellenar y atiborrar por fuerza la inteligencia con determinados conocimientos calculados tan sólo para que un joven pueda salir triunfante en un concurso, aunque son relativamente de muy poca utilidad en los negocios de la vida corriente. Mas si el exceso de trabajo cerebral es perjudicial para los niños y adolescentes, lo es aún más para las niñas y las jóvenes. La educación de las niñas por medio del sistema de exámenes está hoy muy en boga. Ellas también son sacrificadas en ese funesto altar. ¿Y cuál es el resultado? A menudo caen casi sin vida, y la salud física queda arruinada para siempre. Verdaderamente, su constitución no es adecuada para ese sacrificio. Su cerebro, su configuración y sus funciones son diferentes de las del sexo fuerte, y los deberes que tienen que llenar son casi el reverso de los del hombre. Es asombroso lo que pueden hacer las jóvenes en este terreno del estudio, aunque lo hagan á costa de terribles consecuencias. Se transforman en verdaderos paquetes de nervios; su excesivo trabajo cerebral consume sus cuerpos, y el verdadero proceso mediante el cual pretenden los educadores perfeccionar la raza, tiende á su degeneración.

El difunto profesor F. D. Maurice dió el alerta acerca de esto, en la reunión del Congreso de Ciencia Social, en Brístol, en 1869. Refiriéndose al presente sistema de exámenes, decía que minaba por completo la vida física,

(1) *Times*, 11 de diciembre de 1882.

intelectual y moral de los jóvenes, y que produciría efectos más espantosos todavía en las jóvenes si éstas llegaban á ser admitidas á todos los privilegios del otro sexo. Padres y médicos se quejan á la par de la pérdida de la energía física y del trastorno nervioso que observan en las jóvenes, ya hayan triunfado ó ya hayan fracasado en sus esfuerzos. «La enfermedad—decía el profesor Maurice,—se ha hecho realmente grave»; á nadie se le ocurre pensar en ello bastante seriamente ó sugerir un remedio. Entretanto, el mal va aumentando, y la gente decide, encogiéndose de hombros, que es un mal preciso.

El reverendo Canon Kingsley, que leyó la carta del profesor al Congreso, no insistió suficientemente en ello, si bien dijo que «la constitución de las mujeres era tal »que podían soportar estas privaciones por algún tiem»po», esto es, su entusiasmo por la igualdad de educación con los hombres, que las obliga á someterse á la privación del sueño, del alimento y del descanso, que ejercen en ellas efecto más perjudicial para lo futuro. «Ellas pueden soportarlo sin daño inmediato evidente, »pero no sin exponerse, al fin, á una grave y, á veces, »incurable enfermedad.»

Pero, seguramente, no se debe considerar como un mal necesario este sistema de violentar prematuramente las inteligencias de las niñas. Cuando la Naturaleza protesta contra ella, los padres deberían acudir en su auxilio. Los médicos protestan contra la costumbre, y su consejo no debería ser desdeñado. La disciplina de la educación debería ser, en todos los órdenes, una preparación para los deberes de la vida; y el sistema que consiste en acumular efímeros conocimientos ó estériles hechos, que son inmediatamente olvidados, no puede nunca producir los goces y el bienestar de la vida de familia. Respecto á ocupar las mujeres el puesto de los trabajos de la vida activa, haciéndose marinos, soldados, cirujanos, abogados ó ejerciendo otras ocupaciones ó profesiones, no vale la pena de ser tomado en serio.

Las mujeres no tienen robustez física para soportar fuertes trabajos, y menos aún si son trabajos cerebra-

les, que aniquilan más aún que el trabajo muscular. Gracias á su fuerte constitución, los jóvenes, mientras están en la escuela ó en el colegio, pueden realizar una cantidad de trabajo de que es absolutamente incapaz la delicada constitución de las niñas. Y sea cual fuere el resultado del sistema de exámenes y concursos aplicado á las niñas, desde el punto de vista de su igualdad social profesional con los hombres, es indudable en absoluto que los primeros efectos de dicho sistema serán una abundante cosecha de enfermedades nerviosas y cerebrales, como la corea (1) y la histeria, y en último resultado, el desarreglo de las funciones vitales y el agotamiento completo de su salud corporal.

Que este sistema no es necesario para elevar al más alto grado las facultades intelectuales de la mujer, puede verse demostrado por el ejemplo de mistress Somerville (cuyo nombre de familia era Fairfax). Cuando era niña fué viva y alegre y hacía mucho ejercicio, y en consecuencia gozaba de una salud perfecta. Su padre era marino, pero su madre le enseñó á leer la Biblia. Trabajaba en su huerto, cultivaba claveles, podaba los manzanos é ingertaba rosales. Cuando su padre volvió del mar tenía ella diez años, y le chocó hallarla «hecha una salvaje». Sin embargo, tenía excelente salud. Su padre la envió á una pensión, á cuya vida regular cobró ella aversión. Mas la educación le hizo bien. Cuando volvió á su casa era laboriosa y tenía muchas habilidades; cosía para la familia, siendo una notable costurera. Cortaba y hacía sus propios vestidos, tocaba el piano y pintaba cuando tenía tiempo desocupado. Aprendió la co-

(1) Entre los resultados de la educación intensiva, va aumentando con rapidez extraordinaria la enfermedad llamada baile de San Vito. El doctor Octavio Sturges, en el *Lancet* del 15 de enero de 1887, demuestra que de todos los casos de corea que pasaron por su clínica el año anterior, en el gran hospital de Ormond Street, más de un tercio eran debidos evidentemente á los trabajos escolares. Había más del doble de casos en las niñas que en los niños, á causa de la mayor pequeñez del cerebro en las primeras y de su más delicada organización. «Hablando en lenguaje claro y preciso, dice el doctor Sturges, las causas de esta enfermedad son las siguientes: 1. Exceso de trabajo escolar á causa del mayor número de horas del mismo, y de lo pesado de las lecciones (especialmente de aritmética). 2. Excitación en la enseñanza. 3. Lecciones hechas en casa, cuando no hay en ella quien pueda explicarlas ó faltan condiciones para ello. 4. Los golpes y otros castigos, sobre todo cuando son injustos.»

cina, se ocupó en la lechería, y cuando se casó fué una excelente mujer de su casa.

Su primer marido (Grey) no la estimuló á aprender; pero el segundo (Somerville) se lo aconsejó. Mistress Somerville aprendió la botánica mientras daba de mamar á uno de sus hijos. Tuvo también tiempo para observar las estrellas, cuyos misterios pudo después explicar á otros. También aprendió algo de Euclides. No descuidó por eso las atenciones de su familia, sino que consagró únicamente á la ciencia aquellas horas que otras mujeres consagran en su caso á habladurías y distracciones. Por último escribió un libro—y lo escribió entre el estrépito y algarabía de sus hijos.—*On the mechanism of the heavens* (*Sobre el mecanismo de los cielos*). Tenía treinta y siete años cuando llevó á cabo su primera obra científica, y lo hizo á instancias de lord Brougham. Es digno de notarse que sus poderosas facultades mentales, aunque desarrolladas tarde, permanecieron frescas y activas hasta el fin, y á la edad de ochenta años, publicó su última obra, *On molecular and microscopic science* (*Sobre la ciencia molecular y microscópica*). Sin embargo, no abundan las mujeres como mistress Somerville. La aplicación rigurosa, el trabajo asiduo y el prolongado esfuerzo mental que han de reunir los que se consagran al estudio de las ciencias abstractas, escasean mucho en los hombres, y más todavía en las mujeres.

VII

SALUD

¡Ea! ¡Ea! amigo mío, dejad vuestros libros, ó indudablemente llegaréis á quedar jorobado. ¡Ea! ¡Ea! amigo mío, desarrugad el ceño; ¿para qué tanta fatiga y turbación? Los libros son una lucha triste é interminable: venid á oir al chorlito del bosque. ¡Cuán dulce es su música! Por mi vida, hay mucha más sabiduría en él. —WORDSWORTH.

La salud es de gran importancia, tanto para el que la posee como para los demás... ¿Acaso no constituye la salud la armonía, sinónimo de todo lo bello, de todo lo justo y de todo lo bueno? ¿No es, en todos sentidos, el resultado total, como demuestra la experiencia de cuanto hay en nosotros de excelente? El hombre sano es el producto más digno de la Naturaleza, mientras se mantiene tal. La salud corporal es buena; pero la verdadera salud del alma es la cosa que más debemos anhelar, y la bendición más grande que la tierra recibe del Cielo. —T. CARLYLE.

No hay riqueza comparable con un cuerpo sano; ni mayor alegría que la del corazón.—ECLESIÁSTICO.

De nada sirven las grandes cualidades, si no se sabe emplearlas con acierto. —LA ROCHEFOUCAULD.

Somos niños y parecemos ancianos; la vida no consiste en vivir, sino en tener salud.—MARCIAL.

RECREACIÓN quiere decir creación; es decir, una segunda creación, cuando la fatiga del cuerpo ó del cerebro ha agotado la energía animal ó cerebral. El sueño mismo es una recreación; y cuanto más sano es el niño, tanta más salud se recupera. Mas, existe una recreación de

otra clase que requieren los trabajadores intelectuales, y es la recreación activa. Todas las naciones fuertes y robustas están caracterizadas por el vigor de sus deportes. Entre nosotros se manifiesta por los deportes al aire libre—cricket, lawn-tenis, foot-ball, caza, en sus diversos géneros, de pluma y de pelo, deporte náutico, polo, juego de bolos y la pesca—que se continúan hasta en el invierno, hasta que los *sportsmen* se hallan completamente helados.

Unicamente puede llamarse ejercicio el que produce libre y completa expansión de los pulmones. El centro de la vida se halla, en gran parte, situado en el pecho. Si es verdad que la masa de sangre existente en el cuerpo pasa á través del corazón y los pulmones doce veces por hora—para ser vivificada y distribuida nuevamente á todas las extremidades,—no podrá menos de reconocerse la importancia de la inhalación y exhalación completas. Hacen falta, para la salud del cuerpo lo mismo que para la de la inteligencia; es decir, para dar nueva vida á los músculos, lo mismo que al cerebro. Verdaderamente, la fuerza de voluntad y la potencia cerebral dependen, en grado no pequeño, de la fuerza del pecho, y la facultad de pensar depende del aparato respiratorio.

El principio potencial, la facultad de querer con energía y decisión, se manifiestan, ordinariamente, en una sólida inteligencia combinada con una energía sostenida de la acción vital. La filosofía ha cometido un error en no estudiar más profundamente el sistema físico, porque allí es donde radica el hombre moral y mental.

En todo caso, debe admitirse que para asegurar el pleno ejercicio de la inteligencia y conservarle en su acción saludable, hay que prestar la atención debida á los órganos del cuerpo. El hombre debe vivir de acuerdo con la Naturaleza y con las leyes en virtud de las cuales fué ideado y formado su cuerpo; de otro modo, sufrirá la pena inevitable del dolor y la enfermedad. La ley que rige el cuerpo merece tanta atención como la de la gravitación universal. No es necesario que cada

uno esté pensando constantemente en cómo se lleva á cabo tal ó cuál función. Una preocupación de esta índole equivale á una enfermedad. Mas, para vivir de acuerdo con las leyes de la Naturaleza, parecen necesarios algunos conocimientos razonables de las leyes de la vida en todo sistema de educación realmente completo; porque nuestro bienestar diario, lo mismo que nuestra energía mental, dependen enteramente de las condiciones de salud del organismo en que habita el alma, y mediante el cual trabaja y crea la inteligencia.

«La felicidad—dice Sydney Smith,—no es imposible »sin salud, pero es muy difícil de alcanzar. No entiendo »por salud ausencia de enfermedades peligrosas, sino »que el cuerpo se halle en perfecta armonía, lleno de »vigor y de alegría.» (1) Es una desdicha para los jóvenes el ser sacados, desde muy temprano, del perfecto estado de equilibrio, por los indiscretos esfuerzos de sus padres, obligando á sus inteligencias á entrar en acción antes de lo que permite la Naturaleza. El resultado es la disonancia, la carencia de armonía y el desarreglo de las funciones. El sistema nervioso se ve sobreexcitado mientras que se desprecia la parte física. El cerebro tiene mucho que hacer y los órganos corporales muy poco. La inteligencia puede ser alimentada, mas el apetito se pierde, y la sociedad se ve llena de rostros pálidos por la dispepsia. «Todo es preferible—dice el doctor »O. W. Holmes,—á la degeneración sanguínea á que to»dos tendemos.» El placer de la miel apenas se recompensa con la punzadura del aguijón. Como dijo Marcial hace mucho tiempo, «la vida solamente merece el nombre de tal cuando se tiene salud.»

Ya nos hemos referido, en otro lugar, al perjuicio que se causa á la vida y á la salud, en los niños, y más aún en las niñas; y, por lo tanto, no hay necesidad de repetir lo que hemos dicho respecto al despiadado sistema de nutrir excesivamente sus inteligencias. Sin entrar en detalles fisiológicos, puede, no obstante, asegurarse que la constitución física de los niños, naturalmente más fuerte en la pubertad, los habilita para

(1) Sydney Smith. *Memoirs and Letters* I, pág. 126.

realizar una suma de trabajo cerebral que las niñas son incapaces de producir en dicho período, debido á su constitución más delicada.

El exceso de trabajo se ha hecho, por desgracia, uno de los vicios propios de nuestra época, sobre todo en las ciudades. En los negocios, en la ciencia, en las leyes, la política y la literatura, la marcha seguida, á veces tremenda, el uso y el abuso de la vida, llegan á hacerse excesivos. El esfuerzo de la excitación se hace sentir más pesadamente sobre la parte más delicada de nuestro organismo. La Naturaleza está librando una incesante batalla contra la decadencia de los tejidos. Estos se gastan con el trabajo corporal é intelectual, y se restauran con el alimento, el sueño y el descanso, Pero la pérdida es, frecuentemente, más grande que la que puede restaurar una digestión debilitada; y aunque el agotamiento puede repararse artificialmente por medio de estimulantes, esto sólo puede remediarse de una manera eficaz por medio del descanso y del ejercicio, á fin de permitir á las delicadas células del cerebro y á las no menos delicadas del estómago, recuperar su acción saludable.

La actividad de la inteligencia, si no se la fuerza con exceso de trabajo, es, sin duda, tan agradable como la del cuerpo; pero para disfrutar del placer que procura, es necesario que sea seguida del descanso. El hombre ama la vida; su instinto le impulsa á amarla, en tanto que el placer acompaña la saludable acción de la inteligencia y del cuerpo. «¿Y qué piensas—dice Sócra»tes á Aristodemo,—de este constante amor á la vida, »de este temor de la muerte que se apodera de nosotros »desde el momento que tenemos conciencia de la exis»tencia?» «Pienso—repuso,—que es uno de los medios »empleados por el sabio y grande artista, que lo adoptó »deliberadamente para preservar su obra.» Estas palabras encierran hoy tanta verdad como cuando fueron dichas, hace más de dos mil años. Los antiguos griegos, en su vasta sabiduría, rendían verdadero culto al cuerpo, como morada del alma. Daban recreo á su cuerpo lo mismo que á su inteligencia.

Sócrates fué uno de los hombres más sabios. No

escribió libros, sino que dirigía discursos á sus amigos y discípulos mientras paseaba; y cuanto sabemos de él ha llegado hasta nosotros á través de los recuerdos de sus discípulos y admiradores. Una de las tradiciones que quedan relativas á Sócrates, dice que por vía de recreación se montaba en un caballo de madera. Cuando no estaba de humor para ejercicios físicos, tocaba la lira para templar y entonar el espíritu. Platón, á semejanza de su maestro, tenía gran fe en la recreación, y sobresalía en todos los ejercicios griegos; por su parte, Aristóteles, en su cuarto libro de la *Ética*, sostiene que el juego y la distracción no son menos precisos para la salud física que el descanso y el ocio. Los antiguos griegos adoptaron los métodos más racionales para educar y desarrollar la naturaleza completa del hombre. Juzgaban la educación física como la base de la educación moral y mental: procuraban ejercitar las facultades corporales y desarrollar las energías musculares, á la vez que cultivaban la inteligencia por medio de la disciplina y del estudio. Una inteligencia sana en un cuerpo sano era una de sus máximas más usuales.

Para que la inteligencia pueda obrar con vigor y alegría cuando se requiere, es indispensable que tenga frecuentes intervalos de recreo y descanso. Unicamente de este modo puede conservarse la salud completa. El arco no puede estar siempre tendido, pues de otra suerte su elasticidad sufriría irreparable daño. Uno de los primeros padres de la Iglesia menciona la siguiente historia, conservada por la tradición, respecto del apóstol San Juan, el cual dió esta lección de un modo tan sencillo como eficaz. Pasando un cazador, cierto día, por su casa, vió al discípulo amado sentado en la puerta, jugando con una paloma en la mano, con igual placer que si fuera un muchacho. El cazador quedó sorprendido al ver que un hombre tan devoto perdía el tiempo de tal manera. Al observar su asombro, el apóstol dijo al cazador: «¿Por qué no tienes siempre tendido tu arco?» «Porque perdería su fuerza si estuviera siempre tenso»—le contestó.—«Pues bien—respondió el apóstol, —»lo mismo sucedería con mi inteligencia, si no le diese »descanso, también perdería su fuerza de igual modo.»

Así, la pereza no es siempre pereza. Cuando se trata del trabajo cerebral, es el único remedio para las noches de insomnio, para la excitación nerviosa, para los latidos del corazón, para la irritabilidad del temperamento y para la dificultad de la digestión. En este caso, no hay prescripción más eficaz que el reposo perfecto. Pero hay inteligencias que rehusan el descanso, y carecen de la fuerza moral para estar perezosas. Sin embargo, el evangelio del descanso y del recreo es correlativo del evangelio del trabajo, y ambos son igualmente precisos para el bienestar y la felicidad del hombre.

Algunos han mezclado sabiamente el descanso y el ejercicio físico con el estudio. Eliano cuenta de Agesilos, que habiéndole hallado un amigo montado en un bastón para distraer á su hijo, rogó á su visitante que no hablase de aquello á nadie hasta que fuese padre á su vez. Enrique IV de Francia era muy amante de sus pequeñuelos en su hogar, y se recreaba con sus cabriolas y juegos. Cierto día que andaba á cuatro pies alrededor de su habitación, con el Delfín encima, mientras los otros niños le excitaban á galopar como un caballo, entró de repente un embajador, y sorprendió á la real familia en medio de su juego. Enrique, sin levantarse, interrogó: «¿Tiene usted hijos, señor embajados?» «Sí, sire.» «En ese caso puedo continuar.»

Boileau era un gran jugador de bolos. Este era, asimismo, el juego favorito de Lutero, que no era solamente jugador de bolos, sino que también tocaba la guitarra y la flauta, torneaba objetos de madera, y dedicaba parte del tiempo á la compañía de mujeres y niños. Su dístico favorito era:

Wer nicht liebt Wein. Weiber. un Gesang,
Der bleibtein Narr sein Lebenlang». (1)

Calvino, aunque no era muy aficionado á diversiones, solía jugar con sus hijos, en Ginebra los domingos, públicamente, para mostrar que consideraba que la observancia del séptimo día, así como la de los días festivos, no debía ligar más tiempo á los cristianos. No obs-

(1) «El que no ama el vino, las mujeres y las canciones, no es más que un loco.»

tante, el séptimo día del descanso es una cosa que debe ser recordada y conservada como el único alivio legal de las fatigas diarias del resto de la semana.

Como decía el difunto lord Beaconsfield: «Tengo »perfecta libertad para admitir que hay alguna dife»rencia entre el domingo cristiano y el sábado judío, y »no puedo estar de acuerdo con los que desean aplicar »á la observancia del domingo cristiano, las reglas y »prácticas del sábado judío. Si hubiera alguno que qui»siese hacerlo, fracasaría por completo en la realización »de su propósito. De todas las instituciones divinas, sos»tengo que la más divina es la que asegura un día de »reposo para el hombre... Es un principio religioso que, »hasta cierto punto, es admitido por todos, por todas las »clases que poseen en esta nación la influencia y la »mayoría; es un principio que debemos procurar no sea »descartado, si queremos mantener este día de descan»so, que yo sostengo es el más valioso beneficio que »jamás se pudo conceder al hombre. Esta es la piedra »angular de toda civilización; y sería dificilísimo calcu»lar cuán deletéreos podrían ser sus efectos hasta con »respecto á la salud de la gente, si no hubiese suspen»sión en la fatiga incesante y en el trabajo cerebral, »que debe siempre caracterizar una nación como ésta, »tan adelantada en el camino de la civilización.»

No hace mucho tiempo que el obispo de Sodor y Man, después de una confirmación, púsose á jugar al *cricket* con los niños de la escuela. Se había alegrado mucho al saber que se iba á hacer una partida. Reunióse á los jóvenes, y dijo: «Yo haré mejores paradas que ustedes, porque tengo mi delantal.» El mismo decía más adelante, hablando de esto: «Esta impresión jamás se borró de la mente de aquellos niños.» Comprendían que había entre ellos un hombre que hablaba de las cosas más sublimes y santas—elevándolas á cuanto la confirmación tiene por objeto elevarlas;—mas, recordando, á la vez, que sus cuerpos requerían una recreación saludable. En consecuencia, jugó al *cricket* el resto de la tarde con aquellos niños sobre cuyas cabezas había impuesto, con toda solemnidad, sus manos en la confirmación. Desde aquella época, jamás nombraron al obispo

en la parroquia, sin que su nombre hiciese nacer algún pensamiento saludable en la mente de los jóvenes.

Celso aconsejaba que el hombre que desee gozar de buena salud, varíe sus ocupaciones ó estudios, ya estudiando ó trabajando y aplicándose, ya cazando, nadando, corriendo, montando á caballo ó haciendo otro ejercicio cualquiera. Era una regla que Ignacio de Loyola imponía á sus hijos, que después de dos horas de trabajo el ánimo necesitaba algún recreo. La facultad de mantener su espíritu ocupado en algo distinto de nuestros estudios ó trabajos, tiene grandísima importancia. César escribía: «Bajo mi tienda, en medio de las crueles »luchas de la guerra, hallo siempre tiempo para pensar »en otras muchas cosas.» En esta facultad de pensar en otras muchas cosas estaba, acaso, el secreto de la fuerza.

Existe una especie de pereza que puede llamarse un derroche de la existencia, mientras que hay otra que merece el nombre de regocijo de la existencia. El ocio tiene siempre gran valor para los que pueden cambiar de ocupación, cuando disponen de algún rato libre. Los hombres acostumbrados á la mesa de trabajo y al estudio, son tan enemigos de no hacer nada y, sin embargo, tan poco inclinados al ejercicio activo, que, frecuentemente, consideran como recreo un mero cambio de estudios. Descansan de un trabajo cerebral, emprendiendo otro. D'Aguesseau, el gran canciller de Francia, dicen que hallaba recreo solamente con cambiar de estudio. La geometría y el álgebra figuran entre los más consoladores recreos de los sabios. Cuando sir Mateo Hall sentíase aniquilado por el excesivo trabajo, refrescaba su ánimo trabajando en algunos problemas de álgebra. Fenelón, cuando estudiaba, refugiábase de la teología en la geometría, aunque fué severamente amonestado contra estos devaneos y diabólicas atracciones por sus maestros los jesuítas. De igual manera, el profesor Simson, cuando se hallaba perplejo y fatigado por las controversias eclesiásticas, se refugiaba, para hallar paz y abrigo, en la ciencia segura de las verdades matemáticas, «donde encontraba siempre—dice,—descanso y refrigerio». Molyneux, el abogado irlandés, buscaba alivio

á sus desventuras domésticas en el estudio de las matemáticas. «Este era—dice,—mi seguro refugio: tal era »la opiata, que calmaba mis perturbados pensamientos, »proporcionándome el sueño.»

Lord Brougham se divertía, en su ancianidad, con el mismo estudio, variándolo con el de la óptica, la luz y la teología natural. Contaba que lord Cottenham, que había sido un brillante estudiante de matemáticas en su juventud, volvió á ellas, por vía de descanso, cuando ocupaba el más alto cargo en la magistratura; (1) siendo también muy sabido, que el difunto sir Federico Pollock, siendo primer jefe del Echiquier, hallaba descanso y alivio á sus grandes trabajos, distrayéndose con las matemáticas y la geometría. Sir Isaac Newton, cuando sentíase agotado por sus severos estudios, se distraía con la cronología antigua y los misterios del Apocalipsis; mientras Mendelssohn, el sabio alemán, cuando se hallaba cansado por el exceso de trabajo, daba descanso á su ánimo asomándose á la ventana y contando las tejas del tejado de su vecino. El recreo de Spinoza consistía en cambiar de estudio, en hablar con sus amigos, ó en fumar una pipa de cuando en cuando. En ocasiones, se distraía observando las luchas de las arañas, que le hacían reir con frecuencia hasta saltársele las lágrimas. Johson dice que el hombre no es hipócrita en sus distracciones; no obstante, Spinoza era el hombre más bondadoso y menos cruel.

Por otra parte, la literatura ha suministrado siempre el más amplio arsenal de distracciones sedentarias para los trabajadores intelectuales. A menudo, un libro calma el ánimo mejor que el más poderoso narcótico. El escribir un libro, sea bueno ó malo, produce el mismo efecto. Vattel descansaba de sus estudios sobre *Law of Nations* (*La ley de las naciones*), escribiendo su *Discourse on Love* (*Discurso sobre el amor*), y de vez en

(1) El año 1838, dice lord Brougham, «interin me ocupaba en preparar mi *Analytical Review of the Principia*, supe por casualidad que lord Cottenham distraía sus ocios con el cálculo; y tengo la convicción de que él hubiera podido suministrar demostraciones analíticas más correctas y elegantes de los teoremas de Newton, que las que yo he tenido la fortuna de hallar al componer esta obra.»—*Philosophers of the Time of George III*, págs. 388 y 389.

cuando algunas poesías. Federico el Grande, que ambicionaba tanto la gloria literaria como la guerrera, escribía versos; y Voltaire declara que no podía corregirlos sin reir. Voltaire distraíase con representaciones privadas dramáticas y de polichinelas. El filósofo de Ferney dicen que había sido muy diestro en tirar de las cuerdas y manejar los muñecos. Edificó un teatro en la Châtelaine, cerca de Ginebra (empleado hoy como granero), para el cual escribió piezas, y en el que hizo de director de escena.

Volta, el gran electricista, también compuso versos; y míster Gleig dice de Warren Hastings, que: «El »componer una poesía era, para él, una operación tan »natural como el desayunarse.» Lord Stratford de Redcliffe, cuando se llamaba míster Stratford Canning, escribió versos que merecieron la alabanza de un poeta tan ilustre como Byron. Sus versos sobre Bonaparte, según dice lord Byron, «valían como mil odas de otro cualquiera». «Yo sabía—agrega,—que era hombre de ta»lento; pero no sospechaba que poseyese todos los do»nes de familia en tan alto grado.» Lord Tenterden, al cabo de un período de treinta años, siguiendo el ejemplo de lord Grenville y lord Holland, volvió á componer versos latinos; aunque declaraba que hubiera podido decirse que un presidente del Tribunal Supremo y par hubiera podido emplear sus horas de ocio más útilmente que escribiendo versos sin sentido sobre las flores. (1) Jacobo Watt, el inventor del condensador de vapor, y Tomás Telford, constructor del puente sobre el Menai Straits, escribieron poesías cuando eran jóvenes. Watt, en su ancianidad, era infatigable lector de novelas, las cuales á él y su anciana esposa, les arrancaban, con frecuencia, gritos de admiración. Sir Carlos Napier no se hallaba satisfecho de ser el vencedor de Meanée; sino que habiendo cesado en su cargo de general en jefe de la India, y siéndole imposible permanecer ocioso, ocupaba sus horas de ocio componiendo una novela titulada *William The Conqueror* (*Guillermo el Conquistador*), que

(1) Sir Egerton Bridges. *Autobiografía*, I, págs. 417 á 424, donde se hallan algunos versos de su señor.

fué publicada más adelante, y que se considera hoy como una curiosidad literaria, del mismo modo que los versos de los citados jueces, embajadores, políticos, electricistas é ingenieros.

Gran consuelo ha proporcionado la literatura á los hombres de Estado abrumados por la agitación y amargura de la lucha de los partidos. Aunque las puertas de la política podían estar, durante algún tiempo, cerradas para ellos, las de la literatura les estaban siempre abiertas. En sus más penosos instantes, el cambio despertaba el abatido espíritu de Addison. Cuando Pitt, en una ocasión, se retiró del ministerio, volvió gustoso al estudio de los clásicos griegos y latinos; mientras Fox olvidaba las molestias de las polémicas de partido, en compañía de Eurípides y de Herodoto. Canning y Wellesley, al verse forzados á abandonar el ministerio, se ocupaban en traducir las odas y sátiras de Horacio. Lord Redesdale hizo otro tanto al hallarse en la precisión de guardar cama por un accidente de caza.

Entre otros ministros autores, figuran lord Normanby, que escribió la novela titulada *No;* el conde Russel, que escribió una tragedia (*Don Carlos*) y una novela, *The noun of Arronca* (*La monja de Arronca*), producciones ambas de poco mérito. Lord Pálmerston alcanzó renombre escribiendo varios excelentes juguetes en el *New Whig Guide*, mientras lord Liverpool era ministro. Lord Brougham era autor incansable, que escribía no sólo libros sobre óptica, historia, biografía y literatura general, sino que fué asimismo fecundo colaborador de la *Edimburgh Review*. Hasta cuando solicitaba votos para su candidatura en Liverpool, y aun en medio de las más formidables luchas jurídicas y políticas, lord Brougham se ocupaba minuciosamente en revisar la traducción de Leigh Hunt de la *Oda á Pirra*, y en sugerir rasgos delicados para su versión *Acme and Septimius*. Lord Derby y míster Gladstone han demostrado su constante afición á la literatura antigua. La traducción inglesa de la *Iliada*, de lord Derby, será aún leída con deleite cuando hayan sido olvidados sus brillantes y elegantes discursos; los *Estudios* de míster Gladstone sobre Homero, serán recordados con orgullo

mucho después que su cerebro sutil haya dejado de embrollar los principios y dividir los partidos del mundo político.

Varios hombres de Estado se han mostrado bastante dispuestos á abandonar las penosas luchas de la política. Para honra de sir Roberto Walpole, recordaremos que se retiró del poder después de más de veinte años, sin que se hubiese agriado su carácter, ni se hubiese endurecido su corazón, con gustos sencillos y maneras cordiales, y apto para los placeres de la amistad y de la literatura. Después de una dura lucha por el poder, se vió obligado á dimitir el cargo de ministro; y á partir de aquel instante renunció á toda esperanza ambiciosa, y buscó consuelo en los libros. «Encontré á »lord Melbourne—escribe míster Leslie,—el artista, en »casa de lord Holland, un día ó dos después que había »dejado de ser presidente del Consejo; se hallaba más »alegre que nunca, y únicamente tomó parte en la con»versación respecto á los cambios en la casa real (que »aún no estaban terminados), de tal manera que hizo »reir á todos.» La pérdida del ministerio para lord Althorpe, en 1832, fué todo menos una calamidad. La soportó alegremente. El día después de la dimisión fué á casa de una florista, y escogió y compró gran número de flores, llevándose cinco grandes ramos en su carruaje. Empleó toda la tarde en resolver dónde se habrían de plantar estas flores en sus jardines de Althorpe, escribió las instruciones necesarias para el jardinero, y trazó el plan para la plantación. Esto no se asemeja á la amargura que produce una calamidad. Verdaderamente, el cambio de oficio, pasando de político á jardinero, proporcionó grandes placeres á lord Althorpe. No solamente se ocupó en jardines, sino que empleó parte del tiempo en el estudio de la teología natural.

«Poseo una excelente biblioteca—decía un sabio,—y »un magnífico jardín, que cultivo con mis propias ma»nos para mi mayor deleite—una ocupación que no ad»mite excusa,—porque, indudablemente, no puede ha»ber placer más puro, moral ó materialmente, que ver »á la tierra producir hermosas flores nacidas de las semi»llas que nosotros mismos hemos plantado.» Hasta los

hombres más competentes encuentran un placer indecible en gozar los frutos de su propio trabajo. La rústica silla que nosotros mismos hemos construido, las flores y frutas debidas á nuestros cuidados, figuran entre las cosas con que más nos complacemos. Despiden el aroma de laboriosidad, por hallarse realzadas por el fruto de nuestro trabajo.

Cuando pidieron á Diocleciano que tomara de nuevo la púrpura imperial, que antes había renunciado, respondió á los mensajeros: «No me habríais pedido tal »cosa si hubieseis visto los deliciosos melones que es»toy ahora haciendo madurar y las plantaciones que he »hecho alrededor de mi casa de campo.» Horacio y Virgilio eran ambos aficionados á la jardinería y á la vida del campo. El primer anhelo de Virgilio era ser un buen filósofo, y el segundo ser un buen campesino. Catón consideraba la agricultura como uno de los más grandes placeres de la ancianidad. Los goces de la vida del campo tienen mucha analogía—si no parentesco próximo,—con la filosofía, por su utilidad, sus cándidos placeres, su antigüedad y su dignidad.

Lord Bacón, en sus *Ensayos*, regocijábase con la belleza y los placeres de la jardinería. «Dios Todopoderoso —»dice,—fué el primero que plantó un jardín y, en ver»dad, es el placer más puro que puede gozar el hombre. »Es el gran refrigerio para el espíritu del hombre; sin »él, edificios y palacios son simplemente grandes traba»jos manuales, y siempre observará que cuando las eda»des marchan hacia la civilización y la comodidad, los »hombres tienden á hacer edificios estables antes que »jardines deliciosos, como si los jardines fuesen el colmo »de la perfección.» En su ensayo de *Los Jardines*, comienza por mostrar que conocía á fondo las flores, los arbustos y los setos que pueden servir de adorno á un hermoso jardín, y da sus nombres, para cada mes del año. «Podéis tener—dice,—una primavera perpetua (*ver* »*perpetuum*), según lo permita el terreno. El aroma »de las flores se aspira con más suavidad en el aire libre »(donde aquél circula como las ondas musicales) que »en la mano. Por eso nada hay más propio para gozar

»este deleite que el conocer cuáles son las flores y plan»tas que perfuman mejor el ambiente.»

Shenstone tenía la manía de plantar, y consagró gran parte de su vida al adorno de Leasowes, hasta que hizo de sus posesiones la envidia y la admiración de cuantos las visitaban. La horticultura constituía una pasión para Evelyn y Temple. Evelyn adornó con exquisito gusto las tierras de Sayes Court, cerca de Greenwich, y cuando Pedro el Grande de Rusia estuvo en aquel lugar, uno de sus mayores entretenimientos era lanzarse á través de uno de los setos de acebo de Evelyn con una carretilla, justamente para destruir la belleza del jardín.

La jardinería era uno de los placeres solitarios de Pope, que se dedicó personalmente á mejorar su pequeño dominio en Twickentuam. Lo adornó con árboles, cuadros de césped, un túnel y una gruta, y lo cambió y lo modificó hasta la perfección, como hubiera hecho con uno de sus poemas. Cowper consagróse igualmente al agradable arte de la jardinería. Con sus propias manos edificó un invernadero, donde cultivaba sus plantas y flores tropicales, y para dar variedad á sus tareas jugaba con las señoras á alguna que otra partida de volante. La jardinería fué una de sus últimas distracciones, á que se dedicó el gran ingeniero Jorge Stephenson. Estaba fastidiado porque los cohombros crecían tuertos; pero había construido numerosas campanas de cristal estrechas, con las cuales cubrió los frutos que empezaban á crecer, diciendo: «Creo que ahora los he fastidiado», y entonces crecieron rectos.

Sir Walter Scott era un gran plantador en su propiedad de Abbotsford. Deleitábase en recorrer sus dominios con sus perros y su criado Tomás Purdie, plantando árboles nuevos y podando los viejos con su hacha de leñador. En cierta ocasión dijo sir Walter á Tomás Purdie: «Este será un tiempo magnífico para nuestros árboles, Tomás»; á lo cual replicó éste: «Así lo creo, y »pienso que será también muy conveniente para nues»tros *buicks*.» Lockhart decía de Scott: «Era muy ex»perto en todo y manejaba el hacha con gran destreza, »y rivalizaba, con sus más hábiles subalternos, en el es»caso número de hachazos que empleaba para derribar

»un árbol. El bosque resonaba á cada instante con las »carcajadas cuando él se hallaba trabajando, y cuando »pasaba un día entero con ellos, cosa que le ocurría de »vez en cuando, estaban seguros de ser invitados á Ab»botsford á cenar alegremente con Tomás Purdie.»

Daniel Wébster ha sido comparado con Scott en este punto. Era aficionado en extremo á la vida del campo, con sus ocupaciones y tareas, á las que se había acostumbrado en su niñez. Era pescador, agricultor y ganadero. En los últimos años de su existencia volvió á Márshfield, como Scott lo hizo á Abbotsford para morir allí, quebrantado en su inteligencia, en su cuerpo y en su fortuna. Como decía Scott, cuando le conducían en un sillón de ruedas por las habitaciones, á su vuelta de Italia: «He visto mucho, pero nada me gusta como mi hogar; dadme una vueltecita más»; del mismo modo decía Wébster al regresar desde Wáshington á Márshfield: «¡Oh, qué satisfecho me encuentro de estar aquí! »Si pudiese disponer de mi voluntad, nunca abandonaría »este hogar.»

Entre otros leñadores ilustres podemos citar á Pitt, Wilberforce, el doctor Whately y á míster Gladstone. Cuando Pitt sostenía el peso del Gobierno sobre sus hombros, acostumbraba aprovechar, á lo mejor, un día de descanso, se iba en posta, en compañía de Wilberforce, á su casa de Halwood, en las cercanías de Hayes Common. Por la mañana salían ambos armados de hoces para abrirse nuevos caminos entre los viejos árboles, en las espesuras de Halwood. El doctor Whately derriba un árbol en vez de tomar una dosis de medicina. Cuando se sentía molesto tomaba su hacha é iba á hacer leña en algún tronco vigoroso. Míster Gladstone se distinguió por su hacha tanto como por su pluma, y no cabe duda de que el haber derribado numerosos árboles le ayudó á conservar su salud en edad avanzada. «Nada repara »nuestras fuerzas—dice sir Walter Scott,—de manera »completa, como el ejercicio, así del cuerpo como del »entendimiento. Nuestro sueño es profundo y nuestras »horas de vigilia son felices porque las empleamos bien; »es necesaria una ligera sensación de fatiga para que »el ocio sea agradable, hasta cuando es conquistado por

»el estudio y sancionado por el cumplimiento del de»ber.»

Cuando lord Collingwood retiróse del servicio naval, en que había conquistado tantos honores, volvió á sus dominios de Northumberland y pasaba parte del tiempo alegremente abriendo zanjas como un vulgar jornalero. Niebuhr, hacia el término de su vida, compró una granja en su país natal de Holstein y él mismo se dedicó á labrarla. Mientras proseguía sus estudios históricos cultivaba nabos y criaba ganado; paseaba y cabalgaba, algunas veces, hasta grandes distancias, y á los setenta años era capaz de saltar una zanja de diez pies de ancho con ayuda de un largo palo, cuyo uso había aprendido en su juventud. Sydney Smith también se hizo agricultor, no por elección, sino por necesidad. Nadie quería tomar su tierra, que había sido pésimamente administrada, de suerte que se propuso cultivarla por sí mismo. Se levantaba, á veces, de componer un sermón ó de preparar un artículo para la *Edimburgh Review*, para dar órdenes á los trabajadores, desde la puerta principal, por medio de una tremenda bocina. (1)

La ocupación predilecta del gran compositor Verdi, á la edad de setenta y tres años, eran los prosaicos trabajos del agricultor. Ocupábase de igual modo en las mieses y los ganados que en el contrapunto y la fuga. Los cultivadores vecinos de su casa de campo de Santa Ágata, le juzgaban como una autoridad en todas las cuestiones relacionadas con el cultivo de la tierra y le consultaban acerca de las amielgas y de la cría de ganados. No se desdeñaba de echar una mano á sus vecinos cuando el caso lo exigía. El famoso Mario compró una viña en los Estados Romanos, pero resultó que era mejor cantante que viñador.

Cuando Lutero se hallaba atacado por la dispepsia, su amigo Melanchton le recomendó que hiciese un ejercicio regular y duro. Lutero intentó cazar. «He estado »cazando—dice,—dos días enteros y procurando gozar

(1) El reverendo Sydney Smith. *Memoirs and Letters*, por lady Hoand, I, pág. 214.

»la distracción algo amarga de los grandes héroes. He »cogido dos liebres y dos pobres perdices. Esta es una »deliciosa ocupación para el que no tenga nada que ha»cer. Sin embargo, no he perdido en absoluto el tiempo, »porque he teologizado entre las redes y las lagunas, »y he hallado un misterio de pesar y de dolor en el co»razón de todos los goces tumultuosos que me rodean.» Lutero, no obstante, se cansó en seguida de la caza y volvió, con mayor energía, á su pesado trabajo intelectual. Voltaire—que era un hombre muy distinto—cuando se vió molestado por las indigestiones en Cirey, se dedicó á cazar para recuperar el apetito. Generalmente hallaba el apetito que buscaba, aunque raramente traía piezas, á pesar del vistoso traje de caza que llevaba. Lord Eldon tenía por único recreo el cazar; pero como Sheridan no era *sportsman* y no se cuidaba de si los pájaros habían sido cazados ó comprados. (1) Pitt cazaba de vez en cuando, pero no se divertía mucho en la caza porque su pensamiento estaba en otra parte; lo hacía simplemente por ser un ejercicio activo, pensando, tal vez, con Dryden, que:

«Preferible es cazar en el campo para tener salud de balde, que pagar al doctor por sus drogas inmundas.»

De todos los ejercicios, puede decirse que el más higiénico es el montar á caballo. La silla de montar es el asiento de la salud. El montar á caballo puede considerarse como la quinta esencia del ejercicio. Permite el libre juego de músculos y de los pulmones, y facilita el respirar aire puro—es decir, el *pabulum vitæ*, como le llamaban los antiguos,—el respirar salud. La san-

(1) Cuéntase de Sheridan que hallándose en el campo fué á cazar. Todas las piezas se escapaban delante de él y de su fusil, y volvía á casa con el morral vacío. En esto, vió un hombre, con aspecto de labriego, mirando por una puerta una bandada de patos en un estanque. «¿Qué quiere usted, le dijo Sheridan, por permitirme tirar un tiro á esos patos?» El hombre siguió mirando con indiferencia. «¿Quiere usted media corona?» El hombre hizo con la cabeza una señal afirmativa. Sheridan le dió la media corona, y disparó sobre los patos. Cayeron muertos cerca de media docena. Cuando Sheridan se preparaba á meterlos en su morral, dijo al hombre: «Creo, realmente, que he hecho un buen negocio con usted.» — «¡Pardiez, dijo el hombre, no son míos!»

gre se airea, en tanto que la piel, que es como un revestimiento exterior, se refresca y alimenta merced al rápido movimiento á través del aire. El cabalgar facilita, igualmente, la circulación y la nutrición y ayuda á la acción de los órganos excretorios. Si hay algo que sea un específico para la bilis, es, tal vez, el ejercicio á caballo. (1) ¿Quién ha oído jamás de un cazador bilioso ó de un postillón gotoso? «Quién es vuestro médico?»—interrogó uno á Carlyle.—«Mi mejor médico—replicó,—es un caballo.» El sabio Sydenham tenía tal confianza en el ejercicio á caballo, que uno de sus libros de medicina dice: «Si un hombre estuviera en posesión »de un remedio que igualase en beneficio para el orga»nismo humano el montar á caballo dos veces por día, »poseería una cosa de más mérito que la piedra filo»sofal.»

Pope menciona á cierto lord Russell que, con su vida licenciosa, había arruinado su organismo; sin embargo, salía, con sus perros, casi diariamente, á cazar para recobrar el apetito. Cuando sentía que éste volvía, decía: «¡Oh, ya lo he encontrado», y haciendo dar media vuelta á su caballo, se volvía á casa.

Reveillé Parise dice: «Contra la melancolía, la mi»santropía ó el esplín, recurro, según las circunstancias, »al reposo, á los baños, á pequeñas dosis de trabajo ma»nual, y también al remedio preconizado por lady Wort»ley Montagu—cabalgar todo el día y beber champagne »por la noche.»—Alfieri lo mismo que Byron, eran grandes jinetes; cabalgaban á más y mejor.

Lord Wéllington era muy aficionado á la caza de zorros. Le acompañaba constantemente su jauría de perros, hasta cuando en España perseguía con vigor á los

---

(1) El cuero de la silla de montar es en cierto modo hasta preferible al cuero de los zapatos. La única objeción que se puede hacer, es la de que cuesta dinero. Se puede afirmar que si Bacón y Sydenham no lo recomiendan, no es por otra cosa. Nuestro hígado es un órgano que pesa de tres á cuatro libras, sube y baja como el mango de una mantequera en medio de los otros órganos vitales. Con el trote del caballo el cerebro también es sacudido como las monedas en una alcancía.—Oliverio Wendell Holmes, *The Autocrat of the Breakfast-Table.*

franceses en su retirada. (1) Siguió entregándose á este deporte casi hasta el término de su vida, buscando en él descanso á las fatigas de su cargo. Lo vemos, en 1826, celebrar á míster Robinson, por no haber contestado en seguida á una carta sobre un importante asunto público, porque «los deportes propios del otoño le robaban el tiempo». También lord Pálmerston acostumbraba á pasar varias horas á caballo cada día, excepto los domingos, que paseaba á pie. Casi todas las noches, al concluir los debates en la Cámara, volvía á su casa á pie, cruzando los parques, sin cuidarse de lo avanzado de la hora. Cuando el pintor Haydon preguntaba á sir Fr. Burdett cómo se había arreglado para conservar la salud hasta edad tan avanzada, contestaba que se bañaba con frecuencia, no bebía vino sino cuando comía fuera, y aun entonces moderadamente, y cazaba cuanto podía.

Pero cazar é ir á caballo son ambas distracciones costosas y que se hallan por completo fuera del alcance de millares de personas á quienes proporcionarían la salud y la vida. Hay, sin embargo, otros muchos modos de distraerse, y quizás uno de los mejores es el paseo á pie, que está al alcance de casi todo el mundo. Puede alternarse con la bicicleta ó el triciclo. El paseo requiere poco esfuerzo muscular, y no gasta sino tiempo y calzado. A diferencia de los demás deportes, no necesita preparación alguna. Debe hacerse notar, al mismo tiempo, que la marcha no se opone por completo á la acción del cerebro, que es, en ocasiones, tan activa durante un paseo como durante el estudio; y si el espíritu no está distraído convenientemente, el ejercicio no produce el resultado que se desea.

«Frecuentemente he oído—dice Cicerón,—que cuan»do Lucilio y Escipión acostumbraban á irse al campo, »huyendo de los trabajos de la ciudad como de un cauti»verio, se divertían de manera increíble jugando á jue»gos de muchachos. Apenas si me atrevo á repetir lo

(1) Hacía viajar á sus perros á retaguardia del ejército, y solía cazar uno, y á veces más días, en el intervalo de las batallas. Los perros se recogían regularmente en Tolosa, donde más de un caballero francés vió por vez primera lo que era una caza de zorros á la inglesa, pues el general procuraba inútilmente hacer las paces con el campo.

»que un hombre como Escévola refiere de ellos, que »solían recoger conchas á lo largo de la playa, en Gaeta, »y se entregaban á toda clase de travesuras y juegos.» «En verdad—continúa,—me parece que nadie está realmente libre si no puede, á veces, dejar de trabajar.» Y en otra parte dice: «Necesitamos tener un refugio á que »acogernos de vez en cuando, no por pereza é indolen»cia, sino para encontrar un reposo regular y honrado.»

El filósofo Hobbes fué un andador regular y perseverante hasta el fin de su larga vida. Pasó sus últimos años en Chatsworth, en casa del conde de Devonshire, donde disfrutaba el grato descanso que proporciona el estudio alternado con la recreación. Consagraba las mañanas al ejercicio y las tardes al estudio. Durante el buen tiempo Hobbes levantábase temprano, salía al campo y subía á todas las colinas que encontraba, ó, cuando el tiempo estaba húmedo, se ejercitaba de cualquier modo, dentro de casa, para excitar la transpiración. Entonces se desayunaba, después de lo cual visitaba al conde, á la condesa y á los niños, en sus respectivas habitaciones. Almorzaba, ligeramente, á las doce, y poco después retirábase á su despacho, donde tenía su vela y diez ó doce pipas de tabaco; entonces cerraba la puerta, y se quedaba fumando, meditando y escribiendo, durante varias horas.

Manuel Kant dedicaba, de igual modo, una parte del día al paseo, y nunca se lo impidió el tiempo, por malo que fuese. Almorzaba, generalmente, en compañía, pero comía y bebía muy moderadamente. A diferencia de Hobbes, consagraba las mañanas al estudio y las tardes á la conversación ó á la literatura amena, calmando de esta manera su espíritu antes de retirarse á descansar. Como Hobbes, era de constitución delicada y, sin embargo, gracias á una observancia cuidadosa de las leyes de la higiene, Kant pudo prolongar su vida hasta los setenta años, y Hobbes falleció á los noventa y dos. Estos dos casos prueban que la profundidad de pensamiento no es incompatible, de ningún modo, con la larga vida, con tal que se atienda convenientemente á lo que requiere la constitución física, á la cual el mismo espíritu debe su aptitud para el trabajo.

Goldsmith acortó su vida con el excesivo trabajo y la falta de ejercicio; en raras ocasiones dejaba de escribir. Cuando había escrito cierta cantidad de versos ó de historia natural, solía proponer á Cooke, amigo suyo, lo que él llamaba un día de fiesta zapateril. Esta consistía en una excursión por los distritos del Norte de Londres ó por las carreteras, entre Hampstead é Highgate, seguida de una comida en una taberna del campo, fumándose después tranquilamente una pipa y bebiéndose un jarro de cerveza. Addison también confesaba su debilidad por los paseos. Lamb era un gran andador; atravesaba, repetidas veces, toda la ciudad de Londres, sobre todo por las calles donde había libreros de viejo, por lo cual los distritos del Norte y del Nordeste de Londres eran sus barrios predilectos. El arzobispo Whately paseaba mucho y fumaba á más no poder, divirtiéndose, como Lamb, con los perros que le acompañaban en sus excursiones. Durante los paseos que daba en compañía de sus tres perros, planeó las bases de los *Elementos de lógica*, una de sus mejores obras.

Los paseos curaron á Timoteo Dwight, el célebre escritor americano, la enfermedad cerebral que de otro modo le hubiera matado. Había empezado á trabajar con el cerebro muy prematuramente. A los diecisiete años era maestro de gramática en la escuela de Newham, en Massachussets, y antes de llegar á los veinte años era ya profesor en el colegio de Yale. Enseñaba durante seis horas, estudiaba nueve, y no hacía el menor ejercicio. Ninguna constitución humana hubiera podido soportar semejante vida; era, sencillamente, una locura. Su sistema nervioso tornóse tan irritable que no podía soportar una lectura de más de quince minutos seguidos. Esto no podía continuar; se vió atacado de ceguera, y obligado, en consecuencia, á abandonar el estudio. Pero su espíritu se conservaba aún activo y tenía mucha facilidad para la marcha. Recobró la vista, é hizo largas excursiones que restablecieron su salud, y á consecuencia de ellas publicó la importante colección de *Viajes por los Estados Unidos*.

Guillermo Hutton, de Birmingham, fué otro interesante excursionista. Había sido muy andador y laborio-

so desde su juventud. En sus horas de ocio escribió su *Historia de Birmingham*, publicando su primera obra á los cincuenta y cinco años. Habiéndose retirado, á los setenta años, para ceder su librería á su hijo, y no sabiendo en qué emplear el tiempo, dedicóse á pasear. Hizo excursiones por casi toda Inglaterra. A los setenta y ocho años fué, á pie, desde Birmingham hasta Penrith, siguiendo desde allí la Muralla Romana hasta Newcastle, volviendo luego á Penrith y desde allí á Birmingham. En treinta y cinco días había recorrido fácilmente seiscientas una millas (unos novecientos sesenta kilómetros). Después de esto escribió y dió á luz su *Historia de la Muralla Romana*, hizo excursiones á Scorborough, Coatham y otros puntos, publicando relatos de ellos; su última excursión la efectuó á los ochenta y cinco años. A los ochenta y ocho años escribía en su diario: «A la edad de ochenta y dos años me con»sideraba como un joven; podía andar, sin cansarme de»masiado, cuarenta millas en un día. Pero durante es»tos últimos seis años, mis fuerzas han decaído sensible»mente; me acontece como á una piedra que rueda desde »lo alto de una colina, y cuya velocidad aumenta pro»gresivamente.» Las últimas palabras de su diario son éstas: «Hoy, 11 de octubre, es el día de mi nacimiento. »Entro en el nonagésimo año de mi edad y he recorrido »diez millas.» Su hija, que completó su *Vida*, dice que siempre consideró su aptitud para la marcha como una prueba de su vitalidad, y que creía que sus paseos y su vida concluirían á la vez, lo que, efectivamente, sucedió, pues dejó de andar, y murió á los noventa y dos años.

El gran Beethoven padecía de sordera, y su irritabilidad nerviosa llegó al extremo hacia el fin de su vida. Distinguíanle dos particularidades: estaba siempre dando largos paseos por el campo y cambiando de casa. Era soltero y casi no tenía hogar fijo. Tan pronto como se instalaba en una casa le encontraba alguna falta y buscaba otra. Cuando no se hallaba ocupado en esto, salía á dar un largo y, á veces, fatigoso paseo. El ejercicio—decía,—érale preciso para calmar la irritación de su cerebro y facilitarle el sueño. Rousseau herborizaba por los campos hasta en los días caniculares. Scott, aunque

algo cojo, era un notable andador. Dickens era conocido por sus paseos á pie; solía ir desde su oficina, en la calle de Wéllington, á su casa, en Gadshill, más allá de Gravesend y, á veces, hacía figurar, en sus inimitables trabajos, á las personas con quienes tropezaba en el camino.

El profesor Wilson, Southey y Wordsworth eran todos ellos grandes andadores, que recorrían el hermoso distrito de los Lagos, en ocasiones juntos y con frecuencia solos; Wilson, en particular, era un atleta. Durante su permanencia en Oxford, era el mejor boxeador, saltador y corredor, y ganó el premio de Newdegate, en 1806. Era un hombre de gran fuerza y belleza físicas. Alguien que le conoció en Oxford lo describía como un Hércules Apolo, de hermosa cabellera. Consagraba sus vacaciones, casi por completo, á las excursiones pedestres, en Cumberland, en Westmoreland, en Gales y en Escocia; en cierta ocasión, atravesó toda la Irlanda. Cuando Jorge IV visitó á Edimburgo, Wilson se hallaba en Kelso y se proponía ir en la diligencia, pero todos los asientos estaban tomados. A la mañana siguiente, á las cuatro, se bañó en el Tweed, púsose un traje de lana gris, tomó su bastón y recorrió la distancia de 52 millas (83 kilómetros), llegando á Edimburgo á la hora de comer.

El doctor Arnold, cuando estaba en Oxford, complacíase en hacer lo que él llamaba «escaramuzas por el campo», y conservó hasta muy tarde la afición á ellas. En Laleham saltaba, se bañaba y remaba con sus discípulos, empleando el tiempo que le quedaba libre, en trabajar en la jardinería y dar paseos. Al fin de su vida se deleitaba extraordinariamente con la perspectiva de Westmoreland, donde había hecho construir su casa de verano. Daba grandes paseos por la montaña, y acostumbraba á dilatar cuanto podía el placer que experimentaba en respirar el aire puro de las colinas. En realidad, el aire de las montañas es el mejor de todos los tónicos, que regenera completamente al hombre, en cuerpo y alma, mucho más que la quinina y el hierro. Para el exceso de trabajo cerebral y la debilidad nerviosa que

el mismo produce, puede prescribirse siempre, como específico, el aire de las montañas.

Es posible, no obstante, caer en el abuso de las cosas buenas. Las excursiones por la Suiza, que es considerada como un *sanatorium*, producen, con bastante frecuencia, malos resultados. En determinados casos, la ascensión súbita de una altura excita demasiado la circulación y aumenta la irritabilidad nerviosa. El paciente no puede dormir, y únicamente vuelve á su estado normal cuando baja á una altura media. Por otra parte, el aire de las montañas ejerce una poderosa influencia en la mayor parte de los casos de congestión cerebral. Algunos, sin embargo, se complacen en entregarse á una agitación excesiva. Corren de un sitio á otro. Se afanan demasiado con su equipaje é impedimenta, y no toman el descanso que necesitan los que trabajan excesivamente con el cerebro. Sus fuerzas se agotan y vuelven á casa peor que antes. Todo esto nace de falta de previsión. Cuando hicieron observar á Aristóteles que un amigo suyo no había sacado ningún provecho de sus viajes, respondió el filósofo: «Esto se debe á que viaja sólo consigo mismo.» Largo tiempo después, Horacio aconsejaba á su amigo enfermo que tratara de distraerse, pues la distracción es la mejor medicina, y que diese á los clientes con la puerta en las narices,

«Et rebus omissis
Atria servantem postico falle clientum,»

lo cual era un consejo excelente. El difunto sir Henry Holland acostumbraba tomarse unos tres meses de descanso todos los años, y hacía de este descanso una temporada de trabajo útil y de observación inteligente. Mas no todos los hombres de negocios pueden permitirse tan largo descanso. Deben descansar más tranquilamente y emplear menos tiempo en el trabajo. Algunos descansan cazando en las lagunas y otros pescando. Esta última distracción es una de las que procuran mayor descanso. Sir Enrique Walton la llama «tiempo de pereza no perdido». Procura al ánimo completo reposo, mientras que el cuerpo se restaura respirando el aire puro y los

músculos no se fatigan con el manejo de la caña. Los que trabajan demasiado con el cerebro continúan trabajando durante el recreo, pero no pueden hacerlo mientras pescan. Walton y Cotton figuraban entre los primeros de nuestros pescadores de caña, y su amistad debióse al interés con que ambos tomaban este tranquilo deporte. Walton se regocijaba con su «vicio solitario», como lo llama Byron, hasta la edad de noventa y un años, si bien no vivió tanto como el famoso pescador de Yorkshire, que, según dicen, pasó de los cien años. Dryden fué otro de los poetas pescadores, así como el profesor Wilson, que fué uno de los más entusiastas de este arte desde su juventud. Byron era también pescador, pero éste era un deporte en extremo insignificante. La pesca era el principal recreo de Emerson, el filósofo mecánico, que pescaba en el Tees, y estaba, con frecuencia, metido en agua hasta la cintura, con objeto de dirigir bien su caña hacia los remolinos y hondonadas del río, donde se ocultan las truchas. Sir Humphry Davy era apasionadísimo por la pesca del salmón, igual que míster Juan Bright. Davy se regocijaba tomando su caña y abandonando su laboratorio por el río. Su conversación ordinaria versaba sobre la pesca y el salmón, y se dice que la composición de su libro *Salmonia* le proporcionó mayor placer que la preparación de cualquiera de sus tratados de química. También inició al doctor Wollaston en los misterios del arte, que le proporcionó el mayor placer y descanso hacia el fin de su vida. (1)

La pesca constituía, asimismo, la mayor distracción de sir Francisco Chantry y sir Carlos Bell; ambos abandonaban su profesión de vez en cuando y se iban al

(1) Davy dice de Wollaston en su *Salmonia:* «Era, ¡ay de mí! era un ilustre filósofo que tenía cerca de cincuenta años cuando empezó á pescar, aunque llegó á ser un distinguido pescador, y esta distracción ocupó muchas de sus horas de ocio durante los últimos doce años de su vida. Aplicó, verdaderamente, su extraordinaria agudeza, su ciencia y su filosofía á aumentar los recursos y á ensalzar los placeres de este entretenimiento. Recuerdo haber visto al doctor Wollaston á los pocos días de haberse hecho pescador, que llevaba en su ojal una pieza de caucho, á fin de que pasando el sedal por el centro de ella, lo mantuviese derecho y á propósito para usarlo inmediatamente. Son muchos los pescadores que podrán recordar otros ingeniosos inventos de mi admirable y nunca bastante llorado amigo.»

campo con los avíos de pescar, á fin de reponer sus energías en medio de la tranquilidad de la Naturaleza.

Sin embargo, debe tenerse en cuenta que la pesca es un entretenimiento demasiado sedentario para las personas muy activas. «La pesca—dice sir Humphry Da»vy,—requiere mucha paciencia, tolerancia y dominio »del temperamento.» Por eso no es á propósito para las naturalezas impetuosas que procuran condensar su ejercicio en el menor espacio de tiempo que pueden tomar de sus estudios ó que prefieren ejercicio físico más activo. De aquí que el doctor Samuel Clarke solía saltar por encima de las sillas y mesas. Una vez, hallándose entretenido en este ejercicio, decía: «Ahora debemos parar, porque si no es cosa de enloquecer.» El cardenal Richelieu era otro saltador, y en una ocasión fué sorprendido por un visitante que le halló apostando con su criado á quién de los dos saltaría más alto en una pared. El cambio de trabajos es, por sí mismo, un reposo. Todas las cosas fastidian si se ejercitan mucho, y las diversiones más que todo. Rossini descansaba de la música dedicándose á la cocina; sabía preparar de manera admirable los macarrones con queso.

Los paladares acostumbrados á los manjares más ricos vuelven gustosos á los platos más sencillos; así Soyer, el gastrónomo estragado por la cocina científica, cuando volvía á su casa á media noche, después de las comidas que había preparado, deteníase en un tenducho de Haymarket y se comía con delicia un pastelillo de diez céntimos. De igual modo personas acostumbradas á los trabajos más excitantes volverían con gusto al goce que proporciona un manjar literario sencillo y falto de especias.

Balzac recorrió todas las tiendas de antigüedades de Europa, mas lo hizo con un objeto determinado. Fué recogiendo detalles para sus novelas. Puggin tomó un lugre, con el que comerciaba con los puertos de Francia, desembarcando en los puntos que más le agradaban y enriqueciendo su álbum con dibujos de las mejores obras de arquitectura.

Es realmente saludable que los hombres entregados á una profesión tengan una manía que haga salir su

espíritu de su ordinario método de vida. La satisfacción que proporciona un capricho consiste, á veces, en distraer el ánimo de otros trabajos; esto es un descanso y reparo para el ánimo, aunque pueda parecer sin objeto. Algunos descansan jugando al billar, lo cual es mucho más útil que contar las tejas del tejado de su vecino, como hacía Moisés Mendelssohn. Entretenerse mirando las bolas caer en las troneras ó hacer carambolas, distrae el ánimo de las ocupaciones ordinarias y proporciona completo descanso á las facultades intelectuales.

Por otra parte, se hace mucho ejercicio andando alrededor de la mesa ó haciendo las jugadas que la partida requiere. Lord Pálmerston jugaba al billar por distracción y también por hacer ejercicio; sus mejores jugadas eran, generalmente, debidas al acaso. La única distracción de Mozart era el billar, por ser un ejercicio fácil de hacer á cada momento y en todo tiempo. Attwood, el músico inglés, que estuvo bajo la dirección de Mozart, dice que éste estaba siempre mucho más dispuesto á jugar con él una partida de billar que á darle una lección.

La música constituía la distracción de Milton. «En »los intervalos de sus padecimientos—dice Johnson,— »acostumbraba mecerse en su silla y, en ocasiones, toca»ba el órgano.» Alfieri también hallaba el mayor descanso é inspiración en la música. «Nada mueve tanto mi áni»mo y mi entendimiento, ni nada excita tanto mis fa»cultades como la música y, sobre todo, la música de »las voces femeninas. Casi todas mis tragedias han sido »concebidas bajo la inmediata emoción producida por la »música.» Jeremías Bentham, que habitó la casa de Milton, tenía, asimismo, idéntica afición á la música. Instaló un órgano en su casa, y tenía un piano en casi todas las habitaciones. (1) Casi todo su ejercicio lo hacía en su jardinillo, en el cual podía vérsele corriendo solo con sus

(1) Acabo de arruinarme con dos extravagancias: un órgano que cuesta doscientas treinta libras, y es dos veces más grande que el otro; llega hasta el techo de mi despacho, formando una especie de abismo, en que se halla alojado mi taburete. Se parece á un elefante ó á un rinoceronte, y está situado de tal manera, que necesito dar una batalla para alcanzar el plato de la comida entre él y el atril. El segundo es un aparato de calefacción por el vapor, con un baño en mi alcoba... El pretexto para el apa-

medias blancas de lana subidas hasta las rodillas por encima de los calzones, dando sus vueltas acostumbradas antes de la comida. Bentham era, al mismo tiempo, muy aficionado á los gatos; el principal de los que él tenía se llamaba Langbourne, á quien él celebraba como si fuera un hombre, haciéndole primero un caballero, y colocándole, más tarde, entre la gente de iglesia, con el nombre de «el reverendo doctor Juan Langbourne.»

Crebillon era, también, muy aficionado á los gatos, así como también á los perros, cuyo fiel cariño, según decía, le consolaba de la ingratitud humana. Un día, á pesar de su pobreza, volvió á casa con dos perrillos. Su esposa le hizo observar que había ya en todo ocho perros y quince gatos en la casa, y que ella no sabía cómo ni con qué prepararles la comida.

Helvecius, el autor de *L'Esprit*, era, igualmente, admirador de los gatos, de los que tenía unos veinte, á los que mantenía y albergaba del modo más delicado; y los sibaritas hallábanse vestidos de seda, raso y terciopelo, y llevaban arrastrando grandes colas con la misma dignidad que si fuesen consejeros del Parlamento. Saint-Evremond tenía gran afición á los patos y otras aves, que tenía en su cuarto, y á los que daba de comer sin cesar. Acostumbraba á decir: «Cuando sea viejo y empiece á debilitarse mi espíritu, me reanimará el tener »un gran número de criaturas vivas alrededor y el estar »continuamente con ellas.» (1) Lord Erskine, como sir Walter Scott, tenía, de igual modo, la pasión de los perros. Poseía siempre varios, á los que tenía el mayor cariño. Acostumbraba tener uno constantemente á su lado con él, en el tribunal y en todas sus consultas, y otro al que, siendo lord canciller, libró de unos muchachos que estaban á punto de matarlo so pretexto de que estaba hidrófobo. Tenía, también, un ganso favorito que le seguía cuando estaba en sus tierras, un papagayo y dos sanguijuelas, á las que llamó, más tarde, *Home* y *Cline*.

rato de vapor son inconvenientes del aire calentado por el sistema primitivo; el pretexto para el órgano es la imposibilidad de quedarme despierto, después de comer, por ningún otro medio; la consecuencia, el sueño prematuro, en perjuicio del órgano. — *Memorias de Bentham*, de Bowring, pág. 541.

(1) Pope en *Spence's Anecdots*, pág. 135.

Los indicados cirujanos le habían salvado la vida, y él mismo les ponía, todos los días, agua fresca, agregando que ellas le conocían y le estaban agradecidas. (1)

Lord Byron tenía una especie de manía por los animales. En Cambridge tenía perros y un oso, y cuando Shelley le visitó en Rávena, encontró la casa del noble poeta llena de bestias y pájaros. «El establecimiento de »lord Byron—dice, en una carta á míster Peacock,—se »compone, además de los sirvientes, de diez caballos, »ocho enormes perros, tres monos, cinco gatos, un águi»la, una corneja y un halcón, y todos ellos, exceptuan»do los caballos, andan sueltos por la casa que, á cada »momento, resuena con sus peleas, como si fuesen com»pletamente dueños de la misma.» En la postdata, añade Shelley: «Veo que mi enumeración de los animales »en este palacio de Circe es defectuosa, en cuanto á la »cantidad. Precisamente he encontrado en la escalera de »honor cinco pavos reales, dos gallinas de Guinea y una »grulla de Egipto.»

Entre otros singulares caprichos, pueden mencionarse el que Rembrandt sentía por su mono, cuya muerte fué, para él, un gran disgusto; el de Ríckter por sus ardillas; el de Latude por sus ratas; el de Gœthe por su culebra; el de Cooper por sus liebres, y el de Pellison por su araña. Algunos animales favoritos de sus amos se encuentran asociados con grandes nombres históricos, como el buitre de Semíramis, la mariposa de Virgilio, el estornino de Nerón, la serpiente de Tiberio, la codorniz de Augusto, la gallina de Honorio, el mono de Cómodo, el gorrión de Heliogábalo y la paloma de Mahoma.

Varios de los hombres más eminentes se han deleitado con la compañía de los niños. Ríckter dice que merece ser despreciado el hombre que no gusta de la compañía de los niños. Catón el Censor, por muy solicitado que se viese por los negocios públicos, no salía de su casa, por la mañana, sin haber visto á su esposa lavar á su pequeñuelo. Cicerón, después de haber dado la última mano á sus oraciones, llamaba á sus hijos y se divertía en jugar con ellos. Sidney Smith dice: «Los si-

(1) *Romilly's Autobiography.*

»tios que frecuenta la felicidad son variados y hasta in»numerables; pero yo la he visto, muy á menudo, entre »los niños, en los hogares y en las casas de campo, más »que en ningún otro lado.»

¡Quién podría creer que el ilustre hombre de Estado Guillermo Pitt cifraba su mayor placer en la compañía de los niños! Su aparente frialdad y altaneros modales se desvanecían enteramente. El difunto sir Guillermo Napier, siendo niño, jugó una vez con Pitt en casa de lady Ester Stanhope. Describió la visita, que tuvo lugar dos años antes de la muerte del hombre de Estado: «Pitt—dice,—era aficionado á los juegos de manos »y solía divertirse ruidosamente con ellos en compañía »de lady Ester, de Carlos y Jacobo Stanhope y mía. Un »ejemplar no constituye la regla. Nosotros resolvimos »tiznarle la cara con un corcho quemado, á lo cual se »opuso enérgicamente, mas al principio del juego anun»ció un criado que deseaban verle, para un negocio, lord »Castlereagh y lord Liverpool.» «Déjalos esperar en la otra habitación», le contestó, y el primer ministro volvió al interrumpido juego, recogiendo un almohadón y pegándonos con él con el mejor buen humor. No obstante, nosotros éramos demasiado numerosos y fuertes para él y, al cabo de diez minutos de lucha, cayó al suelo y le tiznamos la cara, cuando, con una mirada de supuesta confianza, en sus fuerzas, exclamó: «Basta, acabemos. »Podría, fácilmente, venceros á todos; pero no debemos »permitir que esos señores aguarden más tiempo.» Su derrota era, sin embargo, evidente, y nosotros tuvimos que llevarle una toalla y una palangana para lavarse bien antes de recibir á aquellos señores. Una vez arreglado, ocultóse la palangana detrás del sofá y fueron introducidos los dos lores.

Luego que fueron recibidos los ministros y celebraron su conferencia, se marcharon, y empezó de nuevo el combate del almohadón con los muchachos. Las maneras y hábitos del hombre son, tal vez, las mejores pruebas de su verdadero carácter. El cariño de Pitt á los niños nos pone de manifiesto su carácter íntimo bajo un nuevo punto de vista. La indicada circunstancia hu-

biera sido menos notable en el caso de un padre; pero Pitt vivió soltero y solitario hasta el fin de su vida.

La principal distracción de Leibnitz constituíanla, también, los niños, á quienes reunía en su estudio para verlos; tomaba, asimismo, parte en sus juegos y travesuras. Sentado en su sillón, se deleitaba en observar sus movimientos vivos, en oir sus conversaciones y en observar sus disposiciones respectivas, y cuando había gozado inocentemente de tan inocente espectáculo, los despedía dándoles dulces, y volvía á su trabajo con doble energía.

Racine interesábase vivamente en los juegos de sus hijos. Una vez, habiendo invitado, el duque de Condé, al poeta, á comer con distinguida compañía en su palacio, Racine disculpóse diciendo que había estado ausente de su casa durante una semana, y que había, justamente, aceptado una invitación de sus hijos, á fin de comer una carpa que habían cogido mientras él se hallaba ausente, y guardado hasta su vuelta. «Recuer»do una procesión que hicimos una vez—dice Luis Ra»cine, hablando de su padre,—en la cual mis hermanas »hacían de clérigos, yo hacía de celebrante, y el autor »de *Atalia*, cantando en coro con nosotros, hacía de cru»cificado y llevaba la cruz á cuestas.»

Rousseau declara que nada le proporcionaba mayor placer que contemplar los alegres juegos de los niños. «Frecuentemente—dice,—me paraba en la calle para »mirar sus entretenimientos con un interés que no vi en »ninguna otra persona.» ¡Y qué inconcebible inconsecuencia! Rousseau dió sus hijos á la inclusa y no los reconoció.

Napoleón y Wéllington fueron ambos muy aficionados á los niños. Napoleón tomaba al niño rey de Roma en sus brazos y, situándose enfrente de un espejo, hacía extrañas muecas. Durante el desayuno, sentaba al niño en sus rodillas, metía éste los dedos en la salsa y le untaba la cara. Regañaba el aya del niño; el Emperador reía, y el niño, alegre siempre, parecía deleitarse con las rudas caricias de su padre.

Wéllington era un general muy amigo de los niños. Tomaba parte en sus juegos, y constantemente les ofre-

cía regalitos y recuerdos. Uno de los juegos predilectos de Napoleón era la gallina ciega, juego á que Canning y sir Guillermo Scott se entregaban en compañía de la princesa Carolina, cuando se hallaba en Montagu House. La mayor distracción de Bayle era el asistir á las funciones de Polichinela. Apenas oía el chillido del mágico dejaba sus libros, corría á la calle y no se cuidaba de la lluvia, con tal de contemplar la función. Curran, el orador irlandés, Carlos Lamb y Douglas Ferrold figuraban entre los admiradores más entusiastas de Polichinela. Bayle se complacía en seguir á los juglares y volatineros, y en ver sus representaciones por las calles. A Tasso le gustaban mucho las máscaras y las diversiones del populacho en las fiestas públicas. Maquiavelo se distraía cogiendo tordos con redes, levantándose, para ello, antes de que saliera el sol. En ocasiones, frecuentaba las tabernas, donde jugaba á las tablas reales con un carnicero, un molinero y un alfarero.

En lo tocante al recreo y al descanso de las preocupaciones que produce la vida, es muy importante tener manías. El hombre debería tener alguna ocupación que pudiera practicar cuando quisiera y á la que pudiese entregarse alegremente en sus horas de reposo. El secreto principal de la comodidad consiste en cultivar prudentemente cierto número de pequeños placeres, ya que no le sea dado gozar de los mayores en grande escala. Muchos corren en pos de la felicidad, dice la *Conversation Sharpe*, como un hombre distraído que busca su sombrero teniéndolo sobre la cabeza ó en la mano. Es casi una de las necesidades de la naturaleza humana que el hombre tenga una ocupación que le absorba y le ocupe, con objeto de distraer su ánimo de los esfuerzos y perturbaciones que le rodean en la vida práctica. Mas no se deben desdeñar las pequeñas distracciones, y por esta razón son útiles las manías, siempre que no lleguen á constituir una enfermedad.

Los días transcurren mucho más agradablemente cuando estamos enteramente ocupados. Cuando tenemos algún rato perdido, es muy agradable tener algo de nuestra elección en que ocuparnos.

Tener algún entretenimiento es cosa muy agrada-

ble para el honrado y laborioso; y cuando podemos librarnos de un trabajo desagradable, es muy conveniente consagrarnos á algo que nos agrade. Es más, hasta puede combinarse, en tales casos, el provecho con el placer del pasatiempo. La manía del doctor Schlieman era la arqueología. Después de una juventud pasada en medio de las privaciones y del trabajo manual, se enriqueció, y, en su afición á Homero, se consagró á resolver una cuestión que otros, dotados de mayores medios que él, habían despreciado. Sus trabajos arqueológicos, que fueron dirigidos con gran paciencia y energía, se vieron recompensados por el éxito más brillante.

Pero Carlos Wheatstone, al descubrir el telégrafo eléctrico, consagrando á esta manía sus horas de ocio, obtuvo un resultado mucho más útil aún. Era, en un principio, constructor y vendedor de instrumentos de música, y había llegado á ser tan entendido en este arte, que estudió, teórica y prácticamente, la ciencia del sonido. Esto le llevó á estudiar otros ramos de la filosofía natural y dedicó sus horas de ocio á hacer algunos juguetes relativos á la electricidad. Míster C. Hall, en su *Retrospect of a long life*, dice: «Una noche, hallándome yo presente, llegó á casa de Juan Martín, el pintor, un joven que entretuvo alegremente á la reunión haciendo bailar una muñeca sobre un piano, é hizo reir á carcajadas cuando dijo: «Se sorprenderían ustedes mucho si les dijera que esto lo hace el rayo.» Era éste míster Carlos Wheatstone, que fué, después, sir Carlos Wheatstone. En aquella muñeca dormía oculta, probablemente, la primera sugestión del telégrafo eléctrico, el germen de un descubrimiento que ha rodeado el globo con una zona eléctrica de un carácter mil veces más prodigioso que la que Puck prometió poner alrededor de la tierra en cuarenta minutos.

Véase, ahora, la manía á que se dedicaba Niepce, aunque no llegó á vivir bastante para desarrollarla por completo. Era teniente en el primer regimiento de dragones franceses, cuando en sus ratos de ocio empezó á estudiar la química, que le llevó, más adelante, á descubrir la fotografía. Esto demuestra que no hay posición, por contraria que parezca, que pueda impedir al

hombre cultivar sus facultades, en sus horas de ocio. Hasta Maupertuis, cuando era capitán de dragones, se consagraba al estudio de las matemáticas, en que más tarde se hizo tan célebre. Picard también estudiaba astronomía y echó los fundamentos de su fama mientras ejercía el cargo de jardinero del duque de Crequí. Míster Haden, interin ejercía, en gran escala, la cirugía en Londres, dió en la manía de grabar al agua fuerte.

Más adelante adquirió gran maestría, y este pasatiempo se convirtió, para él, en un manantial de ganancias. Abría láminas directamente, *d'après nature*, y sus obras están llenas de vigor y de belleza. El crítico francés, monsieur Burty, da una prueba de su espíritu de apreciación en el modo cómo ha tratado de establecer la reputación de un artista tan netamente inglés como míster Haden.

Es, ciertamente, muy maravilloso el desarrollo adquirido en este ramo artístico por un cirujano en la larga práctica de su profesión, pero debe servir asimismo de estímulo á otros aficionados que, á semejanza suya, aunque en menor grado, se hallan dotados de las inapreciables facultades de sentimiento y gusto artísticos.

Míster Lassell, un eminente cervecero de Liverpool, pasó de la cerveza á la astronomía. Construyó un magnífico telescopio que, después de su muerte, ofrecieron sus parientes á la nación, y todavía puede verse en el real observatorio de Greenwich. Con este instrumento descubrió nada menos que seiscientas nebulosas nuevas. Descubrió, igualmente, la novena estrella en Orión, el satélite de Neptuno, los ocho satélites de Saturno y dos satélites adicionales de Urano.

Míster Jacobo Nashmith, cuya obra acerca de la luna ha sido admirada por cuantos han leído y estudiado sus extraordinarios trabajos, es otro astrónomo eminente que, de la ingeniería, fué á parar á la contemplación de los astros. El inventar fué la ocupación de Jacobo Watt durante toda su vida, y en la vejez llegó á ser su manía. Tenía en sí mismo sobrados recursos y hallaba el mismo placer en la meditación tranquila que en el trabajo activo. Su sed de conocimientos era verdaderamente insa-

ciable; hizo experimentos sobre el aire, la luz y la electricidad. El doctor Johnson decía, á los setenta años: «El hombre tiene la culpa si por falta de uso se entorpece su espíritu con los años.»

La entrada en la ciencia del célebre Helmholtz debióse á un ataque de fiebre tifoidea. Su enfermedad le permitió tener un microscopio que él no hubiera podido comprar, según dice, «por haber pasado las vaca»ciones de otoño en el hospital, postrado por la fiebre »tifoidea. Siendo pupilo fuí mantenido gratuitamente, y »al recobrar la salud me encontré en posesión de mis »pobres recursos.» Lo que Helmholtz hizo después con este microscopio puede verse en la historia de la ciencia.

Lindley Murray debió su fama á un accidente. Fué acometido por una enfermedad que le tuvo encerrado en su aposento y le imposibilitó para todo trabajo activo. Se entregó á la lectura y, posteriormente, llegó á ser un autor célebre. David Allan, el «Hoggarth de Escocia», como le han llamado, se quemó un pie, y no teniendo nada que hacer, se distrajo dibujando, en el pavimento, con un pedazo de tiza. Cuando volvió á la escuela, continuó practicando este arte. Pero se le ocurrió dibujar la caricatura de su maestro de escuela castigando un muchacho. Y habiendo caído la caricatura en manos del maestro, el niño fué expulsado. Más adelante mostraron dicha caricatura al recaudador de aduanas de Alloa, donde el padre de Allan estaba de carabinero. El recaudador envió al muchacho á Glasgow para que continuara estudiando el arte; á partir de aquel momento quedó asegurado su éxito.

La afición á los conocimientos, y hasta á los conocimientos poco útiles aparentemente, es uno de los mejores preservativos contra la vulgaridad y egoísmo del mundo. El Evangelio menciona la pereza como el camino que conduce al pecado. «Y, al mismo tiempo, »aprenden á ser perezosos yendo de casa en casa; y no »tan sólo perezosos, sino también habladores y entro»metidos, hablando de cosas que no deben.» Hasta es mejor tener una manía inútil que ser un poco hablador y entrometido. «Bendito sea el hombre—ha dicho lord Brougham,—que tiene una manía», y él mismo tenía

varias. «Todo hombre tiene su manía—dice Guillermo »Hutton,—y no es una desgracia el entregarse á ella pru»dentemente. Es hombre prudente el que puede diver»tirse, á poco coste, sin interrumpir sus negocios.»

Algunos hombres tienen la manía de los libros, que tal vez no leen; atienden á su rareza, á su encuadernación y á su antigüedad. Otros tienen las manías de las pinturas raras, en ocasiones, sin valor, del arte antiguo. Otros tienen la manía de los autógrafos, llegando hasta tal punto, que se venden cartas antiguas, de hombres distinguidos, á precios exorbitantes. Otros tienen afición á la música.

Verdaderamente, las manías de algunos hombres son, con frecuencia, sus mejores amigos, excepto cuando la manía llega á convertirse en exceso perjudicial. En general, las manías contribuyen á mantener el buen humor y la salud, y son un compañero inseparable en el declinar de la vida.

No obstante, hay quien llega á tener manías ridículas. Así, por ejemplo, Carlos V, en su voluntario retiro, se distraía vigilando constantemente gran número de relojes, quedando muy sorprendido de no encontrar dos que anduviesen de acuerdo. Lo mismo existe en la mayor parte de los espíritus. No pueden caminar de acuerdo. De aquí puede deducirse la diversidad de propósitos y de resoluciones. El difunto Sam Roger solía hablar de un hombre nervioso que tenía la manía de los aparatos de salvamento de incendios. Su invención consistía en una especie de saco en que un hombre podía arrojarse desde su ventana. Habiendo sido despertado súbitamente una noche por el ruido, según él supuso, de las ruedas de una bomba de incendios, seguido de un tremendo golpear en el pavimento, bajó en su saco con la mayor precipitación y llegó á la calle precisamente á tiempo de abrazar á su esposa, que había estado en la Opera y salía de su carruaje.

Para dar fin á este capítulo acerca de la salud y del recreo, conviene añadir que el testimonio uniforme de los trabajadores mentales recomienda la moderación y la templanza en todas las cosas—en el estudio, el ejercicio, la comida, la bebida y hasta el recreo. «La

»Naturaleza—ha dicho lord Bacón,—se deja más fácil»mente conquistar por aquellos que obedecen á sus le»yes, y la moderación constituye una ley de la Naturale»za»,—el *aurea mediocritas* de Horacio, que, según Hume, es la mejor cosa del mundo; ella regocija la vida y hasta contribuye á prolongarla.

Los antiguos tenían la máxima que la templanza era la nodriza del genio. El estómago, hemos dicho, ha sido comparado con el padre de familia y, á menudo, se halla en peligro por su condescendencia. Podrá decirse, en verdad, que mucha más gente muere por exceso de comida que por falta de ella.

Generalmente, los trabajadores intelectuales comen más bien más que menos; y sobrecargando el estómago, ciertamente tienden á agotar el cerebro. (1)

Jamás llevó á cabo ninguna obra importante el hombre que se entrega á los placeres del estómago—dice Scarrón.

La templanza era una de las virtudes cardinales de Platón. Sócrates era sobrio en la comida, y tampoco era aficionado á beber. Cicerón y Plutarco han dejado ambos su testimonio en favor de la vida moderada y del régimen vegetal. Julio César era, en un principio, de constitución delicada y débil, mas una vida moderada y abundantes ejercicios fortificaron su salud y le hicieron capaz de soportar los mayores trabajos y fatigas. «Mostraos vigilantes con el cuerpo—dice Descar»tes,—si queréis ejercitar rectamente el espíritu. La »fuerza vital de ambos debe ser preservada, á fin de »prolongar su aptitud para el trabajo.» Aunque New-

(1) Sidney Smith, escribiendo á lord Murray, dice en tono de broma: «Si anhela usted algo parecido á la felicidad en el quinto acto de la vida, coma y beba la mitad de lo que puede comer y beber. ¿He dicho á usted alguna vez cuál es mi cálculo acerca de la comida y la bebida? Luego de haber calculado el peso de lo que hubiera necesitado consumir para conservar la salud y la fuerza y de lo que he consumido, resulta que entre los diez y los setenta años de edad he comido y bebido la carga de cuarenta carros de carne, y absorbido más de lo que hubiera necesitado para conservar mi vida saludablemente. El valor de esta masa de alimentos lo considero como equivalente á siete millones de libras esterlinas. Ahora bien; se me ocurre que con mi voracidad debo haber causado la muerte de cerca de cien personas. Es un cálculo horrible, pero que no tiene vuelta de hoja; y creo, querido Murray, que los carros de usted necesitarían cada uno un caballo más.»—*Memorias y cartas*, de Sidney Smith, pág. 503.

ton y Kant eran igualmente de constitución delicada, ambos llegaron á la edad más avanzada gracias á la templanza y á la moderación. Fontenelle ocupó un puesto muy elevado en las letras y las ciencias durante cincuenta años, y vivió hasta los ciento. El secreto de su longevidad, á pesar de lo débil de su constitución en sus primeros años, consistía en su extremada templanza y en su cuidadoso método de vida. Cuando estaba para morir, dijo: «No padezco, amigos míos; sólo siento alguna dificultad para vivir.» En él la muerte fué como el entregarse al sueño después de una larga jornada, ó como un péndulo que deja de oscilar. El método de vida de Fontenelle consistía en comer con moderación ó nada hasta que la Naturaleza pedía alimento; en abstenerse del estudio cuando éste resultaba molesto; en no pasar un solo día sin trabajar algo, pero no trabajando nunca con exceso; y, finalmente, en estar siempre alegre, porque «sin alegría—decía,—¿de qué sirve la filosofía?»

Voltaire declaró siempre que era el régimen lo que le conservaba la vida. Era, por naturaleza, de constitución débil, y además bilioso y dispéptico; en su juventud padeció escorbuto, y se vió en peligro de muerte víctima de las viruelas; hacia el fin de su vida se vió afligido, de cuando en cuando, por ataques de gota, erisipela, cólicos y oftalmía. No obstante, viviendo con gran templanza y con método cuidadoso, consiguió sobrevivir á casi todos sus contemporáneos (1).

Miguel Angel logró conservar sus facultades para el trabajo, gracias á una gran templanza y á la continencia de su vida. Un panecillo y vino eran todo lo que necesitaba, durante la mayor parte del día, cuando estaba empleado en algún trabajo; pero evitaba con gran cuidado trabajar de manera que se fatigase. Buffón se distinguía por su sobriedad y la moderación de su vida; mas observaba la mayor regularidad en sus comidas. Su desayuno consistía en un pedazo de pan y un poco

(1) En cierta ocasión dijo á su sobrina, madame de Fontaine, que era excelente pintora: «Cuando queráis pintar á un enfermo viejo, muy abrigado, con una pluma en una mano y el ruibarbo en la otra, entre un médico y un secretario, con libros y una lavativa, acordaos de mí.»

de vino ó agua. En la comida principal comía poco, prefiriendo el pescado, que era seguido de un abundante postre de frutas. Hacia el fin de su vida, adoptó un régimen más parco todavía. Su comida, poco después de mediodía, consistía en un poco de sopa y en dos huevos frescos, pasados por agua. Bebía un poco de vino y nada de café ni licores; después de la comida reposaba algunos minutos, y luego paseaba en el parque y en la terraza del castillo. A las cinco se sentaba á su mesa de trabajo, y estaba allí hasta las nueve, después de lo cual tomaba parte en la agradable conversación del círculo familiar.

Ya hemos dicho que Kant fué, en un principio, de constitución delicada; pero llegó á una edad avanzada, gracias á la templanza y frugalidad. Uno de sus biógrafos dice que su régimen era tan puntual y exacto como la campana de la catedral. Sus minuciosas precauciones, su estudiada parquedad en la comida, vestir, pasear y acostarse, fueron objeto de ridículo para muchos; sin embargo, prolongaron su existencia hasta cerca de los cien años, y dejó en pos de sí obras importantes que son la honra de su nación.

El doctor Adam Fergusson, el historiador de Roma, tuvo un ataque de parálisis, resultado de su excesivo trabajo mental que, según dice lord Cockburne, estuvo á punto de costarle la vida á los cincuenta años; pero la rígida disciplina le puso en condiciones de vivir con plena salud de cuerpo y alma, otros cincuenta años más próximamente. Renunció al uso del vino y de los alimentos animales, viviendo enteramente de leche y vegetales. (1) A los setenta y dos años hizo un viaje á Roma (viaje mucho más penoso que los de ahora), con objeto de coleccionar materiales para una nueva edición de su historia, y al cabo de un año regresó á su hogar más joven, al parecer, que antes. Auber, el músico veterano, cuando le felicitaban, á la edad de ochenta y

(1) Lord Cockburne, en las *Memorias de su tiempo*, dice: «Nunca he sabido que comiese fuera, excepto en casa de su pariente, el doctor José Blake, donde, según testimonio de su hijo sir Adam, el amigo de Scott, era un espectáculo delicioso el ver á los dos filósofos regalarse con un nabo asado.»

siete años, por su vigor extraordinario, decía: «Nunca »me han repetido tanto que era joven hasta que he sido »viejo.»

El barón Maseres, que vivió noventa años, fué muy sobrio en su régimen de vida; además ayunaba un día cada semana, no comiendo sino una tostada seca con te. Un célebre médico preguntó á un anciano notable por su salud, qué régimen seguía. El contestó: «Hago solamente una comida al día.»—«Guarde usted el se»creto—replicó el médico.—Si fuera conocido y puesto »en práctica, nuestra profesión estaría perdida.»

La templanza constituía la regla de vida de Guillermo Hutton, de Birmingham, aunque alguna vez solía tomar un vaso de cerveza. Mas á los ochenta y un años renunció á ello para evitar los ataques del mal de orina. Juan Wesley era uno de los hombres más abstemios y, á la par, uno de los mayores trabajadores. Habitualmente se abstenía de vino, cerveza y bebidas espirituosas, y por espacio de varios años no probó la carne, hasta cuando viajaba de cuatro á cinco mil millas al año. El mismo atribuye su buena salud y su prolongada aptitud para el trabajo, á sus hábitos regulares de templanza, ejercicio y buen humor. «Siento y me aflijo—decía;—mas, por la gracia de Dios, no me agito por nada.»

En otro tiempo hemos mencionado el caso del general Perronet Thompson, que renunció al vino, á la cerveza y á las bebidas espirituosas, con el propósito de curarse de un hereditario ataque de gota, y obtuvo el mayor éxito. Sir Carlos Napier, el héroe de Meanee, se abstenía, ordinariamente, de vino y de bebidas fermentadas, y al mismo tiempo se redujo por completo al régimen vegetal. El mismo atribuía á esta habitual templanza su energía y resistencia para el trabajo. También nos han referido, que el profesor Francisco Newmann encontró en la total abstinencia de carne el único remedio para una inveterada dispepsia que había padecido durante varios años. El doctor Scheyne, el famoso médico, escribió un libro acerca del esplín y los vapores, al que puso por título: *La enfermedad inglesa*. Llevóle al estudio de tal asunto su propia tendencia á engordar. Pesaba ciento veinticuatro kilogramos; era, ade-

más, corto de aliento, padecía letargia y era apático. Luego de ensayar varios tratamientos sin resultado, al fin se redujo al régimen de la leche, semillas de diferentes clases, raíces farináceas y fruta, y, por último, recobró la salud, la actividad y el buen humor.

Howard, el filántropo, era, de igual manera, abstemio, pues no comía carne ni bebía vino. Cuando le preguntaban cómo había conservado la salud y cómo se había librado del contagio de la fiebre de las prisiones y de las enfermedades que ordinariamente le rodeaban, respondía: «Además de la liberal bondad y favor del »autor de mi vida, han sido mis preservativos la tem»planza y la limpieza.»

Al mismo tiempo debe reconocerse que la constitución sana soporta los estimulantes, y la constitución débil los requiere á menudo. Merced al poder del hábito ciertas cosas nocivas llegan á hacerse inocentes y hasta necesarias. Como en cierta ocasión dijesen al duque de Wéllington que la costumbre es una segunda naturaleza, replicó: «¿Una segunda naturaleza? ¿Porqué? El hábito es diez veces la naturaleza.» La máxima *sanis omnia sana* es, probablemente, la mejor que puede seguirse, y el hombre sano puede comer y come carne y bebe vino moderadamente, para llegar á una edad tan avanzada como un abstemio ó un vegetariano. Cuando preguntaban á Ciro Redy, á la edad de ciento ochenta años, cómo gozaba tan perfecta salud, respondía: «He bebido siempre vino y con abundancia.» Y habiéndole vuelto á preguntar repuso que, después de todo, «abundancia» quiere decir «moderación», acompañada de un ejercicio regular y activo. Sidney Smith, con su buen sentido peculiar, dió en el quid de la dificultad al decir: «Las reglas comunes son las mejores; »ejercicio sin fatiga, vida liberal sin exceso; madrugar »y dormir moderadamente.» Estos son apotegmas de hombre viejo; mas sino son observados, la felicidad llega á ser tan extremadamente difícil que pocos logran alcanzarla.

A estos ejemplos de trabajadores mentales que han llegado á edad avanzada llenos de salud, puede añadirse el del célebre cazador capitán Horacio Ross, que refe-

ría lo siguiente, en *Sportscrapiana*, acerca de la preservación de su excelente salud física. «La atribuyo— »dice,—en gran parte, á haberme mantenido constante- »mente en un estado de moderado ejercicio. He vivido »siempre bien, y durante varios años no he bebido más »que una botella de clarete ligero por día. Pero nunca »he omitido, ya me hallase en el campo ó ya en la ciu- »dad, ya hiciera bueno ó malo, andar, regularmente, »ocho millas y, generalmente, doce todos los días de »mi vida, á menos que tuviese la oportunidad de ir á »cazar. También he puesto especial cuidado en tomar, »durante algunos años, una ablución con agua fría todas »las mañanas. Y ahora, á los sesenta y ocho años, á »una edad en que muchos hombres están próximos á »caer en la «segunda infancia», puedo andar mis cin- »cuenta millas, á razón de tres y media por hora, sin »fatigarme.»

Hasta con respecto á la cuestión de madrugar, en que Franklín, Wesley, Sydney Smith y otros ponían tanto empeño, existe muy gran diversidad de opiniones. Algunos ancianos encuentran que esto extenúa en vez de restaurar las fuerzas, y consideran que los fatiga demasiado al empezar el día. Nosotros hemos visto que el doctor Fowler, de Salísbury, que vivió noventa y dos años, aseguraba que es esencial, para una larga vida, el «permanecer en la cama por la mañana hasta que se haya dormido lo suficiente». Muchos pretenden que la ancianidad es el período del reposo, y que debe evitarse el trabajo; mas para el hombre cuya vida se ha empleado en trabajos activos, la pereza es la enfermedad. Lo del fabricante de velas retirado que vuelve á su trabajo en los días «en que se derrite sebo», se puede aplicar á todas las circunstancias de la vida.

Como á menudo vemos, muchos hombres retirados de la vida activa caen en la desesperación y no tardan en hundirse en la tumba.

Que el trabajo cerebral moderado no perjudica á la vida y que es completamente favorable á la longevidad, se halla demostrado por la avanzada edad á que han llegado nuestros más eminentes políticos, magistrados, naturalistas y filósofos. La investigación sutil, aguda y

ardiente, acorta la vida—dice Bacón,—porque fatiga el espíritu y le aniquila; pero la admiración y la contemplación no muy profunda, tienen verdadero poder para prolongar la vida, porque mantienen el espíritu en una especie de deleite y no le permiten que se deje llevar por la inquietud y la obstinación. (1)

Los que se dedican á la filosofía natural disfrutan, comúnmente, larga vida. La investigación de la verdad produce placer y promueve la serenidad del espíritu. «Si pudiese concebir—dice Bossuet,—una natura»leza puramente inteligente, paréceme que debería estar »consagrada solamente al conocimiento y amor de la »verdad y que esto es, únicamente, lo que podría ha»cerla feliz.» La investigación de la verdad, por muy laboriosa que pueda ser, se halla constantemente llena de deleite. Sobre todo tiende á apartar á los hombres de la indulgencia rastrera para con los placeres de los sentidos.

Hufeland, en su *Arte de prolongar la vida*, dice: «Los grandes pensadores se han distinguido en todo »tiempo por su edad avanzada, sobre todo cuando se »ocupaban en el estudio de la Naturaleza, que les pro»porcionaba el divino placer de descubrir nuevas é im»portantes verdades; constituye uno de los goces más »puros, una benéfica exaltación de nosotros mismos, una »especie de restauración que puede colocarse entre los »principales medios de prolongar la vida de un ser per»fecto.» En demostración de esto, entre los filósofos que han vivido entre setenta y ochenta años, hallamos los nombres de Rogelio Bacón, de Galileo, Leibnitz, Euler, Dalton, Linneo, Priestley, (2) Cavendish, Háller, Reumar, Van Sweeten, Jenner, Falopio, Galeno y Spallanzani; entre los que han vivido de ochenta á noventa figuran Newton, Franklín, Buffón, Halley, Hérschell, Young, Watt, Simpson, Harvey, Du Hamel, Astruc, Pinel, Morgagni y sir David Brewster; y entre los que

(1) Bacón. *History of life and death (Historia de la vida y de la muerte).*

(2) Priestley era de constitución débil en su niñez, y murió lleno de vigor á la avanzada edad de setenta y un años. A los cincuenta y cuatro, decía: «Lejos de padecer por mi aplicación al estudio, he hallado en él un gran aumento de salud desde los dieciocho años hasta hoy.»

han pasado de los noventa, mencionaremos á Wren, Lewenhoeck, Humboldt, Heberden, Reysch y Fontenelle. Teodoro de Beza vivió ochenta y seis años, y su salud era tan excelente, que aseguraba que nunca había sabido lo que era un dolor de cabeza. Arnauld vivió ochenta y tres años, leyendo y escribiendo hasta el fin sin ayuda de anteojos. El doctor Mollison, al mencionar los nombres de los ancianos más célebres, dice: «Había pen»sado agregar á mi lista de octogenarios algunas personas »de carácter depravado, mas no he podido hallar una »sola. Así, la longevidad y la sobriedad son complemen»tos una de otra.»

La proporción de poetas y literatos que han llegado á una edad avanzada, no es tan grande como la de los filósofos; no obstante, muchos han pasado de los sesenta y setenta. Montfaucon vivió hasta los ochenta y siete, y hacia el fin de su vida dedicaba ocho horas diarias al estudio. Gœthe estudió y escribió hasta cerca de los ochenta y cuatro; Corneille vivió setenta y ocho, y Wieland ochenta. El laborioso Juan Britton prolongó hasta los ochenta y seis el estudio de la topografía y de las antigüedades, é Isaac Disraeli vivió y laboró entre sus libros hasta los ochenta y dos años—lleno de alegría y de animación hasta el fin.—El ánimo alegre es fuerte de ordinario, y el buen humor no solamente es signo de salud, sino también uno de los más poderosos preservativos.

Durante media centuria, próximamente, Jeremías Bentham dedicó ocho, y á veces diez y doce horas al día, al estudio, y su salud y buen humor eran proverbiales. Hazlitt dice, refiriéndose á él, que su aspecto ofrecía una mezcla de candor infantil y de venerable ancianidad. Cuando, á los ochenta años, escribió á Chamberlain Clarke: «Hemos pasado, igualmente, yo de los »ochenta y usted algo de los noventa. ¿Cómo hubiéra»mos podido esperar semejante cosa cuando ambos nos »hallábamos en el O. S. S. House, rascando las cuerdas »del violín y divirtiéndonos con «The Church» y Monkey »Dogs?» Yo vivo rodeado de jóvenes y más alegre que »la mayor parte de ellos. No obstante, he perdido algo

»de las fuerzas que tenía cuando era joven, pero no es»pero llegar á la edad de usted.» (1)

Leigh Hunt fué otro niño anciano que vivió lleno de buen humor hasta la edad más avanzada; en verdad, fué un niño viejo hasta el fin. Acostumbraba observar que los muchachos de las ciudades hoy día agotan tan rápidamente los placeres de la vida, que no les queda para la edad viril y la ancianidad sino fastidio y pesar, y no son sino niños viejos incompletos. Hay también niñas viejas. Véase el siguiente delicioso *memorandum*, como le denomina Seigh Hunt, del *Diario* de mistress Inchbald: «Un domingo comí, bebí te y cené »con mistress Wilfield. Al anochecer, ella, su hijo Gui»llermo y yo, salimos á la calle, llamábamos á las puer»tas de New-Street y echábamos á correr.» Esto tenía lugar en 1788, cuando mistress Inchbald contaba treinta y cinco años. ¿Qué hubieran pensado los habitantes si hubieran sabido que la que se entregaba á esta diversión era una de las más respetables mujeres de la época, la autora de *Simple Story?* «Mas—como dice Leigh Hunt,—individuos de esta clase nunca envejecen.»

Los ejemplos de longevidad en los políticos son muy numerosos. Los hombres de naturaleza vehemente é impetuosa pueden ser consumidos por la agitación y la fiebre de la vida política, mas los que gozan de temperamento grave y tolerante se hacen más fuertes con el estímulo del debate. El interés que toman por la vida de los demás parece preservar la suya propia. La última parte de la existencia de lord Wéllington fué política, y sabido es que dió al traste con su naturaleza de igual modo que con su gloria. Sus contemporáneos Talleyrand, Metternich y Nesselrode llegaron todos á edad muy avanzada.

Entre los hombres de Estado ancianos de los últimos años, puede hacerse mención de Landsdowne, Brougham, Lyndhurst, Pálmerston y Gladstone.

Entre los legistas, y sobre todo entre los jueces, la longevidad es extraordinaria. Coke vivió hasta los ochenta y cuatro años; Mánsfield hasta los ochenta y

(1) Doctor Bowring. *Memorias de Bentham*. Bentham vivió ochenta y cuatro años.

ocho. Eldon hasta los ochenta y nueve, y Stowel hasta los noventa y nueve. El juez Lefroy se vió obligado á dejar el tribunal de Irlanda debido á su mucha edad, aunque su espíritu estaba lleno de vigor, y vivió hasta los noventa y tres años. Acaso la salud de los letrados debe atribuirse, en gran parte, á su largo y completo descanso entre las sesiones. En ese tiempo van á caza ó gozan los placeres de la vida campestre. Varios de ellos fueron moderados, otros no. Brougham, Lindhurst y Eldon eran gente que vivía con libertad. Eldon era capaz de beberse dos botellas de Porto de una sentada, á los setenta y dos años.

Enrique Taylor dice que «un hombre de Estado, si »quiere vivir largo tiempo, lo que forma parte de su »deber, capacitándole para prestar excelentes servicios »al país, debe poner en su régimen una activa y vigi»lante atención. Un enfermo de fiebre en un hospital, »no requiere tanto cuidado sobre este punto.» (1) La observación es, indudablemente, verdadera, aunque la fuerza y el hábito permiten, á algunos hombres, hacer impunemente lo que causaría perturbaciones y enfermedades á otros de constitución más delicada.

(1) Enrique Taylor. *The Statesman.*

VIII

LA VIDA EN LA CIUDAD Y EN EL CAMPO

Dios está en el campo de una manera tangible, y el demonio se ha ido con la gente á la ciudad.—HARDY.—*Far from the Madding Crowd.*

La vida del campo y el no frecuentar mucho las escuelas, está llena de enseñanzas prácticas, que los ricos ponen el mayor esmero en negar á sus hijos —A SUSSET, *Idyll.*

En el mundo, las grandes ciudades tienden á perder, y en definitiva, á destruir el sentimiento de la familia, y forman sobre sus ruinas un foco de concupiscencia. Tales ciudades tienen organizada una unión comercial del crimen. — *Fortnightly Review*, octubre de 1866.

Mientras enseño esta dura verdad, me parece ver al monstruo de Londres reirse de mí; yo también quisiera reirme de ti, ciudad, si fuera digno reirse de la miseria; pero tu estado me inspira lástima. — ABRAHÁN COWLEY.

Si se tratase de elegir entre una compañía eterna, sin facultad de retirarse dentro de sí mismo ó de una prisión solitaria para la vida, diría: — «Carcelero, cierra la puerta del calabozo.» — *Diario de sir Walter Scott.*

Lejos de producir las grandes ciudades grandes hombres, sucede, por el contrario, que la clase de vida y las aspiraciones en las grandes ciudades producen, más bien, hombres pequeños; el torbellino de los negocios y de los placeres que se apodera de la vida de las ciudades, distrae el ánimo y es un obstáculo para su engrandecimiento. Hay una constante sucesión de excitaciones nuevas, que no producen una impresión constantemente porque las unas borran las otras; mientras

que el niño del campo puede desarrollarse libremente, el de la ciudad se desarrolla muy rápidamente. El último es más vivo é ingenioso en su esfera por el continuo roce con sus compañeros, y, cuando llega á ser hábil y experimentado en su ocupación particular, se detiene y no adelanta más.

La vida de la ciudad es el enemigo del trabajo intelectual, pues hay en ella muchas excitaciones y muy poco reposo. Cuando se ha leído el periódico, terminado el trabajo y asistido al teatro, se halla terminado el trabajo del día. El joven londinense tiene pocos amigos, y si tiene algunos, éstos son como él. El difunto doctor Guthrie, ínterin vivía en Londres, trató á muchos jóvenes, tanto de los naturales de la ciudad como de los criados en el campo, y dice en su autobiografía: «Entonces fué cuando eché de ver por primera vez los estrechos límites y los defectos de la educación ordinaria de las escuelas inglesas. Los muchachos de la ciudad estaban, no cabe duda, completamente al corriente de su respectiva profesión, mas fuera del pequeño agujero que llenaban, como los mariscos en las rocas, eran prodigiosamente ignorantes de todo lo demás.» Carlyle dice, de un modo más despreciativo, hablando de los londinenses: «Todo hombre nacido en Londres, sin excepción, me parece mal acondicionado, notablemente pervertido, ó, mejor dicho, una fracción de hombre.» Casi todos los grandes hombres de Inglaterra, y lo mismo los de Londres, han nacido en el campo ó se han educado en él. Es cosa que se comprende fácilmente. En las ciudades, un joven es tan sólo una parte de la multitud; sus vecinos nada saben de él, ni él sabe nada de ellos. Ve lo que ha visto siempre, y con tal que se vean satisfechos sus gustos y sus necesidades, no siente el menor impulso por adelantar. Otra cosa muy distinta acontece con los jóvenes nacidos en el campo, que, como si dijéramos, salen llenos de frescura del seno de su madre la tierra. Hay en ellos más individualidad, y se sienten también más responsables de todo cuanto les rodea. Están acostumbrados á hacer muchas cosas por sí mismos que los jóvenes de las ciudades reciben hechas de las máquinas perfeccionadas.

No se ven abstraídos por la diversidad de situaciones y tienen tiempo de crecer. Conocen á sus vecinos y ellos los conocen. Hacen amistades que, con frecuencia, duran toda la vida. Y es de mucha más importancia, para un joven, tener un buen amigo que una docena de conocidos indiferentes. Entran en contacto directo con sus compañeros y su espíritu ejerce influencia sobre ellos. Las impresiones que entonces reciben se desarrollan y, si el terreno es bueno, llegan á constituir fecundos elementos del carácter. «Hay un acento campesino—dice »La Rochefoucauld,—no sólo en las palabras, sino tam»bién en el pensamiento, en la conducta, en el carácter »en los modales que el hombre no pierde jamás.»

Aunque los objetos que se presentan al espíritu del niño, en el campo, son menos numerosos, son mejor observados, en parte, porque ofrecen mucho más atractivo, y en parte, porque no pasan ante su vista con una rapidez que confunde su memoria y perjudica al interés. Conoce la Naturaleza tan bien como á los hombres.

En una ciudad pequeña, ó en una aldea, todo el mundo se conoce. Los niños oyen hablar de las cosas buenas y malas de sus vecinos, y conocen gran parte de la historia familiar. Hablan de ellas en el hogar, y desde muy temprano se interesan por las historias. Estas historias tienen algo de cuentos, pero estos cuentos indican, á lo menos, interés por los demás y, aunque sean patrañas, son, igualmente, indicio de amistad. En las grandes ciudades, por el contrario, donde los hombres viven aglomerados, no hay cuentos ni pequeñas amistades, porque nada saben unos de otros ni se preocupan de ello. Así, los hombres, viven á mucha mayor distancia social de los otros hombres, en las ciudades que en el campo.

Aunque el muchacho del campo es mucho más tardo en llegar á la madurez que el de la ciudad, es, generalmente, muy superior cuando llega á ella. Vive más entregado á sus propios recursos y se acostumbra á hacer muchas cosas por sí mismo, aprendiendo, de esta manera, la lección esencial del *Self help*. Cuando llega á la ciudad siente excitadas sus facultades admirativas; se ve en una nueva esfera, alimenta nuevas ambicio-

nes que procura satisfacer, y merced á la voluntad y al propósito, se eleva, con frecuencia, á los mayores cargos en la vida de la ciudad. De aquí que, comúnmente, el joven nacido en el campo suele hacer más carrera que el nacido en Londres. Como decía el difunto Walter Baghest, los elevados centros de vida intelectual y política se asegura que son improductivos, y esto puede consistir en la excitación febril que agota la fuerza de los padres y en que el vigor de los jóvenes se agota. Sea lo que fuere, hay pocos hombres grandes en política, ciencia ó arte, que hayan brotado del suelo exhausto de la metrópoli. Los jóvenes del campo son, verdaderamente, la mejor clase de producto agrícola, y hacen una buena parte del trabajo intelectual del mundo. Fontenelle decía que constituía una gran ventaja para los hombres de ciencia el haber podido tomar buenos cimientos en el reposo de la vida de provincia. Gollawin Smith dice de Pym, muchacho originario del campo, que pasó dos años aislado, especie de preparación tan necesaria como la acción para la profundidad del carácter y para la constante energía del pensamiento, que constituyen la verdadera grandeza. Todas las grandes empresas—dice Juan Pablo Richter,—se llevan á cabo en la soledad, es decir, fuera de la sociedad.

¡Qué inmenso beneficio fué para la ciencia el que Newton se criase en el campo y que estuviese empleado, durante sus primeros años, en dirigir la pequeña granja de su madre! En las vidas de los ingenieros se echa de ver que los hombres que han construido nuestros puentes, diques, canales, faros y ferrocarriles, han sido criados en el campo. Sir Hugo Middleton, que hizo venir á Londres las aguas del New River, había nacido en Galch-Hill, una aislada casa de campo cerca de Denbigh, en la Gales del Norte. Juan Perry, que construyó una presa en Daghenam, pertenecía á Rothborough, en Glocestershire; y Juan Metcalfe, el ingeniero de caminos, á Karesborough, en el Yorkshire. Edwards, el ingeniero de puentes, era hijo de un modesto labrador en Eglwysilam, en la Gales del Sur; y Brindley, el ingeniero de canales, era hijo de un agricultor de Tunstead, en el ex-

tremo noroeste de Derbyshire. Smeaton crióse en la casa de campo de su padre, en Austhorpe, cerca de Leeds. Rennie era el hijo de un agricultor en el Lothian oriental, y Telord nació y se crió en una cabaña, cerca de la laguna de Estkdale; en tanto que Jorge Stephenson, hijo de un obrero, vió por vez primera la luz en una casita de campo en Wylam, á orillas del Tyne. Pero el genio no tiene descendencia ni casa solariega y surge lo mismo en la cabaña del aldeano que en la choza del pastor.

Es lógico esperar que los muchachos criados en el campo se distingan en la historia natural, pues su vida se identifica con la existencia al aire libre. Ven y observan, conocen los hábitos de los pájaros, las abejas, los insectos y otros animales. La notabilísima obra *Historia natural*, de Selborne, fué el resultado de la inmediata observación de un hombre rodeado por las silenciosas influencias de la Naturaleza. Pasó toda su vida en el campo. El profesor Henslow, viviendo sus primeros años cerca de Rochester se llevó á su casa un hongo tan grande como él; hallábase, casi siempre, rodeado de ejemplares de orugas, dibujos de insectos y disecciones de pájaros ó animales, para su especial y exclusivo entretenimiento. Hombres como éstos, aunque perfeccionan su obra en el campo, su misma fama les lleva á terminar su vida en las ciudades. Buffón, sin embargo, hasta el fin, prefirió la vida en medio de la Naturaleza, en su casa de campo de Montbar, donde se puede ver aún su estudio, situado en una elevada galería, en el rincón más apartado de su jardín.

Los hombres que han tenido más influencia en su época y han marcado su huella sobre su propia generación y las venideras, han sido, en su mayor parte, criados en la soledad. (1)

Tales fueron Wicklef, Lutero, Knox, San Ignacio de Loyola, Latimer y Wesley.

---

(1) Lacordaire observa: «La soledad nos une tanto como la multitud nos aisla. Esta es la razón por que hay tan poca intimidad verdadera en el mundo, mientras que los hombres acostumbrados á vivir en la soledad suelen tener afectos profundos. Yo no he vivido en medio del mundo, y con dificultad puedo tener confianza en los que viven en un mar en que las

Oliverio Cromwell ocupóse en empresas agrícolas, hasta cerca de los cuarenta años; y Wáshington, nacido y criado en Virginia, al llegar á la juventud, fué encargado de la vigilancia de inmensos territorios salvajes é inhabitados, en los valles de los montes Alleganys. Esta soledad no es obstáculo para la cultura; por el contrario, concentrando el ánimo en sí mismo, puede hasta convertirse en estimulante, como lo demuestra el notable ejemplo de Alejandro Murray, profesor de lenguas orientales en la Universidad de Edimburgo; el reverendo Juan Brown, autor del *Self Interpreter Bible*; Jacobo Ferguson, el astrónomo, y Jacobo Hogg, autor del *The Queen Wake* (*La Velada de la Reina*), estuvieron, en su infancia, dedicados á la solitaria ocupación de apacentar ganados en los matorrales de Escocia.

Sir Benjamín Brodie, en sus solitarios paseos por las llanuras del Wiltshire, siendo niño, adquirió los hábitos de reflexión que compensaron, con exceso, las desventajas de su aislamiento de la familia. «El desierto— »dice,—es el lugar adecuado para los descubrimientos. »En la relativa soledad del campo el hombre es mucho »más observador, tiene más dominio de sí mismo y se »halla más dispuesto á seguir la percepción de nuevas »verdades.» Cuando Jénner descubrió el poder de la vacuna como preservativo de la viruela, en su aldea nativa de Gloucestershire, y luego que su fama llegó á ser europea, un amigo que le visitaba le instó á que se fijase en Londres. Pero él era aficionadísimo al campo y rehusó abandonar su pueblo nativo. Cuando el visitante le pidió que le mostrase el anillo con un diamante, que le había enviado el Emperador de Rusia, Jénner le contestó: «Mejor es que se venga usted y demos un »paseo por el jardín oyendo el monótono zumbido de los »escarabajos.»

Las *Señales de Lluvia*, de Jénner, contienen un significativo ejemplo de la solidez y agudeza de sus obser-

olas se empujan unas á otras, sin que ninguna llegue á tener consistencia. Lo mejor de los hombres se pierde con el roce incesante, que al paso que borra las asperezas del alma, destruye su energía para formar fuertes amistades. Creo que la soledad es tan necesaria á la amistad como lo es á la santidad, al genio ó á la virtud.»

vaciones, que nadie hubiera podido adquirir en la ciudad, acerca de las plantas, flores, pájaros y animales, relativas á la mutación de tiempo.

El doctor Arnold era gran aficionado al campo, á sus árboles, sus vallados, sus praderas, sus lagos y sus montañas. Cuando se mudaba de una casa á otra, cuidábase de llevar consigo retoños de los grandes saúcos de las tierras de sus padres, y los plantó, sucesivamente, en Laleham, Rugby y Foxhow. Su corazón se dilataba en dichos parajes, que se convertían, por algún tiempo, en el centro de su mundo. Complacíase en retozar á través de los campos con sus hijos, sintiendo acariciado su rostro por el viento fresco, cogiendo flores silvestres y encontrando nidos de pájaros. Su alegría manifestábase ruidosamente al cruzar vallados y saltar fosos. Pero su mayor deleite era vivir en su casa de Westmoreland, en Foxhow. «Aquel lugar se hallaba gra»bado en mi memoria—dice,—como una visión de be»lleza de unas vacaciones á otras.» Comprendía que nunca podría descansar en ninguna otra parte, cuando viajaba. «Si me detenía más de un día en el más bello »sitio del mundo, esto aumentaba mi ardiente anhelo »de ir á Foxhow.» El aire de las montañas renovaba también su actividad para el trabajo, que era siempre en él una pasión. «Hemos estado aquí—escribe á un »amigo,—más de tres semanas y, como ocurre siempre, »este lugar me ha proporcionado siempre un descanso »completo, aunque nunca he trabajado más, pues he he»cho seis de mis discursos, sin contar una extensa co»rrespondencia.» Esperaba con fundamento que, cuando muriese, sus huesos irían al cementerio de Grasmere, á reposar bajo los tejos que plantó Wordsworth, arrullados por el murmullo del río Rotha. Mas aconteció de otro modo, y los restos de aquel gran trabajador descansan, con mucha más propiedad, en medio de las escenas de sus nobles trabajos, en Rugby.

Wordsworth vivió, asimismo, cerca de Foxhow, en Rydale, á la orilla opuesta del Lago de Grasmere; mientras que Southey vivió en Greta Hall, cerca de la costa norte de Derwent. A Southey no le agradaba vivir en Londres, cuyo movimiento le ponía nervioso, le fasti-

diaba y le cansaba. No descansaba mientras se encontraba allí, y hasta en la sala de lectura del *British Museum*, su ánimo se sentía perplejo por la verdadera multitud de sus recursos y la distracción de sus enormes medios de trabajo. Podría creerse, naturalmente, que Sidney Smith, por sus cualidades de sociedad y su ameno trato, sería más bien un hombre de la ciudad que del campo. Sus amigos juzgábanle como un hombre desterrado, durante los años que ejerció un curato en la pequeña aldea de Salísbury Plain, y más tarde, cuando fué rector en Foxton-le-Clay, en Yorkshire. Mas fué una suerte para el mundo de los lectores el que Sidney Smith se viese en la necesidad de pasar tantos años de su vida en la soledad del campo. De otra manera, sus grandes facultades hubieran podido esterilizarse en medio de las reuniones de la ciudad, en las brillantes conversaciones de sobremesa, y en ese caso el mundo no hubiera poseído, probablemente, sus honrados, sanos y poderosos escritos.

En Foxton-le-Clay, Sidney Smith era, al mismo tiempo, cura, agricultor, jardinero, doctor, juez de paz y colaborador de la *Revista de Edimburgo*. Escribiendo á su amigo Jeffrey, respecto de su retiro, decía: «Vivien»do mucho tiempo solo, como ahora sucede, me co»rregiré de mis faltas, según creo, porque el hombre pue»de obrar, sin la aprobación de su conciencia, cuando »está en numerosa compañía, pero debe hacer grandes »esfuerzos para obtenerla cuando vive solo: á no ser »por esto, estoy seguro de que la soledad no podría so»portarse.» Por lo demás, Sidney Smith hizo, en Foxton-le-Clay, mucho más que escribir artículos para la *Revista de Edimburgo*. Con respecto á sus ocupaciones agrícolas, escribe lo que sigue uno de sus visitantes: «Para no perder tiempo, dirige los trabajos desde su »puerta, con una tremenda bocina, cuyo compañero ade»cuado es un telescopio pendiente de una correa, para »observar los trabajadores. El mismo espíritu prevalece »en su jardín y en su granja; por todas partes se echan »de ver el ingenio y la originalidad. Y á propósito de »singularidad, ¿qué es ese armatoste en forma de má»quina en medio del campo?» — «Ese es mi Rascador

»universal. Es una máquina dispuesta de manera que »todo animal, desde el cordero al becerro, pueda frotar»se ó rascarse con la mayor facilidad y deleite.» Durante los diecinueve años que el reverendo Sidney Smith habitó en Foxton-le-Clay, escribió treinta y ocho de sus mejores artículos para la *Revista de Edimburgo*. El último, acerca de las pretensiones de la Iglesia católica, lo escribió el año antes de ser presentado para un canonicato en la catedral de Brístol, por el lord canciller Lyndhurst. Más tarde fué nombrado, por lord Grey, canónigo en la catedral de San Pablo, en Londres. A partir de esta época, hizo las delicias de numerosos círculos; sin embargo, su espíritu volvía, con frecuencia, á la feliz, laboriosa y útil vida que había hecho en su curato de Yorkshire.

A la soledad en que la naturaleza de Carlyle se educó en los primeros años, debe atribuirse mucha parte del genio característico de su edad viril. Nació en una solitaria casa de campo, en Dumfriesshire, y luego de ir, según costumbre, á la escuela rural, pasó á Edimburgo, donde hizo cortos estudios. Echó allí los cimientos de su vida literaria, aprendió merced á su propia energía, á leer correctamente casi todas las lenguas cultas, y cultivó casi todas las materias y ciencias. De la enseñanza privada pasó á traducir y, por último, á escribir obras originales. Durante unos siete años, después de su matrimonio, vivió Carlyle en Craiggenputtock, una aislada casa de campo en medio de las lagunas de Nithsdale. Allí fué donde Emerson le descubrió, en su visita á Inglaterra en 1833. Al llegar á Dumfries, Emerson notó que Craiggenputtock se hallaba á quince millas de distancia. «No pasaba—dice,—ningún carruaje público; »así es que tomé un carruaje particular en la posada. »Encontré solitarias colinas de brezos, donde el solitario »profesor nutría su poderoso corazón. Pocos eran los »objetos que le rodeaban, y como vivía solitario, no te»niendo una persona con quien hablar á quince millas »en contorno, excepto el ministro de Dunscore, los li»bros eran, inevitablemente, su único recurso...» El tenía siempre fija la atención en Londres, en concepto de profesor: «Londres—decía,—es el corazón del mun-

»do, maravilloso, aunque solamente sea por su aglome»ración de seres humanos.» (1)

Londres le absorbió al poco tiempo, pero sólo cuando él hubo alimentado y formado su espíritu en medio del profundo silencio de sus colinas nativas. Monsieur de Lavergue, en su notable obra *La Economía rural en Inglaterra, Escocia é Irlanda*, hace notar que las novelas inglesas del siglo XVIII están llenas de alabanzas de la vida del campo. «En tanto que Francia—»dice,—se hallaba ocupada con las historias de Voltaire »y las novelas de Crebillón el joven, Inglaterra leía *El »Vicario de Wakefield, Tom Jones y Clarisa.*» Goldsmith, describiendo á míster Primrose, dice: «El héroe »de esta obra reune en sí los tres más grandes caracte»res de la tierra; es sacerdote, esposo y padre de fami»lia.» Este pensamiento comprende el ciclo de ideas peculiar á Inglaterra protestante y agrícola. La novela entera es, solamente, un comentario de la misma. Es una pintura de la vida interior de la familia de un pobre clérigo.

En el mismo capítulo, monsieur de Lavergne trata de demostrar que la afición á la vida del campo ha sido siempre una señal característica del pueblo inglés, que heredó tal afición de sus antepasados sajones y normandos. En las naciones de origen latino, la influencia de la Roma imperial imprimió un carácter muy distinto. En ellas demostróse, desde muy temprano, la afición á la vida de la ciudad. Los romanos abandonaron á los esclavos el cultivo de los campos; y todos los que anhelaban distinguirse iban á parar á la ciudad. El nombre de aldeano, *villicus* (de donde vino el de villano), ó de *paganus* (de donde se derivó pagano), eran términos de desprecio; en tanto que el nombre de *urbanitas* (condición del que habita en la ciudad), se asociaba á la idea de elegancia y cortesanía. Los modernos latinos consideran todavía el campo como una especie de destierro y desean vivir en la ciudad por su gusto, por afición á la sociedad; por ganar dinero, ó, también pudiera ser, por goce intelectual. El inglés es menos sociable que el hom-

(1) Emerson's. *English traits*, cap. I.

bre de origen latino: aún conserva algo de su temperamento nativo. Le agrada vivir en apartados y agrestes sitios, en solitarias granjas, donde goza de la sociedad de su mujer y de sus hijos; le repugna, como al sajón, el encerrarse dentro de los muros de la ciudad, porque el aire libre constituye su elemento natural.

Mientras que Goldsmith expresaba su afición al campo en el *Vicario de Wakefield*, el *Viajero* y la *Aldea abandonada* otros muchos novelistas y poetas manifestaron una tendencia idéntica. Las novelas de Fielding y de Smollett, lo mismo que las de Jorge Elliot y míster Gaskell, están llenas de la fresca brisa del campo. Walter Scott fué, principalmente, un muchacho del campo, en sus hábitos, lenguaje, espíritu y carácter. La primera vez que se dió cuenta de la existencia, fué en la granja de su abuelo, en Sandyknowe, y allí empleó muchos de los años de su juventud, impregnándose en ese amor al campo y á la vida campestre que jamás le abandonó. En Kelso, á orillas del Tweed, fué donde dijo: «Puedo trazar distintamente el despertar de este »precioso sentimiento por las bellezas de los objetos na»turales que nunca se han separado de mí.» Su amor al campo, á las colinas, á los valles y á los matorrales, llegó á ser una pasión. «Si yo no llego á ver los brezos una vez al año—dice,—creo que me moriré.» Escribía acerca de su casa de campo en Abbotsford: «Mi cora»zón se apega al sitio que yo he creado; casi no hay »un árbol que no me deba su existencia.» El amor de Scott al campo llevó á Escocia visitantes de todas las partes del mundo, pero, especialmente, de América. Su *Dama del Lago*, *Waverley*, *Rob Roy* y otras novelas escocesas han atraído, en efecto, incesantemente, gran número de turistas hasta Abbotsford, Loch Katrin y el campo de Rob Roy, cerca de la fuente del lago Lomond. La pluma de Scott ha obrado como una varita mágica, haciendo surgir diligencias, barcos, caminos, ferrocarriles é innumerables hoteles para comodidad de los viajeros, en medio de lo que antes era, simplemente, una soledad montañosa.

Byron no pasó tanto tiempo en el campo: sin embargo, hasta el fin sintió la influencia de las salvajes

perspectivas de las montañas de Escocia, en medio de las cuales se crió siendo niño. Richter, en su autobiografía, cuando habla de la importancia del lugar del nacimiento, dice: «No es bueno que nazca el poeta y »se críe en una capital, sino mejor en una aldea, ó, cuan»do menos, en una ciudad pequeña. La superabundan»cia y fascinación excesiva de una gran ciudad, constitu»yen, para un alma joven, delicada y excitable, un fes»tín á los postres, una embriaguez de bebidas espirituo»sas ó un baño en vino caliente. La vida se agota en él »durante la juventud; y después de lo más grande, »no le queda otra cosa que desear sino lo que es mucho »más pequeño, es decir, la aldea.» El lugar de nacimiento de los poetas ha sido, realmente, con más frecuencia, un pueblecillo ó una aldea, que una ciudad.

Shakespeare nació en un verdadero distrito rural, y vivió en él hasta llegar á la edad viril. Entonces abandonó su pueblo natal para ir en busca de fortuna á las grandes ciudades. Nada sabemos de los primeros años de Shakespeare; pero es fácil deducir de sus obras que debió pasar mucho tiempo en el campo, y ser un observador exacto de la Naturaleza. «Rara vez—dice Car »los Knight,—es lo que se llama un poeta descriptivo, »pero las imágenes de las praderas, de los bosques, de »los valles y de los cerros, de los espesos bosques, de los »tranquilos paseos á orillas de los graciosos ríos, reflejos »de las perspectivas de su pueblo natal, resaltan sin es»fuerzo sobre sus demás escritos. Todas las ocupacio»nes de la vida campestre se hallan estudiadas y perso»nificadas en su verdadero carácter. Las más curiosas »particularidades de las costumbres de los seres infe»riores de la creación están expresadas con un solo to»que. Vemos á la corneja echar su último vuelo de la »tarde hacia el bosque; oímos el monótono zumbido del »alado escarabajo. El trenza todas las flores del campo »en su delicada guirnalda, y aun llega á explicar los más »delicados misterios del arte del jardinero. Todo esto pa»rece hijo de una facultad instintiva. Su poesía, en tales »casos, como en otros grandes puntos esenciales, imita »las operaciones de la Naturaleza misma. Nosotros no »vemos su trabajo. Mas podemos estar seguros, á juz-

»gar por las circunstancias exactas de sus manifestacio-»nes tan accidentales y tan espontáneas, en sus relacio-»nes con toda la Naturaleza externa y con la vida del »campo, que todo ello está fundado en la observación »muy temprana y muy cuidadosa.» (1)

Hasta existen tradiciones que pintan como cazador furtivo á Shakespeare, que ya por afición á este deporte, ó ya por ganar dinero, solía cazar en los cotos de sir Tomás Lucy. No obstante, puede ser, según se deduce de las obras de Shakespeare, que le fuesen familiares todos los deportes de la montaña, y que participase de ellos legalmente ó de otra manera. En su primer poema *Venus y Adonis*, «el primero de su invención»—según él dice,—describe una caza de liebres con la mayor viveza. Verdaderamente, no hay nada superior á tal descripción. La afición del poeta al campo persistió durante toda su vida. Cuando hizo fortuna en Londres, como director de teatro, volvió á Stratford-on-Avon, para emplear y terminar sus días en medio de las escenas de su juventud, y sus huesos descansan hoy bajo el coro de la iglesia de su pueblo.

Shenstone, Cowley, Cowper, Goldsmith, Burns y Thompson, fueron niños campesinos. ¡Qué exquisitas pinturas de la vida rural, llenas de Naturaleza y belleza les debemos! Pero Wordsworth fué, acaso, más que ninguno de ellos, hijo del campo. Nacido y criado á orillas de un lago, en un distrito montañoso, su alma sintióse impresionada, desde muy temprano, por los objetos que le rodeaban. Perezoso en la escuela, y con predisposiciones para la soledad, lo dejaban vagabundear á su capricho. Pero él hallaba compañía en la Naturaleza, que llegó á ser su mejor maestro. Sus poemas son, en su mayor parte, vívidos reflejos de las escenas y de la gente que le rodeaban. Su culto de la Naturaleza llegaba casi á constituir una religión. La sonora catarata le exaltaba como una pasión y los bosques éranle necesarios. El espíritu de Wordsworth, solitario rey de las rocas de Cumberland, se pasea aún en el distrito en que vivió; y Grasmere, Rydal, Mount y Keswich,

(1) C. Knight. *Life of Shakespeare*, pág. 134.

han llegado á ser parajes clásicos en los paisajes ingleses. ¡Cuántos lugares han sido consagrados por nuestros poetas campesinos y son principalmente recordados por estar relacionados con sus nombres! Así, Shakespeare se ha identificado con Stratford-on-Avon; sir Felipe Sidney con Penshurst; Wáller, Burke y Disraeli, con Beaconsfield; Pope, con Twickenham; Cowper, con Olney, Shenstone, con Leasowes; Thompson, con Richmond, donde escribió *Las Estaciones;* (1) Burns, con Alloway Kirk; Scott, con Abbotsford; Wordsworth, con Rydal Mount, y Byron, con Newstead Abbey.

El campo ha ejercido, de igual modo, gran influencia sobre los hombres nacidos y criados en las ciudades. Si bien Milton nació en Bread Street, acariciado por el ruido de las campanas de Santa María de Bow, y fué un prisionero de la ciudad la mayor parte de su existencia, no dejó, por eso, de amar la Naturaleza, y pintó sus aspectos y sonidos con radiantes colores. Johnson dice que Milton veía á la Naturaleza á través de los anteojos de los libros, pero es mucho más probable que la vió con sus propios ojos. Londres no era, en su época, lo que es hoy, una provincia cubierta de casas, sino una ciudad de moderada extensión, rodeada de verdes campos. Entre los muros de la ciudad é Highgate, había una dilatada extensión de bosques con verdes caminos, que se extendían en todas las direcciones. Al lado acá del Strand había verdes campos y parques. En verdad, no hace mucho tiempo que se podían cazar gallos

(1) Elihu Burrit, americano, dice lo siguiente de Richmond en su obra *Walk from London to Land's End:* «De todos los recuerdos que una ciudad ó localidad adquieren y conservan, ninguno hay tan expresivo y lleno de vida como el gran recuerdo de algún hombre á quien el hombre venera ó admira, que haya nacido en su seno ó haya producido alguna obra inmortal, que deja como una semilla eterna en el ánimo de todas las generaciones siguientes. Me encuentro sobre la colina de Richmond, y veo allá abajo la ciudad que domina el río. —¿Quién es usted?—Soy americano, un hombre de Nueva Inglaterra, de un centro culto en medio de un pueblo culto. — ¿Cómo ha sabido usted que había un sitio denominado Richmond, y ha venido usted á él? — *Las Estaciones*, de Thomson, fueron el primer libro de versos que leí, y lo leí y releí muchas veces cuando era aprendiz y llevaba un mandil de cuero. Lo leí á la luz de la fragua, al resplandor del hogar en la chimenea, abierto entre el polvo del carbón, y saboreaba lentamente sus bellezas, mientras el hierro estaba ardiendo y saltaban chispas por todos lados. Y Thomson vivió, y pensó, y escribió aquí, y puso á Richmond en sus *Estaciones.*»

silvestres en los campos que hoy cubre Regent Street. Además, Milton pasó algún tiempo en Cambridge. Residiendo allí escribió, á los veintiún años, su gran himno de la *Natividad;* y luego que dejó la Universidad, fué á casa de su padre, en Horton, en Buchinghamshire, donde escribió sus *Arcades*, *Como* y *Lisidas*, así como también, probablemente, *L'Allegro* é *Il penseroso*, todos llenos del aroma y de la atmósfera del campo. Hay ciertos pasajes en *L'Allegro* que sólo pueden haber sido escritos por un poeta que hubiese vivido mucho en el campo. Que Milton deleitábase en sus excursiones campestres, se deduce de su epístola á Deodati, un amigo suyo italiano, escrita en Londres, en la cual dice:

«No siempre he vivido encerrado en el hogar; pero cuando la primavera me llama á vagar, se espacia mi ánimo á la sombra de nuestros altivos olmos que ningún rayo de sol logra penetrar.»

Por lo demás, no puede ser juzgado este asunto desde dos puntos de vista diferentes. Míster Ruskin, por ejemplo, atribuye su admiración por la Naturaleza á la circunstancia de haber nacido en Londres. «Me acostum»bré, durante dos ó tres años, á no ver otra cosa sino »paredes de ladrillo á mi paso.» De aquí la intensa alegría, mezclada de respeto, que sintió en Cumberland, al admirar los lagos y las montañas. «Aunque pude siem»pre ser dichoso en medio de una existencia tranquila, »la belleza de las montañas agregaba á aquel cambio »de vida un encanto nuevo que no hubiera podido sen»tir un joven educado en el campo.»

Esta fascinación misma debió tener lugar en el ánimo de Keats, que, aunque criado por completo en una ciudad, era una de las naturalezas más entusiastas y uno de los más delicados poetas descriptivos. Hydon, el pintor, que lo conoció íntimamente, dice que: «Keats es»taba en el campo en su gloria: el zumbido de las abe»jas, (1) la vista de las flores, el brillo del sol, parecían

(1) Milton habla de «la obscuridad visible», y Keats, en el pasaje que sigue, habla de los rumores del silencio:

«Todo puede oirse, desde el sauce que se mira con calma en la corriente que se desliza sinuosa á sus pies, hasta la tranquila muchacha que no hace el menor movimiento, la brizna de hierba que se agita, el mosquito que zumba, la abeja que aletea en la campanilla azul, y el pajarillo que se desliza ligero entre la hojarasca y las ramillas.»

»conmover su naturaleza; entonces centelleaban sus »ojos, sus mejillas tornábanse rojas y temblaban sus la»bios.» Ninguno conoció mejor que Wordsworth, ni mostró de un modo tan poderoso, lo intenso de las impresiones juveniles. Coleridge dice que las escenas de su niñez estaban tan profundamente grabadas en su ánimo que, cuando en un hermoso día de verano, cerraba los ojos, corría murmurando por su habitación el río Oter con el suave murmullo de sus ondas, su puentecillo de tablas, con los sauces de su margen y la colorada arena de su lecho. Keats no presenta ninguna de estas asociaciones de ideas, pero llega á elevarse á ellas mediante la intensa observación y la imaginación poética. Nosotros no esperamos del campo solamente los productos del genio, sino también huesos y músculos que proporcionen á la nación fuerza y salud. Deseamos tener hombres robustos y fuertes para defender nuestro suelo y nuestros hogares cuando sea preciso. ¿Y dónde podemos hallarlos sino en el campo, entre los brezales, en las colinas y en las montañas? En el campo es donde encontramos hombres bien conformados, á propósito para trabajos pesados y diestros para los trabajos manuales. Todos los intereses, servicios y empresas de la vida civilizada, dependen de semejantes hombres, que pelearon en Crecy, Azincourt y Poitiers; eran campesinos, pero caballeros ingleses. Cuando la poderosa armada española invadió las costas de Inglaterra, en tiempo de la reina Isabel, el ejército de Su Majestad componíase de señores rurales, colonos y trabajadores del campo, y su flota estaba formada, en su mayor parte, por barcos costeros al mando de Drake, hijo de un obscuro propietario rural, y, según otros, de un trabajador del campo. Cuando, en el período siguiente de nuestra historia, intentó Carlos I una expedición, que de no haber sido contenida nos hubiera podido reducir á un estado peor que el despotismo oriental, encontró resistencia en los nobles ingleses del campo, seguidos de los colonos y trabajadores. De la misma clase procedían los soldados nervudos y musculosos que ganaron la victoria de Blenheim y humillaron, en Waterlóo, al conquistador de Europa. Las brigadas irlandesas y escocesas obtuvieron

gloria idéntica, en las campañas de Inglaterra. Mil seiscientos hombres de la pequeña isla de Skye, azotada constantemente por las tempestades, figuraron en Waterlóo, junto á los heroicos regimientos de Irlanda y de Escocia. Pero hoy existen muy pocos de estos hombres. Los robustos reclutas que, vestidos de soldados, combatieron por la nación en la India, en la Península y en los Países Bajos, han desaparecido casi por completo. Unos han emigrado de Irlanda á América ó á las colonias, otros se han refugiado en nuestras ciudades y centros manufactureros. En las montañas de Escocia se pueden ver las ruinas de sus viviendas y restos de techumbres; mas los hombres se han ido para siempre y no volverán. Los primeros señores escoceses necesitaban sus campos para la cría de ganados; luego vieron que les resultaba más provechoso criar gamos. Muchos ricos se vanaglorian hoy de poseer bosques de caza en Escocia. ¡Cuán poco conocen lo mucho que cuesta á la nación el satisfacer este capricho! Un *sportsman* americano posee bosques de caza de un mar á otro, desde el mar del Norte hasta el Océano Atlántico — ¡otro triunfo de la democracia! Lo mismo acontece en las tierras bajas. El trabajo agrícola es hecho, en su mayor parte, por máquinas; pero no es esto todo. La mayor parte de nuestra alimentación nos viene ahora de fuera, de Rusia y, principalmente, del noroeste de América. Y mientras ellos se protegen á sí mismos contra nuestras manufacturas, nosotros les dejamos introducir en nuestro país las suyas libres de derechos.

La más esencial de las industrias inglesas se halla en vías de arruinarse. Cada año vemos quedar inculta una gran parte de nuestros antes fértiles campos. De aquí la desaparición del colono agrícola y, como consecuencia, la del trabajador del campo. Unicamente quedan en él los incapaces. Las casas de campo en aldeas y pueblos caen al suelo para no servir más de abrigo y disminuir así el impuesto de los pobres. Si estallase una guerra—toda Europa está hoy armada hasta los dientes—tendríamos que combatir por nuestro mantenimiento en el mar, mas nadie puede decir de dónde sacaríamos soldados y marineros.

No podemos encontrarlos en las provincias de Escocia, cuyos valles se hallan despoblados. No podemos encontrarlos en Irlanda porque, aunque quisiesen ó no combatir, la población de la misma ha disminuido de ocho á cinco millones en el espacio de cincuenta años. No podemos encontrarlos en los campos de Inglaterra, porque los obreros agrícolas están abandonando su profesión para ir á aumentar la población de las ciudades y agravar la escasez de los empleos. Nos vemos, pues, reducidos á recurrir á nuestras ciudades; pero ¿qué hallaremos en ellas? Hombres capaces de manejar máquinas, y aun de hilar y tejer; hombres más notables por la actividad mental que por el vigor del cuerpo; hombres capaces de soportar sus ocho ó diez horas de trabajo en una atmósfera caliente, pero absolutamente incapaces de ocupar el puesto de los vigorosos montañeses ó robustos campesinos ingleses en la obra de defender á la nación y hasta de pelear por el pan procedente del extranjero. Los hombres de la ciudad pueder ser muy intelectuales y tan susceptibles de adquirir conocimientos, como lo son las esponjas de empapar el agua, mas no son hombres para llevar á cabo trabajos difíciles y pesados en la vida al aire libre.

El doctor Beddoe, un sabio perfecto, hizo una investigación especial acerca de la estatura y de la corpulencia de los hombres en las Islas Británicas, hace algunos años. En su informe insiste en la precisión de mantener la raza inglesa en el más alto grado de fuerza y de energías físicas. «Nervios y músculos—dice,—pue»den no ser tenidos en gran estima entre los pueblos cul»tos; mas desde que Inglaterra es nación, su posición »entre todas las demás ha sido debida, en gran parte, »á estar dotados sus individuos, generalmente, de gran »fuerza y energía físicas; y el día en que, como nación, »nos sobrepujen otros en este respecto, tendremos que »sufrir, no solamente en nuestra posición militar, sino »también en nuestro comercio y en nuestra ciencia.»

El doctor Beddoe dice que puede considerarse como una prueba de que la estatura del hombre ha comenzado á degenerar en estas islas, el hecho importante de

su transformación de agricultores en manufactureros; y asegura que semejante degeneración es hereditaria y progresiva. Es progresiva, porque las poblaciones manufactureras, á causa de sus grandes salarios, beben más y fuman más, al paso que sus descendientes heredan, frecuentemente, tendencias tuberculosas y sifilíticas, que causan, á la larga, degeneración. «Si examinamos—dice »el doctor Beddoe,—una sola raza, á la vez, encontra»remos que siempre que la raza alcanza su máximum de »desarrollo físico, llega al mayor grado de energía y vi»gor moral. Así, el habitante de Oude ó de Penjab, es »tan superior al débil Bengalí en valor y en energía como »en fuerza física. Y viniendo ahora á nuestro propio »país, he probado que la Escocia, en general, el Nort»humberland, el Cumberland, regiones del Yorkshire y »del Cornouailles, son las comarcas de la Gran Bretaña »que producen hombres más robustos y buenos mozos. »Creo que conviene, igualmente, hacer notar que ellos »producen más de lo que corresponde á su parte de ha»bilidad y energía en beneficio de la nación.» (1)

Si las grandes ciudades pueden ser centro de grandes empresas, no pueden serlo de salud y energía. Verdaderamente, las ciudades y centros manufactureros pueden ser considerados como el sepulcro del vigor físico de nuestra raza. El difunto lord Shaftésbury, en uno de los *meetings* de la Asociación de jóvenes cristianos, decía que «el éxodo que se efectúa en nuestros días ha»cia las ciudades es tal, que éstas acabarán por chupar »la sangre vital y la fuerza de los campos.» El difunto Canon Kinsley acostumbraba deplorar la enorme proporción de jóvenes de ambos sexos de baja estatura que veía en las calles de las grandes ciudades, comúnmente encorvados, poco desarrollados y pálidos. El doctor Ferguson, de Bolton, uno de los cirujanos encargados de expedir certificados en el *Factory Act* (inspección del trabajo de las fábricas), ha expuesto la opinión de que

(1) Beddoe. *On the stature and bulk of Man in the Britch isles*, páginas 179 á 185. Véanse asimismo los informes del doctor Beddoe acerca del mismo asunto, leídos en la Sociedad de ciencias sociales, en 1867 y 1871. El doctor Morgán, de Manchester, ha publicado también un folleto sobre *The Degeneracy of Race as exhibited in Town and Country population.*

la mala condición de la salud en su distrito debía atribuirse, en parte, á la intemperancia que se suma como elemento adicional al carácter sedentario de la vida de los trabajadores de las fábricas. También puede atribuirse, en gran parte, al hábito de fumar y de mascar tabaco; sin contar que las madres, en lugar de alimentar á sus hijos con leche, los alimentan con te y café.

Hay, por lo demás, algo más que decir en favor de las ciudades. Los hombres son sociables y simpáticos; desean no solamente el placer, sino también la cultura. Los medios que permiten al hombre sacar beneficio del frecuente trato con sus semejantes, son numerosos. La ciencia y la literatura tienen su centro en las ciudades. «El hombre—ha dicho el doctor Guthrie.—alcanza su »más elevada condición en medio de las influencias de »las ciudades populosas. Su entendimiento recibe su ma»yor pulimento donde el oro y la plata lo pierden, em»pañados por el penetrante humo y por los deletéreos »vapores de la ciudad. Las más delicadas flores del ge»nio se han desarrollado en una atmósfera en que las »flores naturales manifiestan tendencias á ajarse y lle»gan difícilmente á su madurez. Las facultades menta»les adquieren su plena robustez, al paso que las mejillas »pierden el color sonrosado y los miembros la elastici»dad, y surgen los pensamientos bajo las frentes pálidas, »y el vigilante nocturno, cuando hace su ronda, ve ar»der la lámpara del estudioso hasta las altas horas de la »noche.»

Es cierto que las estadísticas demuestran que, merced á los progresos de la higiene, se ha aumentado la longevidad de los hombres de la ciudad, en mucha proporción, durante los últimos años. La estadística de mortalidad en Londres ha disminuido mucho, sobre todo en proporción con las otras ciudades del continente; y eso á pesar de que los habitantes respiran un aire menos puro, y tragan gran cantidad de humo y niebla. En general, la mortalidad es mayor cuando la gente vive aglomerada en menor espacio. Para valernos del lenguaje del doctor Farr: «Cuanto más cerca vive la gente entre sí, más corta es su vida.» En la época

presente se ha probado que hay cien habitantes en el campo por ciento noventa y nueve en las ciudades inglesas. El doctor Johnson, aunque natural de Lichtfield, era muy aficionado á Londres y á la vida de la ciudad. Se hallaba en sus glorias en Bolt Court. Cuando estaba de mejor humor, solía decir á Boswell: «Ven»ga usted, amigo mío, demos un paseo por Fleet Street.» —«¿Por qué, amigo mío? Fleet Street tiene una aparien»cia muy animada, pero me parece que la verdadera »afluencia de seres humanos se halla en Charing Croos.» —«Londres—decía,—no es nada para algunos; mas pa»ra el que ama los placeres de la inteligencia, su verda»dero sitio es Londres.»

En otra ocasión dijo: «La ciudad es mi elemento: »allí están mis amigos, mis libros y mis diversiones... »Cuando sacan á un hombre de Londres, es lo mismo »que si le sacaran de la vida; porque en Londres se en»cuentra todo lo que la vida puede proporcionar.» Sir Josué Reynolds era tan aficionado á Londres como Johnson, y aseguraba constantemente que, según Malone, era el único punto de Inglaterra donde se podía encontrar una sociedad agradable. Aunque Reynolds tenía una casa de campo en Richmond, casi nunca pasaba en ella la noche, diciendo que el rostro humano era su paisaje, y que no quería sacrificar el tumulto de Londres por ninguno de los paisajes suburbanos. Mas el londinense por excelencia fué Carlos Lamb. Era esencialmente metropolitano por carácter. Había nacido en Londres, y habitó en él durante su infancia y su edad viril. Amaba á Londres, sus calles, sus sonidos y sus olores. Paseaba con placer entre los viejos puestos de libros y se detenía ante los escaparates. Su vida entera, intelectual y social, se hallaba arraigada en Londres. No sólo admitía el que le llamasen desocupado, sino que se vanagloriaba de ello. Mientras Walter Scott decía, que si no veía los brezos una vez al año creía morir, Carlos Lamb decía: «Necesito contemplar la pers»pectiva de Fleet Street, pues, si no, se apoderan de »mí el tedio y la languidez. No demos oído á los poetas »mentirosos que quieren arrancar á los hombres del »animado bullicio de las calles. Yo pondría en ellas mi

»tabernáculo.» En cierta ocasión, Wordsworth indujo á Lamb á visitarle en su montañosa morada en Westmoreland. Lamb fué, se alegró de la visita, pero no fué enteramente feliz hasta que volvió á Londres y á la dulce seguridad de las calles. Escribiendo á Wordsworth á su regreso, decíale: «Fué un día que pesará sobre mi »vida como una montaña. Fleet Street y el Strand son »los mejores sitios para vivir, no solamente en cuanto »á comodidad, sino en cuanto á todo. Yo no podría vi»vir en Skiddaw.» Escribiendo á Wordsworth en otra ocasión, acerca de su apego á Londres, dice Lamb: «Varias cosas preocupan mi ánimo: el aposento en que »nací; la biblioteca que me ha seguido por todas par»tes como un perro fiel (al que sólo excedo en conoci»mientos); las sillas viejas, los viejos cuadros, las pla»zas donde tomaba el sol, y mi antigua escuela. Tales »son mis queridas. Ya tengo suficiente sin necesidad de »vuestras montañas.»

Muy distinta fué la impresión de un señor montañés, de Escocia, durante su visita á Londres. Era el orgullo de su valle nativo, y se hallaba acostumbrado á la adoración de su *clan:* «¡Qué pensarán del señor cuando le vean en Londres!» Desgraciadamente, su vista no hizo sensación; el poderoso jefe llamó menos la atención que un cochero ó que el conductor de un coche de cerveza. «¿Qué?—preguntáronle al volver á su »valle nativo.—«¡Oh! — dijo, — Londres se hallaba en »la mayor agitación durante mi permanencia.» Lo que impresiona tan poderosamente el ánimo es la grandeza, la impasibilidad y aparente confusión del poderoso Londres. Heine, el poeta alemán, la vió de modo distinto que el jefe escocés. «He visto—dice,—la mayor mara»villa que el mundo puede mostrar á un espíritu atónito; »la he visto, y estoy aún asombrado; todavía se halla »fijo en mi memoria el bosque de piedra de sus edificios, »y entre ellos el continuo ir y venir de semblantes hu»manos animados por todas las pasiones y todos los »terribles impulsos de amor, de odio y de hambre. Tal »es el Londres que yo me represento. Enviad á Londres »á un filósofo, pero no enviéis de ningún modo á un »poeta. Enviad allá á un filósofo, y colocadlo en la es-

»quina de Cheapside, donde aprenderá mucho más que »le pueden enseñar todos los libros de la antigua feria de »Leipzig. Mientras todas las olas de la vida humana »mugen á su alrededor, surge en su interior un mar de »nuevos pensamientos, y le envía su inspiración el es»píritu que flota sobre la superficie de las aguas, reve»lándosele, de súbito, los más profundos secretos de la »armonía social. Allí oirá latir el pulso del mundo; y »casi lo verá palpablemente.»

Esta agitación evidente de todas las cosas, esta gigantesca uniformidad, este movimiento semejante al de una máquina, esta turbación del espíritu, aun en medio del placer mismo, este Londres lleno de exageración, despierta el corazón y abruma el entendimiento. El londinense, nacido y criado en medio de semejantes cuadros, no se da cuenta de ellos. Se ha familiarizado con los mismos durante su vida, y no le impresionan. Puede llegar á ser más vivo y á tener más penetración que el que ha nacido en el campo, mas su espíritu no recibe un impulso permanente; y, aunque puede ser perfecto en su propio terreno, resulta pequeño fuera de él. Conoce poco de la gente entre quien vive, y menos todavía de la gente del campo. De aquí que los principales movimientos, ya políticos, ya sociales, no han tenido su origen en Londres. Por lo común, proceden de provincias. El difunto míster Cobden solía decir, durante la agitación de la Liga contra la ley de los cereales, que lo más difícil fué despertar á Londres. Los londinenses estaban demasiado ocupados con sus negocios particulares para pensar en otras cosas ó para ayudar á las provincias entusiastas. Carlyle, después de su primera visita á Londres, dice de él: «Más que vi»vir en Londres, le he visitado de tiempo en tiempo. »Realmente, no es verdadera vida lo que he visto en »él. El pueblo se halla en Londres como las plantas »en un invernadero, á las cuales no llegan las apacibles »influencias del cielo y de la tierra en medio de su inva»riable estado. Parece que vive uno para siempre en »una posada, pues el sentimiento del hogar, en la ver»dadera acepción de la palabra, es ignorado por la ge»neralidad.»

A semejanza de otras grandes ciudades, Londres atrae á los ánimos emprendedores y enérgicos de todas las partes de la nación. Es el cuartel general de la inteligencia, de la ley, de los negocios y de la especulación. En cada uno de sus departamentos hallamos, en primera línea, hombres procedentes del campo. Nuestros primeros ministros proceden, en su mayor parte, de los distritos agrícolas. Hasta el profesor de Craiggenputtock se vió incidentalmente atraído á Londres y publicó volúmenes y más volúmenes en su casa de Cheyne Walk. (1) Hombres del campo dirigen los periódicos de Londres, sentencian en los tribunales, escriben libros, dirigen ferrocarriles y están á la cabeza de los grandes negocios de la ciudad. Desde la época de Whittington hasta hoy, han disfrutado una gran parte de los honores y dignidades de la ciudad. Tal vez es mayor el número de los hombres procedentes de las provincias que han llegado á la dignidad de lord Mayor (2) que el de los nacidos en Londres, á pesar de todas las ventajas debidas á la educación, á las relaciones de familia y á las influencias de corporación y de vecindad. Hombres procedentes del campo, que han vivido en contacto con el suelo, y se encuentran, por decirlo así, recién salidos del seno de la madre tierra, son, con frecuencia, los más aficionados á Londres y á la vida de la ciudad. Lo aman por sus recursos, por lo fácilmente que allí se abre paso el mérito, por su libertad social, y por la constante variedad de su vida activa. Pueden volver al campo de cuando en cuando y visitarle, mas no vivir en él. Los jóvenes tienen sus días de descanso, y disfrutan de ellos entregándose á todos los deportes, y realizando excursiones por el campo hasta sesenta millas alrededor de la metrópoli. De este modo aumentan la salud física en un grado que ni aun en el campo se ve sobrepujado.

(1) El British Museum, y luego la Biblioteca de Londres, que Carlyle ayudó á fundar, figuran entre las cosas que más le atraían en Londres. El mismo Luis Blanc, para escribir su Revolución Francesa, tuvo que estudiar los *Affiches* en el British Museum, única biblioteca en que existen completos.

(2) Véase Orridge. *Citizens of London, and their rulers.*

IX

SOLTEROS Y CASADOS.—COMPAÑEROS

El amor forma la vida de la mujer en casa y fuera.—SIR S. FERGUSSON.

Es una cadena de oro pendiente del Cielo, cuyos eslabones son brillantes y eternos: cae como el sueño sobre los amantes, y enlaza los ánimos suaves y apacibles con nudos iguales.—GUILLERMO SCOTT.

Pastor, ¿quieres decirme qué es el amor? ¿Es por ventura, esa fuente y ese muro donde descansan el placer y el arrepentimiento? ¿Es quizás esa campanilla cuyo sonido nos conmueve á todos, lo mismo en el Cielo que en el infierno? — Eso es el amor, según he oído. — SIR GUILLERMO RALEIGH.

Al describir varios de los caracteres más importantes de la biografía, no pueden omitirse las relaciones que existen entre hombres y mujeres.

El amor y el matrimonio influyen en el ánimo de un gran número de hombres, proporcionando ayuda y solaz á unos y ruina á otros. «Amamos—dice Virey,—por»que no podemos vivir eternamente: buscamos el amor »á expensas de nuestra vida.» «El amor nupcial—dice »lord Bacón,—forma la humanidad; la amistad la per»fecciona; pero el libertinaje lo corrompe y degrada.» Es indudable que la civilización cristiana ha elevado grandemente la situación de la mujer, y la ha hecho apta para conservar esa virilidad del alma que no conoce sexo. Merced á su influencia, han aprendido esas divinas lecciones de moralidad y de religión que mantienen el reinado de la civilización. En el santuario del hogar doméstico dirige la mujer el mundo, tan bien como si tuviese en sus manos las riendas del Gobierno.

No obstante, muchos hombres y mujeres perma-

necen solteros. Verdaderamente, se ha discutido mucho acerca de qué estado es más favorable á la felicidad y cultura humanas, si el matrimonio ó el celibato. La mayoría, siguiendo sus naturales instintos, se casan; en tanto que otros, como San Pablo, «no teniendo necesidad y siendo dueños absolutos de su voluntad», permanecen solteros: los primeros hacen bien, según el Apóstol, y los segundos mejor. Lord Bacón, que era casado, aunque no era muy dado al amor, dice: «El que tiene »mujer é hijos suministra rehenes á la fortuna, porque »son impedimentos para las grandes empresas, así para »el bien como para el mal.» Ciertamente, las mejores obras y de mayor mérito para el público, han procedido de hombres no casados ó sin hijos, que se han consagrado al pueblo en absoluto. (1)

El hombre soltero es, sin duda, más á propósito para consagrarse con mayor exclusivismo á los trabajos mentales. Es más libre en sus hábitos y costumbres, y se siente menos embarazado por la consideración de los deseos y necesidades de los demás. Al mismo tiempo se priva de lo que proporciona á muchos hombres fuerza y comodidad en la vida, descanso del cerebro y paz del espíritu, y ese alivio consolador que solamente puede hallarse en la cariñosa simpatía y en los consejos de una esposa inteligente. «¿Qué hace un hombre »en la mitad de su vida sin una esposa é hijos á quienes »atender?» No me lo puedo imaginar; porque pienso que las afecciones deben refrenarse y enfriarse tristemente, aun tratándose de los mejores hombres, en su contacto con la gente, según lo que vemos que sucede generalmente en la sociedad. Muchos de los más grandes hombres de genio han sido, sin duda, hombres solteros, pues su pasión por la ciencia ha absorbido todas las demás pasiones. Probablemente Newton jamás conoció el amor, ni siquiera el de la gloria. Dícese que una vez fué á hacer la corte á una señorita, y se puso á fumar. A causa de su distracción, tomó el dedo índice de la señorita para apretar el tabaco en la pipa. Su tentativa amorosa fracasó, como es consiguiente. Es pro-

(1) Bacón. *Essay of Mariage and Single Man.*

bable, también, que la excesiva timidez de Newton, alentada por su vida de retiro y de meditación, le impidiese gozar del trato de las señoras, cuya necesidad no pareció sentir nunca. Hobbes se propuso evitar el matrimonio, al que en cierta ocasión se vió inclinado, á fin de poderse dedicar con más ahinco y actividad al estudio. Adán Smith vivió y murió soltero. Decía que no se mostraba enamorado sino en sus escritos. Chamfort, el misántropo, decía: «Si los hombres consultaran sola»mente la razón, ¿quién querría casarse? Por mi parte »no me casaría, por temor de tener un hijo que se me »pareciese.»

Entre otros ilustres célibes figuran Gassendi, Galileo, Descartes, Locke, Espinosa, Kant, Isaac Barrow, Butler, Bayle, Leibnitz, Boyle, Cavendish, Blak y Dalton. No solamente no hubo ningún instinto sexual en Cavendish, sino que sentía una antipatía mórbida contra las mujeres. Para evitar el ver criadas en su casa, hizo construir una escalera de servicio, y si encontraba una de ellas al pasar de una habitación á otra, era inmediatamente despedida. (1) Su timidez era casi una enfermedad. No permitió jamás que hiciesen su retrato. Si le miraban se ruborizaba. Se alejaba de los extraños, y no podía entrar en una habitación en que hubiera alguien, sin temblar. Por lo demás, era excesivamente frío; un hombre pasivo que carecía, aparentemente, de toda clase de sentimientos. Murió tan impasiblemente como había vivido. Su biógrafo dice de él: «No amó, ni odió, ni esperó, ni temió. Era, casi, impasible, un anacoreta científico.» Indudablemente, este hombre, por otra parte científico, hubiera sido el mejor de todos, si hubiera sido redimido de esta falta de sociabilidad, por la compañía de una esposa llena de afecto. «Verdaderamente—dice lord Bacón en el *Ensayo* an-

(1) Cierta noche, en la Sociedad Real, observamos una bellísima joven que miraba desde una ventana de la opuesta acera de la calle, contemplando á los filósofos durante la comida. Nos llamó la atención, y unos tras otros nos reunimos en torno de la ventana para admirar á la hermosa. Cavendish, que pensó que nosotros mirábamos á la luna, se nos incorporó con su extraño ademán, y cuando se informó del verdadero objeto de nuestro estudio, se volvió atrás con disgusto, y no pudo contener una exclamación de desagrado.—G. Wilson. *Life of Cavendish.*

»tes citado:—la esposa y los hijos son una especie de »disciplina de la humanidad.»

Muchos de los grandes historiadores han permanecido solteros; tales son Hume, Gibbón, Macaulay, Thirlwall, Buckle y otros. Camden estaba tan completamente entregado á sus investigaciones, que prescindió del matrimonio para dedicarse por completo al estudio. Para ser un perfecto historiador se necesita consagrarse en absoluto á esta clase de trabajos, prescindir de toda otra distracción y renunciar á la familia y á los goces domésticos. El biógrafo de Hume cita algunos versos que dice haber sido escritos por él, para demostrar que no fué insensible al amor; pero esto no es suficiente para demostrar que cayese alguna vez bajo el dominio de la pasión. Por el contrario, discutió este tema en sus ensayos con tanta indiferencia, como si se tratase de algún problema de Euclides.

Gibbón estuvo, no obstante, enamorado indudablemente, en cierto período de su vida, y nada menos que de mademoiselle Curchod, hija del pastor protestante de Crassy, más tarde esposa del hacendista Necker y madre de la famosa madama de Staël. Gibbón era, por este tiempo, joven, y residía en Lausana (Suiza), en la época en que el ingenio y la erudición de esta joven constituían el tema de la admiración general. «El relato de »semejante prodigio—dice Gibbón,—excitó mi curiosi»dad; vi y amé... La joven me permitió hacer dos ó »tres visitas á la casa de su padre. Pasé algunos días »dichosos en las montañas de Borgoña, y sus parientes »alentaron estas relaciones. En la calma del retiro se »había visto al abrigo de la vanidad de la juventud; »así fué que la joven dió oídos á la voz de la verdad y »de la pasión, y yo pude lisonjearme de haber causado »alguna impresión en aquel corazón virtuoso.» Cuando Gibbón, que entonces sólo tenía unos veinte años, dió cuenta de su compromiso á su padre, al regresar á Inglaterra, este último se opuso de tal modo á ello, que Gibbón renunció al fin al amor de dicha señorita; de aquí puede deducirse que su amor no era muy ardiente. «Al cabo de una penosa lucha—dice,—me resigné con »mi destino, suspiré como amante y obedecí como hijo.»

Jeremías Bentham jamás se casó; no obstante, en su juventud contrajo unas relaciones á las que permaneció fiel hasta su muerte. Hasta siendo ya anciano, dice el doctor Bowring que veía correr el llanto por sus mejillas, cuando hablaba de éste su juvenil amor en Bowood. A los sesenta años encontró de nuevo á la pretendida y renovó sus instancias; mas el amor no existía sino por su parte, y como ella rehusó, ambos se quedaron solteros. A medida que Bentham envejecía, su amor parecía arraigarse en él con más fuerza; y ya en edad avanzada, dirigió á la señora una conmovedora carta: «Tengo ya ochenta años y dos meses, y »estoy más enamorado que cuando usted me regaló, »ceremoniosamente, una flor en el verde sendero. Des»de aquel día, no he pasado uno solo, prescindiendo de »las noches, en que usted no haya tenido una parte, »cada vez mayor, de lo que yo hubiera anhelado. Po»seo aún el piano en que usted tocaba en Bowood; como »instrumento, aunque no es muy útil, es todavía curioso, »y como mueble, no es feo; ¿quiere usted aceptarlo co»mo legado? Tengo un anillo que tiene dentro algunos »de mis cabellos blancos y mi retrato, que todos en»cuentran muy parecido. A mi muerte recibirá usted »ambas cosas. Si usted llegase á verse necesitada, ya »podría sacar por ello una buena guinea. Espero que »no se avergonzará usted de mí... ¡Oh, qué viejo loco »soy, después de todo, en llenar el papel con estas co»sas!...» Tal vez la señora pensó que Bentham era un viejo loco, como él mismo decía, puesto que su carta no recibió respuesta. Sin embargo, hay que formar una excelente idea de aquel buen viejo peripatético de Queen Square Place, á quien el poeta Wordsworth describe como «un hombre de sangre fría, calculador y egoísta», y se conmueve al leer la revelación de los sentimientos que agitaban lo íntimo de su corazón, mientras se ocupaba en el desarrollo de su sistema de filosofía política.

Ni Pitt, ni Fox, los dos rivales políticos, fueron casados. Pitt, no obstante ser considerado como un hombre de naturaleza fría, tenía un corazón tierno y lleno de afecto. Su vida doméstica era irreprochable. Su alma era pura y elevada. En sus relaciones íntimas mostrá-

base lleno de humanidad. Hemos visto ya en otra ocasión que uno de sus principales deleites consistía en jugar y corretear con los niños. También estuvo á punto de enamorarse profunda y ardientemente. El objeto de su afecto fué lady Leonor Eden, señora de exquisita educación y belleza, que resplandecía en su despejada frente. Estuvo á punto de desgarrar su corazón al despedirse de ella, pero lo hizo por estar convencido de que los lazos de la vida doméstica eran incompatibles con el tráfago de los negocios públicos. El sacrificio le fué dictado por un delicado sentimiento de honor y deber.

Entre los grandes artistas que permanecieron solteros figuran Leonardo de Vinci, Rafael y Miguel Angel. El último dice, hablando de su arte: «La pintura es una »querida celosa que no tolera rival. Me he desposado »con mi arte, y esto me proporciona suficientes cuidados »domésticos. Mis obras serán mis hijos.» Reynolds parece haber tenido la misma opinión, puesto que permaneció soltero por voluntad propia. Cuando oyó que Flaxman se había casado, dijo: «Le digo á usted, Flaxman, que se ha arruinado usted como artista.» No obstante, Flaxman probó, en lo sucesivo, que el matrimonio le había hecho más provecho que perjuicio. (1)

Túrner y Etty fueron solteros, si bien ambos estuvieron enamorados. El desengaño amoroso de Túrner proyectó una gran sombra sobre su vida, y su gran cariño no desapareció nunca por completo. Etty, en cambio, tuvo numerosos devaneos. «Una de mis debilidades dominantes era mi propensión á enamorarme.» No obstante, jamás llegó al extremo de casarse.

Hændel, Beethoven, Rossini, Mendelssohn y Meyerbeer figuraron entre los músicos solteros; el arte fué el verdadero amor de Hændel; no obstante, Beethoven, aunque amaba su arte, suspiró toda su vida por una mujer que no llegó á encontrar jamás. Siendo jo-

(1) Véase *Self Help*. H. Crabb Robinsón dice en su *Diario*, pág. 158, 6 de febrero de 1820: «Mistress Flaxman ha muerto. Era una mujer de gran mérito, y su muerte constituye una pérdida irreparable para su esposo. El, un genio de primera fila, es un niño en todo lo concerniente á la vida. Ella era una mujer de muy buen sentido y muy activa, verdadera esposa para un artista. Sin ella, él no hubiera podido dirigir sus asuntos domésticos.»

ven, antes de salir de Roma, fué subyugado por los encantos de la señorita Howrath; mas ésta le dejó por un oficial austriaco, con quien se casó. No obstante, Beethoven abrió repetidas veces su corazón á la misma tierna influencia. Por tercera vez enamoróse de una encantadora señora que ocupaba una posición social más elevada que la suya. El tenía una timidez que, como es sabido, no conquista nunca á las hermosas. Sin embargo, atrevióse á dedicarla su sonata en *mi*, compuesta en 1806, en la que describe admirablemente su desesperación y, al mismo tiempo, el arrebato de su amor. Esta señora, la condesa Julia Guicciardi, se casó, poco después, con el conde de Gallemberg, lo cual produjo en Beethoven una desesperación indecible.

Perdió toda esperanza y se tornó huraño; á partir de aquel momento, renunció á todo amor que no fuese la música, y se consagró á la composición de esas obras que han hecho su nombre famoso. Tales son algunos de los hombres célebres que han permanecido solteros. Son muchas más las mujeres que no se casan que los hombres. El hombre dispone del poder y la fuerza; obra, se mueve, piensa y trabaja por sí solo. Mira hacia adelante y ve el consuelo en lo porvenir. Pero la mujer permanece en el hogar, tanto para el placer como para la tristeza. ¿Cuál es, en suma, la vida de la mujer sino sentir, sufrir y mostrarse llena de abnegación? Sin embargo, su carácter ofrece, con frecuencia, toda clase de dones amables. Puede haber formado algún temprano lazo y haber sufrido un desengaño; en tal caso, desea, probablemente, permanecer soltera é independiente. Ahora bien, teniendo medios para escoger su ocupación, puede desear consagrarse á algún fin determinado, como, por ejemplo, á la ciencia y literatura, para beneficio y mejora de la humanidad. Hay muchas mujeres solteras animadas por los más elevados motivos, y asociadas con los más nobles y honrosos miembros de la sociedad. ¿Necesitamos hacer mención de los nombres de Florencia Nightingale, Catalina Stanley y Sister Dora?

Las mujeres solteras son, en muchos casos, las que mejor consuelan, las que muestran más elevadas sim-

patías, las más bondadosas consejeras y compañeras. La mayor parte de las buenas obras del mundo se realizan en el secreto y en el silencio. No hacen ruido ni buscan la aprobación. Nadie se preocupa de llevar la cuenta de las mujeres pacientes que mantienen en su casa la salud y la tranquilidad, merced á un celo infatigable y vigilante. Hasta en las más humildes clases, las mujeres solteras hacen un trabajo útil y honroso mucho mayor del que les corresponde, teniendo, á menudo, que luchar con pruebas, dificultades y tentaciones. ¡Cuánto tenemos que aprender de los pobres, en cuanto á sufrimientos noblemente sobrellevados y cargas valientemente soportadas! Los pobres son más generosos entre sí que los ricos. Con frecuencia están dispuestos á compartir su último pedazo de pan con otros más pobres que ellos, sin la menor esperanza de recompensa. ¡Cuántos miles hay de mujeres solteras, que forman una legión invencible, las cuales trabajan aun más de lo que les permiten sus fuerzas, casi para ganar un bocado de pan y un trago de te, antes que perder un átomo de su consideración ó de permitir que empañe el espejo de su honor el soplo más ligero!

Por esta razón se fundó el hospital para paralíticos y epilépticos. Dos hermanas solteras, huérfanas, estaban esperando el regreso de su abuela, que las había criado. La habían esperado ya durante mucho tiempo. Al separarse de ella, estaba contenta y llena de actividad. Sonó un golpe en la puerta del aposento. Abrieron, pero apenas pudieron reconocer la carga que traían unos hombres. Era su abuela atacada de parálisis. Falleció la anciana, pero las hermanas concibieron la idea de fundar un asilo de caridad para especial beneficio de semejantes enfermos. No eran ricas. Sabían que los ricos y las personas caritativas se hallaban asediados con peticiones de socorro. Sin embargo, perseveraron. Reunieron en junto doscientas libras, como su ofrenda especial, para dicha fundación. Al fin los buenos corazones se encargaron del asunto; asociáronse entre sí y, por último, quedó fundado el hospital. La hermana más joven no vivió lo bastante para ver el triunfo de

su fundación. Con su último aliento la bendijo y pasó á mejor vida.

No menos admirable es, por parte de las mujeres, el anhelo general de cultivar sus facultades intelectuales, como medio de emanciparse de su solitaria condición y de progresar en la sociedad lo mismo que los hombres. De aquí el anhelo de una educación más elevada, el establecimiento de concursos y esa lucha para conseguir ventajas profesionales que antes estaban reservadas á los hombres. Es indudable que, para la comodidad y defensa de las mujeres en general, es necesario que se cultiven y desarrollen sus facultades en los límites compatibles con su salud y las condiciones de su organismo. Si se aplicase este sistema de concursos y de lucha intelectual á las mujeres dotadas de espíritu y cuerpo vigorosos, no causaría mucho daño la lucha por conseguir distinciones profesionales; pero aplicado á las mujeres en general, el daño ocasionado por el exceso de trabajo cerebral sería grande é irremediable y conduciría, en último término, á la degeneración física de la raza humana.

Míster H. Crabb Robinsón cuenta que una señora joven, hija de un pastor rural, se sintió tan vivamente afectada por la lectura de *Corina y Delfina*, que cuando madama de Staël, autora de estas obras, fué á Londres, la mencionada joven pasó á verla, se echó á sus pies y le rogó que le permitiese servirla como amanuense. La baronesa, con mucha bondad, pero enérgicamente, le hizo comprender la locura de su conducta. «Puede usted figurarse—le dijo,—que es una cosa en»vidiable el viajar por Europa, y juzgar esto como la »cosa más hermosa y distinguida del mundo; pero las »alegrías del hogar son mucho más sólidas; la vida do»méstica proporciona una felicidad más estable que la »que puede dar la fama. Usted tiene un padre y yo no. »Usted tiene un hogar y yo me veo obligada á viajar »porque he sido expulsada del mío. Conténtese usted »con su lote; si conociese usted el mío no lo desea»ría.» (1) Nos complacemos en agregar que la joven

(1) H. Crabb Robinsón's. *Memoirs and Correspondence.*

volvió á su casa curada; hízose tranquila é industriosa, y su vida fué respetable y útil.

Si las jóvenes llegaran á convencerse de que el ser inteligentes, agradables y felices, lo cual no es una bagatela, contribuye á aumentar el brillo del hogar doméstico y que, por otra parte, conviene hacer bien todo lo que ha de hacerse, oiríamos repetir menos frecuentemente el patético grito que recordaba el *Punch* en sus páginas, hace algunos años: «¡El mundo es hipócrita; »mi muñeca está rellena de salvado, y yo me voy á me»ter en un convento!» Es más, una mujer inteligente puede, casada ó soltera, hacer que su vida redunde en provecho de la familia, y trabajar en beneficio de la humanidad en mayor escala. Tal es el caso, como ya hemos visto, de mistress Sommerville, que, por lo demás, pudo haber sido una mujer de excepcional capacidad mental.

Hemos hablado de hombres y mujeres solteros, pero aun es de más importancia hablar de los casados, por ser ésta la condición á que tienden, generalmente, ambos sexos.

Hombres y mujeres contraen matrimonio animados de propósitos y sentimientos diversos. Algunos se casan por amor, otros por la hermosura, otros por el dinero, otros por la posición y otros por la comodidad. Algunos se dejan llevar tan sólo de su instinto y otros de su capricho; en tanto que otros obran después de pensarlo bien, y obedecen únicamente á la razón. Aunque el matrimonio es casi el acontecimiento más importante en la vida del hombre y de la mujer, y conduce á la mayor felicidad por un lado ó á la mayor miseria por otro, hay pocos sucesos que den motivo á reflexionar menos que este contrato entre dos seres humanos que se unen para la felicidad ó la desgracia, hasta que la muerte los separa. Esto nace casi de la impresión general, que durante tanto tiempo ha prevalecido, de que el amor es una pasión que no depende de nuestro albedrío; que no es tanto un acto de la voluntad como del instinto; que es impulso al que hay que obedecer en vez de tratar de dirigirlo ó guiarlo. De aquí los dichos proverbiales de que: «El matrimonio es una lotería», y

de que: «Matrimonio y mortaja del cielo baja», aunque los resultados muestran, muy á menudo, que si la razón no sirve de guía, el matrimonio puede igualmente venir de cualquiera otra parte.

Tampoco son muchos los que se casan con su primer amor. Es mejor aguardar á que el espíritu, los afectos y el carácter estén completamente formados. «El amor »que nace á primera vista—dice madama de Staël,— »casi nunca es profundo y rara vez duradero: nace »del encuentro de dos personas que se sienten mutua»mente atraídas por la semejanza de carácter. No obs»tante, éste suele ser, á veces, feliz; aunque el primer »amor rara vez se halla fundado en el mérito y en la »bondad de corazón, lo cual no impide que dicho pri»mer amor ejerza verdadera influencia.» Tennyson nos ha dicho en *Guinevere* que las pasiones infantiles son un sutil maestro para los muchachos, aunque la novia tenga, comúnmente, más edad que su novio, y constituyen, para él, una salvaguardia muy segura en los primeros años de su edad viril:

«No tan sólo para conservar lo que forma la base del hombre, sino también para enseñarle ideas elevadas y palabras de amistad y cortesía, así como para inspirarle el anhelo de la fama y el amor á la verdad, y todo lo que constituye un hombre.»

«Es indudable que era un hombre inteligente—dice »Montaigne,—el que aseguró que el matrimonio no pue»de ser feliz sino entre una mujer ciega y un hombre »sordo.» (1) Coleridge dice lo mismo, copiándolo, tal vez, de Montaigne. (2) Es probable que hubiera sido muy ventajoso para Coleridge el que su esposa fuese sorda y ciega. Era mujer paciente y que nunca se quejaba, y fué, durante mucho tiempo, mantenida por su cuñado Southey, en Keswick; mientras que su marido se divertía haciendo monólogos para recrear las reuniones de Gillman's y de Highgate Hill. Coleridge dice, en otra parte, algo más exacto: «Para que un hombre sea di-

(1) *Essays*, de Montaigne. Lib. III, cap. V.

(2) Alston's. *Letters and Conversations and Recollections of Coleridge*. El *Lowell Citizen*, dice: «Morse, que inventó el telégrafo, y Bell, inventor del teléfono, casáronse con mujeres sordomudas. Esto no necesita comentario, pero pone de manifiesto lo que el hombre puede llevar á cabo cuando goza de tranquilidad absoluta.»

»choso en el matrimonio debe tener un alma compa»ñera suya lo mismo en el hogar que para el trabajo; »y por lo que toca á la mujer, debe tener un marido á »quien pueda consagrar, concienzudamente, amor, honor »y respeto.»

En lo que respecta á Montaigne, no fué nunca un enamorado, en el sentido más elevado de esta palabra. Casi era incapaz de amar. Confiesa que le era indiferente el matrimonio, y que si le hubieran dejado la libre elección, hubiera evitado el casarse aunque la misma Sabiduría le hubiera ofrecido su mano. Pero se casó por darle gusto á su padre y por seguir el uso corriente. Realmente, su matrimonio fué un matrimonio de conveniencia, cosa tan frecuente entonces como ahora; y no sabemos que su matrimonio produjese nada que no fuese conveniente y agradable.

Son muchos los que se casan atraídos por la hermosura. Cuando la hermosura representa salud, en las facciones, formas y constitución, es siempre un atractivo; pero lo es mucho más cuando acusa perfección del sentimiento y la inteligencia. La belleza ejerce gran poder en el mundo, sobre todo la belleza de las mujeres. Es una de las dotes que las mujeres anhelan sobre todo, con tanta más razón cuanto que es la principal fuente de posición, influencia y poder. Hasta mujeres tan sensatas y de ánimo tan varonil como madama de Staël, han declarado que cederían de buen grado sus dones intelectuales á cambio del singular atributo de la belleza. Al mismo tiempo debemos observar que la belleza no es esencial para la felicidad en el matrimonio. A menos que el alma brille á través de las facciones, el más bello rostro puede dejar de agradarnos, y hasta el más delicioso paisaje, visto diariamente, se hace monótono. La belleza superficial no es durable, pasa como las flores de mayo. Pocos son los hombres que al cabo de un año de casados piensan mucho en la belleza de sus esposas; al cabo de ese tiempo constituyen el principal atractivo la inteligencia y el corazón. Al cabo de veinte años ó más, la mujer virtuosa, dotada de excelente corazón, encantará á su marido mucho más de lo que pudo

hacerlo antes en toda la plenitud de sus encantos. El hombre más cuerdo es quizá el que escoge por esposa á la mujer que habría escogido para su amigo íntimo.

Con referencia á los hombres, las ventajas personales tienen mucha menos importancia que tratándose de las mujeres. «Las ventajas personales — dice Montai»gne,—son una débil garantía y, no obstante, merecen »alguna consideración.» Montaigne refiere que en una ocasión fué apresado por una partida de bandoleros y fué puesto en libertad por el capitán de la misma merced á su buena presencia. «Hombres de buena presen»cia y buenos mozos—dice,—son, en igualdad de cir»cunstancias, los jefes naturales de los hombres»; y Aristóteles dice que les corresponde el mando de derecho.

Asimismo, Bacón, en su *Ensayo sobre la belleza*, observa que Augusto, César, Tito, Vespasiano, Eduardo IV, Alcibíades é Ismael de Persia fueron todos hombres de gran inteligencia, altos, y los hombres más hermosos de su tiempo. Platón, el de la frente ancha, era grande como pensador y como atleta, y su palabra tenía tal dulzura, que era tradicional decir de él que las abejas habían anidado en sus labios cuando se hallaba en la cuna. Sófocles, Alcibíades y Pericles fueron tan famosos por su hermosura física como por sus dones intelectuales.

Es indudable que la belleza personal en el hombre tiene sus ventajas y le conquista una gran simpatía en la sociedad. Está seguro, durante algún tiempo, de ser atendido y respetado; mas debe ser capaz de conservar sus ventajas en su lucha con los demás hombres; y si sucumbe y resulta convicto de vanidad y no responde á lo que de él se aguardaba, quedará fuera de combate. Wilkes, uno de los hombres más feos, decía que sólo necesitaba hablar hora y media con una mujer bonita, para equipararse con el hombre más hermoso de Europa. Las nociones populares sobre la belleza son, en su mayor parte, convencionales. Entre los negros el diablo es blanco; en tanto que entre los blancos es negro. La costumbre nos hace pasar por todo. Los habitantes de Bezama, en Colombia, padecen to-

dos paperas, en tal grado, que son considerados como una prueba de belleza. Cuando el difunto Roberto Stephenson, seguido de un grupo de ingleses, cruzó dicho país, circuló por todo el pueblo el siguiente grito: «Ve»nid á ver á esos feos extranjeros que no tienen pa»peras.»

La forma no es todo en la belleza de la mujer. Aun es posible que las cualidades físicas resulten una desventaja, apartando la atención del alma y de las cualidades morales, de las que dependen exclusivamente en la vida los menos favorecidos por la Naturaleza. La belleza puede ganar corazones con los atractivos físicos; mas si no puede retenerlos con los del corazón y del entendimiento, demostrará únicamente que es un estuche vacío.

La influencia y la vida de la belleza consisten en la expresión. La mera belleza de las facciones puede agradar á la vista, y no mover el corazón. La belleza común la forman la juventud y la salud; pero la belleza más elevada está constituida por la gracia y la suavidad de expresión. Lord Bacón dice, que «no hay belleza exce»lente sin alguna falta de armonía en las proporcio»nes.» Verdaderamente, el poder de la belleza reside, con frecuencia, en algo que se aparta de la uniformidad. Descartes admiraba en extremo á las mujeres bizcas. (1) No podemos decir qué es lo que hace que el hombre se enamore de la mujer y la mujer del hombre. Esto depende de la expresión más que de la belleza.

Pero la mera belleza no es suficiente para los hombres y las mujeres que se unen en matrimonio. La luna de miel no dura más que un mes, y entonces debe existir algo más sólido que la belleza corporal para unirlos en la felicidad. Besos y caricias han pasado; la pareja necesita descender á las condiciones de la vida cotidiana. El hombre debe hacer su honrado trabajo cada

(1) No hace mucho, en París, poco después de inventarse la operación para curar el estrabismo, un enamorado, que era bizco, se sometió á la operación creyendo que, gracias á ella, sería aceptado por su amada con más agrado; pero cuando se presentó ante ella, sintió gran mortificación, al verse desdeñado por completo. No existía ya el aspecto con que lo había amado en un principio, y por consiguiente, se desbarató el matrimonio.—Roe sell. *Sistema físico y moral de la mujer.*

día, y la mujer debe procurar mantener su hogar alegre y cómodo. La llama del amor no debe dejarse extinguir en el seno del hogar. La habilidad para cuidar la casa es de tanto valor como la habilidad para el trabajo manual ó intelectual. La primera corresponde á la mujer y la segunda al marido. Se dice que el *confort* es el dios de la casa en Inglaterra, y que los ingleses adoran el *confort*. Quizá esto procede del tiempo frío y húmedo que mantiene á la gente dentro de las casas. Pero el *confort* no consiste sólo en el calor, en los buenos muebles y en la buena vida. Consiste en la limpieza, en el aire puro, en el orden y en la frugalidad; en una palabra, en la economía doméstica y en el buen gobierno de la casa. El *confort* es el suelo en que nacen los seres humanos. Está ligado, en verdad, á la raíz de muchas virtudes, y muchas de las incomodidades y disensiones que siguen á la unión de los que se casaron por amor, nacen de haber desdeñado estas importantes condiciones.

Es indudable que los hombres cometen faltas y lo mismo las mujeres; unos y otras suelen hacer igual número de buenas y malas jugadas. Los hombres de genio más grande tienen su lado flaco, y es, precisamente, aquél con que más se familiarizan sus esposas. El mundo ve el entendimiento y la perfección del grande hombre; mas nada conoce de su temperamento y de sus debilidades. La esposa ve al hombre, y sólo al hombre, no al sabio, al hombre de Estado, al artista y al autor. ¿Qué vale la fama en el mundo exterior para ella? ¿No es su mundo la casa, centro de su vida y de su felicidad? Los grandes hombres se ven, ordinariamente, absorbidos por sus investigaciones, viviendo en lo pasado ó peleando en el presente; quizás logren, con dificultad, interesarse en las cosas que constituyen la felicidad diaria de su esposa. Puede acontecer que ella no tolere un cariño compartido y envidie el tiempo consagrado á los demás como tiempo robado á sí misma. En este caso, una esposa completamente exigente será, con frecuencia, la causa de una vida desdichada y llena de descontento. Mistress Grote observa, acerca de la esposa de Ary Scheffer que, por des-

gracia para ella y para su esposo, sentía el más vivo espíritu de rivalidad hacia todo, lo mismo hacia los hombres que hacia las mujeres, hacia los amigos que hacia los parientes y aun hacia los apasionados trabajos artísticos de Scheffer. Estas circunstancias, dice, tuvieron penosos resultados. La pobre madama Scheffer incurría en el lamentable error de que habían sido ya víctimas otras mujeres estimables, el de exigir que su marido no sólo la había de amar sobre todas las cosas, sino que no debía amar ninguna otra cosa. (1)

La imaginación es un guía casi tan inseguro como el instinto, para elegir el compañero de su vida. El poeta atribuye al objeto de su pasión las fascinaciones de un ángel y la bondad de una diosa; pero pronto descubre que ella no es, después de todo, más que una mujer, acaso con menos cualidades que las demás mujeres. Los poetas se han precipitado mucho para contraer matrimonio. Churchill se casó á los diecisiete años, Shakespeare á los dieciocho, y Shelley á los diecinueve. Quizás Keats expresó verdaderamente el sentir de los poetas jóvenes cuando, á la edad de veintitrés años, escribió á un amigo lo siguiente: «Estoy convencido de »que mis sentimientos acerca de la mujer no son lo que »deben ser. En este momento hago esfuerzos para ser »justo con ella, pero no puedo. Obedece esto á que mi »imaginación infantil las halla muy inferiores. Cuando »yo iba á la escuela, pensaba que una mujer hermosa »era una pura divinidad; mi espíritu era un tierno nido »donde dormía alguna de ellas, sin que se diera cuenta »»de ello. No tengo derecho á esperar de ellas más de »lo que son en realidad. Las creí seres etéreos superiores »al hombre; las he encontrado, tal vez, iguales, pues lo »grande, en comparación, resulta muy pequeño.» (2) El

(1) En una nota al pasaje mencionado, agrega mistress Grote: «Madama Scheffer necesitaba únicamente un entendimiento mejor regulado para ser ella feliz y hacer feliz su hogar. Por falta de disciplina propia y de discernimiento para estimar con exactitud la cantidad de atención que tenía derecho á esperar de un hombre tan rico en amigos, admiradores y discípulos, siento decirlo, madama Scheffer amargó á veces la existencia común con su exigencia y con su ansia vehemente de monopolizar el tiempo y los pensamientos de su querido esposo.»—Mistress Grote. *Life of Ary Scheffer.*

(2) Lord Houghton. *Vida y cartas de Juan Kets.*

poeta vive en un mundo imaginado por él mismo y muy diferente del mundo real en que habita. El uno es ideal y hermoso, el otro prosaico y práctico. Invoca y hace desaparecer el primero á su voluntad. El segundo está siempre presente en su compañía, lleno, quizás, de apremiantes cuidados, de turbación y de vulgares detalles de la vida. En la contemplación de la mujer ideal el poeta hasta puede hacerse incapaz de llegar á sentir un verdadero afecto á una mujer real. Juzga todo lo que no llega á su ideal, indigno de sus miradas. El amor de Dante hacia Beatriz, de Petrarca hacia Laura y de Tasso hacia Leonor fué, en mucha parte, ideal. Dante desdeñó á su mujer y á sus hijos para soñar con Beatriz; Petrarca no hubiera permitido ni aun que su propia hija viviese bajo su techo, y Tasso llegó á verse encerrado en una casa de locos á causa de su amor no correspondido.

El amor de Dante por Beatriz, al cabo de seiscientos años, es todavía objeto de admiración y simpatía. Era el amor, sin correspondencia, de un niño hacia una niña; no obstante, el niño llegó á ser hombre de genio, y el objeto de su amor sigue aún fascinando á los cultivadores de la poesía italiana. La *Vita Nuova* ha sido juzgada por algunos como el origen de la novela sentimental moderna, pues contiene la más clara evidencia interna de representar la verdadera experiencia de un espíritu viviente y la exacta revelación de un corazón humano. Si Dante nació amante, el amor fué el principio de su vida. «En esta parte del libro de mi memoria—»dice, antes del título *Incipit Vita Nuova* (aquí comien»za la Vida Nueva),—es poco lo que merece ser leído.»

Dante, á los nueve años, encuentra á Beatriz, niña de ocho, y se enamora de ella para siempre. La temprana edad á que empieza la pasión ha llevado á muchos á pensar que la historia entera es una alegoría, un sueño del poeta. Mas, esta Beatriz vivió en el mundo, y no puede dudarlo nadie que lea las tiernas y apasionadas descripciones del Dante. Desciende á minuciosos detalles y rasgos individuales de tal índole, que no hubieran podido hallarse en la descripción de un ser imaginario. Dante jamás declaró su amor á Beatriz, y

al fin, se casó con otra. Beatriz murió á los veinticuatro años. El golpe de su muerte afectó á Dante tan hondamente, que sus mejores amigos podían apenas reconocerle. La luz de su vida había huído, dejándole sumido en la desesperación. A partir de aquel momento, su amor hacia la difunta Beatriz llegó á ser la idea predominante de su vida. Aunque la muerte la había arrebatado ante su vista, siguió á su espíritu hasta el Cielo, y contempló el Universo á través de sus ojos. El recuerdo de su amor inspiró al poeta su grande obra la *Divina Comedia*, que ha sido llamada la deificación de Beatriz.

Tal fué la vida ideal de Dante. Su existencia real fué la de todo el mundo. Su Venus celestial era una santa, mientras que su Venus terrestre fué una mujer. Si él hubiera llegado á casarse con Beatriz, no tendríamos la *Vita Nuova* ni la *Divina Comedia*. Pero la muerte idealizó á su adorada, y su amor se hizo espiritual é ideal. Dante fué tan hombre como poeta. Un año después de la muerte de Beatriz, contrajo matrimonio con una noble señora de la familia de los Donati, de la que tuvo siete hijos. Pero no dirigió á su esposa ni un solo soneto. La verdad es que no fué muy feliz en su compañía, y cuando le vió desterrado, no le acompañó, sino que se quedó con sus hermanos en Florencia.

Aunque el amor ha sido el inspirador de los poetas en todas las épocas, siendo la pasión en torno de la cual se agitan las ideas románticas, pocos hombres se han casado con el objeto de su primer amor. No es al amor afortunado, sino al amor rechazado, estéril y despechado, al que debemos las lamentaciones poéticas de Dante, Petrarca y Tasso. Como acontece á los pájaros en primavera, el deseo inspira sus cantos; pero con la posesión tórnanse mudos. Byron dice de Petrarca:

«¿Crees que si Laura hubiera sido esposa de Petrarca, hubiera éste escrito sonetos durante toda su vida?»

Petrarca fué otro de los amantes desventurados cuyos cantos se han hecho inmortales.

Vió por primera vez á Laura de Sade en la iglesia de Santa Clara de Avignón, y experimentó de súbito

una pasión violenta. Escribió sonetos y canciones en su alabanza, que circularon por toda Europa é hicieron este amor sin esperanza uno de los más célebres en la historia literaria. Petrarca viajó de un país á otro, y de una corte á otra; algunas veces se encerraba en Vaucluse, pero volvía, con frecuencia, á Avignón, para ver furtivamente á Laura mientras paseaba en los jardines situados bajo la roca en que estaba edificado el viejo palacio pontifical. No sabemos de un modo exacto cómo tomaba el marido de Laura los homenajes de Petrarca á su esposa, pero Campbell supone que no debió contribuir á su felicidad, porque solía regañar á Laura hasta hacerle llorar, y como se casó de nuevo, siete meses después de su muerte, es probable que no debió lamentar mucho su pérdida. Verdad es que algunos han supuesto que Laura era un ser imaginario, mas no es posible dudar razonablemente de su existencia real. Murió de la peste, á los cuarenta años, extinguiéndose, según describe Petrarca, á semejanza de una lámpara que se apaga gradualmente por falta de alimento.

Cuando el poeta supo la noticia de su muerte, se quedó como si hubiese perdido el solo objeto que le apegaba á la vida. Aunque Petrarca le sobrevivió más de veinte años, siguió pensando en ella y escribiendo acerca de ella, como había hecho en su juventud, entregándose al exceso de su dolor.

Tasso se sintió poderosamente influido por los escritos de Petrarca, que hizo vibrar el corazón de todos los jóvenes italianos. La primera pasión de Tasso inspirósela una joven de Mantua, á la que dirigió muchos sonetos, según la manera de Petrarca, llamándola su Laura. Mas, habiéndose casado con otro dicha señora, el corazón del sensible poeta sintió una nueva y más desesperada pasión que la primera por Leonor, hermana del duque de Ferrara. Dedicóle muchos de sus versos amatorios, y hasta le declaró su amor, pero sin resultado. No se cree que la princesa favoreciese sus pretensiones; mas, dando rienda suelta á su imaginación poética, pintó en brillantes, y hasta en vivos términos, los favores que de ella había recibido. Estos versos, robados entre sus papeles por un enemigo, fueron enseña-

dos al Duque, y fueron causa de que el poeta se viese preso y encerrado en el convento de San Francisco de Ferrara. Fugóse del convento y recorrió desconsolado toda Italia, pero no pudo abandonar por completo el sitio donde estaba su corazón, y al cabo de un año regresó á Ferrara. Trató de ver al Duque y á la Princesa, pero no lo consiguió. Se volvió loco, y amenazó á la casa de Este y á todos sus miembros. Fué preso nuevamente y encerrado en el hospital de Santa Ana, donde fué tratado como un loco. Allí permaneció por espacio de siete años, no dejando de entregarse á su amor sin esperanza, pero inquebrantable.

El poeta Metastasio contentóse con profesar un cariño platónico á la señora Bulgarini, más conocida por la Romanina, una gran cantante de su época. Habitó bajo el mismo techo con el marido de la misma, y siguió al matrimonio por toda Italia, dedicando el tiempo y la energía á las musas y á la amistad. A la muerte de la Romanina, ésta legó á Metastasio todo su patrimonio, después de la muerte de su marido; pero el poeta no quiso aprovechar la ventaja de semejante legado, y á su vez cedió sus derechos al marido.

El poeta Alfieri, cuya aparición forma otra importante época en la historia de Italia, muy posteriormente, fué, como Dante, un amante apasionado. A sus amores, aunque no santificados por el matrimonio, debemos la mayor parte de sus tragedias. Como él mismo dice: «Sentía en mí el anhelo de estudiar y cierta efervescencia de las ideas creadoras cuando amaba.»

Comparados con el ardiente amor de los poetas italianos, todos los demás parecen absolutamente fríos. Aunque los poetas de otros países han sido inspirados por la misma pasión, sus arranques pueden ser menos inmortales. La suerte de Camoens se asemeja á la de Tasso. Se enamoró, á los catorce años, de una señora de posición superior á la suya, en la corte de Lisboa, y fué desterrado á Santarem, donde comenzó á escribir sus *Lusiadas*. Salió de su país y se distinguió como soldado, acariciando siempre su amor sin esperanza, tema de muchos de sus hermosos sonetos. Después de viajar durante varios años, regresó á Portugal, donde se en-

contró con que su adorada había muerto, y él mismo se encontró en la mayor miseria.

Cervantes escribió su *Galatea* para conquistar el afecto de una persona de quien se había enamorado; y aunque llegó á conquistar dicho afecto, se casó con otra. El amor inspiró á Kisfaludy, gran poeta lírico de Hungría. Wieland se vió primeramente impulsado hacia el pietismo místico por el apasionado afecto que concibió hacia una joven, cuya mano besó por primera vez cuatro años después de haberse enamorado de ella. La joven recompensó su amor y juráronse eterna fidelidad. Al cabo de ocho años, como Wieland era aún demasiado pobre para casarse, Sofía dió su mano á un señor La Roche. Pero Wieland siguió amándola como antes. «Era—»dice,—un ideal, un verdadero encanto en que he vi»vido, y la Sofía que he amado con tanto entusiasmo, »era la idea de la perfección personificada en ella. Es »evidente que si no nos hubiéramos puesto en contacto, »yo no hubiera sido un poeta.» Wieland se casó, después, con una mujer activa, firme, prudente y cariñosa, y su amor, aunque menos ideal, fué mucho más fecundo y, tal vez, más dichoso.

Ewald, el poeta dinamarqués, debió al despecho amoroso el manifestarse como poeta. La joven de quien él se enamoró casóse con otro. Esta circunstancia proyectó sobre su vida una sombra melancólica, despertó su genio poético y engendró una profundidad de sentimiento y de pasión que se descubrió por vez primera en su gran poema *Balder's Dod*. Novalis sintió tan intensamente la influencia de su cariño hacia Sofía von K., que, según dice, ésta llegó á constituir la esencia de toda su vida. Murió ella en su décimoquinto aniversario, y el resto de la corta vida de Novalis lo empleó en llorar su pérdida. «La vida se convirtió para él—dice Tieck,—»en una existencia glorificada, y todo su ser completo »pareció confundido en una brillante y consciente vi»sión de una existencia más elevada.» «¿Qué te ha he»cho poeta?—interrogaba Dumas á Reboul, el panade»ro de Nimes, autor de la preciosa perla *L'ange et l'enfant*.—La tristeza—le contestó,—la pérdida de una es»posa y de un hijo amados.»

Gœthe fué también un amador, pero en su amor tenía más parte el cerebro que el corazón. El culto de sí mismo fué la pasión dominante de su vida. Su inteligencia dominaba, si no es que absorbía, sus demás facultades. Su experiencia de la vida era, sin embargo, incompleta, porque el amor no puede comprenderse ó describirse si no se ha sentido realmente. Hay, no obstante, muchas hermosas descripciones llenas de sentimiento en su autobiografía y en varios de sus poemas. Gœthe, durante su vida, amó á Gretchen, á Clarchen, á Federica, á Lotte, á Lilí, á Betina y á otras; mas temió casarse con cualquiera de ellas, y se supone que fué por miedo de perder su libertad. «Podía pintar—dice »míster Lewet,—mejor que nadie, el exquisito afecto de »una mujer hacia un hombre, como pueden demostrar»lo las divinas criaturas Gretchen y Clarchen, cuyo afec»to había experimentado; mas no sintió ni pudo expre»sar la ternura recíproca del hombre hacia la mujer, ni »el sentimiento generoso, protector y de abnegación del »hombre.»

Cuando Gœthe conquistó el cariño de la sencilla muchacha Federica, arrojóla luego de sí como hace el que ha chupado una naranja. Todo lo que él deseaba era poder hacer un idilio con su amor y con su propio abandono, para deleite del mundo. Mas la abandonada Federica se vió completamente vengada por el matrimonio subsiguiente del poeta con Cristiana Vulpius, mujer orgullosa y fría de corazón. Luego de vivir con ella varios años, acabó por casarse con la misma cuando se había vuelto fatua, fea é intemperante. ¡Qué extraño fin para los amorosos experimentos del ilustre autor de *Dicchtung und Varheit!* «Cuando Gœthe no tiene una mujer »en la cabeza—dice míster Hayward,—parece un ana»tómico que no tiene cuerpo que disecar. El dijo de »Balzac que cada una de sus mejores novelas parecía »sacada del corazón de una mujer dolorida. Balzac hu»biera podido devolverle el cumplido.»

Es casi un bien que conozcamos muy poco la historia personal de los grandes poetas. Con frecuencia han sido tan débiles como los que más. Aun el mismo Shakespeare, á juzgar por sus sonetos, parece haber andado

en malos pasos durante su vida en Londres. Sabemos—dice sir Henry Taylor,—que atribuye estos malos pasos en que anduvo al género de vida á que se vió obligado por la necesidad de hacer fortuna.

«Oh, por vida mía, puedes reñir con la fortuna, esa divinidad perversa inspiradora de mis malas acciones, que no me ha procurado en beneficio de mi vida sino los recursos que el público me proporciona. De aquí nace que mi nombre se vea abandonado, y que mi carácter se resienta de las condiciones de mi trabajo, como les acontece á las manos del tintorero.» (1)

Aunque Francia presenta muchos ejemplos de la influencia de la mujer sobre el carácter y las obras de los poetas y literatos, no hallamos ejemplos de un amor y de un afecto tan absorbentes como entre los poetas italianos y alemanes. En los franceses el amor es un sentimiento mejor que una pasión; depende más del entendimiento que del corazón. Con frecuencia es delicado y refinado, pero no ejerce dominadora influencia sobre la vida. El amor de Abelardo hacia Eloísa principia y acaba de un modo sentimental; se casan para separarse: él entra en la abadía de San Dionisio, como religioso, y ella profesa en el colegio de Argenteuil. En período relativamente más reciente, los monarcas franceses ejercieron la más destructora influencia en las relaciones de ambos sexos, y sus malos ejemplos se fueron infiltrando en todas las clases de la sociedad. Los hombres se casaban para encubrir sus intrigas y las mujeres para ser libres. El sólo afecto que eran capaces de sentir parecía reservado para las mujeres de otros maridos ó para los maridos de otras mujeres. En el reinado de Luis XIV, las queridas substituyeron á las mujeres amadas, y este género de amores se puso de moda. La literatura se vió saturada de esta falta de castidad, y el vicio se manifestó por todas partes. Mujeres impuras viéronse idealizadas y convertidas en ídolos. La novela *Manon Lescaut* fué escrita por un abate. No se avergonzaban de semejantes cosas. Las mujeres eran tenidas por meros instrumentos de placer, y tratadas como tales, para su completa degradación.

El gran peligro de la literatura francesa en el siglo pasado consiste en que no fué nada respetuosa para con

(1) Sir Henry Taylor, *Notes on Life*, pág. 170.

el carácter de la mujer. La sociedad puede reponerse de las revoluciones y hasta ser purificada por ellas; mas cuando se degrada el carácter de la mujer, la sociedad se halla envenenada hasta lo más hondo. Se ha dicho que las mujeres se parecen á los billetes de Banco, que pueden subir ó bajar en la estimación del público, y que los literatos son los banqueros. Si esto es cierto, la decadencia moral de Francia á fines de la pasada centuria debió ser enorme. Diderot, Rousseau y Volfaire representan, en verdad, su época.

Diderot, el autor del *Ensayo sobre el mérito y la virtud*, abandonó á una esposa joven y enamorada, y escribió una novela obscena para pagar con su producto á una querida. Rousseau, después de una larga serie de intrigas, se enredó con una muchacha de baja prosapia, Teresa Le Vasseur, con la que se casó al fin, El autor del *Emilio* no fué tan bueno como su libro; por eso dió á sus hijos á la cuna apenas nacidos.

Voltaire, que jamás se casó, fué un amador casi tan general é inconsciente como Gœthe. Enamoróse, sucesivamente, de mademoiselle Desnoyers, de madama de Villars, de madama de Rupelmonde y de madama de Chatelet. «¿Qué pluma humana—dice Carlyle,—puede »describir lo que el desventurado filósofo tuvo que su»frir con sus mujeres?» La última, si no nos equivocamos, fué madama de Chatelet, con quien Voltaire hizo vida marital. Voltaire y madama hacían como que estudiaban á Leibnitz y á Newton juntos, enseñándole Voltaire el inglés y el italiano. Después de vivir juntos consagrados al estudio, por espacio de más de seis años, murió madama de Chatelet de repente, lo que hizo caer á Voltaire en el paroxismo del dolor.

El número de poetas ingleses solteros ha sido muy grande. Cowley, Otway, Prior, Congreve, Gay, Swift, Pope, Collins, Shenstone, Gray y Goldsmith murieron solteros. Cowley, sin embargo, se enamoró una vez, mas no tuvo suficiente confianza para declarar su amor. Las intrigas de Swift con Varina, Estela y Vanesa se hallan envueltas en el misterio. Era capaz de amar ardientemente, aunque de un modo cruel. Luego de despertar el afecto de aquellas mujeres de corazón ardien-

te, se alejaba de ellas como si le inspirasen horror; y murió, al fin, desesperado, según él mismo dice, como un ratón envenenado en su madriguera. (1)

Los amores de Pope tuvieron algo de ridículo, á causa de lo contrahecho (2) de su cuerpo, á su pequeñez y á su vanidad. Su primera pasión, que fué evidentemente fingida, se la inspiró cierta lady M., á quien él dirigió una serie de cartas ligeras y llenas de afectación, que más tarde fueron dadas á luz y dieron mucho que reir. Su segunda pasión, que probablemente fué más real, se la inspiró nada menos que la famosa lady María Wortley Montague, una de las más hermosas y brillantes mujeres de Europa. Su declaración de amor fué recibida con una carcajada imposible de reprimir. Después de esto, Pope la aborreció con un odio mucho más cordial que lo había sido su amor, y habló mal de ella con toda la agudeza y mordacidad que le eran peculiares.

Los amores del poeta Cowper fueron mucho más interesantes y humanos. En su juventud entregó su corazón á su prima Teodora, hija de su tío Ashley Cowper, y ella correspondió á su afecto. Pero poco después el joven poeta, que era entonces aprendiz de notario, se vió atacado por vez primera de la enfermedad á que estuvo más ó menos sujeto durante su vida. A causa de esto, renunciaron al matrimonio, y ambos permanecieron solteros. Cowper se consoló de su desencanto haciendo versos.

Como ha dicho Dryden: «El amor hace de todo hombre un poeta, ó, cuando menos, un coplero.» Ha-

(1) Se ha creído que Estela (Ester Johnson) era hija de sir William Temple, y que Swift, que descubrió el secreto, era hijo del mismo, y por tanto, hermano de Estela. «Si así es, dice sir William R. Wilde, esto aclararía ciertamente muchos puntos hasta ahora inexplicables de su conducta con Estela y Con Vanesa.» *Ultimos años de la vida del deán Swift.*—El motivo más probable de las excentricidades de su conducta fué, por otra parte, el haber estado Swift más ó menos loco en una gran parte de su vida, sin darse cuenta de ello.

(2) Surgió una pregunta durante una conversación literaria acerca del sentido de un pasaje de *Horacio*. Uno de los circunstantes hizo la siguiente observación:—«¿No podría explicarse eso con un signo de interrogación?» — «¿Y qué se propone usted, caballero, con ese signo de interrogación?»—interrogó Pope. El individuo miró desdeñosamente al satírico, y dijo:—«¿Cómo se permite un garabato hacer preguntas?»

llándose en Hûntingdon, adonde había ido en busca de alivio para su enfermedad con el cambio de aire, conoció por vez primera á mistress Unwin y á su esposo, así como á sus dos hijos; y andando el tiempo, formó parte, Cowper, de aquel encantador grupo familiar. Al principio de su amistad escribía, acerca de mistress Unwin: «Esta mujer es, para mí, una bendición, y nunca »la veo sin sentirme mucho mejor, gracias á su com»pañía.» Míster Unwin murió, poco después, víctima de un accidente, y Cowper se fué á vivir con la familia. Trasladáronse, más tarde, á Olney, y allí, mistress Unwin le animó á escribir, á fin de apartar de su espíritu los pensamientos sombríos. Verdaderamente, á ella y á lady Austen debemos la parte principal de sus obras. Durante veinte años le cuidó, mistress Unwin, con la más tierna asiduidad, sin que á ninguno de ellos se le ocurriese la más ligera idea de matrimonio. Para emplear sus mismas palabras, fué aquélla la unión íntima de dos corazones. La salud de mistress Unwin fué la primera en decaer. Se vió atacada de parálisis, y Cowper experimentó una viva conmoción en todos sus nervios. Se convirtió en su enfermero, turnando con los demás. Durante una de sus veladas, compuso los tiernos y hermosos versos *A María*. Mistress Unwin fué deslizándose lentamente hacia el silencioso sepulcro. Cowper no pudo reponerse de semejante golpe, y murió tres años después del fallecimiento de su amada y gentil mistress Unwin.

No sabemos que Goldsmith se enamorase jamás. Con su naturaleza pródiga pero sencilla, valía más que no procurase arrastrar á otra persona á su vida al día. No obstante, se recuerda de él que en una ocasión costó trabajo disuadirle de contraer matrimonio con una costurera, cosa que, seguramente, se proponía hacer por pura bondad. La vida de Carlos Lamb, en unión con su hermana María, es en extremo conmovedora. Esta mató á su madre en un ataque de locura, y siempre se vió más ó menos amenazada por aquella enfermedad. Dedúcese de ciertas alusiones de los escritos de Carlos Lamb que estuvo una vez muy enamorado; pero después de la desgracia de su hermana, rehusó enérgi-

camente los consuelos de toda afección femenina, y se consagró por completo á ella con el heroísmo de un mártir. Existe una novela, según dicen, en cada vida por prosaica que sea, y ésta fué la novela tierna y llena de abnegación, de la vida del pobre Carlos Lamb. Keats, el poeta, que murió tan joven, estaba dominado por un amor intenso; y éste ha sido el tema de algunas de sus cartas más conmovedoras. Uno de los hechos más extraños dados á luz recientemente, y que muestran la influencia del amor sobre las almas sensibles, es el relativo á Beranger, el poeta francés. Durante toda su vida no había hecho caso del amor, aunque cantó frecuentemente á Lisette, Rosette, Margot y Jeanneton; sin embargo, al llegar á la vejez, se vió completamente cautivado por los encantos de una joven inglesa. Mostrábase completamente salvaje con ella; y aunque no trató de proponerle el matrimonio, sufrió muchísimo y contó sus penas á un amigo. Este amigo se lo llevó al campo, á larga distancia, donde vivieron en la soledad y sin ser conocidos, durante varias semanas, hasta que la herida del anciano poeta comenzó á cicatrizarse. Sainte-Beuve, que refiere esta historia, la empieza con las palabras de Bussy-Rabutin: «Que el amor, como »las viruelas, es más violento y peligroso en la vejez »que en la juventud.» Muchos aman mientras se enamoran, pero dejan de amar luego que se casan. El carácter de los hombres y de las mujeres no se desarrolla completamente mientras viven solteros; sólo cuando se hallan unidos de un modo permanente se pone á prueba el amor entre ellos. El placer del enamoramiento puede ser breve, pero el matrimonio es el verdadero crisol del amor. El hacer la corte á una mujer es el punto de partida de una larga jornada de placeres y cuidados, de acontecimientos agradables y de desengaños, de alegrías y de contrariedades; y todo ello se halla mezclado con multitud de lugares comunes y consideraciones de dinero, gastos, rentas, vaca, carnero y cuentas de la semana. Muchos no pueden soportar estas contrariedades y sucumben bajo su peso; otros, y creemos que el mayor número, lo soportan pacientemente. La simpatía es el punto esencial. Para la perfecta unión es indispen-

sable la mutua ayuda. Debe haber dominio del temperamento, dominio de la personalidad, mutua tolerancia con las faltas de cada uno, pues tiene que haber faltas, adaptación á las nuevas condiciones de la vida y un deseo mutuo de hacer lo mejor en todo. Los más experimentados dirán que, si se observaran estas condiciones, la vida estaría llena de comodidad y de bendiciones. El marido consideraría su hogar como un santuario, y la esposa como el centro de su amor y de su afecto y placeres domésticos.

El hombre y la mujer que son capaces de asociarse el uno á la existencia del otro y de buscar el bienestar mutuo, poseen la más eficaz salvaguardia que el Cielo ha podido inventar contra los peligros que resultan del goce, del simple placer egoísta y también de la concentración en sí mismo y de la absorción en el sufrimiento propio. El verdadero amor es el único combatiente bastante fuerte para vencer al último y más sutil enemigo del hombre:

«La bondad de la mujer, cuando es esposa, obliga al hombre á ser bueno; creedlo. Si ella llega á faltar, apostaré mi vida á que primero faltó el hombre, si la mujer fué buena en un principio.» (1)

Algunos hombres de genio casáronse demasiado jóvenes. Shakespeare se casó con Ana Hathaway, á los dieciocho años; Ben Johnson á los veintiuno; Franklín á los veinticuatro; pero su madrastra vaciló antes de dar su consentimiento para el matrimonio, como si hubiera temido que el joven no pudiese ganarse la vida como impresor. Por aquella época había ya dos imprentas en los Estados Unidos, y ella dudaba de que pudiera vivir una tercera. Dante, Képler, Fúller, Johnson, Burke y Scott casáronse á los veintiséis años. Podríamos citar una larga lista de poetas, abogados, políticos y teólogos, que se casaron antes de los treinta años. Wáshington y Bonaparte contrajeron matrimonio á los veintisiete, y Nelson á los veintinueve. Dos poetas laureados, Southey y Cowley Cibber se casaron, realmente, muy jóvenes. Jeremías Taylor llegó á una posición eminente á pesar de su temprano matrimo-

(1) Beaumont y Flitcher.

nio; Jacobo Watt perdió, luego de su temprana unión, la energía y el valor para concebir y llevar á la perfección el triunfo del espíritu sobre la materia.

En la biografía de los hombres de genio no oímos hablar tan á menudo de las esposas buenas como de las malas. Los hombres más afortunados no exponen al público los tesoros de su hogar. Los que encuentran la felicidad en el matrimonio no lo manifiestan, mientras que los que no hallan simpatía en el hogar la buscan fuera. Los maridos dichosos son callados; mientras que los desgraciados gritan mucho y, á veces, se vengan. Sucede con el matrimonio como con las aguas corrientes: «las poco profundas murmuran, en tanto que las profundas son silenciosas.» Si los biógrafos hubieran de darnos noticias de las esposas de los hombres distinguidos, encontrarían, tal vez, que las esposas buenas se hallan en gran mayoría.

El matrimonio, al paso que ejercita los afectos, ordena el corazón. Los hombres de negocios y los políticos se refugian, huyendo del tedio de la vida exterior, en la paz del hogar, donde encuentran comodidades y energía moral. A la sombra del amor doméstico, la madre de familia vigila la infancia en la cuna, dirige y alegra á los jóvenes que crecen, proporciona descanso á la virilidad y á la vejez, y se esmera por el bienestar de cuantos individuos moran bajo su techo. «La esposa—»dice sir Enrique Taylor,—que aconseja y exhorta, se»gún la ocasión, y cuyo cariño está guiado por un cora»zón fuerte, y no por una bondad débil, es la verdadera »compañera.» Uno de los más grandes hombres de Estado, lord Burleigh, fué bendecido en su esposa, no tan sólo por sus grandes acciones, sino por su admirable carácter; y cuando murió lamentóse de su pérdida como del golpe más espantoso que hasta entonces había recibido. «Pero me queda el consuelo—añadía,—»de recordar las muchas acciones buenas y virtuosas »que realizó constantemente durante su vida.» El conde de Stelberg puso á la cabeza de su pequeño libro de oro *Von der Liebe*, las famosas palabras de Descartes: «Pienso, luego soy»; pero añadía: «Vir lieben, werden vir seyn. (Amamos, luego vivimos juntos).»

Podríamos citar una larga lista de los que han sido dichosos en el matrimonio y de los que, por el contrario, han sido desgraciados. Algunos eran iguales, mientras que otros diferían en edad, categoría, fortuna, inteligencia y corazón. Causa extrañeza el examinar las cualidades que los hombres han admirado más en las mujeres que han escogido por compañeras de su vida. Cuéntase que el poeta Masón había solicitado en matrimonio á la mujer con quien se casó, porque, durante una noche entera que había estado en su compañía con otras personas, no habló ni una sola palabra. Sin embargo, una vez casada con el poeta, demostró que era inteligente y sociable; y cuando murió él, sintió profundamente su pérdida. Muy pocos habrán leído sin emoción el epitafio que colocó sobre su tumba.

Calvino se dispensó por completo de hacer la corte. No tenía tiempo para ello, mas recurrió á la ayuda de sus amigos. Farel se propuso encontrarle una esposa, pero sin éxito. Martín Bucer descubrió para él la viuda de un anabaptista con numerosa familia; tomóla por esposa y vivieron felices. Muy diferente fué Lutero, hombre jovial y de sangre ardiente. «Es tan impo»sible—decía,—vivir sin una esposa, como dejar de co»mer y beber. Concebido, criado y llevado por mujeres, »nuestro verdadero ser es, en gran parte, su ser, y es »absolutamente imposible para nosotros separarnos de »ellas.» Képler, el astrónomo, eligió su segunda esposa de un modo tan prosaico y propio de hombres de negocios como Calvino. Formó una lista de doce señoras con la enumeración de sus respectivas cualidades. El mismo ofreció su mano á algunas de ellas, que le rechazaron. Otra se casó mientras él deliberaba. La octava le aceptó, en un principio, mas luego se arrepintió y empezó á buscar excusas. Al fin halló una que le aceptó y vivieron felices hasta el fin de la vida laboriosa de Képler. El origen de muchos matrimonios ha sido meramente casual.

El célebre físico Vic D'Azyr pasaba un día por una calle, cuando cayó desmayada una señorita, á la que se apresuró á prestar auxilio. El resultado de este encuentro fortuito fué, primero la amistad y luego el ma-

trimonio. La joven resultó ser la sobrina del célebre naturalista Daubentón. Abernety se enamoró también de una de sus enfermas, pero se hallaba tan absorto por los trabajos de su profesión, que no tenía tiempo para hacerle la corte, según es costumbre. Hizo presente el caso á la madre de la señorita y al mismo tiempo ofrecióle, para su hija, su mano y su fortuna. La oferta fué aceptada y la señorita fué una excelente esposa.

J. Húnter no fué tan expeditivo en la manera de hacer la corte, porque no había conseguido aún tanta notoriedad en el ejercicio de su profesión. Había logrado gran reputación como anatómico, mas no era muy célebre como cirujano, cuando se enamoró de miss Home, hermana del que fué más tarde el célebre sir Everardo Home. Sus rentas no le permitían aún casarse; pero incitado por su amor trabajó para aumentarlas con creciente éxito, hasta que, por último, logró casarse con ella, después de esperar pacientemente largos años. Crabbe, el poeta de los pobres, esperó más largo tiempo aún. Mientras luchaba por la vida como boticario rural, enamoróse de miss Susana Elmy; pero no pudo casarse con ella, porque ganaba apenas lo suficiente para mantenerse. Abandonó las drogas y quiso hacerse autor, el más débil báculo en que podía apoyarse. Afortunadamente, le auxilió Edmundo Burke. Entonces entró en la iglesia y obtuvo una capellanía. La publicación de *The Village* fué el principio de su reputación como poeta. Lord Thurlow le concedió entonces dos pequeños beneficios en Dorsetshire; y, por último, después de ocho largos años de espera, se casó con su novia, y nos complacemos en decir que fué para él una excelente compañera.

Algunos han luchado por sus esposas: otros han trabajado, estudiado, escrito y pintado por ellas. Quintín Matsys enamoróse de la hija de un pintor que había resuelto que no se había de casar sino con un artista. Matsys era herrero, aunque extraordinariamente hábil; (1) mas incitado por el amor, abandonó su pro-

(1) Construyó una hermosa cubierta para el pozo situado frente á la catedral de Amberes, una de las obras más delicadas que existen en esta clase de trabajos.

fesión y se dedicó á pintar. Tuvo tanto éxito con la paleta y el pincel como había tenido antes con la fragua y el martillo, y no tardó en poder solicitar la mano de la hija del pintor. Una historia semejante se cuenta de Ribalta, el famoso pintor español.

Habiéndose enamorado de la hija de su maestro, se vió rechazado en un principio, porque no había hecho bastantes progresos en su profesión. En vista de ello, se marchó á Roma, donde estudió y trabajó con tal éxito, que á su regreso á Valencia pidió y obtuvo la mano de la dueña de su corazón. Hemos oído citar un feliz matrimonio cuyo origen se debió á la crítica. Una señora bastante conocida escribió un libro de viajes por el extranjero, que fué objeto de aguda crítica, aunque favorable en el fondo, por parte de uno de los principales periódicos ingleses. La autora escribió al editor pidiéndole que le indicase las señas del revistero, pretextando que deseaba ponerse en comunicación con él acerca de ciertos puntos en que evidentemente se había equivocado. El resultado fué una correspondencia, una entrevista y un enamoramiento; el crítico casóse con la autora, que es hoy vizcondesa de S...

Algunos de los hombres más prudentes y más sabios han cometido grandes errores al casarse. El juicioso Hooker no lo fué en manera alguna al elegir esposa; confió esta comisión á su patrona, la cual le recomendó á su propia hija. No era guapa, y lo que es peor, era una verdadera furia. Cuando Edwin Sandys y Jorge Craumer fueron á visitarle en su pequeño curato de Dryton-Beauchamp, en Buckinghamshire, le hallaron guardando unas cuantas ovejas en el campo. Habiéndole relevado de su penoso trabajo, Hooker volvió á su casa con sus amigos y su mujer le llamó acto seguido para que meciese la cuna. Isaac Walton, en su *Vida de Hooker*, presenta un lamentable cuadro de la desgraciada existencia del pobre predicador: «Conside»ramos—agrega,—que el profeta Ezequiel dice: Hay »una rueda dentro de otra rueda, una secreta rueda sa»grada de la Providencia, más visible en los matrimo»nios, dirigida por la mano del Altísimo, que no otorga »la carrera al que puede correr, ni el pan al sabio, ni las

»buenas esposas á los hombres buenos; y Aquél, á quien »es dado sacar bien del mal, es el único que sabe por »qué no se otorgó semejante bendición al paciente Job, »al manso Moisés y al no menos manso y paciente mís»ter Hooker.»

El doctor Donne casóse en secreto con la hija de sir Jorge More, canciller de la Jarretiera y teniente general de la Torre. Donne, siendo joven, fué secretario particular de lord Ellesmere, conservador del Gran Sello. Mientras habitó en su casa tuvo, frecuentemente, oportunidad de ver á dicha señorita y se enamoró perdidamente de ella. Sir Jorge tuvo noticia de estos amores y, por último, trasladó á su hija á su casa en Surrey; pero ya era demasiado tarde, pues los jóvenes habían hecho juramentos que sólo podía romper la muerte. Encontraron una oportunidad para que los casaran clandestinamente. Al saberlo, sir Jorge se puso muy irritado é instó á lord Ellesmere para que despidiese á su secretario. Lord Ellesmere despidió á Donne, mas diciéndole: «Que se separaba de un amigo y de un se»cretario tal, que era más digno de servir á un rey que »á un súbdito.» Donne envió á su esposa una triste carta poniéndola en conocimiento de su despedida. Sir Jorge More fué más adelante aún; los tres clérigos que habían intervenido en el matrimonio de su hija, que era aún menor de edad, fueron presos y encerrados en tres prisiones distintas. El severo padre se ablandó al fin, sobre todo cuando oyó los elogios de su yerno, repetidos en todas partes. En consecuencia, permitió que se uniesen de nuevo con su paternal bendición, después de una separación tan prolongada. Ana Donne fué una esposa amante y llena de abnegación para el más bueno y más inteligente de los hombres.

No sucede á menudo que los maridos leguen á la posteridad el retrato de sus esposas, como hizo Rubens con las suyas. Se casó dos veces, é hizo muchos retratos de las dos esposas. La primera vez se casó con Isabel Brants, á la edad de treinta y dos años. Murió su esposa á los diecisiete años de matrimonio. Cinco años más tarde se casó con Elena Forman, linda muchacha de dieciséis años. Su retrato se encuentra, frecuente-

mente, en sus cuadros. En el altar mayor de la iglesia de Jesús, de Amberes, están los retratos de su padre y de sus dos esposas.

Simpsón, el matemático, se casó para tener un hogar. No obstante, era sólo un adolescente y trabajaba de tejedor en Nuneaton, cuando se casó con la viuda de un sastre que tenía treinta años más que él y era madre de dos hijos, el más joven de los cuales le llevaba á Simpsón dos años; no obstante, esta extraña unión no alteró en nada la armonía de la familia. Samuel Johnson se casó, á los veintisiete años, con «Tity» Porter, una viuda fatua, voluble ó más bien grosera, aficionada á los licores fuertes y con hijos tan viejos como él. Excepto mistress Thrale, á quien juzgó siempre con cariñosa admiración, Tity fué la única mujer de que Johnson parece haber estado realmente enamorado, y manifestóse tan corto de vista, que no vió sus defectos personales. Vivieron felizmente juntos por espacio de dieciséis años, y Johnson no habló nunca de ella sino con pena y ternura.

Whitefield y Werley fueron ambos desdichados en su matrimonio. Dícese que Whitefield se había visto libre de la loca pasión que los hombres llaman amor. No hizo gran cosa por casarse, mas se casó y se hizo desgraciado. Cornelio Wínter refiere que la muerte de su esposa proporcionó á Whitefield la mayor tranquilidad. Juan Wesley fué aún más desgraciado. Se casó con una viuda con cuatro hijos, una gran fortuna y un carácter insoportable. Le inspiraban pocas simpatías sus opiniones y se mostraba displicente con las personas que se hallaban en contacto con ella. Además era extraordinariamente celosa de su marido, registrábale los bolsillos para buscar cartas y, á menudo, le arrancaba los cabellos. Sin embargo, Wesley la soportó por espacio de veinte años. Por último, ella le abandonó, llevándose parte de sus Memorias con otros muchos papeles, y no volvió jamás. Wesley alude á la separación en su diario: «No la olvido; no la volveré á llamar.» (1)

(1) Dígase lo que se quiera de la esposa de Wesley, él debió también heredar algo del carácter difícil de su propia familia, pues debe tenerse presente que Samuel Wesley, su padre, que era un obstinado Whig, des-

Augusto Comte, persona de carácter muy diferente, fué, igualmente, desgraciado en su matrimonio. El y su esposa disputaban á menudo y violentamente y, cuando se separaron, el marido hablaba de ella como el que se ve libre de una intolerable opresión doméstica. Al poco tiempo contrajo relaciones platónicas con madama de Vaux, cuyo esposo había sido enviado á presidio por toda la vida. Comte adquirió la costumbre de darle el nombre de Santa Clotilde y á someterle sus esquemas para el desarrollo y perfeccionamiento de la raza humana. Mas ella murió poco después y Comte quedó inconsolable. Más tarde solía visitar semanalmente su tumba é invocar diariamente su asistencia. «Puede con»siderarse—dice míster Lewes,—como la Beatriz de la »nueva *Religión de la Humanidad* de Comte.»(1)

Varios de los más grandes músicos permanecieron solteros, y Haydn fué desgraciado en su matrimonio y se separó de su esposa, principalmente debido á las extravagancias de ésta. Mozart y Wéber fueron felices con sus esposas, especialmente el último. No obstante, la vida de un músico, á causa de las excitaciones y cambios constantes, no es completamente favorable á la felicidad doméstica. Los amores y vida conyugal de Wéber, según los relata él mismo en sus cartas á Carolina Brand, su «amada Lena», tienen el encanto de una novela. Su esposa simpatizó con él, le aconsejó, le confortó y le amó con ternura. Las cartas que él le dirigió son enteramente propias de un alemán, y el amor alemán es mucho más sentimental que el inglés. El primero es superabundante y exuberante, en tanto que el último es restringido y tímido.

Los hermanos Corneille casáronse con las dos hermanas Lamperiere, y el amor de la familia entera quedó cimentado por esta unión. Vivían en casas contiguas que se comunicaban, y gozaban de esta manera de la comunidad de gustos y sentimientos. Los dos

---

cubriendo por casualidad que su esposa, que era Tory, no dijo Amén á la oración por la curación de Guillermo III, durante su última enfermedad, mostróse tan disgustado por ello, que se negó á vivir en su compañía, y estuvo separado temporalmente de la misma á causa de esto.

(1) *Fortnightly Review*, núm. 16.

hermanos trabajaban juntos y participaban mutuamente de su gloria respectiva; en tanto que las hermanas eran felices, pues simpatizaban entre sí y amaban y admiraban á sus esposos. No menos feliz fué la vida matrimonial de Racine. Su esposa era piadosa, buena y de carácter dulce. Sin embargo, no era aficionada á la poesía y apenas conocía el nombre de las tragedias de su esposo. Cierto día Racine volvió de Versalles con una bolsa de cien luises de oro. Corriendo al encuentro de su esposa, la abrazó y dijo: «Felicítame por los cien luises de oro que el rey me ha regalado.» La esposa, que tenía tan poca afición al dinero como á la poesía, le hizo únicamente una observación acerca de la conducta de uno de sus hijos. «Déjanos hoy de eso —»repuso el poeta;—cuéntamelo otro día; el día de »hoy consagrémoslo á la alegría.»

Juan Pablo Richter fué muy enamorado desde su niñez. Estando en la escuela se enamoró de Catalina Barín, y más tarde consagró un capítulo de su vida al primer beso. El amor fué seguido de una temporada de tierna melancolía: sobre las flores y las mieses, corona de la felicidad, de igual manera que sobre la corona nupcial pende, comúnmente, la gota de rocío que parece una lágrima. Se enamoró estéticamente una vez y otra, ejerciendo sus escritos singular fascinación sobre el ánimo de sus lectoras de corazón tierno, pero sin casarse con ninguna. En Weimar solicitaron con tanta vehemencia bucles de sus cabellos y él satisfizo tan pródigamente dichas peticiones, que su cabeza quedó tan trasquilada que se vió en la necesidad de adquirir un perrito de lanas, con cuyas hirsutas guedejas pudo satisfacer las futuras peticiones. Entre sus amoríos encontramos á madama von Kalb (que vivía separada de su esposo), á madama von Krudener (esposa del embajador de Rusia en Dinamarca), á Emilia von Berleps (que se lamentaba de la frialdad de su platonismo), á Carolina von F. (una divina duquesa, con ojos de niña, en cuyo rostro brillaban el fuego del amor y el encanto de la juventud, y que tenía una voz de ruiseñor), á Josefina von Sydon, una encantadora francesa «firme, tierna, alegre, sencilla y cándida»; y, finalmente,

á Carolina Meyer, con quien se casó. Pero no terminó aquí la fascinación que ejerció sobre las mujeres, pues muchos años después de estar felizmente casado, y cuando ya contaba cincuenta años, recibió una carta escrita en términos apasionados por una María Fórster, que sólo tenía diecisiete y que se había enamorado ardientemente de él por sus escritos, desde la edad de diez años. Juan Pablo la desanimó y le aconsejó prudentemente; pero no le escribió más cartas, por lo cual la loca y apasionada joven se desesperó y se ahogó.

Sheridán se casó dos veces, y aunque imprevisor en muchas cosas, tuvo suerte en ambos matrimonios. Cuando tenía sólo veintidós años se fugó con miss Limley, una linda cantante que tenía seis años menos que él y se casó en secreto con ella. La falta de dinero le lanzó á la literatura, y dos años después de su matrimonio escribió *Los Rivales*, que fué seguido por la *Escuela del escándalo* y otras obras. Su vida fué una serie de altos y bajos, de deudas y de dificultades, de fracasos y de éxitos. No obstante, su joven esposa lo sobrellevó todo con paciencia, y hasta le amó más, como deben hacer las mujeres abnegadas, á causa de sus imperfecciones. Sheridán entró en el Parlamento y tuvo gran éxito como orador; y al poco tiempo su excelente esposa, de la que decía el entonces obispo de Norwich, que era el eslabón que unía á la mujer con el ángel, murió de la tuberculosis. Sheridán quedó, por largo tiempo, completamente postrado por semejante pérdida. «Le he »visto—dice Kelly,—«una noche y otra», sentado y llo»rando como un niño, mientras que yo le cantaba, con»forme á su deseo, una de mis patéticas cantinelas. La »llevaron á una verde tumba. Jamás he oído hablar de »un dolor más punzante que el que Sheridán experi»mentó por la pérdida de su amada esposa.» Pero el tiempo, gran consolador, cicatrizó sus heridas; y tres años más tarde el poeta se casó con miss Ogle, hija del deán de Winchester, una señorita dotada de todas las perfecciones y que le profesaba ardiente cariño. Sheridán, aunque no se cuidaba de sus propias penas y dificultades, se mostraba, no obstante, lleno de ansiedad con respecto á su hijo Tomás, á quien deseaba casar

con una señorita de gran fortuna. Mas, otra señorita, miss Calländer, había ya conquistado el corazón de su hijo. Cierto día, Sheridán había hablado largamente con él acerca del matrimonio, y le amenazó con que, si se casaba con miss Calländer, no le daría ni un solo chelín. Tomás no pudo resistir á la oportunidad de contestar: «Para eso, señor, tendría usted que pedirlo prestado.» La segunda esposa de Sheridán tuvo que luchar con las mismas dificultades que la primera. Tuvo que recurrir á toda clase de expedientes para obtener dinero; y, al fin, molestado por los acreedores y abandonado por los amigos, murió junto á su fiel esposa, que le amó y le admiró hasta el fin.

Steele parecióse á Sheridán en la imprevisión y en sus amores. Se casó, igualmente, dos veces. La primera con una señorita de las Barbadas, y la segunda con la hija de un caballero de Carmarthenshire, á quien dirigió aquellas cartas graciosas, tiernas y admirables que inmortalizaron su *Prueship*. Lo mismo que Sheridán, Steele se vió perseguido por la continua falta de dinero; y aunque á su mujer le ponía una cara alegre, tenía, á menudo, la muerte en el corazón. Halló, por algún tiempo, consuelo en la bebida y dejaba á su esposa en casa para verse libre de los acreedores, que le asediaban, mientras que él se refugiaba, con sus alegres camaradas, en «The Rose». Mas la excelente naturaleza de Steele se sobreponía siempre cuando pensaba en su esposa. Al dedicarle uno de sus volúmenes, decía: «¡Cuántas penas ha apartado tu ternura de mi cabeza »enferma, cuántas angustias de mi afligido corazón! Si »es verdad que existen ángeles de la guarda, deben te»ner este mismo empleo. No puedo creer que ninguno »de ellos tenga mejor corazón, ni forma más encantadora »que mi esposa.»

«Los poetas—escribe Johnson,—dicho sea con todo respeto, no son muy buenos para padres»; á lo cual puede añadirse, con la misma veracidad, que tampoco son buenos para maridos. En prueba de ello, basta mencionar á Shakespeare y Ana Hathaway; á Milton y á su primera mujer; á Greene, el autor dramático, que vivió sólo un año con su esposa; á Churchill, que se

casó á los diecisiete años, regañó con su esposa y se envenenó; á Sterne, que se conmovía al ver un asno muerto, y abandonó á su esposa y á su madre; á Thompson, que se casó, pero no tuvo nunca esposa; (1) á Byron, cuyo matrimonio fué sórdido y egoísta por un lado é infecundo y falto de generosidad por otro; á Shelley, cuya primera mujer se ahogó cuando él la abandonó por María Godwin. Ninguno de los errores cometidos por los poetas al casarse, han sido más penosos que éstos. No obstante, muchos poetas han tenido la suerte de poseer excelentes compañeras. Parnell se casó con una señora de rara belleza y mérito; y su dolor, al perderla, causó tal impresión en su inteligencia y su corazón, que jamás volvió á recobrar por completo la salud y la inteligencia. Sir Walter Scott fué completamente feliz en el matrimonio: también lo fueron Crabbe, Wordsworth, Hood y Southey.

Southey, Coleridge y Lovell, poetas los tres, se casaron con tres hermanas, las señoritas Frécker, de Brístol. Todos eran igualmente pobres al contraer matrimonio. Southey tenía veintiún años y Coleridge veintitrés, pero tenían muy distinto carácter. Southey era un trabajador y Coleridge un hablador. La vida doméstica del uno fué dichosa; la del otro fué una vulgaridad. Cuando Coleridge se iba á viajar con un sueldo anual de 120 libras esterlinas, que le habían señalado los señores Wedgwod, de Burslem, dejaba su familia á cargo de Southey. Por aquel tiempo murió Lowell, y el generoso Southey tomó á su cargo á la viuda y á los hijos y los mantuvo mientras vivió. Southey fué, igualmente, dichoso en su segundo matrimonio, con la estimable poetisa Carolina Bowles, que le cerró los ojos al morir.

El poeta Moore fué, asimismo, feliz en su matrimonio; «su querida Isabel» era, en verdad, una mujer muy digna de estima y una esposa muy amante. Su nombre se presenta á cada momento en el diario de su vida; quedábase muy contenta con Sloperton, inte-

(1) El registro de la antigua iglesia de Marylebone contiene la partida de defunción de Mary Thompson, forastera. *Diccionario biográfico de Chambers.*

rín él circulaba con animación entre duques y duquesas en Londres y les cantaba sus canciones guerreras de Irlanda. Cróker burlóse de la *Vida de Moore*, publicada por lord Juan Russell, en la *Quarterly:* sin embargo, «su querida Isabel» contribuyó grandemente á la dicha del poeta y le asistió con cariñoso afecto durante una prolongada enfermedad que puso fin á su vida. Mas el matrimonio de Tomás Hood, cuya vida fué un continuo martirio, fué uno de los más felices. Su esposa le asistió en sus enfermedades, le consoló en sus penas é hizo que su vida doméstica fuese lo más feliz posible dado lo triste de las circunstancias. Pero á no ser por este matrimonio, Hood aseguró siempre que no hubiera hecho nada de provecho. En una de sus ardientes cartas á su esposa, dice: «Yo no era nada, esposa mía, »hasta que te conocí; y desde aquel instante he sido »el hombre más bueno, más feliz y más lleno de pros»peridad. Conserva bien esta verdad en tu memoria, »amada mía, y recuérdamela si alguna vez la olvido.»

Los matrimonios de varios hombres de genio han sido muy extraños, como, por ejemplo, los de Balzac y Lamartine. Cuando Balzac estaba en el zenit de su gloria, viajaba por Suiza y había llegado á un hotel precisamente en el momento en que los príncipes Hansky se disponían á partir. Balzac fué colocado en el aposento que ellos acababan de dejar vacío, cuando se vió de pronto sorprendido por la llegada de la princesa, que había vuelto en busca de un libro, olvidado en el balcón donde Balzac se hallaba sentado. La señora dijo que el libro en cuestión era la edición de bolsillo de las obras de Balzac, agregando que nunca viajaba sin dicho libro. Pasaron quince años, durante los cuales mantuvieron correspondencia literaria la condesa y Balzac, por último recibió éste una carta de carácter mucho más personal. Le anunciaba la muerte de su marido el príncipe, é insinuaba que había determinado darle un sucesor en la persona del mismo Balzac. El afortunado autor no aguardó un segundo avance. Partió en seguida para el castillo de la princesa, á orillas del Rhin, donde se casaron felizmente, en medio de una serie de magníficas fiestas destinadas á celebrar el fausto suceso. La-

martine se casó también con una señora inglesa muy rica, llamada Birch. Habíase enamorado evidentemente del poeta por la lectura de sus meditaciones; y habiéndose enterado del mal estado de sus negocios, le escribió y le ofreció toda su fortuna. Conmovido por su generosidad se decidió á ofrecerle su mano y su corazón, que fueron inmediatamente aceptados. Necesitaríamos un gran espacio para dar cuenta de los hombres de genio que han sido auxiliados por sus esposas. De algunos de ellos hemos hablado en otra obra nuestra; (1) pero á éstos pueden añadirse uno ó dos más. Buffón se casó muy tarde, á los cuarenta y cinco años, pero fué muy feliz en su unión con la señorita de Saint Belin; que vigiló con el mayor esmero los pasos de su marido por el camino de la gloria, y se regocijó con los honores que le fueron concedidos por las corporaciones sabias y las testas coronadas, tanto en su país como en el extranjero. Niebuhr, el historiador, fué también auxiliado muy eficazmente, por su esposa. Ella calmaba con el encanto de su presencia la extraordinaria irritabilidad de su carácter, y tomaba parte, no solamente en los cuidados domésticos, sino también en los trabajos intelectuales de su esposo. Ella era la primera con quien discutía los descubrimientos históricos, los acontecimientos políticos y las novedades literarias. Realmente, cuando preparaba libros para la instrucción del mundo, lo hacía por complacer á su esposa y para obtener su aprobación. Pocos días antes de su muerte, preguntóle él, mientras la sostenía en sus brazos, si no había algo que pudiese hacer para agradarla. Ella le respondió con una mirada de indecible ternura: «Viva yo ó muera, acabarás tu historia.» Este fué su último deseo. Tal vez se haya dicho demasiado acerca de la vida marital de Tomás Carlyle. Ha sido pintada con colores mucho más negros de lo que merecía; las sombras se han exagerado tanto como en una pintura de Rembrandt. Juana Welsch anhelaba casarse con un hombre de genio, más bien que con obscuro médico rural, y lo consiguió, pero el matrimonio no convenía á sus inclinaciones. La pa-

(1) *Carácter*, cap. XI.

reja tuvo que luchar con dificultades y vivir con pocos recursos, producto de traducciones, lecciones y artículos en las revistas. Pero hasta estas dificultades, vencidas más tarde por el éxito, debieron tener el más vivo interés para ambos. Por último, se elevó Carlyle y elevó á su mujer á la más escogida sociedad intelectual. ¿No era esto suficiente? Ambos tenían la lengua suelta: ambos eran disputadores é irritables, y no guardaban la menor consideración á sus respectivos sentimientos.

Sin embargo, de las cartas de Carlyle se deduce claramente que amaba mucho á su esposa, no obstante lo que se ha dicho de él. Ella también le auxilió en sus trabajos, y estaba tan orgullosa con su noble lucha y valiente triunfo, como podía estarlo una mujer inteligente. El último testimonio de Carlyle á su memoria rebosaba de simpatía y ternura.

Cuando el doctor Paley oyó hablar á un amigo suyo de su felicidad conyugal, afirmando que durante cuarenta años no había habido en su casa la menor disputa, preguntó al que se lo decía: «¿No le parece eso á usted demasiado tonto?» El viajero que atraviesa una inmensa llanura, se fatiga mucho más que el que camina por un país quebrado. Esto mismo es verdad hablando del matrimonio. Juana Welsch fué mucho más dichosa como esposa de Tomás Carlyle que lo hubiera sido como esposa de otro cualquiera. Hasta Eugenia de Suerin confesaba que en el fondo de toda alma humana hay un poco de cieno, mas en la suya la cantidad era mucho más pequeña.

Se ha establecido un paralelo entre la vida matrimonial de Carlyle y Hawthorne. Pero eran diferentes, lo mismo como hombres que como escritores. Carlyle no hubiera podido escribir los libros de Hawthorne, ni Hawthorne los de Carlyle. Los hombres diferían física y moralmente; sus esposas también diferían entre sí, y lo mismo sucedió con sus vidas. Unicamente Hawthorne pudo escribir la *Scarlet Letter*, y sólo Carlyle pudo escribir la *Revolución Francesa*. Estas obras nacieron espontáneamente de ellos, y fueron sus obras maestras. Finalmente, debemos recordar que ni los autores ni sus

esposas pueden ser perfectos. Es cierto que muchos hombres, al casarse, no dan con una esposa leal, y lo mismo les sucede á muchas mujeres. En lo que respecta á las mujeres de la sociedad moderna, que, según las palabras de San Pablo: «aprenden á ser pere»zosas yendo de casa en casa, y no tan sólo perezosas »sino entrometidas, hablando de cosas que no deben», son únicamente los productos más inferiores de una falsa civilización. Son incapaces de amor y menos todavía de amistad. Son falsas en todo, desde las pinturas de sus mejillas hasta las palabras de su boca. La mujer, que sigue la moda, no tiene hogar, sino un establecimiento; tiene hijos, mas no familia, y un marido que no es ni compañero, ni amigo, ni amante. ¡Qué tiene de extraño que el hombre tema casarse y prefiera los placeres de la vida de soltero! «Mis medios no me permiten casarme», dicen generalmente hasta hombres de situación desahogada y casi próspera en la sociedad. Mis medios no me permiten hacer frente á lo que las señoritas jóvenes se complacen en llamar las necesidades de la vida. Puede uno tener bastante abnegación para evitar el matrimonio y conservarse puro; aunque puede también caer en malos pasos que le conduzcan á la miseria y á la ruina. «El hombre puede ser conquista»do por la belleza de la mujer—dice Haggard,—si esta »belleza es bastante; y la belleza de la mujer puede »comprarse con oro si el oro es bastante.» Las señoritas jóvenes se casan con un hombre rico que pueda satisfacer sus deseos de lujo. Mas en el fondo de la copa del placer hay veneno, que termina en la muerte moral. Hasta cuando un hombre se halla comprometido, no se casa mientras no tiene lo suficiente para montar un hogar lujoso. Es probable que este tiempo no llegue nunca y el compromiso se dilata de día en día, al paso que se sacrifican la dicha y el bienestar.

Mistress Gore defiende el matrimonio francés llamado *de conveniencia*, porque prescinde de los largos compromisos y de las uniones fundadas en el mutuo afecto. A pesar de que se pueden hacer muchas objeciones á los matrimonios de conveniencia, examinando la historia doméstica de las clases elevadas en ambos países,

sobre todo si se tiene en cuenta la condición de los solteros y la moralidad de los casados, se verá que tienen en su abono muchas más ventajas que lo que puede hacer suponer un ligero y superficial examen. Si un hombre ha llegado á conquistar una posición que le permite casarse con la persona que ama, esto es, con una mujer sana, virtuosa y cariñosa, cásese en buen hora; y si ella tiene prudencia y buen sentido, dirigirá sus asuntos domésticos con rectitud, y permitirá á su marido el poder gozar las dichas del hogar doméstico. Un amor joven, si es verdadero y celoso, hará que los primeros años de lucha sean útiles y dichosos. La pareja marchará cogida de las manos á través de la vida, participando mutuamente de sus penas y alegrías respectivas, esperando, trabajando y prosperando juntos. Es conocida la máxima: «No ambiciones mucho, espera tiempos mejores y cree en Dios.» El matrimonio más dichoso, como el buen vino, necesita muchos años para llegar á la perfección. Las almas y los corazones han de unirse entre sí, y han de conocerse mutuamente mucho más que en los días de su noviazgo y de su compromiso amoroso. Entonces hallarán uno en otro virtudes y, muy frecuentemente, debilidades. En el último caso, deben aprender á soportarlas y á sacrificarse en las pequeñeces de la vida. Entonces llegarán la paz permanente y la tranquilidad. Como dice Jeremías Taylor, solamente al cabo de algunos años puede haber recuerdos y hechos presentes, que asienten el amor sobre firmes cimientos. El amor engrandece las cosas vulgares con el rastro luminoso que deja en pos de sí, y modera y subyuga lo porvenir con los destellos que proyecta hacia adelante. Hasta el sufrimiento propende á unir á los casados más firmemente entre sí. La aflicción da mayor consistencia á la simpatía. Como dice el proverbio oriental, «el que sacude el ár»bol de la tristeza, siembra, frecuentemente, los gérme»nes de la dicha.»

X

LA TARDE DE LA VIDA.—ÚLTIMOS PENSAMIENTOS DE LOS GRANDES HOMBRES

¡Oh, vida, hemos vivido juntos largos años, atravesando tiempos buenos y malos! ¡Qué triste es separarse dos amigos que se quieren; casi llega á costarnos un suspiro ó una lágrima! No te detengas, no nos des el menor aviso, elige el momento que gustes; no nos digas buenas noches, dinos más bien buenos días en alguna otra región de clima más benigno.—MISTRESS BARBAULD.

No ames ni aborrezcas la vida, pero procura vivir bien el tiempo, largo ó corto, que te conceda el Cielo.—MILTON.

Todo lo que ha muerto, las razas humanas del Universo entero reposan donde la Muerte va amontonando sus tesoros; la noche tiende su manto de sombra sobre el trabajo cotidiano de cada uno.—V.

Virtute vixit.
Memoria vivit.
Gloria vivet.

Monumento de Santa María de los Angeles en Roma.

La tarde de la vida guarda muchas compensaciones. La juventud tiene sus placeres y la vejez sus recuerdos. Las horas de la tarde de la vida hasta pueden llegar á ser las más bellas, así como los más delicados pétalos de las flores son los últimos que se abren. El fruto se desarrolla mientras las flores y los pétalos se marchitan, de igual manera que el alma adquiere madurez, al paso que el cuerpo parece decaer. Cornaro decía á los ochenta y cinco años: «El espíritu aumenta en perfección á medida que el cuerpo envejece.»

Habiendo preguntado al doctor americano Canning, poco antes de morir, cuál era el período más feliz de su vida, respondió: «Los sesenta años», la edad que él tenía. Coleridge ha dicho, refiriéndose á él, que tenía la sabiduría del amor y el amor de la sabiduría. Sus teorías de la vida y de la Naturaleza eran igualmente agradables. Hasta puede decirse de él que era un optimista excesivamente entusiasta, porque no pareció ver lo triste y terrible de algunos de los aspectos de la vida.

El gran climatérico ó principal período crítico de la vida humana en que el espíritu comienza á decaer gradualmente, se ha fijado en los sesenta y tres años; pero Fontenelle declaraba que la parte más feliz de su vida fué desde los sesenta y seis hasta los setenta y seis años. Johnson dice que Wáhler, á los setenta y dos años, no parecía haber perdido nada de su fuerza poética. Buffón, á los setenta, afirmaba que sentía la felicidad de vivir como nunca la había sentido hasta entonces. «La vida del pasado—decía,—que despierta el »recuerdo de las antiguas locuras, me ofrece, por el con»trario, los goces de la memoria, agradables pinturas, »preciosas imágenes que valen mucho más que los ob»jetos de vuestros placeres; porque son agradables y »puras estas imágenes y solamente traen á la memoria »recuerdos de amistad.»

Un moralista francés dice que el paraíso de la juventud es la vejez y que el de la vejez es la juventud. ¡Cuán lentamente nos parece que pasan los años cuando somos jóvenes! El día de nuestro nacimiento se presenta con remotos intervalos; el paraíso de la edad madura llega con paso muy tardo; pero á medida que pasan los años, el aniversario de nuestro nacimiento llega, cada vez, más rápidamente. Entonces miramos hacia atrás, dirigiendo nuestras miradas al paraíso de la juventud, y nos regocijamos con nuestros recuerdos. Dichoso el hombre que puede mirar hacia atrás y recrearse con el recuerdo de las buenas acciones y palabras. Cicerón, en su libro *De Senectute*, dice que la vejez es una carga que hay que soportar; aunque su propia existencia presenta un admirable ejemplo de laboriosidad, de clásica elegancia y refinamiento, tan hermosamente

expresado en esta forma: *Quiete, et pure, et elegantei actæ ætais, placida ac lenis senectus.*

La tarde de la vida trae á la memoria multitud de alegres recuerdos, sobre todo la lectura de nuestros viejos libros favoritos. A muchos les procura deportes y tranquilas ocupaciones, como la pesca, la horticultura y la herborización. Lord Chesterfield, cuando se quedó completamente sordo, abandonó el mundo elegante, y fué á pasar el resto de su vida en su *villa* de Blacheat, cerca de la avenida conocida todavía con el nombre de paseo de Chesterfield. Distraíase con la literatura que, según decía, era la única conversación de los sordos y el único lazo que los une á la sociedad. «He vegetado »todo este año—escribe á un amigo suyo de Francia, al »llegar á los sesenta,—sin goce y sin pena. Mi edad y »mi sordera impiden lo primero y, mi filosofía, ó, mejor »dicho, mi temperamento, me preserva de lo segundo. »La mejor parte de mis distracciones me las proporcio»nan los tranquilos goces de la jardinería, así como tam»bién el paseo y la lectura.» Las *Cartas* á su hijo fueron publicadas después de su muerte.

Es en extremo conmovedor lo que refiere Ricardo Baxter de lo que le indujo á escribir el *Descanso de los Santos*. «En tanto tuve salud—dice,—no tuve el menor »pensamiento de escribir libros ó de servir á Dios pú»blicamente de otro modo que predicando; pero cuando »me vi debilitado por una gran hemorragia y me deja»ron solo en mi aposento, en casa de sir Juan Cook, en »Derbishire, sin más compañía que mi criado, y sen»tenciado á muerte por los médicos, comencé á meditar »más seriamente acerca del eterno descanso, al borde »del cual creía yo estar, y del que no podía apartar mis »pensamientos; en medio de mi meditación, comencé á »escribir algo sobre este asunto.»

Southey dice: «No pido á los hombres que eviten »el ser pobres á medida que envejecen, mas les digo á »todos que eviten la vejez solitaria.» El descanso debe ser el objeto de nuestros deseos. De aquí la necesidad para los profesores y otros de tratar de adquirir alguna ocupación entretenida, distinta, en cuanto sea posible, de su ocupación ordinaria. Talleyrand dijo una vez á

una persona que no jugaba al whist: «¿Ha pensado usted en la miserable vejez que le aguarda?» Cavour fué un jugador de whist de primer orden, y se distinguía por su buena mano. Durante las sesiones del Congreso de París, jugaba todas las noches en el Jockey Club. Metternich era, asimismo, un gran jugador de whist, pero hay muchos hombres á quienes no es posible jugar una partida de whist, y que, no obstante, pueden pasar muchas horas agradables en la tarde de su vida. El gran consuelo de Beethoven, en su ancianidad, consistía en leer las novelas de Walter Scott y la *Odisea* de Homero. Se diferenciaba en esto del difunto doctor Gaisford, director del Christ Church College. Hallándose enfermo pidió alguna lectura agradable, y le llevaron una novela de Walter Scott. «No, no, esto es muy pesado; que me traigan un Diccionario griego.» Sidney Smith dice que cuando deseaba distraerse leyendo, durante su enfermedad, echaba mano de libros como la *Riqueza de las Naciones*.

Hasta los ciegos pueden gozar, en el último período de su existencia. La privación de la vista ha sido uno de los mayores obstáculos para la carrera de los hombres de genio. De qué manera tan conmovedora lamentaba Milton su pérdida. Privado de la vista, ciego en medio de los enemigos, sin ojos, en Gaza, en el molino, en compañía de los esclavos, aunque sin perder un átomo de su ánimo y esperanza, el ciego anciano puede todavía sostenerse y caminar derecho hacia adelante, y no era su privación toda pérdida. A semejanza del ruiseñor, que canta en la obscuridad y lanza sus nocturnos trinos en los sitios más ocultos y sombríos, Milton cantó no menos divinamente, aunque sus ojos habían perdido la luz. Verdaderamente, á no ser por la privación de su vista, su *Paraíso perdido* no se hubiera escrito nunca, pues en la época en que se quedó ciego, se proponía escribir la *Historia de Inglaterra*.

Las compensaciones de la Naturaleza son numerosas. Las funciones de los sentidos son, en cierta manera, reemplazables, y las que subsisten pueden aumentar su agudeza en compensación de las perdidas. Cuando se queda uno ciego, el oído afínase extraordinariamente

para el placer de los sonidos. El tacto se hace más delicado; los dedos vienen á reemplazar á los ojos; la cara misma se transforma en ojo y lo ve y lo siente todo. El buen humor y el ánimo suplen, hasta cierto punto, la pérdida. De aquí que los hombres ciegos no vivan más aislados que los demás, sino, á veces, mucho menos. La ceguera dulcifica, á menudo, el carácter, mientras que con la sordera éste se torna, generalmente, más brusco.

El caso de Kozlor, el ruso, parece ser muy raro. Era no tan sólo ciego, sino también paralítico de ambos pies. Pero su desgracia desarrolló en él profundo amor á la poesía, que cultivó como recreo, durante el resto de su vida.

Euler no perdió la vista sino después de haber estado, durante mucho tiempo, amenazado de esta desgracia; sin embargo, una vez que la perdió por completo, continuó sus trabajos, y su carácter hízose más alegre que antes. Su memoria se hizo tan poderosa con el mayor ejercicio, que podía repetir toda la *Eneida* recordando las palabras con que principiaba y concluía cada página. Galileo perdió por completo la vista pocos años antes de su muerte, pero continuó sus trabajos intelectuales hasta el fin. El doctor Túker se vió acometido por la ceguera á la edad de sesenta y seis años: mas no interrumpió sus estudios. Su hija le leía, y hasta aprendió el griego á fin de que su padre pudiese, con su ayuda, continuar en contacto con sus autores favoritos. Siguió escribiendo mediante una máquina que él mismo imaginó, y su escritura era suficientemente legible para que su hija pudiera copiarla fácilmente. Thierry y Prescott fueron ciegos, aunque no perdieron la vista sino en edad avanzada. Para entregarse á investigaciones históricas, parece absolutamente precisa la facultad de la vista, á causa de la multitud de libros que hay que leer y consultar, de tiempo en tiempo. No obstante, teniendo la inteligencia bien provista de antemano, y con el auxilio de otros, ambos historiadores pudieron preparar y publicar libros de gran valor é importancia. En tanto Thierry dictaba á un amanuense, Prescott escribía todas sus obras de su propia mano, valiéndose de

un pupitre y de una pluma inventados para los ciegos.

Entre los que perdieron la vista relativamente en edad avanzada, encontramos á Delille, Lamothe, Montesquieu, sir Josué Reynolds, Hændel, Juan Pablo Richter, Isaac Disraeli, (1) Jussieu, Rumpf (botánico), Cassini (astrónomo), Berard (matemático), el vizconde Cranbourne y el profesor Fawcett. Enrique Heine estuvo completamente ciego durante ocho años, antes de su muerte. En este período escribió algunas de sus obras más delicadas. Juan Pablo, que estuvo largo tiempo medio ciego, perdió, por último, por completo la vista, en el *Orcus de la Amaurosis*. Sin embargo, estaba interiormente lleno de luz, y ocupado hasta en sus últimos años escribiendo su *Celina*, para demostrar la inmortalidad del alma; el manuscrito, no acabado, de esta obra, fué enterrado con él.

El más extraordinario, tal vez, de los ciegos, fué el teniente Holman R. N., el célebre viajero. (2) Perdió la vista á los veinticinco años, y vióse en la precisión de abandonar el servicio. Debió causarle gran tristeza la pérdida de la vista, porque era hombre de espíritu muy emprendedor. Pero una vez que se vió condenado irremisiblemente á total ceguera, su ánimo hizo un poderoso esfuerzo para sobrellevarla alegremente, y procuró adaptarse á su nueva situación. ¿Qué podía hacer? Era muy aficionado á los viajes y, sin embargo, era ciego. A pesar de esto, se decidió á ensayar y empezó sus viajes. Empezó su primera jornada por Francia, aunque

(1) Míster Disraeli pudo seguir sus estudios literarios con la ayuda de su hija, á la que consagró recuerdo de gratitud en el prefacio de sus miscelánea de literatura (edición de 1840), donde dice: «En medio de mi biblioteca encontrábame como si estuviese muy distante de ella. Mis trabajos sin acabar y mis proyectos, quedaron paralizados. Lleno de alegre ardor, no me puedo pasear más allá del circuito vacío que hay enfrente de mí. El ciervo herido tiene el triste privilegio de llorar cuando cae, quizás porque no puede volver á correr en medio de los distantes bosques donde un día solía corretear... En medio de esta parcial obscuridad, no carezco de una lejana esperanza ni me falta un consuelo presente; á la que frecuentemente me ha prestado la luz de sus ojos, la inteligencia de su voz y el cuidadoso trabajo de sus manos, debo, como autor, una deuda inmensa de paternal agradecimiento.»

(2) Los viajes de Holman fueron publicados por él mismo en seis volúmenes, y además dejó una gran cantidad de manuscritos que se hallaba preparando para su publicación, cuando la muerte puso fin á sus tareas

no conocía una palabra de francés. Cuando se hallaba en Londres le acompañaba un criado. Sin embargo emprendió solo sus viajes por Europa, Asia, América y Australia, comarcas que visitó enteramente, contando solamente consigo mismo. El valor moral, la energía, la confianza de sí mismo, y el decidido espíritu emprendedor de aquel hombre ciego, hicieron de él uno de los caracteres más notables.

La historia del profesor Fawcett, que explicaba economía política y fué, más tarde, miembro de Brighton y secretario de la dirección general de Correos, cargos todos que desempeñó con gran talento y energía, ha sido el objeto de una admirable biografía que no necesitamos repetir aquí nuevamente. La sordera no excita, generalmente, tanta simpatía como la ceguera; aunque á juzgar por sus efectos, es probable que ésta sea una privación más dura de soportar. Mientras que los hombres ciegos se distinguen, generalmente, por la dulzura de su carácter, los sordos son, á menudo, brutales y huraños. Esto procede, probablemente, de que el sordo está privado de los placeres de la conversación, que constituye el principal encanto del trato social. Toma asiento en un festín del que no puede participar. Contempla el placer de las alegres miradas y sonrisas en los que le rodean, y no le es dado compartirlas. «El »contraste en sociedad—dice sir Guillermo Wilde,—en»tre el ceño del que es en parte sordo y la sonrisa del que »es totalmente ciego, es, en realidad, notable.» Hay, sin embargo, muchas excepciones, por el contrario, en personas de superior entendimiento y en los que por ser totalmente sordos no experimentan el fastidio de oir sólo una parte de la conversación. (1)

Así como Hændel se vió ciego en sus últimos años, Beethoven sufrió la pérdida del oído. El último estaba acostumbrado á tocar el piano, siguiendo las combinaciones de las notas en su oído, en tanto que para los circunstantes gran parte de las teclas que tocaba permanecían mudas. Cuando empezó á notar que se iba quedando sordo, á los treinta años, trató de ocultar este

(1) Sir Guillermo Wilde. *Ultimos dias de la vida del deán Swift*

defecto á los demás. Rehusaba concurrir á las reuniones, porque, según decía, «me es imposible decir á la gente: Soy sordo.» Si no fuera artista musical, la sordera sería una cosa muy desagradable; pero para un músico es un tormento atroz. Empezó á aislarse cada vez más, y adquirió un carácter más irritable, mórbido y lleno de desesperación, á medida que aumentaba su sordera, hasta que se apoderó de su cerebro la idea del suicidio: «El arte—decía,—el arte sólo me contie»ne. Me parece imposible abandonar el mundo por com»pleto antes de haber producido todo aquello de que me »siento capaz. Ahora debo tomar por guía la paciencia, »y espero que será constante mi decisión de sufrir hasta »que el hado inexorable tenga á bien cortar el hilo de »mi existencia.» Después de este sombrío período de la vida de Beethoven, fué cuando compuso sus más grandes obras, su *Fidelis*, su *Prometeo*, su *Huerto de las olivas*, y sus grandes conciertos y sinfonías. Aun es posible que su sordera, concentrando su ánimo en sí mismo, y la soledad de la vida á que su enfermedad le condenaba, lograsen, en no pequeño grado, evocar y desarrollar las grandes facultades y energías musicales del célebre maestro.

Lo que diferencia sobre todo la edad viril, es que el ánimo conserva aún la facultad de desarrollarse y se deja impresionar por las ideas nuevas. No obstante, hasta en la ancianidad, el doctor Johnson y Jacobo Watt, aprendieron nuevas lenguas y se impregnaron en pensamientos nuevos. Berzelius trabajó, en su laboratorio, hasta edad muy avanzada. Son muchos los hombres ancianos que conservan el vigor, que es prerrogativa de la edad viril.

El proverbio francés dice: «Si jeunesse savait, si vieillese pouvait.» En la edad madura y en la vejez nos hacemos más afables, más humanos, más corteses y considerados. Los muchos años, por lo demás, no son testimonios de una larga vida. Algunos viven más en veinte años que otros en ciento. La vida del hombre ha de medirse por lo que hace y por lo que siente. El que más hace y el que más siente es el que más vive. Aunque algunos han sufrido las molestias propias del

matrimonio, otros han tenido que deplorar su condición de solteros, olvidando que si no han tenido los goces de la vida matrimonial no han experimentado, tampoco, las tristezas de la misma. Debemos recordar que cada placer proyecta, en pos de sí, su sombra. Pope escribía á Marta Blount desde Twickenham: «Los consuelos que usted recibe de su familia me traen á la »memoria lo que el anciano Flechter de Saltoun me decía en cierta ocasión: «Ay de mí, no me queda más »que morir; soy un pobre individuo aislado, y no hay »una sola criatura que desee ó tema mi vida ó mi »muerte. Es la única razón que tengo para arrepentirme »de haber permanecido soltero. Ahora voy siendo viejo, »y estoy como un árbol sin sostén y sin tener en torno »mío retoños nuevos que me acompañen y protejan.» (1)

Mas si no tuvo ninguna de las alegrías que procuran los hijos, tampoco tuvo la pena de perderlos en tan temprana edad. Cuando Warburton perdió á su hijo tísico, dijo que había perdido la mitad de su alma, y desde aquel día comenzaron á decaer sus facultades. Lo mismo sucedió con Burke, que perdió á su hijo, joven de brillante porvenir, en temprana edad. Hacia el fin de su existencia recitaba á su padre los sublimes versos del *Himno de la Mañana*, de Milton. Precisamente cuando pronunciaba las últimas palabras faltáronle las fuerzas. La luz que había vacilado tanto tiempo en su candelero apagóse; cayó en brazos de su padre y murió. La pena de Burke fué terrible, y faltó poco para que no sobreviviese á su hijo. Las últimas palabras de Burke fueron las mismas que las de Johnson y Wordsworth: «¡Dios os bendiga!»

En cierto modo, el sufrimiento ó la suave presión de la tristeza nos hace desprendernos de la vida. Algunas almas han sentido la necesidad de la tristeza, y cuando carecían de motivos para estar tristes los inventaban. De aquí nace el culto de la tristeza de Gœthe, en su *Werther*, el abatimiento de Rousseau en su *Consolation des misères de ma vie*, la vehemente aspiración á la eternidad de Coleridge y el deseo de Keats de

(1) Elvin. Edición de Pope.

aligerar el peso de este misterio. Hasta Lutero, con su naturaleza jovial, viejo, helado y casi ciego, según se describe él mismo, combatía contra la tristeza que le oprimía hacia el fin de su vida. «Me siento indolente, pesado é indiferente»—dice; ó, en otros términos, viejo é inútil. «He concluido mi jornada y sólo me resta que »el Señor me reuna á mis padres. Estoy fatigado de la »vida, si es que esto puede llamarse vida.»

Es triste morir joven, pero es más triste todavía vivir demasiado y caer en la tumba, que ha devorado ya todos los atractivos de la vida. Para tales individuos es preferible la muerte á la prolongación de la vida. Hasta un escritor pagano describe la muerte como la puerta de la vida, mas para el cristiano es el umbral del Cielo. Tomás de Kempis dice: «Verdaderamente, la »vida del cristiano es una cruz, aunque es igualmente el »camino para llegar al Paraíso.» Hay muchos que, después de tomar la vida á broma, se despiden alegremente de ella y mueren tranquilamente. La edad cae sobre nosotros antes de que lo echemos de ver, aunque hay ciertas naturalezas felices que parecen no envejecer y se mantienen en la niñez hasta el fin. Hay tiempo de primavera, de verano, de otoño y de invierno. Todas estas estaciones tienen sus bellezas, tales como la brillantez de la primavera, la gloria del verano, la fecundidad del otoño y la madurez del invierno. La Naturaleza se renueva incesantemente, y hay compensación en todas las cosas. Pero la felicidad y la miseria de la vejez es como el sedimento de la vida pasada. Sidney Smith solía citar, con el mayor gusto, los hermosos versos de Waller:

«La triste morada del alma casi destartalada y decaída, deja pasar nuevos destellos á través de las rendijas que el tiempo ha abierto en ella.»

Sidney Smith fué uno de los hombres de carácter más agradable. A los setenta y cinco años escribía: «Soy »sobre todo un hombre feliz: me parece este mundo »muy entretenido, y estoy muy agradecido á la Provi»dencia por la parte que me ha reservado en él.» No obstante, era un hombre que, en ocasiones, sufrió mu-

cho. A uno de sus corresponsales escribíale que se sentía tan bien como podía estarlo un hombre que tenía en sí tres enfermedades mortales. (1) No pudo dejar de tomar en chanza, hasta el fin, sus achaques. En su última carta á lady Carlisle, aludiendo á la decadencia de su salud, dice: «Si oye usted decir que han desapa»recido dieciséis ó dieciocho libras de carne humana, »piense usted en mí. Me hallo como si hubieran sacado »un cura de mi cuerpo.»

Guillermo Tytler, de Woodhouselee, el historiador, disfrutó una vejez tranquila y pacífica. Tenía una receta dispuesta para sus amigos, que habla en provecho de él mismo; era ésta: «manjares ligeros, pero agradables, música, y una buena conciencia». El conde de Nesselrode, preguntado, en cierta ocasión, acerca de cómo se conservaba tan vigoroso en tan avanzada edad, replicó que lo debía á la música y á las flores. Carlos Lamb, sin embargo, no sabía ni una palabra de música: decía que solamente conocía dos canciones, una de las cuales era *Good save the Queen*. Una vez, en un concierto, en casa de Leigh Hunt, hallándose aburrido por aquello que para él no era sino un ruido prolongado, dijo: «Si »tuviese siquiera un jarro de pórter, creo que podría »soportar esto.» Procúraronle el jarro de pórter, y gracias á esto Lamb pudo pasar la tormenta.

Las delicias de Euler, en su ancianidad, luego que hubo perdido la vista, era la compañía de sus nietos, y su más grato descanso, en medio de sus gra es estudios, consistía en enseñarles los rudimentos de las ciencias. El doctor Robison, como Euler, hallaba su mayor placer en la compañía de su nieto. «Me deleito de

(1) Cuando tenía setenta y un años escribió á la condesa de Carlisle: «Estoy completamente bien, á no ser por la gota, el asma y los dolores que tengo en todos los huesos y en todos los músculos de mi cuerpo. ¡Qué enfermedad tan extraña es la gota! Parece que el estómago se ha bajado á los pies. El menor desarreglo en el régimen riguroso, se ve al punto castigado por la cojera, y las inocentes articulaciones son atormentadas en castigo de los vicios de los órganos más nobles. El estómago, que ha encontrado este medio fácil de encontrarse libre de inconvenientes, se torna cruel y despótico, y castiga por la menor ofensa. Una ciruela, un vaso de champagne, el menor exceso de goce ó de pena, cualquier crimen, por pequeño que sea, es suficiente para acarrear rubicundez en la piel, hinchazones, espasmos y la necesidad de calzar zapatos anchos.»—*Vida y Cartas.*

»un modo infinito—escribía á Jacobo Watt,—observando »el desarrollo de su alma de niño, y, sobre todo, de la »multitud de instintos que en un principio pasan in»advertidos. Doy las gracias á los teóricos franceses por »haberme obligado á fijar mi atención en el dedo de »Dios, que distingo en cada movimiento torpe y en »cada capricho obstinado. Siento no tener tiempo para »hacer de la infancia y del desarrollo de sus facultades »mi único estudio.» Dos años más tarde el doctor Robison abandonó para siempre á su pequeño compañero de juego.

El doctor Black, el venerable profesor de química de Edimburgo, hombre dotado de alma buena y hermosa, esperó con paciencia el último latido de su corazón. Al morir hallábase sentado en su silla, y dejó la vida tan quieta y apaciblemente, que no se vertió una copa de leche y agua que tenía sobre las rodillas. Se despidió de la vida á los setenta y un años. Realmente, no murió, sino que pasó, sencillamente al eterno descanso.

Igualmente tranquila fué la muerte del doctor Henry, el historiador, á la edad de setenta y dos años. Era vecino de Stirling, cuando escribió á su joven amigo sir Enrique Moncreiff, de Edimburgo, suplicándole que fuese inmediatamente: «Tengo algo que hacer esta semana—dijo;—tengo que morir.» Sir Enrique fué, y lo halló muy abatido. No obstante, estaba sentado en su silla, conversaba y se adormecía de vez en cuando. Un día fué despertado por el ruido de unos cascos de caballo en el patio. «¿Qué es eso?—interrogó el inválido. Mistress Henry miró por la ventana y dijo: «Es ese hombre fastidioso.» Era un ministro que vivía en la vecindad, y que era famoso porque eternizábase en la casa de una persona moribunda una vez que había entrado en ella. «Que se vaya, que no entre aquí esa criatura»—dijo el doctor Henry. Pero «la criatura» entró en la estancia. El doctor tuvo tiempo de hacer un guiño á su mujer, haciéndose el dormido. Sir Enrique y mistress Henry mostráronle al durmiente y se pusieron el dedo en los labios. La criatura se sentó y esperó largo tiempo. Empezó á hablar, pero se lo impidieron

con un gesto. Por último salió del aposento. Cuando resonó de nuevo, en el patio, el ruido de los cascos de su caballo, y fué apagándose á medida que se alejaba, el doctor lanzó una estruendosa carcajada. Murió aquella misma noche.

Algunos hombres han procurado perfeccionarse más y más hacia el fin de su vida. Nicolás Poussin, el artista, decía: «Conforme me hago viejo, me siento más »y más inflamado por el deseo de excederme á mí mis»mo y de llegar á la mayor perfección.» De una manera idéntica Gainsborough, después de haberse consagrado cincuenta años á la pintura, decía: «Ahora que mi »vida se acaba, voy precisamente comenzando á hacer »algo.» En el lecho de muerte decía: «Todos vamos al »Cielo y Van Dick es de la partida.» (1)

La mayor delicia de Wren, en su ancianidad, era el que le llevasen, una vez al año, á contemplar su grande obra: la Catedral de San Pablo.

Cervantes murió de hidropesía. A pesar de los progresos de la enfermedad ocupábase en preparar para la imprenta su última obra, *Persiles y Segismunda*.

Pero la más literaria de todas, quizás sea la muerte de Pedro Bayle, el autor del *Diccionario*. Se despertó una mañana y corrigió unas pruebas, mientras que su criada encendía el fuego para hacer el café. Pero, al dirigirle una mirada la sirviente, halló que su amo estaba muerto. La muerte había corregido sus pruebas y había borrado á Pedro. Dugald Stewart, durante los últimos días de su existencia, corrigió las pruebas de la edición completa de sus obras. La última acción literaria que se recuerda de sir Guillermo Thomson, de Edimburgo, fué la corrección de las pruebas de un artículo acerca del poeta Heine. Poco después murió, y sus últimas palabras fueron: «Tu vara y tu báculo me han consolado.»

Sir Ricardo Steele pasó los últimos años de su vida de una manera realmente agradable. Se había retirado de la vida pública de Londres, con la salud quebrantada y pérdidas de fortuna, y fué á residir á Llangunnor, cerca

(1) Guillermo Jackson. *Las cuatro edades.*

de Caermarthen. Allí pasó los últimos años de su existencia, entre el murmullo del agua, el silbido del viento y el canto de los pájaros, disfrutando aún nuevas sensaciones de placer. Uno de sus biógrafos dice de él: «He sabido que conservó su afable buen humor hasta »el fin, y, á menudo, se hacía sacar fuera, en las tar»des de verano, cuando los mozos y mozas del campo »se reunen para disfrutar de sus rústicos deportes, y »escribía con lápiz una orden á su agente el tendero, »para que diese un vestido nuevo á las que bailaban »mejor.»

Adan Smith, al final de su vida, encontraba el mayor placer en leer las tragedias de Eurípides y Racine. Tenía una hermosa biblioteca, y juzgábase como un enamorado en medio de sus libros. Uno de sus más grandes anhelos, mientras estaba en su lecho de muerte, era que fuesen destruidos los dieciocho volúmenes en folio de sus investigaciones. Fué un rasgo delicado de mistress Inchbald el haber rehusado, en dos ocasiones, 1.000 libras por las Memorias de su vida, contenidas en cuatro volúmenes. Aunque escasa de medios, no quiso traficar con su talento. Pensando que la publicación de esta obra podría hacer sufrir á muchos, le entregó á las llamas antes de su muerte. Esta es una conducta noble comparada con la de otros que dejan al mundo un legado de veneno para escarnecer á la amistad, á la confianza y hasta á la decencia. El doctor Johnson habla con desprecio de un autor que carga una espingarda contra la religión y la moral, mas no teniendo el valor de descargarla por sí mismo, confía á un editor el cuidado de hacer la descarga después de su muerte. El arzobispo Tillotson tenía un plúteo de su biblioteca, lleno de libros lujosamente encuadernados y con los cantos dorados. «¿Cuáles son sus autores favoritos?»— preguntó un amigo. —«Estos—replicó el arzobispo; — »son mis amigos personales; y lo que es más, los he he»cho encuadernar así porque, á la vez, son abiertamente »mis enemigos; de ellos he recibido mucho más provecho »que de los consejos de mis más cordiales amigos.» Después de la muerte de Tillotson hallóse un legajo de papeles con la siguiente inscripción: «Estos son libelos;

»ruego á Dios que perdone á los autores como yo lo »hago. Sólo sabe conquistar el que sabe olvidar.»

No hay motivo para asombrarse de que hombres afligidos por las enfermedades deseen el término de la vida. El dolor y la incapacidad para el trabajo, la gradual disminución de la esperanzas y de los placeres, los progresos de la edad y el conocimiento de que no es posible evitar el fin, hacen que tales hombres deseen la terminación de la vida como el mejor descanso en la tierra. Guillermo Hutton dice, en su autobiografía: «Cuanto más cerca se está del sepulcro, menos terror »se tiene; en la salud es cuando se tiene miedo á la »muerte, y no en la enfermedad. Entonces el mundo »ha perdido casi todo su encanto y lo futuro casi todo »lo que nos causaba terror.»

Cuando un hombre es joven y siente aún prisa por marchar hacia la realización de sus anhelos, es duro morir. Espera algo mejor. Es alentado por sus amigos, y se esfuerza por vivir. Cuando David Scott, de la Academia Real de Escocia, combatía por su arte, se vió acometido de una enfermedad mortal. Su hermano le animaba con la esperanza de recobrar la salud. «No—decía »Scott,—no puede ser. Se me figura una suerte demasia»do grande y una cosa excesiva recobrar la vida y la sa»lud después de pasar lo que estoy pasando y de verme »tan enfermo, y volver á la claridad de la luz luego de »verme en semejante obscuridad. Cuesta demasiado »tiempo el saber cómo hay que vivir y trabajar.» Era demasiado tarde. Scott no recobró la salud, y falleció á los cuarenta y tres años. Grilparzer, en su tragedia de *Safo*, dice:

«Vivir es, en definitiva, el fin más elevado de la vida, y el arte se ve siempre obligado á mendigar, merced á la ruina de la misma.»

Muy distinto es lo que sucede con los viejos. Su trabajo está ya hecho, su carrera terminada, y su vida no es ya un placer, sino una carga. El abate Saint-Pierre, cuando habla de la muerte, dice que se la imagina como si fuera á dar un paseo por el campo. Samuel Báxter dice de ella que es como la separación de un amigo fastidioso, y como el quitarse un zapato que aprieta. El

doctor Garsthorn acostumbraba decir las cosas de una manera práctica. Habiéndose retirado de los negocios, y no teniendo nada que hacer, empezó á ponerse melancólico; después enfermó, y, por último, oyó decir que estaba próximo á la muerte. «Me alegro—dijo;— »pues ya estoy cansado de ponerme y quitarme los za- »patos.» Nicolás Gogol, uno de los más distinguidos autores rusos, decía precisamente antes de exhalar el último suspiro: «¡Oh, si las gentes supieran cuán agradable es morir, no temerían á la muerte!» El pobre Carlos Lamb y Tomás Hood debieron, con frecuencia, desear la muerte; y, no obstante, ambos estaban llenos de buen humor. El buen humor de Lamb parece haber procedido de la aguda percepción del contraste entre las pequeñeces de la vida y la terrible maravilla de sus misterios. Sus bromas eran, frecuentemente, parecidas á las de Hamlet con el cráneo de Yoric. Le hallaba sujeto á multitud de sufrimientos corporales. En 1833 escribía: «La tos y los calambres han empezado á ser »mis compañeros. Los tres dormimos en el mismo le- »cho. Algunas personas—dice,—no contrarían á los en- »fermos. Yo confieso sencillamente que los aborrezco.» «La ociosa eternidad de su vida—como decía su amigo »Proctor,—comenzó para él al hundirse en el seno de la »muerte, el 27 de diciembre de 1839, cuando contaba »cincuenta y nueve años.»

Otro tanto puede decirse de Tomás Hood. Su risa procedía de los sufrimientos del ánimo. Sus trabajos geniales constituían algo así como una escapatoria de su alma, de la mala salud y de la experiencia dolorosa á un mundo más feliz para restablecer el equilibrio de la misma. Casi toda su vida empleóse en tratar de huir de las garras de la muerte; porque tenía otros á que atender además de su persona. He aquí cómo describe él mismo su caso:

«Estoy ahito de cebada perlada y de dietético; estoy ahito de píldoras, y más ahito todavía de eméticos; estoy ahito de tener el pulso acelerado ó lento; estoy ahito de tener la sangre espesa ó clara. En una palabra, estoy ahito de enfermedades.»

Al fin terminó su larga vida de enfermo al cumplir

los cuarenta y seis años. No pudo lamentarse de ver el fin de semejante existencia. Puede decirse de él lo que sir Guillermo Temple ha dicho de la vida del hombre: «En definitiva, la vida humana es para los más »grandes y los mejores, como un muchacho gruñón, con »quien hay que jugar para entretenerlo hasta que se »duerme, y entonces terminó el cuidado.»

Después de todo, la muerte no es muy temida. Muchos hombres ofrecen su vida en el campo de batalla, como hacían los antiguos gladiadores para divertir á los romanos. Otros arriesgan su vida en las partidas de caza ó en el mar, con una sola tabla entre ellos y la muerte. «No hay pasión tan débil, en el corazón hu»mano—dice lord Bacón,—que no pueda dominar el mie»do á la muerte...» Es natural morir, lo mismo que haber nacido. El que sucumbe en el ardor de una empresa, es como el que recibe una herida en medio de un combate encarnizado, pues por el momento apenas siente el golpe; y por eso un espíritu, que tiene fija su inclinación en una cosa buena evita los dolores de la muerte; pero, principalmente, estad seguros de ello, el más dulce cántico es el *Nunc dimittis*, cuando un hombre ha alcanzado todo lo que esperaba y anhelaba. La muerte tiene también de bueno que abre la puerta á la buena fama y acaba con la envidia.

El difunto sir Benjamín Brodie, que tenía profundo conocimiento de la vida y de la muerte, decía que en el curso de su vasta carrera nunca había observado indicios de miedo á la muerte sino en dos casos. En ambos, el paciente padecía hemorragias que era imposible cortar. La pérdida gradual de sangre origina una depresión que es difícil de describir, é hizo pensar á sir Benjamín que cuando Séneca se sangró á sí mismo para darse muerte, eligió la muerte más miserable.

La Naturaleza ha establecido una sola puerta para entrar en la vida, pero muchas para salir de ella. Nos da el ser y nos confía las llaves de la vida. No obstante, ocurren accidentes que nos descargan de este cuidado. Así Esquilo, el poeta griego, cuéntase que fué matado por un águila, que dejó caer sobre su cabeza, una tortuga á fin de hacerla pedazos, tomándolo por una pie-

dra. Un joven lacedemonio, que tenía gran semejanza al gran Héctor, fué aplastado por la multitud que corrió á verle á causa de su parecido.

Una uva puso fin á los cantos de Anacreonte. Guillermo el Conquistador murió de una caída. Pasó de este mundo á otro á causa de un tropezón que dió su caballo en una topera. A sir Roberto Peel le causó la muerte el haber tropezado en una piedra mal colocada. Lavater fué muerto, en Zurich, de un tiro, mientras asistía á los heridos. Molière fué sacado de las tablas casi moribundo, después de representar su *Malade imaginaire*. Andrés Marvell falleció mientras asistía á un *meeting* de sus electores. Bruce, el explorador de Abisinia, después de haber pasado indemne por un sinnúmero de peligros, fué muerto por la caída de una escalera en su casa de Kinnaird, en Stirlingshire, al acompañar cortésmente, hasta su carruaje, á una señora que le visitaba. El capitán Speke, el viajero que descubrió las fuentes del Nilo, y desafió mil peligros, murió á consecuencia de una descarga de su propia escopeta, al saltar un vallado en el Devonshire, y murió desangrado, al pie de una tapia de piedra. Un valiente jefe que había dado tres veces la vuelta al mundo, pereció ahogado, al pasar en barca entre la isla de los Perros y Greenwich. El capitán Hárrison, que fué el primer comandante del *Great Eastern*, y que desafió las tempestades del Océano por espacio de muchos años, se ahogó al ir de su barco á la costa en un bote en las aguas de Southampton. Von Ense, el soldado y escritor que conquistó el grado de abanderado en la sangrienta batalla de Wagram, y combatió bajo Napoleón en las guerras continentales, librándose de mil peligros, murió mientras jugaba una partida de ajedrez con su sobrinita, cayendo hacia atrás en su sillón, y exclamando: «He perdido.»

Cremalio Cordio sucumbió de inanición. Otway se ahogó con un pedazo de pan que devoró incitado por el hambre. Savage murió en la cárcel. Los dos famosos De Witts fueron asesinados por sus enemigos políticos. Kotzebue pereció también asesinado. Condorcet, proscripto por los girondinos, se envenenó para evi-

tar la prisión. Lavoisier fué condenado á morir en la guillotina: sus grandes servicios á la ciencia no le salvaron; (1) la República, decían sus verdugos, no necesita filósofos. Petrarca fué encontrado muerto en su biblioteca, con la cabeza caída sobre un libro abierto. Tasso fué arrebatado por la fiebre el día fijado para su coronación en el Capitolio de Roma, y lo sepultaron aquella misma noche en la iglesia de San Onofre. Algunos hombres que se suponía habían muerto, han sido enterrados prematuramente, en los tiempos antiguos y modernos. Winslow, el célebre médico dinamarqués, que vivió hasta la edad de noventa y un años, estuvo dos veces á punto de ser enterrado, debido á su estado de muerte aparente. Esta circunstancia le indujo á escribir su muy conocida obra: *De las señales seguras ó inciertas de muerte*, traducida en francés. Hace algunos años se presentó en el Senado francés una petición para que se modificase la legislación relativa á los enterramientos. Entonces mediaban únicamente veinticuatro horas entre la muerte y el entierro. Su Eminencia el cardenal Donnet, al apoyar la petición, mencionó el caso de un joven sacerdote que se desmayó en el momento de predicar. Realmente hablaba de sí mismo, y estuvo á punto de ser enterrado, debiendo, el librarse de ello, al cariño de un amigo. Esta discusión ejerció gran influjo en el ánimo del famoso Meyerbeer, que se veía incesantemente acosado por el temor de ser enterrado vivo; á fin de evitar semejante catástrofe, dejó hechas las más cuidadosas advertencias. Edmundo Smith, el poeta, murió por la absorción de una medicina que él mismo se había prescripto. Maquiavelo sucumbió igualmente víctima de los efectos de la medicina. A Voltaire le produjo la muerte el haber tomado una fuerte dosis de opio. El poeta Poe fué recogido en la calle embriagado y conducido al hospital, donde murió á los treinta y ocho años. La muerte de Sterne fué igualmente triste. Aunque acostumbraba vanagloriarse de tener mu-

(1) El debate en el Senado francés se efectuó en febrero de 1866. El caso del cardenal Donnet era muy extraordinario, y causó gran impresión, lo mismo en la Cámara que en el público. El resultado de tan extraordinario debate fué alargar el plazo entre la muerte y el entierro.

chos amigos, vino á caer en gran pobreza, y murió en un miserable hotel. Fué enterrado de limosna en el cementerio parroquial de Tyburn. La tumba fué señalada por los *resurreccionistas*, y el cuerpo fué extraído de ella y vendido al profesor Collignon, de Cambridge, para sus estudios de disección. Pobre Yorick. No obstante, Jeremías Bentham dejó su cuerpo á los anatómicos en beneficio de la ciencia, y era verdaderamente curioso el ver su cara sonriente con el traje que llevaba en vida, en casa de su amigo el doctor Southwood Smith.

Caravaggio y Ticiano fueron vergonzosamente tratados por asesinos y ladrones. Polidoro de Caravaggio había reunido una importante suma de dinero en Messina, y se preparaba á volver á Roma; pero antes de partir, unos asesinos, de complicidad con su criado, entraron en la casa y lo asesinaron mientras dormía. Ticiano fué atacado por la peste en Venecia, á la edad de noventa y nueve años. Como no podía defenderse, fué saqueado por los que le asistían, y dejado por muerto. No aconteció lo mismo con Leonardo de Vinci. Entró al servicio de Francisco I de Francia, y tenía su alojamiento en el palacio de Fontainebleau. Un día, habiéndole ocurrido á Francisco visitar á Leonardo en su aposento, halló á este último víctima de un terrible ataque del corazón, y el pintor murió en brazos del rey. Un extraño anhelo fúnebre caracterizó á los individuos de la dinastía austriaca de España. Parecía que se anticipaban á la muerte y suspiraban por el sepulcro. Carlos V asistió, después de su abdicación, á la celebración de sus funerales. Su hijo Felipe II colocó su corona sobre una calavera poco antes de su muerte. Se dice que murió del *morbus pediculosus*. Felipe IV de España se tendió, él mismo, en el nicho que le estaba destinado, en el panteón regio. Carlos IV bajó por sí mismo al mausoleo en que yacían los reyes de España, hizo abrir los sepulcros, examinó los restos encerrados en ellos, que se desmoronaban tan pronto como se les tocaba. «Indu»dablemente—dice un escritor, en la *Revista de Edim»burgo*,—la visita de este último descendiente de la casa

»de Austria al panteón del Escorial, es uno de los he»chos más curiosos que registra la historia.» (1)

Algunos hombres han muerto gloriosamente en el momento de la victoria. Muley Moluc levantóse de su lecho de muerte para dar una batalla, y apenas la hubo ganado murió de repente. Drake fué echado al agua á la vista de Porto Bello, que él había destruido y tomado. «Las olas se convirtieron en movible sudario, y el seno del mar fué su sepulcro.» Cuando el galante sir Humphrey Gilbert se fué á pique con su barco, dijo: «El camino del Cielo es más corto por mar que por tierra.» El almirante Blake murió á la vista de Inglaterra, cuando regresaba victorioso. Nelson murió en el escenario de la más famosa batalla marítima, en la bahía de Trafalgar.

El general Wolfe falleció en las alturas de Quebec, teatro de una de sus grandes batallas. Al morir, un oficial, mirando hacia el campo, gritó: «Ved cómo corren.» «¿Quién corre?»—preguntó Wolfe vivamente, incorporándose sobre el codo. «El enemigo»—le contestaron. «Entonces, alabado sea Dios, muero feliz.» El héroe cayó hacia atrás y expiró. Cuando Montcalm, el general francés, oyó decir que su herida era mortal, repuso: «Tanto mejor, no viviré para ver la rendición de Quebec.» Sir Juan Moore murió también de la muerte que siempre había anhelado, es decir, en el campo de batalla, viendo huir al enemigo. He aquí las palabras que dijo al expirar: «Espero que el pueblo de Inglaterra que»dará satisfecho, y que mis compatriotas me harán jus»ticia.» Spyke, el jefe holandés, saltó, con su barco, en Amberes, para impedir que cayese en manos de los belgas. Los holandeses han conmemorado su acto heroico con cuadros y estatuas. El teniente Willougby, en la insurrección de la India, hizo saltar un gran depósito de municiones en Delhi. De este modo destruyó las municiones con que hubieran podido defenderse los rebeldes cipayos y hacer frente á los soldados británicos. El teniente Willougby pereció en la empresa. Ha habido, asimismo, otras muertes que han seguido á victorias de

(1) *Edimburg Review*. Núm. 263, pág. 31.

otra índole. Entre éstas merece citarse la muerte de Howard, el filántropo, en el Quersoneso, después de su lucha contra el vicio, la inmoralidad y la crueldad de las prisiones. Cuando Hugo Latimer se hallaba á punto de ser quemado atado á un poste, y le preguntaron si consentía en abjurar sus principios, replicó: «Doy mu»chas gracias á Dios desde el fondo de mi corazón por »haberme prolongado la vida hasta este momento, á »fin de que pueda glorificarle con esta especie de muer»te.» Guillermo Wilberforce encontrábase en su lecho de muerte cuando le anunciaron que la Cámara de los Lores había aprobado el bill aboliendo la esclavitud. «Doy gracias á Dios—exclamó,—pues me ha permitido »vivir hasta hoy, para ver á Inglaterra decidida á dar »veinte millones por la abolición de los esclavos.»

Algunos hombres han vivido mucho á pesar de haberse encontrado en multitud de batallas. Mientras que el duque de Wéllington fué herido solamente una vez, el marqués de Segur lo fué muy á menudo y, en ocasiones, gravísimamente. En la batalla de Rocoux le atravesó el pecho una bala de mosquete, que le fué extraída de junto á la espina dorsal. En Lanfeld rompióle el brazo una bala de mosquete, y hubo que amputárselo. En Closterham le atravesaron el cuello de un bayonetazo, y recibió tres heridas de sable en la cabeza. Mientras sufría un ataque de gota en 1790, fué preso por la Convención y encerrado en la prisión de La Force. No obstante, vivió hasta 1801, y murió á los setenta y ocho años.

Algunos han llevado el amor á la ciencia hasta el último extremo. Arquímedes fué muerto por un soldado en la Toma de Siracusa. Se hallaba trazando figuras geométricas sobre la arena, y el problema le preocupaba tanto, que le hizo olvidar el temor de la muerte. Haller, encontrándose en su lecho de muerte, estudiaba las variaciones de su pulso. «Ahora—dijo á su amigo el doctor Rosselet,—dejan de latir las arterias» Y expiró inmediatamente. Lo mismo aconteció con míster Grimm, autor de la *Filosofía espiritual de Samuel Taylor Coleridge*. Cuando entró el cirujano en su aposento, míster Grimm, señalando á la región del corazón, dijo: «Con-

gestión», y poniendo su dedo en la muñeca fué notando las débiles pulsaciones que le separaban de la muerte. De repente dijo: «Se paró.» Y murió con la palabra en los labios.

Cuvier, al verse atacado de parálisis, llamó la atención de los circunstantes hacia la torsión de su boca, como prueba de la teoría de sir Carlos Bell acerca del sistema nervioso: «Son los nervios de la voluntad los que están enfermos.» Míster Retzius falleció en plena investigación científica. Hizo observaciones acerca de la disolución progresiva de su propio cuerpo. «Ahora las »piernas han muerto; ahora cesan en sus funciones los »músculos de los intestinos; el último combate es el »más duro, pero es el más interesante.» Estas fueron sus últimas palabras.

También la geología ha tenido sus mártires. Plinio el Viejo murió víctima de su audacia, mientras examinaba las erupciones del Vesubio. En los tiempos modernos, el profesor Strickland, de Oxford, halló la muerte hallándose examinando la estructura de un corte de terrenos en un ferrocarril; y el doctor Jacobo Bryce, en su osado ardor científico, quedó muerto mientras examinaba la formación geológica de unas rocas, en Escocia. Otros han perdido la existencia en exploraciones geográficas: el capitán Cook en las islas Sandwich; Mungo Park en el Africa Central; Barke en Australia; Gardener en Columbia, y sir Juan Franklín en las regiones árticas.

Bacón sucumbió víctima de su amor á la filosofía experimental. Deseaba descubrir si podía impedirse que las substancias animales entraran en putrefacción por la aplicación de la nieve ó del hielo. Un día frío, en la primavera de 1626, apeóse de su carruaje cerca de Highgate para hacer el experimento. Compró un ave muerta y la rellenó de nieve. Mientras se ocupaba en esto sintió un escalofrío. Era el síntoma premonitorio de su muerte. Fué llevado á casa del conde de Arundel, en Highgate, y murió dentro de la semana. Hasta el último instante no olvidó el ave rellena de nieve. La última carta que escribió dice que el experimento de la nieve produjo excelentes resultados.

La hija de Diderot publicó recuerdos acerca de su padre, en los cuales dice que la tarde antes de su muerte conversó con sus amigos sobre la filosofía y los varios medios de estudiarla. «El primer paso hacia la filosofía—dice,—es la incredulidad.» Esta observación característica fué la última que hizo. Diderot había aprobado antes las últimas palabras de Sánderson el matemático. «Tiempo, materia y espacio son, quizás, un punto.» Las últimas palabras de Laplace fueron: «Lo »que conocemos es muy poco; lo que ignoramos no tie»ne límites»; glosando una de las palabras de Newton, que decía que durante toda su vida no había hecho más que recoger conchitas en el gran Océano de la verdad.

Mozart falleció con la partitura de *Requiem* ante su vista. Cuando ya velaban sus ojos las sombras de la muerte, sus dedos temblorosos señalaban al papel, é intentaba, al parecer, tararear un efecto especial de timbal, cuando se hundió en el sueño eterno. Las últimas horas laboriosas de Rossini las empleó en la composición de la misa solemne que fué ejecutada en sus funerales; y Chopín murió mientras ejecutaban, en una estancia inmediata, el famoso *Himno á la Virgen*, de Marcella, que había antes sostenido, durante algún tiempo, la vida de Stradella. Este fué su último deseo, y antes de que se terminase se apoderó de él el letargo de la muerte. *La Marcha fúnebre* de Chopín fué ejecutada en los funerales de este mismo músico.

Cuando Lacèpdède, el naturalista, se vió atacado violentamente por las viruelas, y vióse cercano á la muerte, dijo al médico: «Voy á unirme con Buffón.»

Hooker, en su lecho de muerte, expresó su alegría por entrar en el mundo del orden. Dupuytren deseaba que le leyesen, el día antes de su muerte, un periódico de cirugía que había estado preparando: «A fin—decía,— »que pueda llevar las últimas noticias de la enfermedad »al irme del mundo.» Montaigne falleció mientras decían la misa junto á su lecho. Scarrón, después de una vida de desenfreno y disipación, decía, al morir: «No »podía imaginarme que fuese tan fácil burlarse de la »muerte.» Como Scarrón, Rabelais, aunque eclesiástico, no pudo menos de decir bromas al morir. Luego

de recibir la Extrema Unción preguntóle un amigo cómo se sentía, y replicó: «Je suis prêt au grand voyage, on »vient de me graisser les bottes.» El mariscal de Sajonia decía al morir: «El sueño ha sido corto, pero bueno.» Falleció á los cuarenta y cuatro años. Eduardo Cook murió á los veintidós; he aquí sus últimas palabras: «Venga á nos el tu reino, hágase tu voluntad.» Cuando Herder cayó en su lecho de muerte, llamó á su hijo para decirle que cuando las sombras de la muerte lo envolviesen todo á su alrededor, podría darse cuenta de que había otra vida más grande y llena de más claridad. Pero, en su mayor parte, los hombres dejan de pensar cuando están pasando los linderos de la vida. La muerte se asemeja á un sueño. La interrupción de las funciones de la respiración es la única causa aparente de malestar para el moribundo y aun eso se siente poco. La respiración se va haciendo cada vez más pesada y, por último, cesa juntamente con el dolor. Sir Enrique Halford dice que «entre el gran número de personas á quie»nes se había visto obligado á asistir por deber profe»sional, en los últimos momentos de su vida, le había »sorprendido algunas veces, ver cuán pocos parecían te»mer el paso á la región inexplorada cuyas fronteras »no puede volver á pasar ningún viajero.» «Ahora tengo ganas de dormir»—dijo Byron; y la última palabra que pronunció Lindhurst, medio adormilado, fué: «Dormido», antes de abandonar la vida.

Realmente, morir cuando la enfermedad ha hecho su obra no es más penoso que dormirse.

«Como un reloj desgastado á fuerza de devorar tiempo, las ruedas de la vida pesada llegan por último á detenerse.»

Aunque los signos aparentes que se ven en las facciones de los que mueren pueden indicar angustia, los parientes deben consolarse con la seguridad de que cuando se inicia el cambio que acaba en la muerte han acabado, en realidad, todas las penas. Los espasmos y convulsiones musculares son, en tales circunstancias, independientes en absoluto de la sensibilidad, y meros actos inconscientes. La muerte es la más moderada separación posible entre la vida y la materia; en mu-

chos casos, si no en todos, va acompañada por la sensación descrita en estos hermosos versos de Spencer:

«El sueño, después del trabajo, el puerto después de los mares borrascosos, la calma después de la guerra, la muerte después de la vida, causan un placer inmenso.»

Sin embargo, en el punto de la muerte hay algunas veces una momentánea exaltación del ánimo, que vigila el tránsito con una ojeada radiante y muestra el triunfo del espíritu sobre la materia en el momento de su separación final. Las almas se agitan como los últimos fulgores de las velas en sus candeleros, y el soplo que se escapa del moribundo es, con frecuencia, un notable comentario de la vida pasada. Los fisiólogos nos enseñan que esta exaltación preternatural del ánimo en tales instantes, se parece al estado del que sueña, más que á ninguna otra condición mental conocida. Sin embargo, las ideas que pasan por la mente parecen ser sugeridas, en cierto modo, por las circunstancias externas. Tal es el caso de la muerte de un distinguido juez, que viendo á sus parientes rodear su lecho tristes y gemebundos, incorporóse en él y dijo con aire de dignidad: «Señores del jurado, verán ustedes...» Entonces cayó hacia atrás, sobre las almohadas, y expiró.

Entre las palabras célebres pronunciadas en la última hora por algunos grandes hombres, merecen citarse las de Gœthe. Levantábase para ir á disfrutar la luz del nuevo sol, cuando le tocó el dedo de la muerte, y cayó hacia atrás, en el sofá, murmurando: «Dass mehr Licht hereincomme», y pasó de esta vida á la eterna. ¡Más luz! La súplica del genio expirante resuena de mundo en mundo.

Al fin de la larga enfermedad de Schiller, un amigo preguntóle cómo se sentía: «Cada vez más tranquilo»—le respondió. Algo después alzó la vista, y dijo: «Voy viendo muchas cosas, cada vez con más claridad.» Y al decir esto, su noble y puro espíritu abandonó la vida. A Keats le preguntaron, poco antes de morir, cómo se sentía: «Mejor—repuso,—siento las margaritas que crecen sobre mí.» El sol iluminaba brillantemente la habitación donde murió Humboldt, y dícese que las úl-

timas palabras, dirigidas á su nieta, fueron: «¡Qué gran»des son esos rayos! Parece que hacen señas desde el »Cielo á la tierra.» Cuando el hijo de Fichte se acercó á él con una medicina, en sus últimos instantes, dijo: «Déjela ahí; ya no necesito medicinas; siento que estoy bien.» «Es tiempo de ir á descansar»—dijo Richter.

Entre las palabras dignas de ser recordadas, que los grandes hombres han pronunciado en su lecho de muerte, figuran las de Johnson: «Vivid bien.» Sir Walter Scott decía á su yerno: «Sed virtuoso, religioso y hom»bre honrado; no puedo daros mayor consuelo en la hora »de la muerte.» Cuando el ejecutor de sir Walter Raleigh le rogó que se arrodillase y pusiese la cabeza sobre el tajo, mirando hacia el Oriente, dijo: «No importa que »la cabeza esté de una manera ó de otra, con tal que el »corazón sea recto.»

Cicerón dice que Platón estaba escribiendo en el momento de su muerte, á la edad de ochenta y dos años. Lucano murió recitando los versos de su *Farsalia*. Roscommon repetía, en el instante de expirar, los versos de su traducción del *Dies iræ*. Hérder terminó su vida escribiendo una oda á la divinidad. Su pluma detúvose en el último verso. Cuando Tycho-Brahe estaba para morir, repitió varias veces, en medio del delirio: «*Ne frustra vixisse videar.*» «No quisiera que pareciese que he vivido en balde.» Las últimas palabras de Abelardo, que apenas se oyeron, fueron: «No sé», como si contestase á la pregunta que se había propuesto mucho tiempo antes: «¿Qué sé?» Cuando Federico II de Dinamarca se hallaba en la agonía, el doctor le tomó el pulso: «Dejad el pulso que lata como pueda; sabemos que la gracia de Dios no puede faltarnos jamás.» Cuando preguntaron á Isaac Wast cómo se sentía, respondió: «Esperando el permiso de Dios para morir»; y en medio de esta paz del ánimo expiró, á los setenta y cuatro años. Las postreras palabras del doctor Andrés Combe, fueron: «¡Feliz, feliz!» Oehlenschlager, el poeta dinamarqués, cuando se sintió próximo á la muerte, llamó á su hijo para leerle un pasaje de su tragedia *Sócrates*, en que el sabio griego habla de la inmortalidad del alma.

El poeta se expresó, con más convicción que nunca, sobre este asunto, y hablando de esta suerte expiró.

Son dignas de recordarse las últimas palabras de algunos guerreros y hombres de Estado. La elocuencia de Pericles era su nota característica, aunque no la más grande: estando para morir declaró que su mayor honor consistía en que no había causado la desgracia de ningún ateniense. Las últimas palabras de Federico V de Dinamarca, fueron: «No hay una gota de sangre en mis manos.» Napoleón, por cuya causa perecieron, en el campo de batalla, infinidad de hombres, tenía la guerra metida en la cabeza hasta el fin de su vida: «Tête d'armée...» fueron sus últimas palabras. Las de Nelson, por el contrario, fueron: «Doy gracias á Dios; he cumplido con mi deber.» Cuando Kosciusko pereció, atravesado por la lanza de los rusos, exclamó: «¡Este es el fin de Polonia!» Una de las frases más famosas fué la de Gustavo Adolfo: «Soy el rey de Suecia, y he »sellado con mi sangre la libertad y la religión de toda »la nación germánica.» El emperador Rodolfo dijo al morir: «Me hallo en el camino de Espira, para visitar á los reyes mis predecesores.»

El último acto de sir Felipe Sidney fué tan noble como su vida entera. Cuando, al caer herido en los fatales campos de Zutphen, vió los ojos de un soldado moribundo fijos en el agua, que trataba de aproximar á sus labios secos, le dijo: «Tu necesidad es más grande que la mía.» Así habló el héroe y el caballero. Algo parecidas á éstas fueron las palabras del héroe moribundo de la Coruña. Cuando los cirujanos se precipitaron en su auxilio, sir Juan Moore díjoles: «Ustedes no me »pueden servir de nada; acudan á los soldados, á quie»nes pueden ser útiles. Yo no necesito ya de su habilidad.»

Entre Outram y Havelock, los héroes de la India, mediaba mutua estima y constante amistad. Cuando sir Jacobo acudió á visitar á su camarada moribundo, Havelock le dirigió estas únicas palabras: «Outram, du»rante más de cuarenta años he arreglado mi vida de »modo que cuando la muerte se encontrase conmigo pu»diese mirarla frente á frente sin miedo.» Después, vol-

viéndose hacia su hijo, dijo: «Mira, hijo mío, cómo puede morir un cristiano.» Un oficial del Estado Mayor dijo á lord Hardingue, luego de ganada la batalla: «My»lord, Havelock es un soldado en toda la extensión de »la palabra.»—«Sí—respondió el veterano general, — »Havelock es un soldado en toda la extensión de la pa»labra, pero es más todavía, para mayor honra suya: »es un verdadero cristiano.» Las últimas palabras de sir Enrique Lawrence son dignas de eterna memoria: «Que no se haga ruido por mí, que me entierren con los soldados.»

Entre los hombres de Estado hay pocas frases dignas de memoria. El cardenal Wolsey se vió atacado de una súbita enfermedad mientras hacía su última visita á Londres, y se refugió en el monasterio de Leicester. Kingston, el teniente de la torre, fué á visitarle, tal vez para prenderle. Wolsey le dijo, cuando se sintió morir: «Si hubiese servido á Dios con tanta diligencia »como he servido al rey, no me hubiera desdeñado en »mi vejez.» Cuando Roberto Cecil, el gran estadista, consumido por los cuidados de su cargo, llegó al punto de morir, dijo á sir Guillermo Pope: «Se estremece »uno de alegría y de placer al oir hablar de la muerte; »pues mi vida, llena de cuidados y miserias, anhela la »disolución.» «¿No podrán salvarme mis riquezas?» — exclamó el cardenal de Beaufort.—«¡Cómo! ¿no podrán corromper á la muerte?» Las últimas palabras de la reina Isabel fueron: «¡Todos mis Estados por un instante más de vida!» Cuán diferentes fueron las últimas palabras de Wáshington: «¡Está bien!» Las últimas palabras de Pitt, pronunciadas media hora antes de su muerte, fueron: «¡Oh, mi país! ¡cómo amo á mi país!»

Túrner, el artista, hallábase tan atormentado por el anhelo de la alabanza del público, que mandó que uno de sus grandes cuadros le sirviese de paño mortuorio. Sir Francisco Chantrey chanceó con él acerca de esta disposición. «Está bien, hijo mío; si quieres ser ente»rrado con esa pintura, puedes estar tranquilo; nos»otros la volveremos, sin duda, á sacar mañana.» La pintura era el famoso cuadro de Cartago, que se halla ahora en la Galería Nacional. Bacón, el escultor, fu-

sepultado en la capilla de Whitfields, en Totenham Court Road, y se puso sobre la lápida de su tumba la siguiente inscripción, por indicación suya: «¿Qué era yo como ar»tista? Esto parecíame de alguna importancia mientras »viví; pero ¿qué soy, realmente, como fiel de Jesucris»to? Es lo único que ahora me interesa.» Si es verdad, como lo cree el doctor Flechter, que, en el momento de morir, el alma se suele encontrar tan exaltada que en un instante tiene como una visión instantánea de toda su vida pasada, podemos comprender los horrores que experimentó el alma de Carlos IX en su lecho de muerte, que se figuraba oir todavía los gemidos de sus súbditos que fueron degollados por su orden en el día de San Bartolomé. Pero Luis XIV es mucho más censurable, en lo que respecta á la prosperidad de Francia, por su persecución de los hugonotes en la siguiente centuria. Viéronse perseguidos, presos y desterrados á todos los países, á Alemania, Suiza, Holanda, Inglaterra, América y Africa. Murieron separados los hermanos de las hermanas y con medio mundo entre ellos, mas todos se vieron reunidos el último día. Este rey, falsamente llamado Grande, se vió atormentado en sus últimos momentos por el recuerdo de sus terribles acciones.

El fin de algunos Presidentes americanos ha sido mucho más tranquilo. Adams y Jefferson murieron ambos el 4 de julio de 1826, en el décimoquinto aniversario de la declaración de la Independencia. El día empezó con el repique de campanas y las descargas de fusilería, y el toque de diana despertó al moribundo Juan Adams. Preguntáronle si sabía lo que aquello significaba. Al cabo de un instante, dijo: «Sí, es el glorioso 4 de julio. Dios lo bendiga; Dios os bendiga á todos.» Poco después agregó: «Este es un grande y glorioso día.» Tras una ligera pausa, preguntó: «¿Vive aún Jefferson?» Durante la mañana le dió el último ataque, y durmióse á las seis de la tarde. Jefferson murió á la una del mismo día, y sus últimas palabras fueron éstas: «Entrego mi alma á Dios y mi hija á mi país.» Los dos ancianos rivales y amigos se fueron juntos á presentarse ante su Hacedor. Jacobo Monroe, como Adams y Jefferson, murió el 4 de julio. Sabido es que Wébster,

antes de morir, yacía medio aletargado, cuando repentinamente prorrumpió con voz alta, clara y vibrante como el sonido de una trompeta: «¡Vida! ¡vida! ¡muerte! ¡muerte! ¡qué curioso es esto!» Poco después expiró.

Terminaremos con las palabras de Carlos Fitz-Geoffry, el poeta y predicador que, hablando con motivo de la muerte de mistress Pym, madre del famoso estadista, en 1620, dijo estas hermosas y memorables palabras:

«El hombre es como un libro; su nacimiento es la »portada; su bautismo, la dedicatoria; sus gritos y la»mentos la advertencia al lector; su infancia y niñez »el argumento y contenido de todo el tratado que si»gue; su vida y acciones el asunto; sus crímenes y erro»res las erratas de imprenta; su arrepentimiento la fe »de erratas. Ahora bien; hay volúmenes en folio y otros »pequeños en 16°; algunos están primorosamente en»cuadernados; los hay de pergamino fuerte; los hay de »papel delgado; unos tienen por asunto la piedad y la »bondad; y otros, en número excesivo, son libelos, li»bros licenciosos y locos; pero, en la última página de »cada uno, hay una palabra, que es *finis*, palabra que »es la última de todo libro. Otro tanto acontece con »las vidas de los hombres: las hay más largas, más »poderosas, más débiles, más brillantes, más groseras, »más santas, más profanas; mas la muerte llega *in* »*finem*, á lo último, para acabar con todas, porque es el »fin de todos los hombres.»

FIN

BIBLIOTECA PÚBLICA BURGOS

SAMUEL SMILES

VIDA Y TRABAJO

25779

BIBLIOTECA PUBLICA